Un Pueblo,
un Siglo y un Hombre.

Digitized by the Internet Archive
in 2016 with funding from
Getty Research Institute

https://archive.org/details/unpueblounsigloy00hern

Porfirio Díaz

UN PUEBLO,

UN SIGLO Y UN HOMBRE

Al Ylustre Dr. Pastor S.
Obligado: respetuosamente.

P. Hernandez

Buenos Aires 25. de Mayo /1910.

UN PUEBLO,

UN SIGLO Y UN HOMBRE

(1810–1910)

ENSAYO HISTORICO

POR

EL DOCTOR FORTUNATO HERNANDEZ,

DE LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA,

MIEMBRO TITULAR DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA DE PARÍS Y HONORARIO

DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA,

DE LA SOCIEDAD

FILOLÓGICA FRANCESA, DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA DE PARÍS, ETC., ETC.

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

3.ª Calle de Tacuba Núm. 13.

1909

INTRODUCCION

HAY hombres predilectos del Destino, y pueblos elegidos por los dioses, y siglos preferidos por la Historia:

El siglo XIX fué uno de éstos.

Recibió como herencia, el altísimo ejemplo dado al mundo por la Confederación Americana, las ideas salvadoras de muchos y muy altos pensadores, y las magnas reformas de la trascendental Revolución Francesa, que al proclamar sobre las ruinas de los antiguos privilegios la suprema igualdad, ha dado al pueblo el grandioso principio de su unidad social.

Siglo fecundo en adelantos y conquistas de la ciencia, del arte y del derecho, ha presenciado excelsos triunfos de la asombrosa inteligencia humana.

Fué testigo de sangrientos sucesos.

Presenció en Waterloo, el duelo á muerte entre el genio de un hombre y la potente coalición de Europa.

Vió los feroces, épicos combates de la última guerra Turco-Rusa, y el tremendo desastre de la Francia.

Vió á la Grecia luchar heroicamente contra el poder odioso del Imperio Otomano, hasta obtener su independencia en Andrinópolis, y vió también luchar á uno de esos pueblos elegidos, al pueblo mexicano, que honró á la humanidad al proclamar ante los déspotas del mundo, el dogma redentor y luminoso de su Constitución liberadora:

EL PUEBLO MEXICANO RECONOCE COMO BASE DE LAS INSTITUCIONES SOCIALES, LOS DERECHOS DEL HOMBRE.

La soberanía nacional reside en el pueblo, y es voluntad del pueblo constituirse en república.

En la república todos nacen libres. Los esclavos que pisen el suelo nacional, recobran por ese solo hecho su libertad, y tienen derecho á la protección de las leyes.

Todo poder público dimana del pueblo y se instituye para su beneficio.

El pueblo tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar ó modificar la forma de su gobierno.

En la república no hay fueros, ni se reconocen títulos de nobleza, ni prerrogativas, ni honores hereditarios.

Sólo el pueblo, legítimamente representado, puede decretar recompensas en honor de los que hayan prestado ó prestaren servicios eminentes á la patria ó á la humanidad.

Nadie puede ser obligado á prestar trabajos personales, sin la justa retribución y sin su pleno consentimiento.

En la república mexicana nadie puede ser juzgado por leyes privativas.

Nadie puede ejercer violencia para reclamar su derecho.

La persona, la familia, el domicilio, los papeles y las posesiones, son inviolables.

El derecho de petición es absoluto, la justicia gratuita.

La manifestación de las ideas es libre.

La enseñanza es libre, la profesión es libre, y el trabajo es libre.

La libertad de escribir es inviolable.

¡Todo, en esta nación, el suelo, el pueblo, el hombre, el pensamiento y la palabra, todo es libre!

*
* *

Por las excepcionales condiciones de su situación geográfica, por la benignidad de su clima, la riqueza de su suelo y el carácter de su pueblo, México está llamado á figurar, un día, entre las primeras potencias comerciales del mundo.

Posible es que, ocupando un lugar intermedio entre la poderosa Confederación Americana y las numerosas Repúblicas de Centro y Sud-América; cruzado por el ferrocarril del Istmo de Tehuantepec,

cuya importancia estratégica y comercial es incalculable; y adquiriendo, como llegará á adquirir, una preponderancia excepcional, con la apertura del canal de Panamá; se convierta en el centro, en el emporio de las operaciones comerciales, y tal vez militares, de los pueblos del Sur y del Norte, y de las plazas de Oriente y de Occidente.

Es posible también que se convierta en una gran República neutral, protegida y respetada por todas aquellas naciones, cuyos cuantiosos intereses militares, políticos y comerciales, quedarían á su vez favorecidos, equilibrados y amparados con la neutralidad perpetua del territorio mexicano.

Este privilegiado territorio, cuya forma general es casi la de un triángulo, teniendo por base la línea divisoria con los Estados Unidos, por vértice la península yucateca, y por lados: 2,580 kilómetros de costa oriental en el Atlántico y 6,250 kilómetros de costa occidental en el Pacífico; mide una extensión casi cuatro veces mayor que la de Francia: 1.987,324 kilómetros cuadrados, con una anchura máxima de dos mil kilómetros en la frontera del Norte y con una anchura mínima de doscientos diez y seis kilómetros en el Istmo de Tehuantepec.

A la variedad de su clima, determinada por diferencias de altura y por la proximidad de dos océanos, debe el poseer tierras calientes, frías y templadas, y el ser susceptible de producir todas las variedades vegetales del Globo.

Desde los majestuosos pinos que crecen en las heladas cumbres de la Sierra Madre, hasta la caña de azúcar que embellece las zonas tropicales de la costa, se encuentran en el suelo mexicano los más sabrosos frutos, las más hermosas flores y los más ricos cereales.

Los agaves producen alcohol y fibras textiles en cantidades asombrosas; el trigo, el algodón, el maíz, el hule, la vainilla, el café, los cocoteros y el cacao, dan pingües cosechas.

Hay una enorme variedad de plantas tintoriales, aromáticas y medicinales que producen resinas, bálsamos y gomas.

Bosques inmensos de maderas preciosas: cedro, tampincerán, ébano, rosa, caoba y limonero.

En las vastas llanuras se alimentan numerosas manadas y rebaños.

En sus frondosas selvas hay caza en abundancia: pumas, tigres, leopardos, jabalíes, ciervos y antílopes de varias clases, una gran variedad de pájaros canoros y aves multicolores de riquísimo plumaje.

Los dos mares que bañan las playas mexicanas, son muy ricos en

pesca, y en sus costas se encuentran las conchas más vistosas, el carey más preciado y las perlas más hermosas.

Los metales preciosos forman vetas de leguas de extensión, y sus innumerables minas producen oro y plata en cantidades fabulosas.

Tiene México yacimientos de cobre y montañas de fierro, que podrían fácilmente abastecer el mercado del mundo.

Regiones tan extensas y feraces como El Yaqui, que bastarían á alimentar un pueblo.

Muy vastos mantos de carbón de piedra, é inagotables acumulaciones de guano.

Mármoles, alabastros y tecalis, de una belleza insuperable.

Hay en sus bosques vírgenes y seculares, madera suficiente para reconstruir cualquiera de las grandes capitales del mundo; en sus montes, aún queda combustible para siglos, y el reciente descubrimiento de ricos yacimientos de petróleo, asegura un feliz porvenir á su industria.

***

La población, siempre creciente, de México, pasa ya de 14 millones, y bajo el punto de vista etnográfico, puede dividirse en tres grupos principales:

1. Grupo europeo.
2. Grupo mestizo.
3. Grupo autóctono.

La proporción aproximada de dichos grupos es la siguiente:

Cincuenta por ciento de mestizos, treinta por ciento de indios y veinte por ciento de blancos ó europeos.

Á pesar de esto, la cohesión del conjunto es notable.

«La unidad moral del pueblo mexicano, dice el Príncipe Rolando Bonaparte, corresponde muy bien al magnífico conjunto geográfico de su territorio.

«La población mexicana está en plena fusión.

«Los mestizos están llamados á constituir el fondo de ella; pero ya desde ahora, gracias á la legislación y á las costumbres, son en todo y por todo iguales á los blancos, de raza más ó menos pura.

«Tienen el sentimiento del patriotismo, rigen los destinos del país, se extienden desde Acapulco á Veracruz y desde Sonora hasta Yucatán, persiguen un mismo ideal y se encaminan hacia la unidad etnográfica. El porvenir es de ellos.

«Llegará un día en que, debido al atavismo, los rasgos étnicos de los Europeos y de los Indios puedan aún encontrarse en el pueblo mexicano, como se encuentran hasta hoy los rasgos de los Árabes y Godos en el pueblo español, y los de los Fineses y los Tártaros en el pueblo ruso; pero el espíritu nacional no será alterado.

«Ese día, los mexicanos hablarán una sola lengua, rica y armoniosa, y no tendrán más que una sola alma, noble y bien templada.»*

La cultura, cada vez mayor de la población de México; la extensa red telegráfica y las grandes líneas ferrocarrileras que facilitan la comunicación hasta entre los Estados más lejanos; las importantísimas mejoras últimamente realizadas en sus puertos; su brillante situación financiera; su floreciente comercio; la cordialidad con que acoge á los extranjeros; la paz de que disfruta la perfecta tolerancia de cultos; la honradez y liberalidad de su Gobierno; sus extensas y firmes relaciones diplomáticas, y la absoluta garantía que á todo hombre otorga su admirable y libérrima Constitución: todo esto ha concurrido para elevar esta joven República hasta el honroso puesto que hoy ocupa en el concierto político del mundo.

Contribuir con mis escasas fuerzas al creciente engrandecimiento de mi patria, propagando entre las naciones extranjeras el conocimiento de su incalculable riqueza, procurando atraer á nuestro suelo el valioso contingente del capital y del trabajo: tal ha sido mi propósito al escribir este libro.

Juzgo un deber de los escritores nacionales, hacer saber al mundo, que el pueblo mexicano ha suprimido ya, desde hace mucho tiempo, el ADVERSUS HOSTES ÆTERNA AUTORICTAS de los antiguos Romanos, adoptando el altruista principio de Séneca: EN NINGUNA PARTE ES EXTRANJERO EL HOMBRE; SU VERDADERA PATRIA ES EL UNIVERSO.

Es necesario demostrar al siglo XX, que el fértil y propicio suelo mexicano está libre para todos los hombres de buena voluntad, sea cual fuere la nacionalidad á que pertenezcan, la religión que profesen y los principios que reconozcan.

¡Sepan los habitantes de la Tierra, que nuestros puertos nacionales están francos para todas las banderas, y que el glorioso pabellón tricolor de la más libre de las repúblicas, ampara todas las libertades del hombre y garantiza todos los derechos de la Humanidad!

---

* «Le Méxique au debut du XXe siècle.» Paris. Librairie Ch. Delagrave.

*
* *

Cien años han pasado desde el día en que del seno de una colonia esclava, nació, para la vida de la Historia, un pueblo libre, el pueblo mexicano.

Cien años han bastado para que aquellas embrionarias ideas de libertad, sembradas en las masas populares á principios del siglo XIX, hayan llegado al casi milagroso, al admirable florecimiento de paz y de progreso en que hoy las vemos.

En virtud de las circunstancias, la soberanía ha recaído en el pueblo, que puede constituirse como mejor le agrade. . . .

Tales fueron las frases pronunciadas hace un siglo, por el patriota Licenciado Verdad, Síndico entonces del Ayuntamiento, al recibirse en México una sensacional noticia: la de la usurpación del trono español, por el pérfido corso Bonaparte.

Algunos días después, el primer mártir de la Independencia, el valiente Verdad, era secretamente ahorcado en su prisión, por orden de un verdugo, el Exmo. Señor D. Pedro de Garibay, Mariscal de los Reales Ejércitos y Virrey accidental de Nueva España.

Se pudo ahorcar al hombre, mas no se pudo ahorcar el pensamiento.

Ideas de libertad habían ya germinado en la conciencia, en el alma del pueblo, y desde aquel momento la lucha había empezado.

El inmortal Allende, Capitán de Dragones, y organizador de la primera Junta revolucionaria, logró que el venerable Cura de Dolores se adhiriera á su causa, que acaudillara la insurrección, prestigiándola con su carácter sacerdotal, y en la mañana del 16 de Septiembre de 1810, la idea de aquel sublime ahorcado, el redentor Verdad, quedaba proclamada.

Empieza la epopeya con el asalto y toma del castillo de Granaditas.

Alármase el Gobierno virreinal con este primer triunfo, y á la vez que reune sus fuerzas para aprestarse á la defensa, publica el bando infame de 27 de Septiembre, ofreciendo la suma de diez mil pesos por cada una de las cabezas de Hidalgo, Aldama y Allende, los principales insurrectos.

Con tan abyecta y cobarde medida, se deshonró el Virrey Venegas, y deshonró las Armas Reales.

La Inquisición y el alto clero lanzaron á su vez excomuniones y anatemas contra el noble caudillo insurgente y contra todos aquellos que abrazasen su causa.

Pero Hidalgo, sin arredrarse ante injuriosas amenazas, se dirige á Valladolid, plaza que ocupa sin hallar resistencia, y allí consigue que un gran prelado, el Arcediano D. Mariano de Escandón, levante las excomuniones.

Hace, en seguida, publicar el altamente humanitario decreto de 19 de Octubre, aboliendo la esclavitud y aboliendo el *tributo*, aquel odioso impuesto que pesaba, no más, que sobre la infortunada raza indígena, y ya con este solo hecho, inmortaliza su nombre, engrandece su causa, y legitima y justifica por completo la gran revolución libertadora.

Vienen después: el memorable triunfo del Monte de las Cruces, una serie de encuentros y combates, en los que la fortuna fué unas veces propicia y otras muchas adversa para las armas insurgentes; el desastre del Puente de Calderón; la ruin hazaña del traidor Elizondo en Acatita de Baján; el simulacro de proceso instruido contra los insurrectos; el martirio de Hidalgo, á quien se degradó de su carácter sacerdotal; el fusilamiento de éste y otros muchos jefes, y la ignominiosa mutilación de los cadáveres de Hidalgo, Allende y Aldama, cuyas cabezas fueron llevadas á Guanajuato y puestas en la alhóndiga de Granaditas, enclavadas en garfios de hierro y escarnecidas por un letrero infamante.

Queda como jefe de la revolución, el valeroso D. Ignacio López Rayón, que consigue también algunos triunfos y organiza la Junta de Zitácuaro, en tanto que, con éxito variable, numerosas guerrillas hostilizan por todas partes al Gobierno.

Entretanto, Morelos, otro Cura insurgente, se empieza á hacer temible por sus continuas victorias, y asediado por las bien organizadas fuerzas del feroz Calleja, sostiene, durante sesenta y tres días de constantes y reñidos combates, el famoso sitio de Cuautla, que con justicia está considerado como uno de los más gloriosos episodios de la guerra de independencia.

Tras una larga serie de brillantes combates, el valiente estratégico Morelos, sacrificándose por salvar al Congreso revolucionario, es derrotado en Tesmalaca, hecho prisionero y fusilado, al fin, en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de Diciembre de 1815.

Con su muerte, sufre la causa revolucionaria un rudo golpe, mas quedan sobre el teatro de la guerra, numerosos patriotas, que bregan sin cesar contra las Armas Reales.

Distínguese Guerrero, el indomable luchador de las montañas, que se sostiene allá en el Sur, con valor y constancia inquebrantables.

Pero á pesar de tantos sacrificios, al terminar 1816, el partido insurgente parecía por completo subyugado.

Un hecho inesperado vino á reanimarlo.

El día 15 de Abril de 1817, desembarcó en la barra del río de Santander, un joven generoso, valiente y abnegado, el Sr. D. Francisco Javier Mina, caballeresco guerrero español, que abrazó nuestra causa, combatiendo por ella hasta su muerte, acaecida el día 11 de Noviembre del mismo año, fecha en que fué tomado prisionero y fusilado.

«La expedición de Mina, dice el historiador Alamán, forma un episodio corto, pero el más brillante de la revolución mexicana.»

Nuevos caudillos reemplazan sin cesar á los que mueren, y á pesar de las muchas derrotas, y á pesar de los muchos desastres, continúa la guerra.

Bravo, Torres, Trujano, Matamoros, Abasolo, Galeana y tantos otros que murieron por darnos libertad, aún viven en la eterna gratitud y en la memoria del pueblo libertado.

Iturbide proclama el Plan de Iguala, firma con el Virrey O'Donojú los tratados de Córdova, y entra, por fin, á México el 27 de Septiembre de 1821, á la cabeza del Ejército Trigarante.

La Independencia estaba conquistada, y torrentes de sangre habían corrido....

¡Noble y valiente sangre de patriotas, que aún habría de correr por muchos años, hasta empapar el suelo mexicano!

*
* *

El ambicioso y débil Iturbide, se deja proclamar Emperador, acepta el trono, y muere en el cadalso....

¡Siempre sangre!

Proclamada el día 4 de Octubre de 1824 la Constitución Federativa, es electo Presidente, un hombre honrado, un patriota modelo, Guadalupe Victoria.

Tuvo este ilustre hijo de Durango, la honra de solemnizar por vez primera el aniversario de la proclamación de nuestra Independencia,

y hacer efectiva la emancipación de los esclavos, ya antes decretada por Hidalgo.

«Esclavos: en este día en que se celebra el aniversario de la libertad, recibidla en nombre de la patria, y acordaos de que sois libres por ella, para servirla, para honrarla y para defenderla.»

Tales fueron las frases pronunciadas en acto tan sublime, por el modesto General republicano.

Las páginas que siguen, son páginas de sangre en nuestra historia.

Guerras, calamidades y miseria, entre continuas luchas fratricidas.

Desembarca Barradas en tierra mexicana, el 27 de Julio de 1829, y derrotado por Santa-Anna y por Terán, es expulsado.

Viene después la insurrección de Texas.

Luego la inicua guerra, la de los pasteles, que nos declara Francia, cuya escuadra rompe sus fuegos contra San Juan de Ulúa el 27 de Noviembre de 1838.

Continúan los combates fratricidas y, entretanto, los Estados Unidos nos declaran la guerra más injusta de las que han declarado.

¡Tiempos negros!

Viene el año funesto de 1847, y en Padierna, en Churubusco, en Molino del Rey, en Chapultepec y en todas partes en donde el invasor encuentra mexicanos armados, vuelve á correr la sangre.... mucha sangre.....

Nuestros males parecen incurables.

Los hombres nos combaten, los dioses nos castigan.

Un siniestro viajero nos visita: llega el cólera morbus.

Tras el cólera morbus, la dictadura de Su Alteza Serenísima, el megalómano Santa-Anna.

El 1º de Marzo de 1854, es proclamado el Plan de Ayutla, y siguen combatiendo encarnizadamente hermanos contra hermanos.

(Fué al iniciarse la revolución de Ayutla, cuando un oaxaqueño, un joven estudiante de derecho, justamente indignado ante el descaro de algunos miserables esbirros de Su Alteza Serenísima, que hacían un simulacro de elecciones en Oaxaca, se sublevó contra el escarnio del sufragio, y votó altivamente en favor del caudillo suriano, D. Juan Álvarez, el mayor enemigo de Santa-Anna.

El audaz estudiante tuvo que refugiarse en la montaña para salvar la vida, mientras llegaba la hora de salvar la patria.

Esa hora se acercaba, porque aquel estudiante fugitivo era el hombre esperado, el prometido, el predilecto del Destino; estaba ya marcado por la Gloria y habría de subyugar á la Fortuna; se llamaba Porfirio).

Después del Plan de Ayutla, el Plan de Tacubaya: muchos planes, pero más y más sangre.... ¡Siempre sangre!

Una fecha gloriosa: 5 DE FEBRERO DE 1857, día en que el Congreso expidió nuestra Constitución Fundamental, de la que estamos orgullosos.

El 18 de Enero de 1858, el Presidente de la Suprema Corte establece el Gobierno Constitucional en Guanajuato.

Pero el rencor y el odio no se extinguen.

Tal parece que el genio de Caín batía sus negras alas en el hermoso cielo mexicano, que estábamos malditos, transformados en monstruos, y para siempre condenados á devorarnos los unos á los otros, en el regazo mismo de la madre, sobre el bendito suelo de la patria....

Como siempre, los sacerdotes se conjuran, azuzan á los Judas y encienden los rencores.

Sobreviene una nueva y aún más siniestra lucha, y aún más sangrienta guerra, llamada de Reforma.

Cae el impopular Gobierno de Miramón, con el desastre de Calpulálpam, en donde el Presidente conservador es derrotado por González Ortega, y en 1º de Enero de 1861, entra Juárez á México y organiza su Gobierno; pero quedan en pie muchos y muy temibles jefes conservadores que prosiguen la lucha.

La siniestra figura de Leonardo Márquez, descuella entre otras muchas figuras de asesinos, y la noble figura de Porfirio, el estudiante oaxaqueño, que ahora es Coronel, y ha conquistado ya muchos laureles, se destaca soberbia en Jalatlaco, dando un terrible golpe al sanguinario Márquez, al futuro Lugarteniente del Imperio.

Con la estúpida y torpe aventura de Napoleón, *el Fracasado*, las rastreras intrigas del Clero mexicano y los traidores, y la nefanda Intervención francesa, empieza otro año negro: 1862, año en que llegan á Veracruz los buques enemigos.

Vuelve á correr la sangre.... mucha sangre, francesa y mexicana.... ¡Siempre sangre!

Una junta de malos ciudadanos, la *Junta de notables*, ofrece el imposible TRONO MEXICANO á un Príncipe infeliz, el Archiduque de Austria, que engañado lo acepta, y paga con su vida, no el engaño, sino los atentados que comete, ó le hacen cometer sus consejeros.

Un Príncipe extranjero es proclamado Emperador del pueblo más patriota y más republicano de la Tierra....¡Qué sarcasmo tan cruel en nuestra historia!

El efímero Imperio se desquicia, el deleznable trono se derrumba y el monarca se rinde.

No entrega la corona, porque ya no la tiene; pero entrega la espada, porque ya no le sirve.

Condenado á morir, es fusilado, y muere dignamente, con el valor sereno de un Hapsburgo, como deben morir los de su estirpe.

A su lado murieron los dos jefes que le fueron más leales: Miramón y Mejía.

¡Sangre de Reyes, genuina sangre Real, corrió esta vez mezclada con sangre de plebeyos y traidores!

Por este tiempo, hemos vuelto á encontrar al estudiante oaxaqueño, que ahora es General, y le hemos visto en Miahuatlán, la Carbonera y Puebla, siempre sobre las huellas enemigas, siempre contra las huestes invasoras y siempre en el camino de la gloria.

Tras el brillante asalto del 2 de Abril y la toma de Puebla, el vencedor Porfirio Díaz avanza sobre la Capital, á la que pone sitio.

Márquez, acobardado, deja el mando á Tabera y se esconde, como Vidaurri y otros jefes imperiales.

Iniciado el asalto, Tabera capitula, y el 21 de Junio de 1867, el estudiante aquel que había salido huyendo de Oaxaca para salvar la vida, mientras llegaba la hora de salvar á la patria, entra triunfante á México, y él mismo enarbola con sus manos, sobre el Palacio Nacional, el victorioso pabellón tricolor de la patria salvada.

El día 15 de Julio llegó á la Capital el Presidente Juárez y tomó posesión del Gobierno, que entregó el sitiador, al entregar la plaza conquistada.

Noble y grandiosa fué la lucha sostenida por Juárez.

Su patria, las Américas, la Historia, le han hecho ya justicia, inscribiendo su nombre entre los nombres inmortales de los benefactores de la Humanidad, y el pueblo mexicano, agradecido, rinde perenne culto á su memoria.

Juárez no era infalible.

Como gobernante, cometió graves errores.

Sus errores provocaron de nuevo la discordia, y de nuevo volvió á correr la sangre.... ¡Siempre sangre!

La revolución, aunque esta vez contaba con jefes prestigiados, sucumbió ante el valor de los jefes gobiernistas, la disciplina del Ejército y la energía del Presidente.

«Cuando mediaba 1872, no quedaban más que girones de la tormenta, enredados en los picos de las lejanas serranías: la revolución, herida de muerte y fugitiva, buscaba refugios, ya no reparos para apoyar nuevos ataques.»

«La autoridad y la fuerza moral del Gobierno, habían cobrado energías nuevas en la brega: obligar al país político, educado en la revuelta perpetua, á la paz á todo trance; ahogar en sangre el bandolerismo y la inseguridad; empujar la gran obra material de que dependían las otras; entrar en relaciones diplomáticas con las naciones europeas, para dar pábulo y seguridad al comercio internacional; poner en estudio todas las grandes soluciones prácticas posibles de nuestro estado económico: la colonización, la irrigación sistemática del país agrícola, la libertad interior de comercio, y conjurar con ésto el avance constante en la reorganización de nuestro régimen hacendario; aumentar los elementos de educación, para transmutar al indígena y al mestizo inferior en valores sociales, tal era el programa de la paz con tan cruenta labor reconquistada. Pero no por eso descuidaba Juárez la mejora política: sus dos miras finales, ansiosas, persistentes, convertidas en hierro por su voluntad, eran la creación de un Senado para equilibrar la acción legislativa, sin contrapeso alguno en nuestra Ley fundamental, y la constitucionalización de los principios de Reforma, para hacer de ésta la regla normal de nuestra vida política y social.»*

Magna era, en verdad, la labor que abarcaba este programa, y es dudoso que aquel Gobierno, falto de recursos, hubiera conseguido realizarla, y es un hecho que la revolución estaba herida, pero no *de muerte.*

El herido de muerte, era el gran Juárez, en cuyo corazón ya se iniciaba la cruel enfermedad que le arrancó la vida.

*
* *

Un día de duelo, el 18 de Julio de 1871, expiró el gran patricio, en la solemne, muda serenidad atávica y grandiosa de su raza, sin revelar en el semblante augusto, ni el acerbo dolor que le mataba, ni la inmensa tristeza de su alma: la infinita tristeza del que muere sin poder terminar una gran obra.

---

* Justo Sierra.—México. Su Evolución Social.—J. Ballescá y Cía. Sucesor, Editor.—México, 1901.

El hombre de la Reforma había concluido, y el hombre de la Paz había empezado.

Entre el Reformador que se iba, y el Pacificador que venía, quedaba Lerdo, es decir: nadie.

Porque el Gobierno de Lerdo, sucesor de Juárez, no fué de trascendencia en el desenvolvimiento de nuestra nacionalidad, ni de gran significación en nuestra historia.

El único suceso de importancia en este tiempo, fué la proclamación del Plan de Tuxtepec y la revolución consecutiva, cuyo triunfo llevó al poder al hombre que ha podido, después de muchos años de abnegación y de trabajo, realizar el programa con que llegó á soñar Benito Juárez.

La mala situación creada en el país por tantos y tan grandes errores é infortunios en que habíamos caído, llegó en tiempo de Lerdo á ser insoportable.

Dice D. Justo Sierra:

«El peligro de aquella situación era psicológico, estaba en Lerdo mismo, estaba en un defecto intelectual, que suele ser propio de los talentos extraordinarios, como el suyo indudablemente lo era: no creía necesitar de nadie para la acción; no creía necesitar de consejo, no deliberaba, se informaba negligentemente y decidía sin elementos suficientes muchas veces. Lerdo era un gran señor, capaz de hacer cosas admirables, arrimado á un gobernante de carácter soberano.

«En dos años rápidos, 74 y 75, se le vió pasar del prestigio al desprestigio; de la popularidad sin sombras, á una impopularidad que pudo al fin llamarse absoluta.»

Tiene razón, en parte, el Sr. Sierra.

El peligro de aquella situación era psicológico, pero no estaba en Lerdo, estaba en el pueblo mismo, que necesitaba, á todo trance, no un *gran señor*, sino un gran gobernante.

Para otra nación, para otro tiempo, Lerdo hubiera bastado; para el México de aquella época, era insuficiente.

Lo que en aquel aciago tiempo se necesitaba, era el *gobernante de carácter soberano.*

Lerdo no tuvo el patriotismo necesario para entregar el puesto que ocupaba contra la voluntad de la Nación entera, y fué preciso que la Revolución de Tuxtepec le derrocara.

Han pretendido algunos descontentos, echar sobre Porfirio Díaz toda la responsabilidad de aquella última revolución, que nos ha dado la paz que disfrutamos y todo cuanto somos y valemos.

Creo que obra de un pueblo, y no de un hombre, fué la revolución tuxtepecana; pero si fué Porfirio Díaz el que la hizo, puede estar orgulloso de haberla hecho.

La situación de México era, entonces, la angustiosa, la triste situación de un pueblo descarriado, que á fuerza de constantes decepciones y amargos desengaños, ha perdido la fe en el porvenir y la esperanza de alcanzar el ideal ambicionado.

Al entrar en el último tercio de ese fecundo siglo XIX, faltaba á nuestro pueblo, lo que hoy, al empezar el siglo XX, le ha faltado á otro valiente y abnegado pueblo, al pueblo lusitano: una alma, una creencia, una bandera.

Dice el gran pensador republicano, el Víctor Hugo portugués, Guerra Junqueiro:

«Todo era fácil, todo era sencillo, desde el momento en que se nos diese una fe, una creencia, vida luminosa, un alma.

«Eso es lo que nos falta: un alma en lo más alto, un alma al frente de los destinos del país, un alma que sienta nuestros dolores, que padezca con la patria y llore y rece con ella.

«El pueblo, aún es capaz de resucitar.

«Hay en él, en el fondo de ese pueblo, un enorme peculio de inteligencia y de resistencia, de sobriedad y de bondad, que es un tesoro oculto.

«Fuera el Jefe del Estado un hombre á la altura de su misión y de su destino, y la nación moribunda se levantaría como por encanto, y poco se me importaba á mí la forma de Gobierno; lo esencial es la forma del gobernante.

«La seguridad de la patria exigía urgentemente al frente del Gobierno, un hombre de superior inteligencia, de altivo carácter, de ánimo heroico, que resolviera la cuestión económica, y la política, y la moral, llamando al empeño su voluntad sobrehumana y el sacrificio de todos.»

Si del infortunado pueblo portugués, aún no ha surgido el hombre extraordinario, de voluntad, de ánimo y carácter, soñado por Junqueiro, en México surgió, por nuestra dicha, y contamos con él, desde hace cincuenta años.

Voluntad sobrehumana, resistiendo por más de medio siglo el formidable embate de las luchas civiles y extranjeras, la colisión de todas las pasiones y el oleaje de todos los furores: la envidia, la ambición y la calumnia, la ingratitud y las traiciones....

Carácter tan altivo y tan entero, que ni se doblegó ante el infor-

tunio, ni ante las amenazas ha cedido, ni ante la adulación y las lisonjas ha flaqueado. . . . .

Ánimo tan heroico, que ha podido llegar, sin que los vértigos le aturdan, á esa temible y prodigiosa altura en que sólo se mecen los condores. . . .

Todo lo tiene este hombre incomprensible, que aplicando su poderosa acción á la acción de su tiempo y de su medio, logró, por yo no sé qué fenómeno increíble de la vida social, dar á su pueblo un alma colectiva, conciencia nacional y un elevado sentimiento de patria.

El ideal del poeta-filósofo Junqueiro, eso es Porfirio Díaz para nosotros, y eso será también para la Historia.

Sus mismos enemigos no han podido hasta ahora reprocharle, más que el haber acaudillado, en favor de los derechos de sus conciudadanos, un movimiento revolucionario, que, por cierto, hace honor á su civismo.

Por sus hechos, tenemos el supremo, el absoluto derecho de juzgarle; mas la revolución no fué obra suya.

Las revoluciones no las hacen los hombres, las hacen las ideas.

No estallan de improviso, por generación espontánea, y, como dice Fuscini: no son hijos sin padres, sin antecedentes, sin hondos y costosos preparativos en las entrañas de la sociedad que las produce.

Nada en el orden físico brota, nace ó germina por vía espontánea, y en la vida política y social, regida por las mismas eternas é inmutables leyes de la Naturaleza, tampoco nace, brota ó crece una revolución trascendental, sino tras larga y dolorosa gestación, que suele durar siglos.

Entre nosotros, la revolución sólo fué *un hecho*, y creo con Luis Morote, que:

«Ante la augusta, majestuosa serenidad é imparcialidad de la Historia, los hechos no son inocentes ni criminales, no son antipáticos ó simpáticos: son *hechos*.

«La ley social, como las leyes físicas ó naturales, ha de cumplirse inexorablemente para que exista el orden supremo de la armonía cósmica, de la evolución universal.

«Las catástrofes sociales, como las catástrofes bíblicas, los diluvios y los terremotos, producirán eternamente hecatombes humanas, constituyendo hechos fatales, como la ley de gravedad, y á la razón no le toca más que explicarlos, no juzgarlos.»

*
* *

Desde el año 1871, el hombre que durante la revolución de Ayutla se salió de la escuela para empuñar las armas por odio al despotismo; el que en la guerra de reforma sostuvo la independencia nacional, hasta restablecer el Gobierno en la capital de la República triunfante; ese mismo hombre ofreció consagrar cuanto valía y cuanto era, á la causa del pueblo, y lo ha cumplido.

Y no sólo ha cumplido, sino que ha consagrado á esa causa del pueblo, hasta su ancianidad inverosímilmente vigorosa.

Ancianidad que otro cualquiera hubiera consagrado al descanso, al hogar, á la familia, al deleite del triunfo y á la tranquila satisfacción de la victoria.

Después de tanta lucha, ¿quién no anhela descansar en un lecho de laureles, ungido por la gloria, mecido por las brisas de la patria y arrullado por la voz cariñosa de sus hijos y los himnos de un pueblo agradecido, ante la admiración del mundo entero?

¿Y quién, en su lugar, no habría soñado con restaurar el trono de Cuauhtémoc y ceñir á sus cienes triunfadoras, la corona arrancada en cien combates, al noble descendiente de los altivos Césares germanos?

Imaginaos al victorioso Cónsul Bonaparte, renunciando el Imperio y la diadema, para él, para su esposa y para su hijo, en el momento mismo en que ponía su pie sobre las gradas del trono de San Luis y Enrique IV, y así tal vez podréis medir el sobrehumano esfuerzo que el cerebro más firme, que el hombre más sensato necesita, para sentir bajo sus pies un cetro y tener en su mano una corona y.... resistir la tentación más loca!

*
* *

Pasa un siglo, y ante la muda, incomprensible eternidad del tiempo, un siglo nada cuenta.

Nace un pueblo, y entre el confuso torbellino de razas y de pueblos que nacen, se atropellan y se extinguen, un pueblo más ó menos, nada significa.

Surge un hombre, y entre los miles de millones de hombres que pasan sobre el mundo, luchando por la vida, en perpetuo desfile hacia la muerte, un hombre nada vale.

Mas si el siglo que pasa es un gran siglo de lucha, de combate, de abnegación y sacrificio....

Y si el pueblo que nace es un gran pueblo que, al nacer á la vida, nace á la libertad que le redime, al progreso que le enaltece y al trabajo que le santifica....

Y si el hombre que surge es un gran hombre, que surgiendo del hondo y negro abismo de las sangrientas luchas fratricidas, del caos de la anarquía y del exterminio, viene á esgrimir su espada vengadora contra los enemigos del derecho, para salvar á sus hermanos de la miseria, y á su raza de la esclavitud y á su patria de la tiranía....

Si tal cosa sucede, como sucede siempre que la Fatalidad, la Providencia ó el Destino, unen la acción del tiempo á la influencia del medio, al esfuerzo de un pueblo y al empuje de un hombre, para crear una patria, conquistar un principio y trazar una historia....

Entonces, ese siglo y ese pueblo y ese hombre, significan, no ya lo que un girón de tiempo perdido en los arcanos de lo eterno, ni lo que un extraviado rebaño peregrino, marchando hacia lo incierto sobre el árido polvo del planeta, ni lo que un miserable sér humano, agotando su estéril esfuerzo en los desastres de la ruda brega.

Entonces, ese siglo y ese pueblo y ese hombre, representan el más heroico impulso, el más hermoso triunfo, el más glorioso paso en el sendero del progreso humano, y como el iris, simbolizan la más dulce promesa de paz y de ventura, la más risueña calma, tras el sordo fragor del huracán enfurecido y el pavoroso estrago de la tormenta desatada.

*
* *

Un gran siglo del mundo, un gran pueblo de América y un gran hombre de México, indisolublemente confundidos en esa trinidad generadora de prodigios, que obedeciendo á inquebrantables leyes, rige la evolución y los destinos de las razas humanas, han logrado, por fin, tras formidables conmociones, realizar el portento: crear una nación tan firme y vigorosa, que ya desde su infancia marcha por el camino del progreso, con el potente paso con que marchan las más cultas naciones del viejo Continente.

Busco, en vano, al dirigir la vista á lo pasado, un hecho seme-

jante, y por más que investigo, no lo encuentro tampoco en el presente.

¿Es la influencia del siglo? ¿es la índole del pueblo? ¿es el genio del *hombre* lo que á otras repúblicas hermanas ha faltado para alcanzar el triunfo que nosotros hemos obtenido?

Problema es éste, muy superior á las escasas fuerzas de un escritor, á quien quizás ofusca el patriotismo: su exacta solución nos la dará la Historia.

Y entretanto: ¡A luchar, pueblo elegido!

Cien años has bregado, y es mucho lo que has hecho, y es mucho lo que tienes; pero aún es mucho más lo que te falta.

Ese fulgor de gloria, que circunda tu frente de titán recién nacido, es nada más que un Orto de esperanza, y aún faltan muchos siglos para que llegue tu brillante Ocaso.

La lucha no ha cesado, ni cesará jamás, mientras existas; pero ha de ser ya otro el teatro de la guerra.

En lo futuro, se luchará en la gleba y en la escuela.

Los combates se han de seguir librando en los talleres.

Tus soldados no esgrimirán los sables homicidas, ni empuñarán sangrientas bayonetas.

Empuñarán la escuadra y el arado; esgrimirán la pluma y el martillo, y sus gritos de guerra serán siempre:

¡Progreso.... Paz.... Libertad de pensamiento!

Ya una generación viril y adelantada, tu juventud, que está sobre la brecha, va lanzando esos gritos y arrollando cuantos estorbos surgen á su paso.

Ya tus cañones han enmudecido....

Tus clarines tocan himnos de paz al pie de tus clavadas y gloriosas banderas, y tus armas están colgadas ya; pero debajo de ellas y escrito con la sangre de tus hijos, aún se puede leer: *Nadie las mueva!....*

Salve, valiente pueblo mexicano, que apenas escapado del abismo, y con la frente aún ensangrentada, te aprestas á escalar las altas cumbres de la ideal perfección indefinida....

Hoy, al verte pasar hacia la altura donde el excelso porvenir te espera, todos los hombres libres te bendicen, todos los pueblos cultos te respetan y todas las naciones te saludan.

México, Septiembre 15 de 1909.

Fortunato Hernández.

PRIMERA PARTE

LA VIDA ENTERA DE UN HOMBRE.

Monumento á la Independencia (en construcción).

NOTA PRELIMINAR

Todos los párrafos que en este libro se anotan con la palabra (Memorias), pertenecen á una obra inédita, intitulada: MEMORIAS DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ, obra que fué impresa por Don Matías Romero, en la misma sencilla, concisa y verídica forma en que el Señor General Díaz la dictó al taquígrafo.

I.

ESTUDIANTE.

INFALIBILIDAD: palabra inútil que está de más en el lenguaje humano.

DECLARAR á Porfirio Díaz un perfecto semidiós, infalible y necesario, he ahí la mayor falta de sus aduladores.

Exigir en él cualidades divinas, infalibilidad y perfección absolutas, he ahí la mayor injusticia de sus enemigos.

Para glorificarle, basta con lo que ha sido y lo que ha hecho.

Para justificarle, si de justificación necesitare, sobraría con lo que *no ha querido ser y lo que no ha hecho.*

Y cuando llegue el tiempo en que la Historia se encargue de juzgarle imparcialmente, no habrá necesidad de adulaciones, ni de exageración, ni de mentiras, para que el gran caudillo sea considerado como el mejor gobernante de su siglo y una de las figuras más nobles y grandiosas de su tiempo.

Por mi parte, confieso francamente que habré necesidad de un gran esfuerzo para ser imparcial, escribiendo la historia de aquel héroe, cuyo nombre, ya ungido por la gloria, llevaron á mi oído, cuando niño, los ecos de un combate legendario, y el aura popular que ya le acariciaba.

No daré á la patriota juventud intelectual de mi país, el triste ejemplo de elogiar ciegamente, servilmente, al hombre en cuyas manos aún residen y residirán por mucho tiempo el alto mando y la suprema autoridad de la Nación; pero tampoco incurriré en la negra

falta de no ensalzar sus altísimas virtudes, por el solo temor de que los desagradecidos me censuren.

Procuraré arrancar de mi memoria, la quimera nimbada de laureles y el paladín cantado por el pueblo, para mirar la realidad desnuda: el patriota probado por sus hechos, y el gobernante revelado por su obra.

Ofrezco ser verídico y sincero, declarando que sólo yo soy responsable de todos los errores, que en cuestión de conceptos y opiniones, puedan aparecer en este libro, y repitiendo lo que ya en otra vez he dicho en alguna de mis obras:

«Desde el momento en que escribo un libro y lo publico, lo primero que reconozco en todos los que saben leer, es el derecho de censurarlo.»*

*
* *

Porfirio Díaz nació en Oaxaca el día 15 de Septiembre de 1830, y fué bautizado en el mismo día de su nacimiento.

ACTA DE BAUTISMO.

«Un sello al margen, que dice: Parroquia del Sagrario Metropolitano.—Oaxaca.—El suscrito, Cura del Sagrario Metropolitano, certifica en debida forma: que en el libro 77, de bautismos celebrados en dicha Parroquia, folio 164, se registra la siguiente partida, que á la letra dice:

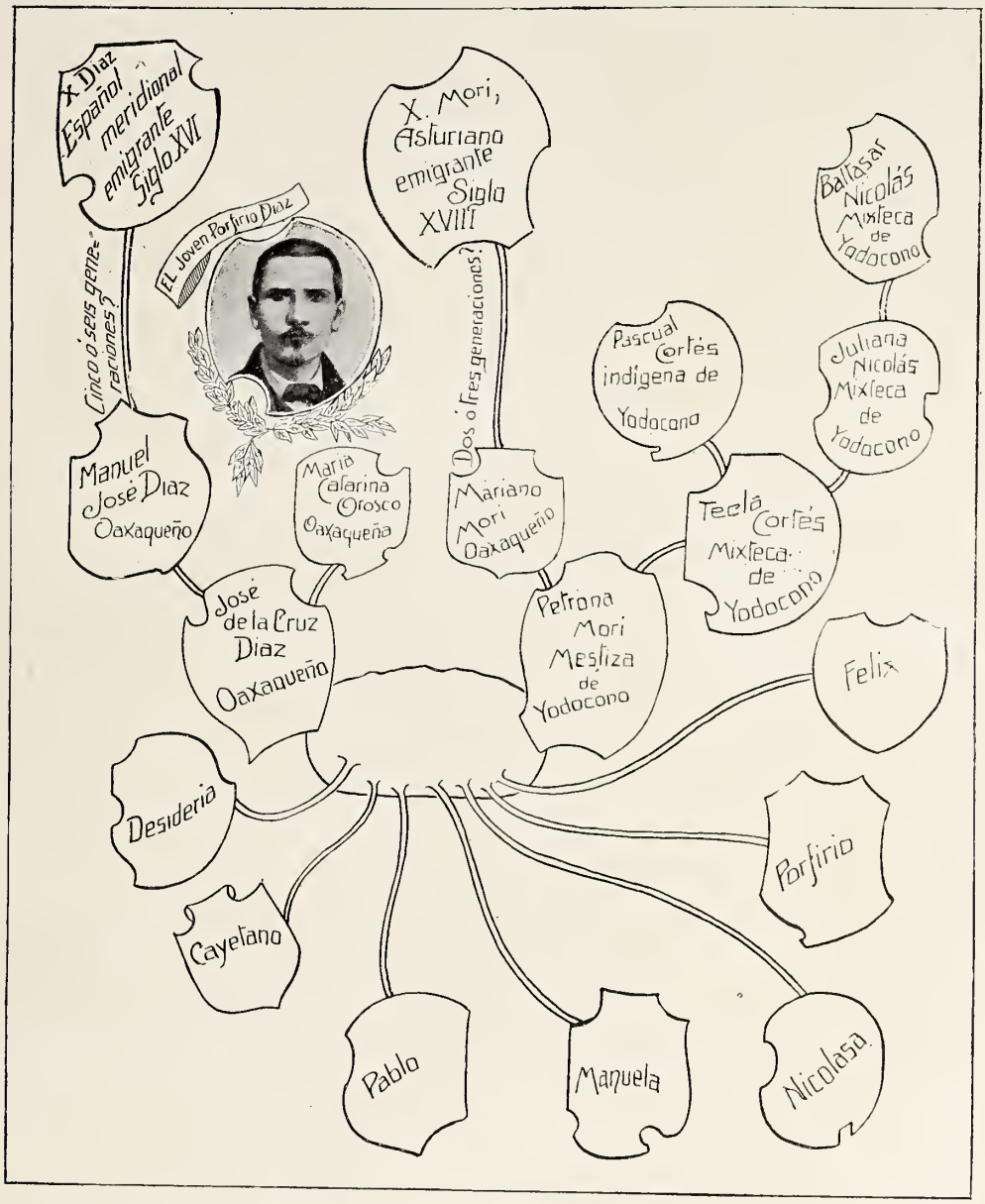
«En la Capital de Oajaca, á quince de Septiembre de mil ochocientos treinta, Yo el Teniente, bauticé solemnemente á José de la Cruz Porfirio, hijo legítimo de José de la Cruz Diaz, y Petrona Mori: Abuelos paternos, Manuel José Diaz, y Mª Catarina Orosco; maternos, Mariano Mori, Tecla Cortés; fué padrino el Señor Cura de Nochixtlán, Lic. D. José Agustín Dominguez, á quien recordé su obligacion y lo firmé con el S. C. S. Luis Castellanos.—Rúbrica. José Mª Romero.—Rúbrica. Al margen: 847; 697; tachado; José de la Cruz Porfirio.»

Es copia fiel de su original á que me refiero.

Sagrario Metropolitano, Oaxaca, Agosto once de mil novecientos cuatro. Pedro Rey.—Rúbrica.

---

* «En plena lucha,» por el Dr. Fortunato Hernández.—Librería de Fernando Fe.—Madrid.—1903.



Esquema Genealógico

Nació en humilde hogar, creció al amparo de una modesta y valerosa madre, que trabajó afanosamente para educar á su hijo.

Quedó huérfano de padre á los tres años; recibió su primera instrucción en la escuela primaria; entró después al Seminario, donde se le educaba para el sacerdocio, creyéndole con vocación para la Iglesia.

Pero Porfirio Díaz decidió no seguir la carrera eclesiástica, y en el año de 1849, ingresó al Instituto del Estado, con gran disgusto de su primer protector, director espiritual y padrino de bautismo, el antiguo cura mixteca, D. José Agustín Domínguez, de quien el rebelde seminarista ha dicho lo siguiente:

«El Sr. Domínguez quedó grandemente contrariado de mi determinación, y dijo á mi madre que retiraba todas las ofertas de auxilio que me había hecho; que no tuviera en cuenta nada de lo pasado; que eligiera la carrera que me conviniera; pero que si ésta no era la eclesiástica, que no le volviera á ver. El Sr. Domínguez manifestó que estaba yo perdido, que me había prostituido . . . exigió que le devolviera sus libros que me había regalado para el estudio de la teología.

«Mi madre se afligió mucho, me consideró un muchacho perdido. . . . Cuando vi que mi madre lloraba y se apenaba por mi resolución, le dije que había cambiado de propósito, que aceptaría lo que ella quisiera. . . . Entonces, reponiéndose tanto como pudo en su semblante y dándome una prueba de su abnegación, me hizo notar que me vendrían grandes dificultades, puestas las cosas como estaban, de no seguir la carrera eclesiástica, porque en ese caso perdería la capellanía que se me había ofrecido, la beca de gracia que se me iba á dar en el Seminario, y de la categoría de San Bartolo, que eran las más estimadas, y eso era una gran pérdida, especialmente para ella. Sin embargo de todo esto, me estimulaba á no seguir la carrera eclesiástica, sino la que más me agradara, y decidido ya á abandonarla, tomó mi madre á su cargo la tarea de notificar mi resolución al Sr. Domínguez, lo cual era para mí muy terrible.» (Memorias).

Como se ve, la Sra. Mori de Díaz, también se opuso á que su hijo abandonara el Seminario, en donde se le había ofrecido una Capellanía, fundada por el Sr. D. Juan Valerón y Anzures, en beneficio de los parientes que quisieran dedicarse al sacerdocio; pero acabó por ceder, sacrificando sus deseos y sus aspiraciones en favor de la vocación y de la voluntad de su hijo.

«El Cura D. Francisco Pardo, pariente mío, dejaba en esos días una Capellanía, la cual me fué ofrecida por el Sr. Domínguez, y me

correspondía, por ser yo pariente más cercano del fundador, que el poseedor que la dejaba. Representaba esa Capellanía un capital como de tres mil pesos: daba un interés como de doce pesos mensuales.» (Memorias).

El abandono de la carrera eclesiástica y el ingreso del joven Porfirio al Instituto del Estado, se debió, más que todo, á la influencia del Lic. D. Marcos Pérez, su segundo protector y maestro, quien le presentó con D. Benito Juárez, que más tarde habría de ser su profesor de Derecho Civil, en el curso de 1852 á 1853.

El mismo día de la presentación á Juárez, concurrió Porfirio Díaz á una repartición de premios en el Instituto, y al escuchar los enérgicos discursos de los oradores liberales, y ante la elevación de las ideas reformistas, empezaron á germinar en su atrevido espíritu, los primeros impulsos hacia un ideal más alto y luminoso, que el místico ideal acariciado entre las sombras religiosas del Seminario clerical.

«Me sedujo, dice en sus «Memorias,» el trato abierto y franco de aquellos personajes, cosa que no había visto en el Seminario, en donde no se podía ni saludar á los profesores, y mucho menos al Rector y al Vice-rector, sino haciéndoles una reverencia.

«Oí en seguida, en la distribución de premios, discursos muy liberales, discursos en que se trataba á los jóvenes como amigos, como hombres que tenían derechos, y entusiasmado, formé la resolución de no seguir la carrera eclesiástica.

«Luché conmigo mismo toda la noche, y no pudiendo soportar el estado en que me encontraba, comuniqué mi resolución á mi madre, al día siguiente.»

No era la del sacerdocio su carrera; otra, y por cierto muy brillante, debía seguir aquel *predestinado*, á quien la gloria esperaba en los campos de batalla.

Tanto en el Seminario como en el Instituto, el estudiante Díaz se distinguió por su formalidad, su aplicación é inteligencia, obteniendo buenas calificaciones en todas las materias.

El curso de filosofía, en el Seminario, constituye uno de sus mejores triunfos escolares.*

---

* Al margen: Seminario Mayor Guadalupano.—Oaxaca.—Un sello que dice: Seminarium Pontificium Sanctae Crucis Oaxacense.—En la ciudad de Oaxaca, á los doce días del mes de Agosto del año de mil novecientos cuatro, el infrascripto Secretario del Seminario Pontificio de esta Arquidiócesis, en debida forma, certifico: que en el libro segundo de calificaciones, que empieza

Adquirió su primera instrucción militar en la clase extra-reglamentaria de Estrategia y Ordenanza, establecida en el Instituto de Oaxaca.

Su patriotismo y su decidida vocación por la carrera de las armas, empezaron á revelarse en él, desde que era casi un niño.

En 1846, al llegar á Oaxaca la dolorosa noticia de la guerra de Texas y la invasión norteamericana, se organizó en aquella capital una Guardia Nacional, destinada á la defensa de la patria, y Porfirio Díaz, que apenas contaba diez y seis años, fué de los primeros en alistarse en sus filas.

«Un día del año de 1846, durante la guerra con los Estados Unidos, mi maestro de lógica, el Presbítero D. Macario Rodríguez, no se ocupó para nada de la clase, sino de llamarnos la atención sobre el deber que teníamos algunos alumnos, ya en edad competente para tomar las armas, de ofrecer nuestras personas al servicio militar, para defender al país contra el invasor extranjero.... Al terminar la clase, algunos de mis condiscípulos y yo, nos presentamos al Sr. D. Joaquín Guergué, Gobernador del Estado, para ofrecerle nuestros servicios.

«El Gobernador, ignorando lo que nos impelía á proceder así, nos preguntó: ¿Qué diablura habrán hecho Udes?....

«Mandó tomar nota de nuestros nombres, y al organizarse los batallones de Guardia Nacional, que se llamaban Constitución y Trujano, fuimos alistados en el último....

---

en el año de mil ochocientos cincuenta y dos, se encuentran á favor de D. Porfirio Díaz las calificaciones y méritos literarios que á continuación se expresan:

AÑO ESCOLAR DE 1845.

El día 8 de Enero de 1846, reunidos en la sala rectoral, como Presidente de los exámenes el Sr. Deán, Dignidad, Rector y Regente de estudios, Licenciado D. Luis Morales é Ibáñez, y en calidad de sinodales, el Sr. Doctor D. José Mariano Galíndez, Canónigo Magistral de esta Santa Iglesia Catedral y Catedrático de prima en Sagrada Teología Escolástica; el Sr. Doctor D. Vicente Márquez, Vicerrector y Catedrático de Vísperas en la misma facultad; el M. R. P. Fr. Jacinto Castro, Catedrático de Teología Moral; el Sr. Doctor D. José María Álvarez y Castillejos, Catedrático de 3er. año de Filosofía; el Sr. Bachiller D. Francisco Vasconcelos, Catedrático de 2º año de Filosofía; el Sr. Doctor D. Nicolás Arrona, Catedrático de 1er. año de Filosofía; el Sr. Doctor D. Macario Rodríguez, Catedrático de Medianos, Mayores y Retórica; el Sr. D. Francisco López, Catedrático de Mínimos y Menores, y yo, el infras-

«Hacíamos ejercicios.... Teníamos que dar algunas guardias y patrullas, cuando la Guarnición se debilitaba por alguna salida de las tropas en servicio activo.» (Memorias).

Por desgracia, el funesto tratado de Guadalupe dió triste fin á la patriótica lucha contra el yanqui, sin que la Guardia Nacional Oaxaqueña hubiese tenido la oportunidad de combatir contra los invasores.

Porfirio Díaz prosiguió sus estudios en el Instituto, y concluyó todos los cursos de Derecho y la práctica correspondiente.

Durante su permanencia en el Seminario, Porfirio Díaz se había visto obligado á trabajar como artesano, para ayudar al sostenimiento de su familia, y, además, daba clases de latín y otras materias, por dos pesos mensuales.

Uno de sus discípulos era hijo del Lic. D. Marcos Pérez, profesor de Derecho Público en el Instituto de Ciencias, y más tarde, Gobernador del Estado.

«Dª Juana España (esposa de D. Marcos, y madre del discípulo Guadalupe Pérez), trató conmigo respecto de las lecciones, y empecé á darlas al joven. Algunos días después, comenzó D. Marcos Pérez á concurrir á las clases que yo daba á su hijo, para oir los ejercicios que le hacía, y tener idea de mi sistema de enseñanza. Cuando se formó concepto de él, volvía de tarde en tarde, á preguntarme cómo seguía el alumno, y si adelantaba algo, porque el muchacho era de escasa capacidad, y su padre dudaba que pudiese aprender el latín.

---

cripto Secretario del Colegio, procedieron á los exámenes. y comenzando por los teólogos escolásticos, fueron calificados en la forma siguiente:

Minimistas que se presentaron para pasar á Medianos:

En quinto lugar se encuentra:

D. José Porfirio Díaz.—Aprobado en 2ª clase. némine discrepante.

AÑO ESCOLAR DE 1846.

Medianistas que se presentan para pasar al curso de Artes:

En primer lugar se encuentra:

D. José Porfirio Díaz.—Excelente.

AÑO ESCOLAR DE 1847.

Los filósofos de primer año, presentaron á examen los tomos I y II de la obra del R. P. Fr. Francisco Jacquier.

Manteísta, D. Porfirio Díaz.—Excelente.

«D. Marcos Pérez era, como Juárez, un indio zapoteca de raza pura, nacido en el pueblo de Tecocuilco, del distrito de Ixtlán, y ambos podrían figurar con ventaja entre los hombres de Plutarco.

«Pocos años mayor que Juárez, fué enviado por su padre, que tenía algunas proporciones, á la ciudad de Oaxaca para aprender el castellano y educarse. Era hombre de claro talento, vasta instrucción, gran pureza de costumbres y extraordinaria rectitud, honradez y fortaleza de carácter. Llegó á ser de los mejores abogados en el foro de Oaxaca, y de los hombres más distinguidos en el Estado, desempeñando los puestos de Presidente de la Corte de Justicia y Gobernador.

«Acaso más severo que Juárez, á quien estaba unido por los lazos de la sangre, mancomunidad de ideas y por una amistad sincera y perdurable, era, como Juárez, de los liberales más firmes é ilustrados, no sólo de Oaxaca, sino de la República entera.

«Tuve la fortuna de tratarle íntimamente, de conocer, de aprender mucho de él, pues le admiraba, le respetaba, y le tenía como un modelo digno de imitarse: él me trataba como á hijo, y su amistad me sirvió de mucho para mejorar mi situación, cuando yo era un muchacho pobre y desvalido.» (Memorias).

Porfirio Díaz tuvo ocasión de probar su gratitud al amigo y protector, cuando éste estuvo preso.

Entonces fué cuando el *muchacho pobre y desvalido*, arriesgó muchas veces su vida y la vida de Félix, el hermano más querido, escalando, en la obscuridad de la noche, los muros del convento, convertido en fortaleza, en que su protector se hallaba preso, consiguiendo salvarle.

AÑO ESCOLAR DE 1848.

Los filósofos de segundo año, presentaron á examen los tomos III y IV de la obra del R. P. Fr. Francisco Jacquier.

Manteísta, D. Porfirio Díaz.—Excelente.

AÑO ESCOLAR DE 1849.

Los filósofos de tercer año, presentaron á examen la obra del R. P. Fr. Francisco Jacquier; exceptuando la teoría de la luz, que explicaron por el sistema moderno.

Manteísta, D. Porfirio Díaz.—Excelente. Némine discrepante.

MÉRITOS LITERARIOS.

El Sr. Catedrático D. Macario Rodríguez, deseando condecorar á sus discípulos, que concluyeron el curso con aprovechamiento, hizo la asignación de los lugares en la forma siguiente:

He aquí la relación de tan bello episodio:

«Durante mi práctica de Derecho, cambió el Gobierno Nacional, por la salida del país del Presidente D. Mariano Arista, en Enero de 1853, el triunfo del plan revolucionario de Jalisco, que fué después modificado, y la proclamación y regreso del Gral. Santa-Anna. El nuevo Gobierno era enteramente conservador, comenzó persiguiendo á los liberales, y tenía mucha hostilidad contra los abogados. Esa política, mi iniciación en la carrera militar, seis años antes, durante la guerra con los Estados Unidos, y mis ideas liberales en que me había iniciado D. Marcos Pérez, me hicieron formar la resolución de hacerme hostil al Gobierno de Santa-Anna. . . .

«Era yo, además, el confidente de mi maestro en trabajos revolucionarios que había emprendido en Oaxaca, en combinación con D. Mariano Zavala, D. José García Goytia, D. Manuel Ruiz y D. Pedro Garay, que estaban en México, y habían sido diputados al Congreso de la Unión.

«Se descubrió la correspondencia revolucionaria que estos señores dirigían en cifra á D. Marcos Pérez, y con este motivo se le procesó, se le puso en una prisión muy rigurosa, y fueron conducidos á Oaxaca sus cómplices, con excepción de D. Pedro Garay, porque su nombre no aparecía en la correspondencia interceptada, y los presos no lo denunciaron.

«Yo debí haber caído preso entonces, y me liberté por una mera casualidad. D. Marcos Pérez me había encargado que sacara del correo la correspondencia revolucionaria que venía con un nombre supuesto, y siempre la sacaba; pero la impaciencia de D. Marcos por

---

Segundo lugar, in oblicuo, número 3, D. Porfirio Díaz.

Esta partida, que la expido á petición del C. Juan Sánchez, está en todo conforme con el original al que me remito y va sin enmienda.

Oaxaca, á 12 de Agosto de 1904.—El Secretario, *Epídeforo Martínez.*—S. C. M. (Una rúbrica).—Vº Bº El Rector, *José Uriz.*—(Una rúbrica).

Un sello que dice: Instituto de Ciencias del Estado de Oaxaca.

El Secretario del Instituto de Ciencias y Artes del Estado de Oaxaca, bajo protesta de ley, certifica: que en el archivo de la oficina que es á su cargo, existe el libro que lleva el título, Libro Segundo de Calificaciones, y en él consta, que el Sr. General D. Porfirio Díaz, fué examinado y aprobado de las materias que á continuación se expresan:

Diciembre 31 de 1850.—Dibujo. Aprobado en primer grado, némine discrepante y superior lugar. Página 78, vuelta.

recibirla, hizo que un día, al llegar el correo, no me esperara, sino que mandara sacarla á Remigio Flores, su concuño, quien fué, por supuesto, su compañero de prisión.

«El Coronel D. Pascual León era fiscal en la causa que se estaba formando á D. Marcos Pérez, y era, á la vez, mi deudor. Con este motivo, y siendo muy moroso para hacer sus pagos, procuraba verle á la hora en que sabía que almorzaba. Por supuesto que no era muy agradable al deudor la presencia del cobrador, y mandaba que lo esperara en su escritorio. Esto me hacía pasar largo tiempo en su despacho, y en una de esas ocasiones, estaba el proceso sobre la mesa, pude darle una ojeada, y después me decidí á poner en conocimiento de D. Marcos Pérez las declaraciones de sus cómplices.

«Con este objeto emprendí, en compañía de mi hermano, el escalamiento del convento de Santo Domingo.

«Había en el convento de Santo Domingo una prisión especial para los frailes, llamada «La Torrecilla,» en donde se puso á D. Marcos Pérez.

«Tendría la torrecilla como tres metros de largo por dos de ancho, con una puerta en un extremo, y una ventana alta en uno de sus lados, de modo que desde la puerta se podía ver todo lo que pasaba en el interior. La bóveda que la cubría era muy sólida y la ventana de la torrecilla que daba al patio de la sacristía de la iglesia, estaba muy elevada y muy cerca del techo, con una reja de fierro incrustada en el grueso de la pared, lo cual permitía poner los pies en el dintel de la ventana.

«El escalamiento del convento se me facilitó por la agilidad que

---

Diciembre 31 de 1850.—Francés. Aprobado en primer grado, némine discrepante. Página 80, frente.

Diciembre 31 de 1850.—Derecho Natural de Gentes y Romano, primer año. Aprobado en primer grado, némine discrepante. Página 85. frente.

Diciembre 31 de 1850.—Derecho Público, primer año. Aprobado en primer grado, némine discrepante. Página 85, vuelta.

Octubre 23 de 1851.—Derecho Natural y de Gentes. Aprobado en primer grado, némine discrepante. Página 111, frente.

Octubre 23 de 1851.—Derecho Público. Aprobado en primer grado, némine discrepante. Página 112, frente.

Noviembre 3 de 1852.—Derecho Civil.—Aprobado en primer grado, némine discrepante. Página 130, frente.

Noviembre 4 de 1852.—Derecho Canónico. Aprobado en primer grado, némine discrepante. Página 131, frente.

había adquirido en mis ejercicios gimnásticos, y por haberlo hecho en compañía de mi hermano.

«Cuando teníamos que subir una altura que no excediera de tres metros, uno de nosotros se subía sobre los hombros del otro, y una vez arriba, echaba una cuerda al que quedaba abajo, para que subiera, y cuando la altura era mayor, tirábamos la cuerda sobre uno de los ángulos del edificio, para que quedara asegurada, y uno de nosotros la sostenía mientras el otro subía, lo cual era muy difícil, pues el que sostenía la cuerda, tenía, para aguantar el peso del que subía, que *meter cuadril*, usando de una frase de arrieros, en cuya postura se tiene mucha resistencia.

«Después de que uno estaba arriba, sostenía la cuerda para que subiera el otro.

«Por la puerta de campo del convento, subimos á cosa de media noche á la barda de la huerta, que tendría como cuatro metros de altura: la primera noche bajamos á la huerta con objeto de saber si había centinelas en ella; en seguida volvimos á subir á la barda de la huerta, y andando sobre ella, llegamos á la azotea de la panadería del convento. Á esa hora estaban trabajando los panaderos, y como esta gente acostumbraba cantar durante su trabajo, no era fácil que nos sintieran en la azotea del amasijo, además de que nosotros andábamos con mucho cuidado para no hacer ruido.

«De la azotea de la panadería subimos á la azotea de la cocina de la comunidad, que era el escalón más alto que teníamos que ascender; los cocineros estaban durmiendo á esa hora, y, por consiguiente, podíamos andar con más libertad, procurando siempre que nuestras pisadas no hicieran ruido.

Diciembre 5 de 1852.—Derecho Civil. Aprobado en segundo grado, némine discrepante. Página 147, vuelta.

Diciembre 5 de 1852.—Derecho Canónico. Aprobado en primer grado, némine discrepante. Página 148, frente.

Diciembre 29 de 1853.—Examen general de Derecho. Aprobado en primer grado por tres votos, contra dos que resultaron en segundo. Página 166, frente.

Enero 2 de 1854.—Examen general de Derecho. Aprobado en primer grado. Página 173, vuelta.

Se hace constar, que los estudios de Dibujo, Francés, Derecho Público y Derecho Natural y de Gentes, los hizo según el plan de estudios de 30 de Enero del año de 1845, y los de Derecho Canónico, Derecho Civil y exámenes generales de Derecho, según la ley de 29 de Julio de 1852.

Los Señores Directores que estuvieron al frente del establecimiento, du-

«De la azotea de la cocina seguía la terraza ó el patio de la celda del Provincial, quien dormía.

«En la azotehuela de esta vivienda había una pequeña pieza, que servía de cocina particular del Provincial, á la cual subimos sin dificultad, uno en los hombros del otro, y así pudimos llegar á la azotea principal y más elevada del convento. Al llegar á ésta era necesario ir con gran cautela, porque había muchos centinelas en la azotea, y la primera noche tuvimos que esperar, antes de dar paso, hasta oir el alerta de los centinelas, pues no había otra manera de conocer su posición, y esto nos obligaba á permanecer en quietud, hasta que dieran el alerta, el cual repetían cada quince minutos.

«Para facilitar nuestra evasión, en caso de ser vistos en la azotea, retiramos una cuerda que estaba amarrada al badajo de una campana (con el objeto de poderla tocar desde abajo) y que llegaba hasta el piso de la sacristía. Esto lo hicimos con sumo cuidado, para no ser notados en caso de que estuviera en el patio alguna persona junto á la cuerda; y una vez retirada ésta, la aseguramos de una almena que daba á la calle, con el propósito de descolgarnos por ella, si llegábamos á ser descubiertos y cortada nuestra retirada. Antes de bajarnos de la azotea, volvimos á poner la cuerda en donde la habíamos tomado, suficientemente larga, con un gancho de hierro en uno de los extremos, para usarla en caso necesario por cualquiera parte.

«La llegada á la azotea principal del convento, fué lo más peligroso de la operación, por los muchos centinelas que había en ella. Con este motivo, nuestra marcha era muy tardía, porque teníamos que permanecer acostados en la azotea, vestidos con un traje gris, para no hacernos muy visibles, escuchando un alerta cada quince minutos, que nos indicaba la situación de los centinelas.

«Así llegamos hasta la azotea de la torrecilla y no encontramos ningún centinela allí. Había uno abajo de la ventana de la prisión,

---

rante el tiempo que hizo D. Porfirio Díaz sus estudios, son los que en seguida se expresan:

Sr. Lic. D. Lope San Germán. De Enero á Octubre de 1850.

Sr. Dr. D. Juan Nepomuceno Bolaños. De Octubre de 1850 á Agosto de 1852.

Sr. Licenciado D. Benito Juárez. De Agosto de 1852 á Enero de 1853.

Sr. Doctor D. Juan N. Bolaños. De Enero de 1853 á Diciembre de 1855.

Por acuerdo de la Dirección, se expide el presente, haciendo constar que quedan cubiertos los derechos de certificación á que se refiere el artículo 212, reformado, de la ley de Hacienda vigente en el Estado.—Oaxaca de Juárez,

en otra ventana que quedaba exactamente debajo de la torrecilla, y cuya reja, como la de la ventana superior, estaba metida á medio grueso de la pared y no permitía al centinela ver para arriba. Para burlar la vigilancia de ese centinela, era necesario no hacer ruido.

«Una vez allí, me descolgaba yo, ó sostenía á mi hermano hasta llegar á la ventana, y estando ya en ella y cogida la reja con las manos, descansaba el que sostenía desde arriba al que había descendido.

«Estaba cerrada la ventana, que tenía, en su parte alta, dos ventanillas, cada una con una cruceta de hierro en el centro. No había modo de llamar á D. Marcos. La puerta de la torrecilla tenía un boquete más abajo que la talla de un hombre en la postura natural, por donde el centinela podía con facilidad vigilar al preso. Había doble puerta, y en el intermedio de las dos, estaban el centinela y un cabo; la segunda puerta, que estaba, como la otra, cerrada con llave, tenía una guardia de cosa de cincuenta hombres del batallón activo, con un Capitán y un Oficial, que era la guardia especial del preso.

«Todos estaban perfectamente seguros de que el preso no se movería, por no tener su prisión más que esa puerta y la ventana.

«Cuando estaba yo en la ventana y el centinela se asomaba al boquete, tenía necesidad de inclinarme, alejándome en lo posible de la ventana para no ser visto, y entonces permanecía suspendido de la cuerda y mi hermano tenía que sostenerme. Por supuesto que esto no duraba mucho tiempo, sino solamente mientras que estaba suspendido; luego volvía á coger la reja con una mano. Sin embargo de tantas dificultades y peligros, logramos hablar en tres noches á D. Marcos Pérez.... Una vez que nos sintió, la primera noche que le hablamos y notó algún movimiento por la ventana, se sentó, se puso sus botas y en camisa comenzó á pasearse, á rezar en latín unos salmos de David

---

Agosto diez y siete de mil novecientos cuatro.—V. B.—*Aurelio Valdivieso.*—Una rúbrica.

En el Instituto de Ciencias, tuvo D. Porfirio los cargos de bibliotecario y catedrático suplente, y lo refiere así en su autobiografía:

«Por el año de 1854, fuí bibliotecario del Instituto, como sustituto de D. Rafael Urquera, á quien daba yo la mitad de los $25 mensuales, asignados á este empleo.

«Por ser desafecto á Santa-Anna, tuve que renunciar la Biblioteca....

«Me encargué por poco tiempo de la clase de Derecho Natural y de Gentes, por ausencia del Profesor propietario, D. Manuel Iturribarría.» (Memorias).

y acercarse á la ventana con mucho disimulo. El centinela le decía que se acostara, porque el *cólera* estaba haciendo muchos estragos.

«Cuando D. Marcos me conoció, me dijo, hablándome en latín, que era muy peligroso hablar; que procurara poner en sus manos un lápiz y un pedazo de papel. Dos noches después volví, y entonces le llevé lápiz y papel, y además, un papel escrito por mí, diciéndole lo que me parecía más importante.» (Memorias).

*
* *

Obligado Porfirio Díaz á renunciar el cargo de bibliotecario que desempeñaba en el Instituto, se dedicó al ejercicio de su profesión y trabajó como abogado, bajo la dirección del Lic. Pérez.

«Me dediqué entonces, al renunciar el cargo de bibliotecario, ya como pasante, á la práctica del foro, bajo la dirección de D. Marcos Pérez, lo cual me produjo algunos recursos. Después de dos años de práctica que prescribía la ley y que hice en el gabinete del mismo D. Marcos Pérez, pasé mi examen general de Derecho; pero los sucesos posteriores no me permitieron recibirme de abogado. Hice viajes á Zimatlán, á Ocotlán, á Ejutla y á otros Juzgados foráneos, con el objeto de abrir informaciones referentes á negocios judiciales que seguía mi maestro, y esto me producía más que cualquier otro trabajo. Al fin tuve el poder del pueblo del Valle Nacional, que me fué lucrativo, porque entonces se pagaban viáticos, además de los honorarios.» (Memorias).

El pasante de abogado no llegó á obtener el título profesional, por haberse lanzado á la revolución que se inició en Ayutla, contra la tiranía del déspota de Santa–Anna.

«La política dictatorial y retrógrada del General Santa-Anna, y su persecución á los liberales, ocasionaron una reacción en el país, que vino á culminar con la proclamación del Plan de Ayutla en Enero de 1854, cuya revolución encabezó el Gral. D. Juan Álvarez, uno de los pocos caudillos de la Independencia que aún sobrevivían. Poco después, imitando Santa–Anna á Luis Napoleón, quiso obtener un plebiscito en su favor, y ordenó que se tomara una votación popular que decidiera quién debería ejercer la suprema dictadura.

«Estaba yo supliendo la cátedra de Derecho natural, cuando el Director del Instituto, que lo era entonces el Dr. D. Juan Bolaños, citó á todos los catedráticos, para ir á votar en cuerpo, el 1º de Di-

ciembre de 1854. Me negué á concurrir; pero teniendo esperanzas de que durante la votación hubiera algún escándalo que motivase alzamiento en armas, y creyendo que podría hacerse algo, sin embargo de que esto era imposible, pues el Gobierno había puesto en guardia muchas fuerzas y hasta cañones, me dirigí separadamente al portal de Palacio, en donde se estaba recibiendo la votación.

«Presidía la mesa el Gral. D. Ignacio Martínez Pinillos, que era el Gobernador y Comandante Militar del Estado, ó Departamento, como entonces se le llamaba, cuando llegó el Cuerpo Académico.

«El jefe de la demarcación donde yo vivía, D. Serapio Maldonado, se presentó diciendo que votaba por la permanencia en el poder y dictadura del Gral. Santa-Anna, por treinta individuos varones, que eran vecinos de su demarcación; y entonces supliqué á la mesa que descontara un voto de ese número, porque yo no quería ejercer el derecho de votar.... En seguida llegó el Cuerpo Académico del Instituto, y todos los catedráticos votaron en favor del citado General y pusieron sus respectivas firmas.

«Cuando terminó el acto, el Lic. D. Francisco S. Enciso, que era catedrático de Derecho Civil, me preguntó si al fin no votaba yo.

«Contesté en los mismos términos en que me había excusado con el Gral. Martínez....

«Sí, me replicó Enciso, y uno no vota cuando tiene miedo.

«Ese reproche, que me quemó como un botón de fuego, me hizo tomar la pluma que se me había ofrecido, me abrí paso entre los concurrentes y puse mi voto para la presidencia, en favor del Gral. D. Juan Álvarez, que figuraba como jefe de la revolución de Ayutla.» (Memorias).

Se trataba, en efecto, de aquel famoso plebiscito en que Santa-Anna simuló interrogar á la nación si debería prolongarse el período de su poder discrecional, es decir: si debería continuar la dictadura.

Porfirio Díaz, entonces estudiante y catedrático suplente de Derecho Natural en el Instituto del Estado, observaba en silencio la farsa electoral allí representada.

—Y Ud. no vota?, le preguntó de pronto el Lic. Enciso.

—El voto no es una obligación, es un derecho.... yo no lo ejerzo, contestó el estudiante.

Entre los votantes que llegaban, hubo un policía secreto, apellidado Maldonado, que manifestó traer 30 votos santanistas, correspondientes al vecindario de su Demarcación.

—Que de esos treinta se rebaje uno, dijo Porfirio, porque yo soy vecino de esa Demarcación y no he votado.

—Y por qué no vota Ud., insistió Enciso. ¿Tiene miedo?

Entonces fué cuando Porfirio Díaz se acercó á la mesa de votación.

El libro de negativas estaba allí cerrado.

Porfirio Díaz lo abrió resueltamente.

—Cuidado, joven, dijo Martínez de Pinillos; nadie ha escrito todavía en ese libro.

Sin responder palabra, Porfirio escribió en la primera página:

General D. Juan Álvarez, y firmó.

Después de él, hubo otro joven que también firmó contra Santa-Anna.

Se ignora el nombre de ese joven; pero se sabe que en el mismo día fué aprehendido y agregado á las filas de un batallón volante, para castigar su osadía.

Porfirio Díaz logró escapar á las montañas.

He aquí cómo refiere él mismo el episodio:

«Se dió á la policía orden de aprehenderme. Estaba yo en la Alameda con Flavio Maldonado, cuando nos dijo Serapio Maldonado, que era agente de policía, que tenía orden de aprehenderme y que la misma orden se había dado á otros muchos, y siguió su camino para que no le vieran cerca de nosotros.»

«Entonces me fuí á la casa de D. Marcos Pérez, quien había sido desterrado á Tehuacán, á sacar dos pistolas chicas de D. Marcos, y me fuí en seguida para mi casa. Al pasar por la calle de Manero, estaba en la puerta de la tienda el joven dependiente Pardo, quien me hizo una seña para que viera á Marcos Salinas, uno de los policías que venía en pos de mí, y á riesgo de comprometer á Pardo, dije en voz alta: VENGO Á VER SI ME ENCUENTRAN.

«Probablemente, Salinas no creyó prudente arrestarme, sino que siguió toda la calle, y al dar vuelta, corrió en busca de otros policías para que le ayudaran, y yo me aproveché de esos movimientos para desaparecer de aquel lugar. Corrí toda la calle y otra contigua y me metí en la casa de Flavio Maldonado, mi condiscípulo y amigo.... A poco llegó Anacleto Montiel, que era el jefe de la policía, saludó en voz alta y preguntó por mí, á lo que se le contestó,* para que no sos-

---

* La que contestó fué la hermana de Maldonado, que en aquellos momentos bordaba en un bastidor.

pechara, que no estaba yo en la casa, pero que regularmente iba á esa hora, que no tardaría en llegar y que podía esperar un poco.

«Se estableció la policía en la esquina de la calle en donde estaba la casa de Maldonado, y otra partida en la puerta de mi casa; pero yo había hecho traer mis armas y mi caballo, que mi mozo había sacado de mi casa, fingiendo que lo llevaba al agua al río Atoyac, y luego, en un canasto de basura y bien tapadas, sacó mi silla, pistolas, espadas, y salió como á tirar la basura.

«Un hombre, llamado Esteban Aragón, valiente y muy enérgico, me había hablado en sentido revolucionario: sabía yo dónde vivía, lo mandé llamar y le propuse que se fuese conmigo á la revolución. Me contestó afirmativamente, pero que no tenía caballo. Le dije que tenía dos sables, dos pares de pistolas y dos sillas, y que lo proveería de esos útiles. Salió á conseguir caballo: cogió una de mis espadas, la ocultó debajo de su jorongo y se fué en dirección al río, adonde llevan á tomar agua á los caballos de la parte Sur de la Ciudad; luego que vió un caballo, se fué sobre el mozo que lo cuidaba, y amenazándole con el sable, le quitó el caballo, se montó en pelo y se me presentó en la casa de Maldonado, para que violentamente siguiéramos la marcha. Yo no comprendí el motivo de su prisa. Ensillamos nuestros caballos, y ya listos, acometimos la salida. Los policías, á quienes se había dado orden de aprehendernos, nos salieron al paso; pero me puse inmediatamente á la defensiva.... Aragón acometió con bastante brío y así salimos bien del encuentro.» (Memorias).

Ministerio de Comunicaciones (en construcción).

II.

CARÁCTER DE PORFIRIO DÍAZ.

DESDE que era estudiante, Porfirio Díaz asumió la responsabilidad de un padre de familia: trabajó rudamente para ayudar á su abnegada madre en el sostenimiento del hogar, y dirigió la educación de sus hermanos.

Producto de la mezcla de dos razas vigorosas, española y mixteca, resultó excepcionalmente organizado.

He aquí el retrato que hace de Porfirio Díaz, un escritor mal intencionado, que entre grandes elogios, desliza con perfidia, conceptos calumniosos é insinuaciones injuriosas contra el gobernante que más ha protegido á los escritores mexicanos, impulsando constante y tenazmente las artes, las ciencias y las letras de su patria:

«En realidad, el General Díaz es de una estatura superior á la mediana, de modo que puede decirse que tiene el tamaño que se considera como condición de la fuerza, y, además, posee de un modo completo los signos inmediatos de esa fuerza. Ancho de hombros, un tórax vasto, músculos desarrollados, movibles y salientes, y ninguna exageración abdominal, todo en él revela una constitución hercúlea: se ve una armazón sólida, cubierta de músculos férreos y sin tejidos adiposos, á pesar de la edad. La cabeza, de buen tamaño: la frente no muy elevada, pero ancha y despejada; los ojos simétricamente colocados, de color obscuro, la mirada fija, un tanto severa cuando habla el General, sumamente penetrante cuando escucha. La nariz regular, algo ancha en la punta, con las ventanillas bien abiertas, como si los pulmones, muy desarrollados, necesitaran respirar un gran vo-

lumen de aire. La boca es mediana, cubierta por bigote militar, cano y bastante espeso; los labios unidos, sin compresión, como los de los individuos que saben callar aun en el tormento, y saben hablar con fluidez cuando es necesario, sin caer nunca en la garrulería.

«La barba, un tanto carnosa y bien modelada; las orejas más bien grandes que pequeñas; cuello ancho y algo corto, como el de los hombres que descienden de una raza que acostumbró á llevar, durante muchas generaciones, el pesado casco de acero. El color encendido, propio de una naturaleza sanguínea, sin llegar al cárdeno del pletórico; cabello corto, fuerte, tupido, que en un tiempo fué negro y hoy es gris; las manos de tamaño regular, algo anchas y nervudas, con dedos espatulados; las piernas algo cortas con relación al busto; los pies bien proporcionados.

«Cuando camina, lleva alta la cabeza, sin rigidez ni altanería, respira ampliamente y con facilidad, con la mirada segura, los hombros con desenvoltura, el paso firme, resuelto, ligero, sin precipitación. Esos signos exteriores corresponden á un individuo que tiene plena confianza en sí mismo y que posee una inmensa energía, predestinado á la longevidad. Su actitud es la de la acción, pero de la acción dominante y que no requiere esfuerzo para producirse.

«No hay en él la contracción aparente de ningún músculo; y la firme franqueza de sus movimientos, indica la persistencia de una voluntad siempre lista para manifestarse.

«La parte moral corresponde á la física: es una alma de acero dentro de un cuerpo de hierro. Éste es inquebrantable; aquélla es flexible, pero con la flexibilidad de una espada de Toledo, rígida al tajo; la flexión en el plano, pero la flexión no por sometimiento, sino avasalladora, que vuelve inmediatamente á recobrar la recta, y nunca se quiebra ni se tuerce.

«Hay en el General Díaz, memoria, entendimiento y voluntad en perfecto desarrollo.

«La memoria es asombrosa; recuerda la fisonomía y el nombre de una persona, aunque no la haya visto más que una sola vez, y recuerda las circunstancias y lugar en que la vió. Tiene la memoria de los hechos, de las fechas y de la topografía. Es gran fisonomista, y fisiognomista por instinto. Cuando se le habla de un asunto, por nuevo y por más complexo que sea, reconcentra toda su atención, y apenas se le exponen los prolegómenos, lo abarca en su conjunto y percibe los detalles de un modo intuitivo.

«Se ocupa en la máquina administrativa, enterándose hasta de los

pormenores más insignificantes, sin que por esto sea un hombre nimio. Se entera detenidamente, cada día, de la inmensa correspondencia privada que recibe, y dicta los acuerdos correspondientes.

«Está informado del movimiento del mundo entero, y sigue la marcha de los acontecimientos de cada nación, y el desenvolvimiento científico y literario; lee y estudia, ¿cuándo? No lo sé.

«Su voz es abaritonada, algo ronca y fuerte; su locución es pausada, notándose siempre el acento del mando.

«En lo íntimo, sobre todo cuando sale de la Capital á alguna gira campestre, á alguna cacería, por la que tiene verdadera pasión, siendo un tirador de primera fuerza, entonces hay en él algo del estudiante escapado de las aulas, rebosa en él la alegría, hay una expansión de espíritu notable, llega hasta los límites de la jovialidad, sin caer en ella, y es lo que se llama un excelente camarada.

«No hay que hablarle entonces de asuntos de Palacio.

«Es hoy, como antaño, excesivamente sobrio en la comida y la bebida; enemigo de desveladas, á pesar de que las soporta bien; se levanta al toque de diana, se baña en agua fría, hace ejercicios gimnásticos y pasea á pie. Su vida está regularizada como un cronómetro, y por eso tiene tiempo para todo, haciendo cada cosa á su tiempo.....

«Tal es Porfirio Díaz, considerado á grandes rasgos, física y moralmente. Es un cuerpo hecho para todas las resistencias y conformado para todos los impulsos, con la agilidad del gimnasta y la firmeza del atleta; el tipo del soldado gentilhombre, que hace buena figura á caballo, con el uniforme militar constelado con magníficas condecoraciones extranjeras, y que hace buena figura en un salón, con la severa casaca civil, llevando una simple roseta en el ojal. Se ve al hombre que puede hacer grandes jornadas á caballo ó á pie, sin fatigarse; pasar noches en vela, ó durmiendo bajo la ligera tienda de campaña, sin deteriorar su salud; contra quien no tienen acción nociva los elementos exteriores: ni el agua de la lluvia, ni el sol del estío tropical, ni las nieves invernales de nuestras altas montañas, como tampoco la tienen las fatigas de la administración, los disgustos de la política, ni las eventualidades y penas de la vida común.

«No me atreveré á sostener que esa apariencia, que todos notamos, sea una realidad.

«Nadie sabe cuál es el verdadero estado físico del General Díaz, y cómo aparecerá ante los ojos de su ayuda de cámara, cuando no hay galería que lo contemple.

«Los setenta y siete años que cuenta de edad, la vida destructora, por su agitación constante, y la tensión de espíritu, deben haber hecho estragos interiores, que él oculta con esmero.»

Esto es mentira: el General Díaz no tiene que ocultar estrago alguno; conserva su vigor y su salud completa.

Yo he tenido el honor de examinarle como médico; he auscultado su corazón y sus pulmones; he tomado trazos esfigmográficos de sus arterias; he medido su tensión arterial con el esfigmomanómetro, y puedo asegurar que es actualmente el tipo más completo del hombre fisiológico. A juzgar por la regularidad de sus funciones orgánicas, la integridad de su memoria y la brillante lucidez de sus facultades intelectuales, representa el vigor y la energía de un hombre sano y fuerte á los sesenta años.

Dice también el escritor citado:

«Porfirio Díaz tiene un profundo desprecio por los hombres, en general, aunque trata siempre de ocultarlo, y nada más natural: quienes, como él, palpan á diario todas las miserias del carácter humano, tienen que luchar contra toda clase de pasiones, ven la envidia que se yergue, la calumnia que se arrastra, la adulación que se arrodilla, las pretensiones absurdas, las ambiciones descaradas, la infamia hipócrita, toda esa Corte de los Milagros que viste casaca ó lleva uniforme, ó el traje de la burguesía endomingada; todos cuantos ven eso, repito, forzosamente han de sentir un profundo disgusto hacia el género humano, y tener el más pobre concepto del hombre, ya individual, ya colectivamente considerado.»

No es verdad que Porfirio Díaz tenga desprecio por los hombres en general, como asegura el escritor aludido.

Debe tenerlo, y sin duda lo tiene, en particular y muy profundo, por aquellos ingratos y desleales, que de rodillas llegaron hasta él para pedirle ayuda, y por él protegidos y elevados, cometieron torpezas, traiciones, mezquindades.... y por él generosamente perdonados, huyeron á países extranjeros y vendieron su pluma de escritores, y publicaron libros embusteros, pagando su perdón y sus favores, con pérfidas calumnias y ruines amenazas embozadas.

Pero Porfirio Díaz aprecia y tiene en alta estima á los hombres honrados y patriotas y altivos y leales, que ni piden, ni adulan, ni traicionan, ni van á los países extranjeros á difamar á su Gobierno y á su patria.

En general, los escritores, que impulsados por despecho, ambición ó intereses personales, han tratado de intimidar ó de injuriar

al Presidente, cuya conspicua vida y ejemplar honradez son intachables, procuran embozar sus amenazas con pérfidos halagos, y cuando más no pueden, le calumnian, le hacen responsable de todos los errores y todas las torpezas cometidas, aquí como en el mundo entero, por los mil funcionarios subalternos, en cuyas manos hay que poner forzosamente las múltiples funciones de la Administración y del Gobierno. Esto es injusto.

Porfirio Díaz ha cometido errores, por cierto, inevitables.

Débense á ellos, todos los defectos que puedan encontrarse al estudiar y analizar en sus detalles esa Administración que, en su conjunto, resulta irreprochable.

Ha incurrido en errores, pero no mas que al elegir sus subalternos, sus *hombres de Gobierno.*

Aunque no con frecuencia, se ha engañado al juzgar y escoger algunos de ellos. Encuentro disculpable que se haya equivocado, teniendo que escoger entre una multitud en que abundan los malos y escasean los buenos.

Pudiera suceder que algunas veces se haya visto obligado á tomar de los peores.

A los unos, les ha creído buenos, les ha creído dignos, les ha creído honrados y les ha concedido su confianza, y les ha colocado en altos puestos, y les ha sostenido con su apoyo.

Ellos le han engañado, mintiéndole desinterés y patriotismo, y una vez encumbrados, han resultado indignos y egoístas, y han disgustado al pueblo con sus hechos.

Otros hubo, que habiendo sido buenos al principio, se corrompieron más tarde por sí mismos, ó fueron corrompidos por los malos; pero es inevitable que así pase, ya que un hombre no puede estar al mismo tiempo en todas partes y vigilar á todos muy de cerca.

El estadista que pudiera encontrar un hombre apto para cada cargo, y un hombre honrado para cada puesto, tendría que ser, además de infalible, omnipotente.

Por esto, y á pesar de los grandes esfuerzos del bien intencionado gobernante, aún falta en su Administración mucho de bueno, y aún queda algo de malo.

Declarad á Porfirio UN INFALIBLE; declaradle, además, OMNIPOTENTE, y convengo en hacerle responsable de *todo lo que sobre* y *todo lo que falte.*

La descripción que de los caracteres físicos del Presidente Díaz ha hecho el escritor ya mencionado, es de las más exactas que conozco.

De mediana estatura, levantado pecho y arrogante porte, dotado de una fuerza muscular extraordinaria, poseedor de un potente y bien desarrollado sistema vascular y de amplísimos pulmones; ágil, sano, robusto, y física y moralmente equilibrado, Porfirio Díaz, que fué en su juventud un buen gimnasta, que siempre ha sido sobrio, temperante y fiel observador de los preceptos de la higiene, ha podido llegar á los ochenta años, conservando, como ya lo hemos dicho, y por más que parezca inverosímil, el vigor, la salud, las energías y la memoria de un hombre de sesenta.

Su organismo no es en la actualidad el organismo de un anciano.

Producto de acertado cruzamiento, heredó con la sangre materna, esa potente, inexplicable resistencia vital, que retardando la regresión senil, alarga la existencia de nuestras razas indígenas.

La longevidad es una de las buenas cualidades de la raza mixteca.

Desde muy joven, Porfirio Díaz se hizo admirar por su honradez inmaculada, y empezó á revelar un gran carácter, enérgico, prudente y reservado.

Siempre serio y formal, sin ser adusto, se hizo querer y respetar por sus compañeros de colegio, entre los que llegó á tener amigos muy sinceros, que más tarde serían sus partidarios.

Sus hermanas y su hermano menor, le amaron como á un padre, y le respetaban como hijos.

Su juventud no fué ni alegre, ni expansiva.

Sus ojos expresivos, dominadores, imponentes, de mirada sagaz y penetrante, solían estar velados por un ligero tinte de tristeza.

Dice uno de sus biógrafos:

«La media orfandad, la vida de privaciones, la sujeción forzada á gentes de iglesia, el medio ambiente del barrio DE LOS ALZADOS, hicieron de Porfirio un joven retraído, casi melancólico. Así le pintan algunos condiscípulos. Sólo salía de su habitual tibieza en las guerras á pedradas. Guerreaban escuela contra escuela, barrio contra barrio.....» *

No es extraño que se le viera siempre triste.

Joven, pundonoroso, altivo, inteligente, sintiéndose capaz de grandes cosas, impulsado por nobles ambiciones, alentado por altos ideales, debe Porfirio Díaz haber sufrido muy hondas amarguras, muy profundas heridas, en esa ruin y miserable lucha contra el hambre,

---

* PORFIRIO DÍAZ, por X. X. X. Librería de la Viuda de C. Bouret.—México.—1906.

que inicia la existencia de los que hemos nacido en la pobreza, de los que hemos crecido en la miseria.

En los trances solemnes de su vida, se ha visto algunas veces, que lágrimas rebeldes humedecen los ojos de ese atleta, llamado por algunos: ESFINGE INCONMOVIBLE.

Lejos están de comprender el corazón humano, los que así desconocen el generoso corazón y nobles sentimientos del caudillo.

¿Qué lejanos ensueños.... qué profundas nostalgias.... qué ilusiones perdidas, entristecen el alma del gran hombre, hasta nublar sus ojos con el llanto?

¿Será que hasta en sus horas de ventura, vienen á atormentarle los remotos, tristísimos recuerdos de los seres queridos que le amaron, y con él emprendieron la jornada, y sorprendidos por la noche obscura, se quedaron en medio del camino, sin poderle seguir á las alturas, en la triunfal y espléndida mañana del apoteosis de su vida?

¿Es que en las almas fuertes de los hombres que sufren y se callan, queda siempre un amargo, un inmenso raudal de lágrimas tragadas, de sollozos ahogados y de penas y angustias comprimidas?.... Es simplemente una exageración de la excitabilidad refleja, presidida por el sentido emotivo, excepcionalmente desarrollado en casi todos los grandes hombres.

Porfirio Díaz luchó, primero, con su propia miseria. Después, con la miseria nacional.

En ambas lides resultó vencedor: se ha enriquecido, y enriqueció á su patria, que ahora puede contar por centenares de millones, lo que le sobra en su tesoro.

Probablemente el éxito de este hombre, más, mucho más que á su elevada inteligencia y á su valor heroico, se debe á la firmeza de su indomable voluntad, á su carácter.

Sabemos hoy, que es posible formar un carácter; mas para esto es necesario que por el racional encauzamiento de las aptitudes, bajo la disciplina de una educación bien dirigida, se consiga el completo equilibrio de las actividades cerebrales.

Esto requiere el empleo de métodos rigurosamente científicos, bajo la dirección de muy competentes pedagogos; y ni la pseudo-educación teológica del Seminario, ni la rudimental instrucción adquirida en un Instituto de Provincia, ni la mediana instrucción de los maestros de Porfirio, los pedagogos de aquel tiempo, alcanzaban á tanto: *á formar un carácter.*

Como todas las cualidades del espíritu, el carácter se hereda; pero

sólo por excepción se hereda en ese grado altísimo, que determina la superioridad incontrastable de tal ó cual predestinado, sobre los hombres que le rodean y sobre las multitudes que le siguen, y subyugadas le obedecen.

La transmisión del carácter, así como la transmisión de todos los atributos materiales, intelectuales y morales, no es una facultad de los procreadores inmediatos; pertenece á todos los generadores que se han sucedido desde el origen de la especie, y la fuerza vital ó intelectual que determina el desarrollo físico de un embrión ó el desarrollo moral de un individuo, es la resultante de las fuerzas y tendencias evolutivas de todas las generaciones *ancestrales*, acumuladas á través del tiempo y transmitidas en virtud de las hasta hoy desconocidas leyes del atavismo.

Sería, por tanto, inútil buscar entre las cualidades de los antepasados conocidos de Porfirio Díaz: asturianos por la línea paterna y mixtecas por la materna, la explicación de sus extraordinarias energías.

Lo que podemos afirmar, es que en éste, como en otros casos semejantes, el atavismo determina la excepcional acumulación de aptitudes en un solo individuo, y que si este individuo ha nacido en la época oportuna, y se desarrolla en un medio propicio, tiene ya, por el solo hecho de esta acumulación hereditaria, asegurada la superioridad sobre sus enemigos *en el combate por la vida.*

Si además de todo ésto, tiene también fortuna para escapar de los azares de la lucha, entonces es seguro que el éxito y el triunfo serán suyos.

La voluntad, base del carácter, cualidad rudimental en la niñez, es como todas las cualidades del espíritu, susceptible de un alto desarrollo bajo la influencia de la educación y el ejercicio.

Nada tan eficaz como las contrariedades de la lucha en los primeros años de la vida, para ejercitar las energías volitivas, y fué en la juventud, en los primeros años de su azarosa vida, cuando Porfirio Díaz luchó más rudamente.

Sin duda alguna, dos poderosas causas: el amor á la patria y el amor á la gloria, son las que más han contribuido al encumbramiento del gran hombre, impulsándole sin cesar hacia la altura y despertando á cada paso y ante la resistencia de cada obstáculo, sus energías de coloso; pero el completo desarrollo de su carácter, más que á la lucha armada en los campos de batalla, se le debe á la lucha sin armas, al desigual combate librado en el hogar empobrecido, bregando

sin cesar en la orfandad y en la miseria, contra los despiadados golpes del Destino.

De la sangrienta lucha contra los opresores de su patria, surgió el audaz soldado, el héroe y el caudillo.

De la penosa brega contra la obscuridad y la miseria, surgió el valiente y vigoroso luchador de los combates del sentimiento y del espíritu, el arrogante gladiador de la voluntad y del esfuerzo, el hombre de carácter.

Hablando del carácter del General Díaz, dice D. Justo Sierra: [1]

«Muchos de los que han intentado llevar á cabo el análisis psicológico del Presidente Díaz, que sin ser ni el arcángel apocalíptico, que esfuma Tolstoi, [2] ni el tirano de melodramática grandeza del *cuento fantástico* de Bunge, es un hombre extraordinario en la genuina acepción del vocablo, encuentran en su espíritu una grave deficiencia: en el proceso de sus voliciones, como se dice en la escuela, de sus determinaciones, hay una perceptible inversión lógica: la resolución es rápida, la deliberación sucede á este primer acto de voluntad, y esta deliberación interior es lenta y laboriosa, y suele atenuar, modificar, nulificar á veces la resolución primera.»

---

1 México. Su Evolución Social.—Ballescá, Editores.—Tomo II, Página 429.

2 El Sr. Sierra se refiere al juicio que acerca de Porfirio Díaz publicó el distinguido escritor ruso, Leon Tolstoi, en su obra intitulada: NATURALEZAS FUERTES.

«¿Cómo es que del caos, pudo Díaz hacer surgir el orden?

«Nuestros grandes estadistas del Norte de Europa, son tal vez, y no precisamente, eminentes ante el criterio de la Historia moderna, por haberse hallado rodeados de elementos dúctiles, que ellos no tuvieron necesidad de modelar conforme á sus ideales, por encontrarse las capas sociales en un grado de civilización más avanzado. Pero en México no había más que caos, no había más que sombras, no había más que una civilización elemental; durante medio siglo, la única luz que alumbrara las tinieblas, salía de la boca de los cañones, y el bello cielo del Septentrión Americano aparecía teñido con resplandores del incendio.

«Mas he aquí que del vértigo de esa vorágine, aparece un guerrero cabalgando, como el héroe de la leyenda cosaca, en caballo ensangrentado y con la espada luciente. ¿Es un ángel exterminador, una gota más de agua en la negra tormenta? No; es un rayo; pero rayo más bien de luz que de muerte. Se abre paso en lo recio de la pelea; las legiones se desbaratan, cual copos de nieve al soplo del viento del Sur, dejando atrás una mañana riente y un sol que orea la sangre del campo de batalla. Desmonta y mira el paisaje desolado que se extiende á sus pies; y luego, arrojando lejos de sí la armadura, coge el ara-

Estos falsos conceptos, insinuados con tantos disparates, pudieron expresarse con sólo una palabra: LIGEREZA.

Yo admiro á Justo Sierra por los preciosos versos que hacía en su juventud; pero me atrevo á creer, que en donde existen graves deficiencias, es en la casi rudimental instrucción de este poeta, que ni sabe psicología, ni aprendió en la escuela más que á decir VOLICIONES; pero que aún no ha llegado á darse cuenta de lo que tal vocablo significa.

Y convengo también en que hay una perceptible inversión lógica, pero no en el espíritu de Porfirio Díaz, sino en el *espíritu de observación* del Sr. Sierra, quien después de tratar al Presidente por más de treinta años, no ha podido enterarse de que precisamente por la falta de ligereza en sus deliberaciones, por el completo dominio de sus impulsos, por la incontrastable firmeza de sus facultades volitivas, y la inflexible rectitud de sus determinaciones, el carácter de Porfirio Díaz representa uno de los más altos grados de la voluntad del hombre, y constituye una verdadera excepción psicológica en la historia del carácter humano.

---

do, abre el surco y planta la semilla. La tierra se cubre de verdura, los pájaros trinan y el grano germina.

«Los fugitivos se rehacen, y al ver las sementeras cuajadas de espigas, arrojan las armas, y volviendo la vista por todas partes, para ver quién ha sido el autor de esa maravilla, distinguen á lo lejos, inmóvil, la figura de Díaz.

«Y como hijos de la naturaleza que son, se prosternan en su presencia, confundiendo el instrumento con la causa. Díaz les predica el Evangelio de la Paz, haciéndoles ver, que la sangre sólo fecunda ortigas y que el árbol del pan sólo florece y da fruto, regado con el sudor de su rostro. Y de las ruinas de una república anárquica, construye una vasta y floreciente nacionalidad.

«No nación autócrata, como Rusia, sino democrática en su estructura nacional.

«México no goza de las mismas libertades que su poderoso vecino del Norte, ni tampoco sería conveniente que las tuviera, pues la libertad es como la aurora, que antes de amanecer se anuncia con pálidos crepúsculos. La Naturaleza es enemiga de bruscas transiciones, y un pueblo que sale repentinamente de las tinieblas á la luz, retrocedería deslumbrado. En esto consiste precisamente el genio del estadista mexicano, en la graduación metódica que cuenta las pulsaciones de la nueva existencia nacional. Otro reformador de talento mediano hubiera hecho de su pueblo, bien un montón de demagogos sin Dios ni ley, bien una agrupación de tiranuelos y esclavos; mas Díaz supo evitar los extremos, creando un Gobierno único en los anales de la historia política.»—LEON TOLSTOI.

No es extraño que en la lejana Capital del Imperio Moscovita, el fanático utopista Leon Tolstoi, haya hecho una leyenda mitológica; ni es extraño que Bunge, sin conocer al Presidente Díaz, ni nuestra patria, ni su historia, haya dicho unas cuantas necedades.

Encuentro disculpable, que un escritor tártaro haya declarado á Porfirio Díaz apocalíptico; pero creía imposible, que un escritor mexicano le declarase *ligero.*

Instituto Geológico Nacional.

III.

FUGITIVO.

EL PRIMER COMBATE.—CAPITÁN.

EN la tarde del 2 de Diciembre de 1854, Porfirio Díaz, acompañado por Esteban Aragón, salía de Oaxaca con dirección al Chichicastlar, punto situado al Sur de la ciudad y en el que una patrulla de policía les marcó el alto.

El estudiante fugitivo arremetió á sablazos contra la guardia que le cerraba el paso; su acompañante le secundó con denuedo y ambos lograron escapar ilesos.

Vadeando el Atoyac, se dirigió por Jojo y por Zachila, en la montaña mixteca; llegó á Ejutla, llamó á la puerta de la casa de un rico de aquel pueblo, el Sr. Pablo Lanza, Jefe Político, le entregó el caballo robado que llevaba Aragón, substituyéndole con otro que compró barato, y prosiguiendo su camino fué á incorporarse á una partida de *pronunciados*, mandada por Herrera.

El cabecilla Herrera, indio ignorante y rudo, acogió con agrado al estudiante, que le habló de estrategia, y compartió con él el mando de su fuerza, unos doscientos hombres, mal armados y peor disciplinados.

En la cañada de Teotongo se encontraron con fuerzas gobiernistas, que les atacaron.

Siguió un breve combate, el primero de Porfirio, en que poseídas

de pánico ambas fuerzas, la del Gobierno y la de Herrera, las dos se desbandaron, á pesar de los esfuerzos realizados por sus valientes jefes.

Ambas quedaron derrotadas.

«El pobre Herrera tenía poca gente y mala: indios monteros, casi desarmados, pues solamente estaban provistos de machetes y otros instrumentos de agricultura....

«Dispuse que esperáramos en la cañada, al Teniente Coronel Canalizo, del 4º de Caballería, que venía á atacarnos con una columna de infantería y caballería (80 ó 100 caballos y cincuenta infantes). Esto era muy poca fuerza; pero la mitad habría bastado para hacernos pedazos, si no hubiéramos contado con los grandes accidentes del terreno.... En un aguaje me pareció muy natural que los soldados se detuvieran á beber agua.... En efecto, se detuvieron.... Habíamos aflojado muchas piedras en el cerro, disponiendo bajo ellas, palancas para hacerlas rodar en un momento dado. Cuando los soldados estaban bebiendo agua, les hicimos una descarga y á la vez les cayó una avalancha de piedras.... Se dispersaron, y también se dispersó toda nuestra gente. Este fué el primer combate en que me encontré.

«Yo no supe verdaderamente si había corrido antes de ser debido; pero recordaba que nuestra gente venía corriendo tras de mí, y mucha adelante, y que cada uno tomó el rumbo que pudo.... Más tarde, el Cura Márquez me dijo que las fuerzas del Gobierno se habían dado por derrotadas.... Fueron llegando heridos y dispersos del enemigo.» (Memorias).

Porfirio Díaz, atravesando á caballo una gran parte de la sierra, se refugió una noche en la casa de su amigo, Fr. Manuel Márquez, Cura de Tlaxiaco; después en Chalcatongo, y por fin, en la casa de otro amigo suyo, D. Ignacio Cruz, Cura de Coanana, en la que permaneció unas cinco semanas, libre ya de la compañía de Esteban Aragón. *

---

* Durante la intervención francesa, Esteban Aragón prestó servicios militares como jefe de guerrillas republicanas, y en el sitio de Oaxaca llevó á Porfirio Díaz 400 hombres para la defensa, conduciéndose él mismo muy honrosamente. Siguió después combatiendo contra los franceses y los traidores, en el Sur de Oaxaca.

Una noche, en que estaba jugando á la baraja con un compañero de armas, en un pueblo del Distrito de Jamiltepec, fué sorprendido por el contraguerrillero Luna.

Por desgracia, el valiente Aragón, desconociendo el uso de las armas modernas, había cargado su pistola Smith, regalo del General Porfirio Díaz, con

Entretanto, Santa-Anna se fugaba, embarcándose en Veracruz el 13 de Agosto de 1855.

«Antes de que yo tuviera tiempo de tomar de nuevo parte en la revolución, el General Santa–Anna abandonó el país, dejando encargado del Gobierno central á un triunvirato; pero pronunciada la ciudad de México, se reunió una Junta, que eligió Presidente al General D. Martín Carrera, todo lo cual dió el triunfo á la revolución de Ayutla, encabezada por D. Juan Álvarez. El Gobierno del General Carrera, establecido en México, ordenó al General Martínez y Pinillos, Gobernador de Oaxaca, que proclamara el Plan de Ayutla, y así lo hizo.» (Memorias).

Tras el triunfo de la revolución de Ayutla, se iniciaba una guerra sangrienta, la de Reforma.

La situación de la República era en aquellos tiempos angustiosa.

Refiriéndose á ella, dice el ilustrado General de División, Bernardo Reyes:

«El reaccionario Haro y Tamariz, se pronuncia en San Luis Potosí; el General Carrera, en México; una vez sabido el embarco de Santa–Anna, se adhiere al Plan de Ayutla; pero se reserva el mando supremo; Vidaurri, por su parte, en el Norte, engreído con fáciles triunfos que había obtenido, se creía con derecho hasta de ponerse al frente de la nueva situación. Así las cosas, aparecían con el General Álvarez cuatro centros, de los que, según los planes respectivos, tenía que partir la convocatoria para instituir nuevamente á la Nación. La opinión, como era lógico, de un modo general favorecía al Plan de Ayutla en toda su pureza.

«Comonfort procura aunar aquellos centros de acción, y encuentra facilidades al efecto; por tal manera, el General Álvarez, el iniciador de la lucha, llega á Cuernavaca al frente de sus tropas y da un manifiesto á la nación, explicando el por qué del Plan de Ayutla, y llamando, en cumplimiento de lo prescripto en el mismo, á los representantes de los Estados para que eligieran Presidente de la República.

«El día 4 de Octubre de 1855, dichos representantes dan su voto en favor del citado General. Tras ésto, el Presidente interino convoca á elecciones de Diputados al Congreso Constituyente, excluyen-

---

parque de pistola de salón, resultando por esto, sin efecto, dos tiros que tuvo tiempo de disparar sobre Luna, quien de un terrible machetazo suriano hendió la cabeza del antiguo bandido, transformado ya entonces en soldado de la patria.

do del voto activo y pasivo á los clérigos. El día 15 de Noviembre llegó á México, en donde fué recibido con muestras de simpatía, y el 23 decretó la supresión de los tribunales especiales, resolución que dejó al clero y al ejército, sujetos á los jueces comunes.

«Los fueros de esas clases privilegiadas cayeron así por tierra.

«El Presidente Álvarez, sin ambiciones de mando, y cumplido como había con la parte principal del programa de la revolución que iniciara, resignó el poder en el General Comonfort y se marchó á Acapulco, modesto en medio de su grandeza, glorioso con el recuerdo de los servicios que prestara en la época de la Independencia, primero, y luego en la evolución por la libertad.

«Comonfort, hombre de elevadas miras y de sentimientos nobles, juzgó, desde los primeros días de su Gobierno, que la Reforma se extremaba en un país que había vivido siempre bajo instituciones bien atrasadas; y por evitar conflictos propios de un cambio rápido, pretendió moderar los anhelos de la revolución. ¡Pretensión vana, en los momentos de expansión ardorosa en que los ímpetus de la opinión se desfogaban!

«El clero se mueve contra la Reforma; el antiguo ejército que Comonfort conservó en las condiciones de organización de lo que dejara Santa-Anna, sin cambio alguno en el personal, pronto se alía con él, traicionando al Presidente substituto. Se organizan los elementos del partido conservador; aparecen á su frente Haro y Tamariz, Osollos, Miramón y Mejía. Así comenzaba el año de 1856.

«El Cuerpo Legislativo derogó el decreto de Santa-Anna, relativo al restablecimiento de la Compañía de Jesús, y dictó la ley de desamortización de los bienes de las comunidades, con lo cual los intereses eclesiásticos se sintieron hondamente lastimados.

«En tanto, España presentaba al Ejecutivo una apremiante reclamación sobre créditos de sus nacionales, é Inglaterra promovía otra diversa cuestión.»*

Con el triunfo definitivo de la revolución de Ayutla, quedó Porfirio Díaz en libertad de presentarse en público, pues durante algunos meses había tenido que ocultarse para escapar de las persecuciones de Martínez de Pinillos.

Por este tiempo empezó su carrera política, desempeñando el cargo de Subprefecto de Ixtlán, en el ramal noreste de la Sierra Madre.

«Es la sierra zapoteca por donde se extendieron los pobladores del

---

* «El Ejército.» Monografía por el General Bernardo Reyes.

Valle, origen que se acusa en la pasividad del general carácter. Porfirio llevó allí su ardor juvenil: y de un pueblo que dormía, hizo un núcleo de *Guardia Nacional serrana*, semilla del Ejército nuevo. El antiguo, el de línea, montado á la española, se venía abajo con Santa-Anna, al empuje del plan de Ayutla, que proclamaba la disolución (licenciamiento).... Unos días más, y la ley que se elaboraba ya en un cerebro zapoteca, profundamente activo (Juárez), iba á violentar su renovación, negándole los *fueros.*»*

Ya en este cargo, empezó á revelarse el administrador y el estadista, llevando cuentas detalladas de la percepción y aplicación de impuestos, organizando los diversos servicios de la Subprefectura é iniciando importantes mejoras en el pueblo.

En Diciembre de 1855, el General García, que intentó una contra-revolución oaxaqueña, cuando ya el Dictador Santa-Anna estaba hundido, intimó al Subprefecto de Ixtlán la inmediata sumisión de él y de su *Guardia Nacional.*

La respuesta de Porfirio Díaz, fué salir de Ixtlán, á la cabeza de unos cuatrocientos serranos bien armados, en dirección á Oaxaca.

Bajó por la cañada de Tlalistlac, hasta ponerse á la vista de la caballería de García, que no se atrevió á dar el ataque.

Poco después, llamado por algunos de los jefes revolucionarios, amigos suyos, llegó á Oaxaca, donde se unió á las fuerzas liberales, alojadas en el cuartel de Santo Domingo, contribuyendo al triunfo de su causa.

«Amagado un día el Gobernador de Villa-Alta por una partida de juchitecos, pidió, por mi conducto, auxilio de fuerza al Supremo Gobierno del Estado; transmití violentamente esa petición, y me puse desde luego en marcha con cien hombres de la Guardia Nacional, que yo había improvisado, cuyo auxilio fué suficiente para alejar al enemigo.

«A los pocos días de mi nombramiento, y cuando apenas comenzaba á conocer el distrito, recibí una comunicación del General García, en que se me avisaba que, para evitar efusión de sangre en la capital del Estado, había tenido necesidad de aceptar una contra-revolución, provocada por los conservadores, y me ordenaba que la secundara.

«Contesté negativamente, fundándome en que no sólo no me encontraba yo en el caso que á él le había decidido á semejante proceder. sino que contaba con elementos de fuerza armada para contri-

---

* Porfirio Díaz.—Por X. X. X.

buir al restablecimiento del orden, alterado en la capital del Estado, y que ya emprendía mi marcha sobre ella. Bien luego salí de Ixtlán sobre Oaxaca, con cosa de 400 hombres; llegué á La Parada y puse mi avanzada en el pueblo de Tlalixtac, á la vista de la Capital; pero por un aviso de mis amigos, los directores de la política liberal, D. Luis Carbó y D. Luis Fernández del Campo, y del mismo Secretario de Gobierno, en que se me noticiaba que el General García había deshecho su pronunciamiento, regresé al punto de partida y retiré la tropa á sus hogares; poco después supe que era sospechosa la conducta del General García, y con ese motivo volví á llamar á los alistados al servicio. Salí de nuevo de Ixtlán, con menor fuerza de la que había tenido antes, porque dispuse de muy poco tiempo para organizarla, y me dirigí á la ciudad de Oaxaca, citando para el mismo lugar á todos los otros jefes políticos del Estado; pero solamente concurrieron á esa cita, D. Pablo Lanza, jefe político de Ejutla, y D. Almaraz, de Miahuatlán; el primero con veinte hombresy con cien el segundo. Mi fuerza de serranos era de doscientos y tantos hombres. Una vez en la ciudad, y alojado en el convento de San Agustín, el General García me previno con severidad que volviera á mi distrito y disolviera la tropa. Le contesté negativamente, obrando de acuerdo con los Sres. D. Luis Carbó, D. Luis Fernández del Campo y D. José María Díaz Ordaz, que mandaban las fuerzas liberales, y me trasladé á Santo Domingo, en donde ellos tenían el Cuartel General. De esa manera me sustraje por completo á la obediencia del General García y le manifesté que procedía así, en virtud de órdenes recibidas del nuevo Gobernador del Estado, nombrado por el Gobierno General, que era el del Sr. Juárez, cuyas órdenes habían sido firmadas en la villa de Tepoxcolula, dentro ya del territorio del Estado á cuya capital se dirigía. La llegada del Sr. Juárez á la ciudad de Oaxaca, verificada en los primeros días del mes de Enero de 1856, puso fin á las dificultades existentes; y después de haber él determinado la marcha de las fuerzas de línea para la capital de la República, organizó los batallones de Guardia Nacional del Estado, y mandó que los de los distritos volvieran á sus hogares.» (Memorias).

El licenciado D. Benito Juárez, al tomar posesión del Gobierno de Oaxaca, tuvo el gusto de encontrar allí á su antiguo discípulo, Porfirio, al frente de la Guardia Nacional, y en 23 de Diciembre de 1856 le expidió el despacho de Capitán de dicha Guardia, con el sueldo de sesenta pesos mensuales, que debería percibir cuando fuese llamado al servicio.

Ya con fecha anterior se le había expedido un despacho de Comandante de Batallón, firmado por el mismo D. Benito Juárez y D. Justo Benítez, como Secretario; pero el agraciado no quiso aceptarlo, ni hacer que se tomara razón de él, por no lastimar ó postergar á un íntimo amigo suyo, el Capitán Joaquín Ortiz.

«El Sr. Juárez me expidió patente de Mayor de Infantería de la Guardia Nacional, y me dió algunos recursos, como armas y otros pertrechos de guerra, con los cuales, y sin amagos inmediatos, pude organizar la Guardia Nacional, mejor de lo que lo había hecho antes, llegando á ser ella la principal fuerza y casi la única organización armada en apoyo del partido liberal en el Estado.» (Memorias).

Vuelto otra vez á Ixtlán, donde permaneció unos ocho meses, el Capitán Díaz, además de atender los asuntos administrativos con el empeño y honradez que le caracterizan, estableció una academia nocturna, en la que él mismo instruia á sus oficiales.

Al encargarse del Gobierno de Oaxaca D. Benito Juárez, pidió cuentas detalladas de los gastos á los jefes que habían manejado fondos de la Nación en las últimas revueltas.

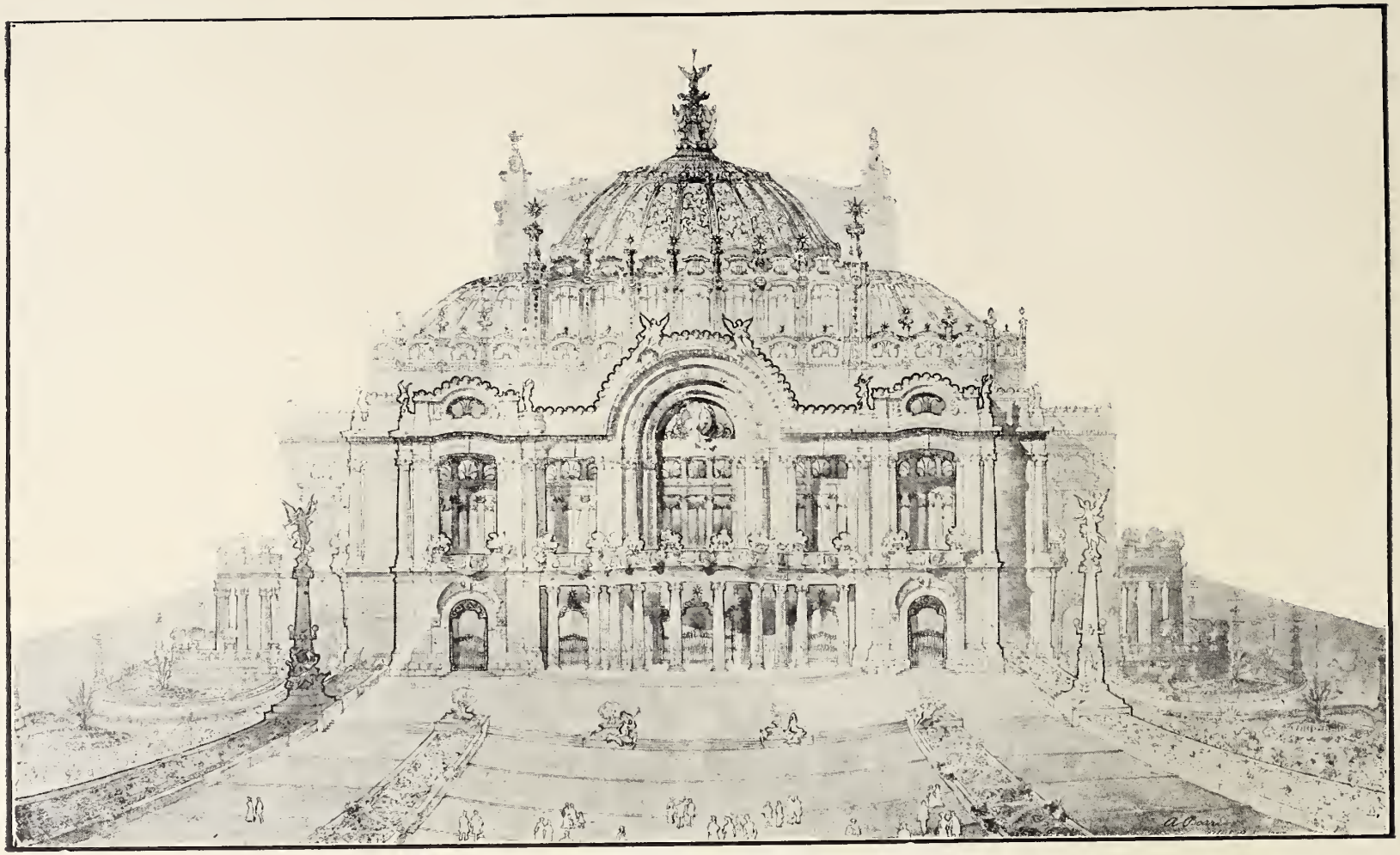
«Llamó mucho la atención, tanto del Gobernador como del tesorero, que al presentar mi liquidación no estuviesen considerados mis oficiales, sargentos y cabos con sueldo alguno diferencial, es decir, que no les abonara yo el que les correspondía, sino un sueldo igual al de los soldados rasos, y habiéndome pedido explicación sobre este hecho, contesté que no figuraban sueldos ningunos por el tiempo que tuve en servicio á los voluntarios, porque por todo haber les había dado rancho preparado con los víveres que ministraban, sin costo alguno, los pueblos del Distrito: que comencé á dar sueldos el primer día que amanecimos en la Capital, y á todos como soldados, pues no teniendo la instrucción suficiente para servir como oficiales y sargentos, creía dudoso su derecho de percibir esos sueldos; que, además, procedía así, porque tampoco ellos tenían ambición, y que en cuanto á mí, como tenía mi haber y honorarios como Jefe político, no figuraba con sueldo militar. Esto explicaba por qué entregaba una considerable existencia de los fondos que había ocupado militarmente, lo mismo que de los demás que estaban á mi cargo. . . . .

«Como mis oficiales no sabían contar, y no podía reemplazarlos, porque eran los indios de más prestigio en los pueblos, tuve que enseñarles la documentación militar, Ordenanza y algunas maniobras de infantería, y con este objeto establecí una academia nocturna, que daba yo mismo en la escuela de niños.» (Memorias).

A principios del año de 1857, se emprendió en Oaxaca la formal organización de algunos batallones activos, y el Capitán Díaz, al saber que había sido designado, por elección popular, para Capitán de uno de ellos, renunció la Jefatura del distrito de Ixtlán, para dedicarse definitivamente al servicio de las armas.

El Sr. Juárez, al ver que Porfirio Díaz renunciaba un cargo, superior por su importancia política y por el sueldo que disfrutaba, sacrificando su personal interés en favor de la defensa, para aceptar un puesto en el ejército de su patria, confirmó el nombramiento por elección popular, extendiéndole el despacho de Capitán de la Compañía de Granaderos del segundo Batallón, que mandaba el Teniente Coronel, Licenciado D. Manuel Velasco, y del que era Mayor el Licenciado Tiburcio Montiel.

Este despacho sí fué aceptado por Porfirio Díaz, que organizó su compañía con personal escogido entre las setecientas plazas de que el batallón se componía.



Teatro Nacional (en construcción).

IV.

COMANDANTE.

EL SEGUNDO COMBATE Y LA PRIMERA HERIDA.

MIENTRAS esto pasaba en Oaxaca, la Gloriosa Constitución de 57 era discutida y aprobada en la Capital de la República, dando lugar á la formidable revolución del clero contra la Reforma, revolución que se propagó hacia el Sur del Estado de Oaxaca, desde Tehuantepec hasta los confines del Estado de Guerrero.

La sublevación en Jamiltepec del cabecilla santanista José María Salado, contra la Constitución recientemente promulgada, dió lugar á que D. Benito Juárez enviara varias compañías de Guardia Nacional á someterle.

Porfirio Díaz mandaba la de Granaderos, á cuyo frente se batió en Ixcapa, pueblo que fué atacado por algunos seiscientos sublevados en la tarde del día 13 de Agosto de 1857.

Al empezar el ataque, vióse al valiente Capitán caer en tierra, levantarse en seguida, pálido y ensangrentado, y seguir combatiendo, á pesar de la extraña y peligrosa herida que acababa de recibir en el pecho.

El proyectil, que penetró al nivel del reborde costal del lado izquierdo, siguió probablemente su trayecto, de unos treinta centímetros, por entre las capas musculares del abdomen, hasta la cresta ilíaca derecha, que fracturó, produciendo numerosas esquirlas.

Fué un proyectil esférico de grandes dimensiones, de 19 adarmes de peso, que permaneció alojado en el cuerpo del Capitán por veinte

meses, hasta el mes de Abril de 1859, en que le fué extraído por medio de una incisión practicada en la región lumbar derecha, después de haberle ocasionado agudos y continuos sufrimientos durante las campañas que prosiguió, á pesar del mal estado de la herida y de los inoportunos y nocivos tratamientos á que fué sometido por médicos ineptos é ignorantes curanderos.

Al recibir la herida, Porfirio Díaz creyó que el proyectil no le había ocasionado la fractura de la cresta ilíaca, fractura que él atribuyó á la caída sobre el lado derecho, y siguió combatiendo con gran sorpresa suya y de todos sus soldados.

Resistió, sin embargo, el ataque de un grueso pelotón de pronunciados, que cargó por el centro, capitaneado por el jefe mismo de ellos, José María Salado, quien de un golpe de sable abrió el cráneo á un sargento de Porfirio, en los momentos en que cargaba su fusil.

Tuvo el sargento herido, fuerza suficiente para hacer un disparo sin sacar la baqueta, y atravesar con ella y con la bala, el pecho de Salado, y luego rematarle con la bayoneta.

Muerto el jefe, los hombres de Salado huyeron, protegidos por las sombras de la noche.

«El partido conservador, apoyado y dirigido por el clero, había encendido la guerra civil, exaltado por la promulgación de la ley de nacionalización de 25 de Junio de 1856, y muy especialmente por la Constitución de 5 de Febrero de 1857, proclamando en sus planes revolucionarios los principios de Religión y Fueros. El incendio llegó pronto al Estado de Oaxaca, y en Julio de 1857 se pronunció, en el Distrito de Jamiltepec, el Coronel D. José María Salado. El Gobierno del Estado ordenó que fuese á atacar á los pronunciados una columna de Guardia Nacional, y este servicio tocó en parte al segundo batallón.

«Salimos á la campaña, la compañía de Granaderos, la segunda de mi Cuerpo, mandada por el Capitán Pedro Vera, y una compañía de Guardia Nacional de Ejutla, á las órdenes del Teniente José María Ramírez, que llegó á ascender á General de Brigada, y fué después Gobernador del Estado de Chiapas, y la cual se hallaba agregada al segundo batallón, sin formar parte de él. Mi compañía, completa y lista, contaba cien hombres; la segunda compañía tenía setenta, y la de Ejutla estaba reducida á cuarenta. Estas fuerzas se pusieron á las órdenes del Teniente Coronel Velasco.

«Recibidas nuevas noticias de la revolución, que le daban aspecto más serio, el Gobernador dispuso que se nos incorporara el Mayor

Montiel, con la compañía de Cazadores del segundo batallón, que tendría otros cien hombres; y por combinación con el General D. Juan Álvarez, nos debía auxiliar el Teniente Coronel Nicolás Bustos, con doscientos guardias nacionales del Estado de Guerrero.

«Cuando hacíamos nuestra marcha para incorporarnos al Teniente Coronel Bustos, se nos interpuso, el 13 de Agosto (1857), entre Santa María Ixcapa y Cuajinicuilapan, del distrito de Ometepec, el Coronel Salado, con su columna fuerte de setecientas plazas, y nos obligó á combatir con él antes de que se nos incorporase Bustos, quien estaba como á diez ó quince leguas de distancia.

«El enemigo, según informes de nuestros exploradores, se encontraba á menos de una milla, emboscado en el camino que debíamos seguir.

«Después de un corto descanso que tomó nuestra columna, ya de trescientos treinta soldados, en el pueblo de Ixcapa, el Teniente Coronel Velasco fué con algunos cabos y sargentos á efectuar un reconocimiento desde una altura vecina, que indicó el alcalde del pueblo. Mientras el Teniente Coronel ejecutaba esa operación, el Mayor ponía todo nuestro personal en actitud de combate. Cuando regresó Velasco, nos manifestó con alguna imprudencia, porque lo hizo delante de la tropa, que el enemigo era muy superior á nuestras fuerzas, y que era necesario retirarse sin combatir, porque de seguro seríamos derrotados si presentábamos acción. Como el piquete que llevó Velasco á la colina, disparó algunos tiros de fusil sobre los contrarios, notaron éstos que habían sido descubiertos, y emprendieron la marcha decididamente sobre nosotros. Así fué que, cuando el Teniente Coronel ordenaba una contramarcha, y yo le manifestaba los inconvenientes de ese movimiento, que veía claramente que iba á motivar la destrucción de nuestra reducida fuerza, el enemigo cortó la discusión, presentando su grueso por el camino nacional, mientras otra fracción del mismo, por una senda oculta á nuestra vista, entraba al pueblo. En esos supremos momentos, dirigí á mi compañía algunas palabras de exhortación, para exaltar su orgullo militar, un tanto abatido con la opinión imprudentemente manifestada de mi Teniente Coronel, y sin esperar órdenes, mandé armar la bayoneta y puse á mi compañía en marcha, á paso de carga, sobre el enemigo.

«Hizo lo mismo el Teniente Ramírez, Comandante de la compañía de Ejutla, y los dos jefes quedaron con el resto de la fuerza, en observación de lo que nos pasara.

«Antes de chocar con la columna, que descendía de una colina, y

al pasar por una de las bocacalles del pueblo, apareció por la derecha y á cortísima distancia, la otra, que había penetrado en dicho pueblo y á la que he aludido, la cual mandaba el Coronel D. Pedro Gazca. Tuve, pues, que chocar primero con esa de la derecha, que con la que era objeto de mi marcha al iniciarla. En los primeros disparos que mediaron entre mi columna y la enemiga, fuí atravesado por una bala, de la última falsa costilla de la izquierda á la fosa ilíaca derecha. El tiro que se me lanzó á quema ropa, me derribó; pero me repuse violentamente, me levanté, estimulé á mis soldados de nuevo, y pusimos en fuga á esa columna, que ya no regresó por donde había venido, sino que fué á reunirse con la que venía de frente, mandada por Salado y á cuyo encuentro proseguimos.

«En ese momento, y mirando el éxito que sobre la columna de Gazca habían obtenido las compañías de Granaderos y de Ejutla, avanzó el resto de nuestra fuerza con los principales jefes, rápida y marcialmente, con todo el brío que inspira la primera vuelta del enemigo. La vista de estos movimientos, tras nuestra carga á la bayoneta, hizo voltear la cara á los contrarios.

«Nuestro avance verificóse en una extensión como de 700 metros. Una vez en la cima á que ascendimos, y no pudiendo ya andar más, mandé hacer alto á mi compañía y volví á surtir sus cartucheras, en previsión de una vuelta ofensiva.

«En su huida, que aceleró el enemigo, tuvo que atravesar la corriente de un río, llamado Río Verde, y allí perdió mucha gente; pues aunque había canoas suficientes para conducir á todos los fugitivos en una retirada ordenada, la suya no tuvo ese carácter. Los primeros que ocupaban una canoa se salvaban, sin esperar á que llegaran otros para llenarla; y los que llegaban después, y en desorden, ya no encontraban medios para pasar el río, y se ahogaban si pretendían cruzarlo á nado, ó morían al golpe de nuestras balas, ó á virtud de la voracidad de los caimanes que abundaban en aquellas aguas.

«En el choque murieron Pedro Gazca, inmediatamente, y José María Salado, después. Este último, más valiente que el primero, se nos vino encima con machete en mano; y al pegar al sargento de mi compañía, Anastasio Urrutia, un machetazo en la cabeza que le abrió el cráneo, á cuya herida sobrevivió, le disparó Urrutia á quema ropa su fusil, que estaba cargado, y sin haber tenido tiempo de sacarle la baqueta, lo pasó con ella, y luego con la bayoneta, cayendo muerto Salado.

«El enemigo quedó sin jefes y en completa derrota, perdiendo mu-

cha gente en la persecución, la mayor parte ahogados en el río, como he dicho; y los que por ser aptos para la natación lograron pasarlo, no pudieron llevar sus fusiles consigo; así, la acción de Ixcapa significó para él un desastre, y para nosotros un triunfo, tanto más meritorio, cuanto que lo realizamos con menos de la mitad del efectivo de la fuerza contraria.

«Al día siguiente se nos incorporó Bustos, y entonces el Teniente Coronel Velasco siguió para Jamiltepec, y todos los heridos quedamos en el pueblo de Cacahuatepec, como á dos millas de Ixcapa.» (Memorias).

Al saber el Sr. Juárez que los heridos de Ixcapa quedaban en muy malas condiciones, envió para curarles, al Dr. D. Esteban Calderón, que fué quien se hizo cargo de ellos.

Al cuidado del Dr. Calderón se les condujo en camillas, ó como menos mal se pudo, hasta Oaxaca, teniendo que soportar en tan penosa marcha los rigores del clima y las molestias del pésimo camino.

Un accidente desgraciado hizo que el Capitán Porfirio Díaz cayese de las andas en que era conducido, y él, entonces, prefirió proseguir á caballo, aunque sufriendo horriblemente con los dolores de su herida.

«El día de la batalla, el Mayor de mi cuerpo, Lic. Montiel, que en su juventud había hecho algunos estudios de medicina, me aplicó por toda curación, hilas secas en forma de lechinos ó tacos para detener la hemorragia....

(La segunda curación, dice Quevedo y Zubieta, la hizo un indio que fundaba su atrevimiento para curar, en los conocimientos científicos que decía haber adquirido en el Hospital de San Cosme, de Oaxaca, donde estuvo algunas semanas en calidad de preso por ebrio).

«Su curación se redujo á aplicarme un ungüento que él confeccionó con resina de ocote, huevo y grasa, el cual me produjo abundante supuración.

«Después de 18 días de permanecer en la hacienda del Pie de la Cuesta, cuyo tiempo aprovechó el Dr. Calderón para preparar la curación de todos los heridos, y después de varias operaciones dolorosas que me practicó, en busca de la bala, sin encontrarla, emprendimos la marcha para la hacienda, que distaba cosa de veinte leguas, adonde llegamos á los tres días. Lo malo de los caminos y lo lluvioso del tiempo, hizo que en una de las marchas resbalaran y me voltearan los cargadores que me llevaban en silla de manos, y eso me decidió á montar á caballo, adicionando mi montura con almohadas, para lle-

var cómodamente la pierna derecha, que se resentía mucho de la perforación de la fosa ilíaca.

«Permanecimos en Tlaxiaco quince días y de allí me fuí á Oaxaca, donde llegué en la noche del 30 de Septiembre de 1857.» (Memorias).

Importantes sucesos acaecían, entretanto, en la capital de la República.

Conforme á la nueva Constitución, el Gral. Ignacio Comonfort, electo Presidente, se había ya hecho cargo del Gobierno, y el Sr. Lic. D. Benito Juárez había sido electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

El ignominioso golpe de Estado, la derrota de Comonfort por los mismos conservadores, con quienes había concertado el Plan de Tacubaya, su expatriación y fuga al extranjero, dejando cuantiosos elementos de combate en poder de Zuloaga, dieron al partido conservador tan gran preponderancia, que el abnegado partido Constitucional estuvo á punto de quedar para siempre aniquilado.

«Entretanto, el primer Congreso Constitucional se había reunido en Septiembre de 1857, y el General Comonfort, electo Presidente, había inaugurado su nueva administración el 1º de Diciembre siguiente; pero, por desgracia, y cediendo á malignas influencias del partido conservador y de algunos liberales visionarios, disolvió el Congreso el 17 del mismo mes y proclamó la dictadura, cambiando así sus títulos de Presidente Constitucional, por el de jefe de asonada.

«El partido conservador le arrojó á poco de la Capital, y quedó en posesión de ésta hasta el 24 de Diciembre de 1860.

«Juárez había sido electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia, lo que le daba carácter de Vicepresidente, y había sido nombrado por Comonfort, Ministro de Gobernación, al inaugurar su período constitucional. Así, pues, tuvo que dejar á Oaxaca, y cuando lo hizo, fué nombrado Gobernador del Estado, el Licenciado D. José M. Díaz Ordaz. Al dar Comonfort su golpe de Estado, arrestó al Vicepresidente de la República, poniéndolo él mismo en libertad, cuando los conservadores le arrojaron de la Capital. Entonces Juárez estableció el Gobierno Constitucional, sucesivamente, en Querétaro, Guanajuato, Guadalajara, y, al fin, en Veracruz, en donde permaneció hasta Enero de 1861, que volvió á México.» (Memorias).

Al terminar el año de 1857, D. José M. Díaz Ordaz, sucesor de Juárez en el Gobierno de Oaxaca, declaró la ciudad en estado de sitio, convocando á los guardias nacionales por la siguiente proclama:

«¡Guardias nacionales! Es necesario demostrar á ese enemigo

atrevido, que vosotros sois los que habéis vencido gloriosamente á la Reacción en los campos de Acatlán é Ixcapa....

«Unos españoles dirigen á esas gavillas. Demostrad á esos extranjeros, que los guardias nacionales de Oaxaca, saben hacer respetar el nombre del Estado.»

El Capitán Porfirio Díaz, herido como estaba, fué de los primeros en acudir al llamado, regresando á Oaxaca desde Ixcapa.

Los jefes españoles á quienes había que combatir, eran los guerrilleros Conchado, Vicario, Moreno, y los hermanos José María y Marcelino Cobos, que lograron apoderarse del centro de Oaxaca, instalándose en el Palacio de Gobierno, y estableciendo un gran circuito de trincheras.

La Guardia Nacional tuvo que replegarse, guareciéndose en algunos conventos, y en estas condiciones empezaron los combates.

Dice Porfirio Díaz:

«A poco de mi regreso á la ciudad de Oaxaca, después de la acción de Ixcapa, teniendo aún dificultad para andar, establecí mi habitación en la Mayoría del Cuartel de Santo Domingo. Encontrándome allí todavía impedido, se acercó una columna á las órdenes de D. José María Cobos, que los conservadores mandaron de México sobre Oaxaca. Cobos ocupó la ciudad y estableció su Cuartel General en el Palacio del Estado, y el Gobernador, con las Guardias Nacionales, á las órdenes del Coronel Ignacio Mejía, se refugió en los conventos de Santo Domingo, El Carmen y Santa Catarina, que fueron sitiados por las fuerzas de Cobos.

«En momentos en que el Gobernador Díaz Ordaz y el Coronel Ignacio Mejía se lamentaban en mi presencia de que había pocos oficiales disponibles, les manifesté que podían disponer de mí, no obstante que mis heridas no habían cicatrizado. Aceptaron mis servicios y me nombraron Comandante del fuerte de Santa Catarina, convento cercano á Santo Domingo....

«Cuando ya contábamos más de veinte días de sitio y la desmoralización y la falta de municiones de guerra y de boca, comenzaban á producir sus efectos, averigué que una de las barricadas que el enemigo había puesto en la esquina llamada del Cura Unda, frente á mis posiciones, era, en su mayor parte, de sacos de harina y de salvado. Esto me inspiró la idea de que, dando un ataque súbito y vigoroso á esa trinchera, podríamos apoderarnos del material de que se componían. Propuse, en consecuencia, al Gobernador Díaz Ordaz, que con el sigilo debido se diera el asalto. Convenimos en que en ese mo-

mento (serían las diez de la noche) saldría yo de nuestra línea con 25 hombres de mi compañía á horadar la manzana contigua, y pasando por varias casas de esa manzana, llegaría á ocupar las ventanas de la última, que quedaban á retaguardia de la trinchera indicada.

«No se me dieron los 25 hombres de mi compañía, sino de fuerzas irregulares, completándolos hasta con serenos, que no tenían organización militar.... Sin embargo de esto, en la noche del 9 de Enero de 1858, emprendí mi movimiento, comenzando por horadar los muros, que en su totalidad eran de adobe, para lo cual empleaba agua é instrumentos de carpintería, á fin de evitar el ruido que habrían hecho las barretas. Como en cada una de las casas que horadaba, tenía que dejar un hombre en el patio y otro en la azotea, para cubrir mi retirada, cuando llegué á la última casa, apenas me quedaban 13 hombres. La tienda de esta casa estaba ocupada por el enemigo, quien tenía también un destacamento en la trinchera que daba frente á Santa Catarina. Al terminar la horadación, cayó el pedazo de tapia que la descubría, y D. José María Cobos, que á la sazón estaba encerrado en un excusado, habiendo dejado á sus ayudantes en la tienda, vió que por la horadación entraban soldados y encontró prudente permanecer en su escondite.

«Formando á mis hombres en el segundo patio, avancé al primero, y encontrándome en él á una joven,* la encerré en un cuarto para que no diera aviso al enemigo, y me dirigí á la trastienda, cuyas ventanas daban á la espalda de los defensores de la trinchera. Los desalojé á los primeros tiros y se replegaron hacia el destacamento que estaba en la tienda y servía de reserva. Tuve que sostener un combate en la puerta de la trastienda, puerta de difícil acceso, porque á poco de haber comenzado la refriega, se habían acumulado en su dintel los cadáveres de los combatientes de una y otra parte. Después de media hora de combate, y cuando ya me quedaban pocos soldados disponibles, toqué diana, que según mi combinación, de la que había dejado copia al Coronel Mejía, significaba que necesitaba refuerzos y municiones; pero el Coronel Mejía, ó no me oyó, ó no entendió mi toque, porque al tocar yo diana, la repitieron los destacamentos que cubrían las torres de Santo Domingo y El Carmen, y echaron á vuelo las campanas....

«El combate entre la trastienda y la tienda, había sido muy reñido, porque como se prolongó mucho, tuvo tiempo la plaza de refor-

---

* Concepción Liébana, prima hermana del Sr. Gral. Díaz.

zar su destacamento de aquel lugar con una compañía del noveno batallón, mandada por su Teniente Coronel Manuel González, que llegó á ser General de División.

«Después de más de media hora de combate, y cuando había perdido en la trastienda nueve hombres, quedándome solamente tres y el corneta, y cuando me persuadí de que había fracasado la combinación por no haber recibido el auxilio convenido, arrojé sucesivamente sobre la tienda granadas de mano encendidas, que llevábamos en sacos de ración, para contar con algunos segundos que me permitieran retirarme sin ser perseguido....

«En mi retirada tuve la desgracia de perder el trayecto seguido por las horadaciones, porque al apercibirse los soldados que había dejado en el camino, de que era rechazado, se retiraron, y en lugar de dirigirme por donde estaba la horadación de una casa (la del cura Ballesteros), me fuí por otro rumbo. Por fortuna, la tapia no era muy alta y pude salvarla cuando ya tenía á la vista á mis perseguidores.

«Mi extravío sirvió para extraviarlos, y me dieron el tiempo suficiente para entrar á mi línea de defensa.» (Memorias).

Al retirarse de aquel punto, fué el Capitán Díaz dejando en pos de sí un rastro de sangre, pues su reciente herida se abrió con el esfuerzo requerido para saltar la tapia, dejando asomar por la nueva abertura una esquirla del hueso ilíaco.

«Fué así, dice el Sr. General Díaz, como fracasó esta operación que tantas esperanzas nos había dado de conseguir algunos víveres para las fuerzas sitiadas. Sin duda, el Coronel Mejía no explicó bien lo que deberían hacer las fuerzas que tenían que concurrir al asalto.»

«Supe después, que el Coronel Mejía no oyó el toque de diana con que pedía los últimos auxilios. Tanto los oficiales, como los soldados de las dos compañías que estaban á prevención, eran de mucho brío, me tenían afecto, y deseaban compartir conmigo el peligro y la gloria de la empresa.»

El 16 de Enero de 1858, la Guardia Nacional emprendió contra los reaccionarios un ataque general, que Porfirio Díaz refiere en los términos siguientes:

«En la semana que siguió al ataque de la esquina del Cura Unda, creció mucho la desmoralización entre los sitiados, y culminó al saber que el Gobierno se proponía retirarse para la sierra, rompiendo el sitio. Conocido este propósito por los oficiales más jóvenes y belicosos, se formó un compromiso entre todos los capitanes: desobedecer la orden y atacar decisivamente al enemigo que ocupaba la plaza.

«Ese *complot* llegó á conocimiento del Gobernador y del Coronel Mejía, y como no estaban en condición de someternos, creyeron preferible castigarnos, poniéndonos á la cabeza de las columnas que debían asaltar la plaza.

«Decidido el asalto, se organizaron tres columnas de cerca de doscientos hombres cada una. La primera, que debería atacar por las calles de Sangre de Cristo, Estanco y Sagrario, se puso á las órdenes del Teniente Coronel D. José M. Batalla, y como segundo, al Capitán D. Vicente Altamirano; la segunda columna, que debía hacer un ataque paralelo por las calles del Carmen de Arriba, Campana y Colegio de Niñas, era mandada por el Teniente Coronel Manuel Velasco y por mí como segundo; y la tercera, que debía atacar por la calle de la Barranca, paralela también hasta la esquina de la Virgen de la Piedra, se puso á las órdenes del Teniente Coronel D. José M. Ballesteros, y como segundo el Capitán D. Luis Terán (quien hasta entonces había figurado como un joven modesto y dependiente de una tienda, y fué el promotor de la insubordinación).

«La primera columna se componía de las compañías de Cazadores del 1º y del 2º batallón; la segunda, de las compañías de Granaderos del 1º y del 2º batallón, y la tercera, de las compañías 1ª y 2ª del tercer batallón. Había una columna de reserva que debía marchar á la retaguardia de las columnas de asalto, sobre la huella de la segunda, que era la que atacaba el centro, y se componía de más de cuatrocientos hombres, mandados por el Coronel Mejía.

«Al amanecer del día 16 de Enero, salieron simultáneamente las tres columnas por las calles que se les habían designado. A la mitad de la marcha de la primera columna, cayó mortalmente herido su jefe, Teniente Coronel Batalla, que murió á pocas horas, y quedó gravemente herido el segundo jefe, Capitán D. Vicente Altamirano. Sin embargo de ésto, la columna siguió hasta la plaza de armas, á las órdenes del Capitán D. Mariano Jiménez. La segunda columna forzó la trinchera de la calle de la Cárcel, volteó el cañón que la defendía y marchó con él hasta el atrio de la Catedral. La tercera columna llegó sin obstáculo hasta la esquina de la Concepción y atacaba de flanco el Palacio, sin haber tenido que forzar más que una barricada de adobes que no tenía artillería.

«Detenida mi columna, que era la segunda, en la esquina formada por la Alameda del Centro, Catedral y Portal del Señor, se me incorporó la primera columna que había quedado sin jefe y había penetrado forzando la trinchera del Estanco, pero toda en desorden.

«En los ataques fracasados que intentamos por dentro del Portal del Señor, nos mataron algunos oficiales, sargentos y soldados, é hirieron gravemente al Teniente Coronel Velasco, jefe de mi columna, por cuya circunstancia recayó en mí el mando.

«Organicé una nueva columna con el personal de la mía y el de la que se me había incorporado sin jefes, y marché directamente al Palacio, por la Plaza y por el Portal del Señor, quedando en el puesto que dejaba la columna de reserva, cuya cabeza llegaba en esos momentos, mientras que el Capitán Terán avanzaba, con parte de la tercera columna, por la calle de la Concepción, concurriendo conmigo á la esquina de Palacio, y atacando por la puerta del costado, cuando yo penetraba por la principal.

«El enemigo, sorprendido, rechazado en diversas partes, fué rudamente batido por las dos puertas del Palacio, su último refugio, lo cual le determinó á abandonar en definitiva su posición, quedando derrotado y perdiendo allí, entre muertos y heridos, muchos oficiales y tropa, y dejándonos muchos prisioneros; de los cuales, más de treinta eran jefes y oficiales.

«El Teniente Coronel D. Manuel González, salió en desorden con la tropa del noveno por la cabecera oriental del portal del Palacio; salió al último entre nuestros soldados que perseguían á los más bravos del noveno, que al fin huian.

«Llevaba como distintivo una cruz roja en el pecho, y al volverse para coger su sombrero que se le había caído, fué reconocido por nuestros soldados, que hicieron fuego sobre él, mas pudo salvarse.» (Memorias).

Después de esta victoria y sufriendo horriblemente con su herida, sale el valiente Capitán Díaz á las órdenes de Mejía, en persecución de Cobos, que se retira hacia Tehuantepec, lo alcanza en Jalapa á unas siete leguas de la ciudad de Tehuantepec, y lo derrota completamente el 25 de Febrero de 1858.

«Esta última victoria de 600 Guardias Nacionales contra los restos de Cobos en doble número, valió á Porfirio el nombramiento de Gobernador y Comandante militar de Tehuantepec.... sin avance en el escalafón, Gobernador de Barataria ingrata, con una plaga natural: las ciénegas y sus mosquitos; y una plaga social: el fanatismo idólatra de indígenas adoradores de santones.»*

Entretanto, el jefe reaccionario Conchado, antiguo Carlista, al

---

* Porfirio Díaz.—Por X. X. X.

frente de una considerable fuerza de indios fanáticos, continuaba amagando á Tehuantepec; pero atacado por Porfirio y derrotado en el rancho de las Jícaras, murió en el combate el día 13 de Abril de 1858.

Como premio, muy exiguo, por cierto, á sus victorias, Porfirio Díaz recibió del Gobierno de Oaxaca el despacho de Comandante, que le fué expedido el 22 de Junio del mismo año, y en Octubre recibió el nombramiento siguiente:

«José M. Ordaz, Gobernador interino del Estado de Oaxaca, atendiendo á las circunstancias que concurren en el C. Porfirio Díaz, he tenido á bien nombrarle Jefe Político del Distrito de Tehuantepec, con el sueldo de mil quinientos pesos mensuales, más quinientos pesos para gastos de escritorio, conforme á la ley de 7 de Enero de 1852, y los emolumentos de la recaudación de Capitación.

«Por tanto, mando que el referido C. Porfirio Díaz, sea reconocido como tal Jefe Político de Tehuantepec, y se le extiende el presente despacho, que será requisitado con arreglo á las leyes. Dado en el Palacio de Gobierno del Estado de Oaxaca, á siete de Octubre de 1858.—J. M. Ordaz.—(Una rúbrica).—M. Dublán, Secretario.»

Acción de las Jícaras.

V.

TEHUANTEPEC.

ACCIÓN DE «LAS JÍCARAS.»

REFIRIÉNDOSE á la expedición á Tehuantepec, dice el Sr. Gral. Díaz lo siguiente:

«Reorganizado Cobos por la decidida protección que encontró en Tehuantepec, amenazaba al Gobierno de Oaxaca, el cual se vió obligado á mandar prontamente una columna que fuera en su persecución, y cuyo mando encomendó al Coronel D. Ignacio Mejía. Esta columna se componía de 700 hombres, poco más ó menos, y se formaba de las compañías de cazadores y granaderos del primer batallón de Guardia Nacional del Estado, mandadas por su Teniente Coronel, Lic. D. José M. Ballesteros; de las compañías de granaderos y cazadores del segundo batallón, mandadas por mí, como Capitán de Granaderos; de las compañías de granaderos y cazadores del tercer batallón, mandadas por su Teniente Coronel D. Alejandro Espinosa; de una sección de artillería de montaña, mandada por el teniente D. Nabor Bolaños, y de un escuadrón de Guardia Nacional, mandado por el Teniente Coronel D. Miguel Luna....

(En su marcha hacia Tehuantepec, la columna enunciada derrotó con su vanguardia, á una avanzada del enemigo, en el rancho de las Vacas).

«Seguimos la marcha, y al pasar por la hacienda de San Cristóbal, tuvimos noticia de que el enemigo se movía en Tehuantepec para encontrarnos; y en efecto, el 25 de Febrero de 1858, antes de lle-

gar al pueblo de Jalapa, comenzamos á ser tiroteados por sus avanzadas, que se replegaron á dicho pueblo. Atacamos allí vigorosamente á su núcleo principal, que estaba en el convento, y en dos montículos inmediatos, y fué completamente derrotado, pues no pudo resistir el empuje de nuestros soldados, que venían orgullosos de su reciente victoria en Oaxaca. El combate fué muy reñido, pues duró más de una hora.

«Cobos y sus oficiales emprendieron la fuga por el camino de Jalapa á Huamelula, en donde pernoctaron ese día, después de haber hecho una marcha muy rápida y muy penosa. Como el Coronel Mejía había dado aviso de esa retirada á los juchitecos, partidarios del Gobierno, que habían ocupado ya á Tehuantepec, aprovechando el abandono que de esa plaza hizo Cobos para salir á nuestro encuentro, una partida de dichos juchitecos se puso velozmente en marcha, por corto camino de travesía, para el rancho del Garrapatero, lugar por donde Cobos debía pasar. Llegó, en efecto, antes que él, y sin ocupar la habitación del rancho, se emboscó en el monte y encerró en el corral un buen número de vacas de ordeña, para provocar el apetito de los prófugos, que poco á poco debían pasar por allí, y seguramente con hambre. Así sucedió: al amanecer del día 26 de Febrero, y cuando más de cuarenta personas de las que huian con Cobos (casi todos eran jefes y oficiales) estaban desmontados y ocupados en ordeñar las vacas, los juchitecos rodearon el corral y dieron muerte á todos.

«Cobos, D. Manuel González y otros oficiales, se salvaron, por no haberse detenido en el rancho. Entre los muertos había algunos curas, que seguían á Cobos en calidad de simpatizadores.

«Continuó Cobos su marcha por toda la costa, hasta San Pedro Mixtepec, en donde, inclinándose al Noroeste, atravesó la Mixteca en esa dirección y salió á Tehuacán para unirse con los suyos, que ocupaban la Capital y algunas ciudades del centro de la República.

«En cuanto á nosotros, después de tres días cargamos á nuestros heridos y materiales quitados al enemigo, y emprendimos la marcha para Tehuantepec, en donde el Coronel Mejía se ocupó de reorganizar el Gobierno del Departamento.

«Permanecimos unas tres semanas en Tehuantepec, é hicimos algunas salidas en persecución de las agrupaciones del enemigo, que pululaban por todos rumbos; salidas que no tuvieron éxito, porque gente del terreno como era la que perseguíamos, se nos escapaba por los espesos é intrincados montes del Istmo.

«Entretanto, el Coronel Mejía recibió orden de volver con la bri-

gada á Oaxaca, dejando un destacamento en Tehuantepec, y se le prevenía que obrara rápidamente, porque tenía que marchar á Veracruz, por la sierra, para servir de escolta al Presidente Juárez, que venía por el Pacífico y el Istmo de Panamá, á fin de establecer el Gobierno Constitucional en la expresada plaza de Veracruz.

«El Coronel Mejía nombró Gobernador y Jefe militar del Departamento de Tehuantepec, al Teniente Coronel Ballesteros, que era el más antiguo entre los jefes con mando de fuerza; pero éste presentó muchas excusas, llegando hasta anunciar su dimisión. Hizo la misma proposición al Teniente Coronel D. Alejandro Espinosa, y habiendo obtenido idéntico resultado, me habló de este asunto, rodeando su indicación de muchos encomios, ofreciendo que pronto vendrían eficaces auxilios en mi favor, y que antes de dos meses estaría él mismo de regreso, con una columna, para protegerme.

«Manifesté al Coronel Mejía, que mi deber era obedecerle; pero autorizado por la explicación que bondadosamente me hacía, respecto á la debilidad del enemigo, y para que mi aceptación, hija del deber, no se atribuyera á ignorancia, le llamé la atención sobre el hecho de que, de los 3,000 hombres que Cobos nos presentó en Jalapa, no habían huido con él arriba de cien, y habían sido muertos en la acción unos cincuenta; que tampoco nos había dejado más de cien fusiles en el campo, y por consiguiente, todas las armas y todos los hombres estaban en los pueblos y montañas del Istmo, y que si no se ponían en actividad, era por lo reciente de su derrota y por la presencia de la columna que él mandaba; pero una vez retirada ésta, y pasada la primera impresión de su desastre, se organizarían y constituirían un enemigo superior á la guarnición, con cuyo mando se me honraba. Por otra parte, debía suponerse que las autoridades, tanto de la ciudad como de los pueblos del Departamento, fueran más afectas al enemigo que á nosotros, por causa de su fanatismo religioso y su hostilidad á Oaxaca.

«Le manifesté, por último, que sin embargo de estos serios peligros, obedecía y aceptaba el mando que se me ofrecía, y que haría cuanto estuviera en mi poder para sostener allí la autoridad y la honra del Gobierno.

«Fuí, pues, nombrado Gobernador y Comandante militar del Departamento de Tehuantepec, y quedaron á mis órdenes las dos compañías de mi batallón, cuyo mando se me había encomendado desde Oaxaca, y cuyo personal no pasaba de 160 hombres. (Memorias).

Poco después de haber aceptado el nombramiento de Comandante

militar de Tehuantepec, tuvo lugar la acción de «Las Jícaras,» cuya descripción ha hecho el Sr. Gral. de División, Bernardo Reyes, en los términos siguientes:

«No bien las tropas del Coronel Mejía se alejaron de Tehuantepec, cuando partidas del enemigo empezaron á acosar á la reducida guarnición liberal allí establecida; y hoy la tiroteaban cien ó doscientos hombres, desde los suburbios, dispersándose luego en los bosques; y mañana se atrevían hasta las calles céntricas, con mayor número de fuerza, y así la situación cada día se hacía más tirante para el jefe, sin recursos, por otra parte, con qué atender debidamente á su tropa; siendo sus encubiertos enemigos, hasta las propias autoridades subalternas, y sin embargo, dominando, á fuerza de energía é ingenio, semejante estado de cosas; y acaparando municiones de guerra y subsistencias, como le era dable, satisfacía las necesidades del momento, hora tras hora.

«Siete procelosas semanas fueron así pasando, y en la segunda del mes de Abril (1858), una noche, la del día 12, de modo más serio, el enemigo se aproxima á la ciudad, estableciendo su cuartel general al otro lado del río, que la población limita en la hacienda de «Las Jícaras,» distante unos dos kilómetros de la plaza.

«De suponerse era que hasta el siguiente día, 13, la fuerza contraria no daría principio á sus hostilidades. Así lo conjeturó el Capitán Díaz, y desde luego concibió un brillante, peligroso plan de combate, que sin pérdida de tiempo, favorecido por la noche, puso en ejecución.

«Al cuidado del cuartel deja un pequeño destacamento, á las órdenes del Teniente Juan Omaña, protegido por un grupo de hombres armados del barrio de San Blas, único barrio amigo entre los quince que formaban la ciudad; y con el grueso de su fuerza, por veredas excusadas, recorriendo á paso veloz la mayor parte del camino, marcha á tomar la retaguardia del enemigo, hasta rebasar en tres ó cuatro kilómetros sus posiciones, con objeto de caer sobre él por sorpresa, y por el rumbo donde fundadamente era de creerse que no se cuidaba.

«Sin embargo, ya á la espalda del campo contrario, á lo largo de una brecha, se mira una luz como fuego de un vivac, que hacía presumir un puesto del enemigo; y entonces, de pronta providencia, entre el ramaje de los lados de la brecha, Díaz, con cuatro oficiales, se adelanta veloz, sorprendiendo sin ruido y aprisionando á cuatro hombres que hacían el servicio de seguridad, al calor de la lumbre.

«Tras ésto, sin perder tiempo, la marcha de la columna se precipita; y á los inciertos albores del día, cae destrozando, haciendo fuego, como encendida bomba, sobre la espantada muchedumbre de los contrarios, que en su mayor parte dormían. Se miran los grupos apelotonarse aquí y allá; suenan los fusiles, se oye la gritería; mas la débil resistencia de los pocos que se hallaban en servicio, pronto cesó, y el sol del 13 de Abril iluminó, al ascender sobre el horizonte, á los victoriosos que levantaban el campo.

«Tanta mayor importancia tuvo ese hecho de armas, cuanto que en él sucumbieron los jefes más capaces que el enemigo tenía para organizar elementos de revolución en Tehuantepec, como eran el Coronel José María Conchado, de origen español y carlista; el Teniente Coronel José María García, el Coronel Carballo, y, además, muchos oficiales.

«Carballo fué asesinado á poco del asalto, por los dispersos compañeros suyos, quienes se imaginaron en su suspicacia, que habían sido traicionados por ese Jefe, que estaba de servircio al sufrirse por los derrotados la sorpresa.

«El triunfo de «Las Jícaras,» valió á Porfirio Díaz su ascenso á Mayor de la Guardia Nacional de Oaxaca.

«Un periódico de ese Estado refirió la acción, dirigiendo merecido encomio al que tan brillantemente la concibiera y ejecutara; y la Señora Madre del Capitán Díaz, á quien en Oaxaca se entregó el despacho de Mayor para su hijo, fijó en él el recorte del citado periódico.

«Después, ese despacho, con aquel recorte, puesto por las benditas manos de la madre, ufana con los triunfos del hijo, ha sido conservado por éste, y con razón, como una preciosa reliquia que habla silenciosamente, cuando se la mira, del amor y abnegación de la que, ausente y dolorida, tenía espíritu bastante para enorgullecerse por los triunfos del soldado cuyo corazón formara.»

La situación del Comandante Militar de Tehuantepec no mejoró gran cosa con el triunfo de «Las Jícaras,» á juzgar por lo que él mismo ha dicho:

«Mi situación en Tehuantepec era extraordinariamente difícil, pues estaba incomunicado con el Gobierno, sin más elementos que los que yo podía proporcionarme en un país belicoso y enteramente hostil. Teniendo que sostener, casi diariamente, un combate con el enemigo, la fuerza de mi batallón había disminuido considerablemente. Yo no estaba atenido más que á ella y á unos cincuenta hom-

bres del pueblo de MIGES, de Santiago Guevea, que pertenecía al Departamento de Tehuantepec.

«Cuando necesitaba mayor fuerza, podía disponer de cien á doscientos hombres armados y municionados de Juchitán, quienes me servían solamente por pocos días y á quienes pagaba su haber correspondiente, lo que significaba un sacrificio, dada mi escasez de todo recurso.

«Los caminos estaban ocupados por el enemigo, y no podía transitarse por ellos, porque se robaba á los pasajeros.

«Para recibir la correspondencia de Oaxaca, tenía que salir con una fuerza armada. Estas excursiones las hacía casi semanariamente, y en ellas tenía que alejarme, á veces, hasta 25 leguas de la ciudad de Tehuantepec.

«Mis únicos amigos en ella, eran: el cura Fr. Mauricio López, dominico, istmeño de nacimiento, hombre bastante ilustrado, de ideas liberales, de muy buen sentido y muy estimado entre los indios; el Juez, que era D. Juan A. Avendaño, antiguo vecino de la ciudad de Tehuantepec, y comerciante muy relacionado allí, tío de D. Matías Romero; y D. Juan Calvo, relojero y administrador de correos, también relacionado. Sin estas amistades, que me prestaron muy oportunos y distinguidos servicios, y sin una policía secreta que establecí, hubiera ignorado absolutamente cuanto pasaba en mi derredor, porque todos me eran hostiles, y, por lo mismo, mi situación habría sido insostenible.

«Ella, de suyo difícil, se agravó á fines del año de 1858, porque el Gobierno del Estado no me mandaba ningún recurso, ni aun el reemplazo de los hombres que yo pedía. Consideré indispensable hablar con el Gobernador del Estado, para describirle mi situación, con objeto de remediarla.

«Gran parte de los soldados que me quedaban estaban conmigo por afecto personal. Un día marché con ellos de Tehuantepec, y llegué hasta San Carlos Yautepec, y como si se tratara de una de tantas expediciones periódicas que hacíamos para proteger el correo. Ya allí les informé de la situación y del propósito que tenía de ir á Oaxaca, ofreciéndoles que no les abandonaría, sino que estaría de vuelta á su lado antes de cinco días.

«Volví, en efecto, antes de expirar el plazo, después de haber arreglado en parte mis dificultades con el Gobierno, pues tan sólo conseguí que el Gobernador mandara un refuerzo de tropa á las órdenes del Coronel D. Cristobal Salinas; pero esta fuerza estuvo conmigo

únicamente dos semanas y regresó á Oaxaca, dejándome en peor situación de la en que me encontró. Entonces me dirigí por escrito al Sr. Juárez, que estaba en Veracruz, y en respuesta me remitió dos mil pesos, de que fué conductor el Teniente Coronel D. Francisco Loaeza, siendo ésta una de las pocas ocasiones que recibí auxilio pecuniario del Gobierno.

«La amistad de los juchitecos, mis aliados, no era muy sólida ni estaba basada en principios, sino en su rivalidad con el pueblo de Tehuantepec. Esto, y los antecedentes del carácter impresionable y voluble de los juchitecos, me inquietaba. Efectivamente, su impresionabilidad se mostró claramente en un pronunciamiento que tuvo lugar en Juchitán, contra el General Santa-Anna, á fines de 1854, acaudillado por Cristobal Salinas. Pocos días después de haberse ellos pronunciado, volvieron á someterse é intentaron entregar á Salinas, quien con trabajo logró escaparse; pero no así su Secretario, á quien aprehendieron y entregaron al General Torrejón, que mandaba las fuerzas del Gobierno de Tehuantepec.

«El pobre Secretario fué fusilado, y este hecho, no esperado por los mismos que lo aprisionaron, los exaltó y los determinó á contrapronunciarse de nuevo, y á volver á proclamar á Salinas como su jefe, todo lo cual pasó en término de dos días.

«Cuando se retiró el Coronel Salinas, se empeoró grandemente mi situación, porque los citados juchitecos comenzaban á entenderse con los sublevados de Tehuantepec, entre los cuales estaba el jefe Antonio Abad López, que era su paisano. Por fortuna, un incidente inesperado vino á disipar este grave peligro.

«El día 1º de Enero de 1859, siguiendo su costumbre, concurrieron centenares de familias juchitecas á la fiesta del Año nuevo, que se celebra en Tehuantepec; y esparcida con toda intención la noticia de que yo había dado municiones de fusil á los juchitecos, y que esas municiones iban distribuidas en las carretas en que regresaban sus familias para Juchitán, los sublevados las asaltaron al regreso de la fiesta. Oportunamente ocurrí á su defensa, no sólo con tropas juchitecas, sino con las dos compañías de mi batallón, habiendo hecho mis pocos soldados, grandes estragos en los asaltantes.

«Los perseguimos hasta meternos en una laguna en que nos llegaba el agua á la mitad del cuerpo, y en donde ellos se habían refugiado, creyendo, sin duda, que allí no les seguiríamos.

«Considerando que esta era una buena oportunidad para afianzar por la gratitud á mis sospechosos aliados, seguí escoltando el convoy

de sus familias, á pie, hasta cerca de Juchitán, en donde me alcanzó mi ordenanza con mi caballo.

«Pasamos la noche en aquella ciudad y convoqué una reunión popular, para hacer presente al concurso la necesidad de exterminar de una vez á los pronunciados.

«Por este medio, preparado con los antecedentes expuestos, logré que se alistaran como dos mil hombres, que distribuí en pequeñas fracciones, para hacer una batida á todo el territorio del Departamento. Así se verificó, y esto dió muy buenos resultados, porque en esa batida perecieron varios de los sublevados, se recogieron algunas armas, y, sobre todo, se imposibilitó por completo la temida mancomunidad de acción de los juchitecos con los tehuantepecanos.» (Memorias).

Por este tiempo tuvo lugar la batalla de la Mixtequilla, que valió al Comandante Díaz su ascenso á Teniente Coronel.

Veamos cómo él mismo lo refiere:

«En Junio de 1859, sorprendí al enemigo en la Mixtequilla y lo seguí persiguiendo hasta el rancho de los Amantes, en donde trató de hacerse fuerte; pero con poco esfuerzo lo derroté por completo, haciéndole algunos muertos, entre ellos su jefe, que era el Mayor Espinosa. Esta acción, aunque de poca importancia en sí, me valió el ascenso á Teniente Coronel, decretado por el Gobierno del Estado, que entiendo se inspiró más bien en el deseo que tenía de ascenderme, que en el resultado de la acción expresada.

«El 6 de Septiembre del mismo año, sorprendí de nuevo al enemigo en el pueblo de Jalapa, causándole serios destrozos, y el 2 de Noviembre siguiente, en Tequisixtlán. En la acción de Jalapa murió el Teniente Ireneo Cartas, hermano de Benigno Cartas, quien figuró en los sucesos posteriores.

«A consecuencia de haberse publicado en el Departamento de Tehuantepec las leyes de Reforma de 12 y 13 de Julio de 1859, y las de 27 del mismo mes, que establecían el matrimonio y el Registro Civil, expedidas por el Gobierno Federal, residente en Veracruz, el pueblo de Juchitán las consideró como un ataque á la religión, y se pronunció contra el Gobierno de Oaxaca. Como el barrio de San Blas, el pueblo de Guevea y el de Juchitán eran mis únicos aliados, no podía prescindir de éste, ni estaba bastante fuerte para aceptar su reto, y por lo mismo, al tener noticias de su pronunciamiento, me dirigí á Juchitán, acompañado del Cura liberal Fray Mauricio López, de un ayudante y de un ordenanza.

«Al llegar al pueblo, dejé á mis acompañantes en los suburbios, y entré solo en la casa de D. Alejandro Gives, antiguo vecino y rico comerciante francés, muy apreciado y bien relacionado en el lugar, con el propósito de llamar allí á los cabecillas y procurar entenderme con ellos; pero antes de llegar á esa casa, encontré una partida de los pronunciados, ebrios y armados, quienes al verme y considerarme como enemigo, se preparaban para hacerme fuego, cuando logré contenerlos, diciéndoles, que como amigo que era yo de ellos, iba á acompañarlos y á seguir su suerte. Entramos en conversación, y fuimos á la plaza del pueblo, en donde calmé su temor de que hubiera yo llevado fuerza armada.

«Una vez en la plaza, calmados y persuadidos de que había yo ido sin gente armada, les explicó Fray Mauricio, en lengua zapoteca, que la ley del Registro Civil en nada afectaba á la Religión, y que si eso fuera así, él habría sido el primero en tomar las armas en defensa de la fe. A media peroración de Fray Mauricio, propuso Apolonio Jiménez, uno de los cabecillas de Juchitán, que algunos años después asesinó á mi hermano Félix, que nos mataran á Fray Mauricio y á mí, porque de otro modo lograríamos convencer al pueblo de que había hecho mal en pronunciarse.... Uno de los ancianos, que son allí muy respetados del pueblo, regañó y castigó severamente á Jiménez, lo cual permitió que Fray Mauricio terminara su peroración, y que sucediera lo que el citado Jiménez había predicho, esto es, que se convencieran de que habían obrado mal y convinieran en volver al orden. De esta manera logré salvar una de las más graves dificultades que tuve en el Istmo de Tehuantepec.» (Memorias).

Hablando de la lucha sostenida por Porfirio Díaz en Tehuantepec, dice el ilustrado escritor Sr. Quevedo y Zubieta:

«El carácter nace, en gran parte, de las *situaciones*.

«Una situación de aislamiento en la lucha, de poder discrecional constantemente combatido —tal fué la de Porfirio en Tehuantepec,— crea un «yo» autoritario de acción intensísima. De 1858 á 1859, Porfirio fué oficialmente en Tehuantepec, Gobernador y Comandante Militar.... Extraoficialmente lo era todo. Él era *su* Tribunal Supremo, *su* Administrador de Rentas, *su* Director de Instrucción Pública, *su* Consejo Sanitario, etc.

«La fuerza le faltó al principio. Llegado allí entre las filas de una columna considerable, lo dejan con una guarnición reducida enfrente de un número abrumante.

«La columna se va ... y el tiroteo empieza.

«El jefecito parecía condenado á muerte. Con su bala emigradora amagándole el riñón derecho, con su paludismo contraído desde la llegada, su vida vacilaba por apagarse entre la boca de un fusil oculto en la maleza, y un décimo más de hipertermia.... De tanta debilidad surgió la necesidad de imponerse.

«El Gobierno del Estado y el Federal, emigrantes los dos, situados ambos á una distancia prácticamente enorme, no podían ni protegerle, ni cohibirle en su acción. Ante aquellos *Patricios* convictos de reincidencia en el arte de matar soldados liberales á mansalva, que acurrucados en los breñales cazaban á sus hombres como tigres, Porfirio Díaz aprehendió primero, fusiló después....

«Un día llegó en que comunicó al Gobernador Díaz Ordaz, que había fusilado á un grupo de cinco *patricios* convictos de reincidencia en el arte de matar soldados liberales á mansalva. Díaz Ordaz, que era su pariente y le tuteaba, le escribió en tono airado: «Si fusilas otros, te haré procesar.»

«Puedes hacerme procesar desde luego, le contestó el primo de Tehuantepec, porque si aprehendo á otros en circunstancias semejantes, los pasaré por las armas.... ya he perdonado á algunos y toman mi indulgencia por miedo.

«Poco tiempo después fusiló á otro grupo é informó de ello, inmediatamente, á Díaz Ordaz.... quien no le contestó una palabra sobre el particular.

«Cuando la energía hubo surtido su efecto, no fué más allá. Cualquiera otro se hubiera convertido entonces en uno de tantos vulgares sátrapas de pueblo.

«Porfirio se detuvo, retrocedió dentro de sí mismo, y por una especie de dicotomía interna, se verificó en él una operación de desdoblamiento, que debía perpetuarse en su modo de ser.... mitad severo, hasta la ejecución sumaria; mitad dulce, mitad flexible, contemporizador, *hábil.* Hostilizado rudamente en Tehuantepec, busca y halla la alianza del pueblo juchiteco, carne mala, pero carne de defensa.

«A medida que triunfaba de todo, del *patricio*, del miasma palúdico, de su herida que cicatrizaba, la juventud se fundía, vaciábase en el molde de la plena virilidad, recaldeada en la lucha.

«Salía de ella con su exuberancia de voluntad y de acción ordenada por la prueba dolorosa. Todavía el valiente necesitará de otros choques y de nueva sangría para hacerse el reposado ecónomo de su fuerza. Pero ya hacia fines de su estancia en Tehuantepec, el jefe de

distinción nativa, *caudillo* en ciernes, empezaba á revelarse en el combatiente.»*

Ciertamente influyó sobre el carácter de Porfirio, su permanencia en la comarca de los pérfidos hijos de la guerrera tribu Huabi, cazadores de tigres, avezados á la lucha de asalto y de emboscada. Fanáticos hostiles tan alevosos y temibles como las mismas fiebres perniciosas que emponzoñan los bosques y pantanos de aquella fértil tierra, llamada en lengua huabi, MONTAÑA DE LOS TIGRES, tan rica por su fauna y por su flora y tan temida por su clima.

Fué allí donde, obligado por el sistema de acecho que contra él empleaban, aprendió y se adiestró en la táctica de *albazo*, con que él mismo fué algunas veces sorprendido.

Refiere el General D. Ignacio Escudero, que atacado Porfirio por un maligno acceso de fiebre palúdica, los *patricios* sorprendieron la plaza y se lanzaron sobre el cuartel de los republicanos, intentando asaltarlo. El combate fué vigorosísimo, y Porfirio, á pesar de la fiebre, comprendió que estaba perdido si no tomaba una resolución suprema.

«Violentamente saltó del lecho, empuñó su espada, se presentó ante sus soldados, que comenzaban á vacilar, y dió órdenes para cubrir los puestos más amenazados, combatiendo personalmente. Pero su debilidad era extrema y la calentura intensísima; cayó al fin al suelo, desplomado por el vértigo y sin sentido, en el atrio del templo de Santo Domingo (de Tehuantepec). Sus soldados le llevaron en hombros á su lecho, pero el enemigo había sido rechazado....»

Fué allí donde estuvo tan escaso de recursos, *que organizó el hambre propia y la de sus milicianos.*

«Comía en comunidad con sus oficiales, tasándoles la alimentación á razón de cincuenta centavos diarios.... y nada de sueldos, mientras no hubiese entrada extraordinaria. Allí, como en Ixtlán, decía: EL ESTÓMAGO DEL JEFE Y EL DEL OFICIAL SUBALTERNO, SON IGUALES.

«En cuanto al soldado raso, cuidaba de que jamás le faltasen sus 25 centavos diarios.... Al propio tiempo pagaba al juez, al maestro de obras y al maestro de escuela.

«Establecía una maestranza para la fabricación de balas y se ocupaba del saneamiento de Tehuantepec.... Había en el barrio de San Sebastián Guichiveri, aguajes pluviales estancados, cuyas emanaciones infestaban.... El jefecito salió á atacarlos con tropa, como si fue-

---

* «Porfirio Díaz.»—Por X. X. X.

sen *patricios*.... Emprendió con sus soldados una obra de canalización, del barrio de Guichiveri al de Chicuindi.... Fué la derrota de los aguajes.»*

Y sin duda, fué allí en Tehuantepec, en tan obscura como heroica brega, donde surgieron los rasgos iniciales, los gérmenes primeros de sus futuras y brillantes dotes administrativas.

---

* «Porfirio Díaz,» por X. X. X.

Hospicio de niños. Entrada Principal.

VI.

TENIENTE CORONEL.

SALVACIÓN DEL ARMAMENTO REPUBLICANO.

EN Diciembre de 1859, y el mismo día en que un hábil cirujano logró extraer el proyectil que durante veinte meses había tenido alojado en las masas musculares de la región lumbar, el Teniente Coronel Díaz recibió del Gobierno de Juárez, órdenes terminantes para conducir á todo trance un cargamento de materiales de guerra, que desembarcado en Minatitlán, debería ser llevado al puerto de Ventosa, y de allí consignado al General D. Juan Álvarez, que sostenía tenazmente la causa republicana en el Estado de Guerrero.

«A fines de 1859, el cirujano de un buque de guerra de los Estados Unidos, que llegó á La Ventosa, me extrajo la bala que me hirió en la acción de Ixcapa. El mismo día de esa operación, recibí pliegos del Gobierno Federal, residente entonces en Veracruz, y los cuales había conducido el Comandante de escuadrón D. Mariano Viaña, en que se me prevenía que escoltara y condujera, desde Minatitlán hasta el puerto de Ventosa, un armamento de ocho mil fusiles, algunas carabinas y sables, muchas municiones labradas, 2,000 cuñetes de pólvora á granel y muchos quintales de plomo en lingotes, consignado todo al General D. Juan Álvarez, y de cuyo convoy era sobrecargo el General D. José M. Pérez Hernández. Al día siguiente me levanté de la cama, monté á caballo y marché para Minatitlán, pues la ur-

gencia del servicio no me permitió esperar al restablecimiento de la herida que había sufrido el día anterior, con motivo de la extracción de la bala, y un día más de detención habría ocasionado la pérdida del cargamento....

«El Gobierno reaccionario tuvo noticia del envío de esas armas, y mandó fuerzas de Orizaba y Córdova, á las órdenes del Coronel D. Juan Argüelles, para interceptarlas. Los sublevados de Tehuantepec se movieron también con el propósito de asaltar el convoy. Tuve noticia de esos movimientos, y una vez que llegué al río de la Puerta, me alarmé al ver que en aquellas vías pluviales, únicas para poder llegar á Minatitlán, á la sazón no se encontraba más que una pequeña canoa.... Entré en la canoa, acompañado del Teniente Coronel Pedro Gallegos y de nuestros dos asistentes, sin ningún boga y sin que ninguno de nosotros supiera remar. Llevado por la corriente del río de la Puerta, que es impetuoso, esquivando las rocas para no estrellarnos en ellas, llegamos al río Coatzacoalcos, y después de muchas dificultades y de habernos destrozado las manos haciendo el trabajo de bogas novicios, arribamos, por fin, al Súchil, donde por fortuna estaba un americano, Mr. Woolff, capitán de un vapor que tenía necesidad de ir á Minatitlán.

«Nos sirvió de patrón, y por él adiestrados, seguimos nuestro nuevo oficio de bogas. Tras duras fatigas pudimos llegar á Minatitlán, en los momentos en que la columna enemiga, procedente de Orizaba, se encontraba á diez leguas de aquella ciudad y en que la goleta que conducía las municiones y pólvora estaba fondeada á medio río....

(Una parte del cargamento de material de guerra venía en la goleta á que se refiere el Sr. Gral. Díaz; pero la otra parte no debería llegar sino hasta el siguiente día, en el Vapor «Habana,» lo que, dadas las circunstancias, complicaba la peligrosa operación del transbordo).

«Sostuve toda la noche y parte del día siguiente, la falsa situación, mientras duró el transbordo de la goleta al «Súchil,» vapor de poco calado y que podía subir el río, y el cual, en esos momentos (á poco de la llegada), me prestó la Compañía Louisiana de Tehuantepec. Con él hice mi primer viaje, con carga, volviendo al lugar que antes toqué, llamado también Súchil, y de donde el vapor expresado tomaba el nombre. Por mi orden habían llegado ya á tal punto mis soldados, abriéndose paso á machete entre los bejucales y vadeando pantanos de la ribera. Arribé, pues, allí; puse tropa á bordo y regresé en aptitud de combatir á Minatitlán, en donde cargué de nuevo la embarcación, única de que disponía, haciendo el transbordo del vapor

«Habana,» que terminé tranquilo para ejecutar un nuevo viaje. De este modo quedó burlado el amenazante golpe intentado por la fuerza que se moviera de Orizaba.

«Había mandado preparar, y hallé preparadas efectivamente, mil mulas procedentes de San Juan Guichicovi y otros pueblos de MIGES, pertenecientes al Departamento de Tehuantepec, y que eran amigos míos; pero las mulas de los indios no tienen aparejos, sino dos rollos de zacate que les ponen en el lomo, según su costumbre, para conducir sus pequeños fardos, lo cual hacía difícil cargarlas con grandes cajas de veinte fusiles. Entonces, con madera y clavos, facilitados por la Compañía Louisiana que antes he mencionado, y con tablas y cepos de las cajas grandes, haciendo uso de los carpinteros que había entre mis soldados, me puse á formar nuevos empaques de diez fusiles.

«Emprendí, por fin, la marcha con el convoy, de Súchil á Tehuantepec, verificando jornadas muy cortas, por los tiroteos que sostenía diariamente con el enemigo y las precauciones que era necesario tomar en tan penoso viaje, hasta llegar al llano de Saravia, en donde ya las autoridades juchitecas me habían situado más de doscientas carretas tiradas por bueyes, que hacían más cómodo el transporte y más defendible el convoy. Por otra parte, la Compañía Louisiana me había facilitado veinte de sus güayines, que aproveché como carros.

«Así llegué, sin novedad, á Tehuantepec, para proseguir después, como me fuera posible, al puerto de Ventosa, adonde había mandado avanzar una comisión que me diera aviso inmediato de la llegada del buque en que el cargamento tendría que ser remitido al General Álvarez y cuyo buque habíaseme anunciado.

«Entretanto, habían ocurrido sucesos trascendentales en el Estado. (La completa derrota del jefe liberal, Ignacio Mejía, por las fuerzas reaccionarias en Teotitlán).

«Cobos ocupó por segunda vez á Oaxaca, y el Gobierno liberal del Estado se retiró de nuevo á la Sierra de Ixtlán . . . . Luego, Cobos envió una columna sobre Tehuantepec, á las órdenes del General Alarcón. (A ellas se unieron numerosas fuerzas reaccionarias, que llegaban ya á Jalapa, á unas diez leguas de Tehuantepec).

«Yo ignoraba por completo lo que había pasado en el interior del Estado y sus fronteras; y de improviso, sin antecedentes, cuando apenas volvía de Minatitlán, fuí sorprendido con la noticia de que el General Alarcón, con una fuerza procedente de Oaxaca, había pernoctado en Jalapa y pedía cuarteles en la Mixtequilla, distante dos leguas de

Tehuantepec, y de que el Coronel Eustaquio Manzano, jefe de las fuerzas procedentes de Pochutla, sublevadas contra el Gobierno, unido á Ignacio Ojeda y Manuel Santibáñez, que mandaban á los tehuantepecanos sublevados, llegaba á la hacienda de Zuleta, distante cinco leguas al Sur de Tehuantepec.

«Estaba indicada mi marcha definitiva hacia Juchitán; pero no podía improvisar medios de transporte para el armamento que tenía, porque no había en la ciudad de Tehuantepec sino cincuenta ó sesenta carretas.

«Pedí por extraordinario, á Juchitán, todas las disponibles, y fuerzas que me ayudaran á defender el convoy, y mientras llegaba lo pedido, comencé á acarrear dicho convoy con los pocos elementos con que contaba, hasta el barrio amigo de San Blas, en los suburbios de Tehuantepec, en camino para Juchitán, y establecí allí mi campamento, en previsión de lo que pudiera ocurrir.»

«Al día siguiente recibí un auxilio de cerca de 200 carretas, con las que pude mover mi convoy hasta Juchitán. Para ocultar su marcha, hice una gran brecha, por donde me interné al monte hasta lo más espeso de la arboleda, cubriéndola en seguida con nueva tala de grandes árboles, cuya remoción demandaba mucho tiempo y trabajo.»

En Juchitán, pudo Porfirio Díaz organizar un batallón de juchitecos, el batallón «Independencia,» con el cual se propuso recuperar Tehuantepec, que estaba amagado por Alarcón, Trujeque y algunos otros jefes reaccionarios.

Éstos, creyendo que Porfirio había minado las posiciones del centro al retirarse, permanecieron en los barrios de Santa María de Areu y Santa María de Tagolaba.

Bien sabía el Comandante que los juchitecos eran insubordinados, que acostumbraban embriagarse más que de ordinario, cuando salían de sus terrenos para ir á combatir en otra parte, y que en sus marchas cometían toda clase de excesos. Para evitar que en esta vez los cometieran, no les comunicó la decisión que había tomado de regresar hasta Tehuantepec y recobrarlo.

Aprovechó la hora en que su batallón hacía ejercicio en un campo de instrucción que él había establecido para adiestrarle en las maniobras, y dando de improviso orden de marcha á los soldados, tomó el rumbo del puerto de Ventosa, haciendo un largo rodeo por el camino del Monte Grande, desconocido para ellos, y llevó su batallón hasta Tehuantepec. Antes de que los juchitecos pudieran darse cuenta

del rumbo que llevaban, se encontraron precisamente á retaguardia de los barrios que había ocupado el enemigo.

Una avanzada de los reaccionarios vigilaba el camino. Al descubrir su fogata, el Comandante Díaz echó pie á tierra, y dejando el caballo al cuidado de su columna, se internó cautelosamente, en un sembrado de maíz que ocultaba su marcha, acompañado por cuatro escogidos oficiales; llegó, sin ser sentido, hasta el puesto de vigilancia, que sorprendió sin disparar un solo tiro, haciendo prisioneros, sin que pudiera escapar uno solo, á los hombres que lo formaban.

Pero toda la fuerza de Trujeque se encontraba en el camino directo de Juchitán á Tehuantepec, por donde esperaba el ataque, y el grueso de la infantería estaba concentrado entre el cerro de la Cueva y el de Tagolaba. El Comandante dividió su fuerza, organizando dos columnas de ataque, una para cada cerro, dejando la reserva suficiente para atacar el cuartel enemigo, situado en la Plaza de Santa María.

Habíase convenido que el toque reglamentario de diana de las bandas enemigas, sirviese de señal para empezar el asalto.

«El enemigo no ocupó Tehuantepec, al tener noticia de mi retirada, porque se decía que yo había minado el convento, lo cual era verosímil, pues se sabía que podía disponer de gran cantidad de pólvora; y mientras practicó, con fuerzas de vanguardia, los reconocimientos respectivos sobre mis posiciones ya abandonadas, permaneció con el grueso de la columna en los barrios de Santa María Reu y Santa María Tagolaba. Creo que también tuvo en cuenta, para no acuartelarse en la ciudad, la ventaja de dejar el río interpuesto entre él y nosotros, pues de otro modo habría quedado á su retaguardia ese río.

«Estando en el campo inmediato á la población, adonde aparentemente salí con toda la fuerza á dar instrucción, emprendí de improviso la marcha hacia el puerto de Ventosa, por el camino llamado del Monte Grande, por donde podía llegar á Tehuantepec, sin descubrir mi dirección y mi intención, ni á mi propia tropa, aunque teniendo que hacer un gran rodeo.

«Marché en la dirección indicada, hasta cortar el camino que conduce de Tehuantepec á Ventosa, y por él proseguí hacia aquella ciudad. El río, que estaba crecido, dificultaba al enemigo el paso á la misma; y para llamar fuertemente su atención, á fin de que no pudiera sentir la maniobra que yo ejecutaba por su retaguardia, había situado á su frente, un poco al flanco, río de por medio, en un lugar que se llama Portillo de San Blas, una fuerza de *san-blaseños* que lo tiroteara durante la noche, víspera del asalto que yo tenía proyecta-

do, no obstante que su fuerza de vanguardia podía cortar á esos tiradores.

«En la madrugada del 25 de Noviembre de 1859, llegué ante la primera avanzada contraria, establecida en el camino para la Ventosa. Cuando de lejos descubrí su fogata, dejé mi caballo en el camino con la columna, y acompañado de algunos oficiales, notables por su audacia, me interné á pie, sigilosamente, por un sembrado de maíz que nos cubría bien, hasta llegar adonde estaban los hombres que formaban el puesto de vigilancia, á quienes sorprendimos por completo, sin disparar un solo tiro y sin que se pusiera á salvo ninguno de los que lo componían. Así era necesario, pues si alguno hubiera escapado ó si se hubiera hecho un disparo, no habría sido posible obtener el éxito en un asalto sobre tropas más fuertes en número, y á las que había que dominar por medio de una sorpresa á fondo.

«Estaba tan confiado el enemigo de que, en caso de atacarle, vendríamos por el camino directo de Juchitán á Tehuantepec, que tenía en él una avanzada con una fuerte patrulla de caballería, á más de tres leguas de Tehuantepec; es decir, que su avanzada se encontraba más cerca de Juchitán que de aquel punto, pues llegaba hasta la laguna de «Las Ciruelas,» que le servía de defensa.

«Por lo que toca á la situación de sus fuerzas, el núcleo principal de su Infantería estaba en una casa situada frente á la plaza del barrio de Santa María Reu; otra fuerza considerable ocupaba el cerro inmediato de la Cueva, y otra el de Tagolaba, en el barrio de este nombre.

«Formé una columna, que debía atacar el cerro de Tagolaba, á las órdenes del Capitán D. Francisco Cortés; otra que atacara el cerro de la Cueva, al mando del Teniente Coronel Gallegos, y me quedé con fuerza suficiente para atacar personalmente el cuartel de la plaza de Santa María. Las columnas asaltantes de los cerros de la Cueva y Tagolaba, debían moverse cuando oyeran los primeros tiros de mi columna, que habrían de ejecutar el asalto al toque reglamentario de diana que dieran las bandas del enemigo. Situé mi columna sigilosamente, prevalido de las tinieblas, á pocos metros de la plaza, y moví las otras dos á sus respectivos destinos, para que quedasen en espera de la señal convenida.

«Al amanecer se oyó el toque de llamada de banda; y cuando ésta formaba frente á la puerta del citado cuartel y comenzó á tocar diana, avancé rápidamente con mi columna por una de las bocacalles

que parten de la plaza, y entré al cuartel antes de que dicha banda pudiera replegarse y dar aviso de lo que ocurría en el exterior.

«La sorpresa fué tan completa, que tropezamos, al hacer nuestro avance, con los cuerpos de los hombres de la guardia, acostados aún en el zaguán, y de la misma manera sorprendimos en seguida á las compañías en las cuadras.

«Después de un fuego que no duraría media hora, el cuartel era mío, y pude proteger á la columna del Capitán Cortés, que descendía ya del cerro, por haber sido herido su jefe, y mandé proteger también al Teniente Coronel Gallegos, que consumaba la ocupación del cerro de la Cueva.

«Ocupadas así todas las posiciones, y cuando me parecía que ya no había con quien combatir, llegó el Coronel Trujeque, que había salido del acantonamiento, con su cuerpo de caballería, á hacer un reconocimiento hacia Juchitán; oyó el ruido de la refriega, y como no sabía lo que pasaba, corre á los puntos donde antes dejó fuerza amiga, y así se ve frente á nosotros, que lo recibimos con vivísimos fuegos, haciéndole volver caras á toda rienda, rumbo á Oaxaca, sin que pudiera ser perseguido sino en corta distancia, porque en nuestras fuerzas no había ninguna tropa montada.

«El enemigo quedó completamente derrotado, sin embargo de que su fuerza era de más de setecientos hombres, y la que me sirvió para atacarlo, apenas llegaba á trescientos setenta, incluyendo la de San Blas, que lo tiroteó durante la noche, y que al formalizarse el asalto, bravamente pasó el río y tomó parte en él.*

---

* BRIGADA MIXTA.

COMANDANTE EN JEFE.

Impuesto con satisfacción, y se le felicita, lo mismo que á los oficiales.

EXMO. SEÑOR:

Con esta fecha digo al Exmo. Señor Ministro de Guerra y Marina, lo que sigue:

Antier, á las diez del día, he recibido parte oficial del Capitán D. Mariano Gallegos, Jefe de la Sección de observación sobre Tehuantepec, en que me participa que el enemigo, en número de seis á setecientos hombres de infantería, y cien caballos, había ocupado aquella Plaza el día anterior.

En el momento dispuse una Sección en número de trescientos cuarenta y

«Después de esa victoria, en los guayines de la Compañía Louisiana conduje á los heridos á Juchitán, por no haber en Tehuantepec elementos para curarlos, pues la ciudad estaba casi desierta.» (Memorias).

Este distinguido hecho de armas valió al asaltante un considerable botín de guerra, en el que se contaban cerca de 700 fusiles, y el ascenso á Coronel de la Guardia Nacional, cuyo despacho le expidió el Sr. Juárez.

Tres días después del brillante combate, se recibió la noticia de que el vapor que debería conducir el material de guerra destinado al General Álvarez, estaba ya á la vista en el puerto de Ventosa.

---

dos infantes, pertenecientes á los Batallones «2 de Oaxaca,» «Independencia,» «Partida suelta de Juchitán» y «Escolta de Estado Mayor,» y dejando en esta Plaza á mi segundo, el Teniente Coronel D. Pedro Gallegos, con el resto de los mencionados Cuerpos, el Escuadrón Juárez y una pieza de montaña, tomé el mando de la Sección antes mencionada, y con ella me dirigí á Tehuantepec, llevándome de segundo en Jefe al Teniente Coronel Lic. D. Tiburcio Montiel, Mayor General de la Brigada. En los suburbios de Tehuantepec se me incorporó, en la madrugada de ayer, la Sección de observación, compuesta de sesenta *san-blaseños*, y habiéndome informado verbalmente su jefe, de que el enemigo ocupaba, con su infantería, los tres cerritos de Santa María Reu, Tagolaba y Liera, cuyas alturas forman un triángulo y distan entre sí medio tiro de fusil, y que la caballería se hallaba emboscada bajo los fuegos de dichas posiciones, dispuse que la Sección de observación se situase á la derecha del enemigo, en el punto llamado Portillo de San Blas, con orden de tirotearlo desde allí, entretanto yo, con el grueso de la fuerza, pasaba el río á distancia en que no podía ser visto, y cargar sobre él hasta llegar á la bayoneta, cuando sintiese que yo hacía otro tanto por la retaguardia.

Practicada la maniobra, colocados bajo los fuegos del enemigo, y cuando éstos se rompieron, vigorosamente, dí la señal acordada para que el Mayor del 2º Batallón, Capitán D. Francisco Cortés, con una columna de ochenta hombres, acometiese á paso veloz al cerro de Tagolaba, sirviendo la misma señal para que el Comandante de la Partida suelta, Capitán D. Cosme Gómez, con igual número y en los mismos términos, lo hiciese sobre el de Santa María Rue, á la vez que la Sección de observación efectuaba la orden arriba indicada.

Cien hombres del «2 de Oaxaca» y ochenta del «Independencia,» en columna doble y marchando también á paso veloz, cubrían la retaguardia de las dos columnas de asalto.

A los cinco minutos de empezado un rudo y general combate, la última parte de la columna doble, compuesta del «Independencia,» al mando de su Comandante accidental, Capitán D. Apolonio Jiménez, tuvo que dar frente á retaguardia para resistir á la caballería, que, como era de suponerse, atacó bruscamente, mientras el «2 de Oaxaca,» al mando de su jefe accidental, Comandante de Ba-

«Entonces, dice el General Díaz, mandé reunir el número de carretas que se necesitaban para transportarlo, y componer el camino que conduce de Juchitán á Ventosa, por la playa, pasando por la hacienda del Zapotal, y marché para el puerto, en donde embarqué dicho armamento, á cargo de D. José María Romero, hermano del Estadista D. Matías del propio apellido.»

---

tallón, D. Vicente Altamirano, la flanqueó y puso en fuga, en la que fué perseguida más de dos millas por la fuerza del «Independencia,» mientras que el «2 de Oaxaca» tomó á la bayoneta el cerro de Lieza, único en que el enemigo apoyaba aún su última resistencia.

Lo reñido y más interesante de este hecho de armas, que comenzó á las seis de la mañana, duró quince minutos, continuando el tiroteo sobre los fugitivos hasta las ocho y tres cuartos, hora en que ya no fué posible molestar á la caballería, que huyó rumbo á Oaxaca, y la infantería había desaparecido en el Bosque, en completa dispersión, tomando cada uno el rumbo de su país.

Por informes de los prisioneros y por datos de la papelera, tomados al enemigo, me consta que se me han presentado en combate setecientos infantes, procedentes de Oaxaca y Pachuca, entre los que se contaban los *patricios* de Tehuantepec, más cien dragones poblanos, al mando de D. Mariano Trujeque.

El enemigo ha dejado en el campo de batalla diez y siete muertos, de los cuales, tres son jefes ú oficiales, veintinueve fusiles, nueve cajones de parque y demás efectos de guerra que aparecen en el estado adjunto, marcado con el número 1. Cinco prisioneros, oficial uno de ellos, de los que mandé pasar por las armas, en el acto: á éste, por haber sido convencido de su clase, y á otro, por traidor antiguo. Guardia Nacional de Oaxaca, pasado al enemigo.

Por nuestra parte, tenemos que lamentar la pérdida del Subteniente D. José María Martínez y del sargento segundo Lino Sánchez, ambos de Cazadores del 2º Batallón de Oaxaca, y quedan gravemente heridos, el Mayor accidental del 2º Batallón, Capitán D. Francisco Cortés; Subteniente de Granaderos del mismo Cuerpo, D. Mónico Almeida; Subteniente de Partida suelta de Juchitán, D. Miguel López, y cinco individuos de tropa.

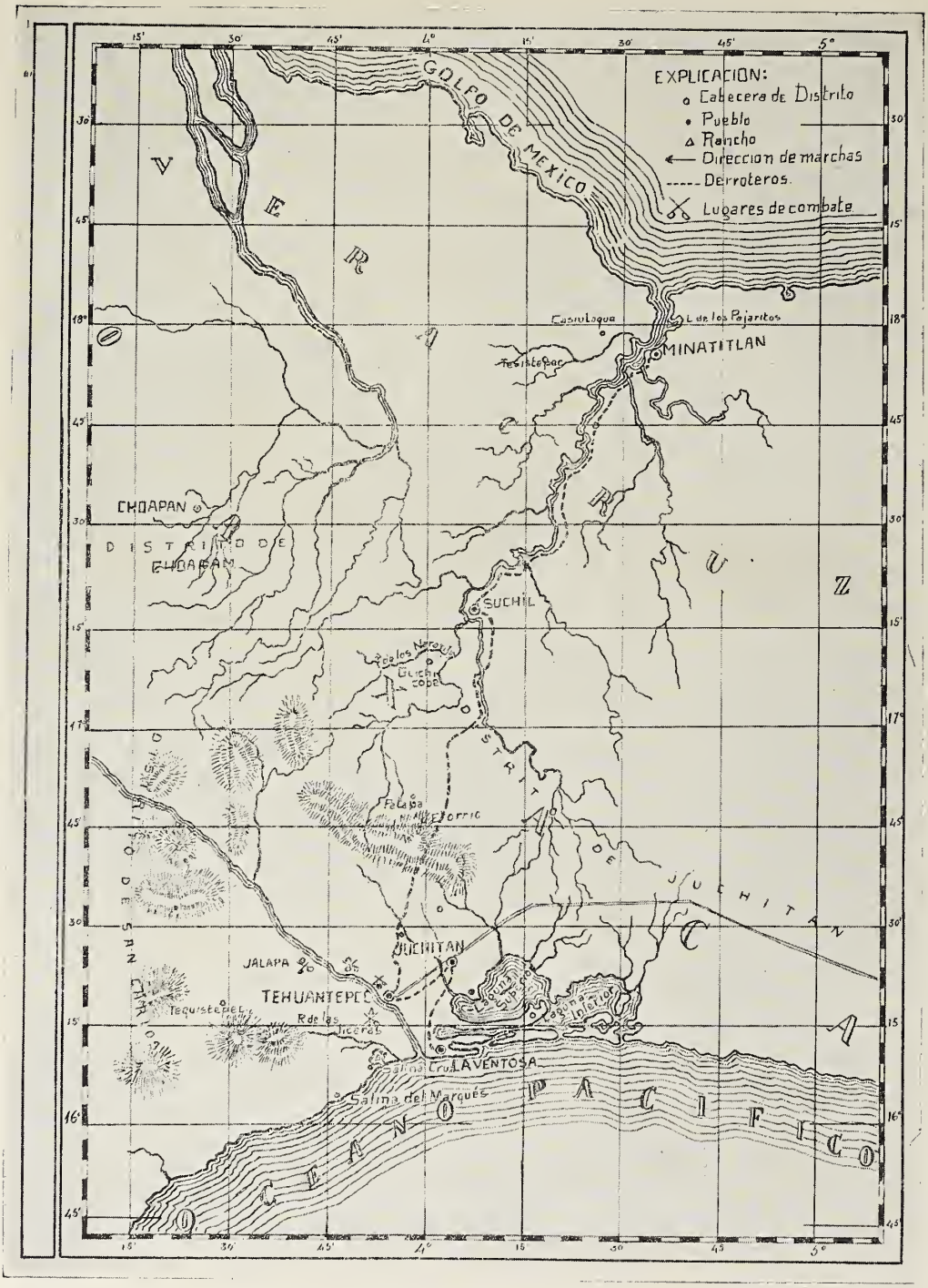
No tengo recomendación particular que hacer al Supremo Gobierno, y me limito á manifestarle, por el digno conducto de V. E., que los jefes, oficiales y tropa que concurrieron á la función de armas de ayer, han manifestado, durante ella, que son oaxaqueños y llevan en el corazón la fe de los principios que sostienen.

Lo que transcribo á V. E. para su superior conocimiento y satisfacción, felicitándole por este nuevo triunfo que han alcanzado las armas del Estado.

Protesto á V. E., renovadas, las consideraciones de mi aprecio y respeto.

Dios y Libertad.—Juchitán, Noviembre 26 de 1856.—*Porfirio Díaz.*

Exmo. Señor Gobernador del Estado de Oaxaca.—Donde se halle.



Plano de la Campaña en Tehuantepec.

VII.

CORONEL.

DESERCIÓN DE LOS JUCHITECOS.

L armamento llegó con toda oportunidad á su destino, y el Coronel Díaz regresó á Juchitán, en donde se ocupó de organizar una columna, con la que, según instrucciones recibidas, debería concurrir al ataque de la plaza de Oaxaca, ocupada otra vez por los hermanos Cobos.

«Instruí, aumenté y uniformé al batallón «Independencia,» tanto como era posible en pocos días, y recibí del Gobernador de Chiapas, por orden del Sr. Juárez, que aún permanecía en Veracruz, una fuerza como de 70 hombres, mandada por el Coronel D. Nicolás Ruiz y el Teniente Coronel D. José María Vela, que agregué á los restos de las compañías de cazadores y granaderos de mi Cuerpo, que á esa fecha apenas sumaban, entre ambas, un total de 100 hombres.

«Salí de Tehuantepec con dirección á Oaxaca, el 5 de Enero de 1860, siguiendo el camino nacional hasta San Carlos Yautepec, distante como unas 35 leguas de Oaxaca, y de allí marché hacia la derecha del camino por la cañada de Narro, hasta San Lorenzo Albarradas, para evitar que el enemigo tuviera noticia de mi movimiento y para acercarme más á las fuerzas del Gobierno del Estado, que debían venir á Tlacolula á proteger mi marcha y á fin de reunirnos allí. El 20 de Enero pernocté en el monte, cerca del pueblo de San Lorenzo Albarradas. Al día siguiente, cuando emprendí mi marcha para Tlacolula, noté algunos síntomas de insubordinación entre los juchi-

tecos, en quienes la volubilidad de carácter se imponía, y á pocos momentos, el Teniente Coronel Cosme Damián Gómez, que por enfermedad del Teniente Coronel Pedro Gallegos, mandaba ese batallón, me dijo que los juchitecos habían cumplido con acompañarme hasta cerca de Oaxaca, que era su objeto; que ya no tenía peligro; que no querían alejarse más de su pueblo, y que se proponían regresar á Juchitán.

«Como esto constituia una rebelión al frente del enemigo, formé las compañías de mi batallón ante los insurrectos, mandé á éstos terciar armas, y como quedaran impasibles, parecióme prudente no generalizar la cuestión de hechos, dándole carácter colectivo; y así, para buscar la restricción indirectamente, individualizándola, me dirigí al sargento que cerraba el costado derecho y que se hallaba más cercano, é imponiéndole con violencia, espada en mano, le mandé entrar á las filas que había dejado y terciar el arma. Obedeció mi orden y entonces repetí la voz de mando á toda la fuerza, que la atendió uniforme. La consideración de que estaba con el enemigo casi á la vista, así como la no menos atendible de que los juchitecos eran Guardias Nacionales indisciplinados, y casi á ruego auxiliares míos, no me permitió proceder con la energía con que hubiera debido obrarse, si de verdaderos militares se hubiese tratado.

«Coloqué á vanguardia la fuerza de Chiapas, en el centro á los juchitecos, y á retaguardia las dos compañías de mi batallón, dándoles órdenes á los soldados de ésta, en alta voz, y de modo que los aludidos la entendieran, de pasar por las armas, sin más consulta, á todo soldado que se retrasara en la marcha. En estas condiciones y como una hora después de ocurrido este suceso, fuí atacado de improviso por el regimiento de guías de caballería, que mandaba el Teniente Coronel Antonio Vidal Canalizo, el cual formaba la vanguardia de la columna de Marcelino Cobos, compuesta de 1,300 hombres, que venía de Tlacolula á batirse. José María y Marcelino Cobos habían ocupado á Tlacolula antes de que llegara la fuerza liberal de la sierra, conmigo combinada, y el segundo había salido á encontrarme. Resistí el primer ataque del regimiento de guías que pude rechazar, quedando muertos en él, su jefe Canalizo y el Capitán Miguel Monterrubio, así como algunos de sus soldados y caballos. Ocupé en seguida una colina frente á la hacienda de Xagá, cerca del pueblo de Mitla.

«Derrotado el regimiento de guías, retrocedió hasta ser protegido por la fuerza de que dependía; y cuando llegó la infantería enemiga,

con su artillería, emprendieron formal ataque, hasta ocupar la colina que yo defendiera y que había dejado un tanto débil, tratando de detener á viva fuerza á los juchitecos, que, agrupados, huyeron al fin en esos momentos en que su huida determinaba mi derrota. Sin embargo, como los restos de granaderos y cazadores quedaban en buen estado de moral é indignados por la conducta de los juchitecos, haciendo un esfuerzo supremo, pude con ellos recobrar la colina, en que abandonó Cobos dos obuses de montaña, que constituian toda su artillería; pero no pude conservar esa posición ni las piezas capturadas, por ser muy reducido el número de mis soldados, que el combate había disminuido á ochenta.

«Sobre ellos se emprendió nuevo ataque por todas las fuerzas contrarias, y no teniendo ya elementos bastantes para resistir, me determiné á abandonar la colina, inutilizando previamente los cañones que había tomado al enemigo, que no podía llevar, porque sus tiros de mulas no habían caído en mi poder.»

(Un periódico oaxaqueño, de aquel tiempo, «La Democracia,» comentó este suceso en los términos siguientes:

«Las fuerzas de Tehuantepec se movieron sobre Tlacolula para atacar á Cobos; pero desbandados los VOLUNTARIOS de Juchitán, D. Porfirio Díaz tuvo que resistir el ataque de Cobos, con 72 soldados del batallón de Oaxaca; pero de una manera tal, que la Reacción misma no ha podido menos que elogiarla en sus papeles públicos.»

El Coronel Díaz prosiguió su camino hacia Oaxaca, y entretanto, el Sr. Díaz Ordaz derrotaba completamente á los Cobos en Santo Domingo del Valle, quedando victorioso, pero herido de muerte).

«Después de la acción de Mitla, seguí el camino de la sierra para incorporarme con la columna procedente de Ixtlán, que debía esperarme en Tlacolula, y que había, sin duda, suspendido su marcha, porque Tlacolula había sido ocupada por José María Cobos. Al día siguiente, 23 de Enero de 1860, incorporado Marcelino á José María Cobos, no esperaron á que el Gobernador D. José María Díaz Ordaz bajara á la planicie, sino que ellos, atrevidamente, alentados, sin duda, por el triunfo sobre mí obtenido, fueron á batirlo al pie de la sierra, y tuvo lugar la acción de Santo Domingo del Valle, en la que Cobos fué completamente derrotado; pero mortalmente herido el Sr. Díaz Ordaz, que falleció al día siguiente. Quedaron allí, en poder de nuestras fuerzas, tres cañones de batalla, de Cobos, y tres de montaña.

«D. Marcos Pérez, que era Presidente del Tribunal, por ministerio de la ley substituyó al Gobernador, con carácter de interino, y al

Coronel Salinas se le dió el mando de la fuerza. Salinas, que era hombre de valor, aunque con pocos conocimientos, marchó adelante de Santo Domingo del Valle, por el pie de la sierra y fuera del camino, hasta Tlalixtac, en donde yo me incorporé á su fuerza, con el ánimo cohibido ante mis compañeros por mi reciente derrota, tres días precisamente después de ocurrida ésta.

«Incorporado ya á la fuerza del Coronel Salinas, el 26 de Enero le aconsejé que fuéramos, sin pérdida de tiempo, á sitiar á Oaxaca, entrando por San Felipe del Agua, para tomar el cerro de la Soledad; y obsequiada mi invitación, marchamos sobre Oaxaca, á la vista de la caballería enemiga, que guardaba el contacto con nuestras tropas, y la cual hizo algunas intentonas, queriendo aprovechar momentos que juzgó oportunos; pero con mis dos antiguas compañías, aumentadas con otra fuerza de Oaxaca, la combatí hasta alejarla de nuestro frente. Así pudimos seguir tranquilos nuestra marcha, y llegamos á San Felipe el 1º de Febrero de 1860. Una fuerza de infantería contraria se defendió en el fortín; pero se lo tomamos el 2 de Febrero y comenzamos á sitiar la ciudad.

«No pudimos cercarla por completo, porque teníamos pocas tropas; pero ocupamos puntos importantes á su inmediación, en donde prolongamos nuestra permanencia, sosteniendo diarios tiroteos.

«El 9 de Marzo, estando nosotros en el fortín de la Soledad y cerros inmediatos, el enemigo hizo una salida por el barrio de China, y ocupó parte del Marquesado, con lo que dejó cortada nuestra posición del fortín de la Soledad. En tal virtud, ejecutamos un ataque un tanto vigoroso para desalojarlo de allí y obligarle á volver al perímetro de la ciudad, operación que nos dió resultado, y que costó algunos soldados por una y otra parte.

«Nada serio volvió á intentar el enemigo en lo sucesivo, sobre el Marquesado; y sus salidas, verificadas por el lado opuesto ú oriental de la ciudad, no tuvieron resultados prácticos de importancia, haciéndolas como las hacía siempre, con caballería, que era batida constantemente por la nuestra, á la cual protegíamos con la artillería, situada en la altura.

«Para la mejor comprensión de los sucesos, debo hacer una digresión.

«Á poco de haberme incorporado á las fuerzas del Coronel Salinas, ocurrió un episodio que, sin duda, contribuyó al mal éxito del sitio que pusimos á Oaxaca.

«Se habían suscitado algunas rivalidades entre D. Marcos Pérez,

Gobernador interino, y el Coronel D. Cristobal Salinas, que contaba con algunos amigos políticos, quienes creían que debía ocupar el Gobierno del Estado. Al saber D. Marcos Pérez que tenía cariño y especial predilección por mí, que me había incorporado á las fuerzas del Coronel Salinas, mandó en comisión á Tlalixtac, en donde nos encontrábamos entonces, á D. Manuel Toro, que era á la sazón tesorero del Estado, para que me entregara un pliego que contenía una orden en que se me prevenía que me encargara yo del mando de la fuerza, arrestara al Coronel Salinas y lo mandara preso á Ixtlán, en donde residía el Gobierno local. No estimé prudente esa medida, porque Salinas no era un obstáculo para el buen éxito de la campaña, pues tenía gran deferencia por mí; temí, además, que ella dividiera á los caudillos liberales, y me sentía, por último, cohibido hasta para aceptar lisa y llanamente el mando de esa tropa, aunque no hubiese sido necesaria violencia alguna, cuando acababa de sufrir una derrota; por todo lo cual, supliqué á D. Manuel Toro que hiciera presente estas consideraciones á D. Marcos Pérez, para que no insistiera en su orden.

«No quedó satisfecho de mi conducta D. Marcos Pérez; pero tampoco insistió en su orden de aprehensión y destitución del Coronel Salinas. Juzgué que, probablemente, éste había tenido noticias del caso, porque le encontré muy contrariado en la noche de ese día; tuve una explicación personal con él, y supe que, efectivamente, todo había llegado á su conocimiento, lo cual no impidió que siguiéramos en buena harmonía durante la campaña.

«Supongo que D. Marcos comunicó estos sucesos al Presidente D. Benito Juárez, quien creyendo, acaso, que las disensiones que había entre los principales jefes del Estado serían un obstáculo para el buen éxito de la campaña, determinó mandar á un jefe extraño, y fué designado para ese objeto el Gral. D. Vicente Rosas Landa, quien se encargó del mando el 12 de Febrero de 1860.» (Memorias).

Hablando de este general, dice el Sr. Quevedo y Zubieta:

«Ese General Rosas Landa, era un antiguo militar ameritado, decadente á la postre, que no tuvo éxito en Oaxaca. Después de dirigir flojamente maniobras de sitio durante tres meses, acabó por levantarlo (contra el deseo de Porfirio y otros oficiales), al solo anuncio de una columna reaccionaria, enviada de México al mando del General Santiago Cuevas y en que figuraba el Coronel Mariano Miramón, hermano del célebre D. Miguel. . . . . La oficialidad liberal oaxaqueña, localista de suyo, se volvió contra ese jefe, que además

de venir de fuera del Estado, tenía salidas atrabiliarias.... D. Vicente no entendía de bromas.... Todo en trágico. ¡Mandaba á Porfirio que tomase aquí un convento, allá una manzana, y el furibundo jefe contemplaba desde cierta distancia la tragedia! Sin embargo, el Coronel Porfirio solía reir hasta en medio de las tragedias de que era actor, lo cual desagradaba en extremo á D. Vicente Rosas Landa. Eso de que un militar habituado á las balas se ría en medio de ellas, escocía su nerviosidad susceptible.... Un día le pareció á Rosas Landa que Porfirio reía al caer entre ambos una bala de cañón....» *

El episodio de la bala de cañón, ha sido relatado por el General Díaz en la siguiente forma:

«Rosas Landa comprendía que yo le hacía falta, y me tenía á su lado, no obstante que estaba resentido conmigo, porque un día lo llevé á practicar un reconocimiento, cuyo resultado lo mortificó mucho. El enemigo había fortificado varios de los puestos accesibles; pero se preocupaba poco de la línea que quedaba hacia el Oriente de la ciudad. Nosotros estábamos en el cerro y me ocurrió que sería conveniente acercarnos por los carrizales para entrar por San Juan de Dios, posesionarnos del portal de la Alhóndiga, y si era posible, penetrar por el vivac de los serenos y tomar esa otra manzana, con lo cual llegábamos hasta la plaza de armas. Para explicarle mejor mis planes, bajamos un poco hacia el Marquesado, hasta una pequeña ladera conocida por el Petalillo; comuniqué á Rosas Landa mi proyecto, y le enseñé el lugar por donde yo creía que sería fácil realizarlo. Por este punto no tenía el enemigo ninguna obra ni guarnición. Extendido el plano de la ciudad, le enseñaba yo al General, cuáles serían, en mi concepto, las manzanas que deberían atacarse. El enemigo se fijó en nosotros y nos disparó un tiro de cañón, cuya bala pasó entre los dos. Rosas Landa se hizo tanto para atrás, que tropezó con el tronco de unos nopales que estaban á su espalda, y al caer se espinó con ellos. No recuerdo qué hice, pero probablemente me reí de la ocurrencia, y por ese motivo se enojó conmigo el General Rosas Landa. Le ayudé á pararse y á quitarse las espinas, y una vez hecho ésto, se retiró de aquél lugar y se puso á cubierto de los fuegos del enemigo.

«Algunos oficiales presenciaron la ocurrencia, y formaron una anécdota de este hecho, que circuló entre ellos y llegó hasta los soldados, y en la que se ridiculizaba al General Rosas Landa. Desde entonces me empezó á coger mala voluntad.» (Memorias).

---

* «Porfirio Díaz,» por X. X. X.

Cuando el inepto Rosas Landa tomó el mando de las fuerzas sitiadoras, éstas habían resuelto asaltar la plaza....

«Mientras esto pasaba, nosotros seguíamos en posesión de las alturas inmediatas á la ciudad y preparándonos á un asalto. Para ejecutarlo, nos ocupábamos en construir municiones, y proporcionarnos otros pertrechos necesarios. Creo que habríamos obtenido buen éxito en la realización de nuestro proyecto, si hubiéramos quedado entregados á nuestros propios esfuerzos é inspiraciones; pero el General Rosas Landa, que estaba acostumbrado á mandar soldados más disciplinados que nosotros, y á contar con más recursos de los que teníamos, no aprobó nuestra decisión de asaltar la plaza; le pareció que era muy peligroso jugar semejante azar, sin todos los elementos que nos dieran más probabilidades de triunfo. Así es que mientras nos llegaban de Veracruz los recursos que pidió, para intentar un golpe á fondo, el General Rosas Landa acordó que, conservando nuestras ventajosas posiciones, mantuviéramos en ellas una expectante defensiva; pero esto no podía ser, porque las provocaciones nuestras, ó las del enemigo, en las diarias escaramuzas, nos arrebataban á diversas empresas.

«Así, por ejemplo, en los primeros días de Abril (1860), hube de exponer á mis subordinados en la toma que verifiqué en la manzana de Habitero, donde se efectuó un verdadero combate; y lo hice también por orden del mismo General en jefe, atacando el convento de la Concepción, á fines del mes citado, y la manzana del hospital de San Cosme, el día 6 de Mayo, sin conseguir el objeto propuesto y perdiendo inútilmente, en uno y otro ataque, á muchos de nuestros soldados.

«De tal manera se gastaban las energías, sin provecho y sin un plan general bien definido. Así corrieron los meses, pero no sin ventaja para el enemigo, pues el Gobierno reaccionario establecido en México, mandó, entretanto, para proteger á Cobos, una columna compuesta de más de mil hombres, á las órdenes del General D. Santiago Cuevas, y esa fuerza, con su aproximación, nos obligó á levantar el campo el 11 de Mayo de 1860.

«Nos retiramos para la sierra: la mayor parte de nuestra fuerza tomó la vía directa de Tlalixtac para Ixtlán, y el resto, con el cuartel general y llevando la artillería, la vía de San Agustín Etla y Teococuilco. El enemigo mandó perseguir á los que iban por Tlalixtac, con una columna que era á las órdenes del General Anastasio Trejo; y destacó otra, á cuyo frente iba el General Alarcón, contra los que nos retiramos por Teococuilco.

«Al hacer Rosas Landa una marcha bien rápida hasta dicho lugar, me encomendó el cuidado de la retaguardia; y cuando me vi perseguido muy de cerca por el General Alarcón, hice una vuelta ofensiva, con la poca fuerza que me quedaba, pues toda la ligera había seguido al jefe principal, y obligué á Alarcón á retroceder al valle. Así pude continuar mi marcha, sin ser molestado, hasta el citado Teococuilco; marcha que fué muy penosa, por tener que hacerla por montañas y con artillería pesada.

«Al llegar á San Agustín Etla, en nuestra retirada para la sierra y siendo perseguidos de cerca por el General Alarcón con fuerzas de Cobos, se metió el General Rosas Landa, para libertarse del sol, en una ermita situada sobre el camino, con el propósito de esperar un ataque del enemigo, que no intentó; y aunque yo, no solamente no me abrigaba del sol, sino que se lo tenía á mal á los oficiales que lo hacían, me metí con él en la ermita, porque comprendí que la excitación que había en su contra por parte de los jefes y oficiales oaxaqueños, con motivo de nuestra desastrosa retirada, era tan grande, que su vida corría peligro, y me propuse escudarlo de cualquier atentado. Algunos de mis compañeros se acercaron á la puerta de la ermita, y con señas me indicaban que me hiciera á un lado para que quedara el General Rosas Landa expuesto á sus tiros; pero lejos de complacerlos, les hice comprender que yo me proponía defenderlo, y así pude lograr que llegara sin novedad hasta Teococuilco, en donde se separó de nosotros y tomó el camino para Veracruz.

«Una vez en Teococuilco, exagerando el General Rosas Landa la falta de disciplina que, en efecto, había en nuestras tropas, nos manifestó que volvía á Veracruz á dar cuenta al Sr. Juárez, de que éramos inmanejables. Volvió á recaer el mando, por este hecho, en el Coronel Salinas, quien se adelantó de donde estaba, solamente con el estado mayor, para Ixtlán, con objeto de acuartelar convenientemente á la otra columna, que había marchado directamente para aquel punto, y disponer lo necesario para rechazar la columna de Trejo, que sabíamos iba en aquella dirección. En tal concepto, quedé yo al frente de las fuerzas que antes iban directamente bajo el mando del Sr. Rosas Landa.

«Llegó Salinas á Ixtlán, y, sin embargo, nada pudo disponer en contra de Trejo, porque la fuerza que había tomado esa vía, no estaba toda en Ixtlán, sino repartida en varios pueblos, donde arbitrariamente se habían alojado los soldados colecticios, á quienes en aquellas circunstancias se les toleraban ciertas libertades, con la seguri-

dad de que se reunirían luego. Se intentó la reunión, pero antes de que ésto se lograra, llegué á Ixtlán, con la fuerza que se había dejado á mis órdenes, y como era la única disponible, marché, después de pocas horas de descanso, hacia Ixtepeji, en donde las compañías de ese lugar y parte de la población que estaba armada, habían, usando de sus formidables posiciones, detenido á Trejo por dos días.

«Llegué á Ixtepeji como á las 9 de la mañana del día 15 de Mayo de 1860, en momentos en que casi eran derrotadas las dichas fuerzas unidas á nuestra causa, y Trejo ocupaba ya la población; pero mi presencia, y el refuerzo de municiones que di á los que acababan de ser batidos, los reanimó, y entonces atacamos formalmente á Trejo, obligándole á retroceder después de un serio y sangriento combate, que determinó su huída á Oaxaca.

«Como yo conocía el terreno mejor que Trejo, mandé, por veredas extraviadas, fuerzas que fueran á cortarle á una ó dos leguas de su vanguardia; y así acabé de destrozar su columna, que era de 700 hombres, de los que llegaron á la ciudad menos de cien.» (Memorias).

Entretanto, Rosas Landa, que había regresado á Veracruz, manifestaba á D. Benito Juárez la imposibilidad de llevar á cabo una campaña seria contra Cobos, debido á la incapacidad de la oficialidad oaxaqueña; pero quedó muy desagradablemente sorprendido, al saber, por el mismo Sr. Juárez, que aquella oficialidad acababa de obtener, al mando del Coronel Porfirio Díaz, la importante victoria de Ixtepeji, al pie de la sierra de Ixtlán.

Victoria de trascendentales consecuencias, que permitió la reorganización de las fuerzas liberales refugiadas en la sierra, y fué el preludio de la destrucción de Cobos y la toma de Oaxaca.

En efecto, hacia fines de 1860, las fuerzas liberales, mejor organizadas, partieron de Ixtlán, que ya entonces se llamaba Villa Juárez, y emprendieron un movimiento decisivo para apoderarse de la capital del Estado.

Las fuerzas conservadoras se organizaban, á su vez, dentro de Oaxaca, logrando aumentar el efectivo de sus cuerpos, á tal grado, que juzgaron innecesaria la columna auxiliar, que de México había venido al mando del General Santiago Cuevas, quien regresó con ella rumbo á la capital de la República.

Los liberales sabían muy bien que Cobos se encontraba en condiciones ventajosas y contaba con tropas superiores, en número, á las de ellos.

«Nuestra inferioridad numérica nos ponía en la necesidad de in-

tentar un golpe de mano, que el enemigo no pudiera prever; pero esto se dificultaba mucho, porque todos nuestros amigos civiles que formaban el Gobierno local, y que vivían con nosotros, sin comprender la importancia del secreto en asuntos militares, daban á sus familias, que estaban en Oaxaca, aviso anticipado de cuanto nosotros pretendíamos, ó ellos sospechaban que íbamos á efectuar; y de este modo hacían, sin intención dañada, y sólo por dar nuevas consoladoras, abortar nuestras combinaciones, pues las versiones se propagaban de boca en boca, hasta llegar á conocimiento del enemigo. Tuvimos, pues, que confinar á varios de ellos á otros pueblos de la sierra, donde no había cuarteles, y cuidarnos más de los amigos indiscretos, que de los enemigos.

«Nos ocupábamos de los trabajos preparatorios de nuestra expedición, cuando recibió mi hermano Félix, que en el ejército conservador había sido amigo del Coronel Montero, quien á la sazón mandaba en las filas de Cobos el 9º batallón, una carta de éste, en que le proponía facilitar la toma de la ciudad, mediante una gratificación de diez mil pesos.

«Para determinar detalladamente el servicio que Montero podía prestar, se le propuso, en respuesta, que saliera en altas horas de la noche á tener una conferencia conmigo, á un kilómetro de la ciudad, en un lugar que se llama Las Pozas Zarcas. Movimos, con el sigilo posible, todas nuestras fuerzas capaces de entrar en combate y las aproximamos á cinco kilómetros de la ciudad sobre la sierra.

«Me adelanté para esperar á Montero en el lugar designado, y me fuí en seguida á los arcos del acueducto de la ciudad, para cerciorarme, sin ser visto, de si Montero venía solo ó acompañado; pero no llegó él, sino que envió á un mensajero con una esquela, en la que decía, que comenzaba á sospecharse de su conducta en la plaza, y que esa circunstancia le impedía salir, así como la de que en la misma se había sentido nuestro movimiento y que toda la guarnición estaba en guardia; pero que, sin efusión de sangre, podíamos ser dueños del convento del Carmen y de la fuerza que lo defendía, si nos sujetábamos á sus instrucciones, que consistían en que, al llegar la persona señalada para el caso, á doscientas varas, frente á la puerta de campo del citado convento, hiciera con el brazo un movimiento circular con un cigarro encendido, señal que sería contestada en la misma puerta del Carmen, en donde estaba la Guardia de prevención del 9º batallón. Una vez correspondida la señal, decía, debíamos entrar en columna hasta dicha puerta, advirtiendo Montero, en su esquela, que

al entrar nuestra columna, correría la guardia hacia el interior del cuartel, y que este movimiento no debía alarmarnos, porque tenía por objeto sorprender una fuerza que había en el interior del referido convento, la cual no estaba en la combinación. El convento cierra una calle, que por eso se llama, «Cerrada del Carmen,» y la puerta del campo corresponde á lo que debería ser continuación de la expresada calle.

«Después supe que todo esto era un ardid de Montero para poner nuestra fuerza bajo sus fuegos é impotente para luchar; pues que las azoteas de ambos lados de la calle que nos llevara á la puerta del Carmen, estaban cubiertas de soldados, que nos habrían acribillado por completo al ponernos debajo de ellas, y que tenía en el patio del convento una batería de cañones abocados para el zaguán. Sospechando que ésto fuera más ó menos así, había yo dispuesto ejecutar sus instrucciones; pero sólo con cincuenta hombres, puesto que, si contábamos con el 9º, pensé que no necesitábamos más para ser dueños del Carmen; y en tal concepto, dispuse que el resto de nuestras fuerzas, que llegaba á 700 hombres, atacara en su oportunidad, en dos columnas, el convento de Santo Domingo, tomando en cuenta que, si Montero, de mala fe, nos resistía en el Carmen, debería estar muy reforzado este punto y relativamente débil el otro.

«Después de haber formado este plan, regresé á encontrar al Coronel Salinas, que debía estar esperándome con alguna fuerza al pie de la sierra; pero apenas llegaba, cuando comenzó una lluvia torrencial que nos inutilizó los caminos y puso á nuestras tropas, sin más refugio que la selva, en condiciones que sólo pudieran resistir fuerzas aguerridas y voluntarias como las que teníamos. En las vertientes de la sierra donde estábamos, pronto corrieron las aguas á torrentes, entre las peñascosas quiebras del áspero terreno, y aquellas profundas é impetuosas corrientes, que era imposible franquear, nos imposibilitaron para movernos. Esto impidió que diéramos el asalto proyectado para esa noche.

«Al día siguiente, 4 de Agosto de 1860, calculábamos que sería muy difícil una contramarcha á la sierra, porque todos nuestros soldados no volverían de buen grado, pues habían consentido en el ataque y tenían á sus familias en la ciudad; y cuando hablábamos los jefes sobre el asunto, se avista una fuerza enemiga y comienza á tirotearnos. De pronto hicimos un movimiento rápido sobre ella, que la obligó á replegarse á su centro de operaciones, y nos establecimos en la hacienda de San Luis, como á dos kilómetros de la ciudad, ocu-

pando, además, la hacienda de Dolores. En esa posición pasamos toda la noche, y como á las tres de la madrugada siguiente se me presentó un desertor del enemigo, avisándome que en la noche se había movido éste sobre nuestro campo y que debíamos tenerle muy cerca. Mandé comunicar esta noticia al Teniente Coronel D. Ramón Cajiga, que ocupaba la hacienda de Dolores con el batallón «Juárez,» y volvió el ayudante, avisándome que el enemigo estaba de por medio.

«Dispuse entonces que el Teniente Coronel D. Manuel Velasco, con la mitad de su batallón, batiera á la fuerza que se nos había interpuesto.

«En esos momentos comenzaba á despuntar la luz del día, y vimos que á nuestra espalda había un fuerte puesto militar, que nos habría estorbado volver á la sierra si lo hubiéramos intentado; era la mitad del 9º batallón, mandada por su Teniente Coronel D. Manuel González. Mandé batir de preferencia esa tropa, por los Capitanes D. Luis Cataneo y D. Fidencio Hernández, quienes lograron derrotarla, y la obligaron á incorporarse con el grueso del enemigo, por el ramal de la sierra, que termina en el fortín de la Soledad.

«A la sazón fué rechazado Marcelino Cobos, que atacaba la hacienda de Dolores, y á virtud de todo ello, se me pudieron incorporar los Tenientes Coroneles Cajiga y Velasco con sus respectivas fuerzas, así como los Capitanes Luis Cataneo y Hernández con las suyas. Acto continuo, el General José María Cobos, con el núcleo principal de sus tropas y con tres baterías, sin esperar á los rechazados de Dolores, que hacían un rodeo para incorporársele, emprende resueltamente su avance sobre las posiciones que ocupaba yo en la hacienda de S. Luis.

«Ejecutamos entonces un movimiento general, saliendo á la llanura, al encuentro de Cobos; lo rechazamos, quedando en nuestro poder sus cañones más pesados, y le obligamos á retirarse á la ciudad. Dispuso entonces el Coronel Salinas, que con el batallón «Morelos,» mandado por Velasco, y los Guardias Nacionales de Miahuatlán y Ejutla, ocupara yo la plaza de armas, mientras que él se dirigía contra el fortín de la Soledad.

«Después de una tenaz resistencia en las calles por donde tenía yo que penetrar á la Plaza, en cuya resistencia perdí muchos soldados y oficiales y fuí herido por una bala, que me inutilizó la pierna derecha, aunque sin tocar el hueso, logré desalojar al enemigo de la Plaza de Armas, del Palacio, de la Catedral y del convento de la Concepción, dejándolo reducido exclusivamente á Santo Domingo y el Carmen.

«Comencé desde luego á horadar dos líneas de manzanas con dirección á Santo Domingo, para acercar mis columnas á esa posición, á cubierto de los fuegos enemigos, y dar un asalto al convento de Santo Domingo. Me proponía salir con mi fuerza por las casas que quedaban frente al convento y proteger el ataque desde las alturas de dichas casas. Este trabajo duró todo el día y parte de la noche del 5 de Agosto de 1860. El Coronel Salinas se me había incorporado, y todas las operaciones las ejecutaba yo con su aprobación.

«Adelantados nuestros trabajos en condiciones de poder dar el asalto al amanecer del día 6, nos avisaron que el enemigo había derribado parte de la pared de la huerta de Santo Domingo, y que por allí emprendía su fuga. Como yo había sido herido desde las nueve de la mañana del día anterior, y no pudiendo andar á pie, habíalo hecho á caballo, no estaba ya en condiciones de sostenerme, y mucho menos de combatir, pues la inflamación de la pierna derecha, que rompía el pantalón, me postraba. El Coronel Salinas y los otros jefes, sin contar ya conmigo, movieron las fuerzas hacia Santo Domingo, en mi concepto, con intención de perseguir al enemigo; pero no lo hicieron por razones que ignoro.» (Memorias).

VI.

CORONEL DEL EJERCITO PERMANENTE.

EL enemigo huyó rumbo á Zimatlán, y de seguir en aquella dirección, hubiera quedado cortado de su centro principal de operaciones; pero al ver que no era perseguido, hizo una contramarcha para dirigirse por el camino de Oaxaca á Tehuacán.

«Los combates del 5 de Agosto de 1860, que dieron por resultado la toma de Oaxaca, me valieron el ascenso á Coronel del Ejército Permanente, que me mandó de Veracruz el Presidente Juárez.» (Memorias).*

D. Félix Díaz, hermano menor de D. Porfirio, censuró la falta cometida por el Coronel Salinas, al no ordenar la persecución del enemigo.

---

* Parte oficial del General Salinas:

«Oaxaca.—Coronel en jefe de las fuerzas constitucionales del Estado.—Con esta fecha digo al Exmo. Señor Ministro de Guerra y Marina, lo que sigue:

«Tengo la honra de dar á V. E., parte detallado de las acciones de guerra, en virtud de las que la causa constitucional, cuenta de nuevo con los esfuerzos del importante Estado de Oaxaca....

«El 13 de Julio de 1860 levanté el campo en Villa Juárez con 1,000 infantes, inclusas guerrillas y 5 piezas de á 12, de montaña, con su respectiva dotación de artilleros, sin caballería, pues el regimiento «Lanceros de Oaxaca,» que había mandado formar el Teniente Coronel Félix Díaz, apenas contaba con 8 ó 10 dragones. Esa noche pernocté en la Parada, y al día siguiente no pude continuar la marcha, por terrible chubasco.»

«El día 2 (Agosto) avancé hasta el punto «Tres Cruces,» sobre el cerro San

La justificada censura llegó á oídos de Salinas, que indignado, ordenó que el mismo Félix Díaz, al mando de una insignificante sección de tropas, mal municionadas, saliera á perseguir á la fuerza fugitiva.

El resultado de tal persecución ha sido referido por el Sr. Gral. Díaz, en los términos siguientes:

«Alcanzó Félix á Cobos, el 9 de Agosto de 1860, lo batió en la Seda, tomándole diez cañones y un gran número de prisioneros, entre los cuales cogió cerca de cuatrocientos dragones de los regimientos de guías y granaderos de á caballo, que le sirvieron para organizar su regimiento con el nombre de «Lanceros de Oaxaca,» y con él prosiguió la campaña á las órdenes del Coronel Salinas.

«Mi hermano Félix nació el 2 de Mayo de 1833, cinco meses antes de la muerte de mi padre.

«Aunque la diferencia entre nuestras edades respectivas, era insignificante, siendo yo el varón de más edad en la familia, me tra-

---

Felipe del Agua, y continuando la marcha, me he puesto á la vista de la ciudad, colocando mis fuerzas en las vertientes del cerro referido.

«Durante esa noche, emprendo una marcha muy difícil y penosa por la escabrosidad y aspereza de la sierra, por la falta de medios de transporte, la obscuridad, la lluvia á torrentes....

«Nos extraviamos en el camino; la tropa sigue adelante, abrumada de cansancio; las piezas de artillería se derrumban; pero admiro el sufrimiento y decisión de mis subordinados.

«Día 3. Hago desfilar fuerzas para el pueblo de San Felipe del Agua, con objeto de establecer el cuartel general en la hacienda de San Luis.

«El antiguo guerrillero español, Cobos, había colocado sobre la eminencia de San Luis, dominando todo el campo de batalla, trescientos hombres de los batallones 9º y 10º de línea, situando su artillería en relación con nuestro centro é izquierda.»

«Día 5. Al amanecer, el batallón «Juárez,» del Lic. Coronel Ramón Cajiga, estaba en la Hacienda de Dolores, á una milla de mi cuartel general, formando el ala izquierda de la batalla; mi centro y derecha están sobre San Luis y las últimas cimas de San Felipe del Agua.

«Al amanecer, el enemigo, situado en el cerro, rompió el fuego sobre Dolores, queriendo envolver á la izquierda y romper por allí nuestra línea de batalla, á la vez que la fuerza (conservadora) de la eminencia, comenzó á disparar por retaguardia sobre el centro (liberal). Las guerrillas de Fidencio Hernández (y otros) fueron á desalojar al enemigo de dicha altura. Esta maniobra rápida lo destrozó.

«Al mismo tiempo, el Coronel Cajiga, atacado por fuerza numerosa, con seis piezas de artillería de superior calibre, la rechazó....

taba y consideraba como padre, más que como hermano. Fué uno de mis más eficaces colaboradores en mi carrera militar, y selló con su sangre, su adhesión á mi persona.

«Mi hermano era muy afecto á los ejercicios físicos, y como su constitución era robusta, llegó á adquirir una gran fuerza muscular. Estaba dotado de cualidades especiales para soldado, y siempre dió prueba de ellas en todos los combates que sostuvo, en los cuales demostró mucho valor y una gran serenidad. Tenía talento natural, aunque poco cultivado; era jovial, y á veces y en momentos solemnes, hasta bromista. Estaba dotado de grandes recursos para la guerra, y en los instantes de mayor peligro, le ocurrían los arbitrios más felices y los ardides más ingeniosos y de mejores resultados.

«Félix comenzó su carrera en letras, en el Seminario de Oaxaca, el año de 1846. Estaba estudiando primer año de filosofía en el Instituto de Ciencias y Artes del Estado, cuando me manifestó su decidida vocación por la carrera militar; y como no le atendiera, se presentó voluntario á un batallón de artillería.

«No me satisfacía que adoptara tal carrera sin los estudios correspondientes, y conseguí del Gobierno su baja en el batallón, y lo envié, como me fué posible, á México, á sentar plaza en el Colegio Militar, lo cual se me facilitó por las relaciones que D. Marcos Pérez tenía en la capital.

«Entretanto, el centro de la línea enemiga era batido con serenidad y valor, por el Mayor de la División, Coronel D. Porfirio Díaz, quien, al frente del otro medio batallón «Morelos,» con su Mayor D. Rafael Ballesteros; del batallón «Guerrero,» con su Comandante José M. Morales, las compañías Bravo, las Guerrillas Meijueiro, etc., diezmó las filas contrarias y puso en dispersión al enemigo, no obstante su empeñada resistencia por rehacerse.

«El enemigo huyó de la ciudad....

«Ataque á Cobos, en Oaxaca.

«Sobre la marcha se dividió la fuerza en dos columnas, una mandada por el Coronel Porfirio Díaz, compuesta (en primer término) por el batallón «Morelos» y sostenida por cinco piezas de montaña, tomó por la iglesia del Patrocinio con dirección á la Plaza. Esta columna se subdividió después en varias partes, al mando del Teniente Coronel D. Félix Díaz y Comandante D. José M. Morales.... Aunque el enemigo hizo supremos esfuerzos, perdió después de algunas horas de resistencia, huyendo en todas direcciones, á pesar de la dureza con que los soldados eran detenidos por sus jefes.

«A las diez del día, las tropas liberales coronaban las alturas de la ciudad, fortificadas por el enemigo, reducido á los conventos del Carmen y Santo Domingo.

«Fué contemporáneo en el Colegio Militar, de D. Miguel Miramón, quien era capitán de su compañía. Después de dos años de estudio en el colegio, y cuando había sufrido los exámenes correspondientes, entre los cuales se contaba el de las armas tácticas, obtuvo el empleo de alférez, y se le destinó á la guerra contra los bárbaros, que asolaban por entonces la frontera Norte.

«No recuerdo episodios importantes de su carrera en ese período, aunque le oí referir varios muy notables, especialmente uno en que le tocó defender un convento en San Luis Potosí; sólo sé que hizo una campaña muy activa contra los indios, y que le quedaba una cicatriz de herida causada por jara.

«Ascendió sucesivamente, hasta llegar á ser Teniente Coronel, y militó en las filas conservadoras, porque como él estaba en el ejército cuando el General Santa-Anna volvió al poder en 1853, y todo el ejército permanente le reconoció, mi hermano siguió á sus camaradas.

«Cuando yo me hallaba en Tehuantepec, en los años de 1858 y 1859, mi hermano se sintió profundamente disgustado al saber que yo militaba en las filas contrarias, porque él no podía faltar á sus compromisos, sin cometer una mala acción. En una de tantas noti-

---

«Á las once de la noche abandonó los conventos referidos, llevándose sobre 300 hombres de todas armas, con ocho piezas de artillería.

«Á las doce de la noche ocupábamos el cuartel general del antiguo contrabandista de Coscomatepec (José M. Cobos), elevado por la Reacción á General de la República.... Como precio de la victoria, hemos hecho 300 prisioneros, acpturando inmenso depósito de municiones y vestuario ... Muertos por ambas partes, ciento y tantos ... Desgracias de que son únicamente responsables, Cobos, algunos clérigos y cuatro ó cinco ambiciosos, que hace nueve meses vinieron á comprometer la paz del Estado.

«En nuestra oficialidad tenemos que lamentar sensibles pérdidas, pues además de algunos muertos, resultaron algunos heridos, entre éstos el Sr. Coronel D. Porfirio Díaz, que después de prestar distinguidos servicios como Mayor general, á pesar de su herida, que bastante lo molestaba, continuó su fatiga el día 5, y aún sigue desempeñando las funciones de su encargo.

«Luego en las Sedas, Cobos perdió cuanto llevaba en su fuga.... Félix Díaz se lo quitó.

«Y tengo la satisfacción de transcribirlo á V. E., manifestando que todos los oficiales merecen ascenso; pero como ninguno ha trabajado por esa recompensa, y es conveniente evitar gravámenes al Estado, sólo propondré oportunamente á V. E., los ascensos muy necesarios para la reorganización de los cuerpos....»

Dios y Libertad. Oaxaca, Agosto 13 de 1860.—*Cristobal Salinas.*—Exmo. Sr. Gobernador del Estado de Oaxaca.

cias falsas que daba la prensa, se aseguró que yo había muerto en un combate en Oaxaca, y esta noticia, que mi hermano vió en un periódico, le decidió á separarse de las tropas reaccionarias; y aprovechando la circunstancia de encontrarse, ya no en las filas, sino en el Estado Mayor del General D. Lorenzo Márquez, pidió su separación y vino á presentarse en Oaxaca, en Marzo de 1860, á la sazón en que sitiábamos aquella ciudad, á las órdenes del General Rosas Landa. Oportunamente, sobre su marcha, supo que no era cierta la noticia de mi muerte. Se afilió á mi lado, y después sirvió siempre al partido liberal.

«Me acompañó en todas las operaciones del segundo sitio de Oaxaca, en nuestra retirada á la sierra de Ixtlán, en la batalla de Ixtepeji, en la acción de San Luis y en la toma de la capital de Oaxaca.

«Después de la victoria que obtuve en la Seda, de que hablé antes, salió con la brigada de Oaxaca, á las órdenes del ya General Salinas, y se incorporó en Tehuacán con el General Ampudia.» (Memorias).

La prensa de aquel tiempo elogió á los valientes vencedores de Cobos; y en el periódico oficial de Oaxaca, intitulado: «La Victoria,» se publicó lo siguiente:

«Agosto 19. Terrible acción tuvo lugar en las lomas de San Luis, y espléndido fué el triunfo que alcanzaron los defensores de la libertad, arrollando, no sólo las columnas de la infantería enemiga, sino toda la caballería que maniobraba en un terreno plano.... Cobos, con los pequeños restos que le quedaban, se refugió en la fortaleza de Santo Domingo, el Carmen y el Cerro.... Nuestras tropas, persiguiéndole al mando del Coronel Porfirio Díaz, se apoderaron del resto de la ciudad.

«Septiembre 2. Por el correo, llegado ayer de Veracruz, ha recibido el grado de Coronel del Ejército, D. Porfirio Díaz. Este joven jefe, que en poco tiempo de servicio en las armas, pisa ya los umbrales de una brillante carrera, debe estar orgulloso con su grado y con la herida que lo postra.»

Era verdad:

Al avanzar á la cabeza del batallón «Morelos,» por la calle de Segovia, y frente á la Botica del Dr. Carbó, Porfirio Díaz fué herido en una pierna, y á pesar de la herida, siguió combatiendo, hasta que al fin, después de algunos días de penosos servicios, rendido de dolor y de fatiga, cayó en cama.

En su lecho de herido, recibió el despacho de Coronel del Ejército

Permanente, que le extendió en Veracruz el Presidente Juárez, quien al enterarse por la prensa y por el parte oficial de Salinas, de la derrota de Cobos, exclamó:

Porfirio es el hombre de Oaxaca....

Ya llegará una fecha en que la fama pregone por el mundo:

PORFIRIO DÍAZ ES EL HOMBRE DE MÉXICO.

La herida que postró al pundonoroso Coronel, fué una herida por arma de fuego, en el tercio inferior de la pierna derecha.

El proyectil, que penetró por la cara interna, salió por la cara posterior de dicha pierna, sin haber interesado los huesos; pero produjo una hemorragia seria, un entorpecimiento considerable de los movimientos del pie, y una ligera retracción muscular, que persistió por algún tiempo.

Larga y triste fué la convalecencia del herido, amargada por la la reciente pérdida de su abnegada madre, la Sra. Mori de Díaz, que había muerto en Oaxaca, mientras el hijo bien querido, luchaba, allá en Tehuantepec, contra los enemigos de la Reforma y de la Patria.

Convaleciente aún, fué designado como segundo jefe de la brigada de Oaxaca, que, al mando del ya entonces General D. Cristobal Salinas, debería dirigirse á Tehuacán, para concurrir á las operaciones emprendidas por el General González Ortega.*

---

* Al salir el Sr. Coronel Díaz de Oaxaca, su amigo y protector D. Marcos Pérez, Gobernador interino del Estado, quedó en muy malas condiciones políticas, y sucumbió en la lucha que hubo de sostener contra sus enemigos, los enemigos de su Gobierno.

«Conociendo el disgusto que había contra D. Marcos, mi antiguo y distinguido maestro, y la intención de deponerlo, emprendí en su favor una lucha con Salinas, que era la persona principal que llevaba la voz entre los descontentos.

«Me dijo éste, que nada se promovería en su contra, si conseguía yo que ofreciera remover á los dos jefes políticos que más quejas habían motivado.

«Estando todavía enfermo de mis heridas, dije á D. Marcos, al hacerme una de sus visitas, que él era un hombre muy respetable y muy correcto; pero que le perjudicaba mucho la manera con que consentía á sus jefes políticos, contra quienes había multitud de quejas. Me contestó que no tenía más noticias de esas faltas, que simples rumores, sin pruebas que los justificaran, y que él no podía abandonar á sus amigos.

«Le ofrecí entonces, que yo no haría ni permitiría que se hiciera nada en su contra, y que podía estar seguro de que, mientras permaneciera en Oaxaca, no se le molestaría, lo cual sabía él bien, sin necesidad de que se lo dijera, porque mis antecedentes y relaciones con su persona, me obligaban á proceder así; pero que no podía responder de lo que se hiciera después de mi salida, que

He aquí, en breve resumen, los motivos que habían determinado la formación de la brigada expedicionaria de Oaxaca:

La fratricida guerra de Reforma tocaba ya á su fin.

Como en Oaxaca, se había luchado en el país entero: Degollado, Antillón, Huerta, Doblado, Régules, Uraga, Blanco, González Ortega y otros muchos, combatían en los Estados del centro; Zuazua, Zaragoza y Vidaurri, en la frontera del Norte.

Leandro Valle, Ogazón y Coronado, triunfaban en Tepic y Jalisco; mientras Vega, Pesqueira y García Morales, libraban á su vez rudas batallas en la región occidental de la República.

El partido conservador contaba, por su parte, con jefes tan aguerridos y temibles como Márquez, Miramón, Zuloaga, Robles Pezuela, Castillo Woll, y muchos otros.

Pero el partido liberal, el gran partido, el defensor de la Reforma, llevando á los combates el heroísmo de sus tropas, la fe en su noble causa y el amor á su Patria, triunfaba en todas partes.

Orgulloso con las victorias de Peñuelas, Silao y la toma de Guadalajara, el Gral. González Ortega se dirigía sobre la Capital, llevando 11,000 hombres y 44 piezas de artillería.

Para venir á unirse con la división de las fuerzas liberales de Oriente, que mandaba el General Ampudia, y obrar en combinación con la fuerza de González Ortega, fué organizada la brigada de Oaxaca.

«Durante Septiembre y parte de Octubre de 1860, nos ocupamos en organizar una columna que, según órdenes del Gobierno Federal, debíamos conducir á Tehuacán, y ponernos con ella á las órdenes del Gral. D. Pedro Ampudia, quien mandaba una división de las fuerzas liberales de Oriente, compuesta de tropas de los Estados de Puebla y Veracruz. Hecho este trabajo, y á raíz de sanar de mi herida, emprendimos la marcha con 1,200 hombres, bajo el mando de Sali-

---

estaba ya próxima, y que tuvo lugar precisamente el 20 de Octubre de ese año. En efecto, ausente yo, D. Marcos fué encausado, con el pretexto de que no había presentado la Memoria anual que requiere la Constitución del Estado; y depuesto por la Legislatura el 8 de Noviembre de 1860, fué designado Gobernador interino D. Ramón Cajiga, quien nombró Secretario suyo al Lic. D. José Esperón, que había sido el jefe de la conspiración contra D. Marcos. No pudo sobrevivir éste á la decepción que le causó el procedimiento dicho, y falleció el 19 de Agosto de 1861. Así perdió la República uno de sus hijos más preclaros.» (Memorias).

nas, de quien era yo mayor de órdenes, saliendo de Oaxaca el 20 de Octubre de 1860.

«La columna se componía de los batallones «Morelos,» que mandaba el Teniente Coronel Velasco; «Hidalgo,» á las órdenes del Teniente Coronel Tiburcio Montiel; una batería, mitad de montaña y mitad de batalla, bajo el mando del capitán Gregorio Chávez, que después fué Gobernador de Oaxaca: un regimiento de lanceros, que mandaba el Teniente Coronel Félix Díaz, y una sección del cuerpo médico y ambulancia, á cuyo frente se puso el Dr. Macedonio Muñoz Cano.

«La guardia nacional de Oaxaca, aunque indisciplinada, era una organización modelo bajo algunos conceptos. Los soldados, en sus terrenos, peleaban como leones y siempre estaban dispuestos voluntariamente para la guerra en favor de la causa liberal; pero se resistían á salir del Estado. Yo contribuí cuanto pude, desde la campaña de Tehuantepec, á hacerlos cambiar bajo ese respecto.

«Como quiera que fuese, algunos jefes de la Guardia Nacional, principalmente los Tenientes Coroneles Velasco y Montiel, no tenían mucha voluntad para prestar servicio activo fuera del Estado, y comenzaron á combinar una sublevación, para que sus cuerpos y algunos otros se desbandaran al salir la brigada de la capital.

«Llegaron estos hechos á mi noticia, y amonesté seriamente á dichos jefes, diciéndoles que resistiría ese desbandamiento, y que á ellos les haría personalmente responsables de sus consecuencias. Me negaron haber tenido tal intención, y me ofrecieron que no ocurriría semejante cosa.

«Sin embargo, en la primera jornada tuvimos una fuerte deserción; y considerando que si ésto continuaba, daría malos resultados, determiné, como Mayor de órdenes de la brigada y con autorización del General Salinas, que se distribuyesen todos los soldados entre los oficiales, dando á cada uno la respectiva lista de los suyos, y de los que debían responder, bajo pena de degradación para el oficial, en la primera deserción que hubiera en su correspondiente grupo.

«No hubo necesidad de castigar más que á dos ó tres oficiales, y las marchas se hicieron después sin novedad.

«En Tehuacán nos incorporamos á la división del General Ampudia, y al llegar á Pachuca, con el pretexto de que estábamos en la inacción, y de que no tomábamos luego la iniciativa contra el enemigo, los mismos inquietos jefes de Oaxaca, en combinación con los Tenientes Coroneles de Ingenieros, Gaspar Sánchez Ochoa y Miguel

Rodríguez Landa, intentaron desconocer al General Ampudia como jefe de la División, y poner en su lugar al General Salinas. Habiendo tenido noticia de este propósito por mi hermano, á quien se lo comunicó Montiel, amonesté de nuevo á los descontentos, les toqué el corazón, les hablé del daño que causarían al partido, en vísperas de librarse las batallas que resolverían su definitivo triunfo ó su caída, haciéndoles presente los perjuicios y descrédito que ésto acarrearía á nuestra causa, estando frente al enemigo, y, por último, les manifesté que, por mi parte, resistiría semejante atentado. Logré que me prometieran no llevar á efecto lo proyectado, y cumplieron su palabra.

«Permanecimos á las órdenes del General Ampudia, en todas sus operaciones sobre la Mesa Central, ocupando alternativamente á Tepeaca, Pachuca y Cuautitlán, unas veces impidiendo movimientos de las fuerzas de Miramón, y otras evadiendo golpes de mano, que con fuerza superior intentaba contra nosotros y contra las otras columnas liberales que rodeaban á la capital. De todos modos, el jefe conservador logró dar uno el 8 de Diciembre de 1860, con buen éxito, á las tropas que se encontraban en Toluca á las órdenes de los Generales Degollado y Berriozábal, á quienes condujo á México como prisioneros, después de derrotados.

«Así permanecimos, sin causar al enemigo perjuicios que merezcan mencionarse, hasta que, habiendo salido Miramón con el grueso de sus tropas de la capital de la República, se dirigió á Calpulálpam sobre el General González Ortega, quien ordenó á Ampudia colocarse sobre la marcha á retaguardia del jefe conservador, que iba á su encuentro; pero como los correos no estuvieron muy oportunos, el General Ampudia recibió ya tarde el aviso. Ello, no obstante, á virtud de la marcha forzada que hizo nuestra división, pudimos llegar á Tula en momentos en que Miramón había sido tremendamente derrotado en el mismo Calpulálpam, el 22 de Diciembre de 1860. No fué dable, pues, que tomáramos parte en aquél gran combate, pero aprovechamos nuestra situación del momento, y cortamos la marcha de muchos grupos, que se retiraban por diversos caminos á la ciudad de México.

«Reunidos después con el cuerpo de ejército que mandaba el General González Ortega, seguimos para dicha ciudad.» (Memorias).

Efectivamente, Miramón, que había ya perdido las plazas de Guadalajara, Oaxaca, Toluca, Querétaro, Zacatecas y algunas otras; falto de recursos, y, sin duda, muy desmoralizado por la derrota de Márquez

en Zapotlanejo, concentró sus principales fuerzas, y después de haber cometido un atentado ignominioso, la extracción violenta de los $630,000 pertencientes á la Legación Inglesa, depositados en la casa Barton, marchó con 8,000 hombres y treinta cañones, al encuentro de González Ortega: iba al desastre.

La invasión de la casa Barton, situada en la calle de Capuchinas, por el jefe de la policía Lagarde, y la extracción de los fondos amparados por la Legación Inglesa y destinados á los tenedores de bonos ingleses, fué el más funesto golpe que podía darse al prestigio del Gobierno y al decoro de la Nación.

Motivo de justificadas reclamaciones diplomáticas y causa primordial de la intervención europea, debe juzgarse el atentado cometido por el audaz Presidente del partido conservador.

En la mañana del 22 de Diciembre de 1860, se avistaron los ejércitos enemigos en las lomas de Guadalupe, cerca de Arroyo Zarco, y después de dos horas de reñido combate, quedó completamente derrotado el Presidente Miramón, perdiendo toda su artillería, toda su tropa y escapando del campo de batalla con una reducida escolta.

El día 4 de Enero de 1861, veintiocho mil soldados liberales desfilaban triunfalmente por las engalanadas calles de la capital de la República.

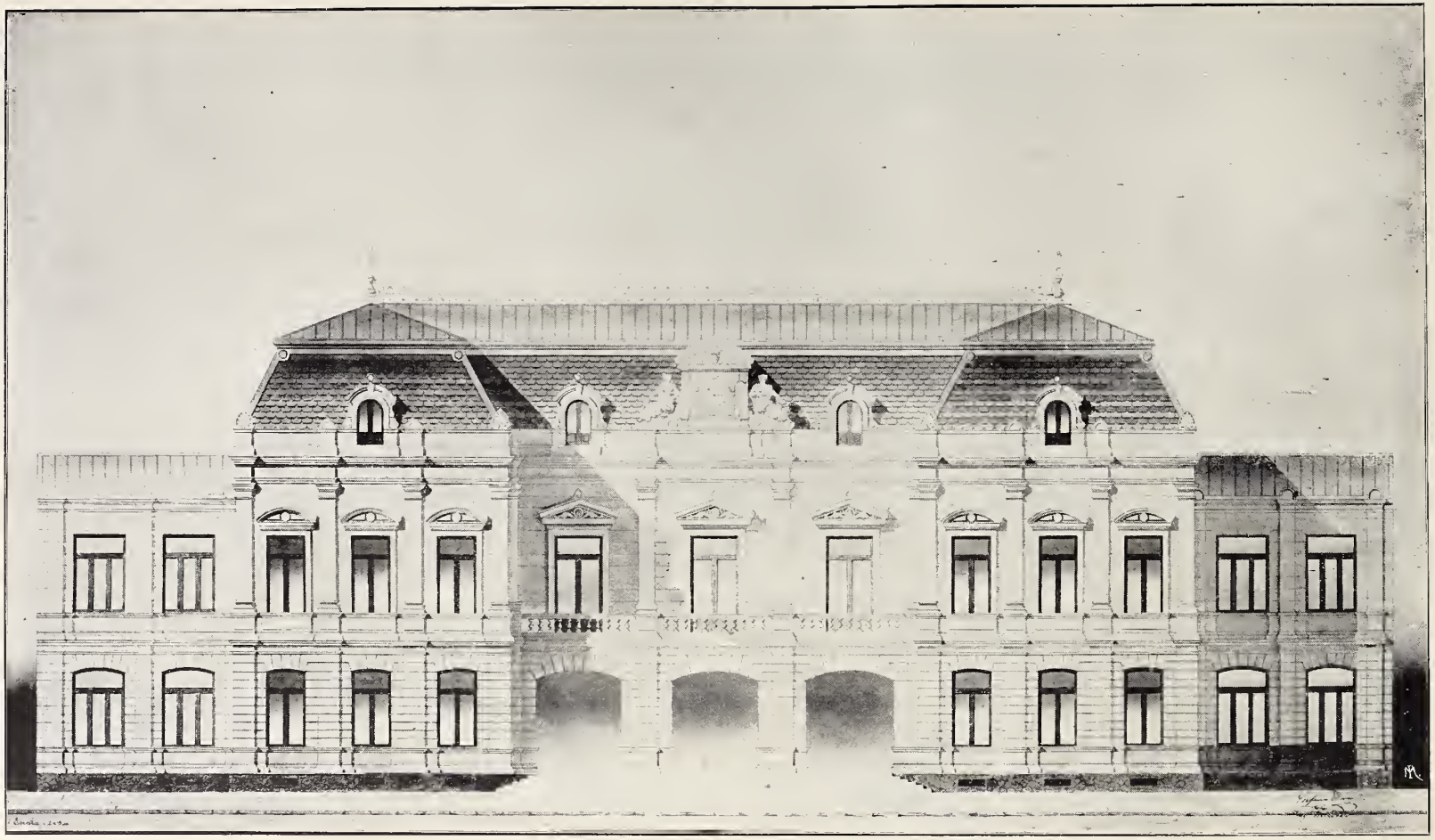
La brigada de Oaxaca, marchaba entre las fuerzas victoriosas.

El día 11 del mismo mes de Enero, el Presidente Juárez instaló su legítimo Gobierno en el Palacio Nacional, y pocos días después, creyendo que la guerra estaba ya concluida, determinó que fuese licenciada la mayor parte de la fuerza de Guardia Nacional.

El Coronel Porfirio Díaz regresó con su brigada, y poco antes de llegar á Oaxaca, enfermó gravemente de fiebre tifoidea.

Hubo una corta tregua en la azarosa vida del distinguido jefe oaxaqueño, que en aquel mismo año, 1861, fué electo Diputado al Congreso de la Unión, por el Distrito de Ixtlán, y tuvo que trasladarse á la capital de la República, para desempeñar su nuevo cargo.

Marca esa tregua, la primera etapa en la gloriosa carrera militar del gran caudillo.



Escuela Normal (en construcción).

VIII.

GRADO DE GENERAL DE BRIGADA.

BATALLA DE JALATLACO.

ERROTADO Miramón en Calpulálpam, EL JOVEN MACABEO, como le llamaban los clericales, abandonó el país, huyendo al extranjero.

Márquez, Cobos, Vélez, Vicario, Buitrón, Olvera y otros jefes conservadores, prosiguieron la guerra, logrando apoderarse de Jalpan y derrotar á Escobedo en Ríoverde.

El Gobierno destacó en su persecución algunas fuerzas al mando de Doblado, que si bien es verdad, recobró á Jalpan, sufrió, en cambio, los reveses del Cerro del Huisache y Huamazontla.

El General Zuloaga, invocando el famoso plan de Tacubaya, se unió con los rebeldes, y la revolución volvió á tomar un serio aspecto.

El honorable D. Melchor Ocampo, que vivía retirado en su hacienda de Pomoca, fué aprehendido por Lindoro Cajiga, y fusilado el 3 de Junio de 1861, por orden de Zuloaga y de Márquez.

El Ministro de Relaciones comunicó á la Cámara de Diputados la noticia del crimen, y entonces el insigne Degollado se presenta en el salón del Congreso, pide autorización para marchar contra los asesinos de aquel ilustre ciudadano, y obtenida, parte á vengar la muerte del patricio.

Lleva consigo un batallón, el de rifleros; pero el día 16 del mismo mes de Junio, es atacado por Buitrón en el Llano de Salazar, cae en una emboscada y muere trucidado.

Otro jefe patriota y esforzado, el joven General D. Leandro Valle, sale también á perseguir á los malditos asesinos, y cuatro días

después, derrotado por Márquez en el Monte de las Cruces, queda prisionero.

Zuloaga ordena que se le fusile, y el sanguinario Márquez le fusila, y cuelga su cadáver en un árbol del camino.

Entretanto, el Congreso Constitucional, del que formaba parte el Coronel Díaz, discutía en sus sesiones un dictamen sobre reorganización de la Suprema Corte de Justicia.

«En la tarde del 24 de Junio, dice el Sr. Quevedo y Zubieta, la elocuencia parlamentaria estaba en toda su fuerza.... De repente, comieza á circular entre los Diputados, produciendo sensación, la noticia de que la ciudad ha sido atacada y que sus defensores se baten por el rumbo de San Cosme....

«El CUARTEL, *tercer poder* de Palacio, se agita.... Se oye el ruido de las piezas de artillería al sacarlas del patio del palacio á la plaza.

«Hay quienes piensen en cerrar el Congreso como un templo desierto.... Uno de los Secretarios anuncia que los miembros del Congreso pertenecientes á la clase militar, se han separado para tomar las armas, descompletando el QUORUM, y que en tal virtud, el Presidente previene que la sesión se levante.... Un elocuente (Juan A. Mateos) añade: Es impropia una deliberación en los momentos en que la capital es atacada, en que el General Valle está colgado en el camino de Toluca, y en que los representantes del pueblo pudieran estarlo dentro de poco en los faroles de la plaza, con la Constitución al cuello.... Se oyen protestas, frases heroicas de QUIRITES: Esperaremos aquí, inmóviles, en nuestras curules, como los senadores romanos. Debemos morir en nuestros puestos, aunque tengamos que envolvernos la cabeza, como César, para recibir la muerte.»

Lo que pasaba, era que una columna reaccionaria, la del Monte de las Cruces, mandada por Zuloaga, Márquez y otros jefes conservadores, desfilaba hacia el Noroeste de la ciudad, y una de sus avanzadas se aventuraba por la Ribera de San Cosme.

El Diputado, Coronel Porfirio Díaz, que ocupaba su asiento en la Cámara, se dirigió al Presidente de ésta, diciendo: ANTE TODO SOY SOLDADO Y DESEO QUE SE ME PERMITA SALIR.

El Presidente de la Cámara le otorgó el permiso, y salió acompañado por dos de sus amigos oaxaqueños.

«Entonces pedí la palabra y manifesté que, siendo militar, se me permitiera unirme á mis camaradas para combatir. Se me concedió este permiso, lo mismo que al Mayor de artillería D. José Antonio Gamboa, que también era Diputado.

«Nos dirigimos á San Fernando, en donde se encontraba una brigada de Oaxaca, á las órdenes del General D. Ignacio Mejía, que había salido al encuentro de la columna invasora. El General Mejía celebró nuestra llegada, pues carecía de jefes subalternos; el Teniente Coronel D. Alejandro Espinosa, acababa de caer herido, tras de haber puesto en fuga á varios escuadrones. Se me dió el mando de su fuerza, y con ella seguí la persecución hasta la garita de la Tlaxpana.

«Según se supo después, Márquez no tuvo intención de atacar formalmente la ciudad, sino que sólo se propuso hacer un simulacro de ataque, con objeto de que no saliera fuerza de ella á molestar al grueso de su División, en marcha hacia el Sur.

«El 25 de Junio de 1861, recibí orden del Ministerio de Guerra para encargarme del mando de la brigada de Oaxaca, pues el General Mejía, que era su jefe, se hallaba enfermo. Con dicha brigada me puse á disposición del General D. Jesús González Ortega, que salía con su División á perseguir á Márquez por el rumbo Sur. Formé con mi tropa parte de esa División y entré en campaña.

«Estando en Toluca, tuvo noticia el General González Ortega, de que el enemigo pasaba por la plaza de Santiago Tianguistenco, en dirección á la montaña.

«Me ordenó que con mi fuerza disponible, que en aquellos momentos se componía de 233 soldados, me incorporara á la caballería del General D. Antonio Carbajal, á cuya disposición debía ponerme, con el fin de que ambas fuerzas reunidas estorbaran la marcha de Márquez, mientras le alcanzaba la División; y con ese objeto partimos de Toluca á las tres de la tarde del día 12 de Agosto de 1861.

«Al entrar la noche, llegamos á la hacienda de Atenco, y batimos en ella un destacamento de 200 caballos de la tropa de Márquez, la cual se retiró después de ligera resistencia. Entramos á Tianguistenco, sin novedad, y allí supimos que el enemigo pernoctaba en Jalatlaco, y que había dejado á su retaguardia, en observación sobre nosotros, más de 500 hombres de caballería. El General Carbajal, que era muy conocedor del terreno, dispuso que marcháramos por una vereda que, aunque daba algunos rodeos, nos permitiría pasar á más de una legua de ese puesto de observación y llegar hasta el grueso del enemigo, sin que pudiera preceder aviso.

«Como yo no conocía el terreno, marché por varias horas á retaguardia de la caballería de la columna; y cuando ésta se detuvo, avancé en busca del General Carbajal, quien me llevó á la cabeza de la tropa, que estaba en hilera por lo estrecho de la vereda, y desde

una pequeña eminencia, á tiro de fusil de la plaza, me enseñó los puntos que ocupaban las tropas contrarias en el citado pueblo de Jalatlaco, y que se marcaban en la obscuridad por los fuegos que servían para condimentar su rancho, y me ordenó que bajara á tirotearlas, mientras llegaba la División.

«Mandé al Teniente D. Crisóforo Canseco, con veintitantos hombres, á hostilizar un puesto avanzado que, según informes que había recibido el General Carbajal, tenía el enemigo en una ermita cerca de la iglesia de Jalatlaco; y con el resto de la fuerza, me dirigí á la parroquia por el rumbo opuesto. Al ponerme á la cabeza de mis soldados, que marchaban á la desfilada en una retorcida vereda, en medio de las tinieblas de la noche, no podía ver lo que pasaba á retaguardia. Así es que no me dí cuenta de que el General Carbajal, cuando apenas habían pasado unos veinte individuos de tropa tras de mí, cortó las hileras, ordenando á las de atrás que hicieran alto; lo cual fué advertido por el Capitán Barriguete, que cubría la extrema retaguardia y que se adelantó, y después de cambiar palabras con aquel General, consiguió proseguir el avance con el resto de la fuerza; mas á virtud de la obscuridad que reinaba, extravió el derrotero y no pudo incorporárseme luego; pero sí lo hizo al oir los disparos que yo mandé efectuar por el Oriente de la plaza del pueblo, que le sirvieron de indicación, así como el sonido especial de mi corneta de órdenes, que distinguió de las enemigas, que daban el toque de LEVANTE, cuando la que yo llevaba tocaba FUEGO. Para unírseme el citado Capitán, hubo de atreverse por el lado Sur de la misma plaza, batiéndose hasta incorporárseme.

«Cuando comenzó mi fuego, la infantería enemiga, que por sus fogatas me sirvió de objetivo desde mi marcha inicial, estaba en el templo y en el atrio del pueblo, que es tan grande como una plaza de armas; y la caballería estaba situada en otros cuarteles, que dicha plaza circundaban. Sufría yo por la retaguardia los tiros de los soldados de caballería, y esto me obligaba á distraer muchos hombres para defender la espalda, impidiéndome emprender una operación más seria, que me vino á la mente efectuar contra el templo y el atrio, pues aunque las instrucciones recibidas eran llamar la atención del contrario, estorbándole la retirada que hacía de la División á que pertenecíamos, no era de desaprovecharse un ataque por sorpresa, y de allí vino mi pensamiento de sacar todas las ventajas que las circunstancias me ofrecían en aquellos instantes.

«En tal virtud, resuelto ya á lanzarme sobre el núcleo principal

del enemigo, por más que fuese muy superior en número, mandé suplicar al General Carbajal, que se sirviera avanzar con su fuerza, para cubrir mi retaguardia; pero me contestó que no podía hacer uso de su caballería para el efecto.

«Como quiera que hubiese sido, y sin esperar la respuesta, por todas partes habíamos atacado. Hubo un momento en que diez ó doce de mis soldados, con el capitán José María Omaña á la cabeza, penetraron en el atrio, por el Sur, suponiendo que yo lo había verificado ya por el extremo contrario; pues según su decir, mis voces, que daba en el arco de entrada, las oía como si estuviera yo en el interior. Efectivamente, llegué á dicho arco y tuve que rehacerme para reunir toda mi fuerza y volver á la carga.

«Prisionero Omaña, es mandado fusilar por Márquez mismo; pero el oficial que nombró, temeroso del resultado de la acción, y para congraciarse con el enemigo, que en el aturdimiento causado por la sorpresa, supuso que sería numeroso y vencería, escondió al capitán, y no sólo no cumplió la orden de muerte contra él, sino que ambos, con la propia escolta que debía hacer la ejecución, entre el desorden del momento, y protegidos por la sombra, se deslizaron saliendo del cuadro de defensa. Por calles extraviadas corrieron al camino por donde venía el General González Ortega con la División, hasta llegar á encontrarle, noticiándole que habíamos sido rechazados, Omaña por un lado del atrio y mi columna por el otro, y que probablemente yo había sido fusilado, como se había mandado que él lo fuese. Omaña había oído mi voz por dentro del atrio, según he dicho, y después el estruendo de tiros, que suponía eran los de los soldados que me habían fusilado; y vió que, calmados los fuegos, permanecía el enemigo en sus posiciones, todo lo cual daba verosimilitud á la suposición de nuestra derrota y mi fusilamiento. Con esta noticia, el General González Ortega dispuso que toda la columna hiciera alto á la vista del pueblo y esperara á que amaneciera, y situó una batería, que hizo fuego sobre los combatientes; pero como los artilleros no tenían más guía que los fuegos de fusil, y lo mismo batían á los enemigos que á nosotros, mandé al subteniente José María Martínez, que suplicara al General en jefe, suspendiera los fuegos de su artillería, que nos hacían más daño á nosotros que al enemigo, y á pedirle municiones, por haberse casi agotado las mías.

«En esos momentos, y antes de recibir las municiones pedidas, sorprendí un grupo de oficiales que huían, separándose de las posiciones del enemigo; y examinándoles rápida y separadamente, averi-

gué por ellos que Márquez salía en esos instantes en columna, rumbo á la montaña, evitándome y evadiendo las posiciones que ocupaba el General González Ortega. Como el tiempo era precioso, y no debía perderse un solo instante, á pesar de mi escasez de municiones, hice un ataque decisivo, con el propósito de cortar la columna, lo cual conseguí, y logré que regresaran hacia el atrio, defendiéndose, 700 infantes con toda la artillería y bagajes. Reducido por este medio el número de enemigos con quienes tenía que combatir, pude vencer fácilmente, y cuando ya tuve á todos aquellos hombres rendidos y desarmados, pecho á tierra en el atrio, y amarrados los jefes y oficiales, que en total eran 18, salí personalmente á dar parte al General en jefe.

«La División, á corta distancia, estaba toda en descanso: la tropa de infantería, sentada, con el fusil entre las rodillas, y muchos jefes y oficiales acostados bajo sus capas de hule, porque toda la noche había llovido y aún no había cesado del todo la lluvia en esos momentos. Los primeros oficiales á quienes hablé, me condujeron hasta donde estaba el cuartel maestre, que era el General D. Santiago Tapia, y éste me llevó á presencia del General en jefe, quien no creyendo que todo estaba concluido, me indicaba que esperásemos á que amaneciera, porque no convenía emprender nada por lo pronto. Le manifesté que, en verdad, la derrota se había consumado, que yo era dueño de siete cañones, de todo el bagaje y de muchos prisioneros, que creí llegarían á 800; pero que al contarlos, resultaron setecientos y tantos. El General en jefe montó al fin en su caballo y se puso en mi seguimiento; mas para que pudiera distinguirme, dada la negrura de la noche, tuve que ponerme un pañuelo blanco sobre la espalda. Llegamos al lugar del combate, y sin embargo de que el General en jefe se persuadió de nuestra victoria, no juzgó conveniente ordenar la persecución del enemigo, como yo se lo indicaba, porque, me dijo, la caballería no conocía los caminos y no tenía guías á su disposición.

«Momentos antes de salir para dar parte al General en jefe, y cuando me ocupaba de poner pecho á tierra á todos los prisioneros, el General Carbajal, que por estar más cerca que el resto de la División, había comprendido que yo ocupaba las posiciones enemigas, avanzó hasta donde tenía yo á los oficiales del enemigo maniatados, y pretendía matarlos él mismo con su pistola, comenzando por el Teniente Coronel Azcoitia. Al oir la disputa que emprendió Carbajal con el capitán Barriguete, que cuidaba de los prisioneros y sin ocuparme de los miramientos que merecía, porque el caso era muy ur-

gente y de resultados comprometedores, si el mal no se evitaba, le quité de la mano la pistola y le obligué á salir del atrio.

«Después no rendí el parte del hecho de armas al General Carbajal, que era mi jefe inmediato, sino al General en jefe, tanto porque estaba ya presente, cuanto por el desagrado que acababa de tener con aquel jefe al impedirle que asesinara á los prisioneros.

«Al día siguiente, estando en Tianguistenco, me ordenó el General en jefe, que reuniera en mi alojamiento á todos los oficiales que estaban á mis órdenes, para felicitarlos por su comportamiento en esa batalla. Así lo hice, y estuvo muy expresiva la felicitación que nos hizo el General González Ortega.*

---

* 1861. Agosto 22.—Parte del General Jesús González Ortega.

Jornada de Jalatlaco, el 14 de Agosto de este año.—Mención honorífica á favor del Coronel Porfirio Díaz, por su arrojo en dicha acción y por lo cual se le da el grado de General de Brigada.

El cúmulo de quehaceres que me han rodeado después de mi llegada á esta Capital, relativos al servicio militar, no me habían permitido dar á Ud., para conocimiento del ciudadano Presidente de la República, el parte pormenorizado de la jornada de Jalatlaco.

Después de mi expedición por San Felipe del Obraje é Ixtlahuaca, y de la que dí á Ud. el parte correspondiente, regresé á Toluca con la primera División del Cuerpo de Ejército, que Ud. puso á mis órdenes, verificándolo al mismo tiempo el Sr. General Arteaga con la segunda División, que se hallaba en Tenango, punto opuesto al del que yo regresaba.

El día 11 del corriente, emprendió su marcha para Querétaro el citado Sr. General Arteaga, con la División de su mando, tanto para perseguir á las fuerzas de Taboada y demás gavillas reaccionarias que ocupaban á San Juan del Río y otras poblaciones inmediatas á aquélla, como y principalmente, para proporcionarse recursos que faltaron á todas las fuerzas en los últimos días de la campaña, por no haber medios de transporte en esta Capital, y salvar á su Estado de un golpe de mano, que le preparaban las fuerzas reaccionarias de Mejía.

El día 13 por la mañana recibí, por conducto del Sr. Lic. Manuel Alas, Gobernador del Estado de México, á quien debí importantes servicios, la noticia de que la vanguardia de Márquez y Zuloaga estaba entrando á Tenancingo.

Esperé que se rectificara esta noticia para disponer lo conveniente.

A la una y media de la tarde del mismo día, el señor Comandante Militar de Tenango, se replegaba á Toluca con sus pequeñas fuerzas.

Inmediatamente dispuse, que con la segunda Brigada de caballería, marchara para Tenango el Sr. General D. Antonio Carbajal, como se verificó, moviéndome yo, acto continuo, con el resto de la División para Tianguistenco, por cuyo punto creí que debía pasar el enemigo, en la noche de ese día ó en la mañana del siguiente, y me proponía obligarlo á aceptar un combate.

«Con motivo de la victoria de Jalatlaco, fuí agraciado por el Gobierno con el grado de General de Brigada.» (Memorias).

El Sr. Quevedo y Zubieta, que, problamente con justificación, atribuye una considerable influencia sobre la táctica del General Díaz, al ejemplo é historia del gran cura Morelos, del que Porfirio fué gran admirador en su juventud, é imitador después en muchos de los actos militares de su vida, describe así el brillante asalto del atrio de Jalatlaco:

«Luego, á la vanguardia de González Ortega, sigue en persecución de Márquez.

«Ir con una pequeña fuerza en pos del sombrío guerrillero que se declaraba, en nombre de la religión, *destinado á sacrificar á los jóvenes liberales de talento y de valor*, era visto entonces como caminar al suicidio.... El 13 de Agosto, con su avanzada de 230 oaxaqueños, y una reserva de zacatecanos, lo asaltó en Jalatlaco, según la táctica del padre Morelos....

Sobre la marcha encargué la artillería y las dos brigadas de infantería, al pundonoroso, entendido y valiente General D. Santiago Tapia, y personalmente me puse al frente de la primera Brigada de caballería, que mandaba el instruido y valiente Coronel D. Antonio Álvarez, adelantándome con ella hacia Tianguistenco.

Tres leguas antes de llegar á aquella población, supe, por algunos transeuntes, que estaba ocupada por fuerzas reaccionarias.

Inmediatamente, y al galope de los caballos, me dirigí, protegido por la obscuridad de la noche, para la citada población, con el objeto de sorprender en ella á los reaccionarios. Al llegar á la hacienda de Atenco, distante una legua de la hacienda de Tianguistenco, el enemigo, protegido por un puente, por las casas de una hacienda, por el terreno fangoso é intransitable que circumbala á ésta, rompió sus fuegos sobre una descubierta de cincuenta caballos del primer escuadrón de Zacatecas, que coloqué al frente de la columna, á una distancia de cincuenta pasos de ésta.

Los fuegos fueron contestados: mandé entonces, que la descubierta no hiciera alto, y marché al mismo tiempo con la columna.

Siete minutos después, los reaccionarios abandonaban el puente y las casas de la hacienda y se replegaban corriendo á Tianguistenco, en cuyo punto hicieron otra ligerísima resistencia, huyendo poco después.

Cuando llegué á aquella población, y me impuse de que el enemigo que iba corriendo era de los reaccionarios que se hallaban en la Sierra de las Cruces, y de que sólo se componía de ochenta á cien hombres, que se colocaron, sin duda, en el puente de Atenco, para impedir el paso por él, mandé para que los persiguieran y dispersaran, cincuenta caballos del primer escuadrón de Zacatecas y ciento del de carabineros de Puebla, quienes llegaron hasta el pue-

«Contra la ventaja del número, el impresionismo súbito del ataque. Llega en la noche, sin anunciarse, hasta el atrio del pueblo, en que la numerosa tropa reaccionaria duerme, con la confianza de que la columna de González Ortega —única capaz de atacarla,— está lejos. Se oye una descarga, gritos de confusión y de huída.... Un jinete, desprendido de la fuerza agresora, salta entre los pelotones de Márquez.... Era Porfirio, cuyo caballo, espantado, se echaba sobre el enemigo, coceando.... El histórico SAN PEDRO de Leandro Valle, fué un caballo malhadado que perdió á su amo. El caballo espantado de Jalatlaco, llevaba al Oaxaqueño y su extraña fortuna. El espanto del bruto se comunicó á Márquez y su cúmulo de Generales, que huyeron tras de complicada refriega en las calles del pueblo, dejando un regular botín y muchos prisioneros.

---

blo de Jalatlaco, donde hicieron un prisionero que me presentaron en Tianguistenco, y éste me informó, que en aquel pueblo se encontraba el grueso del enemigo, mandado por Márquez, Zuloaga, Negrete y demás cabecillas reaccionarios, quienes desde á las siete de la noche, tenían ocupados todos los reductos naturales de dicho pueblo.

Esto pasaba á las nueve de la noche.

Dispuse entonces que el señor General Carbajal, con cuatro compañías de la segunda Brigada de caballería, una pieza, y la primera Brigada de infantería, compuesta de las fuerzas de Oaxaca, tomase la vanguardia; que siguiera luego la artillería y en seguida el resto de la caballería.

Organizada así la columna, emprendí la marcha para Jalatlaco, adonde llegué á las once y media de la noche. Nuestra vanguardia rompió sus fuegos, que contestó el enemigo, quien abandonó los puestos avanzados que ocupaba, reconcentrándose al cementerio y parroquia de Jalatlaco.

Hice avanzar inmediatamente otras dos compañías de los batallones Sánchez Román y primero de Zacatecas, para que protegieran á las fuerzas de Oaxaca, que se batían heroica y bizarramente, y dejando las reservas, en un punto que juzgué á propósito, al señor General Tapia, por la confianza que me inspiraron los conocimientos militares de este jefe, marché con la segunda Brigada de infantería, compuesta de las fuerzas de Zacatecas, las que coloqué á una y media cuadra de distancia de los puntos donde se sostenía el enemigo: nombré jefe de la línea más inmediata á éste, al intrépido General Carbajal, á quien le previne que solamente sostuviera los fuegos, que circunvalara los puntos que defendían los reaccionarios, procurando conservar de nuestro parque, una parada por plaza, para dar el asalto y decidir la batalla á las primeras horas del día, pues temí que se batieran mis fuerzas unas contra otras, por no conocer el terreno, por los barrancos de éste y por la obscuridad de la noche, porque la luna se ocultó y no había más claridad que la que producía el fuego de fusilería y el de las piezas de montaña que se hallaban jugando.

«Poco después, González Ortega, el abogado–General, que no era entonces más que EL VENCEDOR DE CALPULÁLPAM, levantaba á Porfirio en un abrazo entusiasta, y oficialmente pedía para él, á D. Benito Juárez, el grado de General de Brigada.»

Es cierto que el caballo del asaltante se espantó al entrar por la puerta del atrio, pues en esos momentos, el enemigo disparó sobre el Coronel Díaz una pieza de artillería que defendía la entrada y estaba cargada con metralla.

La serenidad del jinete, que lanzó su caballo hacia un lado, le salvó de ser barrido por la descarga.

El General González Ortega hizo algo más que abrazar al denonado jefe oaxaqueño; rindió el honroso parte que hemos publicado, y escribió al Presidente Juárez lo siguiente: *Deseo el ascenso para Porfirio Díaz. Yo me avergonzaría de ser General, si él, después de lo ocurrido á presencia mía, y bajo mi mando, no llegara inmediatamente á serlo.*

El combate duró tres horas y media y se habría prolongado hasta el amanecer si la noble ambición de gloria no hubiera arrastrado al bravo Coronel D. Porfirio Díaz, jefe de las fuerzas de Oaxaca, y á su valiente oficialidad, á atacar de frente á la parroquia y cementerio, lo que dió por resultado que el enemigo abandonara estos puntos de donde era arrojado, dispersándose absolutamente á las tres de la mañana del día 14, hora en que daba á usted el parte respectivo, que escribí en el cementerio de la parroquia, sobre una caja de guerra, cuando aún no habían cesado los fuegos, y en medio de los cadáveres de los bravos oaxaqueños.

Tuvieron también la gloria de batirse al par de éstos, dos compañías de los valientes batallones de Zacatecas, Sánchez Román y primer Ligero, así como cuatro compañías de los señores General Carbajal y Cuéllar, á quienes mandé cubrir algunas avenidas, en las que se batieron y dispersaron á los gruesos pelotones de las fuerzas reaccionarias que huían.

El resto de nuestra tropa no tuvo la honra de batirse, pues el enemigo no pudo resistir ni á una tercera parte de nuestras fuerzas: lo mismo aconteció respecto del valiente y modesto Coronel D. Aureliano Rivera, quien hallándose á la retaguardia de la Columna, á consecuencia de haberse incorporado á la División ya muy noche, por haberlo tenido colocado en una hacienda distante de Toluca, cuando me moví de aquella ciudad no me fué posible, por la estrechez del camino, colocar parte de su fuerza á vanguardia, lo que me habría sido de mucha utilidad, por el conocimiento que tiene del terreno.

Márquez y Zuloaga perdieron los tres mil hombres con que se hallaban en Jalatlaco, las únicas cinco piezas de artillería que tenían, todo su armamento y todo su parque, pues no salvaron ni una parada de cartuchos.

En cuanto al disgusto con el General Carbajal, hay algo que, hasta ahora, no ha sido relatado.

Cuando Porfirio Díaz le quitó de la mano la pistola, Carbajal trató de resistirse á ser desarmado, diciéndole en voz alta:

—Soy su jefe....

—Largo de aquí, ladrón, le contestó D. Porfirio, amartillando al mismo tiempo su pistola....

Carbajal, al oir el ruido producido por el arma al ser amartillada, se retiró de allí más que de prisa.

El calificativo de ladrón, pudiera ser justificado, pues que, durante la misma expedición á Jalatlaco, un día los oficiales del Ge-

---

Quedaron también en nuestro poder cerca de trescientos prisioneros, no habiendo sufrido esta suerte Gálvez y Perea, como equivocadamente lo aseveré en mi primer parte.

Una de las compañías del Batallón de Oaxaca, cayó prisionera con su respectivo Capitán, y habiendo mandado Márquez que este último fuera inmediatamente fusilado, el Teniente D. José de la Luz Arpide, que fué encargado de cumplir esta bárbara orden, prefirió, á cometer este crimen, fugarse de las filas reaccionarias con todo y la fuerza que se le dió para la ejecución, salvando de este modo á uno de nuestros valientes.

Ambos se me presentaron en el campo y entre los fuegos, y yo concedí á Arpide, en nombre del Supremo Gobierno, su libertad absoluta: mas como quiero que el partido liberal aparezca más grande, valiente y generoso que ningún otro, desearía que el Supremo Gobierno le diera una colocación, que no fuera en las armas, al citado Arpide, como una justa recompensa del servicio que me prestó.

También suplico al mismo Supremo Gobierno se sirva conceder, por ahora, el grado del empleo inmediato, al Sr. Coronel D. Porfirio Díaz y al Teniente D. Abraham Méndez, en el concepto de que este último, cuando cayó, por haberle llevado una granada una pierna y herídole gravemente la otra, decía: TENGO LA GLORIA DE HABER PERDIDO UN MIEMBRO POR LA LIBERTAD Y POR LOS PROGRESOS DE MI PATRIA.

Sírvase usted dar cuenta con esta comunicación al ciudadano Presidente, y admitir las protestas de mi respetuosa consideración.—Libertad y Reforma, México, Agosto 22 de 1861.—C. Ministro de Guerra y Marina.—Acuerdo. —Agosto 23 de 1861.—Enterado con satisfacción, que á nombre del Supremo Gobierno dé las más expresivas gracias á sus subordinados, por su honroso comportamiento, con el cual cooperaron á la destrucción del cabecilla más audaz de la Reacción.—Que el Gobierno reconoce en su justo valor el servicio prestado por el C. Coronel Porfirio Díaz y Teniente Abraham Méndez, y por ello les acuerda, en consonancia con su solicitud, el grado del empleo inmediato al primero, y el empleo de Capitán al segundo.—Publíquese.—Rúbrica.

neral Carbajal se robaron varios caballos ensillados, pertenecientes á los oficiales de Porfirio, que al saberlo, fué adonde se encontraban los caballos robados y los recuperó, pistola en mano, exigiendo, además, que en el acto le fueran entregadas las monturas.

Con tal motivo se empezó á suscitar un violento altercado, frente á la casa en que Carbajal se encontraba, oyendo todo.

Enterado el General González Ortega de lo que estaba pasando, llamó violentamente á D. Porfirio, quien no quería ceder, hasta que el mismo General en jefe le ofreció que en el acto le serían entregados cincuenta pesos en dinero por cada una de las monturas reclamadas.

Carbajal tuvo á bien no salir de la casa en que estaba.

Entre el botín quitado en Jalatlaco al enemigo, había algunas barras de plata forradas en manta, y con la dirección de una casa comercial, escrita en inglés, en el forro. El General Díaz, que las había visto, dió aviso á González Ortega, pero Carbajal no las entregó, manifestando que se habían extraviado.

Algunos días después ocurrió un episodio, que el mismo D. Porfirio ha relatado.

«Estando en Pachuca, entré un día á almorzar en la fonda de «La Estrella,» que pertenecía á un Sr. Salinas, porque allí tomaba siempre mis alimentos, y me encontré con algunos oficiales de las fuerzas de Carbajal, entre los cuales estaba Carbajal mismo, quienes ya habían concluido de comer, y se entretenían en tirarse bolas de pan, y hubo uno que arrojó sobre otro un vaso de pulque en la mesa del centro del comedor, donde yo comía. En una mesa del rincón estaba sentado el Gral. D. Juan B. Traconis, con su sobrino D. Daniel Traconis, actual Gobernador de Yucatán, y sus ayudantes. Yo no me había fijado en ellos, porque desde que entré estaba mal dispuesto por las llanezas de los comensales, y no quise fijarme en los que estaban allí. Cuando el pulque que se arrojó, llegó cerca de mi plato, se me agotó la paciencia, saqué mi pistola que estaba cargada y la examiné para ver si estaba al corriente. Entonces tomó la palabra Carbajal y me dijo:

—«Compañero, parece que Ud. se molesta por lo que hacen los muchachos.

—«No me molesto, le contesté; pero creo que el mismo derecho que tienen Uds. para tirar bolas de pan, tengo yo para corresponderles con bolas de plomo.

«En ese instante se levantó de su asiento el General Traconis, y me dijo:

—«Porfirio, no está Ud. solo; estos son unos malvados.

«Nada contestaron á ésto los oficiales, y así ellos, como Carbajal, se salieron de la fonda.» (Memorias).

Con los restos de su tropa, Márquez huyó hacia Huisquilucan, y sobre él se movieron los Generales Alatorre y Berriozábal, en tanto que la columna de González Ortega regresaba á la capital, en donde el General Díaz volvió á ocupar su puesto en la Cámara de Diputados.

Poco después se supo que el tenaz General Márquez, al frente, otra vez, de una considerable fuerza, marchaba sobre Pachuca.

«El 19 de Octubre de 1861, poco después de nuestro arribo á la capital, supo el Gobierno que Márquez, con una Columna formada de los restos de Jalatlaco y otra partida que había recogido en los Estados de Querétaro y San Luis, llegaba á Pachuca, y que la Columna del General Santiago Tapia, que maniobraba cerca de aquella plaza, era insuficiente para batirlo, y ordenó que otra Columna, formada con los batallones de Oaxaca y Lanceros del mismo Estado, á las órdenes del General Mejía, de la que yo era Mayor General, marchara á ponerse á las del General Tapia.

«Hicimos una marcha rápida, y al día siguiente, 20 de Octubre de 1861, llegamos á Pachuca, de donde rechazamos, sin gran esfuerzo, las tropas de Márquez, quien abandonó con ellas la ciudad poco defendible, y se dirigió al camino que conduce al Real del Monte, en donde tomó posiciones.

«Inmediatamente al salir de la carretera, advertimos que una loma de poca elevación, llamada la «Cruz de los Ciegos,» se hallaba coronada por una compañía de infantería, que se replegó al ser tiroteada por nuestra descubierta, hacia las posiciones de su respectiva retaguardia, las que, al dejar nosotros atrás la «Cruz de los Ciegos,» pudimos apreciar.

«Efectivamente, vimos que la caballería enemiga en columna, dándonos el frente, se encontraba por todo el camino; y á la izquierda, como enfrentando oblicuamente á la cabeza de nuestra Columna, que por dicho camino marchaba, había en las dos eminencias que coronan un cerro que allí existe, fuerzas de infantería dotada con artillería, la que estaba en la cumbre más elevada y un poco más lejos.

«El citado camino, en el trayecto que de él ocupamos, casi está cortado á tajo, á la izquierda, y á su derecha hay un descenso rápido del terreno.

«Visto todo esto por el General en Jefe, que imaginó podía la ca-

ballería enemiga cargar de frente ó flanquear por la derecha, ordenó al General Mejía que, con la compañía de Granaderos del primer Batallón y un obús, defendiera la citada carretera, y á mí me previno que atacara las posiciones defendidas por la infantería y artillería contrarias.

«Al efecto, puso á mis órdenes el resto del primer Batallón y el segundo, diciéndome que, al serme necesario, dispusiera del Batallón de rifleros de San Luis, que mandaba el Teniente Coronel D. Carlos Salazar, que me seguiría de cerca, y aun del de Carabineros á caballo, que era á las órdenes del Coronel D. Antonio Álvarez.

«El sol de la mañana iluminaba de lleno el teatro de los sucesos, y nada se escapaba á la vista de los combatientes.

«Recibidas las instrucciones, emprendí el ataque sobre la altura más cercana y menos elevada, que carecía de artillería; pero la aspereza del terreno por donde ascendí, hacía difícil la marcha de avance, en que la tropa se rendía de fatiga. Más suave era el declive de la cumbre principal, y observado ésto y para disponer de tropas de refresco, hice uso de rifleros y me dirigí á aquella artillada eminencia, que tras de breve lucha tomé, no sin haber dispuesto antes de una parte del Cuerpo de Carabineros, á las órdenes del Capitán D. Adolfo Garza, quien mereció una especial mención y su ascenso á Mayor, por su conducta distinguida en este hecho de armas. El enemigo nos dejó en este cerro toda su artillería, que era de Montaña.

«Tomada la principal posición, donde se me dejó abandonada la artillería, descendí sobre la otra, haciendo huir al enemigo.

«En tanto que tenía efecto el ataque principal, la caballería contraria se echó encima del General Mejía; pero la fuerza, que había quedado un tanto fatigada á la falda del cerro, después de verificado el encuentro sobre la eminencia de menor elevación, le auxilió con toda oportunidad, y hubo de retroceder dicha caballería y bien pronto acompañar en su fuga á toda la tropa enemiga, que se declaró en derrota, habiéndome puesto yo luego en su seguimiento.

«Después de efectuar una larga persecución hacia «El Grande,» volví en la noche á Real del Monte, donde el General Tapia, jefe de las fuerzas, y el General Mejía, jefe de mi Brigada, habían acuartelado las tropas que no tomaron parte en el alcance.

«Pasados cuatro ó cinco días de permanencia indispensable en Real del Monte, para levantar el campo en una dilatada extensión, y para poner á los heridos en condiciones de marchar unos, y de ser atendi-

dos los otros en un hospital de sangre que se estableció, volvimos á la ciudad de México con los fuerzas de Oaxaca.*

Juárez, el gran reformador, había, por fin, triunfado, y el partido conservador quedaba transformado en partido reaccionario; pero la larga lucha sostenida, conquistando principios, agotó los recursos nacionales.

Obligado por las circunstancias, tuvo el Congreso que decretar, en 17 de Julio, la suspensión de todos los pagos, aun el de las asignaciones extranjeras.

Y entonces sucedió lo que era de esperarse: las naciones acreedoras, Francia, Inglaterra y España, poniéndose de acuerdo, decidieron imponer á la nación deudora, medidas coercitivas.

Surgieron las intrigas, interviniendo en ellas, desde las pérfidas insinuaciones de los traidores J. M. Hidalgo, Almonte, Estrada y algunos otros malos mexicanos, y la falsedad política de los Ministros ingleses, españoles y franceses, hasta las quiméricas aspiraciones del desequilibrado Napoleón III, los místicos ensueños y disparatados ideales religiosos de su esposa Eugenia, la insaciable ambición del

---

* Detall de la acción que el día 20 de Octubre de 1861, la Brigada Mixta del mando del C. General Santiago Tapia, libró en la Sierra intermedia de Pachuca al Mineral del Monte; derrotando al ejército reaccionario, al mando de sus principales caudillos, Márquez, Mejía, Zuloaga, Zires, Herrera y Lozada, etc., etc.—México, Imprenta de Vicente G. Torres.—1861.

Ministerio de Guerra y Marina.—Sección primera.—Ejército Constitucional.—Brigada Mixta.—General en jefe.

Ofrecí á Ud. darle el Detall de la gloriosa acción del día 20, en las alturas de Pachuca al Mineral del Monte, y voy á tener el honor de hacerlo.

Esta Brigada, con la denominación Tapia, tuvo Ud. la oportuna y feliz idea de aumentarla con la de Oaxaca, al mando de los C. C. Generales Ignacio Mejía y Porfirio Díaz, para que marchase al encuentro de los rebeldes, que en número respetable se dirigían de Ixmiquílpam á Pachuca.

Desde mi salida de la Capital creí, y se lo manifesté á Ud., que el enemigo se dirigía á Pachuca, atraído por los recursos de que se podría hacer.

No me equivoqué, y desde luego vi con satisfacción que había llegado el momento ansiado de hacer un esfuerzo para librar á la Nación del nuevo golpe que se le preparaba, á la vez que evitar el robo de estos minerales, porque, efectuado, impulsaría infinito los trabajos de los enemigos.

Así fué, y emprendiendo rápidamente mi marcha desde Tizayuca con toda esta Brigada, á la una de la mañana del citado día 20 del actual, estimulábamos y persuadíamos á la benemérita tropa que la forma, á forzar una segunda jornada, cuando sin descansar, ni comer apenas, había dormido algunos instantes.

funesto bastardo Duque de Morny, exacerbada por su complicidad en el fraudulento asunto de los bonos Jecker; y, por fin, hasta la solapada intervención del avaro Pontífice Romano.

Se trataba de crear un monarca é imponerlo, aunque para ello fuese necesario sacrificar la nacionalidad de un pueblo libre, y conculcar ignominiosamente los más altos principios del derecho humano.

La madre España nos enviaría un Borbón; Francia un Hapsburgo.

La primera trataba de reconquistarnos; la segunda, soñaba con las fabulosas minas de California y de Sonora. Inglaterra buscaba, como siempre, nuestro oro.

Tales fueron los negros precedentes de la famosa Convención de Londres, que el 31 de Octubre de 1861 firmaron los ministros Lord Rusell, Istúriz y Flahaut.

Llegan á Veracruz las armadas enemigas, violan el territorio nacional, y el 1º de Enero de 1862, lanzan el ULTIMÁTUM, reclamando satisfacción por los agravios inferidos.

El Gobierno mexicano contesta dignamente el ULTIMÁTUM, y en se-

---

Informado de que el enemigo seguía ocupando Pachuca, desde la tarde del citado día 20, á dos leguas de distancia, me anticipé con la caballería á trote largo, y encargando al C. General Mejía, que con el resto de la Brigada me siguiera, le dejé instrucciones sobre la manera con que la infantería había de atacar á aquél mineral, en caso de quererse los contrarios defender.

Yo tenía noticias ciertas de cuál era el grueso que buscábamos, y si bien muy superior en número y en las posiciones que ocupaba, yo tenía fe y confianza en los dignos ciudadanos soldados del pueblo, cuyo valor y constancia se nivela con sus condiciones políticas de amor á la libertad, y de celo por la conservación de los derechos que les pertenecen.

Dividida con anticipación en varios trozos la caballería á escape, y con arma en mano, llegó y penetró resueltamente hasta la plaza de Pachuca, por diversas partes, arrollando á su paso las avanzadas enemigas que quisieron oponerse, haciéndoles algunos muertos los exploradores nuestros, que precedían á la Columna del centro sobre el camino de México, que formaba el Cuerpo permanente de Carabineros á Caballo, mandada por su Coronel C. Antonio Álvarez.

La Columna de la izquierda, compuesta del 1º y 4º cuerpos de Policía Rural, la mandó el intrépido Coronel C. Manuel Quesada, y la derecha se apoyaba y sostenía en una Compañía del 1º de Policía y otra de Zumpango, á las órdenes de su valiente Comandante, C. Pilar Marroquín, que por un rodeo fueron á amagar la espalda del Convento.

Los contrarios sabían mi marcha hacia ellos, sabían mi fuerza, pero calcularon que llegaríamos más tarde; con esto, al observar la polvareda que

guida promulga aquel terrible, pero justificado decreto de 25 de Enero del mismo año.

Celebrada en 19 de Febrero la Convención de la Soledad, y bajo la garantía de su honor militar y de su firma, ocupan los aliados, tres importantes plazas estratégicas: Córdoba, Tehuacán y Orizaba.

La llegada de Laurencez con más tropas francesas, revela claramente la intención de Francia: derribar la República y crear un Imperio.

Surgen discordias entre los tres representantes de la naciones acreedoras; Prim y Wike, considerando ya caduca la Convención de la Soledad, rompen la alianza y se retiran con sus buques.

El impudente Saligny, declara que la firma trazada por su mano en el Tratado de la Soledad, no vale tanto como el papel en que está puesta, y sigue en posesión de las plazas ocupadas bajo la salvaguardia del honor militar, faltando á su palabra y deshonrando con acto tan indigno el nombre y la bandera de su patria.

Franqueadas á traición por los franceses las fortificaciones de Chiquihuite, que estaban defendidas por La Llave, quedan, de hecho, rotas las hostilidades.

---

nuestra marcha levantaba al aproximarnos á la población, sólo tuvieron tiempo de escaparse por la parte opuesta, y detenernos en el primer cerro (Cruz de los Ciegos) ó escalón de la Sierra, en que está el camino del Mineral del Monte.

El primer propósito de ocupar nosotros á Pachuca, estaba satisfecho, aunque no el de destruir á la fuerza enemiga que la ocupaba.

Tampoco era el todo de él.

Su mayor fuerza, principalmente la infantería, artillería y parque, lo había situado en la cumbre de la montaña, ó lo tenía en el Mineral del Monte, para esperarnos con mejor ventaja.

Sin embargo, una poca de infantería (como 500 hombres) y otros tantos dragones contrarios, nos hostilizaban desde las alturas, á cuyo pie se encuentra Pachuca, por lo que era preciso no dejar enfriar el ardor de nuestros soldados, ni que el enemigo saliese de la sorpresa que le causara nuestra anticipación y arrojo.

Por lo mismo, organizadas algún tanto otra vez las dos secciones, Álvarez y Quesada, prevenidos para un segundo empuje más fuerte, cuanto más peligroso, é indicando rodear el primer cerro y posición enemiga con el Cuerpo Lanceros de Oaxaca, y la segunda de aquellas secciones; á un impulso de ambos, y el de Carabineros por el frente hacia el pueblo, el enemigo no pudo ó no tuvo bastante valor para esperarnos resueltamente, y se trepó al segundo escalón de la sierra misma.

Desde este instante, en que al parecer continuaban nuestras ventajas, yo, sin embargo, no habría querido ir más adelante, sin que nuestra infantería y

¡México y Francia estaban frente á frente!

Organizado por el Gobierno, marcha sobre Orizaba un cuerpo de ejército, á las órdenes del General López Uraga.

El General Porfirio Díaz marcha con ese cuerpo.

«Muy poco después de nuestro arribo á la capital, de regreso de la acción de Pachuca y Real del Monte, tuvo noticia el Gobierno de que se había firmado la Convención tripartita, de 31 de Octubre de 1861; y el 23 de Noviembre siguiente, organizó un cuerpo de ejército de unos diez mil hombres, que puso á las órdenes del General D. José López Uraga, del cual formaba yo parte como Mayor General de la primera División, que estaba á las órdenes del General Don Ignacio Mejía, siendo, á la vez que Mayor General, jefe de la segunda Brigada de esa misma División. En tales condiciones marchamos para Orizaba, y el General en jefe ordenó que la primera Brigada de la tercera División, mandada por el General Mejía, se situara en Córdoba, y como puesto avanzado, la mía, en El Camarón, así como una fuerza de caballería en la Soledad. El General Uraga tuvo algunas

---

piezas de montaña tomaran la parte que les correspondía. Mas calculé que detenernos en aquella situación, era perder los mejores instantes de rechazar al enemigo de posición en posición, quizá hasta encontrarnos con su grueso, y no quise detener el impulso de los nuestros, sino antes bien apoyarlos con la pequeña Columna de los Lanceros de Oaxaca, siguiendo yo á su cabeza por el camino ascendente para Mineral del Monte.

De ese modo, el enemigo no podría contener el alcance de la caballería, que tanto por el espinazo de la sierra, como por el camino, subía á diversos aires de su marcha bajo un fuego vivo, no obstante que aquél intentara pararse y volver sobre nosotros. Resultado de ésto fué que los 500 infantes contrarios, huyendo unos hacia arriba, despeñándose otros, y dejándose matar ó tomar prisioneros los demás, todos ellos nunca volvieron á ponérsenos delante.

Sólo una parte de su caballería, que demostraba más disciplina y valor, no manifestó querer desbandarse, y era la que constantemente sostenía la huída de sus compañeros.

A la vez que nuestra tropa ganaba en terreno, perdía en unión y fuerza: inversamente sucedía con el enemigo; por ésto conocí que iba á llegar el momento de ser contenidos por aquél, que estaba siempre dominante y más potente.

Los hombres y caballos, bastante fatigados, darían ocasión para ser completamente destruidos, antes de que el resto de la Brigada nos pudiera auxiliar.

Estábamos en el acto crítico, y para prevenir el revés que se nos preparaba, ascendí del camino al cerro Antiguo, y procuré formar los Dragones, sin distinción de Cuepos ni de clases, mandando tocar alto y reunión.

entrevistas con el General Prim, y desmoralizado por el aparato de las fuerzas europeas que habían desembarcado, creyó que no eran bastantes nuestros elementos para hacer una defensa fructuosa, y lo manifestó francamente á sus soldados y al Gobierno, por lo cual fué relevado inmediatamente por el General D. Ignacio Zaragoza, que tomó el respectivo mando el 21 de Febrero de 1862.

«Antes del relevo del General Uraga, habíamos hecho, por su orden, un movimiento de avance hasta la Soledad, con toda la masa del ejército, porque se creyó que el enemigo se movía de Veracruz sobre nosotros. No habiéndose realizado ésto, el General Zaragoza mandó que volviéramos á ocupar nuestras antiguas posiciones, respectivamente, para ponernos fuera de la zona que hace mortífera la endemia de la fiebre amarilla.

«Entretanto, se verificaron las conferencias de la Soledad, que dieron por resultado la retirada del ejército hasta San Andrés Chalchicomula y la ocupación pacífica, por el enemigo, de las plazas de Córdoba, Orizaba y Tehuacán; el núcleo principal del ejército mexicano se colocó en San Andrés Chalchicomula, y mi Brigada, reforza-

---

Hubo un momento de vacilación por nuestra parte: la misma observé en los contrarios: la ejecución de mi orden tenía que practicarla por mí mismo, ó perecíamos todos.

Al fin, regresan de nuestros soldados, aquellos que más delante estaban, pero con aceleración, y éste fué precisamente nuestro mayor mal; porque desde luego, volviendo caras el enemigo hacia nosotros, se comenzó á declarar, primero, nuestra retirada y en seguida la huída.

Con el C. Teniente Coronel Félix Díaz y algunos oficiales, exhortamos para restablecer el orden, que ya no era posible en la cumbre de la sierra, mientras otro tanto hacían sobre el camino los CC. Coroneles Álvarez y Quesada.

No había que perder tiempo, por lo que, trasportándome con alguno de aquéllos al frente de los que retrocedían para contenerlo, y viendo venir felizmente los restos de Carabineros y 1º de Policía, ésto vino á moralizarlo todo, imponiendo á los contrarios y estableciéndome fijamente á más de la medianía de la sierra, para no tener que volverla á tomar por la fuerza.

Come se ve, C. Ministro, el mismo ardor de la pelea, pero también los inconvenientes del terreno, estrecho y escarpado, iban á producir un mal que pudo ser trascendental para todos, con arrancarnos la victoria que tan heroicamente se había comenzado á conquistar, si no se hubiera contado con una parte de la misma caballería organizada, y que á su cabeza fueran el Coronel Mayor General Fernández García, y el Teniente Coronel Eduardo Subikuski.

El primer conflicto había desaparecido, y sólo quedaba la ansiedad general por ver llegar nuestra infantería y las dos piezas de montaña, que resolverían la pendiente cuestión, puesto que ya la caballería, bastante esfuerzo ha-

da por uno de los batallones de la primera, se estableció como puesto avanzado, con dos baterías de batalla, en la cañada de Ixtapa y Cuesta Blanca. El 6 de Marzo de 1862, tuvo lugar, en San Andrés, una verdadera hecatombe, causada por la imprevisión de los jefes respectivos, y de la cual fué víctima la primera Brigada de la primera División, compuesta exclusivamente de fuerzas de Oaxaca. Se dejó en la Colectoría, en donde se alojó la primera Brigada, una gran cantidad de municiones, las cuales se incendiaron en la noche, probablemente con alguna chispa de las fogatas que hacían las mujeres de los soldados para condimentar sus alimentos, causando la muerte de 1,042 soldados y varias mujeres, quedando heridos más de 200 de los prisioneros, y acaso otros tantos de los vecinos de la población próxima al lugar del incendio.

«Después de algunos días, durante los cuales se verificaron varias conferencias entre los aliados, el enemigo hizo un movimiento de retroceso, según se había comprometido, para volver á la zona cálida, con el fin de que el ejército mexicano ocupara los cerros del Chiquihuite y el Pinal. En esa inteligencia marchaba yo á vanguardia del

---

bía hecho en sus cargas, y que los hombres y caballos se hallaban algo debilitados.

Yo suplico al ciudadano Ministro de la Guerra, que lea con atención los partes que me dirigen los ciudadanos Coroneles, jefes de las dos secciones de caballería, cuyas copias le acompaño bajo los números 1 y 2. Ellos están redactados con la sencillez y modestia del soldado republicano, pero tienen el mérito de la verdad, de la justicia y del sentimiento patriótico de sus autores, y se refieren á un hecho singular y extraordinario entre nosotros, en su arma é institución, respecto de unas ú otras fuerzas.

En este detall debería seguir, digámoslo así, la segunda parte ó período de la acción. Pero como la relación que de él me dirige el C. General Ignacio Mejía, y cuya copia, con el número 3, tengo la satisfacción de incluir, explica perfectamente los pormenores de los subsecuentes ataques que se fueron dando á las cuatro posiciones más en que el enemigo, con el todo de su grueso, quiso rechazarnos y destruirnos; omito por mi parte toda explicación, y dejo el honor que le corresponde á tan benemérito ciudadano, para que Ud. se sirva leerlo con la atención y regocijo que inspira. Pero antes manifestaré á Ud., que las fuerzas á que se contrae, después de haber seguido á la caballería con la violencia que las circunstancias requerían, cuando desfallecidos de cansancio, de hambre, sueño y sed, nuestros soldados apenas caminar podían, no pude menos que, sensibilizado, mandar que paulatinamente continuaran la subida para darles un respiro que produjera reanimación en su espíritu y orden en la marcha que llevaban. ¡Oh! yo no debo más que recomendarles á todos, con la efusión de mi alma, con toda la gratitud y cariño que me causan, y con la

ejército, con la misma fuerza que había tenido en la cañada de Ixtapa.

«Al llegar nuestra vanguardia á Orizaba, se me ordenó ocupar el llano de Escamela, mientras acababan de salir de Orizaba, como debían, según los convenios, las tropas españolas y francesas que quedaban allí, y cuyo desfile presencié.

«Mandé seguir sus movimientos, y en su observación, al Teniente Coronel D. Félix Díaz, con sólo cincuenta caballos de su regimiento, puesto que hasta allí no era de esperarse un combate, en atención á lo estipulado, y porque esas órdenes había recibido del General Zaragoza, á quien esperaba por momentos en mi campamento de Escamela. Al llegar la retaguardia del enemigo á Córdoba, se destacó una pequeña Columna de tropas francesas, compuesta de 200 caballos, con igual número de zuavos á la grupa de los jinetes, y vino rápidamente á chocar con mi vanguardia. Ésta se defendió heroicamente, pereciendo un gran número de soldados y caballos, y quedando su jefe, el Teniente Coronel D. Félix Díaz, herido de un balazo en el pecho, y prisionero en poder del enemigo.

---

energía y vehemencia de mi carácter. El Soberano Congreso, el Gobierno Supremo, la nación toda, les debe una muestra de gratitud digna del heroísmo y abnegación con que al peligro y sufrimientos se entregaron.

Debo ahora hacer mías todas las recomendaciones que dirigen los ciudadanos Generales y Coroneles de las tres secciones, pues se refieren á los que más resaltaron en los diversos combates del día: lo hago también en honor y justicia de los ciudadanos Generales Mejía (que recibió una contusión de bala de fusil sobre el hombro izquierdo), y del de su clase, C. Porfirio Díaz; de los expresados ciudadanos Coroneles Álvarez y Quesada; de los de igual clase, Félix Vega y Mayor General de la Brigada, C. Jesús Fernández García; de mis ayudantes, entre los que fueron heridos los Comandantes C. Antonio García, y graduado Jesús Ponce de León; en fin, de todos, todos, por que sin la cooperación inmediata, eficaz y enérgica de cualquiera de ellos, quién sabe cuál habría sido la suerte de tan honroso combate, y las terribles consecuencias de él para el país. Por lo mismo, insisto, con respetuosa súplica, para que los que más se distinguieron, obtengan: un distintivo honorífico, los Jefes y Oficiales, y un escudo de valor, á los de la clase de tropa, por haber merecido bien de la patria; además, que esta recompensa servirá de emulación los buenos servidores de la legalidad.

Concluiré manifestando que esta acción de guerra no sólo es de grandes y favorables resultados para que el actual orden de cosas se afiance, para que los Poderes Supremos de la nación sean estables, y para que todos los ciudadanos de la República gocen de los derechos individuales y sociales que nuestras instituciones les garantizan, sino que ella tiene también el mérito de ha-

«Era el primer ventajoso encuentro contra nuestras tropas, que aún no llevaban la misión de batirse; y el enemigo, al faltar á sus compromisos, pudo sorprenderlas, estando, como estaban, formando un grupo insignificante de simple observación. Las primeras balas se cruzaron, y aquel episodio fué el prólogo de la gigante lucha que sostuviera por cinco años el pueblo mexicano.

«Pocos momentos después de ese combate, pasaba por allí, conducida en litera, la Condesa de Reus, de regreso para Veracruz, con una escolta de tropas españolas.

«Informada de lo que acababa de suceder, se empeña enérgicamente por la libertad de los prisioneros, lo mismo que el General Milans del Bosch, jefe del Estado Mayor del General Prim, cuando el Teniente Coronel Díaz, aprovechando un momento de descuido de los franceses, montó rápidamente su mismo caballo, que había quedado á su lado, saltó una alta barda que formaba el camino, y se internó en el bosque, sin recibir ninguno de los muchos disparos que le hicieron los franceses. Llegó sin novedad á Coscomatepec, donde había auto-

---

ber sido derrotado un cuerpo de ejército bastante respetable, ya por estar regularmente organizado en el transcurso de muchos meses, que se abrigó en la Sierra Gorda, ya por tener de directores, buenos é inteligentes Generales, Jefes y Oficiales que constituyen lo más florido de la reacción, y ya, en fin, por la influencia de un Mejía, que había sabido evitarse los reveses de la guerra. y procurádose algunos triunfos, que lo colocaban en la cúspide de sus correligionarios.

Todo ello había infundido en el ánimo de los que formaban ese ejército, una íntima convicción de su superioridad sobre nosotros, y que infaliblemente victoriosos, ocuparía en el acto la capital de la República: si á esto se agregan las formidables posiciones que el enemigo ocupaba, ó nuestra situación desventajosa, física y militarmente hablando, se comprenderá mejor, que sólo la moral y convicción política de los que forman esta Brigada, pudo hacer que se alcanzara tan espléndida victoria.

Como comprobación de todo lo últimamente expuesto, diré: que en un expediente que mandé formar á la mayoría general, y que con su nota respectiva acompaño á este detall, separadamente, verá Ud. que hay una información practicada por el jefe de dicha oficina, y en ella lo manifestaron todo, dos ayudantes del faccioso Mejía, libre y espontáneamente, pues á ellos y á los demás prisioneros, desde el momento que lo fueron, se les garantizó la vida, y tengo la satisfacción de asegurar á Ud., que á nadie se le ha ejecutado.

Verdad es, ciudadano Ministro, que la función de armas á que me refiero, ha costado alguna sangre más de mexicanos; que el Gobierno Supremo ha hechos costosos sacrificios, según se servirá Ud. ver en el mismo expediente; pero no serán sensibles ni gravosos, como nuestros gobernantes sepan sacar

ridades amigas, y dos días después se me incorporó en Acultzingo, habiendo dado vuelta por el camino del volcán de Orizaba.

«Mientras yo movía tropas en auxilio de mi vanguardia derrotada, y empezaba á tirotear al enemigo, mandaba aviso de lo ocurrido al General Zaragoza, que venía en compañía del General Prim, quien á poco llegó también con su respectiva escolta. Pasó en medio de nuestras tropas, y fué respetado por los franceses, que suspendieron sus fuegos, lo mismo que nosotros.

«El General Zaragoza, enterado allí de lo ocurrido, ordenó nuestro movimiento de contramarcha, dejándome con una pequeña fuerza para defender el camino, al final del llano de Escamela. Pasada media hora, y cuando se acercaba el grueso del enemigo á su tropa de descubierta, que reanudaba el combate conmigo, recibí orden del citado General Zaragoza para incorporármele. Emprendí mi marcha á la defensiva, hasta Orizaba; y después de salir de este punto, ya no fuí hostilizado.

«Así, sin más dificultad, llegué al Ingenio, donde pernoctamos. Al día siguiente dispuso el General en jefe que marcháramos á Acultzingo.

«Después de dos días de permanencia en Acultzingo, se me ordenó que marchara con mi Brigada á Tehuacán, donde se pondrían á mis órdenes otras dos, mandadas: una, por el General D. Mariano Escobedo, y otra por el General D. Mariano Rojo, previniéndoseme que

---

todo el provecho de tan nobles esfuerzos, y tiendan una mano generosa á nuestros enemigos, vencidos por la opinión y en el campo de batalla.

La reacción tendrá que hacer un grandísimo y extraordinario esfuerzo para volver al estado alarmante en que se encontraba al amanecer el día 20, lo que creo difícil.

Lo relacionado, pues, indica suficientemente el golpe importante que se acaba de dar á lo más selecto de los enemigos de nuestras instituciones democráticas, y de consiguiente, mayor es el mérito de los que tal gloria alcanzaron.

A mí sólo quédame la satisfacción de haber podido contribuir, aprovechando el valor, la fe y el entusiasmo de los beneméritos ciudadanos que el Gobierno Supremo se dignó poner bajo mi débil dirección, y á cuyo honor quedo tan sumamente reconocido, como recompensado de la suma confianza.

Con tal motivo, tengo igualmente el honor de repetir á Ud. mi atenta consideración y distinguido aprecio.

Patria, Libertad y Reforma.—Pachuca, Octubre 22 de 1861.—*Santiago Tapia.*

Al C. General Ignacio Zaragoza, Ministro de Guerra y Marina.—México.

con las tres me dirigiera hacia Matamoros Izúcar, con objeto de batir á las fuerzas de Márquez, que por allí venía con el propósito de reunirse al invasor extranjero.

«Pernocté en Tehuacán, en donde se pusieron á mis órdenes los Generales Escobedo y Rojo, y al día siguiente marchamos para Matamoros; pero al llegar á Tlacotepec, recibí nueva orden, en que se me prevenía que contramarchara rápidamente, porque el enemigo se movía sobre Acultzingo, adonde el General Zaragoza había avanzado para ocupar las cumbres, colocando el núcleo principal del ejército en un lugar propiamente llamado *Las Cumbres*, sobre el camino carretero; á un lado estableció un fuerte destacamento de infantería en la altura que domina por la izquierda la carretera, mandado por el General D. Miguel Negrete; y otro en frente, dominando el mismo camino, y que quedó á las órdenes del General Mariano Escobedo, á quien con ese objeto se me había ordenado mandara por camino de travesía y al paso veloz, como lo hice, disponiendo que atravesara por la cañada de Rojas. Ambos destacamentos de los flancos tenían artillería de Montaña.

De la lista enviada por el General D. Santiago Tapia al Ministerio de la Guerra.

EJÉRCITO CONSTITUCIONAL.—BRIGADA MIXTA.

PRIMERA BRIGADA DE OAXACA.—ESTADO MAYOR.

LISTA NOMINAL DE LOS CIUDADANOS JEFES Y OFICIALES QUE CONCURRIERON Á LA ACCIÓN DE GUERRA DEL DÍA 20 DEL PASADO, EN LAS ALTURAS DE PACHUCA AL MINERAL DEL MONTE.

COMISIONES.	GRADOS.	CLASES.	NOMBRES.	NOTAS.
General en Jefe . .	General de Brigada.	Coronel	C. Ignacio Mejía	
		Teniente Coronel . . .	C. Macedonio Muñoz Cano.	
Ayudantes		Comand. de Batallón. .	C. Ignacio Castañeda . . .	
		Subteniente.	C. Miguel González.	
MAYORÍA DE ÓRDENES.				
Mayor de Órdenes.	General de Brigada.	Coronel de Infantería.	C. Porfirio Díaz.	Sobresalió.
Ayudante.		Capitán.	C. Luis Santibáñez	

Villa de Guadalupe, Noviembre 3 de 1861.—Vº Bº, MEJÍA.

«En cuanto á mí, el Cuartel general dispuso que cubriera con mi Brigada el puente Colorado, y que con la brigada «Rojo» reforzara las Cumbres, donde estaba el propio Cuartel general. Así lo ejecuté, y al volver apenas á ponerme al frente de mi Brigada, noté que el ejército comenzaba á retirarse en desorden. Tuve que usar de la fuerza, en el puente, para detener á los que huían, y los mandaba sucesivamente por la cañada de Ixtapa, según los organizaba en porciones de 500 hombres, poniéndoles á la cabeza jefes y oficiales, que escogía de entre los mismos fugitivos, pues no tenía otros de donde echar mano.

«Ejecutaba yo esta operación el 28 de Abril de 1862, cuando llegó el General en jefe con su Estado Mayor, aprobó mi procedimiento, y después que pasó todo el ejército por mi puesto, menos los soldados que mandaban los Generales Negrete y Escobedo, que habían tomado diversos caminos para ir á incorporarse á las fuerzas que estaban ya á mi espalda en la cañada de Ixtapa, me ordenó el General en jefe detener allí al enemigo el mayor tiempo posible, mientras él podía tomar otras disposiciones salvadoras. El ejército invasor apareció á poco (serían las cinco de la tarde) en las Cumbres, y en un cerro que, por la izquierda, domina el puente Colorado á tiro de fusil. Yo había colocado mi infantería bien cubierta en los barrancos, en condiciones de poder hacer fuego, y había dejado casi descubierta, porque no era posible hacer otra cosa, la única batería que tenía y su escolta formada de tiradores. Mi caballería la puse en segunda línea, fuera de la zona peligrosa. En tal disposición resistí y correspondí los tiroteos de las tropas contrarias, que no se lanzaron al ataque, habiéndose limitado á tomar posiciones para acamparse, con sus grandes guardias avanzadas, hacia mi puesto; y en esa situación me hallaron los emisarios del General en jefe, que vinieron á prevenirme, por su orden, que retrocediera á la mencionada cañada de Ixtapa, lo cual verifiqué con toda precaución á las diez de la noche, dejando, hasta el último instante, guerrillas de tiradores en el puesto inicial de marcha, y luego, alternativamente, retiraba las que iba escalonando sobre el camino.

«Al día siguiente de la acción de Acultzingo, 29 de Abril, se ordenó la marcha rumbo á Puebla, adonde llegamos el 3 de Mayo, y ese mismo día lo hizo el enemigo á Amozoc, pues marchábamos con diferencia de una jornada. Luego que arribamos á Puebla, el General en jefe ordenó que las tropas del General D. José María Arteaga, que por haber sido gravemente herido en las Cumbres, eran man-

dadas por el General Negrete, ocuparan los cerros de Guadalupe y Loreto; que el General D. Santiago Tapia, con las fuerzas de Puebla, ocupara el perímetro interior de la ciudad, que estaba fortificado pasajeramente y artillado; y dejó como Columnas maniobreras, la Brigada de mi mando, la del General Berriozábal, la del General Lamadrid, y la caballería que mandaba el Coronel D. Antonio Álvarez, formada de los regimientos de Carabineros á caballo, Lanceros de Oaxaca, Lanceros de Toluca y escuadrón Trujano, mandados, respectivamente, por los Coroneles D. Antonio Álvarez, D. Félix Díaz, D. Germán Contreras y Mayor D. Casimiro Ramírez.

«En la noche del 3 de Mayo, día de nuestro arribo á Puebla, el General en jefe, D. Ignacio Zaragoza, detuvo en su alojamiento á los jefes que sucesivamente llegábamos á dar parte de las novedades del día y de la marcha.

«Cuando nos habíamos reunido los Generales Ignacio Mejía, Miguel Negrete, Antonio Álvarez, Francisco Lamadrid, Felipe Berriozábal y yo, nos manifestó que la resistencia presentada hasta entonces debía reputarse insignificante, por más que el Gobierno había hecho esfuerzos para acopiar elementos en sus difíciles circunstancias, cuando el país estaba herido y desangrado por la guerra intestina....

«Que de todos modos, era vergonzoso que un pequeñísimo cuerpo de tropas extranjeras, que para la Nación podía tener la importancia de una patrulla, llegara á la Capital de la República, sin encontrar la resistencia que corresponde á un pueblo que pasa de ocho millones de habitantes; que, en consecuencia, excitaba á los que estábamos presentes, para que nos comprometiéramos á combatir hasta el sacrificio, á fin de que, si no llegábamos á alcanzar una victoria, cosa muy difícil, aspiración poco lógica, supuesta nuestra desventaja en armamento y casi en todo género de condiciones militares, á lo menos perdiéramos dignamente, después de luchar con todo nuestro esfuerzo, dando así tiempo para preparar en el interior la defensa del país, pues que, ocasionando al enemigo grandes daños, como podíamos ocasionárselos, se vería obligado á estacionarse en Puebla, en donde, aun derrotados, podíamos seguirle hostilizando.

«Como era natural, contestamos que estábamos todos animados de los mismos sentimientos que el General en jefe, lo cual quedó bien pronto demostrado. (Memorias).

CERRO DE AMALUCAN
CERRO DEL TEPOZÚCHIL
CARITA del PELAME
CARITA del MOLOC
Camino para Veracruz
Río de San José
Río Atoyac
Río Xonacatepec
Río Cuautlalpan
Río Xiquipilas
Río Xiquipilas
Río Xiquipilas

IX.

BATALLA DEL 5 DE MAYO, EN PUEBLA.

POR la concisa relación del Sr. General Díaz, puede apreciarse la importancia del triunfo que las armas nacionales obtuvieron en Puebla, sobre el ejército francés, considerado en aquel tiempo como el más disciplinado y aguerrido de los ejércitos del mundo.

«La noche del 3 y todo el día 4, se emplearon en hacer fuertes trabajos de zapa en los dos cerros que cubren á Puebla, y en perfeccionar las fortificaciones del perímetro interior. El día 4, después de la diana, formamos las cuatro Columnas maniobreras de infantería y la de caballería, en la plaza de San José, en espera del ejército invasor. Al mediodía, el Cuartel general supo, por las fuerzas mexicanas ligeras que guardaban el contacto con el enemigo, que éste no se movía de Amozoc; y en virtud de tal noticia, volvimos á nuestros cuarteles, con orden de formar de nuevo en el mismo lugar, en el momento en que se disparara un tiro de cañón en el fuerte que corona el cerro de Guadalupe.

«En la madrugada del día 5, los ayudantes del Cuartel general vinieron á sacar de sus cuarteles las distintas Columnas, para situarlas, según disposiciones del mismo. A las tres de la mañana llegó á darme las órdenes relativas el Teniente Coronel D. Joaquín Rivero. Como mi Columna había pernoctado con las armas en pabellón, en la plazuela que estaba frente á mi cuartel, inmediatamente la puse en pie y seguí con ella á Rivero, quien me condujo á la Ladrillera de Azcárate, que es el último edificio de la ciudad, sobre el camino de Amozoc, diciéndome que era el punto donde debía yo resistir el ata-

que que por ese lado de la ciudad daría, probablemente, el enemigo. El General Zaragoza esperaba, naturalmente, el encuentro sobre la carretera que ocupé. Pocos momentos después llegó la Brigada del General Berriozábal, conducida por otro ayudante, y fué situada á mi izquierda; la del General D. Francisco Lamadrid fué colocada á la izquierda de la de Berriozábal, y la de caballería del General Don Antonio Álvarez, fué colocada á mi derecha. Como yo fuí el primero en ocupar aquel lugar y debía presumir que el enemigo estaba cerca, destaqué inmediatamente una cadena de tiradores á mi vanguardia, y coloqué el núcleo de mi fuerza en columnas paralelas, por batallones. Según fueron llegando las otras Brigadas, fueron tomando la misma disposición, probablemente porque sus jefes la consideraron adecuada á las circunstancias, ó porque supusieron que yo había obrado por orden del Cuartel general.

«Cuando ya amanecía, llegó el General Zaragoza con su Estado Mayor, y visitó sucesivamente nuestras Columnas, comenzando por la mía, que estaba sobre el camino; dirigió breves marciales alocuciones á los soldados y dió algunas órdenes, entre otras, que la artillería, que llegó casi á la sazón que él se presentaba en nuestra línea, fuera distribuida en nuestras Columnas, correspondiendo á la mía dos obuses de batalla, calibre doce, cuya sección mandaba el Subteniente Cortés y Frías, que llegó á ser General; y dispuso, además, que todas las Columnas retiráramos nuestras respectivas cadenas y sostén de tiradores, formando una cadena general, que cubriera el frente de todas, con el batallón Rifleros de San Luis, á las órdenes del entonces Teniente Coronel D. Carlos Salazar.

«Mis batallones estaban mandados: el primero, por el Teniente Coronel D. Alejandro Espinosa; el segundo, por el Teniente Coronel D. Francisco Loaeza; el batallón «Morelos,» por el Teniente Coronel D. Rafael Ballesteros; el Batallón «Guerrero,» por el Teniente Coronel D. Mariano Jiménez; el «Independencia,» por el Teniente Coronel D. Pedro Gallegos, y Lanceros de Oaxaca, que en lo económico pertenecían á mi Columna, los mandaba el Teniente Coronel D. Félix Díaz. Los batallones primero y segundo, eran los restos del incendio de San Andrés Chalchicomula, y no llegarían á cien hombres entre ambos.

«Así permanecimos hasta cerca de las diez de la mañana, que comenzamos á ver brillar las armas en la cumbre del cerro de las Navajas, pequeña eminencia que hay cerca de la hacienda de los Álamos. Ésto por lo que toca á nosotros, pues el General en jefe estaba en mejor punto de mira para observar. Así es que para anunciar la

presencia del enemigo, instantes antes de que lo hubiéramos nosotros visto, mandó disparar un cañonazo desde el cerro de Guadalupe, que hizo fijar todas las miradas hacia el rumbo de Amozoc. A poco, el polvo, el brillo de las armas y el humo de los disparos, nos indicaron que el Comandante D. Pedro Martínez venía por allí en retirada, tiroteando la cabeza de la Columna francesa; y apareció ésta, espesa y prolongada, destacándose por los vivos colores de los uniformes y el brillante reflejar de bayonetas. Los tiradores franceses, que correspondían á los fuegos de Martínez, siguieron el camino que conduce de los Álamos á la hacienda de la Manzanilla, con intención, al parecer, de rodear la ciudad, más bien que de atacarla por su frente, como antes se supuso, pues habían dejado la carretera que conduce de Amozoc á Puebla. Luego se advirtió otra Columna de infantería, de marina y cazadores de Vincennes, apoyada por un escuadrón de cazadores de África, que hizo alto en la garita del Peaje.

«El General en jefe interpretó las evoluciones del enemigo como la intención de atacar los cerros antes que la ciudad; y así fué, en efecto, porque después de un alto de quince á veinte minutos que hizo la Columna enemiga, se formó en batalla, con el frente hacia los cerros; estableció sus baterías á vanguardia, rompió sus fuegos de cañón sobre los citados cerros de Loreto y Guadalupe, tomando este último como principal punto objetivo, y al fin destacó una fuerte Columna de infantería, que al parecer se dirigía, no al cerro de Guadalupe, sino al espacio que separa los dos cerros.

«En estos momentos (sería la una de la tarde), el General en jefe ordenó que las Brigadas de Berriozábal y Lamadrid subieran al paso veloz para reforzarlos. Se ejecutó el movimiento ordenado, y la Brigada de Berriozábal se colocó en esta forma: el primer batallón de Toluca, apoyaba su derecha en el Fuerte de Guadalupe y se extendía hacia el de Loreto, cubriéndose con la cresta de tierras que estaban á la margen de una zanja, cuya cresta de terracería estaba coronada con una línea de magueyes; á la izquierda del primero, formaba el tercero de Toluca, pues el segundo estaba de partida, á las órdenes del Coronel O'Horán, en persecución de Márquez; á la izquierda del tercero, formaba, de la misma manera, el batallón Fijo de Veracruz, y seguían hacia ese costado las fuerzas irregulares de Tetela y Zacapoaxtla, que mandaba el entonces Coronel D. Juan N. Méndez, quien se encontraba situado allí, desde antes, como el único defensor del espacio que había descubierto entre los dos fuertes. La Brigada Lamadrid, desmembrada, porque el batallón de Rifleros de San Luis esta-

ba formado en tiradores á mi frente, colocó el batallón de Zapadores en la capilla de la Resurrección, y el batallón «Reforma» de San Luis, como reserva de la línea escrita, mandada por el General Berriozábal. Esas fuerzas quedaban fuera de la acción de la artillería enemiga, porque se habían colocado en el descenso del cerro, hacia la ciudad.

«Cuando las Columnas de Berriozábal y Lamadrid ocupaban los cerros, el Cuartel general mandó dividir en dos fracciones la Brigada de caballería de Álvarez, formada: una, del regimiento de carabineros, que mandaba el mismo Álvarez, y dos escuadrones de Lanceros de Toluca; y con tal fracción pasó ese jefe á colocarse al costado izquierdo del fuerte de Loreto, listo para aprovechar alguna oportunidad que permitiera el uso de su arma; y la otra, que se compuso del Regimiento de Lanceros de Oaxaca, tercer escuadrón de Lanceros de Toluca y escuadrón Trujano, se puso á las órdenes del Teniente Coronel D. Félix Díaz, y quedó cubriendo mi derecha, abrigada con el edificio de la finca de campo, llamada «La Ladrillera.»

«Los fuegos de nuestra artillería causaron, al principio, muy poco daño al enemigo: sobre la fuerza en marcha no obraban, porque ascendía cubriéndose con las quebraduras de los cerros, y le faltaba alcance para hacer llegar sus proyectiles sobre la que quedó en segunda línea. En cuanto al alcance del cañón francés, era mucho mayor que el del nuestro. En el ascenso, la Columna de ataque seguía las ondulaciones del terreno, que casi no dejaban verla; pero cuando hubo llegado á la meseta superior, lo que sería á las dos de la tarde, recibió de improviso todo el fuego de fusilería de la Brigada Berriozábal y de la artillería de los dos fuertes de Loreto y Guadalupe, que principalmente arrojaban metralla. Este fuego fué resistido muy poco tiempo por la Columna francesa, que, desorganizada, retrocedió. En esos momentos, el batallón Fijo de Veracruz maniobró al paso veloz, para batir á la Columna enemiga por su costado derecho, siendo imitado ese movimiento por las fuerzas de Tetela y Zacapoaxtla, formadas de indios. A la sazón, el Gral. D. Antonio Álvarez avanzaba con su pequeña Columna de caballería, iniciando una carga sobre el enemigo en retirada.

«El Gral. Laurencez, que desde sus baterías vió el retroceso de la Columna, hizo avanzar á paso gimnástico á otra que venía en pos de la primera y que había hecho alto, manteniéndose como reserva. Esto ocasionó que nuestras tropas volvieran luego á sus respectivos puestos, y que la caballería casi no llegara á tocar á la Columna en fuga,

porque una vez en las ondulaciones del terreno que la cubrían de nuestra artillería, hizo alto la fuerza rechazada y se encaró á sus perseguidores, animada con el auxilio que ya tenía muy cerca.

«Un nubarrón ocultó el sol en esos instantes, y por veinte minutos se deshizo un aguacero.

«Vino el segundo ataque, mucho más vigoroso, ejecutado, tanto por la Columna que primero había sido rechazada, como por la que avanzó en su auxilio. Ambas marcharon de frente al cerro de Guadalupe y á la capilla de la Resurrección, que estaba defendida por una fortificación pasajera, ocupada por el batallón de Zapadores, á las órdenes del Gral. Lamadrid. Con tal arranque cargaron, que llegaron á franquear los fosos de la Resurrección y los del Fuerte de Guadalupe, y subiendo grupos de soldados sobre los hombros de otros, pretendieron escalar las trincheras del citadò Fuerte.

«En tan críticas circunstancias, la infantería que las defendía, que consistía en un batallón de Michoacán, que apenas tendría uno ó dos meses de reclutado, no obstante que estaba mandada por un Jefe notable del Ejército, el Coronel Arratia, abandonó los parapetos y se replegó, corriendo en desorden dentro del templo, quedando en aquéllos, sólo los pelotones que servían los cañones, y que pertenecían á la artillería permanente de Veracruz.

«El Fuerte habría sido tomado, si no hubiera sido por algunas maniobras que practicaron las fuerzas de Berriozábal, para batir por el costado derecho á los asaltantes, y por el movimiento que hizo desde atrás del mismo, oblicuamente á vanguardia, hacia el Oriente, el batallón «Reforma,» de San Luis.

«Aprovechándose el Coronel Arratia de esta circunstancia, dijo á los desmoralizados soldados del batallón «Morelos,» que no había podido sacar de la iglesia, sin embargo de haber matado á tres con su propia espada, que el enemigo huía, como lo demostraba el hecho de que ya corría á perseguirle el batallón «Reforma,» de San Luis, que estaba retrasado respecto de ellos. Esto reanimó aquella tropa, que coronó de nuevo las alturas é hizo un vivo fuego, precisamente en los instantes en que las compañías del batallón «Reforma,» por la derecha, y los batallones 3º de Toluca y Fijo de Veracruz, por la izquierda, rompían los suyos al descubierto á cortísima distancia.

«Los franceses, que ya habían llegado al foso y berma de la fortificación, pretendían escalar las trincheras, hasta agarrándose de las bocas salientes de los cañones. El Gral. Zaragoza, que disponía de poco armamento, había ordenado que las armas portátiles de los ar-

tilleros se distribuyeran entre la infantería, creyendo que los artilleros estaban bastante armados con sus piezas. Por este motivo, los artilleros no podían rechazar el asalto de los franceses, sino usando de sus escobillones y palancas de maniobras, las cuales blandían furiosos sobre las cabezas que llegaban á lo alto.

«El hecho de que el batallón «Arratia» volviera á cubrir rápidamente las trincheras que había abandonado, y el nutrido fuego que inició, unido al conjunto de circunstancias dichas, determinaron, no sólo el que pudiera rechazarse la tremenda carga, sino que, derrotado, se pusiera en desordenada fuga el enemigo, quedando de tal manera decidida la suerte de la batalla.

«Al mandar el Gral. Laurencez la segunda Columna, movió también la de Infantería de Marina, Cazadores de África y Cazadores de Vincennes, que había quedado en la garita del Peaje, y ésta venía sobre el llano y plantío de cebada, atacando directamente las posiciones que yo ocupaba al Oriente de la ciudad, sobre la carretera. Me opuse á su avance, y el ataque que al efecto sostenía yo en el llano, precisamente tenía lugar cuando se verificaba el segundo del cerro. Al acercárseme el enemigo, los disparos de su cadena de tiradores empezaron á causar daño, no sólo á la cadena de tiradores nuestros, que, como he dicho antes, la formaba al frente el batallón Rifleros de San Luis, sino á las Columnas mismas. Así, pues, mandé retirar al paso veloz, por los flancos, á ese batallón, é hice avanzar, también al paso veloz, al batallón «Guerrero,» en columna, moviendo en pos de él los dos obuses y toda mi fuerza, incluso el batallón Rifleros de San Luis, que se reorganizaba á mi espalda. El batallón «Guerrero» retrocedió ante el fuego de la masa enemiga, que también había recogido sus tiradores, que eran zuavos.

«Al recibir esa masa, ya más cerca, el nutrido disparo del grueso de mis tropas y el de mis dos obuses, volvió caras muy pocos momentos antes de que fueran rechazados los asaltantes del «Guadalupe.» Sin pérdida de tiempo, ordené al Teniente Coronel D. Félix Díaz que cargara al sable, y lo hizo con brío, lanzándose á escape sobre las filas contrarias; pero de improviso se detiene ante una zanja infranqueable para la caballería, pero franqueable para la infantería perseguida, la cual encontró en aquel obstáculo su salvación, pues lo aprovechó haciendo fuego desde él, se reanimó y á su vez rechazó á la caballería. Como la derrota que yo causé al contrario, le obligó á tomar una dirección oblicua en su retroceso por la falda del cerro, y no por donde había avanzado á mi encuentro, en su huída se unió con los que

se retiraban del cerro de Guadalupe, haciendo ambos un fuerte total que ya me oponía una resistencia muy seria. Sin embargo, seguía yo avanzando mientras retrocedían, acercándoles espesas líneas de tiradores, y nutriendo, en cuanto era posible, el fuego de mis cañones, que lo hacían ganando terreno.

«A mi izquierda, y sobre el cerro, estaba formado en columna el batallón de Zapadores, que mandaba el Coronel D. Miguel Balcázar, que acababa de hacer la valiente defensa de la capilla de la Resurrección. Le previne, por medio de un ayudante, que efectuara un movimiento de avance paralelo al mío; me expuso que no estaba á mis órdenes, pero que me atendería si yo le ofrecía tomar sobre mí la responsabilidad de su conducta, á lo que le contesté afirmativamente. Apenas había recibido mi respuesta, cuando ejecutó con brío y mucho acierto su marcha á vanguardia.

«Cuando había yo avanzado en persecución del enemigo, más allá del alcance de los cañones de Guadalupe, recibí una orden del General en jefe, por medio del Capitán D. Pedro de León, uno de sus oficiales de órdenes, en que me prevenía que suspendiera la persecución. Contesté negativamente, y que yo explicaría mi conducta. En seguida se me presentó el Jefe del Estado Mayor, Coronel D. Joaquín Colombres, intimándome que no insistiera en dicha persecución, y que de no obedecer esa orden, tendría que explicar mi conducta, no al General en jefe, sino á un Consejo de Guerra; y como entonces me entendía ya con un oficial superior, le manifesté que el enemigo, en esos instantes, aunque no se había reorganizado, se retiraba amenazante, haciendo vueltas ofensivas; y que si yo suspendía mi obligado avance, no solamente suspendería él su marcha de retirada, sino que volvería, probablemente con decisión, sobre mí; que mi Columna era pequeña, y estaba muy lejos del Fuerte y de todas las tropas que habían quedado en segunda línea, de las cuales no podía, por eso, ser auxiliado con oportunidad; y que, como faltaban muy pocos momentos para que obscureciera, esperaba esos momentos para retrogradar, ejecutando, al efecto, favorecido por las sombras, falsos ataques, para evitarme una carga resuelta del contrario, ante el cual mantendría, hasta última hora, tiradores. El Coronel Colombres estimó justas mis observaciones, que fueron hechas con la brevedad que las circunstancias exigían, y me dijo, que aunque las órdenes que traía del General en jefe eran las que me había transmitido, siguiera yo adelante mi propósito, y que él explicaría la situación al superior.

«Verificada al caer las sombras, como indiqué, la retirada hasta

mi antigua posición, que era la «Ladrillera de Azcárate,» me presenté al Gral. Zaragoza en el atrio de la capilla de los Remedios; y habiéndole dado cuenta de todas mis operaciones, y especialmente de mi forzado avance, aprobó de lleno mi conducta.

«Mis tropas habían recogido las mochilas que el enemigo dejó al marchar sobre mí, y que no pudo recoger al retirarse por rumbo diverso del que traía al avanzar.

«Fué tan seria la refriega, que la bandera recibió cinco balazos en el paño y uno en su asta. Esta bandera me fué presentada, varios años después, con una acta, subscrita por los que, habiendo sido oficiales subalternos de ese batallón (el segundo de Oaxaca), eran ya Generales cuando me la presentaron, y son, entre otros, el Gral. D. Francisco Loaeza, el Gral. D. Guillermo Carbó y el Gral. D. Marcos Carrillo; y la conservo en mi sala de armas como un recuerdo honroso.

«La victoria fué tan inesperada, que nos sorprendimos verdaderamente con ella; y pareciéndome una ficción, divagué en la noche sobre el campo, para ratificar la verdad de los hechos con el mudo testimonio de los cadáveres del enemigo y los de nuestras fuerzas; con las conversaciones que los soldados tenían alrededor del fuego, y con las lejanas luces del campamento contrario.

«El parte que dió el Gral. Zaragoza de la batalla del 5 de Mayo de 1862, expresa el número de nuestra tropa, inferior á la francesa, si se descuenta la que quedó á las órdenes del Gral. D. Santiago Tapia, que se destinó á la defensa del perímetro interior de la ciudad, y que no entró en acción, porque no llegó á ser atacada. Inserto en seguida, por su interés histórico, el parte oficial de la batalla.» * (Memorias).

---

* Ejército de Oriente.—General en jefe:

«Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las Cumbres de Acultzingo, llegué á esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte á Ud. El enemigo me seguía á distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado á retaguardia de aquél la segunda Brigada de caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible le hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar la fortificación de la plaza, que hasta entonces estaba descuidada.

«Al amanecer del día 4 ordené al distinguido General C. Miguel Negrete, que con la segunda División de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y de montaña. El mismo día 4,

Al avanzar Porfirio Díaz contra los zuavos, el Subteniente D. Miguel González, abanderado del segundo batallón oaxaqueño, cae herido en el corazón por una bala; pero antes de caer, extiende el brazo y pone la bandera en manos de su compañero, el Teniente D. Manuel Varela, un soldado poeta, que recitando, poco antes de empezar la batalla, unos hermosos versos suyos, había jurado morir por su bandera.

Varela cae también, herido en la cabeza, pero cae abrazado á la gloriosa enseña de la patria, para morir envuelto en ella.

El Capitán D. Crisóforo Canseco, salva la bandera, tomándola de las manos del cadáver, y en seguida, para atender á su compañía, la entrega al Subteniente D. Domingo Loaeza, en los momentos en que el PRIMER EJÉRCITO DEL MUNDO huía de nuestros INDIOS, dejando sus heridos en el campo, y sus mochilas en poder del futuro vencedor de Miahuatlán y de La Carbonera.

Tal fué el principio de la heroica lucha entre Francia y el pueblo mexicano.... El final del gran drama, iba pronto á tener, por escenario, un cadalso expiatorio, y por sanción, un justo regicidio.

---

hice formar, de las Brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, tres Columnas de ataque, compuestas: la primera, de 1,082 hombres; la segunda, de 1,000, y la última, de 1,020, toda infantería; y además, una Columna de caballería con 550 caballos que mandaba el C. General Antonio Álvarez, designando para su dotación una Batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José, hasta las doce del día, á cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

«A las cinco de la mañana del memorable día 5 de Mayo, aquellas fuerzas marchaban á la línea de batalla que yo había determinado, y que verá Ud. marcada en el croquis adjunto; ordené al C. Comandante militar de artillería, Coronel Ceferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola á disposición del C. Comandante Militar del Estado, General Santiago Tapia.

«A la diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus Columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres, con dos baterías, y otra pequeña de 1,000, amagando nuestro frente. Este ataque, que no había yo previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando, en consecuencia, que la Brigada Berriozábal, á paso veloz, reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros de á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquéllos, para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al batallón «Reforma,» de la Brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros, que á cada momento se comprometían más en su resistencia. Al batallón de Zapadores de

«Rechazado de Puebla, Laurencez permaneció en los Álamos todo el día 6, esperando, aunque en vano, el auxilio de Márquez, y el día 7 se retiró con sus Columnas en dirección á Orizaba.

«Permanecimos dos días más en Puebla, durante los cuales se dieron algunas órdenes para la organización del cuerpo del ejército, y emprendimos la marcha en seguimiento del enemigo, marcha muy penosa para él, porque las lluvias habían puesto muy difícil el camino, y le faltaba ganado para su tren, que se hacía más pesado por el gran número de heridos que llevaba.

«Pasó aquél, al fin, las cumbres de Acultzingo, quedando nosotros en la cañada de Ixtapa y San Andrés Chalchicomula, por algunos días, esperando á la División de Zacatecas, mandada por el Gral. D. Jesús González Ortega, y la cual venía á incorporársenos.» (Memorias).

Mientras el General Zaragoza organizaba sus tropas para marchar sobre Orizaba, el traidor Márquez se había incorporado á las fuerzas invasoras, poniendo todas sus tropas á disposición de Laurencez.

Éste, que había logrado apoderarse de la posición del Chiquihuite,

---

la misma Brigada le ordené marchase á ocupar un barrio que está casi á la falda del cerro, y llegó tan oportunamente, que evitó la subida á una Columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas ejecutaron los franceses, y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería, situada á la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

«Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente. El ciudadano General Díaz, con dos cuerpos de su Brigada, uno de la de Lamadrid, con dos piezas de batalla, y el resto de la de Álvarez, contuvieron y rechazaron á la Columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones; ella se replegó hacia la hacienda de San José Rementería, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados, se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habían claraboyado las fincas; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía: por tanto, mandé hacer alto al ciudadano General Díaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité á conservar una posición amenazante.

«Ambas fuerzas beligerantes estuvieron á la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada á su campamento de la hacienda de los Álamos, verificándolo poco después la nuestra á su línea.

«La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, y cuya operación duró todo el día siguiente:

restablecido su comunicación con Veracruz y situado destacamentos en Córdova y en «El Potrero,» tuvo noticia de que una fuerza liberal había ocupado el cerro del «Borrego,» y dispuso que el capitán Diétrie, con una compañía del primer batallón, fuese inmediatamente á practicar un reconocimiento.

Las fuerzas que ocupaban dicho cerro, eran las de González Ortega, que retardándose en ejecutar las órdenes de Zaragoza, había obligado á este jefe á que aplazara para el día 14 el ataque preparado para el día 13.

A la una y media de la mañana llegó el capitán Diétrie, sin encontrar un solo centinela, y sorprendió una media batería, que apenas tuvo tiempo de disparar dos cañonazos.

El estampido de los cañones, en la obscuridad de la noche y casi en medio del campamento, desconcertó á las tropas liberales, que se atropellaron en espantosa confusión, mientras que Diétrie cargaba sobre ellas.

Aquello fué un desastre que nos costó muy caro: cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, siete cañones, algunos prisioneros y 300 dispersos.

---

y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquél, sí aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos, y ocho ó diez prisioneros.

«Por demás me parece recomendar á Ud. el comportamiento de mis valientes compañeros: el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío, y por sí solo los recomienda.

«El ejército francés se ha batido con mucha bizarría; su General en jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

«Las armas nacionales, ciudadano Ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer Magistrado de la República, por el digno conducto de Ud.; en el concepto de que puedo afirmar, con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano durante la larga lucha que sostuvo.

«Indicaré, por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve necesidad de mandar á las Brigadas O'Horán y Carbajal á batir á los facciosos, que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo de ejército de Oriente, de una victoria que habría inmortalizado su nombre.

«Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo, en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que á ella concurrieron.

«Libertad y Reforma. Cuartel general en Puebla, á 9 de Mayo de 1862.—I. ZARAGOZA.—Ciudadano Ministro de Guerra.—Mexico.»

Entre los muertos se contaban tres valientes jefes, los Coroneles D. Luis Pedraza, D. Dagoberto García y el Teniente Coronel D. Fortunato Alcocer. Sin la derrota de nuestra fuerza en el cerro del «Borrego,» probable es que Zaragoza se hubiese apoderado de Orizaba.

«Antes de que la División del General González Ortega se incorporara en San Andrés Chalchicomula á nuestra Columna, que era la mandada por el General Zaragoza, recibió órdenes de pasar la cordillera por Perote, para salir al Norte de Orizaba, por el rumbo de «La Perla,» y tomar el ramal de la sierra que remata en el cerro del «Borrego,» desde el cual se domina, á tiro de fusil, á Orizaba, con orden de permanecer allí sigilosamente en la noche, hasta que nuestra Columna, que había pernoctado en la hacienda de Tecamaluca y «El Ingenio,» atacara la ciudad por la garita de México y por el camino de la fábrica de Cocolapan, en cuyos momentos, la División de Zacatecas debía verificarlo por el Norte y Occidente, descendiendo por sorpresa del cerro, mientras su artillería, en posición dominante y próxima, haría terribles destrozos sobre el enemigo.

«Después de amanecer, el día 14, orgullosos los franceses por la fácil victoria que habían alcanzado en el cerro del «Borrego,» luego que descubrieron nuestra línea de batalla, que había sido formada al abrigo de la obscuridad, comenzaron á cañonearla. Mi Brigada no había tenido colocación en la formación de batalla, y había quedado situada entre la primera y segunda líneas, organizada en dos columnas: una compuesta de los batallones «Morelos» é «Independencia,» á mis inmediatas órdenes, y la otra, formada de los batallones «Guerrero» y «Aguascalientes,» que se me habían agregado en la nueva organización que se dió al ejército en Puebla después del 5 de Mayo, y cuya Columna mandaba el Teniente Coronel D. Luis Mier y Terán. Después de un cañoneo muy vivo, ejecutado por los franceses y contestado por nuestra artillería, salieron dos Columnas francesas sobre nuestra línea, á paso de carga, y entonces se me ordenó por el Cuartel-maestre, Gral. D. Santiago Tapia, que marchara, también á paso de carga, al encuentro de dichas Columnas. Durante nuestra marcha, el fuego de la artillería de los franceses sobre nuestra línea, era divergente, y el de nuestra artillería, sin contestar al fuego de las baterías enemigas, hizo los suyos convergentes sobre las cabezas de las Columnas contrarias, que retrocedieron antes de chocar con las nuestras; en seguida recibí orden de contramarchar también y ocupar uno de los claros que había en primera línea, en donde permanecimos hasta que anocheció.

«Una vez entrada la noche, fueron recibiendo órdenes, sucesivamente, los jefes de las Brigadas que formaban la primera y segunda líneas, para contramarchar á la hacienda de Tecamaluca. González Ortega se dirigió por la sierra á San Andrés Chalchicomula, con los restos de su División. A mí se me ordenó que la Brigada de mi mando fuera la última que se retirara, con la sección de artillería que estaba sobre la carretera á mis órdenes. Después de media noche, y cuando el movimiento había sido enteramente ejecutado por todas las demás tropas, me retiré á mi vez, por escalones, alternando con la Columna puesta á las órdenes del Teniente Coronel Terán, y llegué sin novedad á Tecamaluca, donde pasamos todo el día siguiente, para emprender en seguida la marcha á San Andrés Chalchicomula.» (Memorias).

Sr Gral. D. Porfirio Diaz

X.

GENERAL DE BRIGADA.

DEFENSA DE PUEBLA.

ESTANDO en San Andrés Chalchicomula, el señor General Díaz recibió del Gobierno la orden de marchar con su Brigada hasta Jalapa y encargarse interinamente del Gobierno del Estado de Veracruz, substituyendo á La Llave, que había sido llamado á la capital por D. Benito Juárez.

Cuando el General Díaz regresó á San Andrés Chalchicomula, el denodado Zaragoza, víctima del tifo, había ya fallecido en la Ciudad de Puebla.

Á la muerte del General Zaragoza, se dió el mando del ejército de Oriente al General D. Jesús González Ortega, y en la nueva organización de dicho ejército, quedó Porfirio Díaz con su Brigada, en la División de Berriozábal.

Entretanto, al saber Napoleón que sus tropas, juzgadas invencibles, habían sido derrotadas el día 5 de Mayo, decidió retirar el mando de ellas al General Laurencez y substituirle con Forey, que llegó á Veracruz á fines de Septiembre de 1862.

Nuevas y numerosas tropas francesas seguían siendo enviadas á nuestro territorio, y el 24 de Octubre del mismo año, se presentó Forey en Orizaba, mandando una potente División perfectamente armada.

Mientras Forey, por tres diversos caminos, emprendía su avance, nuestras tropas, sin dejar de hostigar al enemigo, se retiraban hacia

Puebla, que estaba ya fortificada y puesta en las mejores condiciones posibles de defensa.

El día 9 de Marzo de 1863, los Generales Bazaine y Douay, al frente de dos fuertes Columnas de diez mil hombres cada una, se detenían, el uno en Amozoc, y el otro en Acajete.

El 17 del mismo mes de Marzo, daba Forey principio á las operaciones de sitio, con 22,600 soldados franceses, 50 piezas de artillería y 7,500 reaccionarios ó traidores que le servían como auxiliares contra los defensores de la Patria.

En la mañana del día 18, dos poderosas Columnas, de diez mil hombres cada una, se desprendían del camino de Amozoc hacia dos opuestos rumbos, para ir estableciendo, fuera del alcance de los cañones de la plaza, su línea de circunvalación de la ciudad fortificada.

En la tarde de aquel mismo día, las dos Columnas se habían, á tal distancia, separado la una de la otra (unos cuarenta kilómetros), que varios jefes, y el General Díaz entre ellos, previo el permiso necesario, propusieron al General en jefe, batir primero, y en esa misma noche, á una de dichas dos Columnas, para caer después sobre la otra.

El General en jefe, tal vez por falta de aptitudes estratégicas, ó por simple cuestión de amor propio, no aceptó la oportuna y sensata medida propuesta por sus jefes subalternos, perdiendo así la más propicia ocasión de destrozar al enemigo.

Al día siguiente, las cabezas de aquellas dos Columnas se unieron en el cerro de San Juan, punto diametralmente opuesto al lugar de su partida.

La maniobra de circunvalación estaba terminada, y el 19 de Marzo, puestas ya en batería algunas de las piezas de los sitiadores, la voz de los cañones anunciaba el principio del combate.

Fué al empezar el sitio de la plaza, cuando un hombre valiente, D. Manuel González, que más tarde habría de ser General de División y Presidente de la República, se presentó al General Porfirio Díaz, pidiéndole un fusil y un puesto entre las filas del ejército republicano.

«D. Manuel González había llamado mi atención en varios encuentros, lo mismo en Oaxaca, en el ataque de la esquina del Cura Unda, el 8 de Enero de 1858, que cuando lo mandó Cobos, el 5 de Agosto de 1860, á cerrarnos la retirada para la sierra; pero tanto como admiraba su valor, se me había hecho odioso, porque en aquellos

tiempos de poca tolerancia, lo eran todos los enemigos que de alguna manera se distinguían.

«Por ese motivo, y no obstante que personas de su familia me habían hablado para que me interesase con el Gobierno, á efecto de que fuese admitido en nuestras filas, me había negado á hacerlo; pero un día, poco antes de que los franceses cerraran el sitio de Puebla, se me presentó, diciéndome poco más ó menos:

—«He solicitado de Ud., varias veces, que me ayudara á conseguir un lugar en las filas del ejército mexicano, con mi carácter de Teniente Coronel; Ud. se ha negado, ó no ha podido conseguirlo del Gobierno. Ahora ya no hay tiempo de formular solicitudes, porque al enemigo no sólo le tenemos dentro del país, sino muy próximo á atacar esta plaza; vengo á pedirle á Ud. otra cosa muy distinta: un lugar en sus filas y un fusil. Piense que, como Ud., también soy mexicano y sé morir por la patria.»

«Le contesté que á un hombre de sus antecedentes y que tan generosamente ofrecía sus servicios, no le podía poner en las manos un fusil; pero que tendría lugar á mi lado como un amigo, y que pronto le facilitaría la ocasión de que se diera á conocer....

«En efecto, cuando los franceses aún estaban estrechando el diámetro de su línea de contravalación, propuse un día al General en jefe ir á batir un puesto algo distante de sus vecinos y aún no comunicado con ellos, porque no se había terraplenado ó colocado puentes en las barrancas que los separaban entre sí.....

«Puse una compañía á las órdenes del Teniente Coronel Manuel González, la que maniobró tan bien y con tanto éxito en su operación, que á mi regreso, cuando todo había concluido, el General en jefe me preguntó quién mandaba aquella Compañía, y aproveché la ocasión para presentarle á González, mandándole en seguida que se retirase.

«Referí al General en jefe la manera con que este oficial se me había presentado, y entonces dió orden al Cuartel-maestre, que se hallaba presente, para que González fuera dado á reconocer como Coronel.

«No sé si fué por equivocación ó porque el General en jefe quiso darle el ascenso.....

«Se le quiso hacer pasar al Estado Mayor del Cuartel-maestre.... Supliqué al General en jefe que González quedara á mi lado para emplearlo como oficial de filas.

«El ejército de Oriente se concentró en Puebla, en Diciembre de

1862, y en Marzo siguiente comenzó el sitio por los franceses. Al principio, la Brigada de mi mando no tuvo colocación en la línea, y por varios días permaneció disponible como reserva.

«Cuando los franceses llegaron al frente de Puebla y comenzaron sus operaciones de sitio, destacaron una Columna como de diez mil hombres por nuestra izquierda, y otra igual por la derecha, que marcharon todo el día con la intención visible de envolver á la ciudad en una línea que iban estableciendo fuera de tiro de cañón, con intención también, muy marcada, de estrechar después su diámetro y tomar en la nueva línea posiciones definitivas. Observado ésto desde el cerro de Guadalupe, durante el día de esa maniobra, por los Generales La Llave, Berriozábal, Antillón, Negrete y por mí, fuimos todos juntos, previo permiso correspondiente, á proponer al General en jefe un plan de ataque, que debía ser ejecutado precisamente en esa noche, porque más tarde sería inoportuno.

«La cabeza de cada una de las Columnas que envolvían á la plaza, distaba de su centro y núcleo principal, diez ó doce horas de marcha, de día, y mucho más si se ejecutaba de noche, por los accidentes naturales del terreno, distando de nuestra línea de defensa dos tiros de cañón. Por consiguiente, podíamos atacar á una de esas Columnas, con seguridad de que el núcleo principal del ejército enemigo, no podría protegerla, y una vez derrotada, como era muy probable que sucediera, la fuerza victoriosa reforzaría la parte de nuestra línea que hacía frente al núcleo principal del enemigo, pues estando éste en la imposibilidad de proteger á sus Columnas, podría atacar á la plaza por el lado más próximo, y nuestras tropas de refresco atacarían á la Columna de la izquierda, para atacar después, todos juntos, al centro.

«El General González Ortega arguyó mucho, negándose siempre á aceptar nuestro proyecto, lo mismo que el General Mendoza. Después de media noche, y perdida toda esperanza, salimos cada uno á ocupar nuestros puestos muy desanimados, y previendo claramente cuál sería, como lo fué, el resultado del sitio....

(Al salir de esta entrevista, el General La Llave, dirigiéndose á los otros Generales, exclamó indignado: NO NOS QUEDA MÁS REMEDIO, QUE MORIR AQUÍ COMO MARRANOS).

«Y cuando al fin de dos días, se encontraron en el cerro de San Juan las cabezas de las dos Columnas francesas que nos circunvalaban, el enemigo instaló en él su Cuartel general, y la línea de contravalación quedó definitivamente establecida.

«El primer punto objetivo del enemigo, casi sin emprender operación importante en lo demás de la línea, fué el fuerte de San Javier. Estableció allí su primera paralela, amagando simultáneamente á dicho fuerte y á otro que le seguía por el Sur y que se llamaba «Redientes de Morelos.»

«Establecidas sus baterías en la segunda paralela, demolió con ellas, el 26 de Marzo de 1863, no sólo las fortificaciones, sino gran parte del edificio de San Javier, en donde estaba la Penitenciaría, y después de varios días de cañoneo muy vivo, lo tomó por asalto; y las tropas que lo defendían se retiraron á colocarse en las manzanas vecinas, presentando siempre al enemigo una línea de fortificaciones pasajeras.

«Continuaron los ataques casi diarios, por medio de los cuales los franceses seguían ocupando algunas manzanas, y nuestras fuerzas tomando sucesivamente las posiciones contiguas.

«En la noche del 1º de Abril de 1863, recibí orden para mover mi Brigada de la plaza de San José, uno de los lugares destinados á las reservas, para ir á guarnecer la línea de manzanas que había frente al enemigo, situado de Sur á Norte, y que se encontraban en esos momentos cubiertas por la Brigada que mandaba el Gral. D. Mariano Escobedo, quien había venido defendiendo sucesivamente la serie de puestos, sobre los cuales el enemigo avanzaba con trabajo.

«La línea en que me iba á establecer, comenzaba por el Sur con la manzana en que está el convento de San Agustín; seguía para el Norte la del Hospicio, y toda esa faja hasta la Merced, situada en el extremo Norte....

«La manzana vecina á las mías, hacia el Sur, que era la última de la ciudad, estaba guarnecida por el batallón «Sánchez Román,» de la División de Zacatecas.

«Colocando mis tropas, ocupé toda la noche, hasta que amaneció, en recorrer la serie de manzanas que se me encomendara, lo mismo que las trincheras que servían de pasaje para ligarlas entre sí, y en ordenar la ejecución de todas las obras que me parecieron convenientes para poner mi línea en mejor estado de defensa. No fuí atacado durante todo el día siguiente, y lo aproveché para reforzar mis fortificaciones, usando de todos los brazos disponibles.

«En los momentos en que yo relevaba á la Brigada del General Escobedo, fué ocupada por el enemigo la manzana del Hospicio, intercalada en mi línea, porque la fuerza que la cubría se había retirado sin esperar la que debía reemplazarla; y conocido el caso por el

Cuartel General, se me ordenó que no la disputara en esos momentos, sino que ocupara prontamente las que aún quedaban en nuestro poder....

«En consecuencia, interrumpida la línea de manzanas que yo defendía, por la del Hospicio, mi comunicación tenía que ser tardía, y por detrás de la línea defendida.

«Como á las 6 de la tarde del 2 de Abril de 1863, comencé á sentir trabajos de zapa, procedentes de la manzana del Hospicio, dirigidos contra la de San Agustín, por el frente de la casa conocida con el nombre de «Cuartel de San Marcos.»

«Al principio me parecieron subterráneos los golpes, pero á poco comprendí que se hacían perforaciones en los muros de la acera del Hospicio para sacar por ellas las bocas de los cañones, y batirme en brecha el Cuartel de San Marcos.

«Me situé, desde luego, en esa casa, reforcé, hasta donde era posible, las obras de defensa de los puestos que daban á ese frente y coloqué tropa dispuesta á defender los balcones. Llegado el momento del ataque, y listas ya las defensas construidas dentro de la casa, comenzó á las 8 de la noche el fuego de una batería, que destruyó el muro que separaba las dos puertas de una tienda que quedaban á la derecha del zaguán, y rompió, con todo y los refuerzos que tenía, las hojas que las cerraban, convirtiendo todo ello en una ancha brecha.

«El techo de la tienda era de bóveda muy sólida; y por ese motivo no cayó, como razonablemente debieron esperar los franceses, puesto que le habían destrozado la base.

«Durante el cañoneo, aplicaron los franceses un fuerte petardo á la puerta del zaguán del Cuartel de San Marcos, que previamente había yo reforzado por dentro con baldosas del patio, las del mismo zaguán, y con un gran hacinamiento de tierra. Debido á ésto, el petardo no causó el efecto esperado sobre la puerta, y los franceses tuvieron que asaltar por la brecha abierta en la tienda.

«El asalto fué resistido enérgicamente durante más de 2 horas....

«Hubo un instante solemne en que el ímpetu de la carga de los franceses, en el patio de la casa, desmoralizó á mis soldados, que llegaron á huir en desorden; pero lo pequeño de la horadación por donde tenían que pasar, no permitió que se retiraran todos. En esos momentos disparé personalmente, contra los franceses, un obús que tenía en el patio, cargado con metralla y apuntado para el zaguán, y la descarga á quema ropa, los aterrorizó á tal grado, que abandonaron el patio que empezaban á ocupar, y se replegaron al zaguán.

«Entre mis soldados que habían huído, lo hicieron los del pelotón que servía el obús, quedando solamente el cabo. Entre él y yo cargábamos de nuevo la pieza, cuando del enemigo en grupo, se adelantó sobre nosotros un zuavo, que probablemente habría matado al cabo, si no salgo á su defensa.

«Quise sacar, al efecto, mi pistola; pero con los golpes que había sufrido en la refriega, se había desarticulado, sin que yo me hubiese dado cuenta de ello, y me quedé con el puño en la mano, y el cañón en la funda; el cilindro rodó por el suelo: arrojé aquél inútil puño al pecho del zuavo y me adelanté sobre él para desarmarle; pero como sintiera el golpe, se creyó, sin duda, herido, porque había muchos disparos en esos momentos, y regresó rápido al zaguán en donde estaban sus compañeros. *

«El disparo del obús, y la retirada consiguiente de los franceses, reanimó á mis soldados que habían huído; muchos de ellos regresaron á su puesto, y parapetados en una fuente que se hallaba en el centro del patio, se defendieron tras ella y dirigieron fuego vivo sobre el zagúan, en donde había yo hecho una excavación para sacar material que sirviese de refuerzo á la puerta de la calle; esa excavación servía de abrigo á los asaltantes. Mandé, en tal concepto, al Teniente D. José Guillermo Carbó, con 50 hombres, que subiera al corredor del segundo piso de la casa, para batir desde allí á los que se cubrían abrigándose en dicha excavación. Como los fuegos de Carbó se hacían desde la altura, fueron tan eficaces, que poco los resistieron los franceses y se replegaron, al fin, á sus posiciones.

«Como á las diez y media de la noche, todo había concluido en la manzana de San Marcos.

«Una vez que el enemigo volvió á sus puestos fronteros, me adelanté con la tropa suficiente á cerrar la brecha que había abierto la artillería contraria, y á restablecer la terracería de defensa; obra costosa para nosotros, porque la hacíamos bajo el fuego de fusilería,

---

* Hablando de este episodio, ha dicho el Sr. Gral. Díaz: *había comprado esa pistola vieja en un montepío, pues en aquellos días, nuestras circunstancias pecuniarias eran malas.*

Si un General de Brigada se veía reducido á tal extremo, ¿cómo estarían los oficiales y soldados?

Digna de admiración es la conducta de aquellos esforzados mexicanos, que tan abnegadamente se batían por la Patria, encontrándose casi en la miseria.

mas al fin la terminamos, y quedamos en mediano estado de defensa para el caso de nuevo ataque, que tuvo efecto al día siguiente.

«Me ocurrió mandar hacer una serie de diez perforaciones en la bóveda de la tienda, poniendo en cada una de ellas á un soldado con una mecha encendida en la mano y cuatro granadas, con sus mechas respectivas, unidas todas por el centro, para poderlas incendiar á la vez, con orden de verificarlo y echarlas por la perforación, en caso de que el enemigo llegara nuevamente hasta donde antes lo hizo.

«Poco después que había terminado el referido asalto, vinieron á avisarme que en la calle de Las Cabecitas, que pertenecía también á mi línea, era atacado el Coronel D. Miguel Balcázar, jefe de esa manzana, y que se me había agregado esa misma noche, por lo insuficiente de mi Brigada, para cubrir la faja de manzanas cuya defensa se me encomendó. Me trasladé inmediatamente al sitio indicado, y encontré que los franceses habían seguido el mismo procedimiento empleado horas antes contra el Cuartel de San Marcos, esto es, que después de abrir brecha con su artillería, lanzaron por ella una Columna que, aunque fué resistida enérgicamente, ocupó el primer patio de una casa que tenía el segundo muy largo, y que por esa razón se llamaba la casa de la Cerbatana.

«Llegué en los momentos en que se perdía el citado primer patio, y ayudado por el Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez, atravesé un mostrador viejo de madera á la entrada del segundo patio, que se reforzó con otros objetos; y corriendo, volando, coloqué allí algunos soldados. El callejón que formaba el segundo patio, fué defendido heroicamente, y como quedaron cortados dos pelotones de nuestros zapadores en algunas piezas del primer patio, se batieron allí por más de cinco horas que éste permaneció ocupado por los franceses; así es que mandé perforar los muros para comunicarme con aquellos valientes zapadores, á quienes pude, en tiempo, proveer de municiones.

«Practicada esa operación, y contando ya con el concurso de los soldados aislados que secundaban mi empuje, logré arrojar á los zuavos á la calle, cubriendo en seguida la brecha por donde habían entrado; y por medio de aquellas perforaciones y de aspilleras para fusil, preparé la forma de hacer fuegos convergentes hacia esa brecha, para el caso de que sus defensores se vieran obligados á retroceder, como acababa de pasar. Toda esa operación acabó al amanecer del 3 de Abril, y en ella se hizo notable, por su valor temerario, el citado Sr. Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez, auditor del ejército.

«El 3 de Abril, como á las nueve de la mañana, comenzó un cañoneo de la misma mencionada manera, frente á una casa perteneciente á la propia manzana del Cuartel de San Marcos, por su lado Oriente (pues tal cuartel tenía su frente al Norte). Había encomendado al Coronel de mi Estado Mayor, D. Manuel González, la defensa de esa casa con una Compañía del batallón «Morelos,» de que era Capitán D. Máximo Velasco.

«Como ya el sistema de ataque de los franceses comenzaba á serme familiar, la defensa fué menos difícil. Los cañones usados en esa ocasión, eran más poderosos que los de que se habían servido en los dos ataques anteriores, pues no solamente destruyeron con sus proyectiles el muro exterior, sino dos más que le seguían paralelamente. Cuando llegué al lugar del ataque, estaba abierta una ancha brecha, que tenía las dimensiones de una calle. No pudieron, sin embargo, los franceses dar el asalto, porque durante el cañoneo se les desplomaron los techos de la habitación en que habían colocado sus cañones, los cuales fueron cubiertos con el pesado escombro. En aquellas circunstancias, mandé salir á la calle al Coronel González con sus soldados, con objeto de apoderarse de la batería; pero ésto fué imposible, porque tenía encima materiales que no era fácil remover bajo los cercanos fuegos transversales, que muy nutridos nos hizo el enemigo. Desistimos de la empresa, y pudimos, sin peligros, cubrir nuestra brecha, por no haber enemigo en la acera de enfrente.

«En la noche incendiamos el edificio desplomado, perdiéndose allí, por consiguiente, los montajes de los cañones, de los cuales, algunos, que habían quedado cargados, se dispararon á virtud del incendio.

«El Coronel González fué herido al finalizar este combate.

«Apenas concluido el ataque contra esas posiciones de González, y sin que precediera fuego de cañón, se lanzaron dos pelotones de zuavos por la brecha mal cubierta del Cuartel de San Marcos, donde habían atacado la noche anterior; y dado que el paso por el zaguán era difícil, y estaba defendido desde el patio, se aglomeraron los zuavos en la tienda. En esos momentos, los soldados que la cuidaban, desde las perforaciones del techo lanzaron simultáneamente las cuarenta granadas de mano que con anterioridad estaban preparadas; y como la sucesión de detonaciones conmovió mucho la casa, los soldados mexicanos abandonaron sus puestos y se replegaron al corredor, porque creyeron que la parte frontera de la casa se iba á derrumbar. No sucedió así, y al desaparecer los espesos nubarrones de

polvo y humo levantados por la explosión de las granadas, se advirtió que los zuavos se habían retirado á sus posiciones, dejando entre nuestros escombros, muertos y heridos graves, que no pudieron huir, y se limitaron á cañonearnos desde enfrente.

«Después de ese ataque, no volvieron los franceses á intentar nada contra mi línea.» (Memorias).

Veamos ahora lo que á propósito del ataque á la manzana del Cuartel de San Marcos, ha dicho uno de los jefes enemigos, el Capitán G. Niox, del Estado Mayor de Forey:

«Todas éstas eran dificultades imprevistas. El General en jefe dió orden de sitiar en regla cada una de las manzanas....

«Pero en la noche del 2 al 3 de Abril, se tuvo que hacer un alto, por causa de la manzana número 26, en que se hallaba un cuartel (el de San Marcos).

«Después de haber atravesado la calle bajo un nutrido fuego de fusilería, la Columna de ataque, compuesta de un destacamento del 3º de Zuavos, penetró en el edificio, y dió con un departamento obscuro, sin más salida que un estrecho pórtico, por el cual era necesario desfilar uno á uno, al frente de dos obuses. Treinta hombres y el Capitán Galland á su cabeza, se lanzaron por ese paso, y por él llegaron á un patio rodeado de muros almenados, en donde se hallaron con todas las escaleras destruidas y todas las salidas barricadas. Agobiados por una lluvia de metralla, de granadas y de fusilería, se vieron obligados á batirse en retirada y todos volvieron heridos.

«En ese mismo instante, el Comandante Longueville se lanzaba de la manzana número 7 sobre la número 27 (casa de la Cerbatana), con dos compañías del 51º y una sección del Cuerpo de Ingenieros; y después de haber penetrado en la primera casa, vino á chocar con un muro paralelo á la fachada y en que había dos líneas de almenas. El Capitán Melot logró, sin embargo, sostenerse en un cuarto, en donde se hicieron esfuerzos para protegerle, por medio de un camino cubierto á través de la calle; pero el fuego de fusilería de las azoteas, y la metralla de una barricada cercana, impidieron ese trabajo.

«El General Berthier intentó, infructuosamente, dar la vuelta á dicha barricada, con dos compañías del 1º de Zuavos, las que, recibidas por un fuego terrible, se vieron forzadas á retroceder. Se dió entonces la orden de evacuar esa posición insostenible; mas para ello era preciso pasar de nuevo á descubierto bajo las descargas de metralla que barrían las calles. Todos nuestros heridos fueron, sin em-

bargo, transportados en hombros y á paso veloz; al amanecer del día, la Compañía de Granaderos del Capitán Melot, abandonó la casa en donde había dado tan bello ejemplo de valor y de firmeza.

«El día 3 de Abril se renovó el ataque sobre la manzana número 38 (San Marcos); tres compañías de los batallones 1º y 18º de Cazadores de á pie, se arrojaron con la mayor intrepidez, y después de haber penetrado por las brechas, los cazadores llegaron hasta los cuartos interiores, cuyas entradas hallaron todas sólidamente obstruidas, y los muros guarnecidos con tres órdenes de almenas, con los techos llenos de claraboyas: ante tales obstáculos tuvieron que replegarse. Se abandonó el ataque sobre el cuartel, y se trató entonces de ocupar la manzana número 34; mas no habiendo dado resultado un petardo que se adhirió á una puerta ó cochera, se comenzó á colocar una doble línea de gaviones para poder atravesar la calle. También esta operación atrajo sobre nuestros soldados un fuego de tal modo vivo, que los gaviones fueron destruidos por las balas, que hirieron á todos nuestros zapadores. Fué, pues, preciso renunciar á ello. Se taparon las aberturas trazadas en la manzana número 25 (Iglesia de San Marcos) que se habían hecho para la salida de las Columnas de asalto, y la artillería se limitó á hacer fuego sobre San Agustín, con el fin de impedir al enemigo que extinguiera un incendio que allí se había declarado.

«El General en jefe se trasladó á la manzana de San Marcos, para examinar por sí mismo los obstáculos contra los cuales se habían estrellado los esfuerzos de nuestras tropas. Vió por todas partes barricadas erigidas y provistas de piezas de artillería; murallas almenadas, azoteas cubiertas con sacos de tierra; las cúpulas y campanarios de las iglesias, cubiertas de tiradores perfectamente á cubierto. Pudo, pues, convencerse personalmente de las dificultades que presentaban esos ataques á viva fuerza, en que se perdían los más valientes soldados, porque siendo éstos los que van siempre á la cabeza de las Columnas, caían naturalmente los primeros. Comenzó entonces por disponer que se emprendiera la construcción de galerías de zapa.» (Niox.—Expedition du Mexique).

Sin duda, el Capitán Niox ha exagerado los recursos de la defensa para disculpar el fracaso del ataque á la manzana del Cuartel de San Marcos.

Veamos la relación del ataque sobre otras manzanas, hecha por el mismo General Porfirio Díaz:

«El día 5 de Abril comenzó un fuego en brecha, procedente del

lado de la manzana del Hospicio que ve al Oriente, sobre la manzana que defendía el General D. Ignacio de La Llave, en la calle de la Estampa de San Agustín, y siguió el día 6.

«Familiarizados ya con el sistema de ataque de los franceses, comprendimos que una vez practicable la brecha, vendrían las Columnas de asalto. Con este motivo nos preparamos á resistirlo. El General Berriozábal puso, en la trinchera que ligaba á San Agustín con su manzana vecina hacia el Oriente, dos cañones para batir á metralla la calle que debía atravesar la Columna que asaltaría las posiciones del General La Llave, y cubrió los balcones de una y otra acera con infantes que tenían igual objeto.

«Cuando se supuso que era inminente el asalto, corrí con un grupo de cabos y sargentos sobre las azoteas barridas por los fuegos de los balcones del Hospicio, á caer en un patio de la última casa que hacía frente al Hospicio mismo, dejando establecida una cuadrilla de zapadores que hicieran perforaciones para facilitarme una comunicación menos peligrosa al efectuar el regreso. De pronto importaba aprovechar, á todo trance, los instantes.

«En la bajada al patio de la casa de la esquina, que verificamos sin escalas, se me inutilizaron dos soldados; pero con los que quedaron disponibles, sostuvimos por las puertas de la tienda, rápidamente aspilleradas, un fuego casi á quema ropa sobre la Columna que atacaba al General La Llave, la cual fué cortada con nuestros fuegos, á los que se unían los que recibía de la trinchera y balcones de la calle de San Agustín.

«Así, la cabeza de la Columna asaltante quedó dentro del perímetro defendido por los nuestros y se vió obligada á rendirse.» (Memorias).

El jefe de la fuerza rendida era el Teniente Gallard, que á las primeras intimaciones que se le hicieron, contestó arrogantemente: *Jamás se rinden los zuavos.* Poco después, se rindió á discreción con los treinta y tantos zuavos que le quedaban.

«Al comprender Forey la desmoralización producida en sus tropas por esta serie de fracasos, reunió á sus Generales en Consejo de Guerra, para discutir si era de suspenderse el sitio hasta la llegada de nuevos refuerzos y más artillería: se resolvió proseguirlo, y continuaron los ataques.

En la tarde del día 19 de abril, estando al acaso en la manzana que mandaba el Coronel Sánchez Román, contigua á mi línea, fué aquélla atacada vigorosamente, precediendo al asalto un cañoneo en

brecha, que rompió el muro de una zahurda que limitaba con la calle. La trinchera de esta manzana estaba trazada en curva, y defendía todo el lado que ve al Occidente y la mitad del que ve al Sur; y se había destruido toda la construcción interior que quedaba fuera del glacis, para dar campo de tiro á la trinchera, quedando solamente como cortina ó máscara de la fortificación, unas bajas tapias que daban á la calle.

«Cuando la brecha estuvo abierta, me ocurrió que un pelotón de Rifleros, armados de revólvers, oculto en la zahurda á que antes me referí, podría contener el asalto, puesto que sólo por esa brecha podía emprenderse, y fuí personalmente, pasando el foso por una viga, á establecer el destacamento, á la sazón que los franceses habían penetrado por la extremidad opuesta de la misma calle, sin abrir brecha, y habiendo forzado una puerta por medio de un petardo.

«Así, cuando regresé de colocar el destacamento, los zuavos estaban ya dentro de nuestras trincheras é hicieron prisionero el destacamento que yo había colocado en la brecha, menos á dos ó tres soldados que, como yo, pudieron escalar las azoteas y caer á otras casas que aún estaban ocupadas por tropas mexicanas, y salir de allí con ellas á la calle, donde hicimos una suprema defensa, que impidió el paso de los zuavos, más allá de la manzana del mando de Sánchez Román, á la que llamábamos la manzana del «Mesón de la Reja.»

«Tuve la desgracia de presenciar, y hasta de ser actor en la pérdida de esa manzana, sin que las tropas que la defendían estuvieran á mis órdenes, porque me dió pena retirarme en los momentos en que se daba el ataque.

«El 25 de abril de 1863, tuvo efecto el ataque al fuerte de Santa Inés, que mandaba el Gral. D. Miguel Auza, y el cual fué de los más reñidos y notables.

«El ataque de Santa Inés, procedió de la manzana del «Mesón de la Reja,» que pocos días antes le habían arrebatado los franceses á Sánchez Román. El lado de la manzana de San Agustín, que hace frente por el costado Sur á la del «Mesón de la Reja,» no es de altos, sino que se limita con la calle por la barda de la huerta; pero tiene una serie de piezas bajas, cuyas azoteas estaban barridas por los fuegos de fusilería, procedentes de los balcones del «Mesón de la Reja.»

«Durante el ataque á Santa Inés, los fuegos, tanto de mi trinchera, que estaba en la calle, con frente para donde debían pasar las Columnas de los asaltantes, como los de los balcones de ambas aceras de la calle de San Agustín, eran muy eficaces sobre esas Columnas,

pero no me parecieron suficientes; y en los momentos en que el ataque era más reñido, saqué, por una de las puertas que daban á las azoteas de los cuartos bajos de la huerta, unos pelotones, que sobre dichas azoteas llegaron hasta las de la esquina, bajo los fuegos dominantes que nos hacía el enemigo; y con tales pelotones y los otros colocados en los balcones de enfrente, se ocasionaron tantas pérdidas á las Columnas de asalto, que, paralizado su movimiento de avance, quedó cortada una parte de su fuerza, que había ya penetrado al convento de Santa Inés. El resto retrocedió al fin á sus posiciones, dejando en nuestro poder á sus compañeros de vanguardia, que eran ciento treinta hombres del primer regimiento de Zuavos, con siete oficiales.

«Centenares de cadáveres de soldados franceses, entre los que se veían los de algunos Oficiales, dejaron marcada la marcha sobre nosotros, dentro y fuera de nuestros parapetos.

«Al día siguiente, el Gral. González Ortega dió algunos ascensos á Oficiales que habían tomado parte en este combate, y me mandó á mí el de General efectivo de Brigada, cuyo nombramiento fué confirmado en seguida por el Gobierno Federal.» (Memorias).

No cabría en los límites de esta obra, una completa y detallada descripción de la heroica defensa de Puebla.

El ejército mexicano cumplió con su deber hasta el último momento; pero las fuerzas sitiadoras eran muy superiores á las nuestras, en número, recursos y armamento.

Los víveres y el parque estaban agotados en la plaza sitiada.

El esperado auxilio del cuerpo de ejército de Comonfort, fracasó con la derrota de este jefe en San Lorenzo; y el Gral. González Ortega tuvo que sucumbir ante el fatal encadenamiento de los hechos.

Verdad es que algunos de los Generales mexicanos habían propuesto, en varias oportunas ocasiones, abandonar la plaza para salvar así al ejército de Oriente y proseguir la lucha en distintas condiciones; pero el Gral. González Ortega, obcecado por la obsesión de la defensa, prefirió sacrificar aquel glorioso ejército é inutilizar el armamento.

Sesenta y dos días duró la épica defensa, cuyo triste y honroso desenlace puede apreciarse, en toda su grandeza, por los siguientes datos oficiales:

«Orden General del Cuerpo de Ejército de Oriente, del día 17 de Mayo de 1863, á la una de la mañana.

«No pudiendo seguir defendiéndose la guarnición de esta plaza,

por la falta absoluta de víveres y por haber concluido las existencias de municiones que tenía, á extremo de no poder sostener hoy los ataques, que probablemente dará el enemigo á las primeras luces del día, según las posiciones y puntos que ocupa, y conocimiento que tiene de la situación en que se halla esta plaza; oído, además, por el señor General en jefe, el parecer de muchos de los señores Generales que forman parte de este ejército, cuya opinión va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo señor General en jefe: que para salvar el honor y decoro del cuerpo de Ejército de Oriente y de las armas de la República, de las cuatro á las cinco de la mañana de hoy, se rompa todo el armamento que ha servido á las Divisiones durante la heroica defensa que han hecho de esta plaza, y cuyo sacrificio exige la Patria, de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningún aspecto, utilizarlo el ejército invasor. A la misma hora, el señor Comandante general de artillería, dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada esta plaza.

«A la hora ya citada, esto es, de las cuatro á las cinco de la mañana, los señores Generales que mandan Divisiones, á cuyo celo y patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan Brigadas, disolverán todo el ejército, manifestando á los soldados que con tanto valor, abnegación y sufrimientos, defendieron la ciudad, que esta medida que se toma, porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad, no los excluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron; y que, por lo mismo, el citado señor General en jefe, se promete que cuanto antes se presentarán al Supremo Gobierno, para que, en torno suyo, sigan defendiendo el honor de la bandera mexicana, á cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo.

«Los señores Generales, jefes, oficiales y tropa de que se compone este ejército, deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza, y de que si ella va á ser ocupada, es debido, no al poder de las armas francesas, sino á la falta de víveres y municiones, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora, toda ella, con sus respectivos fuertes, se halla en poder del ejército de Oriente, á excepción del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

«A las cinco y media de la mañana se tocará parlamento y se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes y en cada una de

las manzanas y calles que dan frente á las manzanas y calles que ocupa el enemigo.

«A la misma hora estarán presentes los señores Generales, jefes y oficiales de ese ejército, en el atrio de Catedral y Palacio de Gobierno, para rendirse prisioneros; en el concepto de que, respecto de este punto, el General en jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros; y por lo mismo, los señores Generales; jefes y oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean más conveniente á su propio honor de militares y á los deberes que han contraído para con la Nación. Los caudales que existen en la comisaría, se repartirán, proporcionalmente, entre la clase de tropa.

«De orden del señor General en jefe.—El Cuartel-Maestre general.—Mendoza.»

Documento que pretendió Forey fuese firmado por los jefes mexicanos:

«Corpse xpeditionnaire de Mexique.—Etat Major géneral.—Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos, hechos prisioneros, nos comprometemos, bajo nuestra palabra de honor, á no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada; á no mezclarnos en nada, por escrito ó por actos, en los hechos de guerra ó de política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, y á no corresponder con nuestras familias y amigos, sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.

«Cerro de San Juan, á 18 de Mayo de 1863.»

Contestación de los jefes mexicanos:

«Zaragoza, 18 de Mayo de 1863.—Cuerpo del Ejército de Oriente. Prisioneros de guerra.—Los Generales prisioneros que subscriben, pertenecientes al ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy, del Cuartel general del ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohiben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se los prohiben también sus convicciones y opiniones particulares.—*Jesús G. Ortega.—Francisco Paz.—Felipe B. Berriozábal.—Florencio Antillón.—Francisco Alatorre.—Ignacio de la Llave.—Alejandro García.—Epitacio Huerta.—Ignacio Mejía.—José M. Mora.—Pedro Hinojosa.—José María Patoni.—Joaquín Colombres.—Domingo Gayosso.—Antonio Osorio.—Eutimio Pinzón.—Francisco de Lamadrid.—Porfirio Díaz.—Luciano Prieto.—J. B. Caama-*

ño.—Mariano Escobedo.—Manuel Sánchez.—Pedro Ríoseco.—Manuel G. Cosío.—Miguel Auza.—Jesús Loera.»

Para explicar nuestro desastre en Puebla, bastará con leer el sincero final del parte que al Gobierno rindió el hábil abogado y torpe General, á cuyo mando se sometió el abnegado ejército de Oriente:

«He concluido, señor Ministro. Multitud de faltas habré cometido en el desempeño del cargo que me confiriera el Supremo Gobierno, respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza; pero de esas faltas me escuda la lealtad, honradez y buena fe con que he procedido, y muy especialmente la circunstancia de no ser soldado de profesión, y de que hace poco que los acontecimientos políticos de mi patria, me dieron una espada para defender las libertades y derechos del pueblo, contra los fueros y las clases privilegiadas de México.

«Sírvase Ud. dar cuenta con esta nota al C. Presidente de la República, y admitir las protestas de mi respeto y subordinación.

«Independencia, Libertad y Reforma.—Zacatecas, Septiembre 16 de 1863.—Jesús G. Ortega.*

«C. Ministro de Guerra y Marina.—San Luis Potosí.»

---

* Parte general que dió al Supremo Gobierno de la Nación, respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza, el C. Gral. Jesús González Ortega.

Taxco (de la obra "Ciudades Coloniales," de Peñafiel).

XI.

GENERAL DE DIVISIÓN.

ASALTO Y TOMA DE LA PLAZA DE TAXCO.

LOS Generales mexicanos, prisioneros en Puebla, fueron á poco tiempo deportados á Francia; Porfirio Díaz debía marchar entre ellos.

«Al rehusarme á firmar el acta, me consideré con el derecho de evadirme, si podía hacerlo, puesto que el enemigo había tomado todas sus precauciones, al grado de tener apostado un centinela en la puerta de los cuartos donde dormíamos. Así, pues, el 21 de Mayo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, estando en la prisión, me quité mi uniforme, á todo riesgo, en los momentos en que entraban y salían los deudos y amigos de los prisioneros, para despedirse de ellos.

«Comprendí que era fácil que no me distinguieran entre los entrantes y salientes; bajé resueltamente la escalera, embozado en un *plaid*, cosa que no era notable, porque hacía mucho frío; y para que el centinela no me marcara el alto, y me hiciera pasar por un reconocimiento, como lo hacían con todos los que salían, aunque fuesen paisanos, pensé que sería bueno dirigir algunas palabras al oficial de guardia, para que el centinela, al verme salir, después de haber hablado con el oficial, tuviera menos sospecha. Con esta intención llegué al zaguán; pero me encontré con que el Comandante de la guardia, que estaba allí de pie, era el Capitán Galland, del 3º de zuavos, que habiendo sido prisionero nuestro, había hecho conmigo alguna amistad. En consecuencia, ya no le dirigí la palabra, sino que

simplemente le saludé y salí á la calle, sin que me conociera, aunque probablemente sospechó algo, porque en seguida subió á ver si estaba yo al lado de mis compañeros. Varios de éstos lograron también evadirse de la prisión, ya en Puebla, ya en el camino, y al fin pocos salieron para Europa.

«Tuve muchas dificultades en mi tránsito, porque las calles de Puebla estaban vigiladas por fuerzas de traidores; pero afortunadamente encontré á un amigo que me llevó á su casa, donde se había refugiado también el Gral. Berriozábal, que, como yo, se escapó de la prisión, y que contaba con el apoyo de uno de los oficiales traidores, quien nos facilitó la salida de la ciudad, obteniendo el santo y seña de la plaza, y pasándonos con los suyos, como si perteneciéramos á su patrulla, todo á cambio de una remuneración pecuniaria que Berriozábal le pagó. El Dr. Cacho, que era de los que acompañaban al Gral. Berriozábal, se quedó en Puebla, para que yo pudiera salir en su lugar y hacer uso de su caballo.

«Caminamos toda la noche por los montes, á fin de evitar el camino real, y nos perdimos de tal modo, que al amanecer del día siguiente nos encontramos otra vez frente á Puebla, oyendo los alertas de los centinelas que estaban á las orillas de la ciudad. Nos dirigimos entonces al pueblo de San Miguel Canoa, y presentándonos como oficiales de los traidores, porque sabíamos que el cura era amigo de Almonte, le suplicamos que nos diera un guía que nos llevara á Tlaxcala. De allí nos dirigimos á la hacienda de Techalote, y después á Apam, en donde encontramos una pequeña fuerza de caballería, que protegió nuestro arribo á la capital, cuando ya se nos perseguía de cerca, pues el cura aludido, sospechando de nosotros, dió aviso de nuestro paso por San Miguel, y á virtud de ello fuimos seguidos con empeño, pues se juzgó, por las noticias que transmitieron, quiénes podíamos ser.» (Memorias).

Tres días después de su fuga de Puebla, el Gral. Díaz se presentaba en el Palacio Nacional á D. Benito Juárez, quien le indicó que deseaba nombrarle Secretario de Guerra.

«Manifesté al Presidente que causaría mal efecto mi nombramiento; que había en el ejército muchos jefes viejos, como Echegaray, Parrodi y otros; que yo era demasiado joven para tan altos puestos, y no era conveniente darles un pretexto plausible para abandonar nuestras filas.

«En esos momentos entraban el Ministro Terán y D. José María Iglesias, con algunas otras personas, y suspendimos la conversación,

diciéndome el Sr. Juárez que al día siguiente, temprano, volveríamos á hablar.... Le vi al día siguiente, y al contestarme el saludo, me dijo que había pensado bien lo que yo había dicho, y que era muy posible que yo tuviera razón, y me ofreció el mando de una División. Formé á mi gusto la División que debía mandar, y con ella emprendí la marcha para Ayotla, con objeto de cubrir la carretera abierta al enemigo.» (Memorias).

El 29 de Mayo fué decretada la traslación de los Poderes de la Federación á la Ciudad de San Luis Potosí; el 31 del mismo mes clausuraba el Congreso su período de sesiones, y algunos días después, el Presidente Juárez, acompañado por el personal de su Gobierno, abandonó la Capital, habiendo antes ordenado al Sr. Gral. Díaz, que con su División viniese á incorporarse con el Cuerpo de ejército que mandaba el Gral. D. Juan José de la Garza.

El Gral. Díaz se incorporó á dicho ejército en el «Contadero,» sobre el camino de Toluca, y por haberse adelantado el Sr. de la Garza, quedó al mando de todas las tropas, y prosiguió su marcha en pos del Sr. Juárez.

No bien se había hecho cargo del mando de las fuerzas, cuando se sublevó uno de los batallones de la Guardia Nacional de México, el que marchaba á retaguardia de la Columna, y cuyos jefes, el Coronel Rangel y el Teniente Coronel D. Pedro de Garay, se habían ocultado en la capital, para no salir al frente del referido batallón.

Una sublevación en marcha, constituia tan grave falta, que mereció ser castigada con ejemplar severidad.

«Perseguí á los sublevados, matando algunos; aprehendí á casi todos los demás, y los diezmé después en el llano de Salazar, en presencia de las tropas formadas.» (Memorias).

Al llegar á Querétaro, el Gral. Díaz se ocupó en mejorar las condiciones de las tropas, reducidas á un gran extremo de desorganización y de miseria.

«A pocos días llegó el Gral. Garza con las otras dos Divisiones de su Cuerpo de ejército, enteramente destrozadas; pues además de que las mulas eran insuficientes para conducir su artillería y bagajes, algunos jefes habían dispuesto de parte de ellas para usos propios, y el camino estaba regado con piezas de artillería y material de guerra, siendo también de consideración las deserciones que habían sufrido muchos Cuerpos. El Gral. Garza salió para San Luis y entregó el mando del Cuerpo de ejército al Gral. Echegaray, con cuyo jefe las cosas marcharon mejor.» (Memorias).

A Querétaro llegó, procedente de San Luis Potosí, el Gral. Berriozábal, que se había encargado de la Secretaría de Guerra, y en la orden general, dió á reconocer al Sr. Gral. Díaz como jefe del Cuerpo de Ejército del Centro, sirviéndole el Gral. Echegaray de Cuartel-Maestre.

«Comenzamos entonces una seria organización, refundiendo en un solo batallón cada dos ó tres batallones diminutos, y empleando la mayor parte de los días en recomposición de armamento, de material de artillería y trenes, adquisición de mulas, establecimiento de academias de oficiales, ejercicios de tropa, y todo lo que era indispensable para dar á la fuerza la verdadera forma militar que iba perdiendo. Situé una División en Celaya, otra en Salvatierra, una Brigada de observación en Arroyo Zarco, y dejé el núcleo principal en Querétaro.

«En seguida, y por orden del Ministerio de la Guerra, cambiamos el Cuartel general á Acámbaro, donde permanecimos muy poco tiempo, porque los movimientos del enemigo nos hicieron comprender que su punto objetivo era Querétaro.» (Memorias).

En Acámbaro se incorporó al Estado Mayor del Gral. Díaz, un antiguo condiscípulo, un estimado y leal amigo suyo, el Sr. Matías Romero, que más tarde fué muy notable como Ministro de Hacienda.

«Romero había acompañado al Sr. Juárez, en el año de 1858, en su marcha de Guanajuato á Guadalajara, Manzanillo, Panamá y Veracruz, en donde permaneció, hasta que en Diciembre de 1859, fué enviado como Secretario de nuestra Legación en Washington; á poco volvió á México D. José M. Mata, que era el Ministro; quedó Romero como Encargado de Negocios, con cuyo carácter permaneció hasta fines de Abril de 1863, en que desanimado, porque no creyó prestar servicios eficaces al país, en vista de la crítica situación que guardaban los Estados Unidos, que á la sazón se hallaban en lo más serio de la guerra civil, lo cual les hacía tener algunas condescendencias con los franceses, y deseando tomar las armas en defensa de la independencia, se vino con licencia á San Luis Potosi; renunció allí su empleo el 16 de Julio siguiente, y solicitó servir á mis órdenes. El Sr. Juárez le dió el despacho de Coronel efectivo del Ejército Permanente, y orden de que se me incorporara en Acámbaro, lo cual hizo poco después. Yo le coloqué como jefe de mi Estado Mayor y Secretario.» (Memorias).

Durante los días en que el Sr. Comonfort se había interinamente encargado del Ministerio de la Guerra, y en vista de la difícil

situación del Gobierno, que se sentía muy débil para oponerse á los avances del invasor en los Estados del Centro, el Gral. Díaz fué llamado á San Luis Potosí.

«El Gral. D. Ignacio Comonfort fué nombrado Ministro de la Guerra, y el Gobierno me llamó á San Luis Potosí, para discutir un plan de campaña con los Generales Comonfort y Berriozábal; y como resultado de esa conferencia, dispuso el Gobierno que, con la primera División, marchara yo á Oaxaca, por los Estados de Querétaro, México y Guerrero, estableciendo en Oaxaca mi Cuartel general, con objeto de que sirviera de base para la formación de un nuevo Cuerpo de Ejército de Oriente. Al efecto, se me daba mando sobre los Estados de Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Tabasco, Yucatán y Campeche, el cual se debía extender más tarde, y en virtud de nuevas órdenes, á los de Puebla y Tlaxcala.» (Memorias).

El Gobierno dispuso que el mismo Gral. Comonfort viniese á relevar en el mando del Ejército del Centro al Gral. Porfirio Díaz, quien recomendó al infortunado jefe, no se aventurara en los caminos infestados por temibles gavillas de bandoleros y traidores, sin una fuerte escolta, cuando tuviese que inspeccionar los distintos destacamentos de su nuevo mando.

«Más tarde, durante la permanencia del ejército en las plazas de Celaya, Salvatierra, Querétaro y San Juan del Río, las expediciones del Cuartel general no podían hacerse de un momento á otro, sino con una gruesa escolta, porque el camino estaba interceptado por unos bandidos, los hermanos Troncoso, que algunas veces reunían hasta 400 caballos. Así lo expliqué al Gral. Comonfort, al relevarme en el mando del Cuerpo de Ejército que había estado á mis órdenes, pero no dió importancia á mis informes, y á los pocos días de mi separación, intentó hacer una travesía en coche con cincuenta caballos de escolta, de San Miguel Allende para Celaya, en cuya ocasión fué asesinado por los Troncoso, cerca de Chamacuero.» (Memorias).

Mientras tanto, importantes sucesos se habían verificado en la capital de la República.

El día 9 de Junio había Forey entrado á la Ciudad de México y expedido su famosa proclama, obra de Napoleón III, en la que declaraba que los bienes nacionalizados por Juárez, quedarían en poder de los nuevos poseedores, y establecía la libertad de cultos, es decir, lo esencial de las leyes de Reforma.

Instituyó en seguida el memorable y funesto triunvirato, formado por D. Juan Almonte, D. Mariano Salas y el Arzobispo Labastida.

El día 7 de Julio, quedó integrada la Junta de Notables, y tres días después fué conocido su servil programa, modelo de traición y de ignominia:

«I. La Nación mexicana adopta por forma de Gobierno la monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico.

«II. El Soberano tomará el título de Emperador de México.

«III. La corona imperial de México, se ofrece á S. S. I. y R., el príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y para sus descendientes.

«IV. En caso de que, por circunstancias imposibles de prever, el Arquiduque Fernando Maximiliano, no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, LA NACIÓN MEXICANA SE REMITE Á LA BENEVOLENCIA DE S. M. NAPOLEÓN III, EMPERADOR DE LOS FRANCESES, PARA QUE LE INDIQUE OTRO PRÍNCIPE CATÓLICO.»

El día 11 de Julio, aquel abyecto triunvirato se llamaba REGENCIA....

Los verdaderos mexicanos tendrían que combatir en lo futuro contra la monarquía de los traidores.

El día 1º de Julio de 1863, pasada la primera revista de comisario, la División mandada por el Gral. Porfirio Díaz, y destinada á ser el núcleo del nuevo Ejército de Oriente, salió de Querétaro por el rumbo de Santa María Amealco, siguiendo por los molinos de Caballero, rancho de Dolores, Tepetongo, Venta Omoca y hacienda de Trojes, hasta llegar á Citácuaro, donde descansó tres días.

Se trataba de hacer, con una División de 2,800 soldados, una gran marcha estratégica, en dirección elíptica, desde Querétaro hasta Oaxaca, pasando por Guerrero y evitando hábilmente el peligro de que dicha División fuese destrozada por los 30,000 hombres, franceses y traidores, que había diseminados entre las bien guarnecidas plazas de Toluca, Puebla y México.

El peligroso movimiento de flanco envolvente, debería dar por resultado que la División del Gral. Díaz fuese al fin á quedar á retaguardia de los más importantes centros de acción del enemigo.

«En la travesía de este ejército, dice el Gral. Santibáñez, hasta llegar á Taxco, mineral ocupado por fuerzas enemigas, hubo muchos sinsabores y muchos sufrimientos que lamentar, pues caminando siempre á rumbo, en terreno desconocido y por montañas casi inaccesibles, había que subir la artillería á mano, haciendo uso de las tropas, que facilitaban para ello las correas de las fornituras y hasta sus fajas de uso personal, movidos, impulsados por ese ardiente pa-

triotismo, que no llegó á agotarse un solo día en nuestros valientes camaradas.

«Aquella era una peregrinación, llevando el tesoro riquísimo de la honra nacional, y pernoctando á campo raso, dondequiera que la noche cubría con su extenso manto á los creyentes de la religión del deber. Aquel puñado de valientes llegó á las inmediaciones de Taxco el 23 de Octubre de 1863, estableciendo desde luego un pequeño sitio al punto defendido por fuerzas franco-mexicanas, que hicieron una resistencia tenaz, alentadas por el padre Alatriste, de fatal memoria para aquel mineral; después de cuatro días de rudos ataques y de desesperadas defensas, en cuyas acciones se estaban perdiendo los escasos elementos y sacrificando el reducido ejército, el General Díaz, decidido y resuelto á jugar el todo por el todo, lleno de esa fe que siempre lo ha animado á la hora del combate, y al frente de sus valerosos subordinados, se arrojó sobre la plaza de Taxco, cuyos defensores fueron replegándose hasta el convento, punto fuerte de aquella población; el fuego nutridísimo, de uno y otro lado, produjo un efecto de terribles consecuencias para los habitantes pacíficos del mineral, cuyas casas, la mayor parte de zacate, se incendiaron en todo el perímetro exterior.

«El fuego continuó hasta consumir aquellas débiles casucas, y su luz siniestra alumbraba el primer combate sangriento, que, como General en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, dió en esta segunda época de mi reseña el denodado Gral. Porfirio Díaz.

«Los defensores de aquella formidable fortaleza (el convento), no quisieron rendirse, y el asalto tuvo que ser, por lo mismo, incesante y terrible; sobre una alfombra de cadáveres entraron los asaltantes hasta muy cerca del último atrincheramiento de los defensores del punto, que se rindieron entonces ante la evidencia de los hechos; la gloria colocó la primera corona sobre la sien del nuevo General en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, que tanto valor y tanta disciplina inspiró á sus soldados en el inolvidable asalto.

«En la carrera militar del Gral. Díaz, hay fechas inmortales, y ésta es una de ellas; sus biógrafos han hecho justas estaciones en el relato de las memorables jornadas de Miahuatlán, La Carbonera y el 2 de Abril, limitándose á referir ligeramente el asalto de la plaza de Taxco, seguramente porque han ignorado los siguientes detalles que pueden justificar muchos testigos que viven aún.

«El Ejército de Oriente no estaba armado: en una parte, por lo menos la tercera, se carecía de los elementos indispensables para en-

trar en campaña; aquello, en realidad, era una turba de patriotas que seguía á su jefe por gratitud, por cariño y por deber, y que ansiaba luchar por la Patria, sin saber con qué lucharía.

«Taxco era un punto defendido por fuerzas bien organizadas y con sus municiones competentes; podría yo decir que fué una temeridad acercarse á Taxco, si no supiera que se llevaba la intención deliberada de jugar el todo por el todo, y de sacar de aquella plaza los elementos que tanta falta hacían al ejército republicano.

«Tan escasos eran los del asaltante, que si el sitio se hubiera prolongado dos días más, aquel heroico puñado de soldados hubiera tenido que retirarse avergonzado de su imprevisión; en esas condiciones se dispuso el asalto, y aun relatan con orgullo los jefes de aquellos Cuerpos tan valientes, el hecho conmovedor de que los pelotones no armados iban en pos del que lo estaba, para que, al caer algún soldado, muerto ó herido, fuera en el acto mismo reemplazado por otro no menos valiente que la víctima del deber.

«Taxco fué, en realidad, el punto de donde se sacaron riquísimos elementos, comprados con tanta abnegación por el ejército que tan justamente fué declarado benemérito.

«El Gobierno del Sr. Juárez, que siempre se distinguió por su profundo conocimiento de los hombres que lo rodeaban, había extendido ya en favor del Gral. Díaz el despacho de General de División, desde que se disponía el asalto de Taxco.» [1]

En efecto, el despacho de General de División había sido extendido en San Luis Potosí por el Presidente Juárez, en 14 de Octubre, y el Gral. Díaz lo recibió en Pungarancho, durante su penosa marcha por las márgenes del río Mixteco. [2]

«Al entrar en el Estado de Guerrero la Columna de Laureano Valdés, intentó impedirme el paso en el río de Mixteco, en el lugar conocido con el nombre de «Paso de Pungarancho,» muy á propósito

---

1 Reseña histórica del Cuerpo de Ejército de Oriente.—*Por M. Santibáñez.*

2 Un sello con las armas nacionales.—Para los años mil ochocientos sesenta y dos y sesenta y tres.

«El C. Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.—En atención al mérito y servicios del ciudadano Porfirio Díaz, General de Brigada, y por los muy especiales que tiene prestados en los Cuerpos del Ejército de Oriente y operaciones contra el invasor francés, le confiere el empleo de General de División.

«En cuya virtud, la autoridad militar, á quien tocare, dispondrá que sea reconocido y se ponga en posesión de este empleo, haciendo que se le guarden

por ser más elevada la margen izquierda del río, que era la que se proponía defender, y deprimida la derecha, por donde yo debía intentar vadearlo. Después de estar á su frente, llamando la atención con tiroteos un día y una noche, por un paso distante seis millas y río abajo ejecuté una marcha oculta con dos batallones, á cuya aproximación el enemigo me abandonó el paso principal, y por él logré vadear las corrientes con todo lo pesado de mi artillería é impedimenta.

«Llegamos á Taxco el 27 de Octubre de 1863, y como la ciudad estaba ocupada por los traidores, hubo que batirlos, y empleamos en esa operación el día y la noche del 28 de Octubre. Fué, al efecto, necesario poner en jaque á la guarnición traidora que estaba en Iguala, para que no pudiera proteger á la que ocupaba á Taxco, á fin de que, aislada ésta, pudiera derrotarla, como en efecto la derroté.

«Después de permanecer dos días en Taxco, necesarios para orientarme sobre los movimientos de la fuerza enemiga, seguí mi marcha, pasando el Mexcala, con dirección á Chilapa, y de allí hasta Huajuápam de León. En Huajuápam, ya sin peligros, dejé la División á las órdenes del Gral. D. Rafael Benavides, que era mi Mayor General, y avancé por la posta, para tratar algunos asuntos con el Gobernador de Oaxaca, que lo era á la sazón D. Ramón Cajiga, el cual estaba en la capital del propio Estado adonde me dirigí.

«Llegué á Oaxaca en los últimos días del mes de Noviembre de 1863, y mi llegada desconcertó al Gobernador Cajiga y á su Secretario Esperón, porque habían celebrado una especie de tregua con los franceses, y comprendieron que ésta tendría que cesar con mi presencia, pues yo iba con el propósito de organizar y de hacer la guerra.

«Informado el Gobernador del objeto de mi marcha y de las fa-

---

las consideraciones que le corresponden con arreglo á las leyes, y que sus subalternos obedezcan las órdenes que en asuntos del servicio les diere por escrito ó de palabra. El jefe de Hacienda respectivo dará asimismo las suyas, para que, tomada razón de este despacho en las oficinas en que está prevenido, se le forme el asiento del sueldo de quinientos pesos, diez centavos al mes, asignado á dicho empleo por decreto de 10 de Agosto de 1861, y aclaración hecha en 2 de Octubre del mismo año, que gozará desde el día en que tome posesión de este empleo, conforme á lo dispuesto en circular de 24 de Agosto de 1842, y previo el CÚMPLASE del General en jefe á quien corresponda.

«Dado en el Palacio del Gobierno Nacional en Potosí, á catorce de Octubre de mil ochocientos sesenta y tres; cuadragésimo tercero de la Independencia y cuadragésimo segundo de la Libertad.—BENITO JUÁREZ.—Una rúbrica.»

cultades que me había delegado el Gobierno Federal, me puso una comunicación, declarando que no se pondría á mis órdenes, por ser inconstitucionales las facultades que me había delegado el Gobierno Federal, y me preguntó si estaba dispuesto á hacer uso de las armas para llevar á efecto las órdenes que había recibido del Presidente; contesté que en aquellas circunstancias las armas no tenían más objeto que defender á la Nación del invasor extranjero y de los traidores; y que consideraba, en el segundo caso, á todo el que se resistiera á cumplir las órdenes del Gobierno Federal.

«En esta virtud, el Gobernador Cajiga renunció su encargo ante la Legislatura, la cual se disolvió en seguida, quedando acéfalo el Estado.

«Con este motivo, asumí el Gobierno de Oaxaca el 1º de Diciembre de 1863, y nombré mi secretario al Lic. D. Justo Benítez; pero notando que los deberes de gobernante me ocupaban mucho tiempo, que tenía que consagrar á la organización del Cuerpo de Ejército, nombré Gobernador, el 12 de Febrero de 1864, al Gral. D. José María Ballesteros. El nuevo funcionario designó para secretario al Sr. Lic. D. Félix Romero, y en cuanto al Lic. Benítez, siguió desempeñando puesto semejante en mi Cuartel general.

«Al llegar á Oaxaca organicé una nueva Brigada de infantería, compuesta de los batallones: «Morelos,» á las órdenes del Teniente Coronel D. Rafael Ballesteros; «Juárez,» mandado por el Coronel D. Joaquín Terán, y «Guerrero,» por el Teniente Coronel D. Rómulo Pérez. Encomendé el mando de esa Brigada al Gral. D. Cristóbal Salinas, y el de la segunda, compuesta de otros dos batallones antiguos, al Coronel D. Francisco Carreón. Nombré Comandante general de artillería al Capitán D. Guillermo Palomiño; agregué á la Brigada de caballería el regimiento «Lanceros de Oaxaca,» mandado por el Teniente Coronel D. Félix Díaz, y un escuadrón de Guardia Nacional de Tehuacán, á las órdenes del Teniente Coronel D. Ladislao Cacho; y organicé, por último, un Cuerpo Médico, á las órdenes del Doctor D. José María Hernández.

«Como el jefe francés que mandaba en Tehuacán, no tuvo conocimiento del cambio ocurrido en el Gobierno de Oaxaca, en los primeros ataques que yo mandé hacer á sus puestos avanzados, que hacían frente á los míos por Occidente, me puso una nota, quejándose de las faltas al compromiso existente de no hostilizarse recíprocamente hasta que la nación decidiera si aceptaba ó no la intervención extranjera; y este descubrimiento me hizo tratar, ya sin ambajes, con

el personal que formaba el Gobierno, los asuntos políticos, de conformidad con lo que antes de ésto he expresado.

«Las operaciones del enemigo contra Oaxaca se limitaron entonces á avanzar las guarniciones según adelantaba una obra de construcción de dos carreteras provisionales: una de Tehuacán á Oaxaca, por la Cañada, y otra de Acatlán á Huajuápam, con el propósito visible de avanzar dos fuertes Columnas por esas vías.

«Después de algunos meses de hostilizarle en sus obras, sin conseguir más resultado práctico que el de hacer difícil el trabajo de construcción de las carreteras, me vi obligado á replegar la guarnición de Huajuápam á Nochistlán, y la de Teotitlán del Camino á Cuicatlán, en razón de que los franceses aumentaron en mucho sus efectivos.

«A la cabeza de la Columna del enemigo que avanzaba por Huajuápam, venía el General francés Courtois d'Hurbal, y á la de la otra, que se adelantaba por Tehuacán y Teotitlán, el Brigadier Brincourt.

«Cuando el enemigo avanzaba sus trabajos de construcción del camino hasta Tamazulapan, por la vía de la Mixteca, y sus preparativos hasta Teotitlán del Camino, por el de la Cañada, me propuse atacar á la segunda Columna, que venía por este último; y para ocultarle mi intención, saqué de Oaxaca una Columna de las tres armas, que presenté primero en Teotongo á la otra Columna de la Mixteca. Después de dos días de permanencia allí, y cuando el Gral. Courtois d'Hurbal se preparaba á resistirme, dejé el mando al Gral. Escobedo, con orden de moverse hacia Oaxaca si el enemigo tomaba la iniciativa, y con los batallones «Morelos» y «Cazadores» marché á campo traviesa hacia Teotitlán del Camino, que era mi verdadero punto objetivo.

«Después de un día y parte de la noche de marcha, pernocté cerca de San Antonio Nanahuatipán, adonde, según noticias que tuve de mis exploradores, estaba el grueso principal de los franceses, que tenían un destacamento de infantería y artillería sobre la vía de Oaxaca, avanzado en la hacienda de Ayotla.

«Á las nueve de la mañana del día 19 de Agosto de 1864, llegué á San Antonio Nanahuatipán, sin que el enemigo, que ocupaba esa población, hubiera tenido noticia de mi oculta marcha, y lo batí bruscamente, haciéndole mucho daño á un batallón que á la sazón se lavaba en el río; pero como los soldados franceses tenían allí mismo sus armas en pabellón, después de la sorpresa hicieron una defensa muy vigorosa, y replegándose hacia la iglesia, dejaron en el campo

la mayor parte de sus vestidos y mochilas, y muchos muertos desnudos, pues desnudos combatieron.

«Había yo dado orden al Coronel Espinosa y Gorostiza, que estaba de antemano haciendo frente á la expedición francesa de que se trata, en Cuicatlán, para que, en combinación con mi movimiento, marchase á vanguardia y acudiera él también á San Antonio, con su batallón, dos obuses de montaña, una Compañía del Batallón «Juárez,» y el escuadrón que mandaba el Coronel D. Ladislao Cacho; pero el destacamento á que antes hice mérito, que el enemigo tenía en Ayotla, y que estaba fortificado pasajeramente en la hacienda y con artillería, no le permitió el paso, y á virtud de faltarme el importante concurso de esa tropa, tuve que retirarme con pérdidas muy considerables de oficiales y soldados, pero sin que el enemigo se atreviera á perseguirme.

«Es lamentable que el Coronel Espinosa y Gorostiza se hubiera encontrado con ese obstáculo, que él creyó insuperable; pero su concurrencia me hubiera bastado, sin duda, para tomar el pueblo de San Antonio, derrotar definitivamente á la Columna del General Brincourt, y apoderarme de un rico convoy que se encontraba en aquel pueblo, y que por un momento estuvo en posesión de mi primera Columna que penetró al punto amagado.

«Me reuní después al Coronel Espinosa y Gorostiza en Tecomavaca, y marché con él á Oaxaca, mandando regresar al General Escobedo, que había retrocedido hasta Huauclilla.

«El enemigo no avanzó por entonces, y yo seguí hostilizándolo con las fuerzas que sobre él tenía en observación. Sus dos grandes caminos los seguía construyendo, y reforzaba los destacamentos que los defendían.» (Memorias).

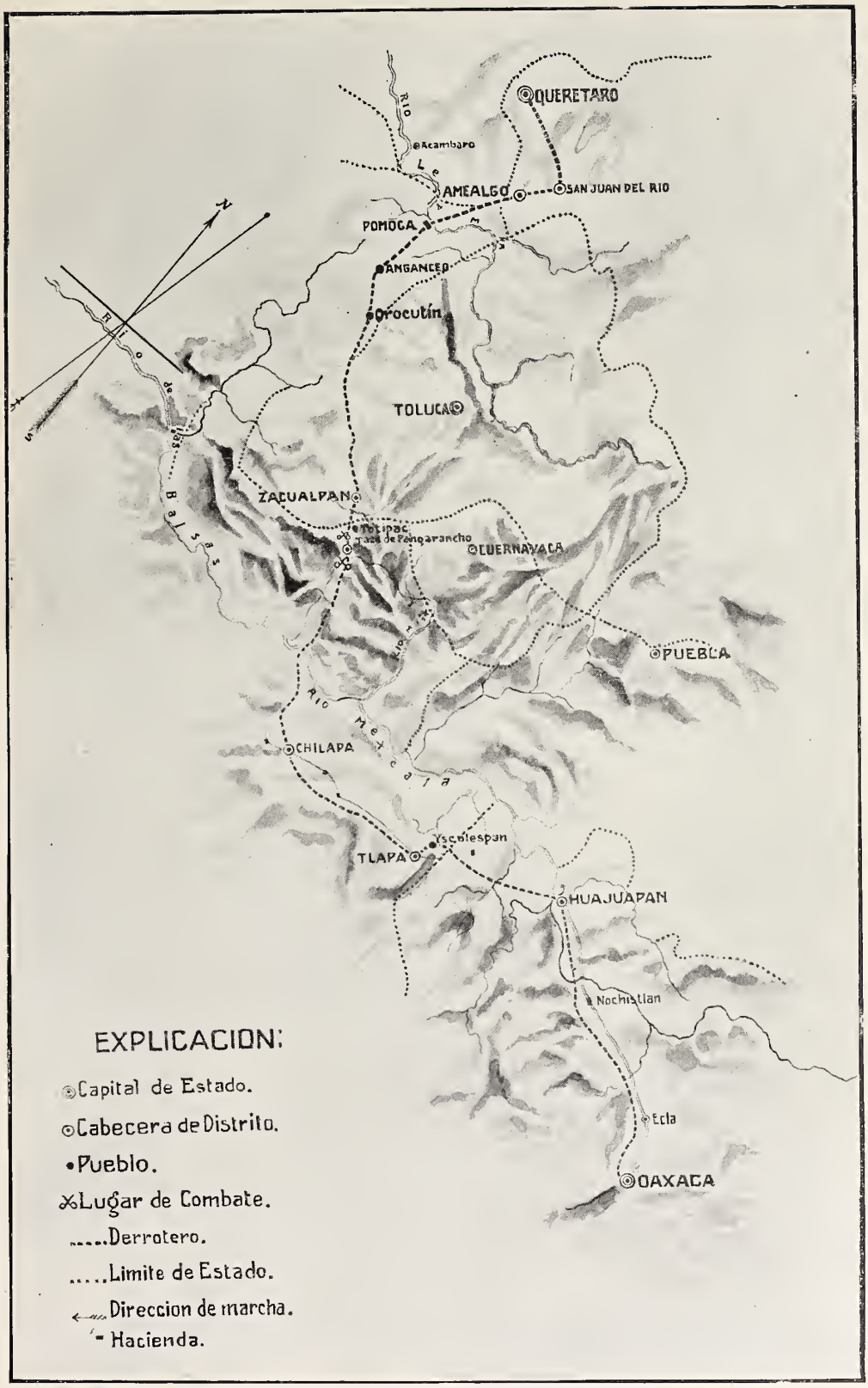
Á la vez que hostigaba á los franceses, el General Díaz atendía y auxiliaba á los demás Estados de su mando.

«Comenzaba mis trabajos de organización militar y administrativa, cuando tuve que mandar, en auxilio de Chiapas, una Columna de 800 hombres, á las órdenes del General D. Cristóbal Salinas, formada del Batallón «Juárez,» y le puse como secretario de dicho jefe al Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez, que tenía entonces el empleo de auditor en mi División, y como Mayor de órdenes al Teniente Coronel D. Adolfo Alcántara. Al llegar el General Salinas á Chiapas, se le incorporó el escuadrón «Porfirio Díaz,» que estaba organizando en aquel Estado el Comandante D. Diego M. Guerra. La fuerza de Salinas salió de Oaxaca el 12 de Diciembre de 1863; el 4 de Enero de

1864 batió á los tiradores de Ixtapa, y el 11 los sitió en San Cristóbal, habiendo tomado la plaza el día 22 del mismo mes de Enero. El 9 de Marzo siguiente salió de Tuxtla el General Salinas, con su Columna, de regreso para Oaxaca, adonde llegó el 12 de Abril de 1864.

«Arrojado el enemigo y restablecido el orden en Chiapas, nombré Gobernador de dicho Estado, al Coronel D. José Pantaleón Domínguez.» (Memorias).

Las fuerzas que en esa vez invadieron á Chiapas, venían á las órdenes de D. Juan Ortega y de un fraile franciscano, D. Víctor Chanona, y habían sido organizadas en la vecina República de Guatemala.



Marcha estratégica de Querétaro á Oaxaca.

XII.

LA TENTACIÓN.

REFIRIÉNDOSE á la situación del ejército republicano, en aquellos aciagos días, dice el Sr. Gral. Bernardo Reyes:

«Más tropas europeas habían desembarcado en Veracruz en 1863, y más habíanse organizado de las mexicanas que á las invasoras sirvieran contra los intereses de su propia patria. El Capitán Niox, en su obra que hemos citado, expresa que de 1864 á 1865, contaba el General en jefe de las fuerzas invasoras, con 28,000 franceses, 6,000 austriacos, 1,300 belgas y 28,000 traidores de fuerzas de línea y rurales, haciendo todos en conjunto un total de 63,300 hombres. En este cómputo descuenta el número de una Brigada del ejército francés, que regresó á Europa.

«Ascendido Forey á Mariscal de Francia, es llamado á su país á desempeñar su alto cometido, y quedó con el mando de las operaciones en México, el Gral. Bazaine, desde el 1º de Octubre de 1863.

«Urgía que Maximiliano viniese á formar una situación propia, aunque siempre dependiente de la influencia del Emperador de los franceses.

«Cuando la comisión mexicana respectiva fué á ofrecerle la corona, presentándole una acta de los llamados notables, expuso que, antes de venir á México, deseaba ver ratificado, por el voto popular, el llamamiento que se le hiciera.

«La cuestión era formar actas sobre el particular en los puntos que fueran ocupando los franceses, y así se efectuó aquel singular plebiscito.

«Bazaine habíase ocupado de estudiar la situación interior del país, y se alistaba para emprender sus operaciones. Al efecto, contaba desde luego con 35,000 franceses y 8,000 mexicanos aliados.

«Disponiendo de dos fuertes Columnas de 8,000 hombres cada una, y algunas Brigadas de reserva, se dirigió al centro de la República. Una de esas Columnas debía ser mandada por Castagny, á cuyas órdenes iría Márquez, la cual tendría que marchar por Toluca y Acámbaro á Morelia; y la otra, á cuya cabeza iría Douay, avanzando por Querétaro y Lagos, debería llegar á Guadalajara.

«Á fines de Octubre de 1863 se movieron esas fuerzas, y á principios de Noviembre del mismo año, Bazaine alcanzó á Castagny, dejando encargado de la Capital de la República al Gral. Neigre. El citado Castagny tiene que modificar su programa, y manda á Márquez á Morelia, quien la ocupa el día 30, después de ser evacuada por el Gral. Berriozábal. Douay entraba en Guanajuato el 8 de Diciembre, y Bazaine, disponiendo de las fuerzas de Castagny, llega á Silao el día 12, en persecución del Gral. Doblado, quien, en combinación con Uraga, reunía 10,200 hombres en Piedra Gorda; mas aquellos dos jefes liberales fraccionan sus tropas, y Doblado toma rumbo al Norte, á virtud de lo cual, Bazaine deja de perseguirle.

«Douay había marchado sobre Uraga, y éste rápidamente se lanzó contra Márquez, sobre Morelia, que atacó el 18 de Diciembre con verdadera furia. Márquez, que fué herido en la cara, resistió, y Uraga, habiendo dejado sobre el campo 800 muertos y heridos y teniendo á los franceses á retaguardia, se retira por Zamora; maniobra hábilmente, y llega el 2 de Enero de 1864 á Zapotlán el Grande (Ciudad Guzmán); Bazaine, entretanto, avanzaba, ocupando el 5 de Enero del mismo año de 1864, á Guadalajara, de donde Arteaga salió el 3 con el fin de incorporarse al citado Uraga.

«Mejía marchaba sobre San Luis Potosí, y el Gral. Negrete iba retrogradando jornada tras jornada frente á él. El 20 de Diciembre de 1863, á virtud de avisos de Negrete, y sabido el mal éxito de Uraga frente á Morelia, el Gobierno Constitucional se retira de San Luis Potosí, dando noticia de que se establecería en Saltillo. Negrete deja á San Luis en poder de Mejía y vuelve luego á atacarle, sin conseguir buen éxito, no obstante el valor desplegado en el ataque por el Gral. Sóstenes Rocha.

«Juárez, que había llegado á Saltillo, viendo que Vidaurri se negaba á poner á su disposición las rentas federales de las aduanas fronterizas y las de Matamoros y Tampico, queriendo, más que todo, evi-

tar una grave disensión, pasó hasta Monterrey, donde aquel jefe le desconoce.

«Regresa á Saltillo, contando sobre la marcha de retirada con tropas de Doblado, y declara traidor á la Patria al jefe rebelde, que se puso en comunicación con el enemigo. Bien pronto el citado Vidaurri, abandonado de sus tropas y perseguido, huyó para los Estados Unidos. El Presidente Juárez volvió entonces á Monterrey y allí estableció su Gobierno.

«El 9 de Abril de 1864, Maximiliano, después que se le presentó un expediente de actas de adhesión á su persona, aceptó en Miramar el trono de México, dictó desde aquel lugar varias disposiciones, disolvió la Regencia y nombró á D. Juan N. Almonte su lugarteniente, para que lo representara, en tanto que él llegaba á desempeñar su puesto. Con su nuevo carácter firmó un arreglo de empréstito y un tratado ajustado con Napoleón III, por el cual quedaba convenido, entre otras cosas, que á la mayor brevedad se reduciría el ejército francés en México, á un efectivo de 25,000 hombres. También se fijó en este tratado, que la ley de Juárez, sobre bienes nacionalizados, surtiría sus efectos.

«En puridad, el Gobierno que se iba á establecer en México, sería una dependencia de Napoleón III y, por consiguiente, un amago á los principios republicanos de la América española; un amago también á la integridad federal del Norte, y una restricción á su preponderancia. Los Estados Unidos Americanos, conocían bien á dónde iban á parar los golpes del César francés; pero por virtud de su guerra civil, estaban en el caso de disimular; ello, no obstante, el Gobierno Constitucional de México fué constantemente reconocido por el de la República del Norte.

«Maximiliano arribó á Veracruz el 29 de Mayo, y después de detenerse en Orizaba y Puebla, hizo su entrada á México el día 12 de Junio de 1864.

«Los jefes expedicionarios liberales, sin centro de acción, á largas distancias unos de otros, obraban para hacer la guerra por cuenta propia, viviendo lastimosamente sobre el país.

«Ante los avances de los invasores, muchos liberales vacilaron, y creyeron que el Gobierno Constitucional se derrumbaría entre las ruinas de las plazas y el estruendo de los combates, é hicieron vacilar á jefes de alta graduación, como Uraga, quien tenía bajo su mando, en el Sur de Jalisco, más de 8,000 hombres. El Coronel D. Ramón Corona se persuadió de la conducta equívoca de su jefe, y se se-

paró de su lado; después, el General Arteaga lo desconoce y lo declara traidor, viéndose aquel tránsfuga en el caso de huir, escoltado por dos escuadrones con que se dirigió al lugar ocupado por el enemigo. Como quiera que fuese, aquel cuerpo de ejército, por la insidia y la traición desmoralizado y dividido; dispersas, en parte, sus tropas, que los oficiales desatendían, quedó reducido á unos cuatro mil soldados al finalizar el mes de Junio de 1864.

«Los acontecimientos de guerra se sucedían. Para las operaciones del Norte se escogían tres caminos: de Zacatecas á Chihuahua, pasando por Durango; de San Luis á Monterrey, pasando por Saltillo; y de Querétaro á Matamoros, pasando por Victoria y Linares. El primer camino, con una División, tenía que recorrerlo el General L'Heriller; el segundo, con otra, Castagny, y el tercero, con una Columna que se dejó á su mando, el General Mejía. Para poner las dos últimas en contacto, el Coronel López se movería con una sección ligera. Tales dos Divisiones deberían combinarse sobre Monterrey, si se creía necesario. Á fines de Julio se dió principio á la operación, y el 20 de Agosto, Castagny, que ocupaba el centro y daba la medida de avance á las tropas de los flancos, llegó á Saltillo.

«El 15 de Agosto, ante el avance del enemigo, previa la expedición del decreto que lo hacía saber, el Gobierno Constitucional salió de Monterrey á las tres de la tarde, según ese decreto lo anunciaba. El Coronel Quiroga, en los momentos de su marcha, desconoció al Presidente y hostilizó con caballería su reducida escolta.

«De Saltillo habíase movido González Ortega, con 1,500 hombres, y se unía con el Presidente. Al llegar los expedicionarios á territorio de Durango, Patoni, con una pequeña División, se incorporó; y quedando el Presidente en condiciones de retirarse á Chihuahua, los dos jefes aludidos marchan á hostilizar la Capital del Estado de Durango, donde ya se encontraba el General L'Heriller. En tanto, Castagny llegaba á Monterrey, y Mejía se apoderaba de Matamoros.

«El 21 de Septiembre, las fuerzas de Patoni y González Ortega se encontraban en un lugar llamado Majoma, al que da su nombre un cerro así denominado, y allí son atacadas por una Columna francesa, mandada por el Coronel Martin.

«Esta Columna llega frente á la línea de batalla, y ataca el cerro, llave de la posición: la artillería mexicana rompe sus fuegos, y á los primeros disparos muere el Coronel francés, sucediéndole el Comandante Japy, que prosigue la marcha de avance y toma el cerro, quitando parte de la artillería. Tras ésto, las fuerzas liberales se retiran

en orden, protegidas por la caballería, y en la noche, sin ser hostilizadas, se desbandan de una manera lamentable. Aquellas fuerzas no habían sido alimentadas en dos días, y cuando llegó la noche y no hubo ración que repartir, rompieron las filas y se diseminaron.

«Carbajal y Quesada conservaron su tropa, alejándose de la corriente de los desbandados. Estos jefes, por haber tenido gente montada, que llegaba á lugares habitados, habían conseguido, para sus subordinados, escasos víveres.

«El Gobierno, al tener conocimiento de tal desastre, se dirigió por el desierto, con unos 200 hombres de escolta, á Chihuahua, adonde arribó el 12 de Octubre.

«Corona y Rosales, en Sinaloa, luchaban con dificultades para sostener sus tropas, con que habían de combatir á una fuerte expedición francesa, que avanzaba hacia Mazatlán, combinada con 5,000 hombres de Lozada y una escuadra por mar.

«Arteaga, acosado en el Sur de Jalisco por las fuerzas de los Generales Douay y Márquez, sufre un descalabro en «El Chiflón;» toma el rumbo de Michoacán, y derrotado en Jiquílpam, se une después, con sus restos, á Régules y Riva Palacio, que muy trabajosamente sostenían la guerra al Sur y Oriente de Morelia.

«Así iba terminando el año de 1864.

«Había llegado la hora suprema de la prueba.»*

Fué precisamente en aquella época de prueba, cuando el General Porfirio Díaz contestó á las halagadoras proposiciones del Imperio, con la energía, la fe y la dignidad de un buen soldado que tiene convicciones y lucha por su Patria, su honor y su bandera.

«El Lic. D. Manuel Dublán me llevó una carta del Prefecto Imperial Juan Pablo Franco, en que se me proponía que me adhiriera al Imperio, ofreciéndome que conservaría el mando de los Estados que formaban la línea de Oriente....

«Me indigné de que Dublán, pariente de Juárez, y antiguo liberal, se prestara á hacerse instrumento de tal indicación, y considerándolo como enemigo, mandé ponerle preso, para fusilarle como espía. D. Justo Benítez, condiscípulo y amigo de Dublán, se empeñó en salvarle. Consentí en que quedara en libertad, pero á condición de que saliera del Estado y de la República con rumbo á Guatemala.

---

* México. Su Evolución Social. El Ejército. Por el General de División, Bernardo Reyes.

En vez de hacerlo así, se quedó en Tehuantepec varios días, pretextando enfermedad. Le ordené que permaneciera en Tlacolula....

«Después de la ocupación de Oaxaca por Bazaine, Dublán sirvió abiertamente al Imperio.... Él, D. Luis Carbó, D. Ramón Cajiga y otros ex-liberales, fueron de los que más perjuicios me hicieron durante el sitio, fomentando descontento y deserción entre mis soldados. Afortunadamente el Lic. Dublán sobrevivió lo bastante para reivindicarse, hasta donde era posible, poniendo su clara inteligencia al servicio de la República, en ocasión oportuna y con muy buen éxito.

«El Gral. D. José López Uraga, que mandando fuerzas de la República se había pasado al enemigo, y tenía algún empleo cerca de la persona de Maximiliano, me envió á su ayudante, el Coronel Don Luis Álvarez, que años antes había sido jefe de mi Estado Mayor, y estaba entonces sirviendo al Imperio, con una carta fechada en México el 18 de Noviembre de 1864, en que me invitaba para seguirle en su defección, y me ofrecía dejarme con el mando de los Estados que formaban la línea de Oriente, y que no se mandarían á ellos soldados extranjeros, sino en caso de que yo los pidiera; y aunque era verdad que yo había tenido mucha estimación y respeto por el Gral. Uraga, ni esa circunstancia, ni ningunas otras consideraciones, me hubieran hecho jamás vacilar en el cumplimiento de mi deber. Por lo demás, el citado jefe había, con su conducta, perdido el aprecio que antes podía haberme inspirado.

«Me pareció que, en las circunstancias, era oportuno, para templar mejor el ánimo de mis subordinados, poner á su vista la invitación que me hacía el Gral. Uraga, y con tal motivo, cité á una junta á los Generales y Coroneles que estaban bajo mi mando; les mostré la carta enunciada y la respuesta que provocó, la cual mandé con el ya citado Coronel Álvarez, advirtiendo á Uraga, que un segundo enviado, cualquiera que fuese su misión, sería tratado como espía. Dirigí en la misma fecha una circular á los Gobernadores y jefes militares de la línea de Oriente, poniendo en su conocimiento lo ocurrido.

«He aquí la carta y contestación aludidas:

«Sr. Gral. D. Porfirio Díaz.—México, Noviembre 18 de 1864.—Muy querido amigo: Muy largo sería hacer á Ud. un relato de lo que se me ha hecho sufrir por mis correligionarios. Luis dirá á Ud. algo; pero baste á Ud. que, sin quererse batir, sin querer salir del Sur de Jalisco, y sin querer sujetarse á no tomar del pueblo sino lo necesario para vivir, cada cual, amigo mío, esperaba y buscaba una fortu-

na en la revolución, y ésto cuando se proponían no batirse nunca, para sólo ser los últimos.

«No creí que ésto era servir al país, ni defender nuestra causa, ni honrar nuestros principios; y sin poder embarcarme ni salir por ningún punto, me mandé entregar en Junio al Emperador, para hacer cesar la guerra, sin reconocer nada. Obré también mal, porque obré con desconfianza; pero hoy que proclamo aquí nuestros principios, que se me oye, que combato en un terreno legal y que veo todo lo noble, todo lo práctico, todo lo progresista é ilustre del Emperador, le digo á Ud., amigo querido, que nuestra causa es la causa del hombre que, amante de su país y de su soberanía, no ve sino la salvación de su independencia y su integridad. Está aquí, combatiendo con honor y lealtad por nuestros mismos principios, sin excusarlos, ni negarlos, ni abandonarlos. Si yo hubiera visto peligrar nuestra independencia é integridad de territorio, yo juro á Ud. que habría concluido en los cerros antes que reconocer nada; y si hubiera tenido la cobardía de venir, yo tendría la buena fe de decir á Ud: «Hay que combatir;» pero no es así, Porfirio; creo que me hará justicia, Ud. que me conoce y que aceptará mi apreciación en las circunstancias. Nos perdemos y perderemos nuestra nacionalidad, si continuamos esta guerra sin fruto ni resultado. Todo vendrá á poder de los americanos, y entonces, ¿qué tendremos como Patria? Hasta hoy tiene Ud. un nombre limpio, honrado y considerado, buena aceptación y medio de hacer mucho en la causa del progreso, entrando franca y noblemente en materia. Mañana, sin combatir por la cizaña de siniestros hombres, por las intrigas de sus émulos y por la misma situación, no quedaría nada, ni un nombre de gloria. Le mando á Ud. á Luis, á quien conoce Ud. Ésto y mi nombre, ¿no son para Ud. una garantía de franqueza y lealtad?

«Luis hablará á Ud.; yo estoy aquí para todo cuanto Ud. quiera, y cuando Ud. venga y vea lo que pasa, y se vuelva á su punto y á sus fuerzas, si no conviene en lo que digo á Ud., ó diga lo más conveniente, en todo trabajaré.

«Conservémonos unidos: si hemos perdido el sistema, no perdamos los principios, y, sobre todo, el país en su integridad é independencia. Adiós, querido Porfirio; Ud. sabe cuánto le he querido, con qué franqueza le he hablado siempre, y cómo es su amigo que le ama y B. S. M.—*José L. Uraga.*»

«Contestación: «Sr. D. José López Uraga.—México.—Mi antiguo General y estimado amigo:

«Con indefinible placer abrí los brazos á Luis, y fijé la vista sobre la carta que con él se sirvió Ud. dirigirme, porque había creído que su venida y su misión tuviesen otro objeto; pero si bien el desengaño fué tan pronto como doloroso, y Luis me ha ofrecido hablarle franca y extensamente, tengo que corresponder á Ud., si no con mucha extensión, sí con toda lealtad.

«Quedo muy reconocido á la mediación que Ud. se digna ofrecerme, porque si bien lamento los errores que han dado lugar á este paso, comprendo todo el fondo de estimación y aprecio que entraña.

«Yo no seré el que me constituya juez en los actos de Ud., porque me faltaría la necesaria imparcialidad, y antes que someterlo á juicio, le abrazaría como á un hermano y le comprometería á volver sobre sus pasos. Pero si Ud. puede, según su juicio, explicar su conducta, yo no podría explicar la mía, porque mi situación, los elementos de que dispongo, los hombres y el pueblo que me ayudan, que, según Ud. me dice, eran adversos á nuestra causa en el Centro, son en Oriente otros tantos gajes de indefectible triunfo.

«El personal de la fuerza es de la misma clase que el de la Brigada que mando yo en Puebla; y Ud. sabe que en pocos lugares encontraron los franceses la misma resistencia que cuando se las habían con Oaxaca. Tengo también fuerzas de otros Estados, pero tan perfectamente identificadas á las otras en su moral, disciplina y entusiasmo, que son acreedoras á igual estimación.

«En los Estados de Oriente se mantiene una organización administrativa tan vigorosa, y tal escrúpulo en la contabilidad, que sus escasos recursos nos proporcionan los medios necesarios de subsistencia,* sin que tengamos que tomarlos de los pueblos, ni que yo me vea en la pena de soportar el pillaje ni las extorsiones.

«Los franceses, después de la resistencia de Puebla, no han hecho más que dar un paseo triunfal por el interior; y yo me prometo que en Oaxaca, si el destino les reserva ese triunfo, ha de ser á mucha costa, y solamente porque nos aplastaren por la superioridad en el número; pero no será tan remoto que obtengamos la victoria, y que la República toda se convierta al otro día en un extenso palenque. *La lucha, puede, es cierto, prolongarse como la que al principio del siglo nos hizo libres é independientes, pero el éxito es seguro.*

«Me hace Ud. justicia, que también le agradezco, en creer que

---

* Sin duda exageraba la importancia de sus elementos, con el patriótico fin de no dar á conocer su verdadera situación al enemigo.

conservo un nombre honrado y limpio, lo cual es todo mi orgullo, todo mi patrimonio, todo mi porvenir: pues bien, para la prensa asalariada, no soy más que un bandido, ni seré otra cosa para el Archiduque Maximiliano y para el ejército invasor; y yo acepto, con resignación y entereza, que se deturpe mi nombre, sin arrepentirme de haberme consagrado al servicio de la República.

«Siento en el alma que, habiéndose Ud. separado del Ejército del Centro, con ánimo de no comprometerse en la política del extranjero, haya sido magnetizado por el Archiduque, y venga con el tiempo á desenvainar, en su defensa, la espada que en otros días ha dado á la Patria; pero si así fuere, tendré, por lo menos, el consuelo de haber continuado en las filas en que Ud. me enseñó á combatir, y cuyo símbolo político Ud. grabó en mi corazón con palabras de fuego.

«Al presentárseme un mexicano con las proposiciones de Luis, debí haberlo hecho juzgar con arreglo á las leyes, y no mandar á Ud. en contestación, más que la sentencia y la noticia de la muerte de su enviado; pero la buena amistad que Ud. invoca, los respetos que le guardo y los recuerdos de mejores días que me unen tan íntimamente á Ud. y á ese común amigo, relajan toda mi energía, y la convierten en la debilidad de devolverlo sano y salvo, sin la menor palabra de odiosa recriminación.

«La prueba á que Ud. me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si la hubiera, de arrastrarme á renegar de todo mi pasado, y á romper con mis propias manos el hermoso pabellón, emblema de las libertades é independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede Ud. creer que ni los más crueles desengaños, ni las mayores adversidades, llegarán á ocasionarme la menor vacilación. He hablado á Ud. casi exclusivamente de mi persona; pero no porque olvide á mis ameritados compañeros de armas, ni á los heroicos pueblos y Estados de Oriente, que tantos sacrificios han consumado por la defensa de la República. No cabe poner en duda la lealtad de tan dignos militares, ni la opinión pública, pronunciada altamente, y convertida en hechos decisivos en Tabasco, en Chiapas, en Oaxaca y aun en Veracruz y Puebla. Como Ud. sabe, los dos primeros han arrojado á los imperialistas de su seno; el tercero no les permite dar un paso en su territorio; y en el cuarto y quinto, en una extensa zona se mantiene el fuego de la guerra. ¿Cree Ud. que yo podría, sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte sólo por asegurar la mía? ¿Cree Ud. que no me pedirían, y con razón, estrecha cuenta de mi deslealtad,

y que no sabrían sostenerse por sí mismos, ó confiar su dirección á otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, *resueltos como estamos á combatir sin tregua, á vencer ó morir en la demanda, por legar á la generación que nos reemplace, la misma República libre y soberana que heredamos de nuestros padres.*

«Ojalá, General, que no contrayendo Ud. ningún compromiso, vuelva con el tiempo á tomar la defensa de tan noble y sagrada causa. Que, entretanto, se conserve Ud., desea sinceramente su muy atento amigo y S. S.—*Porfirio Díaz.*—Oaxaca, Noviembre de 1864.» (Memorias).

XIII.

DEFENSA DE OAXACA.

PRISIONERO DE GUERRA.

MIENTRAS el Emperador procuraba, por tan ruines medios, atraer á su partido al valiente caudillo, el General en jefe del ejército invasor, comprendiendo la importancia del General republicano, marchaba él mismo, al frente de sus huestes, contra la plaza de Oaxaca.

«El 17 de Diciembre de 1864, se reunieron en «La Carbonera,» la Columna de Courtois d'Hurbal y la de Brincourt, y defendieron juntas á Etla. Yo tenía en observación, en la hacienda de «San Isidro,» inmediata á Etla, la Brigada de caballería que mandaba el Coronel D. Jerónimo Treviño, con su puesto avanzado en Tenexpa, cerca del enemigo que cubría el escuadrón irregular, que era á las órdenes del Coronel D. Ladislao Cacho.

«El día 18 recibió el Coronel D. Félix Díaz, que tenía el mando, por ausencia de Treviño, aviso de que el puesto de vanguardia había sido forzado; y como la Brigada se mantenía con la caballería ensillada, mandó Díaz que salieran los lanceros de Oaxaca. Apenas había salido ese regimiento á formar fuera de la casa de la hacienda, cuando llegaba á todo escape, y sufriendo grandes pérdidas, el escuadrón «Cacho.» En un momento chocaron las fuerzas francesas, que perseguían á Cacho, con los lanceros de Oaxaca, que se les aparecieron entre la polvareda que habían levantado aquéllas, siendo el choque tal, que tras vacilar un instante los cazadores de África, que ve-

nían batiendo el arma blanca á los prófugos, voltearon caras, y, á su vez, fueron perseguidos, por más de tres leguas, por los lanceros de Oaxaca y la legión del Norte, que salió, tan pronto como pudo, á tomar su lugar en la persecución.

«El Coronel Díaz continuó ésta hasta encontrar el grueso del enemigo, que venía en marcha sobre el camino. Después de un ligero cañoneo sobre nuestra caballería, se retiró ella á la «Hacienda Blanca,» sin que la enemiga se le atreviera.

«La caballería francesa sufrió fuertes pérdidas en aquel encuentro, y, entre otros, sucumbió en él el Conde de Loire. Allí se hizo muy notable, por su valor personal, el Mayor de la legión del Norte, D. Basilio Garza, que fué quien mató al citado Conde. El enemigo, que quedó dueño de la villa de Etla, hizo en tal lugar, al día siguiente, grandes funerales á los oficiales muertos en el combate.

«Pasados cuatro ó cinco días, y cuando el enemigo más se acercaba, el Gral. Courtois d'Hurbal, personalmente verificó un reconocimiento á los alrededores de la Ciudad de Oaxaca, con una fuerte Columna de zuavos, cazadores de África, húsares de la guardia, y una batería de artillería de la guardia, volviendo en seguida á su campamento. Después de algunos días, supe de una manera segura que el Gral. Bazaine se dirigía para Etla, por el camino de la Mixteca, con una escolta de 500 zuavos, media batería de cañones y 300 caballos. (Memorias).

Si el Gral. Díaz hubiera contado con caballería suficiente, habría batido la Columna de Bazaine, sobre la marcha, sin darle tiempo á que se uniera con el grueso de las fuerzas invasoras que estaban casi encima de Oaxaca; pero sucesos inesperados le dejaron reducido á los 350 caballos del regimiento de su hermano Félix, y unos 60 más del pequeño escuadrón «Cacho.»

En tales condiciones, Porfirio Díaz pensó dar un combate decisivo á inmediaciones de Oaxaca, aprovechando detalles topográficos que le eran conocidos, y contando con una fácil retirada hacia la sierra.

Con este objeto recorrió á caballo, acompañado de su segundo en jefe, el Gral. Benavides, el terreno designado para teatro de la batalla.

Es indudable que Porfirio Díaz abrigaba ya en su mente, uno de aquellos golpes temerarios que en tantas ocasiones le han dado la victoria; pero el Gral. Benavides, y con él casi todos los jefes, preferían combatir, atrincherados, dentro de la plaza.

«En las conferencias militares que tenía costumbre de dar á los

Generales y jefes, comencé á notar que se acentuaba mucho la opinión en favor de la defensa de la plaza, y en contra de mi idea de librar un combate; que el asunto se traía á cuestión con poca naturalidad, y que las razones aducidas eran las mismas expuestas ante mí previamente por el Gral. Benavides, lo cual me hizo comprender que no había sido él tan reservado como era necesario y como yo se lo encarecí. Después de ésto, no me quedaba más recurso que aceptar el sitio, pues el enemigo ya estaba cerca.

«Pude haber emprendido una retirada por las montañas, mas opté en definitiva por la defensa de la plaza, ante las dificultades de última hora, relativas á transportes, que no se habían preparado, dados los designios que se tuvieron desde un principio, cuando se contaba con fuerzas competentes fuera de las fortificaciones; y no había tiempo de improvisar ó conseguir aquellos transportes, pues, como antes he dicho, el enemigo estaba al frente.

«Nunca imaginé que el resultado final del sitio fuera una victoria, pero sí creí que sería largo y que haría mucho perjuicio al enemigo, pues estaba seguro de que la plaza no podía ser tomada por asalto, si á mis soldados les hubiera de durar el vigor que tenían, vigor que decreció sucesivamente desde que se supo que no se podía contar con caballería que protegiera las operaciones de provisión de la ciudad, y la defección de la guarnición de Tehuantepec, de que en los últimos instantes se tuvo noticia, que era una de las que debían también maniobrar por fuera, y la disolución de todas las demás guardias nacionales, que impotentes como se vieron por falta de la protección que esperaban de la caballería, se ocultaron algunas en los montes, se dispersaron otras, y varias entregaron sus armas al enemigo, por invitación que al efecto les hacía D. Juan Pablo Franco, nombrado por Maximiliano, Prefecto Superior del Estado de Oaxaca, y que obraba por instrucciones inmediatas de Bazaine, contando con la cooperación de varias personas influyentes de la localidad, que hasta entonces habían sido liberales, y que, por ese motivo, tenían acceso é influencia con los Oficiales y soldados de la Guardia Nacional de los pueblos.

«Las circunstancias me pusieron en la disyuntiva, no de hacer una retirada, sino de huir ó de defender á Oaxaca, sin probabilidades de éxito, pero cumpliendo con el deber de batirme. Opté por lo último, y acepté el sitio.

«Terminó el año de 1864, y las fuerzas enemigas estaban á pocos kilómetros de la ciudad. Dos ó tres días después del reconocimiento

hecho por el Gral. Courtois d'Hurbal, se movió toda la fuerza francesa y traidora, y comenzó á establecer su línea de circunvalación. El Gral. Bazaine llegó al campo enemigo el 15 de Enero de 1865, y asumió desde luego el mando en jefe. Los franceses ocuparon primero lo que ellos llamaban PRIMER DOMINANTE, y cuyo nombre vulgar es el «Cerro Pelado Grande,» el «Monte Albán» y el «Pueblo de Xoco,» y siguieron perfeccionando sus paralelas, no con resistencia decisiva, pero sí con pequeños tiroteos por parte de la plaza, que tendían á dificultar sus obras, las que completaron al cerrar su línea en «San Felipe del Agua,» en cuyo lugar se apostó el Gral. Jeaningros, con los batallones «Cazadores de África,» de á pie, y «Legión Extranjera.»

«El Gral. Bazaine estableció su Cuartel general, desde el principio del sitio, en el pueblo de San Jacinto de Amilpas, y cuando lo hubo estrechado, lo trasladó á la hacienda de Montoya.

«Calculo que la fuerza que tenía Bazaine, al concluir sus obras, ascendería á unos 9,000 hombres del ejército francés, y unos 1,000 traidores, siendo los últimos de caballería. Al perder mi caballería, me quedaron en la plaza 2,800 hombres.

«La fuerza sitiadora se aumentó en los últimos días, pues cuando el Gral. Bazaine hubo estrechado su línea y adelantado sus obras de aproche, y tal vez fijado día para el asalto, comenzó á detener á las fuerzas que llegaban como escoltas de los convoyes que se le enviaban, que tenían que ser considerables en cada caso, porque el Coronel D. Félix Díaz los hostilizaba valientemente en el camino. Por lo dicho, al fin del sitio, la fuerza enemiga había aumentado considerablemente, lo mismo que su material, pues para su mejor servicio, tenía hasta morteros de 14 pulgadas.

«Durante el mes de Enero de 1865, cuando el General Jeaningros ocupaba el pueblo de San Felipe del Agua, con un batallón de «Cazadores de á pie» y otro de la «Legión Extranjera,» surgió un incidente por la Hacienda de Aguilera, que está entre la Ciudad de Oaxaca y San Felipe del Agua, mucho más cerca de la ciudad que del pueblo, la cual Hacienda no había sido ocupada por mi fuerza, porque mi personal disponible era poco, y apenas me bastaba para defender el área de la ciudad. Sin embargo, como la Hacienda quedaba entre ambos combatientes, sus dueños y vecinos la habían abandonado, y eso dió motivo á que la plebe, y entre ella algunos soldados de los que suelen hallarse fuera de las filas, comenzaron á extraer las semillas que había en la misma. Con este motivo, el 28 de Enero de 1865

el General Jeaningros mandó unas compañías que batieran á los que saqueaban la Hacienda y tomaran posesión de ella; pero como al ocuparla sin resistencia, se hizo mucho alarde de victoria, me pareció que si no apagaba su orgullo infundado, sufriría el ánimo de los míos, y entonces mandé al mayor D. José Guillermo Carbó, con la Compañía de Granaderos del primer batallón de Sinaloa y la tercera del de «Juárez,» á desalojar á los franceses. Hubo un combate en el que sufrimos grandes pérdidas por una y otra parte, pero, al fin, se cumplió mi mandato y se rechazó un auxilio considerable que de San Felipe del Agua mandaba el General Jeaningros. Como nunca entró en mis planes la defensa de la Hacienda de Aguilera, dispuse que en la noche, cuando ya nadie la disputaba, fuese abandonada.

«Los estragos que causaban en la fuerza sitiada los frecuentes combates que tenían por objeto impedir los aproches, y el bombardeo constante que el enemigo mantuvo sobre la plaza, así como las consecuencias, cada día de mayor trascendencia, de la defección de la guarnición que había dejado establecida en Tehuantepec, á las órdenes del Coronel D. Remigio Toledo, y los trabajos de los particulares liberales renegados, desmoralizaron de tal manera la tropa de mi mando, que llegaron á desertarse guardias enteras; y un día, en un ataque que el enemigo verificó sobre el fortín de «La Libertad,» el Mayor de uno de los batallones de Sinaloa, D. Adrián Valadés, vitoreando á sus soldados, los invitó á salvar el foso, y se fué con más de cien hombres de los que defendían la trinchera, para unirse con el enemigo, teniendo los Coroneles Toledo y Corella, grandes trabajos para contener la desmoralización de los demas defensores del punto y no perderlo en ese día.

«No fué éste el último ni el peor ejemplo de desmoralización, pues pocos días después desertó un Teniente Coronel de Infantería, llamado D. Modesto Martínez, quien fué muerto al tocar la línea enemiga, porque los puestos avanzados lo tomaron por espía.

«En los primeros días de Febrero, recibí comunicaciones de los jefes que defendían los principales puntos, en que me decían, que no respondían de la situación; que era imposible, con fuerza tan pequeña y desmoralizada, resistir el ataque de un número tan fuerte y bien armado, como era el del enemigo, sobre todo, cuando en los últimos días ya no había víveres; pero que si yo no disponía otra cosa, sucumbirían cumpliendo con su deber. Solamente el Coronel D. Juan Espinosa y Gorostiza, que defendía el convento de la Soledad y la línea de que dicho convento era centro, no me dirigió nunca seme-

jante comunicación, no obstante que su situación era idéntica á la de los demás; y es que en su espíritu germinaba la honda pena que le causó ser rechazado en Ayotla, y había resuelto sacrificarse, buscando reivindicación. Era un hombre de dignidad.

«El día 8 de Febrero de 1865 se nos habían agotado por completo las municiones de boca y guerra, y algunos días antes lo habían sido los víveres de las familias que quedaron dentro de la plaza sitiada, que, aunque eran pocas, se quejaban con escándalo, pues en constantes manifestaciones públicas, hacían alarde de su situación insostenible, quebrantando así el ánimo de los soldados, que ya estaba bastante decaído.*

«En este estado de completa desmoralización, y cuando ya la defensa no era posible, pues no sólo no quedaban reservas grandes ni pequeñas, sino que la guarnición misma de los fuertes era notoriamente escasa, dado que no me restaban ni mil hombres disponibles, me pareció que no debía sacrificarlos inútilmente, cuando no podía ni corresponder al fuego enemigo en el último definitivo asalto, que ya era inminente. Así, pues, impotente para combatir más, dada la situación que he bosquejado, y bajo un cañoneo en brecha y bombardeo que indudablemente preludiaba un asalto simultáneo á distintos puestos y fortificaciones, me decidí á rendir la plaza, y al efecto, monté á caballo y salí personalmente, en la noche del 8 al 9 de Febrero de 1865, á manifestar al Gral. Bazaine, en su Cuartel general de Montoya, que era innecesario el asalto que se preparaba. No observé reglas, no pedí previo armisticio, no mandé á un ayudante con ese objeto, por temor de una mala inteligencia, por una parte, y que el deseo del General Bazaine, por otra, de lucirse, hicieran que el asalto tuviera lugar sobre un montón de hombres sin municiones y sin vigor para pelear. Supuse que sólo mi presencia en el Cuartel general enemigo, y mis explicaciones personales, impedirían el ataque, pues era grande el empeño que el Gral. Bazaine tenía por conquistarse la gloria efímera de asaltar la plaza, especialmente desde que supo que podría tomarla fácilmente, por haberse agotado ya los elementos de defensa.

---

* En la precaria situación en que se hallaba, el General Díaz había ya recurrido á medidas extremas, improvisando morteros con las campanas de los templos, y cargándolos con fragmentos de cobre, plomo y hierro, tomado de las rejas de las ventanas: lo que dió lugar á que Bazaine le reprochara el haber hecho uso de proyectiles prohibidos por los usos de la guerra.

«Como á las diez de la noche del día citado, acompañado de los Coroneles D. Apolonio Angulo y D. José Ignacio Echegaray, á quienes intencionalmente llevé conmigo para que presenciaran mi entrevista con el Gral. Bazaine, salí de la línea fortificada y me dirigí á Montoya, en donde tenía Bazaine su Cuartel general; y mientras me recibían los puestos avanzados, me hizo fuego uno que había en la esquina de la calle de la Consolación; pero hablé á los soldados, diciéndoles que no era enemigo armado, y suspendieron sus fuegos. Avancé en compañía de Angulo y de Echegaray, y el oficial que estaba encargado de ese puesto, me mandó con un destacamento á otro que estaba en la margen izquierda del río Atoyac; de allí pasamos á otro destacamento que se hallaba al otro del río, y éste nos llevó hasta Montoya.

«Al manifestar al Gral. Bazaine que la plaza no podía defenderse ya, y que estaba á su disposición, y creyendo que ello equivaldría á mi sumisión al Imperio, me dijo, en respuesta, que se alegraba mucho de que volviera yo de mi extravío, que él calificó de ser muy grande, pues dijo que era criminoso tomar uno las armas contra su soberano. Contesté, que consideraba de mi deber explicarle que yo no me adhería ni reconocía al Imperio; que le era tan hostil como lo había sido mientras estuve al pie de los cañones; pero que la resistencia era imposible, y el sacrificio estéril, porque ya no tenía hombres ni armas. Imprimiendo súbitamente á su semblante los rasgos del desagrado, me reprochó el Gral. Bazaine que hubiera roto la protesta que aseguraba había firmado en Puebla, de no volver á tomar las armas contra la Intervención; y aunque yo negué haber firmado tal documento, el Gral. Bazaine ordenó en el acto á su secretario, el Coronel Napoleón Boyer, que estaba presente, trajera el libro que contenía las protestas escritas en Puebla. Buscó Boyer mi nombre y empezó á leer en alta voz, y como yo no sólo no había protestado cuando se me presentó el libro en Puebla, sino que manifesté, en respuesta, que no podía subscribir la protesta, porque tenía sagradas obligaciones para con mi país, y estaba dispuesto á cumplirlas, siempre que me encontrara en aptitud de hacerlo, cuando el Coronel Boyer llegó á mi manifestación, suspendió su lectura y pasó el libro al Gral. Bazaine, quien lo tomó, lo leyó y lo cerró sin decirme una palabra más sobre este incidente.

«Después me habló el Gral. Bazaine de ciertas dificultades que él creía que los franceses podrían tener para ocupar la plaza, porque sabía que había muchas minas, las cuales fácilmente podían estallar.

Le dije que, efectivamente, había algunas, pero que me había visto en la necesidad de descargarlas con objeto de hacer cartuchos, porque ya no tenía municiones para defenderme; que fácilmente podría sacarse la pólvora de las pocas que aún tenían, porque yo sabía el lugar donde estaban, y que mandaría con ese objeto á un oficial de artillería que efectuara la operación. Así se hizo, aunque siempre estalló una mina, porque un zuavo tiró imprudentemente la piola y causó la explosión.

«Mandé suspender los fuegos de los cerros, y para ello fuí con un oficial francés y el Coronel Angulo hasta la trinchera que quedaba frente á la nuestra.

«Angulo habló á Corella, y éste, sacando la cabeza por la trinchera, comenzó á insultarlo y hacerle fuego, por creer que se había pasado al enemigo y hecho traidor. Angulo explicó á Corella, con muchas dificultades, cuál era la situación, y le dijo que llevaba una orden mía para que suspendiera el fuego.

«Ya no se volvió á hacer uso de las armas, y Bazaine me detuvo en su Cuartel general el resto de la noche, que pasamos allí, en un cuarto, donde nos puso el mismo Bazaine, á Echegaray, á Angulo y á mí. Yo quedé como prisionero, sin saber cuál sería mi suerte, porque además de haber provocado el enojo de Bazaine, con mis explicaciones, no pedí ninguna garantía para mí y los míos.

«En la madrugada de esa misma noche mandé á Echegaray, por acuerdo de Bazaine, para dar órdenes de que se entregaran otros distantes puntos; y después que amaneció, me mandó el citado Bazaine á la ciudad, con D. Juan Pablo Franco y una escolta de «Cazadores de África,» para que diera orden de que se permitiera la entrada á los franceses. Entró tras de mí el Gral. Brincourt, con un regimiento, hasta el Palacio del Estado, tomando así posesión de la plaza el ejército francés. Ya se comprenderá cuál sería el estado de mi espíritu en aquel acto de mi vida.

«Tras de aquel trance, pasé á Montoya, y de allí fuí conducido, en la noche del día 9, para Etla, como prisionero de guerra, con escolta y con gran exceso de precauciones, pues me conducía una Compañía de zuavos á las órdenes del Comandante Chapie, hoy General de División del ejército francés, que era entonces Mayor del tercer Batallón del primer Regimiento de Zuavos. Se me llevaba entre hileras abiertas, y fuera de esas hileras, marchaba á cada lado una segunda hilera de caballería, y á retaguardia, un trozo de húsares de la guardia y otro adelante, destacados ambos como á cien metros de distancia; y por

dentro de los sembrados venían, como á unos cincuenta metros de cada lado, fuerzas traidoras de caballería.

«Así llegué á Etla, en compañía de los Lics. D. Justo Benítez y D. Miguel Castellanos Sánchez, de los Generales D. Cristóbal Salinas y D. José María Ballesteros, y de los Coroneles D. José Ignacio Echegaray y D. Apolonio Angulo, habiéndonos conducido hasta allí el Comandante Chapie.

«En Etla nos alojaron, por orden del General Bazaine, en la casa de D. José María Filio, que era la mejor del lugar y en donde Bazaine había estado alojado.

«Estando en esa población, se me presentó el Mayor de caballería, Vizconde de Kelan, que había pertenecido al Estado Mayor del Emperador Napoleón, según él me dijo, y entonces servía en húsares de la guardia. El Vizconde se encargó de nuestra custodia hasta Puebla, y nos trató con mucha amabilidad, pero á la vez con mucha vigilancia, y tomando siempre grandes precauciones.

«Las más veces, siempre que llegaba la ocasión, me pedía permiso para dar el toque de marcha, y me preguntaba con frecuencia si deseaba hacer alto en algún punto. Así llegamos á Puebla, en donde quedé prisionero.» (Memorias).

Evasión del General Porfirio Díaz del Convento de "La Compañía".—Puebla.

XIV.

SEGUNDA EVASIÓN.

ES indudable que el General Bazaine contaba ya con asaltar la débil é indefensa ciudad, y dar á su Monarca el parte respectivo, exagerando la importancia de su triunfo, y conquistando así la gloria de un gran héroe á costa de una cruel fanfarronada.

Porfirio Díaz, al entregarse prisionero, arriesgando su vida por salvar la de aquellos valientes soldados que aún resistían el hambre y la metralla, cumplió con un deber humanitario, y arrebató en esa ocasión, al jefe francés, *quizás hasta el ascenso á Mariscal de Francia*, con que ya desde entonces soñaba.

«En Puebla, fuimos entregados á fuerzas austriacas, que nos encerraron en tres prisiones distintas, poniendo á los Generales, Coroneles y Tenientes Coroneles, en la fortaleza de Loreto. Allí nos juntamos con otros prisioneros liberales, entre quienes estaban los Generales D. Santiago Tapia y D. Francisco O. Arce, y permanecimos en ese punto como tres meses.

«Estando presos en dicho Fuerte, nos volvieron á amonestar, como había sucedido cuando la rendición de Puebla, para que protestáramos no tomar las armas contra la Intervención ni el Imperio, y protestaron los más; pero sí recuerdo que no lo hicimos, por lo que respecta á los que junto conmigo fueron hechos prisioneros, el General Tapia, el Coronel Don Miguel Castellanos Sánchez, el Capitán de artillería Don Ramón Reguero y yo. Castellanos Sánchez, no solamente se negó á protestar, sino que su negativa estuvo concebida en pa-

labras ofensivas para los proponentes, por lo cual le sometieron, durante algunos días, á obscura y solitaria prisión. Para conseguir las protestas dichas, llegó á amagarse á alguno ó algunos hasta con el fusilamiento.

«No pusieron en libertad á Benítez ni á Ballesteros, sin embargo de haberse prestado á subscribir el documento de protesta, sino pasados varios meses y por recomendación de D. Bonifacio Gutiérrez. Así es que algunos días después, que de Loreto nos pasaron al convento de Santa Catarina, colocaron en mi propia celda á dichos señores; pero un día fingí motivo de desagrado con ellos, y solicitaron del preboste que se les diera otra habitación, lo que, concedido, quedé solo, como deseaba, para poder preparar una evasión, y al efecto, desde luego comencé á hacer un subterráneo en el lugar que quedaba debajo de mi cama.

«Estaba situada mi celda en el piso bajo del edificio, dentro de una capilla que había sido celda de una monja milagrosa, y había en la capilla un pozo cuya agua, según la tradición, tenía virtudes medicinales. Ese pozo me servía para depositar la tierra que sacaba de mi obra.

«Cuando mi trabajo de excavación llegó más abajo del macizo cimiento del edificio, seguí haciendo una galería horizontal hacia la calle, porque mi cuarto daba para ella, lo cual había rectificado por diversos medios; pero antes de que pudiera concluir mi obra, me cambiaron súbitamente á otra prisión.

«Efectivamente, habían pasado cinco meses de estar en Santa Catarina, cuando se nos trasladó al convento de la Compañía.

«Había quedado con el mando de la plaza, el Barón Juan de Schizmandia; el jefe neto era el Conde de Thun, que había salido á campaña sobre la sierra de Puebla. El Teniente Schizmandia me permitía ir al baño vigilado por un sargento austriaco, que me seguía como sombra á todas partes, y molestándome ésto, no volví á pedir permiso. Entonces me ofreció que me acompañaría él personalmente. Lo hizo así, pero usó de muchas precauciones, como ocupar una silla frente al cuarto en donde me bañaba, y prohibir que fueran ocupados los baños contiguos....

«Exceptuando esta vigilancia, me trataba con mucha cortesía: después del baño, una vez me llevó á almorzar á su casa, y luego me invitó á ir á los toros, y me condujo hasta en la tarde á mi prisión. No volví á aceptar invitaciones de esta especie, por no exponerme á que se creyera que estaba yo próximo á aceptar el Imperio.

«Después me dejó que anduviese en libertad por la ciudad, esperando de mi honorabilidad que no lo comprometiese con mi fuga.

«Estas consideraciones para conmigo, costaron caro al Teniente Schizmandia, pues cuando volvió de su expedición el Conde Thun, le hizo un fuerte extrañamiento, y lo puso en arresto porque había relajado mi prisión.

«(Al ocupar la plaza de México el 21 de Junio de 1867, encontré entre los prisioneros húngaros que tomé al enemigo, al Teniente Schizmandia, que había ascendido ya á Mayor. Lo puse, desde luego, en libertad, y él aprovechó mi amistad personal para conseguir muchos favores y consideraciones para todos sus compatriotas que estaban á las órdenes del Príncipe Carlos de Khevenhuler y el Coronel Alfonso de Kodolich, que habían caído prisioneros, hasta que al fin permití á todos que regresaran á su país á bordo de la fragata austriaca «Novara,» que había venido á Veracruz para conducir á Maximiliano).

«El mal éxito que el Conde de Thun había alcanzado en su campaña de la sierra de Puebla, le tenía de mal humor. Al día siguiente de su arribo á Puebla, vino á la prisión y me llamó al salón de la Corte Marcial, que estaba en el mismo edificio, y allí me previno, con maneras bastante duras, que firmara una carta, previamente escrita, en que ordenara yo al Gral. D. Juan Francisco Lucas, que no fusilara á los jefes y oficiales traidores que tenía prisioneros, porque el Gobierno Imperial se proponía canjearlos por algunos de mis compañeros de prisión, y que yo podía ser uno de los canjeados. Manifesté al Conde de Thun, que no podía firmar semejante carta, y que si la firmaba le sería perfectamente inútil, porque en mi calidad de prisionero, no podía dar órdenes, ni el General Lucas estaba obligado á obedecerlas.

«En respuesta me expuso, en són de reproche, que era raro que no quisiera firmar una carta semejante, cuando había firmado en la prisión y remitido al Gral. D. Luis Pérez Figueroa, su despacho de General, lo cual era cierto y no lo negué.

«El Conde de Thun me dijo, entonces, que nunca se había figurado que después de nueve meses de prisión, estuviera tan insolente, y que el Barón de Schizmandia pudo haber causado un grave perjuicio al Gobierno Imperial, si yo me hubiera evadido, aprovechándome de sus favores.

«Contesté al Conde, que mejor que él conocía el Barón el carácter de los dignos oficiales mexicanos, pues que él nunca los había te-

nido cerca y los juzgaba por el carácter de los traidores, que no se les parecían, y que las garantías que el Barón de Schizmandia había tomado para mi seguridad, eran inquebrantables entre hombres de honor.

«Ese mismo día entró el Conde de Thun á la prisión, y ordenó la clausura de nuestras ventanas, dejando sin luz las celdas de los prisioneros. Aumentó el servicio de centinelas de día y de noche, disponiendo que éstos entraran á toda hora en las celdas al hacer su vigilancia, ó se estacionaran en alguna de ellas, á su arbitrio.

«Sobré mí, especialmente, descargó el General Thun sus iras, y eso me hizo resolverme á abreviar la realización de una evasión, que preparé para el 15 de Septiembre, día de mi cumpleaños; pero coincidiendo esa fecha con el aniversario de la Independencia, no pude realizar mi propósito la noche de tal día, porque estaban muy iluminadas las calles de Puebla, en virtud de la festividad cívica que se celebraba, y la aplacé para el día 20.

«Había yo comprado caballos y monturas, que con un criado tenía preparados ocultamente en una casa.

«El Teniente Coronel Don Guillermo Palomino y el Mayor Don Juan de la Luz Enríquez, mis únicos confidentes entre mis compañeros de prisión, invitaron á jugar naipes, la noche en que me evadí, á nuestros demás camaradas, para tenerlos distraídos y juntos, y evitar así que anduvieran por los corredores y pudieran apercibirse de lo que pasaba.

«En la tarde del día 20, había yo añadido y envuelto, en forma de esfera, tres reatas que me proponía usar en mi evasión, dejándome otra en mi saco de equipaje, y una daga perfectamente aguzada y afilada, como única arma de que pude allí disponer.

«Después del toque de silencio, me fuí á un salón destechado, en donde la entrada y salida de los prisioneros no llamaba la atención de los centinelas, porque estaba destinado á usos comunes de los mismos. Llevé conmigo las reatas envueltas en un lienzo gris, y una vez cerciorado de que no había otra persona en el lugar, las arrojé á la azotea, y con la otra reata que me quedaba, lacé un canal de piedra que me pareció muy fuerte, lo que hice con dificultad, porque no podía distinguir bien el canal, dado que no había más luz que la de algunas estrellas de una noche muy obscura. Me cercioré de la resistencia de aquel punto de apoyo, y luego subí por la cuerda á la azotea; quité la cuerda que me había servido para subir, y recogí las tres que había tirado de antemano.

«Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque, punto escogido por mí para el descenso, era muy peligrosa, porque en la azotea del templo, que dominaba toda la del convento, había un destacamento y un centinela, que tenían por objeto vigilarnos desde la altura. Yo recorría en la azotea una parte muy sinuosa, pues cada una de las celdas tenía una bóveda semi-esférica, lo mismo que los espacios de los corredores comprendidos entre cada arco. Así es que, deslizándome entre esas medias esferas, y arrastrándome por sus cavidades, caminaba necesariamente en dirección al centinela, buscando el punto por donde debía efectuar el descenso.

«La marcha diagonal, que era la más corta y más lejana del centinela, no podía ser sino aérea, á través del patio.

«Tenía muy á menudo que suspender mi avance, y explorar con el tacto el terreno por donde habría de pasar, porque había sobre las azoteas muchos pedazos de vidrio que hacían ruido al tocarlos; además, eran muy frecuentes los relámpagos, á cuya luz podía ser descubierto. Llegué por fin al muro del templo, y como allí ya no podía verme el centinela, sino inclinándose mucho, seguí de pie y me dirigí á asomarme á una ventana muy elevada que daba á la guardia de prevención, con objeto de observar si había alguna alarma. Corrí allí un gran peligro, porque el piso era inclinado y estaba muy resbaladizo, en virtud de la humedad producida por las lluvias frecuentes; y, sin poderlo remediar, se me fueron los pies hasta los cristales, que eran poco resistentes, habiendo estado á punto de rodar al precipicio.

«Para llegar á la esquina de la calle de San Roque, por donde me había propuesto descender, era necesario atravesar por una parte del convento que servía de casa al capellán, quien tenía el antecedente de haber denunciado poco antes, ante la Corte marcial, á los presos políticos que habían hecho una horadación que fué á dar á su casa, en virtud de cuya denuncia fueron fusilados al día siguiente.

«Bajé á la azotehuela de la casa del capellán, en momentos en que entraba un joven que vivía en ella, y que probablemente venía del teatro, pues estaba alegre y tarareando una pieza. Esperé que se metiera á su habitación, y á poco salió con una vela encendida y atravesó por el lugar donde yo estaba. Me escondí para que no me viera á su paso, y esperé á que regresara, lo cual hizo pasados algunos minutos, que me parecieron largos en aquellas circunstancias. Cuando consideré que había tiempo para que se hubiera acostado y acaso dormido, ascendí á la azotea frontera del convento, por el lado del lote

opuesto al que me había servido para bajar, y seguí mi camino por ella á la anhelada esquina de San Roque, á la cual llegué al fin.

«Hay en tal esquina una estatua de piedra, de San Vicente Ferrer, que era la que yo me proponía usar como apoyo para fijar mi cuerda. El santo oscilaba mucho al tocarlo, pero pensé que tendría probablemente alguna espiga de hierro que lo sostuviera; y así, para mayor seguridad, no fijé la cuerda sino en la piedra que servía de pedestal, que era á la vez la angular del edificio, y que me pareció maciza al probar su estabilidad.

«Juzgué que si descendía inmediatamente de esa esquina para la calle, podía ser visto por algún transeunte, en el acto de descolgarme por la cuerda; y por ese motivo me propuse bajarme previamente hacia un lote que estaba cercado solamente, sin saber que había allí una pocilga de cerdos. Sobre ellos cae fatalmente mi daga, que se desprendió de mi cintura con el roce que efectuaba de espalda sobre la pared al descolgarme, ayudado de la cuerda; y aquellos animales, tal vez alguno herido, armaron un ruido tal, que podía descubrírseme si alguien ocurría con motivo del escándalo que hacían.

«Ocultándome al bajar, hube de dejar que se apaciguaran un tanto, y ya para brincar á la calle, subí á la cerca que de ella me separaba; mas tuve que retroceder repentinamente, porque en esos momentos pasaba un gendarme haciendo su ronda y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se retiró dicho gendarme, salí á la vía, y respiré con libertad.

«Sudoroso y agitado por la fatiga, emprendí violentamente mi marcha para la casa donde tenía mis caballos, mi criado y un guía, y pude, sin más tropiezo, llegar á ella.

«Una vez en mi casa, donde me esperaba mi criado y el guía, todos nos armamos de pistolas, montamos á caballo, y después de esquivar el encuentro de una patrulla de caballería, salimos por la garita de Teotihuacán. Estaba casi seguro de que sería detenido en dicha garita por los empleados, y me proponía forzar el paso; pero afortunadamente no fué así, pues el portón estaba abierto y se veía luz en las habitaciones y colgado un caballo ensillado en el portal.

«Al trote atravesamos por allí, y una vez fuera de la ciudad y para ganar tiempo, seguimos nuestra marcha á todo galope.

«El Coronel Don Bernardino García debía esperarme con su guerrilla, en el Paso de Santa María del Río, situado ya en los límites del Estado de Guerrero con el de Puebla; pero como mi evasión no tuvo lugar el 15, como yo le había anunciado, sino hasta el 20, ya

García no me esperaba. Entre las 8 y las 9 de la mañana del 21 de Septiembre, llegamos al paso citado del río Mixteco sin ningún incidente notable. Sabía que no estaban lejos de allí las fuerzas imperialistas del Coronel Flon, y no abandoné mi caballo ni mis armas; por lo que, mientras mi criado y mi guía pasaban en las balsas con sus monturas, y los pasadores de servicio llevaban del diestro sus caballos en pelo para volver á ensillarlos al otro lado, yo, quitando sólo el freno, pasé á nado, agarrado con una mano de las crines de mi caballo y ayudándome con la otra, y esperé en la margen opuesta hasta que estuvieron nuevamente ensillados los de mis compañeros de viaje.

«Mi temor no era infundado: después de algunas millas que recorrimos al galope, llegamos al pueblo de Coayuca, donde había una fiesta, y donde supuse que, con ese motivo, habría algunos hombres de la guerrilla de García. Con objeto de averiguarlo, mandé al guía al centro del pueblo, mientras yo y mi mozo lo pasamos por los suburbios, para juntarnos los tres y volver á tomar el camino del otro lado.

«En ese rodeo me encontré con el alcalde del pueblo, á quien conocí por el bastón que llevaba, y me pareció inconveniente pasar sin decirle algo que alejara toda sospecha: en la corta conversación que tuve con él, le hice entender que era un comerciante que iba á la costa á comprar ganado; pero el hombre aquel me conoció, me felicitó con efusión por encontrarme libre, y me ofreció sus servicios. Me hizo muchas instancias para que pasara un día en el pueblo, creyendo que estaría enteramente seguro, pues me protestaba que no tendría riesgo alguno; resistí á sus ofertas y seguí la marcha. Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando empecé á oir un tiroteo muy nutrido, que de pronto me pareció podría provenir de fuegos de artificio, pero no tardé en percibir silbidos de balas. Entonces me dirigí rápidamente sobre una colina, separándome del camino que debíamos llevar, siguiendo á campo traviesa.

«Desde la colina pude ver que, en efecto, se trataba de un combate en el centro del pueblo, y con más razón apresuré mi marcha. Á pocos momentos me alcanzó el guía, pues tanto él como yo, conocíamos bien el terreno, y me informó que un escuadrón de Flon había caído de improviso á la población, con objeto de sorprender á los guerrilleros de García, que suponía habrían concurrido á la fiesta, como en efecto concurrieron.

«Seguimos sin ser molestados hasta el rancho de García, que distaba de allí unas quince ó veinte millas.» (Memorias).

El mozo que figura en este novelesco episodio, se llamaba Francisco Hernández, era muy antiguo en el servicio de la familia Díaz, en Oaxaca, y era un hombre leal, de gran corazón y muy adicto á Don Porfirio.

Él fué quien ayudó eficazmente en los preparativos de la fuga, sin saber que el mismo General Díaz era el que iba á fugarse, pues Don Porfirio, rompiendo una de sus tarjetas y dando la mitad á Hernández, le había dicho:

—El que se ha de fugar, es un amigo que yo estimo, y te ha de entregar como contraseña, la otra mitad de esta tarjeta, para que tú le entregues las armas y caballos.

Grata fué la sorpresa de Hernández, cuando, á la hora convenida, vió llegar á su amo, en vez de la persona que esperaba.

El precavido General Díaz, nunca dudó de la lealtad de su sirviente, pero temió que si éste se enteraba de que él mismo era quien debía evadirse, por exceso de celo cometiese alguna imprudencia.

XV.

SU TERCERA CAMPAÑA.

CONTRA LA INTERVENCIÓN.

L Imperio había puesto á precio la cabeza de Porfirio Díaz, que al recobrar la libertad, emprendió, con 14 jinetes, su tercera campaña contra los invasores de la Patria.*

Mientras el Conde Thun, al enterarse de la fuga, ofrecía mil pesos por la reaprehensión del ilustre fugitivo, éste llegaba sano y salvo al rancho de García, ya en el Estado de Guerrero.

«García tenía un sistema de avisos (sus vigías tocaban un bombo, cuyo sonido se oía á larga distancia), que le ponía á cubierto de toda

---

* «Un sello de tinta.—Juzgado Municipal de Acatzingo.—Acatzingo, Septiembre 21 de 1865.—El Sr. Secretario de la Prefectura política del Departamento, por parte telegráfico recibido hoy, me dice lo que copio: El Comandante Superior ofrece mil pesos por la reaprehensión del Gral. Porfirio Díaz, que se ha fugado hoy de esta ciudad, por lo que, de orden superior, prevengo á Ud. proceda á la reaprehensión por medio de los agentes de esa oficina, y que lo avise al Sr. Comandante Carrasco, con el mismo objeto. Y lo transcribo á Ud. para su conocimiento y que dé aviso al Sr. Carrasco, protestándole con tal motivo, mi consideración y respeto.—El Alcalde Municipal, *J. de J. Machorro.*—Sr. Subprefecto del Distrito de Tepeaca.—Al margen.—Septiembre 21 de 1865.—Recomiéndase al Comandante Carrasco y al Subprefecto de Tepeji, la reaprehensión de que se trata, y dígase así en respuesta.—Rúbrica.»

«Minuta.—Septiembre 21 de 1865.—Habiéndose fugado de la capital del Departamento, el Gral. Porfirio Díaz, según me participa la Prefectura políti-

sorpresa, y con ese motivo permanecimos allí desde el mediodía, que fué la hora en que yo llegué, hasta el siguiente, á las siete de la mañana. . . . Durante la noche, vinieron á cumplimentarme más de diez municipalidades de los pueblos de los alrededores, que aunque aparentemente obedecían á las autoridades imperialistas, simpatizaban con la causa de la Independencia.

«Á las siete de la mañana del día 22 de Septiembre, emprendimos la marcha el Coronel García, un asistente, un clarín, yo, mi criado y mi guía.

«Previamente había citado García á los hombres de su guerrilla para un paraje despoblado en el camino de Tehuitzingo, uno de los pueblos del Estado de Puebla, limítrofe con Guerrero, en el cual había unos 25 infantes de guardia civil imperialista.

«Cuando llegamos al lugar de cita, apenas éramos 14 hombres, montados todos y armados con pistolas de repetición y sables; muy pocos, no llegarían á 8, con carabinas. . . .

«Hicimos algún rodeo para entrar á Tehuitzingo, por la parte más deprimida del terreno y mejor arbolada, y una vez allí, nos dividimos en dos fracciones, que debían caer simultáneamente á la plaza donde estaba la guardia. La sorprendimos sin resistencia y sin efusión de sangre; nos hicimos de todas sus armas y municiones, y reclutamos en el pueblo muchos voluntarios que se nos presentaron, no con malos caballos, pero sí con pésimos aperos, y la mayor parte sin armas. Los armamos con los fusiles quitados á los guardias civiles, y así formamos, al anochecer, cuarenta hombres. . . .

«Así comencé mi tercera campaña contra la Intervención extranjera; la falta de recursos, y la pobreza de los lugares por donde ex-

---

ca, el señor Comandante Superior ofrece mil pesos por la reaprehensión de dicho General. En consecuencia, esta Subprefectura le previene á Ud., que por medio de los agentes de esa oficina de su cargo, procure recomendar, DE LA MANERA MÁS EFICAZ, la reaprehensión de que se trata. Lo que comunico á Ud. para su cumplimiento.—El Subprefecto de Tepeji.—Igual al Comandante Carrasco.—Ya se libran por esta oficina las órdenes respectivas á quienes corresponde, para que, con la mayor eficacia, se procure la reaprehensión del General D. Porfirio Díaz, que hoy se ha fugado de la capital del Departamento.—Dígolo á Ud. en respuesta á su oficio relativo de esta fecha, recomendándole que en esa demarcación de su mando, con toda eficacia se cumpla la orden superior que por la Superioridad se le ha comunicado sobre el particular.—El Subprefecto.—Señor Alcalde Municipal de Acatzingo.

pedicionaba, no me permitieron, por más de un año, avanzar gran cosa.» (Memorias).

Al anochecer del día 23 de Septiembre, y al salir de Piaxtla, encuentra el Gral Díaz al Coronel Carpintero, á cuyo Escuadrón ataca con sus 40 hombres.

Derrotado el Escuadrón de Carpintero, y perseguido por más de cinco kilómetros en un camino formado por altas cercas, abandona á los vencedores casi todas sus armas y sesenta caballos.

En Tlapa se le incorpora el Teniente Coronel Don Juan José Cano, con 78 hombres, y poco después se le incorpora en Tepetlapa el guerrillero Don Tomás Sánchez, con 30 caballos.

Un recio temporal obligó al General Díaz á permanecer cuatro días en Tepetlapa, en tanto que, por orden de Bazaine, habían salido á perseguirle dos secciones de tropas, una de las cuales, mandada por Visoso, y compuesta de 300 infantes y 50 caballos, se encontraba ya en Tulcingo.

«Antes de que amaneciera, emprendí mi marcha para Tulcingo, y ya muy cerca del pueblo, en que había una colina de por medio, encontré á un hombre que venía con el pretexto de traer pan á Tepetlapa, pueblo donde hay muchos panaderos.

«Me pareció desde luego inverosímil ese comercio, y comprendí que era un explorador de Visoso. En efecto, después de amenazarle, me confesó que era explorador, y me dió algunas noticias importantes, entre otras, que la tropa enemiga estaba limpiando sus armas.

«Después de un ataque de sorpresa, combinado y muy rápido sobre el atrio y el templo, que era el lugar donde el enemigo se encontraba acuartelado, logré rendirlo, no obstante que hizo mucha resistencia hasta los últimos momentos, ocasionándole pérdidas de consideración, pues recogí cuarenta muertos del campo de acción. Visoso había huído con sus cincuenta caballos, dejando en mi poder toda la infantería con sus armas, sus útiles de banda y tres mil y tantos pesos en oro, que tenía en su pagaduría.

«Como era natural, entre la clase de gente que yo había reclutado, habían encontrado dueño los tres mil pesos, suponiendo que eran legal botín. Tuve gran dificultad para convencerlos de que eso no debía entenderse así. Entonces nombré pagador al Lic. D. Manuel Guerrero, que se me había incorporado en Piaxtla, y allí comenzó mi contabilidad de toda esa campaña, que se cerró después de ocupar la Capital de la República.

«Al día siguiente organicé á los prisioneros, formando dos Com-

pañías, que pomposamente llamábamos batallones, dando á mandar una al Mayor Don Juan José Cano, que era un oficial de los que se nos habían incorporado en Tecomatlán, y la otra, al entonces Teniente y hoy General Don Mucio P. Martínez.*

«Con mi fuerza aumentada así, empréndí la marcha para Tlapa, del Estado de Guerrero, y en esa travesía se me incorporó el Coronel Don José Segura y Guzmán, procedente de la Mixteca, que al rumor de mi aparición por ese rumbo, venía con algunos hombres montados y armados.

«No contando con recursos suficientes para hacer una campaña fructuosa, y teniendo que operar en el Estado de Guerrero, que correspondía á la división militar del Gral. D. Juan Álvarez, me determiné á ir á la hacienda de «La Providencia,» en donde tenía su casa y Cuartel general, con objeto de discutir con él algún plan regular de campaña y recibir algunos elementos de guerra, si estaba en situación de facilitármelos. Vivía el General Álvarez con mucha pobreza, y todo lo que conseguí fueron doscientos fusiles de percusión con sus respectivas municiones, y órdenes para las autoridades del Estado de Guerrero, de donde era Gobernador su hijo Don Diego, para que me proporcionara víveres, que me comprometí á colectar con equidad en todos los pueblos que estuvieran á mi alcance.

«La acogida que en «La Providencia» me dispensó el General D. Juan Álvarez, fué bastante benévola y cordial, y al principio también la de su hijo D. Diego. Por desgracia, la protección que allí encontré fué infinitamente menor de la que yo esperaba; sin embargo, la autorización para colectar víveres en los pueblos del Estado, era una buena base á falta de mejores recursos.

«Se me incorporó en «La Providencia» el Gral. D. Francisco Leyva, que no teniendo elementos con que seguir haciendo la campaña, se había replegado á vivir con el General Álvarez. Leyva tenía diez ó doce oficiales, entre los cuales estaba el Teniente Coronel de Infantería, D. Manuel Travesí, á quien nombré desde luego mi secretario, y dí lugar en mi Estado Mayor al Coronel D. José María Pérez Milicua, al Teniente Coronel de Caballería D. Martín Rivera, al Teniente Coronel de Infantería D. Manuel Aburto y á los Tenientes de Infantería D. José María Ramírez Pizarro y D. Miguel Marín. También se me

---

* Al terminar la campaña y ocupar la plaza de México, el General Díaz entregó al Gobierno más de $300,000.00; tal fué el resultado de aquella contabilidad iniciada en Tulcingo.

incorporó un grupo como de 20 de la Guardia Nacional de Oaxaca, que á la fecha de la ocupación de aquella ciudad se encontraban en algunas comisiones del servicio de la Mixteca, y para no someterse al enemigo, se replegaron al Estado de Guerrero y estaban con el General Álvarez. La mayor parte de éstos eran sargentos y cabos.

«Con el auxilio del personal y el material que saqué de «La Providencia,» regresaba á Tlapa, donde había dejado mi fuerza. Al llegar á Tixtla supe que un jefe austriaco, el Duque de Bernàrd, con 700 infantes austriacos y una fuerza de traidores, de 300 hombres, mandados por Visoso, y seis piezas rayadas de montaña, había ocupado á Tlapa, y que el Coronel Segura, con mis fuerzas, ocupaba un cerro muy defendible á la vista de la población. Entonces el General Jiménez, que mandaba en Tixtla, puso á mi disposición, por orden del General Álvarez, expedida á solicitud mía, un pequeño batallón de Guardia Nacional de Chilapa, que constaba de 200 hombres. Con ese batallón emprendí la marcha por los pueblos de la montaña, entrando por Hueyenecantenango, y levantándolos en són de guerra, aunque no puedo decir en armas, porque no las tenían, logré poner en acción grandes grupos de indios que marchaban de montaña en montaña, paralelamente con mi fuerza armada, que constaba de 200 hombres y el pelotón de cabos y sargentos oaxaqueños, hasta salir por la espalda á mis soldados, que á las órdenes del Coronel Segura, cual he dicho, ocupaban un cerro á la vista de Tlapa.

«Como el Duque de Bernard vió aparecer súbitamente, por las crestas que forman la cordillera, al Sur de Tlapa, masas de hombres, cada una con una música de instrumentos metálicos (las músicas de los pueblos), debió suponer que los que así se presentaban, no debían ir desarmados; y sin duda, considerando su número, juzgó prudente retirarse y abandonó á Tlapa. Despedí en seguida á los patriotas indios, dándoles las gracias, y devolví al General Jiménez el batallón de Chilapa, porque no tenía con qué mantenerlo, y él me lo pedía con apremio, pues el enemigo amagaba por Iguala.

«El jefe austriaco tomó el camino de Chila de la Sal y se acampó á la margen derecha del río, y yo tras él, lo hice á la izquierda.

«Así permanecimos á la vista algunos días, hasta que la fuerza austriaca regresó á Atlixco, dejándome al frente á Visoso, con unos 300 hombres, más ó menos.» (Memorias).

Mientras el Duque de Bernard estuvo acampado á la margen del río, el General Díaz le hostilizó como le fué posible.

Aprovechando la obscuridad de la noche y acompañado por un

oficial, á quien llamaban Juan *Chico*, pasaba el río á nado, llevando sus armas sostenidas fuera del agua con una mano y nadando con la otra, para ir á emboscarse entre el follaje y tirotear de cerca el campamento enemigo.

Sorprendidos por aquellos nocturnos tiroteos, en medio de su sueño, las tropas de Bernard despertaban azoradas, se ponían sobre las armas y solían pasar en vela el resto de la noche, por temor á una sorpresá.

Lo que el General Díaz se proponía con ésto, era desvelar á los soldados austriacos.

Les enviaba, además, durante el día, indios de la comarca, que les vendían grandes cantidades de plátanos.

Hay en aquellos pueblos la creencia, tal vez justificada, de que las personas que se desvelan, y las que comen dicha fruta, contraen más fácilmente el paludismo y las fiebres perniciosas, tan temibles en aquellas regiones tropicales.

«Se me informó de algún amago de tropas procedentes de Oaxaca, y con ese motivo regresé á Tlapa. Entonces Visoso se atrevió á pasar el citado río, que antes nos dividiera, y permaneció en el pueblo de Chila.

«Tuve una fiebre palúdica, que no duró más de dos á tres días; pero como recibí noticia de que al jefe enemigo le daban aviso de mis males, y supe que él, basándose en ellos, por creerlos graves, se atrevía á avanzar; después de sentirme aliviado, fingí estar más y más enfermo; y tal como lo esperaba, á virtud de ese ardid, se aproximó á una distancia de seis ó siete leguas, hasta llegar al pueblo de Tepetlapa, en donde yo podía, forzando la marcha en una noche, darle un golpe al amanecer, que era probablemente lo mismo que él intentaba respecto de mí.

«Así lo hice, y el 3 de Diciembre, en la noche, sin dar ningún toque, y de la manera más sigilosa, levanté y organicé mis fuerzas y emprendí mi marcha, con la cautela necesaria, hacia el pueblo dicho, cuyas entradas y caminos conocía muy bien; mas al llegar al lugar, supe que Visoso había marchado á las nueve de la noche para Comitlipa, que no está muy lejos.

«Todavía faltaba mucho para que amaneciera, y seguí sin dilación alguna. Al llegar, en la madrugada del 4 de Diciembre de 1865, á un lugar del camino, desde donde se descubre el pueblo, vi en un pequeño cerro que está casi á tiro de pistola de la plaza, una gran fogata, y comprendí que allí había un puesto de observación; y como

aún no amanecía, no podía yo ser visto por los hombres que lo formaban. En un reconocimiento que practiqué, con dos ó tres ayudantes, dejando toda mi fuerza en el camino, pude comprender que el enemigo no tenía ninguna avanzada por el lado donde yo iba, y que sólo ocupaba el centro del pueblo, esto es, la plaza, la casa municipal y la colina á que he aludido.

«Bajé entonces mi infantería de la alta planicie por la que el camino pasa, la oculté en unos espesos carrizales y arboleda que había á muy corta distancia de las primeras casas, y la dejé allí, á las órdenes del capitán D. José Guillermo Carbó, una parte, y la otra, á las órdenes del Teniente Coronel D. Juan José Cano. Hecho ésto, volví al punto elevado del camino, en donde había quedado mi caballería; esperé á que amaneciera, y cuando hubo luz, emprendí la marcha con ella, haciéndome visible sobre el relieve del terreno. Entonces vi perfectamente que bajó un hombre corriendo de la colina, sin duda á dar aviso á Visoso. Creí que éste saldría á mi encuentro, pero no sucedió tal, y tuve que llegar hasta la plaza á tirotearle, para que saliera á perseguirme, pues hice oportunamente una falsa retirada.

«Como los del cerro habían podido ver y hasta contar la fuerza de caballería que yo traía, y que apenas llegaría á cien hombres, Visoso se animó y salió briosamente tras de mí. Cuando hubo rebasado el carrizal, le rompieron los fuegos el Capitán Carbó y Teniente Coronel Cano, cortándole el primero el camino y batiéndolo el otro por un costado, en los momentos en que yo, con la caballería, volvía caras y le cargaba rudamente por la llanura de su izquierda, adonde corría su gente en desorden, al sentir los fuegos á quema ropa que salían del carrizal.

«Fué completamente derrotado Visoso, y huyó con sólo unos veinte ó treinta jinetes, dejando 81 muertos, entre los cuales había tres oficiales, y prisionera á casi toda su infantería, que me sirvió para formar, con el piquete de cabos y sargentos oaxaqueños que había encontrado en «La Providencia,» el batallón «Fieles de Oaxaca,» cuyo mando tomó desde luego el capitán D. José Guillermo Carbó, á quien ascendí á Mayor, por sus servicios y con ese especial objeto.

«Por mi parte tuve 11 muertos, entre los cuales estaba el Teniente Coronel D. Tomás Sánchez, y 9 heridos, entre los que se contaba el capitán D. Bonifacio Valle, que lo había sido también en el encuentro de Tulcingo y cuya anterior herida aún no estaba cicatrizada.

«Volví á Tlapa, donde permanecí algunas semanas, sin que ocurriera acontecimiento notable, aprovechando la calma para instruir

y organizar mi pequeña fuerza. En busca de recursos y hombres, emprendí una marcha para el Estado de Oaxaca, penetrando por el Distrito de Silacayoapan. Las pequeñas guarniciones que había en aquellos pueblos, se retiraban al tener conocimiento de mi arribo al pueblo de Silacayoapan, cabecera del Distrito de su nombre, porque conocían que todos esos pueblos simpatizaban con la causa nacional, y yo lo ocupé el 13 de Diciembre de 1865.

«Expedí algunos decretos sobre administración, y pasé en seguida, con intención de sorprender á Tlaxiaco, que estaba defendido por el General Trujeque. Después de algunos pequeños combates, ocasionados por varias salidas que éste hizo, se resolvió á abandonar la plaza, y la ocupé el 22 de Diciembre, persiguiéndolo en su retirada para Teposcolula, hasta el pueblo de Santiago Yolomecal, en donde abandoné la persecución, por juzgar improcedente mi avance, habiendo regresado al mismo Tlapa, que había sido mi punto de partida.

«Al saberse en Oaxaca mi aproximación, mandaron fuerzas superiores sobre las mías, mas yo me encontrabá ya en camino para la costa.

«Sabiendo en los primeros días de Enero de 1866, que en Silacayoapan, lugar importante, había una fuerte guarnición austriaca, con el fin de hacerla abandonar aquel pueblo, amagué á Tlaxiaco, logré mi objeto, y así ocupé al citado Silacayoapan. Luego volví nuevamente sobre Tlaxiaco, tiroteando á su guarnición dos días, el 5 y 6 de Enero, procurando dar lugar á que saliera á batirme á campo raso, adonde la atraía, haciendo falsas retiradas, después de entrar con mi caballería á las calles del pueblo, que estaba fortificado; mas no logré mi objeto, y como supe que venían refuerzos considerables, y que estaban ya á cinco leguas de Tlaxiaco, tuve que retirarme un tanto de aquel pueblo, sin dejar de tenerlo en jaque. El 28 del mismo Enero rechacé una partida de traidores, que asaltó á Silacayoapan, muriendo su jefe.

«Hice otros movimientos que no fueron de trascendencia, á causa de los pocos elementos de que podía disponer, comparados con los del enemigo, que los aumentaba, escarmentado con los triunfos que sobre él había obtenido.

«La guarnición de Tlaxiaco fué reforzada con 400 traidores y 100 austriacos; pero aun así, no se decidían á perseguirme. Como quiera que fuese, ya se concentraba gran número de tropas en Oaxaca, con el fin de anonadarme al peso de su masa.» (Memorias).

Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

XVI.

NOCHISTLÁN.

MUERTE DEL CONDE DE GANTS.

---

fines de 1865, la guerra civil había casi terminado en los Estados Unidos del Norte, y hasta entonces, ni Napoleón III, ni Maximiliano, habían obtenido el reconocimiento del Imperio por aquella nación, contra cuya preponderancia en América venía luchando, hacía ya tiempo, el Emperador de los franceses.

Al declarar los Estados Unidos, que sólo reconocían como legítimo el Gobierno de Juárez, las notas diplomáticas cambiadas entre el Emperador francés y el gabinete de Washington, fueron adquiriendo un tono cada vez más agresivo, hasta llegar al grado de casi provocar un rompimiento.

Maximiliano, comprendiendo lo apremiante de aquella situación, exasperado por sus desastres financieros, hostigado por las absurdas pretensiones del partido conservador, profundamente disgustado por las intrigas de Bazaine, y sintiendo ya el próximo abandono del monarca francés, cometió aquel enorme desacierto, aquel gran atentado que, bajo el nombre de «Ley de 3 de Octubre,» debía empañar con sangre el brillo de su nombre y de su historia.

Como si no fuesen bastantes para encender el odio y los rencores del pueblo escarnecido, las sangrientas hazañas del siniestro Dupin, los actos execrables de Berthelin, de Tourre, de Marechal y otros verdugos, vino el asesinato de los patriotas Salazar, Arteaga, González, Díaz y Villagómez, cometido en Uruápam, por el traidor Ra-

món Méndez, al amparo de aquel negro decreto, que también *fué firmado por ministros nacidos en suelo mexicano.*

Por fortuna, las armas nacionales empezaban á ser las vencedoras, y con ellas iba por todas partes la victoria. Nuestras tropas empezaban á estar organizadas.

Escobedo tenía el mando del Norte; Corona el de Occidente; Régules mandaba el ejército del Centro, y Porfirio Díaz los Estados de Oriente.

Régules había tomado la plaza de Tacámbaro, defendida por belgas y traidores: los sitiados cometieron la infamia de colocar á la esposa y á los hijos del jefe sitiador, en las trincheras, y el General republicano las asaltó, como Guzmán el Bueno lo había hecho en el sitio de Tarifa.

El Gral. Terrazas triunfaba en Chihuahua; el Gral Corona en Villa Unión, Concordia y Palos Prietos; García de la Cadena en Zacatecas; Viesca y Treviño en Santa Isabel, en donde hicieron 79 prisioneros franceses; y Escobedo en Santa Gertrudis, arrebatando á Olvera el cuantioso convoy que custodiaba.

Entretanto, Porfirio Díaz luchaba sin descanso en las montañas de Oaxaca.

«Estando en Tlapa, supe que una Columna, mandada por el Gral. D. Juan Ortega, procedente de Oaxaca, trataba de penetrar al Estado de Guerrero por Jamiltepec y Pinotepa, y que traía armamento para organizar un batallón, que se llamaría «Batallón de Jamiltepec.»

«Auxiliado por el Gral. Álvarez con una fuerza de 200 hombres, que mandaba el Coronel D. Antonio Reguera, emprendí mi marcha por Ometepec hacia Jamiltepec, con objeto de encontrar á Ortega; y estando acampado en una ranchería, que se llama Lo de Soto, el 25 de Febrero de 1866, la avanzada que tenía sobre el camino, á tres leguas, y compuesta de vecinos armados, abandonó su puesto sin replegarse al campamento, y por consiguiente, sin que yo pudiera tener oportuno aviso de la presencia del enemigo, de la que me di cuenta cuando ya hacía fuego sobre mis soldados.

«Al oir los primeros tiros, salí de un jacal que me servía de alojamiento, y me encontré con la caballería contraria á muy corta distancia, que comenzó á disparar sobre mí. No tuve más recurso que volver al mismo jacal; tomé mis pistolas, que estaban en mi montura, y me abrí paso, rompiendo, por la parte posterior, la pared del jacal, que era de mimbre, é hice otro tanto con otros dos que seguían hacia atrás, porque al entrar sucesivamente en cada uno, mis perseguido-

res iban ocupando el frente. Cuando salía de la última horadación, encontré por casualidad á un oficial con diez hombres montados y armados, que horas antes me había pedido permiso para ir á bañarse al río, distante cosa de una legua, y que regresaba en esos momentos: tomé su caballo, y con esos diez hombres cargué sobre el enemigo, eficazmente secundado por algunos soldados del Batallón «Fieles de Oaxaca,» que con el Teniente Coronel D. Martín Rivera, habían ocupado un pequeño promontorio que estaba en el centro de la ranchería, y desde donde hacían certeros fuegos sobre la caballería enemiga. Con tal ayuda, pude hacerla retroceder hasta pasar una barranca, único paso que tenía, y que era por donde había podido llegar á mi campo sin ser sentida, sólo porque la avanzada á que he aludido no cumplió su cometido.

«Una vez que logré arrojar la caballería enemiga al otro lado de la barranca, permanecí defendiendo el estrecho; pero á poco se me incorporó el Teniente Coronel D. Marcos Bravo, con 20 hombres, que hasta esos momentos habían podido ensillar sus caballos, y pocos instantes después se me presentó el Teniente Coronel D. Bernardino García, con otros 100 más.

«Así reforzado, pasé la barranca, poniendo en retirada á la caballería enemiga, que perseguí hasta el rancho del Alacrán, donde ya no pude continuar, por haberse incorporado á su Infantería y Artillería, que constituia el núcleo principal de la fuerza enemiga. Entonces comencé á retroceder, y ordené que el Gral. Leyva, que había organizado nuestra infantería, marchara á Los Horcones, rumbo á Ometepec, pues en ese lugar podría presentarse acción con ventaja. Una vez en Los Horcones, yo también me coloqué en condiciones de resistir un ataque; pero el enemigo no lo intentó, y volvió para pernoctar en Lo de Soto, quedando nosotros en Ometepec.

«En ese día, el contrario había tenido seis ó siete muertos y algunos heridos, y nosotros sólo perdimos tres hombres y al Teniente D. Manuel Aburto, que por estar gravemente enfermo, y no haberse acordado de él sus compañeros, que fueron los más desmoralizados en el momento de la referida sorpresa, lo dejaron en su cama, donde fué asesinado. Pero si bien es cierto que en ese respecto tuvo el enemigo más pérdidas, la fuerza suriana que venía en mi auxilio se dispersó en su mayor parte y ya no conté con ella.

«Á virtud de todo lo ocurrido, pasé á acamparme á los bajos de Quetzala, con objeto, en mi carencia de recursos, de aprovechar los pastos para los caballos y la pesca para mis soldados. Permanecí en

aquel lugar una semana, mientras me llegaban algunos auxilios remitidos nuevamente de «La Providencia» por el General Álvarez, á quien avisé lo ocurrido en Lo de Soto. Al arribo de unos 200 infantes que él me envió, emprendí la marcha otra vez sobre el enemigo, sorprendiéndole un destacamento de cuarenta ó cincuenta soldados que tenía en Pinotepa.

«La fuga de este destacamento desmoralizó mucho á las tropas de Ortega, que se habían acantonado en Jamiltepec, adonde llegué horas después que los muy pocos que pudieron huir de Pinotepa, en los momentos en que Ortega acababa de abandonar la población.

«Lo perseguí, pero mi persecución, á virtud de que se me atravesó un río, no pudo ser muy larga, aunque sí fructuosa por la dispersión que le causé, y por las armas y municiones que dejó en mi poder.

«Á mi regreso á Jamiltepec, el 13 de Abril de 1866, encontré 400 fusiles que había dejado Ortega escondidos en su salida precipitada, cuyas armas estaban todavía con el empaque de la fábrica, y después recogí otras muchas que había puesto en manos de reclutas que huyeron con ellas para sus pueblos; pero como Ortega había dejado sus papeles abandonados en su alojamiento, tuve en mis manos las listas del reparto de armas, y así pude reclamarlas á los que las tenían, con lo cual logré adquirir unas quinientas, incluyendo en ese conjunto las antes recogidas. Estas armas eran de sistema Enfield, mejores que unas que el General Álvarez me había antes prestado, y que le devolví entonces, dándole las gracias, porque por lo pronto no tenía bastante gente para usar todo el armamento.

«Contenido así el avance de Ortega, se volvió derrotado hasta la ciudad de Oaxaca.

«Permanecí dos ó tres días en Jamiltepec, para dejar medianamente atendidos nuestros heridos, arbitrar recursos y salir rumbo á Oaxaca, sobre las huellas de Ortega; pero habiendo tenido noticia de que en Putla había un destacamento de alguna importancia, me dirigí á ese pueblo, á campo traviesa, sobre la montaña, hasta caer en el valle de Putla. Por los primeros aldeanos que encontré en ese valle, supe que el destacamento había marchado el día anterior á las órdenes de un español apellidado Ceballos, Mayor de caballería.

«Esta noticia me animó á acelerar el paso con sólo mi Estado Mayor, para ganar algún tiempo, á efecto de proporcionar víveres á la tropa con algunas horas de anticipación.

«Había yo agregado á mi citado Estado Mayor, todos los jefes y

oficiales recién incorporados, á quienes no podía todavía colocar en filas. En consecuencia, formábamos todos un grupo de más de treinta hombres. El Capitán D. Carlos Pacheco, que después fué General de División y Secretario de Fomento y de Guerra, y el Mayor D. Juan de la Luz Enríquez, que llegó á General de Brigada y á Gobernador del Estado de Veracruz, figuraban en aquel Estado Mayor.

«Al tocar la población de Putla, en concepto de que estaba desocupada, vi por una de las calles, atravesar rápidamente á un hombre con una banderola roja, y me pareció que sería algún rezagado del enemigo. Con intención de aprehenderlo, dispuse que, al galope, un grupo de oficiales entrase por un lado de la plaza, y otro conmigo por el lado opuesto, tomando al efecto dos calles paralelas; mas nuestra sorpresa fué grande al encontrar formada en aquella plaza toda la fuerza de Ceballos, que nunca supuso que los que así nos le echábamos encima fuésemos unos cuantos, y haciéndonos fuego, se puso en retirada para Tlaxiaco. Aprovechamos las circunstancias, y sin comprometernos seriamente, disparamos nuestras pistolas sobre aquellos 200 hombres, los que se amedrentaron más al llegar á la orilla de la población, por distinguir en el camino la caballería de Leyva, que á todo escape venía á socorrernos, luego que oyó nuestros tiroteos. Con esa caballería mandé en el acto perseguir á los que huían.

«Por tal manera ocupamos á Putla, de donde me dirigí nuevamente á Tlapa, porque el General Álvarez me dió aviso de que amagaba el enemigo otra vez el Estado de Guerrero. Estando allí se me presentó un comisionado de Visoso, quien había sido procesado por el Gobierno Imperial, en virtud de las derrotas que sufrió, ofreciéndome los servicios de aquél, los cuales acepté con la condición de que no viniera solo, sino con alguna fuerza, y haciendo antes alguna clara manifestación que me diera garantías de su buena fe en aquel trance. Á virtud de tal contestación, pocos días después, Visoso salió furtivamente de Puebla y se dirigió en la noche á Chiautla, en cuya guarnición tenía simpatías. En la misma noche, previo acuerdo con la gente que formaba esa guarnición, se sublevó, matando al jefe político y Comandante militar del punto.

«Mandó poner en mi conocimiento ese suceso, y protegí su incorporación con una marcha hasta el pueblo de Chila de la Sal. Visoso llevaba cerca de 200 hombres y un obús de montaña.» (Memorias).

Á mediados de 1866, recibió el General Díaz la noticia de que Juárez había dado en Paso del Norte, el decreto de 8 de Noviembre

de 1865, prorrogando el período de sus funciones presidenciales y el de las funciones del Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Dicho decreto, refrendado por el Ministro de Relaciones y de Gobernación, D. Sebastián Lerdo de Tejada, se dió en virtud de la imposibilidad de hacer las elecciones, y fué bien aceptado por la gran mayoría del partido liberal; pero el General González Ortega, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, protestó contra el decreto de Juárez y pretendió asumir el Poder Ejecutivo.

Al fracasar su proyecto, González Ortega se refugió en los Estados Unidos, y nuestro Ministro en Washington informó de todo esto al jefe del Ejército de Oriente, quien contestó en los términos siguientes:

«Mayo 19 de 1866.—Sr. D. Matías Romero.—Washington.

«He hecho publicar aquí los decretos del Gobierno.

«El primero, relativo á la prórroga del período Constitucional del Presidente, se ha recibido con notable satisfacción. Es inútil hablar de mis opiniones, porque siempre las revela mi conducta, que consiste en la obediencia absoluta, ó en mi absoluta separación de toda posición oficial, cuando mis convicciones no me permiten estar de acuerdo con la política que se sigue.

«En el presente caso, el paso dado por el Presidente, no sólo me parece oportuno, sino la única conducta que puede conducir á la salvación de la República.

«El decreto que dispone sean encausados el General González Ortega y demás jefes y oficiales que se hallen en igualdad de circunstancias, está, á mi juicio, bien fundado en la Ordenanza Militar y en los usos de la guerra.

«Creo, por tanto, que el Gobierno no ha hecho más que cumplir con su deber sobre este particular.

«Su afectísisimo servidor y amigo: Porfirio Díaz.»

Incorporado Visoso á las fuerzas liberales, el General Díaz se dirigió al Estado de Puebla, con el fin de proteger el pronunciamiento, ya proyectado, del pueblo de San Juan Itscaquixtla.

«Mientras se efectuaba el pronunciamiento, el General Trujeque, que se encontraba al servicio del enemigo en el rancho de Tacache, punto estratégico para observarme y observar á Itscaquixtla y Silacayoapan, pueblos muy sospechosos para los imperialistas, me mandó en comisión al Capitán D. Enrique Travesí, que era ayudante suyo y hermano de D. Manuel Travesí, mi Secretario particular, ofreciéndome ponerse al servicio del Gobierno con toda su fuerza. Me

daba como garantía la vida de D. Enrique Travesí, que quedaría en rehenes con los míos, mientras yo pasaba á tener una conferencia con él en el rancho de Tacache, adonde me citaba.

«Como la situación empezaba á declinar para los imperialistas, y yo conocía el carácter de Trujeque, no me pareció inverosímil su cambio, y salí para Tacache, acompañado de un ayudante. Al salir de Xochihuehuetlán, donde me hallaba, quedaron muy alarmados todos mis subordinados de que emprendiera solo esa marcha, sin escolta que me diera seguridad, y convinieron en que me seguiría á cierta distancia, para que yo no me apercibiera de ello, el Teniente Coronel D. Marcos Bravo, con 100 caballos de lo mejor que teníamos. Pasé la avanzada de Trujeque, sin novedad; dicha avanzada era un puesto nada más de vigilancia, formado por cinco hombres desmontados.

«Al llegar al rancho de Tacache, y en los momentos de bajar del caballo á la puerta del jacal donde estaba alojado Trujeque, hicieron fuego, de otro que había al lado opuesto de la pequeña plaza, sobre mí y mi ayudante, hiriendo ligeramente el caballo de éste. Salimos á todo escape por donde habíamos entrado, forzando la avanzada, y seguidos á corta distancia por gente de á caballo.

«Cuando mi ayudante y yo corríamos de ese modo por las colinas, vi fuerza de caballería que, al parecer, salía á cortarnos la retirada. Á poco reconocí que esa fuerza pertenecía á los míos, y entonces me incorporé á ella y retrocedió la de Trujeque.

«Acto continuo me escribió el citado Trujeque, explicándome que todo lo que había pasado fué porque me reconoció algún oficial de los que no estaban de acuerdo con él, y yo quedé en duda de la verdad de lo ocurrido, porque pensé que si hubiera habido algún plan preconcebido, bastaba que me hubieran dejado echar pie á tierra para que hubieran sido dueños de mí y del ayudante que me acompañaba.» (Memorias).

A principios de Junio de 1866, el General Díaz se movió sobre Chiautla, con el objeto de sorprender á la guarnición imperialista de aquella plaza; pero en la madrugada, y al hacer los preparativos para el ataque, se le disparó el fusil á uno de los soldados, y los otros, creyéndose descubiertos, empezaron á disparar sus armas en la obscuridad, resultando algunos heridos.

El enemigo, que era considerable, al oir los disparos, como estaba bien posicionado, se aprestó á la defensa, y el General Díaz tuvo que retirarse.

El tambor mayor de la tropa del General Díaz resultó herido en una rodilla, y el General en jefe del Ejército de Oriente tuvo, en aquella vez, que hacer de cirujano.

«Lo llevé en camilla, con mucho trabajo, por varios días, y me ocurrió con él un episodio raro, hasta inverosímil.

«Encontré en el pueblo de Xochihuehuetlán á un extranjero, llamado Jhonston, que estaba de paso y se presentaba como médico; pero según supe después, no había sido sino mozo de un doctor inglés, de quien heredó, no sólo sus libros, papeles, diploma, botiquín é instrumentos, sino también el nombre....

«Siendo de absoluta necesidad cortarle la pierna á Rodríguez (el tambor mayor), dije á Jhonston que le hiciese la amputación. Pretextó, para no hacerla, que no teníamos instrumentos quirúrgicos ni cloroformo; pero le obligué á que la hiciera, para lo cual le preparé una navaja de barba y un serrucho de carpintero, substituyendo el cloroformo con aguardiente.

«Cuando Rodríguez estaba completamente borracho, se procedió á la operación.

«Yo tenía la costumbre de presenciar las operaciones de mis subordinados, y me presté á ayudar á Jhonston como practicante. Apreté á Rodríguez la parte más inflamada de la rodilla, y notando que apenas había sentido dolor, di á Jhonston la navaja de barba. Al cortar la carne, se le quitó al hombre lo borracho, gritó, y al proseguir la operación, y ver la sangre que salía abundantemente de la herida, le dió un vértigo á Jhonston, que cayó desmayado.

«Todo lo que él pudo hacer fué el corte circular de la carne. Comprendiendo que en ese estado no era posible que quedara pendiente la amputación, me vi obligado á continuarla, sin embargo de que nunca había hecho una; pero por haberlas presenciado, sabía algo de cómo se hacían. Hice la disección y subí la carne para cortar el hueso del muslo, de manera que pudiera ser cubierto después por la carne que quedara. Corté en seguida el hueso con la sierra de carpintero, habiendo comprimido antes la arteria femoral, y no teniendo un torniquete con que entonces se hacía la compresión, coloqué en la ingle, sobre la arteria, una esfera formada de tiras de brin, que sujeté con fajas del mismo género, y la apreté por detrás, usando de una baqueta de tambor para dar torsión á la banda constrictora: ligué después las arterias, y pude terminar mi operación como si fuera cirujano; pero tenía la íntima convicción de que estaba tan mal hecha, que el paciente no podría sobrevivir muchas horas.

«Con gran sorpresa vi que se repuso; y vive todavía en Oaxaca, donde recibe su pensión del Estado, como militar retirado.» (Memorias).

El relato de este episodio fué hecho en 1883, y el amputado Rodríguez murió el año de 1892.

Como se ve, los abnegados jefes republicanos luchaban en muy duras condiciones, por la falta de toda clase de elementos, y aunque al oir el nombre de Porfirio, acudían voluntarios de los pueblos á ofrecer sus servicios al prestigiado y popular caudillo, la falta de recursos le impedía utilizarlos.

Así lo dice D. Porfirio en una de sus cartas á D. Matías Romero, que en ese tiempo estaba como Ministro en Washington:

«El principal inconveniente que tengo para contar con la fuerza que yo quisiera, es la falta de recursos: todos los pueblos me llaman, y me ofrecen las armas que les ha dado el Imperio; pero prefiero tener una fuerza reducida, á tenerla numerosa y sin haber alguno. Con dinero, tendría facilidad de extender mi línea de operaciones y llegar á lugares donde hay traidores ricos, que son quienes deben pagar los gastos de la guerra. Mi presupuesto es tan económico, que el soldado recibe doce centavos diarios, y á veces menos; en cuanto á los jefes y oficiales, sirven sin recibir sueldo. Se podría juzgar que debería yo exigir préstamos á los pueblos; pero no creo que ésta sea la marcha que debo seguir. No quiero extorsionarlos, y menos cuando son nuestros fieles aliados, llamados á servirnos grandemente en su oportunidad.....

«El hecho más notable de estos días de Julio, es la derrota que Figueroa logró sobre una Columna austriaca, que por la sierra se dirigía á la costa de Sotavento.

«En Soyaltepec, lugar de la acción, fueron recogidos 93 cadáveres de austriacos; en todo el camino por donde aquéllos fueron perseguidos, de allí al plan de Tehuacán, quedaron muchos muertos, cuyo número no puede precisarse, dada la espesura del monte, y porque los perseguidores no eran realmente soldados de Figueroa, sino de los pueblos, que, apoyados por los primeros, tomaban sucesivamente puntos ventajosos en el camino, en los cuales hacían mal al enemigo, y los menos resueltos, desocuparon sus casas y les aplicaron fuego, para negar por ese modo, á nuestros contrarios, toda clase de recursos. En esta conducta heroica han sobresalido los pueblos de Soyaltepec, Ixcatlán y Ojitlán.»

El 20 de Agosto de 1866, el jefe del cuerpo de Ejército de Oriente, decía en un informe al Ministro de la Guerra:

«República Mexicana.—Línea de Oriente. —General en jefe.

«Ciudadano Ministro: Aprovechando el estado de distracción en que actualmente se encuentra el ejército invasor, por las operaciones de las fuerzas republicanas en el interior del país, he dispuesto hacer un movimiento general con los pequeños elementos de guerra con que cuento en los Estados de México, Puebla, Oaxaca, Tlaxcala y Chiapas, y han comenzado mis planes á realizarse, con buen éxito hasta ahora. El día 10 del corriente Agosto, el Coronel D. Jesús M. Visoso, sublevó 200 infantes de la guarnición de Chiautla, y derrotó con ellos el resto de la guarnición que mandaba el traidor Gavito, incorporándoseme en seguida con su fuerza, un obús de montaña y 86 fusiles sobrantes. El 13 del mismo mes, nos hallábamos frente á Chiautla, cuya plaza había sido recuperada por el enemigo, reforzado con la guarnición austriaca de Matamoros. En ese día, creí que el enemigo aceptaba el combate que mi presencia le ofreciera, pero no hizo más que salir á ver mis fuerzas, sin dejar el apoyo de la plaza fortificada, y volver hacia sus trincheras.

«En tal situación, recibí aviso de que el Teniente Coronel D. Ignacio Sánchez Gamboa, á la cabeza del pueblo de Itscaquixtla, había batido al traidor Granados Maldonado, Prefecto de Tepeji, haciéndole 7 muertos y 26 prisioneros, quitándole 30 fusiles y dispersádole la mayor parte de la fuerza, de la cual, se pasaron á nuestras filas, durante el combate, 28 jinetes.

«Embarazado Sánchez Gamboa por su pequeño botín, y perseguido de cerca por fuerzas procedentes de Tepeaca y Puebla, demandaba mi protección para incorporárseme. En tal virtud, mandé al C. Gral. D. Francisco Leyva, Gobernador del tercer Distrito de México, con 70 caballos, para reunir las partidas republicanas que se hallaban en su Distrito, organizar y armar á la parte de aquel vecindario que se hallase dispuesta á defender la Independencia, y establecer, donde fuera posible, las autoridades republicanas; y con el resto de la fuerza que está á mis inmediatas órdenes, marché hasta lograr que se me reuniera con la suya, el expresado ciudadano, Teniente Coronel Sánchez Gamboa.

«Mientras esto pasa aquí, el C. Gral. D. Luis Pérez Figueroa, ha debido amagar vigorosamente la plaza de Tehuacán, por la parte del Norte; el Comandante de Batallón, C. D. Felipe Cruz, á la cabeza de 150 montañeses de las Mixtecas, ha debido ocupar el mineral de Peras, el día 12; en la misma fecha, el C. Coronel D. Manuel López y Orozco, ha hecho su marcha agresiva de Jamiltepec á Zola; la guar-

nición de Juchitán debe haberse trasladado á Tequisistlán, para cortar el camino entre Tehuantepec y Oaxaca. Espero el resultado de todas esas operaciones, que deben haberse ejecutado simultáneamente, y me aprovecharé del conflicto del enemigo para extender mi radio de acción por este lado, y adquirir algunos recursos para mantener á mis soldados, lo cual servirá también para poder ir á desafiar al enemigo, que se halla en Puebla, por medio de marchas cerca de aquella ciudad. Si, como me prometo con fundamento, sale á perseguirme, lo alejaré de su centro cuanto sea posible, y lo batiré, sólo en caso de estar seguro del buen resultado; pues no es ese, por hoy, mi principal objeto, sino poner en acción los elementos con que cuento en la parte Norte del Estado de Puebla, en Tlaxcala y aun en la misma Ciudad de Puebla, en donde ya comienza á agitarse el espíritu de la insurrección. Próximamente tendré el gusto de poner en conocimiento de usted, el resultado de todas estas operaciones, en las cuales no he dado participio á las fuerzas de Chiapas, Tabasco y Veracruz, porque las primeras deben estar en los límites de Oaxaca, en observación sobre Tehuantepec; las del General García, sobre Tlacotálpam, y las segundas deben conservarse siempre en guardia contra los agresores de Yucatán.

«Patria y Libertad.—Tlapa, 20 de Agosto de 1866.—(Firmado). Porfirio Díaz.—C. Ministro de la Guerra.—Chihuahua.»

Tras el pronunciamiento de San Juan Itscaquixtla, Trujeque abandonó su puesto de observación en Tacache, y fué á incorporarse á la guarnición austriaca de Huajuápam de León.

Sabiendo el General Díaz, por correspondencias interceptadas, que á consecuencia de las últimas operaciones, por él emprendidas, los imperialistas de Oaxaca estaban desmoralizados, se propuso estrecharlos con la mayor actividad posible.

«Estando en Tepeji, las guarniciones imperialistas de Tehuacán, Huajuápam de León, Tepeaca y Acajete, se movían simultáneamente, dando á conocer el propósito de encerrarme en aquella población.

«La fuerza de Huajuápam era la más seria, y la dejé avanzar hasta Santa Inés.

«Cuando ella se puso en marcha, de Santa Inés para Tepeji, y las otras estaban ya muy inmediatas, tomé la dirección por el pueblo de Atexcal, y en una marcha forzada por Chazumba, y por toda la barranca de ese nombre, fuí á salir cerca de Huajuápam de León, sin haber tocado camino nacional ni vecinal.

«Como mi arribo á Huajuápam era inesperado, encontré en *saba-*

na toda la caballada de Trujeque, que estaba en dicho punto; y como su excusa por el acontecimiento de Tacache, me había parecido obvia, dije á sus remonteros que se retiraran con los caballos para el pueblo, y que dijeran á Trujeque que le esperaba yo afuera. Le dirigí un recado escrito, en que le prevenía que ensillara y saliera á incorporárseme. Procedí así, porque á más de la de Trujeque, había fuerza austriaca de infantería, que ocupaba las alturas de Huajuápam.

«Estaba tan cerca de la ciudad, que á poco de haber entrado la caballada, oí tocar botasillas, y me parecía que Trujeque iba á cumplir mis órdenes, pues le vi salir. Avancé con cautela á encontrarle, y en esos momentos rompió sus fuegos sobre mi fuerza, obligándome á atacarle y hacerle volver á las calles de la ciudad, hasta donde yo no podía penetrar, porque me lo impedían los fuegos de los infantes que coronaban los edificios.

«Permanecí dos días frente á aquel lugar, y cuando calculé que ya era tiempo para que regresara la Columna enemiga que debía haber llegado hasta Tepeji, y que estuvieran cerca de mí las otras de distinta procedencia, que también me buscaban, me retiré por la montaña rumbo á Tlaxiaco, adonde llegué.

«La noticia de mi presencia en Tlaxiaco alarmó mucho á la guarnicion de Oaxaca, y salió en mi persecución el General Oronoz, que era el jefe de aquella zona militar, con 1,500 hombres de las tres armas. No estando yo en condiciones de batir á semejante fuerza, me dirigí á Chalcatongo, donde tal vez hubiera podido resistir, protegido por las condiciones del terreno y ayudado por los indios de la montaña, que todos eran patriotas celosos.

«Después de algunos días de permanecer el enemigo en Tlaxiaco y yo en Chalcatongo, con mucha escasez, por mi parte, de víveres y forrajes, así como de municiones de guerra, pues llovía mucho y no era posible secar la pólvora que podíamos elaborar, empezaron á desmoralizarse mis soldados y á desertar en partidas. La inacción obligada del momento, la falta de alimentos y las lluvias que calaban las carnes de aquella gente sin abrigos, abatieron su ánimo hasta el extremo que llevo dicho. Como quiera que hubiese sido, á mí, de pronto, me convenía mantenerme en aquellas ventajosas posiciones, y salvar de cualquier modo las demás dificultades.» (Memorias).

En tan aflictivas circunstancias, el General Díaz esperaba, con ansia, tener noticias de su hermano, que, según su creencia, debería, en ese tiempo, haber regresado ya de Chihuahua.

Cuando el General Díaz fué conducido prisionero á Puebla, el Co-

ronel D. Félix había emprendido un viaje, rodeando por los Estados Unidos, y llegando á Chihuahua, concurrió al asalto de aquella plaza; pero al saber que su hermano Porfirio se había escapado de la prisión se separó del Sr. Juárez, á quien se había presentado, y regresó á Oaxaca.

Entretanto, el jefe del Ejército de Oriente luchaba contra el clima, la deserción y el hambre, en las montañas de la tierra natal.

Una noche, la del 14 de Septiembre de 1866, visitando el General Díaz sus avanzadas en el camino de Tlaxiaco á Chacaltongo, acompañado nada más que por su clarín de órdenes, y desconsolado porque la principal de aquellas avanzadas había desertado, se sorprendió al oir el ruido de las pisadas de un caballo y la conversación de dos personas que por el mismo camino se acercaban.

«Permanecí quieto hasta que tuve dos bultos á la vista, y entonces me adelanté con mi clarín á sorprenderles, resultando que eran un hombre de á caballo y un indio que le servía de guía. El de á caballo era un español llamado D. Eugenio Durán, á quien yo no conocía, y después de alguna conversación que tuvo conmigo, en la que ocultaba el objeto de su presencia en aquellos lugares, cuando se convenció de quién era yo, me entregó unos pequeños pedazos de papel escrito, que traía con la firma de mi hermano, en que me avisaba que, aprovechando el estado de debilidad en que quedó la ciudad de Oaxaca, con la salida de Oronoz á perseguirme, la amagaba tan de cerca, que pocos días antes había penetrado por las calles de San Juan de Dios, hasta la plaza del mercado, poniendo en gran alarma á toda la ciudad, y obligando á la pequeña guarnición que allí había, á meterse detrás de trincheras, lo mismo que á la policía.

«Agregaba Durán, que con motivo de las hostilidades de mi hermano, que seguramente habían llegado á noticia del enemigo que ocupaba á Tlaxiaco, éste se movía violentamente para Oaxaca, y que era probable que, en los momentos que hablaba conmigo, que sería entre tres y cuatro de la mañana, el enemigo estaría saliendo del lugar. Con esta noticia, ya no me cuidé más de los caminos por las avanzadas abandonados; subí violentamente al Cuartel General, en compañía de Durán; antes de llegar, mandé tocar diana, y en seguida, llamada de honor. Acudieron á mi alojamiento, con toda prontitud, los jefes y oficiales; les leí los papeles que acababa de recibir, les manifesté que el enemigo abandonaba Tlaxiaco en esos momentos, y mandé dar el primer toque de marcha.

«Ocupé á Tlaxiaco entre diez y once de la mañana, cuando el ene-

migo acababa de abandonarlo. Conseguí algunos recursos de los comerciantes, y en el mismo día seguí la marcha sobre la huella del enemigo. En la tarde, alcanzamos algunos soldados cansados, y la escolta de un oficial enfermo, á quien conducían en camilla.

«El hecho de haber tomado la iniciativa contra el enemigo, cambió por completo el ánimo de mi fuerza; y con ella, ya moralizada, emprendía mi marcha hasta pasar por cerca de Yanhuitlán, donde había un destacamento de 200 húngaros atrincherados.

«Oronoz había hecho alto por poco tiempo en Nochistlán, y con este motivo me dirigí al pueblo de las Andallas, en donde encontré á mi hermano, que, haciendo un rodeo, venía procedente de las inmediaciones de Oaxaca, con objeto de incorporárseme con la fuerza que había organizado.

«Oronoz siguió su marcha rápidamente para Oaxaca; y yo, engrosadas mis filas con la fuerza de mi hermano, pernocté en Tecomatlán, pueblo que distará unos ocho ó diez kilómetros de Nochistlán, hacia el Sur y al pie de la montaña.

«En la noche, supe que los húngaros acuartelados en Yanhuitlán habían hecho una excursión á Nochistlán, en número de cien caballos. Calculando que allí podría encontrarles, me dirigí con caballería á aquel lugar, violentamente, antes de amanecer, dejando la infantería en Tecomatlán, á las órdenes del Coronel D. Manuel González. Me acompañó mi hermano, quien entre sus soldados traía un pequeño piquete de caballería. Llegamos á Nochistlán á los albores de la mañana, y nos avisaron que los húngaros habían permanecido allí pocas horas, y habían vuelto á tomar el camino de Yanhuitlán.

«Apenas habíamos avanzado algunos pasos para dicho lugar, cuando vimos formado, en una loma, un escuadrón de húngaros, sobre el que cargamos inmediatamente en dos distintas fracciones, de las cuales yo mandaba la principal, y el Gral. D. Vicente Ramos la otra.

«Chocamos con tal escuadrón dos veces, y al fin, en formación táctica, emprendió una retirada ejecutada tan hábilmente, que le permitió llegar á Yanhuitlán, sin sufrir grandes pérdidas.

«Dejaron los húngaros, en el campo de combate, muchos hombres y caballos, heridos unos y muertos otros; entre los últimos, el jefe del escuadrón, Conde de Gants. Este escuadrón tendría 100 hombres, y mi fuerza tal vez llegaba á 300, pero había gran diferencia entre la disciplina de ambas fuerzas. Por mi parte, sufrí también pérdidas; entre mis heridos estaba el Mayor de caballería, D. Manuel Bueno.» (Memorias).

EXPLICACION

	POSICIONES 1a	POSICIONES 2a
Fuerzas mexicanas infanteria		
caballeria		
tiradores	....	
direccion de marchas		→

	POSICIONES 1a	POSICIONES 2a
Fuerzas francesas infanteria		
caballeria		
artilleria		
tiradores	....	....
direccion de marchas	→	→

POSICIONES SIMULTANEAS

fuerzas mexicanas	a	b
francesas	a'	b'

Batalla de Miahuatlán.

XVII.

MIAHUATLÁN.

TRAS la derrota del escuadrón húngaro, el General Díaz se dirigió á Miahuatlán, pueblo protegido por una serie de colinas, al pie de la sierra de Cuixtla, y cuyas condiciones estratégicas le parecieron adaptables á sus proyectos de campaña.

«Vuelto á mi campamento de Tecomatlán, emprendí otra vez la marcha por el rumbo de la Andallas, mandando á mi hermano por la vía más corta á colocarse al Norte de la Ciudad de Oaxaca, apoyándose en la sierra de San Felipe del Agua, con orden de amagar de cerca la plaza, si el enemigo la debilitaba al lanzar alguna tropa en mi seguimiento, y ofreciéndole que yo haría cosa semejante, por el Sur, en los casos en que él fuera perseguido.

«En cumplimiento de esta combinación, verifiqué mi marcha hasta Zimatlán. En ese pueblo supe que una fuerte Columna, mandada por el General Oronoz, salía á encontrarme.

«Evadiendo el choque, me dirigí á Ejutla, y allí permanecí hasta que Oronoz se movió de Zimatlán; entonces ocupé á Miahuatlán. Permaneció el enemigo en el citado Ejutla, y yo en las posiciones que había escogido.

«El 3 de Octubre de 1866, mis vigías vinieron á avisarme que el enemigo se movía sobre mí: cuando me lo decían, casi estaba á la vista.

«Había yo mandado limpiar las armas para pasar revista de Comisario, y con este motivo aún quedaban muchos fusiles desarmados. Mandé que violentamente se arreglaran, que la tropa se pusie-

ra en formación y que se dispusieran los bagajes. Luego ordené al Coronel Manuel González que emprendiera su marcha, con toda la infantería, por el camino de Cuixtla, porque es montañoso desde la salida de Miahuatlán.

«Con mi numeroso Estado Mayor y mi escolta como de 38 hombres de caballeria, marché hacia el enemigo, dejando ordenado, que luego que estuviera lista la caballería, siguiera mi movimiento y se me incorporara al mando de su Gral. D. Vicente Ramos.

«Constaría de unos 280 caballos.

«Seguí mi marcha hasta una colina que atraviesa por la mitad la carretera para Oaxaca, y que distará como un kilómetro de la plaza de Miahuatlán.*

«Mi escolta y ayudantes, fueron colocados en línea de tiradores sobre la cumbre, y como el enemigo no podía ver lo que había detrás de ella, juzgó probablemente que iba á tener efecto el encuentro, y se puso en disposición de combate, habiendo montado al efecto sus obuses de montaña que venían á lomo de mula.

«En esos momentos aparecía la Columna de caballería, saliendo por una de las calles principales del pueblo á incorporárseme, y en virtud de las ondas del terreno, el enemigo la perdía de vista á proporción que se acercaba á la colina que yo ocupaba. Luego comenzó á ver salir por el camino de Cuixtla, la infantería del Coronel González. Entonces debió cambiar de idea, y al ver que el grueso de mi fuerza se alejaba, mientras mi caballería seguía á su frente, creyó que se trataba de una retirada.

«En consecuencia, reunió á su caballería, que había colocado á los costados de la infantería, y como comprendí que iba á darme una carga, ordené al Gral. Ramos que, por la misma calle por donde había venido, volviera á la plaza y saliera á juntarse con el Coronel González, que debía esperar en la loma por donde iba desfilando. Toqué *alto* y *frente* á este Coronel, y destaqué un ayudante, con orden de traerme cincuenta hombres de infantería de los que no estaban á la vista del enemigo, y que los condujera por dentro de la barranca que allí existe, á fin de que pudieran llegar cerca del camposanto del pueblo, sin que el enemigo los viera.

«En el movimiento de retroceso del Gral. Ramos, le incorporé mi escolta y mi Estado Mayor, y luego me adelanté á esa fuerza en contramarcha, y me quedé solo con un clarín en una de las bocacalles

---

* Dicha colina es conocida con el nombre de «Loma de las Zavaletas.»

del pueblo, por donde tenía que pasar mi caballería, y en seguida la del enemigo.

«La caballería enemiga cargó resueltamente sobre la mía en su retirada, y cuando llegaba adonde yo estaba y cuando comenzaba ya á hacer uso del arma blanca contra los soldados de retaguardia, apareció, en momentos oportunos, una partida de paisanos de Miahuatlán, armados y organizados por su cuenta, colocándose dentro de un sembrado y á la izquierda del enemigo, al que, prevalidos del terreno, le hicieron fuego por un flanco, casi á quema ropa.

«Yo había colocado los 50 hombres que pedí al Coronel González, y que eran tiradores de la montaña, emboscados dentro de la milpa y muy cerca de la calle donde me encontraba. En consecuencia, al aparecer la caballería enemiga y comenzar á recibir los fuegos de los paisanos, le hizo un fuego nutrido la infantería que yo había emboscado, y así pudo salir nuestra caballería y atravesar la población para reunirse al Coronel González.

«La caballería enemiga, retrocediendo, volvió á incorporarse con la caballería que formaba en batalla cerca del camposanto. . . .

«Los paisanos de Miahuatlán (que eran muy atrevidos y estaban ebrios) fueron rechazados al centro de la población, con pérdidas. Los tiradores montañeses habían quedado ocultos dentro del maizal, y buscando yo paso á la barranca,* me incorporé al Coronel González.

«Una vez incorporado con el Gral. González, para desarrollar mi plan proyectado, mandé que mi caballería tomara distancia á retaguardia, como para cubrirse de los fuegos; y como nos hallábamos en la cima de una loma, á poco andar de la caballería, quedaba ésta fuera de la vista del enemigo.

«Esa loma da una vuelta, en forma de semicírculo, por el lado que era izquierda nuestra y derecha del enemigo; y atrás de ella, en la depresión, hay un pequeño arroyo. Tomado ello en cuenta, di orden al Gral. Ramos para que hiciera un movimiento envolvente, de unos seiscientos metros, por todo el cauce del arroyo, para no levantar polvo, lo cual era bastante para llegar ocultamente, casi á la espalda de la fuerza imperialista. Su línea de tiradores, la de esa fuerza, nos nutrió sus disparos, que nuestra línea no podía contestar, porque apenas tenían siete cartuchos por plaza la mayor parte de nuestros soldados, y bien pronto los quemaron. Así es que, cuando noté que los fuegos se apagaban y comprendí la causa, reforcé la cadena

---

* Barranca de Luchindo.

con algunos hombres que no habían disparado, y que fueron á intercalarse en ella, para de este modo continuar el tiroteo.

«Había prevenido al Gral. Ramos, cargara á fondo en el momento que se tocara *tres puntos agudos* después de *atención;* y el capitán Rojas, que mandaba á los tiradores ocultos en el maizal, tenía instrucciones para, en el momento oportuno, romper un vivísimo fuego al costado del enemigo, aproximándose hasta la orilla del plantío de maíz, y sin salir de él, para que no se notara lo reducido de su fuerza. Como no teníamos municiones con que quebrantar previamente al contrario, apenas calculé que Ramos, al trote, hubiera llegado al lugar correspondiente, precipité mi combinación, mandando que toda la infantería descendiera inmediatamente á la barranca, la pasara y se echara encima del enemigo en la falda opuesta: y en los momentos que tal se hacía, di la señal, que serviría, tanto para la caballería, como para los tiradores escondidos del flanco.

«Al notar el enemigo nuestro brusco movimiento de frente y flanco, nos lanzó su caballería, que fué inmediatamente arrollada, y con el impulso se desorganizó su infantería y se volcó uno de sus cañones, á la sazón que la nuestra cargaba al sable, por la espalda, comenzando por apoderarse de todos los caballos de la oficialidad y del cargamento de municiones que habían quedado á retaguardia.

«Sin gran dificultad se aprisionó á la infantería del enemigo, que después de haber tirado sus armas, corría en desorden por las lomas, y con mi caballería hice á la contraria una persecución de más de tres leguas, concluida la cual, regresé entre nueve y diez de la noche. Después me ocupé de que se atendiera á los heridos, y de que se levantaran del campo las armas y otros pertrechos, dejando para el día siguiente la operación de recoger á los muertos.

«El Gral Oronoz, había huído con varios de sus jefes y oficiales, quedando muerto en el campo, el jefe francés M. Enrique Testard, que mandaba un batallón de fuerzas mexicanas, cuya oficialidad era exclusivamente de franceses, así como muchas clases de tropa que se habían enganchado en México.

«Gran parte de los muertos eran oficiales mexicanos y extranjeros, pues que habiendo ellos perdido sus caballos, que habían quedado con los bagajes á retaguardia, por donde mi caballería cargó, no pudieron huir como lo hizo su General en jefe.

«Entre los prisioneros había también oficiales franceses, que fueron remitidos á la sierra para su custodia, á fin de que no entorpecieran las operaciones.

«Á 22 jefes y oficiales mexicanos se les pasó por las armas, según las leyes vigentes. Pesaba sobre ellos el doble anatema de que, siendo de nuestro ejército, habían ido después á servir al enemigo.

«El botín consistió en unos 1,000 fusiles, dos obuses de montaña, y cuarenta y tantas mulas cargadas con municiones de fusil y de cañón.

«El día siguiente, 4 de Octubre, lo pasé en refundir á los prisioneros en los cuadros de batallones que había formado; en establecer un hospital, que pude organizar, debido á la incorporación del Dr. D. Antonio Salinas, que me prestó en su profesión importantes servicios.

«El 5 pasé revista á mis tropas en la nueva organización, y el 6 emprendí mi marcha á Oaxaca, pernoctando en el Vergel; el 7 en Ocotlán, y el 8 en Oaxaca.

«Á poca distancia de Oaxaca, encontré el día 7 un comisionado del Coronel D. Félix Díaz, quien me comunicó que, aprovechando la ausencia de Oronoz, que salió á atacarme, habíase él acercado á la ciudad por el Norte, sorprendiendo una guarnición de 50 hombres de caballería que cubría la plaza de Tlacolula, y que se dirigía sobre Oaxaca con objeto de hostilizar su guarnición.

«En efecto, al día siguiente, el 8, según nuevo parte que recibí, el Coronel Díaz había ocupado parte de la plaza, teniendo al enemigo reducido á los conventos de Santo Domingo, el Carmen y cerro de la Soledad.

«Ese propio día, en la noche, luego que llegué á la capital, perfeccioné el sitio, ocupando la hacienda de Montoya, la Casa Mata y el Monte Pelado, y puse mi Cuartel general en la hacienda de Aguilera. Permanecimos así hasta el día 16, en que había logrado estrechar al enemigo en los conventos que le servían de cuartel, á extremo de quedar con sólo una calle de por medio entre nuestras posiciones y las suyas.» (Memorias).

Refiriéndose al fusilamiento de los 22 oficiales traidores, ha dicho el escritor D. Salvador Quevedo y Zubieta:

«Esas ejecuciones, coincidiendo con el aniversario de la célebre ley de Maximiliano; esa decisión para responder á la ley marcial del Imperio, con la ley marcial de la República, imprimieron un aspecto inexorable á la lucha.

«El fruto material de la victoria, fué el botín, consistente en cerca de 1,000 fusiles, 2 obuses de montaña y cuarenta y tantas mulas cargadas con municiones de infantería y artillería.

«El fruto moral era mayor.... «*El efecto moral es mayor que el*

triunfo positivo, escribía el caudillo pocos días después de la batalla, en carta al General Alejandro García. Y á los que le rodeaban, decía de viva voz: *La victoria de Miahuatlán me abrirá el camino para México.*»

«Era mucho decir, cuando el andamiaje imperial estaba todavía sostenido por millares de ballonetas francesas, austriacas, belgas y mexicanas.

«Sin embargo, la impresión en la capital del Imperio fué intensa. La *banda de Porfirio* caía de los labios imperialistas y se alzaba á *legión*. Los detalles de las derrotas de Oronoz iban llegando, y de ellos surgían el parentesco espiritual, las relaciones de filiación militar del oaxaqueño con el cura Morelos.... Eran sus mismas evoluciones, su misma combinación de precauciones y de audacias. Su maniobra favorita (*maña* tomada por el caudillo al ARRIERO *de hombres*, desde su campaña de Tehuantepec) era la de emboscar una reserva bajo consigna de atacar en momento crítico del combate. La estrategia efectista de la defensa de Cuautla se repetía.... Ese hombre sabía agrupar sus masas miserables y distribuirlas de modo de hacer creer alternativamente al enemigo que tenía muy pocos soldados, ó tenía demasiados. El caso era que, escaseando de hombres y municiones, careciendo absolutamente de cañones, los había suplido con fogonazos de sorpresa, arremetidas inesperadas por frente y espalda. Á falta de recursos positivos, los sacaba del suelo.... Á semejanza de su homónimo *Porphyrion* el griego, el hijo de Petrona se batía con piedras. ¡Lo decían ellas! Las lomas rocallosas de los Nogales, Yolveo y Zavaletas, las paredes graníticas de la Barranca de Luchindo en el campo sangriento de Miahuatlán.»*

Dice muy bien el escritor citado. La victoria de Miahuatlán fué, por su efecto moral sobre el ejército, de trascendentales consecuencias.

El General Oronoz contaba en Miahuatlán con todas las ventajas: tenía dos piezas de artillería y 1,400 hombres bien organizados.

El General Díaz, sólo contaba con 900 hombres mal armados, carecía de parque, y es probable que no hubiese aceptado el desigual combate, á no verse obligado por las circunstancias.

En aquella batalla, sólo podía obtenerse la victoria, por uno de esos golpes violentos, asombrosos, que en el supremo instante conciben y ejecutan los jefes ilustrados, valientes y serenos, los grandes capitanes.

---

* EL CAUDILLO. Por Salvador Quevedo y Zubieta.—Librería de la Vda. de C. Bouret.—México. 1909.

XVIII.

LA CARBONERA.

EL día 16 de Octubre de 1866, el General Díaz interceptó al enemigo un pliego, en el que se daba parte al General Oronoz, de que una Columna de 1,500 hombres, casi todos austriacos y muy bien equipados, iban en auxilio de Oaxaca; y se le recomendaba sostenerse en la plaza á todo trance.

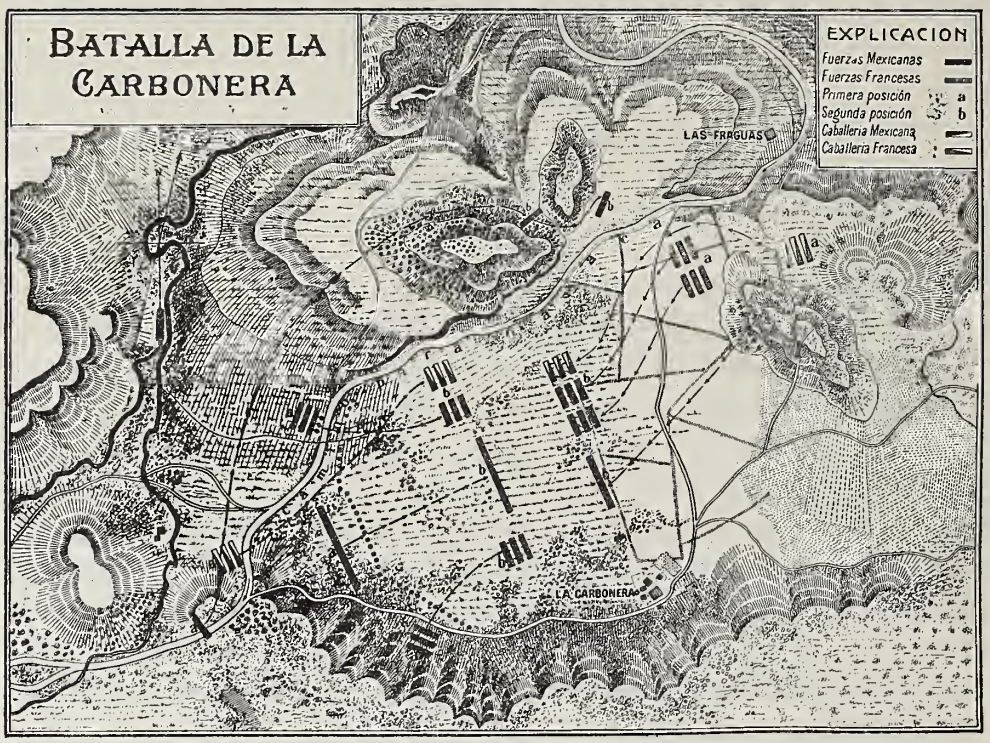
Á la vez, y con rumbo á La Carbonera, por donde venía la Columna imperialista, se acercaba el General Figueroa, que con reducidas y mal municionadas tropas, trataba de incorporarse á las fuerzas sitiadoras.

El General Díaz concibió entonces el proyecto de ir á sorprender á la Columna imperialista, con el objeto de privar á Oronoz de aquel auxilio, y proteger á la vez la llegada de la Columna de Figueroa, que corría riesgo de ser aniquilada.

En la noche del mismo día 16, con el más estricto sigilo, concentró las fuerzas sitiadoras en la hacienda de Aguilera, y protegido por la obscuridad, avanzó por el camino de Etla, pasando hasta San Juan del Estado, adonde llegó á las nueve de la mañana del día 17, en los momentos en que también acababa de llegar con su Columna en salvo el General Figueroa.

Informado el Sr. Gral. Díaz, de que las tropas austriacas tardarían más de 24 horas para llegar á La Carbonera, decidió regresar con sólo su caballería y amagar ostensiblemente la ciudad de Oaxaca, con objeto de hacer creer á Oronoz que continuaba las operaciones de sitio, é impedirle que hiciera una salida al encuentro de la Columna de auxilio.

Llega ese mismo día frente á Oaxaca y permanece allí, en la hacienda Blanca, que sólo dista de la ciudad unos cinco kilómetros; pero en la noche vuelve sin que su movimiento sea sentido, marchando á incorporarse con el grueso de sus tropas, á las que había ordenado, que al amanecer del día 18, se adelantaran al encuentro de la Columna austriaca, y se anticiparan á tomar posiciones en La Carbonera.



La meseta de La Carbonera, donde está situado el rancho de ese nombre, mide algo más de un kilómetro cuadrado.

Hay en su superficie, dos colinas separadas por una cuenca, y el camino seguido por las fuerzas republicanas, sube casi directamente de Sudoeste á Noroeste, y tiene un solo ancón ya cerca de la cumbre.

De aquellas dos colinas, la más alta, la loma de «La Carbonera,» fué la ocupada por las fuerzas austriacas, que llegaron á ella por el sinuoso camino que sube por el Norte.

La colina más baja, delante de la cual hay un barranco, debía ser ocupada por la Columna republicana.

Temiendo el General Díaz que los austriacos se anticipen, apresura su marcha, é incorporado al grueso de su fuerza, llega á La Carbonera, y al ascender á la meseta, recibe la noticia de que en esos momentos, eran las doce del día, el enemigo, con 1,500 hombres y seis

piezas de montaña rayadas, y de calibre de siete centímetros, está subiendo por el lado opuesto.

El General Díaz, que llevaba 1,600 hombres medianamente armados, un pedrero en muy mal estado y dos obuses lisos, ordena desde luego que el Coronel D. José Segura y Guzmán, con 300 infantes, cubierto por la pequeña colina y defendido por el barranco, quede allí en disposición de atacar, en su oportunidad y por sorpresa, el flanco del enemigo, pudiendo, además, si el caso se presenta, cortar su retirada.

Hace avanzar el grueso de su fuerza, quedando la caballería cubierta en el ancón del camino, y toma posiciones de combate, mientras el enemigo hace lo mismo á unos 600 metros de distancia, en el lado contrario.

El Coronel Félix Díaz, con 300 hombres, se coloca en el centro, en línea desplegada, con tiradores á vanguardia; el General Figueroa, con 300 en Columna, forma el ala derecha, un tanto avanzada entre el monte y con tiradores avanzados; y el Coronel Espinosa, con otros 300 y la artillería, cubre el ala izquierda, desplegando también tiradores, y situándose de modo que la caballería tenga expedito el paso. En tales condiciones empezó el combate.

«Aún no acababa yo de colocar las tropas, pues mandaba, por medio de mi Mayor de órdenes, el Coronel D. Manuel González, hacer á un lado del camino las del Coronel Espinosa y Gorostiza, cuando el enemigo, bajo la protección del fuego de su artillería, destacó una espesa cadena de tiradores franceses, que avanzaron con intrepidez y llegaron cerca de mi línea, sin que pudiera impedirlo el fuego de los míos y de mis cañones. Fué necesario ejecutar un contra-ataque, con la mitad, respectivamente, de las dos Columnas de las alas, y ésto ocasionó que el enemigo emprendiera una decisiva carga con la mayor parte de su infantería. No obstante que reforcé las medias columnas con sus correspondientes restos, fueron obligadas á replegarse á los costados, á la ceja de monte y barranco de los respectivos flancos, ante el empuje del contrario, bien sostenido en esos instantes por la brusca salida de su caballería, que en su mayor parte era húngara. Lancé entonces al combate toda la reserva que me quedaba, formada por la tropa del centro, lo mismo que la caballería que había dejado en segunda línea; y cuando, rechazado á virtud de ésto, el enemigo llegaba desordenado á la colina, base de su operación, donde aún conservaba una pequeña reserva y su artillería, moví, por medio de un toque convenido, al Coronel Segu-

ra, que apareciendo de improviso en el alto relieve del terreno, por el costado izquierdo, corre á cortar su retirada.

«Este movimiento, que se ejecutaba á la vista del enemigo, por encima del relieve de que hablo, y mi ataque vigoroso por el frente, determinaron la fuga de la caballería traidora, y una parte de la húngara, y la confusión y derrota de la infantería. De pronto se hicieron unos 600 prisioneros y se quitaron cuatro cañones, y sobre la persecución dejaron los fugitivos otro cañón y un montaje solo, cuya respectiva pieza se llevaron á lomo de mula, y se les capturaron 100 hombres más.

«La caballería, lo mismo la mexicana que la húngara, se escapó en su mayor parte, con excepción de unos 39 ó 40 extraviados, que fueron capturados en la selva por los paisanos armados, y dos días después conducidos á Oaxaca.» (Memorias).

La Columna enemiga estaba al mando del Coronel austriaco Hotse, y á sus órdenes iban Trujeque, Flon, y el entonces Coronel D. Hermenegildo Carrillo.

Dicha Columna, de 1,500 hombres, estaba formada por un batallón de infantería austriaca, dos compañías de enganchados voluntarios franceses, tres escuadrones de húngaros y dos de mexicanos.

La batalla comenzó á la una de la tarde, y la derrota quedó consumada á las cinco.

La persecución, hecha por el Gral. Díaz, en persona, duró hasta las siete y media de la noche, y la oficialidad de la infantería enemiga quedó toda prisionera.

Esta brillante victoria del General republicano, acobardó á Oronoz, que inició desde luego la capitulación de la plaza de Oaxaca, según se puede ver por la siguiente carta:

«Oaxaca, 21 de Octubre de 1866.—Sr. D. Rafael García.

«Querido hermano:

«Habiéndose demorado algunos días la salida de mi correo para ese rumbo, á causa de haber tenido que levantar el sitio de esta plaza, para impedir que entrara un refuerzo que venía al enemigo, hoy, de regreso aquí, tengo el gusto de comunicarte lo último ocurrido.

«Tuve noticia de que la guarnición de Huajuápam y Yanhuitlán, reforzadas con hombres de la de Tehuacán, se reunían en el segundo punto, y á poco se ponían en marcha hacia esta ciudad, en gran número, la mayor parte austriacos. En esa fecha aún no se me habían incorporado las tropas del Gral. Figueroa, y tanto por temor de que las batiera en el camino el enemigo, como porque cubiertos los pun-

tos de la plaza para sitiar al de adentro, apenas me quedaban disponibles unos cuantos centenares de hombres, me decidí á levantar momentáneamente el sitio, para reunir todas mis fuerzas y salir al encuentro de la Columna enemiga.

«Así lo verifiqué en la noche del 15 al 16 del corriente; el 17 se me incorporó, en San Juan del Estado, el General Figueroa, y al siguiente emprendí marcha por Huitzo, adelante, que era el camino que mis exploradores me indicaban tomaría el enemigo, que la víspera había pernoctado en Huauclilla. Me propuse, pues, batirlo en un punto llamado *La Carbonera*, y anduve con tanta suerte, que apenas empezaba á tomar posesión de aquel punto, empezó á descubrirse por el camino la Columna contraria. Á poco se trabó un reñido combate, que duró como hora y media, á cuyo término quedaba completamente derrotado el enemigo, y era perseguido por mi caballería y parte de la infantería, en un trayecto de tres leguas, hasta que la noche nos impidió seguir adelante.

«En toda aquella grande extensión quedaron innumerables cadáveres é infinidad de armas, que el enemigo abandonaba al morir ó caer prisionero. Los resultados de esta espléndida victoria fueron: en lo material, 416 prisioneros austriacos; cuatro piezas rayadas, con más de 300 granadas y botes de metralla; sobre 700 carabinas y fusiles, muchas armas y efectos de guerra, parque, mulas, etc.

«Moralmente, se puede decir que estreché el sitió de la plaza, pues al volver apenas, antes de comenzar nuevas operaciones, el enemigo, que ha visto desfilar delante de sus fuertes el trofeo de La Carbonera, comienza á desmayar, é inicia negociaciones de capitulación, que he desoído, porque quiero reducirlo al último extremo, y no hacer sacrificio ninguno al triunfo.

«Estoy impuesto de los sucesos de esa línea, por las comunicaciones de los Generales Méndez, Rodríguez, Cuellar y León, á quienes contesto por este mismo correo.

«Te incluyo algunos ejemplares de los primeros números del Boletín que comencé á publicar al sitiar la plaza.

«Con la victoria de La Carbonera, no sólo se conquista Oaxaca, sino que todo el Estado, con excepción de Tehuantepec, queda libre de imperialistas.

«Sin otra cosa que comunicarte, me repito con gusto tu afectísimo hermano que te quiere.—(Firmado). *Porfirio Díaz.*»

Terminada la persecución de Hotse, Porfirio Díaz volvió sobre Oaxaca.

«El 19 de Octubre de 1866 volví á Huitzo, y el 20 á Oaxaca, para restablecer el sitio.

«La primera noticia que tuvo Oronoz de que venía á auxiliarle una Columna y de que había combatido, fué una de las circulares que yo mandé á todos los pueblos, para que me proveyeran de hombres y camillas, á fin de hacer el transporte de los heridos.

«Oronoz se apercibió, naturalmente, de que había tenido lugar un reñido combate; pero dudaba de sus resultados y había ordenado al jefe que mandaba el fortín de la Soledad, situado en una avanzada eminencia, que cuando alguna Columna de tropa se acercara, disparase, como aviso á la plaza, si era amiga, tres tiros de cañón, consecutivos; y si era enemiga, un solo tiro con bala, en dirección á ella.

«Como los primeros que formaron en la Columna, con hileras de mis soldados á los flancos, eran los prisioneros austriacos, y todos tenían parte de su uniforme rojo, el jefe del fortín de la Soledad anunció, engañado por ésto, la presencia de una Columna amiga; equivocación que no tardó en reparar cuando estuvimos más cerca y pudimos ser examinados mejor.

«Reocupé, sin que el enemigo hiciera seria resistencia, toda la línea que había tenido antes, efectuando ligeros tiroteos, que duraron hasta media noche.

«Al día siguiente seguí estrechando el sitio, y lo mantuve hasta el día 30, haciéndolo más riguroso. Cuando me preparaba á atacar el dominante fortín de la Soledad, como operación preliminar para asaltar en seguida los edificios de la ciudad, que el enemigo ocupaba, éste tocó parlamento y me propuso la entrega de la plaza mediante condiciones, á lo que contesté que sólo aceptaría su rendición incondicional. Así me la ofreció bien luego, y nombré en comisión, para el arreglo de los detalles de la capitulación, al General Figueroa y á los Coroneles D. Manuel González y D. Félix Díaz. El enemigo se rindió á discreción é hizo la entrega el 31 de Octubre. Refundí toda su tropa en mis batallones, y establecí prisiones convenientes para los jefes y oficiales.

«Al ocupar la plaza de Oaxaca, di el grado de General, usando de las facultades que tenía, á los Coroneles D. Manuel González y D. Faustino Vázquez Aldana, no haciendo lo mismo con el Coronel D. Félix Díaz, por ser mi hermano, sin embargo de que me lo suplicaron sus agraciados compañeros; pero habiendo esto llegado después á conocimiento del Gobierno general, se me envió el despacho de General graduado, expedido en favor de mi citado hermano.» (Memorias).

El vencedor de La Carbonera y de Oaxaca, no sólo estableció prisiones para los jefes y oficiales que se habían rendido: estableció una escuela para niñas. Este rasgo no necesita comentarios.

«Había tenido ocasión de ver muy de cerca, en el curso de la campaña, el estado de atraso que guardaba en las pequeñas poblaciones la educación de la mujer, lo cual la hacía egoísta; y ésto, trascendiendo en la familia, producía naturalmente sus amargos frutos, pues ella en el hogar, cuando no ve más allá que el hogar mismo, entibia los entusiasmos y hasta paraliza los sentimientos altruistas del patriotismo. Así es que juzgué un deber dar el primer paso en la educación de la mujer en Oaxaca; y con ese objeto, al hallarme en la capital, después de la rendición de Oronoz, sin embargo de la grande escasez de recursos con que luchaba y de la necesidad de aplicar, de toda preferencia, los muy pocos de que podía disponer á la organización del cuerpo de ejército con que intentaba emprender la campaña contra Puebla y México, establecí, el 2 de Diciembre de 1866, una academia de educación secundaria para niñas, que fué la primera que se organizó en los Estados de la República, y á la cual he tenido la satisfacción de ver después prosperar grandemente.» (Memorias).

Al rendirse la plaza de Oaxaca, que durante dos años había constituido un importante centro de operaciones del ejército imperialista, entregó al vencedor 1,100 soldados, el depósito de fusiles y municiones, la maestranza y 30 cañones.

Las tropas oaxaqueñas que con tanta constancia y abnegación habían servido, solicitaban un descanso que les fué concedido, quedando en sus pueblos con el carácter de Guardia nacional y listas para ocurrir al llamado del caudillo. La custodia de la plaza quedó encomendada al Gral. D. Alejandro García, con una fuerza de mil hombres, vecinos de la ciudad que voluntariamente prestaron sus servicios.

A las órdenes del Gral. García quedaba también el Gral. D. Manuel González, organizando con cuadros de jefes, oficiales y alguna tropa que servía de pie veterano, tres batallones de cazadores, uno de artilleros y una compañía de zapadores.

Entretanto, el Gral. Díaz organizaba el Gobierno del Estado y hacía importantes preparativos para su proyectada expedición sobre Puebla, expedición que había resuelto emprender en cuanto hubiese exterminado los restos imperialistas, que aún quedaban sobre las armas en Tehuantepec, á fin de no dejar á retaguardia enemigo alguno que pudiera estorbarle ó marchar sobre sus huellas, y el 12 de Diciembre de 1866, con 1,200 hombres y tres piezas, rayadas, de mon-

taña, salió sobre Tehuantepec, contra el traidor Coronel D. Remigio Toledo, que con unos 2,300 imperialistas guarnecía dicha plaza.

«Ejecuté mi marcha sin novedad hasta Jalapa, ocho leguas antes de llegar á Tehuantepec, y allí supe por mis exploradores, que el enemigo tomaba posiciones ventajosísimas en un lugar llamado «El Tablón,» á la margen izquierda del río de Tehuantepec. En consecuencia, al emprender mi marcha el día siguiente, 13 de Diciembre, hice una desviación á la izquierda, tomando el camino que conduce á Guevea por La Chitova, con objeto de evitar el paso por un camino hondo, con altura ocupada por el enemigo á un flanco y con el río al otro. Por tal medio podía ocupar la ciudad de Tehuantepec, sin combatir, caso de que Toledo siguiera en sus posiciones, ó si las abandonaba para evitármelo, lucharíamos en terreno que no fuese ventajoso para él.» (Memorias).

Al ver Toledo que la Columna del Gral. Díaz se había desviado por el camino de La Chitova, se lanzó sobre su retaguardia, pero el jefe republicano, sin suspender su marcha, se limitó á ir tiroteando la cabeza de las Columnas enemigas; y al encontrar á su paso un arroyo, dejó emboscado allí el batallón «Libres de Oaxaca,» mandado por el Coronel D. Félix Díaz, con orden de atacar por la espalda á las tropas imperialistas, una vez que pasaran, y en el momento en que las fuerzas republicanas diesen media vuelta sobre ellas.

Poco después de haber pasado el arroyo, se encuentra el General Díaz en un lugar despejado de monte, que aunque en plano inclinado, le parece apropiado para el combate; vuelve allí caras de improviso contra el enemigo, que le sigue de cerca, y al estampido de los cañones, anunciando que ha llegado el momento decisivo, sale D. Félix Díaz de su emboscada y carga á la bayoneta sobre la retaguardia de Toledo, á la vez que D. Porfirio carga, también á la bayoneta, sobre la vanguardia.

Sorprendido Toledo, busca la salvación en el tupido monte, formado casi todo por una variedad de cierto arbusto espinoso, cuyo nombre vulgar, *uña de gato*, justifica lo agudo de su corta y curva espina.

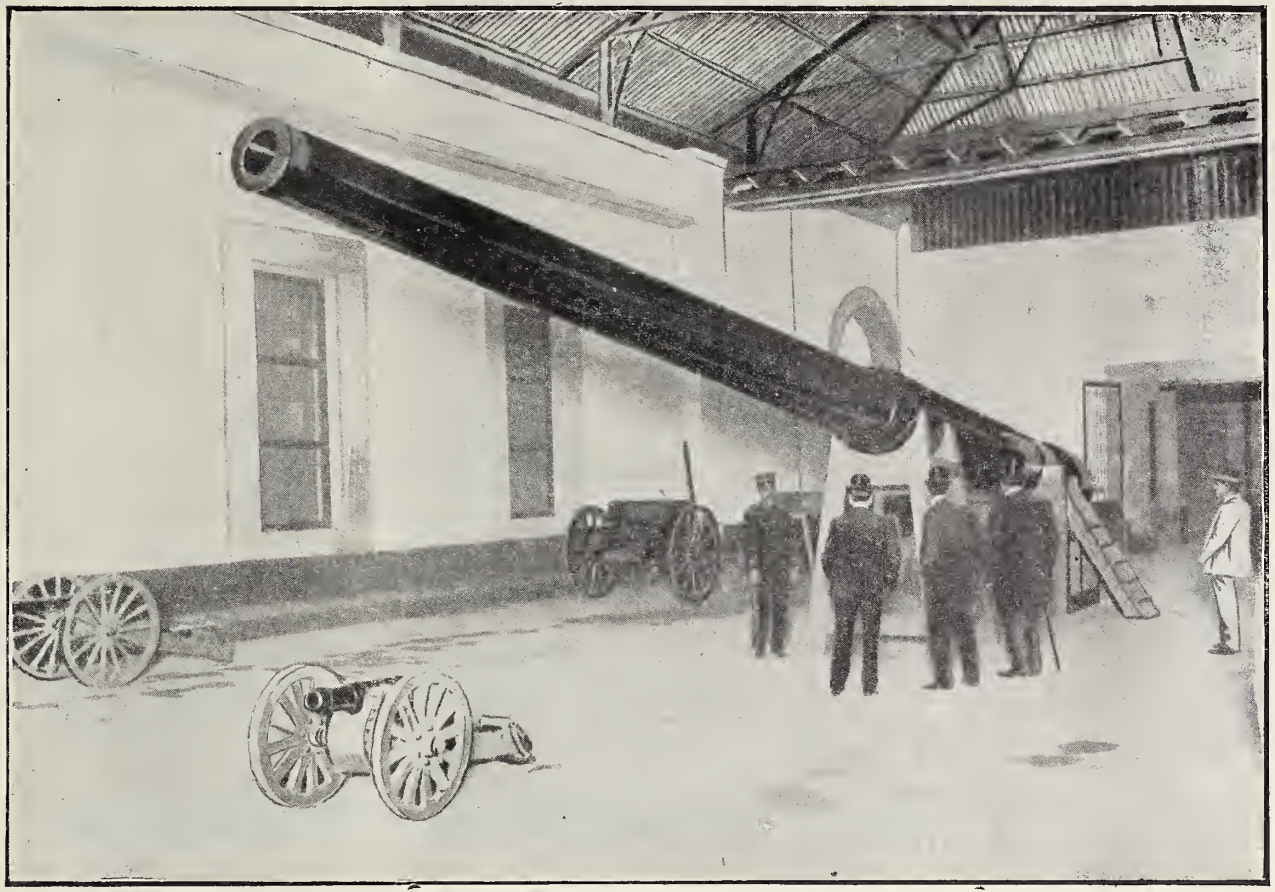
Los soldados le siguen en desorden y la derrota queda consumada.

Comprendiendo que la persecución no debe hacerse en aquel monte, limítase el Gral. Díaz á levantar el campo, recogiendo las armas abandonadas por el enemigo, y llevando consigo los heridos de una y otra parte y 98 prisioneros, prosigue hasta Guevea, donde pernocta.

Al día siguiente, 14 de Diciembre, llega á Tehuantepec, sin hallar resistencia y ocupa la ciudad.

«Dos días después de haberla ocupado, supe por mis exploradores que un núcleo considerable del enemigo estaba en Tequisixtlán; me dirigí á ese pueblo, con 300 hombres, y después de una marcha de toda la noche, llegué á él, á las siete de la mañana del día siguiente, en momentos en que los contrarios lo abandonaban precipitadamente; les hice algunos muertos, no pudiendo perseguir á los fugitivos en larga distancia, porque, como todos ellos eran de la localidad y acostumbrados á la selva, que en el Istmo es montuosa y espesa, se dispersaron completamente en los bosques para evadir la persecución.

«El día 18 tuve conocimiento en Tehuantepec, adonde había regresado, de que el enemigo se estaba reuniendo en una selva inmediata á Jalapa. Verifiqué otra batida, que dió por resultado hacerle algunos muertos y la captura de 38 prisioneros. El enemigo volvió á huir sin batirse, y advertí que su número disminuia considerablemente respecto del que advertimos en Tequisixtlán.» (Memorias).



Cañón de Costa de 240 milímetros, cierre automático, "Sistema Mondragón," para armar el puerto de Salina Cruz.

XIX.

MÁS TENTACIONES.

BOURNOF Y BAZAINE.

POR aquel tiempo tuvo lugar la aprehensión del Prefecto Imperial, D. Pablo Franco, que en compañía de otro traidor, el Obispo Covarrubias, había salido huyendo de Oaxaca poco antes de la capitulación de aquella plaza.

«El Obispo Covarrubias había sido uno de los más eficaces auxiliares de la Intervención, y se asustó mucho, porque habiéndome mandado preguntar qué consideraciones le guardaría si tomaba á Oaxaca, y siguiendo mi sistema de aparentarme sanguinario para infundir terror, le contesté que lo fusilaría con su gran uniforme de Obispo, lo cual lo desmoralizó completamente, y otro tanto le pasó á Franco, y ésto motivó la salida de ambos para Puebla (de allí siguieron á México). Estando Franco en México con D. Manuel Dublán, después de la rendición de Oaxaca, se pusieron ambos de acuerdo para ir con una escolta de traidores hasta Tehuacán, que todavía estaba en poder del enemigo, á recibir á sus respectivas familias que habían mandado traer de Oaxaca. Con este propósito salieron de México; pero en Puebla comprendió Dublán que había peligro en seguir adelante, y manifestó á Franco que lo esperaría allí, si él continuaba su marcha, aconsejándole que se detuviera.

«Avisados los puestos avanzados que tenía yo en algunos lugares cercanos de la carretera que conduce de Puebla á Tehuacán, de que

llegaba á Tlacotepec una fuerza de caballería enemiga en tal número, que ellos podían batir, la dejaron entrar á Tlacotepec, para atacarla en dicha población con ayuda del vecindario.

«No tardaron mis soldados de caballería, mandados por el Teniente Coronel Don Ignacio Sánchez Gamboa, en apoderarse de Franco y de su escolta, que mandaron para Oaxaca, adonde llegó el primero, el día 6 de Enero de 1867, antes de mi regreso de Tehuantepec.

«Luego que tuve noticia de la captura de Franco, mandé instruirle el proceso correspondiente, y después de su tramitación regular y completa y de permitirle el ejercicio de todos los recursos legales, fué sentenciado á muerte el 26, y pasado por las armas, en Oaxaca, el 30 de Enero de 1867, después de haber yo salido de aquella ciudad para Puebla.

«Fué fiscal en esa causa, el Teniente Coronel Don Joaquín Ballesteros, asesorado por el auditor Lic. D. Ramón Rodríguez; y su defensor, el Lic. D. José Isaac Cañas, abogado muy distinguido en el foro de la localidad.» (Memorias).

Relacionado con el fusilamiento de Franco, hubo un triste episodio que revela el profundo rencor que rebosaba en las almas de aquellos patriotas liberales que luchaban á muerte por su causa.

El republicano D. Justo Rodríguez, comerciante y agricultor de Yanhuitlán, hombre que, á costa de grandes sacrificios, ayudaba con sus escasos recursos á la causa de la República, fué inicuamente fusilado, *por simpatizador y amigo de los liberales*, en el tiempo en que Franco, con su carácter de Prefecto Imperial, gobernaba en Oaxaca.

Momentos antes de marchar al suplicio, Justo Rodríguez encargó á su hermano, un pintor protegido del General Díaz, que retratara su cadáver destrozado y ensangrentado por las balas, y cuando algún traidor pidiese indulto, lo presentase al jefe que debiera concederlo.

Cumplió el pintor, fielmente, con el último encargo de su mártir hermano, y al saber que el traidor Franco solicitaba gracia, presentó aquel retrato del cadáver al General Republicano.

Pocos días antes de regresar de Tehuantepec, el General Díaz escribió á D. Matías Romero, manifestándole la escasez de recursos pecuniarios con que entonces luchaba para emprender las trascendentales operaciones que tenía proyectadas.

«Tequisixtlan, Diciembre 16 de 1866.—Sr. Lic. D. Matías Romero.—Washington.—Mi muy querido amigo:

«Creo que habrá recibido mis cartas y visto los partes oficiales, que le habrán informado de la fortuna con que se ha peleado por nuestra parte. Llamo á ésto una fortuna, atendida la desigualdad y escasez de nuestros elementos comparados con los del enemigo; pero, en fin, ya con esfuerzo pude cumplir lo que ofrecí á Ud., de hacer la campaña en este Estado, aun cuando nada se me enviase, pues mi deseo era principiar nuevamente, arrebatando al enemigo lo que me era necesario.

«Hoy la faz de las cosas ha cambiado: la guerra necesita ser más vigorosa y de una singular actividad; pero creo que con el armamento llegado y el que tenemos en nuestro poder, tengo por ahora el necesario; recomiendo á Ud. mucho, que para completar éste, haga un esfuerzo para remitirme las armas especiales y artillería que mandé pedir con el Coronel Fidencio Hernández.

«Esto en materia de armamento; pero tenemos otra necesidad urgente, y es la de numerario. Ud., con su buen criterio, comprenderá que para medio sostener la fuerza que tengo, es necesario usar de exacciones y medidas que atraen el odio á la causa que, puede decirse, está en renacimiento y necesita un impulso incesante de vida y de prestigio; por esto es que si me enviase algunas cantidades regulares, podría poner en pie de guerra 15,000 hombres y seguirlos sosteniendo.

«Podría Ud. decirme que tengo á mi disposición los bienes de los traidores; pero para convertirlos en numerario, es necesario la realización de fincas, etc., y es cosa difícil, si se atiende á lo timorato de la gente á quien Ud. conoce....

«Por las apreciables de Ud., estoy enterado de la influencia moral que el Gobierno de ese país sigue prestando al nuestro, y sus determinaciones para con Ortega y Santa Ana; mas para aprovechar esta protección, es preciso que en esta República entremos en una acción violenta y eficaz para terminar todo, y yo, por mi parte, para llenar este deber que tanto deseo, no encuentro otro obstáculo que los recursos; pero fío en la ayuda de Ud. para expeditarlos.

«Sin más por ahora, me repito de Ud. su servidor y amigo que lo aprecia. (Firmado) Porfirio Díaz.»

El General Díaz no llegó á recibir los recursos pecuniarios que solicitaba, pero sí recibió el armamento.

Dicho armamento había sido comprado en los Estados Unidos por un comisionado de nuestro Ministro en Washington, el Sr. D. Matías Romero, y pagado con bonos del empréstito de 30 millones, ce-

lebrado por el General José M. Carbajal con la casa John W. Corlies & Co., de Nueva York.

«El 9 de Noviembre de 1866, se fletó el vapor «Vixen» por el General Sturm, en 600 pesos diarios, pagaderos en bonos. El día 10 salió de Nueva York, conduciendo las armas y artículos de guerra para la línea de Oriente, que se pusieron á cargo del General Pedro Baranda. El vapor se averió y tuvo que arribar á Norfolk, Estado de Virginia, en donde permaneció algunos días para reponer sus averías, después de lo cual partió para Minatitlán.

«En marcha para Tehuantepec, se me avisó que acababa de desembarcar en Minatitlán, procedente de los Estados Unidos, y que había llegado á ese puerto, una remesa de armamento, equipo, municiones y útiles de hospital.... Mandé á recibir esos efectos al Capitán de Ingenieros, Lorenzo Pérez Castro, con una fuerza de Guardia nacional. Los indios (á pesar de estar pronunciados contra el General Alejandro García), al saber que iban para mí, ayudaron á traerlos hasta Tuxtepec. Recibí estas armas al volver de la expedición de Tehuantepec, y las utilicé en la campaña contra Puebla y México, que emprendí á poco.» (Memorias).

Algunos días después del triunfo de La Chitova, el General Díaz se dirigió á Oaxaca, dejando en el Istmo de Tehuantepec al Capitán D. Carlos Pachecho, para que, con una compañía del Batallón «Fieles de Oaxaca» y una fuerza organizada con juchitecos, enemigos irreconciliables de los imperialistas tehuantepecanos, continuara la persecución de los grupos enemigos que por allí quedaban.

El Capitán Pacheco logró dar tan rudo golpe á las chusmas enemigas, en Tlacolulita, el día 3 de Febrero, que la región quedó pacificada.

El valiente Capitán, aprovechando la densa obscuridad de la noche del 2 de Febrero, llegó, sin ser sentido, hasta el atrio de la Iglesia de Tlacolulita, y con 120 soldados, sin disparar un solo tiro y dando muerte á los centinelas á la bayoneta, cargó sobre 300 imperialistas que allí estaban.

Terrible fué el combate y el éxito completo.

Al amanecer del día 3, setenta y ocho cadáveres yacían ensangrentados en el atrio, y el Capitán Pacheco, al volver á Oaxaca é incorporarse á la matriz de su batallón, llevó como botín algunas municiones y 270 fusiles.

Pacheco fué ascendido á Comandante, y más tarde llegó á ser General de División y Ministro de Fomento.

Á su regreso á Oaxaca, el General en jefe del Ejército de Oriente, encontró en la ciudad al Sr. Lic. D. Justo Benítez, que había vuelto del desempeño de una comisión.

«El principal objeto de la misión que di á Benítez, en 1865, cuando estaba para evadirme de Puebla, cerca del Sr. Romero, Ministro Plenipotenciario en Washington, era obtener por su medio, del Sr. Juárez, que se encontraba en la frontera del Norte, armas y algunos fondos que me permitieran hacer la guerra, para no verme en el duro caso de exigir mucho de las pequeñas y pobres poblaciones, donde tenía que ejecutar mis primeras operaciones, que son siempre las más difíciles y costosas.

«Durante su ausencia, motivada por esa comisión, hice la campaña que comprende hasta mi vuelta de Tehuantepec. Después de su incorporación, siguió en la misma condición que tuvo en tiempo anterior, de Secretario del Cuartel general.

«Las relaciones que me estrechaban con él, no eran sólo las que correspondían á nuestra identidad de ideas y miras políticas, sino una amistad casi fraternal, aunque mantenida con mucho trabajo por mi parte, por su carácter duro y su rigidez de opiniones sobre todas materias.*

«El día 10 de Enero de 1867 entré á Oaxaca, de regreso de Tehuantepec, y me ocupé activamente de organizar la campaña sobre Puebla.

---

* El Lic. Benítez fué compañero de estudios del General Díaz en la época en que éste se preparaba para entrar al Seminario de Oaxaca.

«La preparación para el Seminario, dice el Dr. Quevedo y Zubieta, en su obra ya citada, consistió, según la expresión de los estudiantes oaxaqueños de entonces, en hacer bolsa de gramática latina ó sea anticiparse á adquirir las primeras letras latinas, bajo la dirección de un primo suyo, Ramón Pardo, Vicario de la Parroquia de San Pedro Teococuilco. Está ese pueblo situado cerca de Oaxaca, en lo que es hoy Distrito de Villa Juárez; y el año de 1845, durante varios meses que precedieron á su entrada al Seminario, fué allí Porfirio á vivir y á estudiar con el primo á quien llamaba tío, en consideración á su edad y su *latín*.

«Era cura de la misma Parroquia, el Pbro. D. José Félix Benítez, quien tenía á su lado á un niño de origen incierto, depositado al nacer á la puerta de su casa, en calidad de expósito. El cura lo adoptó, bautizándole con el nombre de Justo y dándole su propio apellido. Siendo casi de la misma edad (un poco mayor Justo Benítez) y emprendiendo ambos los mismos estudios, nació entre los dos niños, allí, en San Pedro Teococuilco, entre los genitivos en *orum* y los ablativos en *ibus*, una amistad destinada á prolongarse y romperse en política, cayendo así bajo el dominio de la Historia.»

«El armamento que me llegaba de Estados Unidos, favoreció la organización de la Columna de tropas con que debía emprender mis operaciones, y cuya organización é instrucción había dejado encomendada al Gral. D. Alejandro García.

«Encontré que aún no estaban concluidas las baterías rayadas que había mandado fundir y montar antes de salir para Tehuantepec, y que aún no estaba uniformada una Brigada compuesta de los Batallones 1º, 2º y 3º de «Cazadores de Oaxaca;» por lo que reencargué todo el trabajo relativo al citado General García, y, además, el especial de los batallones al jefe de dicha Brigada, Gral. D. Manuel González.

«No siendo suficientes para esa campaña las fuerzas que traía conmigo y las que se formaban de cazadores y otras de la ciudad, ni las demás obligadas á incorporárseme de los pueblos, antes puestas en descanso, extendí mi acción y mis esfuerzos á los Estados de Puebla, Veracruz, México y Tlaxcala; y con este propósito, y estando todavía en la ciudad de Oaxaca, destaqué con sus respectivos núcleos, y con objeto de aumentarlos, al Gral. D. Luis Pérez Figueroa á los Distritos de Tuxtepec y Teotitlán de aquel Estado, con orden de concurrir, algunos días después, al valle de Ixcaquistla; á los Generales Don Juan N. Méndez y Don Ignacio R. Alatorre, al Norte de Puebla y Estado de Veracruz, respectivamente, para concurrir al lugar que yo designaría en una orden al efecto; y al Coronel Don Cristóbal Palacios, á los Distritos de Tepeaca y San Andrés Chalchicomula, de Puebla, y á la parte Oriental del Estado de Tlaxcala; al Coronel Rodríguez Bocardo, que había desertado del Imperio y se había puesto á mis órdenes, le mandé que permaneciera y mejorara sus tropas en la Ciudad de Tlaxcala, donde se hallaba; al Coronel Don Anastasio Roldán, servidor del Imperio, y que también se había puesto á mi disposición con 200 caballos, le ordené que continuara en Acajete y amagara á Puebla por el rumbo de Ayotla; al General Don Rafael Cuellar le había mandado que organizara fuerzas de infantería y de caballería en los Distritos de Chalco y Xochimilco y contiguos al Estado de México; y al Coronel Don Florentino Mercado, que organizara asimismo la fuerza de caballería que pudiera en los llanos de Apam. Desde antes de mi salida á Tehuantepec, se habían anticipado combinaciones sobre la mayor parte de los trabajos de reclutamiento, el cual esperaba yo se hiciera en un mes, tiempo que en el citado Tehuantepec fué debidamente aprovechado.

«El 26 de Enero de 1867, salí de Oaxaca para Acatlán, del Esta-

do de Puebla, con una escolta de caballería de unos 300 hombres, con el doble objeto de empezar allí á servir de centro de reunión y observar de cerca las operaciones del enemigo, así como de proteger al Coronel Don Juan Espinosa y Gorostiza, que había avanzado con unos cuantos infantes para posesionarse de Matamoros Izúcar y aumentar allí su número.

«El Gral. D. Vicente Ramos, que se había dirigido á inspeccionar la organización de las fuerzas que se levantaban en los Distritos del Sur de Puebla, murió, desgraciadamente, cuando comenzaba á desempeñar ese servicio, que encomendé depués al Gral. D. Manuel Toro.

«Permanecí en Acatlán como dos semanas, esperando la incorporación de las primeras fuerzas de los Estados limítrofes.» (Memorias).

Estando en Acatlán, se presentó ante el Sr. Gral. Díaz un comisionado de Maximiliano.

«Condujo un día la avanzada de Acajete, por la cordillera y con las precauciones usuales en esos casos, á mi Cuartel general, á una persona llamada Carlos Bournof, que había sido comisionado personalmente por Maximiliano, según credencial que al efecto trajo, para recavar mi promesa de no batir al Archiduque en la marcha que próximamente se proponía hacer de México á Veracruz, protestando que haría su travesía exclusivamente con soldados europeos, y que su objeto era embarcarse con ellos en la fragata *Novara*, que lo esperaba fondeada en aquel puerto.

«M. Bournof me dijo que esto era todo lo que Maximiliano le había encargado me manifestase; pero él agregó, como opiniones personales suyas, y como informes que me daba, que Maximiliano tenía un alto concepto de mí, y que si pudiera contar con mi cooperación, se descartaría de los conservadores que lo rodeaban y de los militares de ese partido que estaban á su lado; que me daría el mando de todas sus fuerzas y que pondría la situación en manos de los liberales, porque él tenía gran predilección por nuestros principios políticos; que sentía gran respeto y consideración por el Sr. Juárez y por los principios que profesaba; pero que vista la situación que él guardaba y teniéndonos á nosotros por antagonistas, no podía proceder como lo deseaba, sino como las circunstancias le obligaban á obrar. Me pareció que M. Bournof cumplía con un encargo de Maximiliano, sin embargo de que él cuidó de hacerme entender que ésto no era así, sino que tan sólo expresaba sus impresiones personales.

«Detuve á Bournof toda la noche, para mandarle al día siguiente con una respuesta verbal negativa, y le dije que no podía tener condescendencias de ningún género con el enemigo; que mis únicas relaciones con Maximiliano consistían en batirlo, ó ser batido por él, para lo que tomaba desde luego mis providencias, y que me empeñaría en hacerle prisionero y someterle á la justicia de la Nación.

«En toda esa noche fué necesario fingir algunos desfiles de tropas, como si fueran de distintas armas, por la calle en donde se había alojado Bournof, acompañado de oficiales que cuidaban de que se cumpliera la prohibición que le impuse para abrir las ventanas. Mi objeto era que volviese con la impresión de que en Acatlán había gran número de tropas acuarteladas y movimiento de entrada y salida de trenes y de fuerza, cuando en realidad sólo tenía 300 caballos, aunque mi gran apoyo, en aquellos momentos, consistía en los pueblos de los Distritos de Matamoros, Tepeji y Tepeaca, que todos eran amigos, y muchos de ellos estaban armados y dispuestos á participar en algún combate que se ofreciera cerca de sus respectivas localidades.» (Memorias).

Ya el General en jefe del cuerpo del Ejército de Oriente, había sido tentado por Bazaine, antes que por el Archiduque, pues ambos pretendieron, en varias ocasiones y por diversos medios, atraer, con brillantes promesas, al prestigiado jefe republicano.

«El Mariscal Bazaine me propuso un canje de prisioneros, que acepté, encomendando su estipulación, conforme á las bases que fijé, al Coronel Don José M. Pérez Milicua, á quien sirvió de intérprete el francés D. Carlos Thiele, que con ese objeto avanzó hasta la capital de la República, teniendo lugar las conferencias para arreglar el canje en Tehuacán, donde se detuvo el Coronel Pérez Milicua.

«Después de canjeados todos los prisioneros mexicanos que estaban en poder de las fuerzas invasoras, devolví sin correspondencia al Mariscal Bazaine, cerca de 1,000 extranjeros, con la condición de que fueran inmediatamente embarcados en Veracruz, como lo fueron en efecto.

«Cuando mandé á México á D. Carlos Thiele para terminar el arreglo del citado canje, el Mariscal Bazaine le autorizó para que me propusiera en venta, fusiles, municiones, vestuario y equipo, ofreciéndome esos objetos á precios fabulosamente bajos, esto es, á peso por fusil, y á peso también por vestuario de lienzo, con zapatos; también comprendía la propuesta, caballada, mulada y sus respectivas monturas y arneses. Comprendí por esa oferta y por los des-

trozos y remates á precio vil que el enemigo estaba haciendo de su material, que la razón de su oferta era que no tenía vehículos para conducirlos á Veracruz, y acaso ni capacidad en su flota para embarcarlos, y me negué á comprárselos, pues teniendo que dejarlos, me era más barato hacerlos ocupar como propiedad del enemigo, que comprarlos, aun á vil precio. Entonces expedí una circular á todas las plazas, incluyendo á las ocupadas por el enemigo, en que declaraba contrabando de guerra todos los efectos que aquél dejara en el país, bajo cualquier pretexto, é imponía una fuerte multa á sus tenedores ó encubridores, la cual sería íntegramente aplicada al denunciante en cada caso, dando á éste la mayor garantía de sigilo.

«Esta circular fué extraordinariamente fructuosa para el ejército, al grado que me permitió presentar al Presidente Juárez, á su arribo á la Capital en 1867, veintiún mil hombres perfectamente vestidos, armados y municionados, habiendo sido la mayor parte de su equipo, producto de la disposición enunciada.

«El Mariscal Bazaine me mandó decir, con el citado Thiele, que á su salida de México permanecería cinco días en Ayotla, como lo verificó; y que si mientras él estaba allí, atacaba yo á la Ciudad de México, le mandase decir con Thiele el uniforme de mis soldados, para distinguirlos de los de Maximiliano; pues que en ese caso se proponía regresar á la capital, con pretexto ostensible de restablecer el orden, á fin de que todo se arreglase satisfactoriamente para él y para mí. Entendí por ésto que quería manifestar que me ayudaría á apoderarme de la capital, donde estaba el mismo Maximiliano, siempre que yo accediese, en recompensa, á ciertas insidiosas propuestas de desconocer al Gobierno del Sr. Juárez, con objeto de que la Francia pudiese tratar con otro Gobierno antes de retirar sus fuerzas de México, pues sus palabras textuales fueron éstas: «*Diga Ud. al General Díaz, que yo pagaré con usura el brillo con que nuestra bandera pueda salir de México.*»

«No me pareció conveniente seguir relaciones que habían comenzado con motivo del canje, y se extendían después hasta donde he expresado; y así lo manifesté á Thiele, para que lo comunicara á Bazaine, por toda contestación.» (Memorias).

Veinte años después, y cuando Bazaine, expatriado de Francia, vivía en Madrid, tratando de sincerarse ante la pública opinión, escribió al Sr. Gral. Díaz, ya entonces Presidente de la República Mexicana, recibiendo en contestación la siguiente, correcta, pero enérgica y justificada carta:

«México, Enero 11 de 1887.—Al Sr. Mariscal Bazaine.—23, Monte Esquinza.—Madrid.—Señor: He recibido una carta de Ud., de fecha 10 de Diciembre último, que en resumen tiene por objeto manifestarme su resentimiento por la publicación de una carta mía, escrita el año de 1867, en que, refiriéndome á Ud., aseguraba que por tercera persona me había hecho proposiciones que no quise aceptar por indecorosas; suplicarme le designe quién fué ese intermediario, y reprocharme el beneficio de no haber dado á luz la carta que le dirigí el 8 de Febrero de 1865, así como de haberme tratado como prisionero de guerra y no como insurrecto.

«En cuanto á lo primero, debo advertir á Ud., desentendiéndome de su estilo, que no quiero calificar, que la carta que al principio cita, no fué dirigida al Sr. Juárez, como lo asienta, sino al Lic. D. Matías Romero, por cuyo conducto acostumbraba yo informar al jefe supremo del Estado de todo lo que hacía y ocurría en la zona cuya defensa me estaba encomendada; que ésta fué mi única intención al escribirla, y yo no la publiqué ni pensé que podía ser publicada. Rectifico la aseveración de Ud. sobre este punto, porque así es la verdad, y no porque hubiera tenido inconveniente en dar á luz dicha carta, pues nunca vacilé sobre la veracidad de los hechos que en ella cito.

«Respecto al segundo punto, aunque han pasado ya algunos años, no creo haya olvidado Ud. á M. Carlos Thiele. Debo decirle, supuesto que me lo pregunta, que esa persona es la que mandé cerca de Ud. para ajustar el canje de prisioneros mexicanos, que Ud. tenía en su poder, por los que yo tomé en las acciones de Nochistlán, Miahuatlán, Carbonera, Tehuantepec y Oaxaca; canje que realizamos con gran ventaja para el ejército francés, porque le envié, como gracia, todos los jefes, oficiales y soldados que me sobraron, cuando á Ud. no le quedaba personal equivalente para canjeármelos. Ese Sr. Thiele fué quien me hizo, en nombre de Ud., las proposiciones de que di cuenta en la carta que me ha concitado el resentimiento de Ud., y quien pocos meses después de los hechos á que me refiero, se radicó en Guatemala, donde se puede ocurrir á él.

«Celebraría muchísimo si algún día pudiera Ud. persuadirme de que todo fué impostura de dicho señor, y lo manifestaría así al público que ha conocido mi carta; pero para ésto necesito la propia declaración del Sr. Thiele, pues el conocimiento que de él tengo, no me autoriza para dudar de su caballerosidad.

«En cuanto á mi repetida carta de Febrero de 1865, con cuya pu-

blicación cree Ud. que me habría hecho, y aun me podría hacer mal ahora, ese es otro error que Ud. padece. Hago memoria de habérsela dirigido; y aunque no tengo presentes con perfección los términos en que está concebida, sí puedo asegurar que no me deshonra, sencillamente porque, tanto en mi conciencia de hombre como de militar, no recuerdo ningún hecho que pudiera avergonzarme. Por otra parte, la inmensa desigualdad en que entonces combatimos, menos de uno contra diez, y las circunstancias y episodios que rodearon esa campaña y tuvieron lugar en ella, sólo son conocidos, hasta la fecha, por los que, como Ud. y yo, fuimos en ella actores, lo mismo que por nuestros subordinados respectivos y por los pueblos del heroico Estado de Oaxaca. Su publicación halagaría mucho mi orgullo militar y patriótico, y la necesidad de contestar cargos formulados por Ud., me pondría en condiciones para hacerlo sin el riesgo de aparecer presuntuoso, y con más ventaja aún si me permitiera comparar el asedio, sitio y pérdida de la plaza de Oaxaca con otro caso contemporáneo, del mismo género, aunque no semejante.

«Me recuerda usted también, no sé con qué objeto, que fuí su prisionero y que no me trató como insurrecto.

«Si hace usted ésto para censurarme, le repetiré que, aunque por casualidad, y no por deber á que no estoy sometido, no fué mi voluntad la que decidió la publicación de mi carta que tanto le ha afectado.

«En cuanto á que usted haya obrado así, por deber ó por gracia, permítame que no le replique, porque, como quiera que haya sido, tengo presente que usted ha tenido el honroso carácter de Mariscal en el ejército francés, y cualesquiera que sean las desgracias que hayan pesado y aún pesan sobre usted, y el estado en que ellas hubieren dejado su ánimo y su razón, no puedo, sin agraviar á usted y al sentido común, entrar en una cuestión que tendría por objeto demostrarle la diferencia que existe entre el insurrecto ó bandolero, y el General del ejército de una nación reconocida por el mundo civilizado, y que plenamente autorizado por los Supremos Poderes de ella, á la sombra de su bandera, la defiende en su territorio contra un ejército invasor.

«Envío á usted los testimonios de mi pena por la poca meditación que revelan los conceptos estampados en la carta que le contesto.—Porfirio Díaz.»

Sin duda, en aquel tiempo, *el Mariscal de Metz* ya estaba loco....

Por lo demás, tendría que ser muy larga la relación de todas las

intrigas, de todas las perfidias y de todos los engaños que Napoleón y Bazaine por una parte, Maximiliano, sus Ministros y sus partidarios por la otra, sin pararse ya en medios, emplearon en aquella situación desesperada para salvarse del desastre.

El débil Archiduque, buscaba en el apoyo de Porfirio la salvación de su falseado trono.....

Bazaine se conformaba con que *su bandera* pudiese al fin SALIR CON BRILLO del territorio mexicano.....

¡Se engañaron!

Ninguno de los dos debía esperar ayuda del General Republicano.

Porfirio Díaz no servía más que á su Patria, y el alma del caudillo oaxaqueño era del mismo temple que su espada.

2 de Abril de 1867.—Entrada del General Díaz á Puebla.

XX.

SITIO DE PUEBLA.

EL DOS DE ABRIL.

NTRETANTO, las fuerzas liberales, organizadas á costa de tantos sacrificios por el General en jefe, fueron unas tras otras llegando á los lugares en que estaban citadas, y en los primeros días de Febrero se incorporaban en Acatlán: primero, la Brigada del General Figueroa, y poco después la del General González.

«Una vez reforzado con la Brigada González, y después de haber pasado como diez días en Ixcaquixtla, emprendí mi marcha á Tepeaca, donde se me incorporaron el Coronel D. Cristóbal Palacios, con 400 caballos; el Teniente Coronel Sánchez Gamboa, con más de 300, organizados en Acatlán y Matamoros Izúcar; y el Coronel D. Juan Espinosa y Gorostiza, con su batallón en alta fuerza, formado en Matamoros y Atlixco.

«De Tepeaca pasé á Huamantla, y allí se me incorporaron los Generales D. Ignacio R. Alatorre, con las fuerzas que había organizado en Jalapa, y D. Juan N. Méndez, con las suyas, organizadas en la sierra de Tetela, del Estado de Puebla.

«Me ocupé inmediatamente de dar nueva forma á aquella masa de tropas; organicé dos Divisiones, y encomendé el mando de la primera, al General Alatorre, y el de la segunda al General Méndez, y una Brigada de caballería, cuyo mando di al General D. Manuel Toro.

La primera Brigada de la primera División, la mandaba el General D. Manuel González; la segunda, el General D. Francisco Carreón, y la tercera, el General D. Luis Pérez Figueroa.

«La primera Brigada se componía de los tres batallones 1º, 2º y 3º de «Cazadores de Oaxaca,» mandados: el primer batallón, por el Teniente Coronel D. José Guillermo Carbó, y Mayor D. Carlos Pacheco; el segundo, por el Teniente Coronel D. Juan de la Luz Enríquez, y el tercero, por el Teniente Coronel D. Juan Higareda.

«La segunda Brigada se formaba del batallón «Ligero de Matamoros,» mandado por el Coronel D. Juan Espinosa y Gorostiza, y de las guardias nacionales de Veracruz y Puebla, á las órdenes de los Generales D. Juan Francisco Lucas y D. Rafael Cravioto.

«La tercera Brigada estaba integrada por el batallón «Cazadores de la Montaña,» mandado por el Mayor D. Manuel Ramírez Terrón, y otras fuerzas de guardia nacional de la sierra, por jefes cuyos nombres no recuerdo. La segunda División se componía exclusivamente de fuerzas de la sierra de Puebla, que había traído el General D. Juan N. Méndez, servido de los Generales D. Juan Crisóstomo Bonilla, D. Juan Francisco Lucas y otros jefes.

«La caballería se formaba de los regimientos que mandaban los Coroneles D. Cristóbal Palacios, D. Anastasio Roldán, Teniente Coronel D. Ignacio Sánchez Gamboa y General D. Antonio Rodríguez Bocardo, y de otro que era á las órdenes del Coronel D. Marcos Bravo. Mi fuerza hacía un total de 4,000 hombres.....

«Con la fuerza organizada en Huamantla, emprendí la marcha sobre la plaza de Puebla, adonde llegué el 9 de Marzo de 1867. Ese día ocupé, sin resistencia, el cerro de San Juan, donde establecí mi Cuartel general, tomando el mismo día posesión del convento de San Fernando, sin que el enemigo intentara defenderlo. Seguí extendiendo mi línea envolvente por los suburbios de la ciudad, al Sur y al Oriente, sin cerrar el sitio por la parte Norte, porque me lo impedían los cerros de Loreto y Guadalupe, que el enemigo tenía guarnecidos y perfectamente artillados, sin embargo de lo cual, ocupé casi todo el barrio de La Luz y El Alto; y aunque no pude incomunicar los cerros con la ciudad, establecí, con mi caballería completa, incomunicación de los cerros para afuera.

«Estando en el sitio de Puebla, y pocos días antes del asalto, se me incorporaron el General D. Diego Álvarez, con sus 600 hombres de fuerzas del Sur, y el Coronel D. Mucio Maldonado, con 400 caballos de Texcoco.

«Siguieron las operaciones con objeto de reducir el perímetro ocupado por el enemigo, al grado de avanzar nuestra línea por la parte occidental de la ciudad, hasta la plazuela de San Agustín, teniendo nosotros los tres lados de esa plazuela: Occidente, Norte y Sur, y el enemigo el lado Oriente; y de allí continuaba nuestra línea, rectamente, hasta el convento de la Merced, ocupando nosotros, en todas esas calles, las aceras de Occidente, y el enemigo las de Oriente. Ya se comprenderá, por semejante proximidad, cuán constantemente se mantenía el fuego en nuestras líneas. Por el Sur, teníamos la línea de manzanas en que estaba la Aduana, y todas las siguientes, hasta el barrio de La Luz, donde nuestra circunvalación volteaba hacia los cerros por el puente de La Luz.

«El día 24 de Marzo, el Teniente Coronel Domínguez, oficial tan arrojado como imprudente, emprendió un ataque vigoroso en la manzana que hace frente al mesón llamado «Nobles varones,» con objeto de desalojar al enemigo que ocupaba la mitad de la manzana. Como se hizo muy nutrido el fuego de fusilería en aquel lugar, y general el cañoneo en toda la línea, el General González, cuya línea comprendía la manzana ocupada en parte por Domínguez, y en parte por el enemigo, acudió al lugar, y en el momento de salir á una azotea, fué herido del brazo derecho por una bala que le destrozó el codo. Yo, que también corrí adonde el combate tenía efecto, entré en momentos en que bajaban por una escalera al General González. Después de dar las órdenes conducentes para atenderlo, me dirigí presuroso al sitio de colisión que más lo demandaba, y con algún refuerzo que de antemano había pedido, la manzana fué en esa noche ocupada por nosotros.

«Seis días después, el enemigo incendió una tienda en la manzana que ocupaba el General D. Francisco Carreón, cuya tienda contenía mucho combustible.

«Inmediatamente que tuve conocimiento del hecho, llegué hasta el interior del local, y los techos se desplomaron sobre mí. Al oir que crujían, brinqué para la puerta de salida, y allí me encontré con el Lic. D. Juan José Baz, única persona que se atrevió hasta ese punto, y á quien con mi choque arrojé fuera del peligro; pero en cuanto á mí, el techo me alcanzó y quedé cubierto de escombros, de medio cuerpo para abajo. Cayeron en seguida las puertas de las ventanas que estaban ardiendo, y me descubrieron ante el enemigo, que se acercó hasta los enrejados, y disparó sobre mí á quema ropa, pero en esos momentos Carreón salió por los balcones de las piezas que no ar-

dían y lo desalojó; mas luego, posicionado en la acera opuesta, calle de por medio, siguió dirigiéndome sus disparos.

«Como cogido por una trampa estaba allí, y Luis Terán, para sacarme de esa situación, me jalaba de tal manera de los brazos, que sentía que me los desarticulaba; pues nervioso como era, cuando había dificultades se ponía en peor estado. Felizmente un ayudante ocurrió con una palanca de maniobra de una pieza de sitio, y con ella pudo sacarme, levantando las vigas que estaban sobre mí. Terán, que no cesaba de estirar, al fin me dejó en pie, pero mis botas quedaron entre los escombros y sin ellas me puse en salvo, con algunas contusiones y quemaduras en diversas partes del cuerpo.*

«Como se empezó á propalar en mi campamento que yo había muerto en el incendio, recorrí en seguida la línea de circunvalación y visité las reservas.

«Yo incendié también al enemigo algunas casas. Puse un mortero, y á las granadas de á 12 les amarraba en la espoleta un alambre con un pedazo de brín empapado en aguarrás: así incendié el circo de Chiarini, que era de madera, lo mismo que las casas inmediatas á dicho circo, hasta conseguir por este medio incendiar la manzana contigua á San Agustín, que era de las más difíciles.....

«Durante el sitio de Puebla, el General Escobedo, que á la sazón sitiaba á Querétaro, me pidió algún auxilio y le mandé al General D. Juan N. Méndez, con parte de su División, y ordené que se le unieran las fuerzas de Pachuca, que mandaba el General Martínez, y las más lejanas, que eran á las órdenes de los Generales D. Vicente Jiménez y D. Vicente Riva Palacio, y Coronel D. Florentino Mercado; á virtud de lo cual, llegó el citado General Méndez á Querétaro, con un total de más de 6,000 hombres y diez obuses de montaña.» (Memorias).

Mientras el General Díaz estrechaba el sitio de Puebla, importantes sucesos ocurrían en el centro del país, en donde ya predominaban las fuerzas liberales.

Débil, acobardado é indeciso, después de consultar con sus Ministros y con sus infidentes consejeros, si debería abdicar é irse, Maximiliano resolvió quedarse á defender su vacilante trono, y poniéndose él mismo al frente de sus tropas, marchó para Querétaro, en donde concentró sus elementos de defensa.

---

* Aún se le pueden ver al General Díaz, en ambos muslos, las indelebles cicatrices de dos profundas quemaduras producidas por la viga incendiada que le cayó sobre las piernas.

Entretanto, Bazaine, que iba en camino, detuvo algunos días su marcha en Puebla, con la esperanza de que el Archiduque resolviese salir de la República, y aun le escribió, ofreciéndole dejar á Castagny para escoltarle; pero al saber que se obstinaba en conservar el trono, abandonó con el ejército invasor las playas mexicanas.

La Intervención había concluido.

Ya desde el 19 de Febrero, Maximiliano había llegado á Querétaro, en donde se encontraba Miramón y Mejía, que al regresar de Europa, fueron por él llamados, y hasta la muerte combatieron á su lado.

Tres días después se incorporó á las fuerzas imperiales el General D. Ramón Méndez con tropas michoacanas, y decidida la defensa de la plaza, se procedió á fortificarla.

El General Escobedo, que había ya derrotado á Miramón en San Jacinto, marchó con el ejército del Norte, compuesto de unos 10,000 hombres, sobre la plaza misma de Querétaro, por el camino de San Luis Potosí, mientras Corona lo hacía á su vez por el de Acámbaro, al frente de 7,000 soldados de los ejércitos del Centro y de Occidente, y por fin, el 10 de Marzo quedó circunvalada la ciudad por más de 21,000 soldados con 74 cañones, teniendo el mando en jefe de las fuerzas sitiadoras el General Escobedo.

Hubo durante el sitio muy reñidos y sangrientos combates, provocados por los jefes sitiados, que intentaban salir de la plaza; pero al fin, convencido el Archiduque de la inutilidad de sus esfuerzos, ordenó á Márquez, Lugarteniente del Imperio, salir en busca de la guarnición de México, y regresar con ella sobre las fuerzas sitiadoras.

Márquez, acompañado por Vidaurri, logró romper el sitio en la noche del 22 de Marzo, con 400 caballos al mando de Quiroga; pero al llegar á México, supo el Lugarteniente del Imperio, que Noriega, defensor de la plaza de Puebla, estaba á punto de sucumbir ante el asedio, y abandonando al Archiduque, marchó con 4,000 hombres de las tres armas en auxilio de Noriega.

Tal vez Márquez llevaba la esperanza de derrotar al jefe del Ejército de Oriente, por quien siempre había sido derrotado, y regresar después para salvar al Archiduque.

Advertida su marcha por el General Leyva, que en observación sobre México estaba en Tlalpan, se envía oportuno aviso al General Porfirio Díaz, que al darse cuenta del enorme peligro que corre, situado entre una plaza formidable y una Columna fuerte y bien organizada, tiene que decidir entre el asalto temerario á las bien arti-

lladas trincheras de la ciudad sitiada, ó el combate con Márquez, levantando el sitio, y con la poderosa guarnición de Puebla á retaguardia. . . .

Optó por el asalto.

«Había mandado establecer un telégrafo militar por la cuesta de Río Frío hasta Tlalpan, y otro hasta Apizaco, para tener comunicación fácil y violenta con las distintas fuerzas que estaban á mis órdenes; además, tenía en Apizaco una locomotora con objeto de observar al enemigo y recibir noticias exactas de sus movimientos. Cuando por telégrafo se me avisó, el 31 de Marzo, que Márquez seguía su marcha por la vía de los llanos de Apam, lo cual indicaba bien que su punto objetivo era Puebla, resolví en mi ánimo la norma de conducta que debía seguir. . . .

«Me decidí á asaltar la plaza y empecé á alejar todos mis enfermos, heridos y bagajes, rumbo á Tehuacán, con objeto de ponerlos á salvo para el caso de que mi asalto tuviera mal éxito; pero sin decir á nadie cuál era mi propósito, por cuyo motivo todo mi trabajo preliminar fué interpretado por los amigos y enemigos que de él se apercibían, como preparativo de retirada hacia el rumbo de Tehuacán y Oaxaca.

«No podía verificar ningún apresto que indicase mi intención de atacar, y en consecuencia, nada hice que se interpretara en ese sentido, hasta bien entrada la noche del 1º de Abril; pues si mis propios soldados hubieran tenido noticia de mi propósito, habría, por la falta de secreto, fracasado del todo.

«Preparado el enemigo, inútil hubiera resultado el sacrificio que el asalto entrañaba.

«Cuando ya no me era posible ocultarlo por más tiempo, porque llegaba el momento de su ejecución, lo comuniqué al General D. Ignacio R. Alatorre, que me sirvió de Cuartel Maestre, y le ordené citara para una junta á todos los jefes en quienes me había yo fijado para el mando de las Columnas que debían operar; cita que tuvo efecto en una casa que estaba en el centro de las líneas, á fin de que cada jefe no se alejara mucho del lugar que le estaba encomendado.

«Así se verificó, y sobre el plano de la ciudad prevenimos verbalmente á cada uno, yo y el Cuartel Maestre, las operaciones que tenía que practicar, señalando la fuerza de que debía constar su Columna de asalto, la trinchera de que debía apoderarse y la puerta ó puertas que debía desatrincherar, para hacer por allí su salida.

«Ninguna Columna aparecería á una distancia mayor de cien me-

tros de la trinchera que debía atacar, y algunas lo harían á menos de cincuenta. Tales habían sido antes nuestros trabajos de aproche.

«El perímetro retrincherado del enemigo, afectaba una forma elíptica, casi parabólica, cuyo diámetro mayor se extendía de Sur á Norte. En consecuencia, el convento del Carmen era uno de los puntos más distantes de la Plaza, y esa circunstancia me sugirió la idea de hacer sobre él un falso ataque que llamara fuertemente la atención del enemigo, é hiciera concurrir en su protección á la mayor parte ó á todas sus Columnas de reserva.

«Determiné la formación de 17 Columnas de asalto, con el propósito de emplear 3 de ellas en ese ataque falso y sucesivo sobre el Carmen, y con tal objeto retiré, luego que entró la noche, toda la artillería que estaba distribuida en nuestra línea de aproches, y la establecí pasajeramente sobre las trincheras del Carmen, que hacían sus fuegos al Sur.

«El total de mi artillería consistía en 18 bocas de fuego, de sitio, de batalla y de montaña; y aunque con riesgo, la establecí á menos de medio tiro de las trincheras que debía batir por el Carmen.

«El enemigo había cometido la falta muy grave de no cubrir la espalda de los defensores de sus trincheras, falta que yo me propuse aprovechar, haciendo que todo ataque sobre una trinchera tuviera uno correlativo sobre la opuesta; y ésto, tratándose de un ataque dado en la noche, sugeriría evidentemente, á los que se sentían heridos por la espalda, la idea de que el enemigo había podido entrar y los atacaba á retaguardia.

«Las tres Columnas preparadas para el falso ataque estaban mandadas: la primera, por el Teniente Coronel D. Jesús Figueroa; la segunda, por el General D. Eutimio Pinzón, y la tercera, por el General D. Luis Pérez Figueroa.

«Las de ataque verdadero estaban á las órdenes de los Generales D. Rafael Cravioto, D. Doroteo León, D. Ramón Márquez Galindo, D. Francisco Carreón, D. Juan Crisóstomo Bonilla y D. Manuel Andrade Párraga; Coroneles D. Luis Mier y Terán y D. Vicente Acuña; Tenientes Coroneles D. Juan de la Luz Enríquez, D. Francisco Velázquez, D. Jenaro Rodríguez y D. José Guillermo Carbó, y Mayor D. Carlos Pacheco.

«Cada Columna tendría, por término medio, 140 hombres.

«El siguiente fragmento de la orden que se dió á media noche del 1º de Abril de 1867, expresa á qué jefes se confió el mando de cada una de las Columnas, y su respectivo punto de asalto.

1º Al General D. Rafael Cravioto, asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla.

2º Al General Carreón, asalto de las trincheras de las calles de Betlem é Iglesias, y la brecha abierta en la manzana de Malpica. El asalto lo encabezará, con 100 hombres, el jefe del Batallón de Zapadores, Teniente Coronel D. Jenaro Rodríguez.

3º Á D. Vicente Acuña, asalto de la fortificación de Iglesias, que lo llevará á efecto con 150 hombres.

4º Al Teniente Coronel D. Francisco Velázquez, se le encomienda que ataque la calle paralela á la manzana de Malpica.

5º Á los ciudadanos Coronel D. Luis Mier y Terán y Teniente Coronel D. Juan de la Luz Enríquez, se les previene que asalten las trincheras de las calles de Miraflores.

6º Al Teniente Coronel D. J. Guillermo Carbó, que se posesione del Noviciado.

7º Al ciudadano General D. Juan C. Bonilla, se le confía la toma del parapeto del costado de San Agustín.

8º Á los jefes D. Luis Pérez Figueroa, Andrade, D. Doroteo León, Vázquez Aldana y otros, que concurran por la parte de Oriente sobre la calle del Deán.

9º Al Mayor D. Carlos Pacheco, el asalto de la calle de la Siempreviva.

10. Al Coronel D. Manuel Santibáñez se le previene que, en los momentos del asalto, ocurra al convento de San Agustín.

11. El General Alatorre, con una Columna del «3º de Cazadores,» ocurrirá á todos los lugares en que hubiere necesidad de su auxilio.

«Las tres Columnas que habían de hacer el ataque falso, fueron colocadas cerca de la artillería, aprovechando accidentes que las ponían fuera del enfilamiento de los fuegos de respuesta.

«Colocadas respectivamente las otras catorce Columnas en el lugar de donde cada una debía emprender su avance, hice suspender de un alambre, tendido de torre á torre de la iglesia del cerro de San Juan, un gran lienzo formado de piezas de manta, que colgaba hasta el suelo, cuyo lienzo, empapado en aguarrás, debía ser encendido cuando yo lo ordenara, habiendo advertido antes á todos los jefes de Columnas de asalto verdadero, que la luz que ese incendio produjera, sería la señal para que se lanzaran.

«Tomando en cuenta que todas las trincheras que iban á atacarse estaban protegidas, desde antes que se pudiese llegar á ellas, por

tiradores colocados en las alturas de azoteas y balcones, en ventanas y hasta en paredes aspilleradas; para neutralizar en parte el mortífero fuego de tiradores semejantes, de mi legión de honor, compuesta sólo de jefes y oficiales que no tenían colocación en filas, formé grupos dotados con escaleras, para que en los instantes del general ataque, subieran á lo alto de las manzanas enemigas é introdujeran con sus fuegos el desorden en los que las coronaban.

«Desde que la noche vino, había prohibido que se hicieran disparos en ninguno de los puntos de la línea, sino solamente en caso de que el enemigo pretendiera salir.

«Este silencio, que pronto fué observado por el enemigo, y la circunstancia de que Márquez estaba á 12 leguas, más ó menos, á nuestra espalda, y el alejamiento de nuestros bagajes, en la tarde, debió hacer creer al enemigo que esa misma noche nos retirábamos, y que tal vez estábamos ejecutando la evacuación de nuestras líneas.

«Dispuesto todo en la forma indicada, me situé cerca de la Alameda Vieja, en un punto desde donde podía vigilar las operaciones de algunas de las Columnas de asalto verdadero, y de las tres que debían ejecutar el ataque falso.

«Era tal mi escasez de municiones, que á última hora tuve que recoger á la caballería sus cartuchos para darlos á la tropa de asalto, expresando que, si esa arma tenía que batirse, lo hiciera con sus lanzas y sables. La fuerza montada, en espera de órdenes, quedó colocada al Sur, frente á los cerros; y así, podía servirme para cualquier evento, y hasta para una retirada.

«Á las tres menos quince minutos de la mañana del 2 de Abril, rompí el fuego de cañón sobre las trincheras del Carmen, y tras ésto, ordené el movimiento de la primera Columna de falso ataque. Ésta marcha resuelta sobre la trinchera, siendo recibida, desde que el enemigo pudo sentir su movimiento, con vivo fuego á metralla; la Columna retrocedió en desorden y con fuertes pérdidas, como unos cien metros antes de llegar al objetivo, pues su marcha de avance era larga y en llanura limpia. Destaqué inmediatamente la segunda Columna, que llegó hasta la contra-escarpa y fué también rechazada, y luego la tercera, que intentó pasar el foso y dejó algunos cadáveres dentro de él, viéndose en el caso de retroceder como las anteriores. . . . La demostración había sido de tal modo seria, que había producido sus resultados, por lo que toca á hacer que la reserva del enemigo se aglomerara hacia el Carmen.

«En estos momentos, mediante un toque convenido de clarín, man-

dé encender los lienzos preparados entre las dos torres del cerro de San Juan, señal para el asalto general.

«El estruendo del combate se extendió en breve por todos los ámbitos. De los coronamientos que el enemigo tenía en los edificios altos y balcones, descendía un torrente de fuego, por donde los asaltantes tenían que pasar antes de tocar una trinchera.

«Había formado una legión de honor con jefes y oficiales que no tenían servicio especial; los dividí previamente en grupos de cinco hombres, armados todos con mosquetes cortos, y ordené á cada jefe de grupo que se posesionara de las escaleras que había abandonadas en la parte de la ciudad que ocupábamos nosotros, y que habían pertenecido al servicio del alumbrado público, para que, en los momentos en que las Columnas iniciaran sus respectivos ataques, esos grupos, escalando los balcones de todas las manzanas que estuvieran encerradas entre dos ataques, y por las azoteas ó por las horadaciones, vinieran á introducir el desorden entre los edificios de dichas manzanas, que debían estar preocupadas en la defensa de sus respectivas trincheras..... Designé á cada grupo de la legión de honor, una manzana, para que, colocado un oficial en cada esquina por donde ya hubieran pasado las Columnas de asalto, hicieran el servicio de policía para evitar los desmanes que la tropa vencedora intentara cometer en la ciudad. La señal para el movimiento de esos grupos era el paso de las Columnas.

«El fuego vivísimo de fusilería y de cañón, no duraría, en todo su vigor, arriba de diez minutos, y á los quince ya no quedaban defendiéndose más que las torres de Catedral y las alturas de San Agustín y del Carmen.

«Los fuertes de los cerros, que no sólo no habían sufrido ataque alguno, sino que habían sido reforzados con la mayor parte de los prófugos de la ciudad, hacían fuego de artillería muy vivo sobre ella, y principalmente sobre las calles por donde podían ver las masas de mis soldados, al comenzar á amanecer.

«Los asaltantes de cada trinchera tenían, en general, antes de tocarla, que penetrar en un trayecto dado por un canal de fuego que despedían las ventanas bajas, las aspilleras, los balcones y las azoteas, y que afrontar el cañoneo y fusilería de la trinchera á que se dirigían.

«En estas condiciones estaba, especialmente, el fortín de la calle de la Siempreviva, que tocó asaltar al Comandante D. Carlos Pacheco, quien peleó con brío. Al comenzar el asalto, le lanzaban de las

azoteas, no sólo granadas de mano y tiros de fusil, sino grandes granadas, puesto que solamente tenían que encenderlas y dejarlas caer. Un casco de esas granadas hirió á Pacheco en una pantorrilla, y sin embargo de ello, y de que perdía muchos hombres de su Columna, avanzó hasta la trinchera. Arrojados allí los sacos de paja que traían muchos de los soldados, con objeto de franquear los fosos, pudo pasar Pacheco uno de los primeros, y allí también fué herido en una mano. Siguió, sin embargo, hasta la esquina de la plaza, y allí, un tiro de metralla, disparado del atrio de Catedral, puso fuera de combate á algunos soldados de su Columna, y á él le rompió el muslo izquierdo. En esos momentos, uno de sus soldados lo tomó en brazos para pasarlo á un lugar menos enfilado por los fuegos del enemigo, y otro golpe de metralla le rompió el brazo derecho, y los dos al soldado que lo conducía. Era felizmente el instante en que concurrían á la plaza otras Columnas asaltantes: la que mandaba el Coronel D. Luis Mier y Terán y la que era á las órdenes del Teniente Coronel D. Juan de la Luz Enríquez, llegando sucesivamente todas las demás.....

«El Teniente Coronel D. Juan de la Luz Enríquez, tuvo ocasión de proteger á los Tenientes Figueroa y Santiago Pou, que se batían valientemente con una fuerza replegada en el portal del Cazador; el Teniente Pou, de origen español, fué gravemente herido y murió poco después.

«Alargaría mucho esta relación si me detuviera á referir todos los actos de valor y de arrojo de mis subordinados en el asalto del 2 de Abril. Solamente diré, que considero esta acción como una de las más importantes de las que sostuve durante la guerra de Intervención.» (Memorias).

He aquí el primer parte rendido al Gobierno por el General en Jefe:

«Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Acabamos de tomar por asalto la plaza, el Carmen y demás puntos fortificados que el enemigo tenía en esta ciudad, quitándole un numeroso tren de artillería y un depósito abundante de parque. D. Mariano Trujeque, D. Febronio Quijano y otros veinte jefes y oficiales traidores, fueron hechos prisioneros y fusilados con arreglo á la ley.

«Una parte de la guarnición enemiga se ha refugiado en los fuertes de los cerros de Guadalupe y Loreto, en espera del auxilio que trae D. Leonardo Márquez; y éste, según los informes de mis explo-

radores, pernoctó ayer en San Nicolás, con una División de tres ó cuatro mil hombres y veinte piezas de artillería. Aún no puedo decir á usted las operaciones que me propongo ejecutar, pero sí me creo en aptitud de asegurarle que los fuertes sucumbirán y que Márquez será batido, si no regresa luego que sepa el revés que sufrieron sus cómplices. En uno ú otro caso, muy pronto estaré sobre el Valle, para acudir en auxilio del Ejército del Norte, ó emprender operaciones sobre México, según mejor convenga.

«Sírvase Ud. poner lo expuesto en el conocimiento del Ciudadano Presidente de la República, reiterándole las seguridades de mi respeto.

«Independencia y República.—Puebla de Zaragoza, 2 de Abril de 1867.—Porfirio Díaz.—Ciudadano Ministro de Guerra y Marina.»

Proclama del General en Jefe después de la batalla:

«El General en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, á sus subordinados vencedores en Puebla:

«Compañeros de armas: Quiero ser el primero en pagar tributo á vuestro heroísmo. La Nación toda y la posteridad vendrán después á perpetuar vuestra gloria.

«Habéis escrito otra fecha memorable en la ciudad donde Zaragoza eternizó su nombre el 5 de Mayo.

«El 2 de Abril de 1867 se registrará desde hoy en el calendario de las glorias nacionales.

«Mucho esperaba de vosotros: os he visto acudir sin armas al llamamiento de la Patria, para armaros en Miahuatlán y en La Carbonera, en Jalapa y en Oaxaca, con los fusiles quitados al enemigo. Habéis combatido desnudos y hambrientos, dejando á la espalda un rastro de gloria; y sin embargo, vuestras hazañas en Puebla han ido más allá de mi esperanza.

«Una plaza, no sin razón denominada invicta, y que los primeros soldados del mundo no pudieron tomar por asalto, ha cedido á un solo empuje de vuestro brío. La guarnición toda y el inmenso material de guerra acopiado por el enemigo, son el trofeo de vuestra victoria.

«Soldados, merecéis bien de la Patria.

«La lucha que la desgarra no puede ya prolongarse. Acabáis de dar la muestra de vuestro valor irresistible. ¿Quién osará medirse con los vencedores de Puebla? La Independencia y las instituciones republicanas no vacilarán ya; está seguro de no ser conquistado ni oprimido el país que tiene hijos como vosotros.

«Intrépidos en el combate y sobrios en la victoria, habéis conquistado la admiración de esta ciudad por vuestro denuedo y su gratitud por vuestra disciplina.

«¿Qué General no tendría orgullo en hallarse á vuestra cabeza? Mientras cuente con vosotros, se reputará invencible vuestro amigo: Porfirio Díaz.»

Orgulloso, en verdad, debía sentirse el General republicano al tener á sus órdenes á jefes y soldados tan valientes; pero también la Patria se sentía orgullosa de contar á Porfirio entre sus hijos.

Aquel soberbio triunfo había costado al enemigo: 60 cañones montados, 130 cañones sin montaje, 6,000 fusiles, 300,000 cartuchos, una fábrica de pólvora, trenes, bagaje y almacenes de vestuario.

Las baterías de Loreto y Guadalupe siguieron cañoneando las trincheras asaltadas, pero su fuego ineficaz y cada vez más lento, se suspendió entre 9 y 10 de la mañana, hora en que el General Francisco Leyva, que había sido llamado, llegó á Puebla con fuerzas aumentadas sobre la marcha y haciendo ya un total de 2,000 hombres con dos obuses de montaña.

Márquez, á una jornada de distancia, venía sobre los pasos de las tropas de Leyva; pero ya el Gral. Díaz se aprestaba á recibirle; á la vez que refundía en sus batallones á los prisioneros, organizaba hospitales, equipaba regimientos y emprendía las operaciones de aproche para batir las fuerzas de Guadalupe y de Loreto con la potente artillería quitada á los vencidos.

«En todo el día 3 estuve colocando baterías en obras pasajeras, que tenían por objeto batir á los dos cerros. Como disponía de toda la artillería que el enemigo me había dejado, que era mucha, lo mismo que sus municiones, comprendía bien el enemigo los resultados del cañoneo con que yo iba á iniciar el ataque.

«A eso de las 3 de la mañana se desprendió del cerro de Guadalupe un oficial con una linterna y un clarín que tocaba parlamento. Ordené que fuera respetado y conducido hasta el Cuartel General, con las precauciones prescritas para estos casos.

«Como había impedido la comunicación entre los dos cerros, el de Loreto, sin ponerse sus defensores de acuerdo con los de Guadalupe, envió á poco, separadamente, un porta-pliegos, con objeto de pedir algunas garantías, mediante las cuales ofrecía que se rendirían sus defensores. Intencionalmente detuve á los emisarios, y á las 5 de la mañana vino un segundo enviado del cerro de Guadalupe, y en seguida otro de Loreto, reiterando sus peticiones.

«Siendo ésto ya un síntoma muy avanzado de madurez, manifesté al segundo enviado del cerro de Loreto, que volviese á decir á su jefe que sólo esperaba la luz del día, que ya comenzaba á alumbrar, para iniciar mi ataque, el que sólo se suspendería si se rendía con su fuerza á discreción en el acto de su llegada, lo cual se me debía indicar con una señal que prescribí, y que de no hacerse luego tal seña, determinaría el principio de las hostilidades.

«Quise proceder primero respecto del fuerte de Loreto, sin tocar el de Guadalupe, porque era seguro que éste, al ver que Loreto se rendía, se daría prisa por hacer otro tanto, y así pasó en efecto. Uno tras otro se entregaron á discreción.

«Salieron en persona del fuerte de Guadalupe, que fué el último, los Generales Noriega y Tamariz, que eran: General en jefe el primero y Cuartel Maestre el segundo, de la plaza de Puebla. Subí á recibirlos al lugar que media entre las dos fortalezas, y como hablaban simultáneamente, arrebatándose la palabra, pregunté quién era el General en jefe con quien debía entenderme. El General Tamariz me dijo que lo era el General Noriega. Éste contestó que era exacto, pero que habiéndose enfermado desde el día anterior, el mando había recaído desde entonces en Tamariz. Dispuse, en consecuencia, que Noriega volviera á entrar en la fortaleza y que quedara el General Tamariz hablando conmigo, puesto que era el que se hallaba en ejercicio.

«Después de algunas palabras en que Tamariz insistía en pedir garantías, le contesté que eso no era posible, porque haría muy mal efecto . . . . Pero que podía volver á su fortaleza, seguro de que no se dispararía un tiro antes de que entrara. Entonces Tamariz me ofreció su espada, que no acepté, diciéndole que todavía tenía que ejecutar algunas providencias, conducentes á su rendición incondicional; que se la ciñera y volviera con ella á la fortaleza, haciendo salir á todos sus soldados formados y sin armas: primero á la tropa y después á los jefes y oficiales. Mandé recibir á unos y á otros y conducirlos á la ciudad á las respectivas prisiones que les señalé.

«La rendición discrecional de los fuertes quedó definida.

«Al ver que los oficiales, para entregarse, salían sin sus equipajes, les dije que podían volver á su posición para tomarlos y salir con todo lo que les perteneciera, menos armas y caballos. Esto produjo un rayo de esperanza en el ánimo de los prisioneros, que se consideraban enteramente perdidos; sin embargo, no pasó otro tanto con los Generales, que, como era natural, consideraban más comprometida su situación.

«Después de reconocidas las dos fortalezas y dado las órdenes conducentes á la conservación y almacenaje de los materiales que contenían, y cuando volví al Palacio Municipal, que había tomado por alojamiento desde el día del asalto, los Generales, que estaban presos en un departamento del mismo, solicitaron hablarme y me suplicaron que les concediera la entrada de algunas personas de sus familias, con quienes deseaban comunicarse, así como la de sacerdotes católicos y notarios.

«A virtud de ello, se les concedió amplia comunicación.

«A eso de las tres y media de la tarde fuí á decirles que tomaran sus maletas y salieran conmigo. Los conduje personalmente, y sin más escolta que mis ayudantes, al Palacio Episcopal, donde estaban todos los prisioneros, de Coronel á Subteniente, que serían como 300, y donde estaban también tres obispos, á quienes había notificado prisión. Una vez allí, y hallándose todos juntos, les manifesté que, según las leyes vigentes, estaban sujetos á peña de muerte; pero tratándose de un número tan grande, me parecía que el Gobierno, cuando tuviera conocimiento del caso, haría alguna gracia; mas que para eso siempre era necesario conservarlos en prisión muy rigurosa, que deseaba evitarles, si se comprometían bajo sus firmas á presentárseme cuando los llamara por la prensa, caso de que ello se me exigiera por el Gobierno; que procedía así por el deseo expuesto, y también por la gran confianza que tenía en la victoria de la República, aun en el supuesto de que fueran desleales á sus compromisos.

«Todos contestaron conmovidos que se sometían, y comenzaron á firmar el documento de obligación, que les hice leer en voz alta, saliendo en libertad según iban firmando. En el siguiente parte oficial di cuenta al Ministro de Guerra de la rendición de los fuertes.

«República Mexicana.—Línea de Oriente —General en Jefe.—En la mañana de hoy se han rendido los dos fuertes de Loreto y Guadalupe, sin condiciones de ninguna clase, con toda la artillería de su dotación, un gran repuesto de municiones y todas las armas que tenía su guarnición. Con la rendición de ambos fuertes ha quedado completa la posesión de la plaza.

«Hallándome expedito para nuevas operaciones, hoy emprendo mi marcha sobre las fuerzas de D. Leonardo Márquez, que, según los partes recibidos, se halla á distancia de quince leguas de ésta.

«Lo que tengo el honor de participar á Ud. para su conocimiento y el del Sr. Presidente, felicitándoles por este nuevo triunfo, obtenido sin derramar sangre.

«Independencia y Libertad.—Puebla de Zaragoza, Abril 4 de 1867.—Porfirio Díaz.—Ciudadano Ministro de Guerra y Marina.»

«La orden de poner en libertad á los prisioneros de Puebla, la hice extensiva el mismo día á todos los que conservaba en Oaxaca y otros lugares de las batallas de Miahuatlán, La Carbonera y toma de Oaxaca. Inserto en seguida la orden que expedí con ese objeto.

«Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—En uso de las facultades de que me hallo investido por el Presidente de la República, he tenido á bien disponer que los prisioneros hechos por el Cuerpo de Ejército de Oriente, en las batallas de Miahuatlán y La Carbonera, en la ocupación de la ciudad de Oaxaca, en el asalto de esta plaza y en la rendición de los fuertes de Guadalupe y Loreto, queden en libertad de residir en el país, en el lugar que elijan, permaneciendo por ahora bajo la vigilancia de la autoridad local y á disposición del Supremo Gobierno.

«Los extranjeros que quieran residir en el país, quedan sujetos á las mismas condiciones, y los que deseen salir de la República, podrán hacerlo libremente.

«Sírvase Ud. librar sus órdenes en ese sentido, aceptando las protestas de mi estimación y aprecio.

«Independencia y Reforma.—Puebla de Zaragoza, Abril 4 de 1867.—Firmado: Porfirio Díaz.—Ciudadano Comandante militar del Estado de....»

Entre los prisioneros perdonados, hubo algunos encarnizados enemigos del generoso vencedor.

«En la entrevista que tuve en el Palacio Episcopal de Puebla, con los prisioneros de los cerros de Guadalupe y Loreto, que acabo de referir en el capítulo precedente, ocurrió un episodio que merece mención especial.

«El Coronel Vital Escamilla, que estaba entre los prisioneros, había sido, á la fecha de mi evasión de Puebla, Jefe Político del Distrito de Matamoros Izúcar, y cuando el Conde de Thun publicó una circular ofreciendo mil pesos como premio á quien me reaprehendiera, Escamilla, en su calidad de Jefe Político, al reproducir la circular, guiado por un exceso de celo en favor del Imperio, ofreció un premio más de su peculio.

«Probablemente, por este motivo tenía miedo de acercarse á firmar, porque estaban firmando en mi presencia sus compañeros. El Coronel Visoso, que estaba al servicio de la República y que era compadre y muy amigo de Escamilla, y que estaba también presente, vino

á rogarme por su perdón, haciendo suponer que tenía escondido en la ciudad á Escamilla, y ocultándome que estaba presente entre los prisioneros.

«Yo, que aunque no conocía personalmente á Escamilla, le conocí en esos momentos, porque alguien me lo acababa de denunciar, concedí á Visoso lo que me pedía, y llamando á Escamilla por su nombre, manifesté á los dos juntos, que si no había salido en libertad, era porque aún no había firmado, y esperaba yo que lo hiciera al tocarle su turno.

«Escamilla trató de excusarse conmigo, diciendo que soponía que habían llegado á mi conocimiento ciertas calumnias vertidas en su contra. Le contesté que, en efecto, había llegado á mi poder un ejemplar de su circular, que conservaba en mi cartera; lo saqué y se lo devolví, diciéndole que celebraba mucho que no hubiera llegado el caso de que yo fuese reaprehendido, ni de que él hubiera tenido necesidad de gastar su dinero. En seguida firmó la protesta y salió en libertad, recomendándole antes, que este caso le sirviera de experiencia para lo futuro. Después ha sido uno de mis más leales amigos, sin embargo de que sus ideas políticas son contrarias á las mías. Ha sido diputado al Congreso de la Unión.» (Memorias).

Con tan humanitario y noble rasgo de clemencia, iniciaba el magnánimo caudillo una tregua de olvido y de perdón en la sangrienta historia de nuestras guerras fratricidas.....

¡Honor y bendición para los héroes que saben perdonar á los vencidos!

XXI.

EN PERSECUCIÓN DE MÁRQUEZ.

SAN LORENZO.

EL día 5 de Abril salía Porfirio Díaz en persecución de la Columna de Márquez, quien, al tener noticia de la toma de Puebla, contramarchó con increíble rapidez hacia la capital de la República.

El infatigable General Díaz caminó toda la noche, y al amanecer del día 6 estaba en Apizaco, de donde Márquez había ya partido hacia Huamantla.

El General Díaz, dejando atrás su infantería y su artillería, que no podían marchar con la violencia requerida, se adelantó con sólo la caballería, logrando, por la tarde, avistarse con la Columna imperialista en San Diego Notario.

Tuvo lugar allí un reñido y sangriento combate entre la caballería republicana y la disciplinada caballería húngara y polaca, que mandaban los Coroneles Kodolich, Wickenburg y Khevenhüller.

«La caballería imperialista, rechazada y perseguida, huyó hasta incorporarse al grueso de la Columna, poniéndose al amparo de los cañones de Márquez, y la caballería republicana se dirigió entonces á un flanco para cubrirse allí, detras de unas colinas, del mortífero fuego de la artillería enemiga.

«Aquel encuentro fué costoso para la caballería de Kodolich; pero al entrar en juego los cañones, también lo fué para la nuestra, cuyas pérdidas consistieron en 20 muertos, entre éstos, el Teniente Coronel

D. Ignacio Sánchez Gamboa, y 28 heridos, que junto con los heridos abandonados por el enemigo, fueron enviados á Tlaxcala para que se les atendiera.

«La infantería y la artillería republicanas llegaron ya de noche.

«Durante la noche del 6 de Abril, el enemigo, sigilosamente, había practicado un rodeo para emprender su marcha por el camino que conduce de San Diego Notario á la Hacienda de Guadalupe, sin tocar Tlaxcala.

«Como para seguir su movimiento y batirlo, tenía necesidad de marchar primero hasta San Diego Notario, me pareció más obvio contramarchar por Tlaxcala, procurando cortarlo en el Paso de Tortolitas.

«Cuando llegué el día 7 al Paso mencionado, ya era de noche, y el enemigo había arribado á la Hacienda de Guadalupe, donde pernoctó. Aún no amanecía cuando proseguí mi marcha, pero Márquez la había emprendido desde media noche, dejándome en esa hacienda los heridos que llevaba, procedentes del encuentro de caballería que se efectuó dos días antes. En los momentos de atravesar por la misma hacienda, se me presentó el General D. Jesús Lalanne, avisándome que en un monte cercano de la hacienda de San Nicolás el Grande, tenía 400 caballos y 600 infantes, que había organizado en el Estado de México. Le ordené que hiciera lo posible por detener con esa fuerza el paso de Márquez, aun cuando fuera por algunos momentos, puesto que estaba tan bien colocado para ese servicio, con objeto de que yo pudiera alcanzarlo en su marcha, que era muy rápida; y al mismo tiempo puse á los batallones 1º, 2º y 3º de «Cazadores de Oaxaca» á la grupa de la caballería, lo mismo que los pelotones de artilleros de dos baterías rayadas, cuyos cañones fueron ayudados en su marcha por la caballería, que estirando á cabeza de silla, aliviaba el trabajo de los tiros.

«El General Lalanne sacrificó su fuerza, pero cumplió mis órdenes; fué destrozado casi por completo entre las haciendas de San Nicolás y San Lorenzo; mas debido á esa circunstancia pude, el día 8, alcanzar al enemigo, que se encastilló en la hacienda de San Lorenzo y mandó á mi encuentro toda su caballería, creyendo tal vez que mis fuerzas aún no se habían reunido, y que, como antes, sólo con tropas montadas tenía que habérselas.

«Fueron rudamente rechazados sus caballos hasta sus posiciones, y yo establecí mi Columna ligera de vanguardia á su frente, extendiéndome después, semicircularmente, con la colocación que fuí suce-

sivamente dando á las demás fuerzas que llegaban, y cuyo arribo estuvo efectuándose hasta la media noche de ese día 8.

«Por el reconocimiento que, al amanecer del día 9, hice al campo enemigo, aprovechando las alturas vecinas á la hacienda, comprendí que no estaba acampado dentro de la finca, sino en los barbechos, dejándola por delante como defensa contra nuestros fuegos de cañón. Establecí entonces una batería de montaña sobre una eminencia que hay en un flanco, desde donde comencé á batirlo, y le obligué así á abrigarse en la hacienda.

«Al anochecer del día 9 llegó un ayudante mandado por el General Guadarrama, á quien había desprendido de Querétaro el General Escobedo, con una Columna de 4,000 caballos, en observación de Márquez, y me participó dicho ayudante que aquel jefe se ponía con ella á mis órdenes. No tenía yo noticia de la venida de esta fuerza, y ordené al General Guadarrama que con toda su División cerrara, por el Sur y Occidente, el sitio que yo había empezado á poner á la hacienda por la parte oriental; pero Márquez se apercibió de la operación al iniciarse, é hizo salir en la madrugada un carro con dinero, conducido por una fuerza de húngaros, por un vacío que aún no cubría Guadarrama. Esto causó alarma en sus tropas vecinas al paso de aquella fuerza, las que se ocuparon en batirla; y entonces el General imperialista, que sin duda estaba en acecho del resultado de su ardid, aprovecha el incidente para salir por parte opuesta con rumbo á San Cristóbal, tomando la carretera que conduce á Texcoco.

«Cuando lo advertí, envié á los munícipes de Calpulálpam, que estaban conmigo, que fueran á mandar destruir el puente de San Cristóbal, único paso para trenes que podían aprovechar los imperialistas; pero á causa de su gran extensión, mis agentes no tuvieron tiempo para destruirlo completamente, mas lo desaterraron, dejando los maderos desnudos, y pretendieron quemarlos, á lo cual ya no dió tiempo el enemigo, que llegó en esos momentos.

«Al mismo tiempo que ordené la destrucción del puente, salí con la caballería de Leyva y la de Toro, á gran trote, sobre Márquez; en el camino se me incorporó el General Lalanne, y poco después, cuando ya amanecía, el General Guadarrama con el grueso de su División. Había dejado orden de que todo el Cuerpo de Ejército siguiera mi movimiento.

«Advertido Márquez de que el puente estaba inutilizado, mandó violentamente á unos ingenieros para repararlo, cosa que hubiera sido muy fácil; pero éstos, sin reflexión, metieron el carro en donde lle-

vaban sus instrumentos de zapa, sobre los maderos desnudos de que he hablado, y pasadas las patas de las mulas y las ruedas del carro en los claros que dejaban, quedaron allí sin poder moverse, sirviendo de obstáculo en el paso del citado puente, por cuyos macizos flancos desfilaban la infantería y caballería confundidas y en condiciones de derrota.

«Esto, por una parte, completaba la obstrucción para el efecto de hacer pasar los trenes. En tales condiciones, dispuso Márquez arrojar al fondo de la barranca, que es muy profunda, toda su artillería, con excepción de dos piezas de montaña, de á siete, que hizo pasar en hombros, en momentos en que ya lo batíamos á corta distancia. Le pareció posible detenernos en aquel paso tan estrecho, y con ese objeto se colocó en actitud de defensa, del otro lado del barranco; pero una vez que empezamos á batirlo seriamente, huyó, dejándonos unos 2,000 infantes prisioneros.

«Seguimos la persecución todo ese día, hasta Texcoco, con muchos episodios muy poco sangrientos para nosotros, pero fatales casi todos para el enemigo. En la Hacienda Blanca hizo éste un supremo esfuerzo de resistencia, que nos causó algunas pérdidas, entre ellas la del Coronel D. Mucio Maldonado, que fué muerto al tomar al enemigo las últimas dos piezas de montaña que le quedaban.

«La fatiga del día y de la noche del 10, había sido tan fuerte para la tropa, cuyo número no le permitía encontrar alimento en el trayecto recorrido, que es muy poco poblado, que no me pareció prudente continuar el alcance, y mandé que les siguiera solamente el General Leyva con su caballería, que era de la localidad. Continuó, pues, tal fuerza en toda esa noche y parte del día siguiente, hasta cerca de los suburbios de la capital, y fué ayudada por los indios cazadores de patos que hay por el rumbo del Peñón, en los pueblos situados en las márgenes de los lagos de Texcoco y Chalco, á quienes ocurrió destrozar los puentes, obligando así á la caballería enemiga á atravesar pantanos inaccesibles, de donde muy pocos podían salir á caballo, una vez metidos allí, y esto bajo los fuegos de los indios y de la caballería perseguidora.

«Una vez en Texcoco, ordené á todas las fuerzas que aún quedaban en marcha, que acamparan por brigadas en los puntos en que respectivamente se les acabara la luz del día, y que emprendieran su marcha al día siguiente, hasta incorporárseme en dicho lugar, donde permanecí con ese objeto, y ordené que la Brigada que mandaba el Coronel D. Francisco Carreón, y que había dejando durate la per-

secución en el puente de San Cristóbal, para custodiar los prisioneros del enemigo y el material de guerra que había arrojado á la barranca, permaneciera allí hasta que todo ese material fuera sacado y conducido á Texcoco, para cuyo efecto mandé una sección de Ingenieros.» (Memorias).

En una obra intitulada: «Felix de Salm Salm.—Mis Memorias sobre Querétaro y Maximiliano,» se refiere la derrota del General Lalanne, atribuyendo el triunfo á sólo la caballería de Kodolich, y entre inexactitudes y fanfarronadas, que tienen por objeto dar á la fuga de los regimientos húngaros el carácter de una correcta retirada, se asegura que la caballería de Wickenburg llegó á la capital *pasando á nado la mayor parte del lago de Texcoco!*

«En marcha hacia San Lorenzo, el día 8 encontramos, á cosa de mediodía, á los liberales bajo las órdenes del General Lalanne, el que había reunido algunas partidas, y trató, con su ataque de frente, de detener nuestras Columnas hasta que Porfirio Díaz pudiera alcanzarnos y atacar nuestra retaguardia. Lalane tenía cerca de 1,000 hombres entre caballería é infantería; pero el Coronel Kodolich, á la cabeza de los gendarmes y cazadores á caballo, los derrotó é hizo 300 prisioneros, después de lo cual siguió la Columna su marcha y llegó á San Lorenzo, á cosa de las dos. Podía haberse continuado la marcha, pero el General Márquez prefirió tomar una buena posición.....

«Al fin, hacia el anochecer, se resolvió Márquez á continuar su marcha para México. A cosa de legua y media de San Lorenzo, en el camino que pasa por San Cristóbal, hay una barranca muy profunda. Como era de temerse que el enemigo podía destruir el puente que por ella atraviesa, el General envió á los húsares y gendarmes bajo el mando del Coronel Wickenburg, para asegurar las aproximaciones al puente, si aún existía éste.

«La noche estaba obscura. Llegando á la barranca, el Coronel Wickenburg se precipitó dentro, y con él la primera compañía de húsares al mando del Capitán Kulmer. El puente estaba tirado, y el camino ocupado por el enemigo. Por lo tanto, no podía llenarse el objeto de la expedición, y el resto de la caballería, á las órdenes del Coronel Khevenhüller, terció á la derecha, é impelido por la necesidad, abandonó al Coronel Wickenburg y á su puñado de hombres que estaban rodeados por más de mil y quinientos liberales.

«Esta pequeña cuadrilla no perdió el valor; logró subir el declive opuesto de la barranca, y cubierta con la obscuridad de la noche,

se abrió paso por entre el enemigo, y al fin llegó á México, *después de haber pasado la mayor parte del lago de Texcoco á nado.*»

Como se ve, ni la retirada fué correcta, ya que tras de los jefes caían en las barrancas, compañías enteras, que eran abandonadas por sus compañeros; ni aquellos hombres conservaron su valor, pues que en la obscuridad de la noche creyeron ver *mil y quinientos* liberales, donde no había más que 300 caballos y unos cuantos indios cazadores de patos.

XXII.

SITIO DE MÉXICO.

EL día 12 de Abril de 1867, el General Franco, al frente de dos escuadrones de la División de Guadarrama, ocupaba la Villa de Guadalupe, y el mismo día ocupó el Peñón el General Leyva.

Al día siguiente se encontraban al frente de la capital toda la artillería y la infantería republicanas, y las Divisiones de Guadarrama y del General D. Manuel Toro.

El General Porfirio Díaz empezó desde luego su admirable trabajo de asedio, que debía realizarse con insuficiente cantidad de tropas y sobre una ciudad cuya línea de circunvalación no medía menos de 16 kilómetros al dar principio á las operaciones.

«Desde mi aproximación á México, comencé á establecer una línea de aproche sobre la ciudad, tomando por base los terraplenes que forman las riberas del Río del Consulado. Así ocupé todo su frente occidental, desde el rancho de Santo Tomás hasta cerca de Chapultepec. Establecí primero mi Cuartel General en la Villa de Guadalupe, y en Mayo lo pasé á Tacubaya, en donde permaneció hasta la ocupación de la plaza.

«El General Guadarrama, que tan buenos servicios me había prestado con su caballería en el ataque de San Lorenzo y persecución de Márquez hasta Texcoco, recibió orden del Cuartel General del Ejército del Norte, para concentrarse en Querétaro; y esta circunstancia me puso en condiciones de suspender por algunos días las operaciones de circunvalación, obligándome á colocar estratégicamente fuer-

zas separadas unas de otras, pero que pudieran combinarse para mantener á raya á los sitiados.

«Á poco de retirado el General Guadarrama, y cuando aún me hallaba apremiado por la carencia de fuerza para establecer bien la línea de circunvalación, en los últimos días de Abril de 1867, recibí una carta del Sr. General Escobedo, manifestándome que necesitaba de mi auxilio, además del que ya le había mandado con el General D. Juan N. Méndez, y aun me indicaba que con mucho gusto se pondría á mis órdenes, si lo aprobaba el Supremo Gobierno, á quien ya se dirigía sobre el particular.*

«Contesté al General Escobedo, que me movería después de algunos días que pensaba aprovechar para asegurar al enemigo, y para hacer venir de Puebla una suficiente provisión de municiones, que pudiera servirnos á los dos, pues en verdad importaba para mí un sacrificio dejar tropas poco consistentes sobre México para ir á auxiliarle. De todos modos se paseó por mi mente la idea de un inmediato asalto, lo cual contrariaba mis planes respecto de la capital, por lo que ella pudiera sufrir, y respecto de mis tropas, por el sacrificio que, sin ser el caso muy urgente, les impusiera.

«Resolví, pues, en mi ánimo, dejar al frente de México unos cinco ó seis mil hombres que evitaran se moviera su guarnición, á no ser que haciéndolo toda ella abandonara la plaza, y cuya guarnición no debería bajar de un efectivo de 8,000 soldados, que más bien podía haberse aumentado por las levas que á última hora extremó Márquez en la ciudad. Mas cuando me disponía á obrar como indicaba en mi contestación al General Escobedo, recibí nueva carta de él, de que fué conductor el Teniente Coronel D. Agustín Lozano, en la que me hablaba en términos consoladores, y sus razones eran suficientes para indicarme que, mejorada su situación, no le eran ya indispensables mis servicios.

«A virtud de ello, seguí reforzando el sitio de México, limitándome, por lo que toca al Sr. General Escobedo, á atender inmediatamente una solicitud suya, respecto de un convoy de municiones que le

---

* Á fines de Abril de 1867, el General Escobedo decía en una de sus cartas al General Díaz, lo siguiente:

«Si no viene Ud., levanto el campo y concentro mis fuerzas sobre otro punto, porque ya no me es posible mantener la extensa línea de sitio. Venga Ud., y con su presencia todo cambiará. En cuanto al mando, inútil es decirlo, yo me consideraré muy honrado si Ud. me juzga digno de militar á sus órdenes.»

envié, formado de treinta carros, y el cual fué encargado de conducir el mismo Teniente Coronel Lozano.

«En los días que habían transcurrido, sucesivamente fueron llegando nuevas tropas que había mandado organizar en algunos Estados de mi cargo, á la vez que lo hacía la artillería procedente de Puebla, y así continué mis trabajos de sitio hasta llegar á completarlo. Al efecto, armé canoas con piezas de montaña para cerrar la línea en el área que ocupaban las lagunas, y establecí un puente flotante desde San Cristóbal hasta el Peñón de los Baños, con el fin de comunicarme con los puestos que hostilizaban la plaza por su parte oriental.

«Para sostener el consumo de municiones que se hacía en el sitio de México, mandé establecer grandes talleres en Puebla y en la fundición de Panzacola, y ordené prolongar el servicio de transportes, que el ferrocarril sólo hacía hasta Apizaco, adonde llegaba, aprovechando para ésto un gran número de carros de mis trenes, que conducían de Puebla á Apizaco municiones y cañones.

«La mayor parte de la artillería que me sirvió en el sitio de México, había sido tomada en Puebla y en el alcance á Márquez, pues antes sólo tenía á mi disposición 26 cañones.

«Como Puebla, antes de la invasión, había servido de estación á los convoyes que surtían al ejército de artillería y municiones, y poco mas ó menos, durante el período del Imperio, había seguido prestando el mismo servicio, excepción hecha de los cañones útiles que el enemigo tenía cuando yo la ocupé, que serían, sumando los de los fuertes, ochenta y tantos, guardábanse más de ciento cincuenta desmontados en almacenes, que, durante el sitio de México, iban montándose y remitiéndoseme. La mayor parte de esos cañones eran de fierro y muy pesados; pero á falta de mejor artillería, y para posiciones fijas, me prestaron muy buenos servicios. Por lo demás, conté siempre con la suficiente artillería de batalla y montaña, para poder hacer con ella maniobras al ser necesario.

«Antes de cerrar el sitio, hizo el enemigo, con fuerza considerable, una salida ofensiva entre la Escuela de Agricultura y una pequeña hacienda contigua, la de la Ascensión, atacando una paralela que defendía el Coronel Téllez Girón, quien abandonó su puesto. Me trasladé al lugar en peligro y ordené al General Cravioto, que era el que estaba más cerca, que me siguiera con un batallón de su línea, á la vez que ordenaba que al paso veloz ocurriera la Brigada Carreón. Con la fuerza de Cravioto y mi escolta, fué bastante para detener al enemigo y hacerle retroceder á sus trincheras, ayudado en esta ope-

ración por la artillería, que con amplio campo de tiro, desde una gran extensión de nuestras paralelas, podía dirigirle fuegos convergentes.

«Cuando el General Escobedo tomó á Querétaro, el 15 de Mayo de 1867, me lo comunicó por el telégrafo que teníamos en corriente, y yo hice llevar la noticia á la plaza de México; pero Márquez se empeñó en desmentirla, asegurando que Maximiliano había triunfado y que estaba en marcha con sus fuerzas victoriosas para proteger la capital. Ni la circunstancia de que se me pedía permiso, que concedí, para que salieran de la plaza sitiada los defensores nombrados por el Archiduque, fué suficiente para evidenciar la verdad de los sucesos, que astutamente desfiguraba, según su natural interés, el Jefe de la plaza.

«Acompañó á esos defensores, que lo fueron D. Mariano Riva Palacio y D. Rafael Martínez de la Torre, á Querétaro, en donde tenía lugar el juicio del Archiduque, el señor Barón de Lago, encargado de negocios de Austria, y en esta vez tuvo conmigo una conversación, en la que me hizo presente lo que desde antes me había mandado manifestar el Príncipe de Khevenhüller, esto es, que los soldados austriacos que estaban en la plaza de México, creían que, una vez capturado Maximiliano, había cesado su misión; y que, para no agravar la suerte de su soberano, tenían el propósito de no tomar parte ninguna en las operaciones militares que tuvieran lugar en México. Me limité á oir la manifestación del Barón de Lago, sin darle respuesta alguna, ni menos hacerle promesa de ninguna especie.

«Para mejor explicar la situación de las fuerzas extranjeras, haré una ligera retrogradación en el orden cronológico de estos apuntes.

«Aun antes de la ocupación de Querétaro y captura de Maximiliano, se me habían acercado algunos agentes suyos, con varias proposiciones más ó menos autorizadas. Desde el 18 de Abril de 1867, y cuando todavía no estaba perfecta la línea de circunvalación, salió de la ciudad el padre Fischer, secretario particular de Maximiliano, según él decía, á quien recibí en la hacienda de los Morales, y me propuso la abdicación del Emperador, á condición de que se le permitiera salir del país sin exigirle responsabilidad por todos los hechos ocurridos durante el período que él llamaba de su Gobierno. A lo cual contesté, haciendo regresar inmediatamente al Padre á la plaza, diciéndole que no tenía facultades para entrar en esos arreglos. De tal hecho di conocimiento al Supremo Gobierno.

«Algunos días después salió la Princesa de Salm Salm, una señora de los Estados Unidos, casada con un oficial austriaco que estaba

en Querétaro al servicio de Maximiliano, con pretensiones análogas á las del padre Fischer, aunque se manifestaba menos exigente, y agregaba que las fuerzas extranjeras que estaban directamente á las órdenes de Maximiliano, se pondrían desde luego fuera de la acción militar. Mi respuesta á la primera proposición de la princesa, fué poco más ó menos la misma que al padre Fischer; y sin averiguar si tenía ó no autorización para hacer la segunda proposición, puesto que de todos modos no me parecía aceptable, ni la tomé á lo serio, ordené á la Princesa que volviera á México y protegí su entrada hasta donde era posible.

«Después, cuando hubo más datos en la plaza respecto de la pérdida de Querétaro y prisión de Maximiliano, volvió á salir la Princesa de Salm Salm, con objeto de ir á Querétaro á ofrecer sus servicios á su marido y al Archiduque, lo que le permití, facilitándole su viaje, así como lo hice respecto de los Ministros extranjeros y defensores del Archiduque que salieron con el mismo objeto.

«El Príncipe Khevenhüller, jefe de las fuerzas húngaras y austriacas que estaban entre las que defendían á México, me ofreció que no tomaría parte ya en ningún combate, pues que aunque Márquez y los suyos negaban el hecho de la captura de su soberano, él no lo dudaba, y en la creencia de que toda resistencia armada podría perjudicar á Maximiliano, más bien que servirle, y no teniendo él otro objeto en el país que su servicio, me avisaba que seguiría esa conducta si en cambio le ofrecía yo que le permitiría marchar al puerto de Veracruz con todos los jefes, oficiales y tropa que estaban á sus órdenes, con objeto de embarcarse con ellos para Austria. Contesté á Khevenhüller que le concedería lo que solicitaba si rompía la línea de los sitiados, se me presentaba en Tacubaya y me entregaba sus armas, municiones y caballos que no fueran de propiedad particular; y que en cambio, yo le facilitaría los recursos pecuniarios y vehículos que necesitara para llegar con sus subordinados hasta Veracruz y embarcarse allí.

«Khevenhüller me expuso que le era imposible ejecutar lo que yo proponía, pero que se encerraría con toda su fuerza en el Palacio Nacional, y en los momentos en que empezara algún combate, izaría su bandera blanca y se abstendría de tomar parte en él; y que esperaba, que por esta conducta le concedería yo las consideraciones que á mi juicio fueran de equidad, pues su principal objeto era no hacer difícil la situación de su soberano.

«El enemigo hizo algunas inútiles intentonas sobre la línea de cir-

cunvalación, y la principal fué la que encabezó Márquez por La Piedad, en los últimos días del sitio, probablemente con el objeto de abandonar la plaza y salvar la fuerza que le quedaba, que á virtud de sus levas pudo aumentar considerablemente, aun en medio de sus difíciles circunstancias, teniendo, como tenía, armas y municiones en abundante acopio.

«Estando yo una mañana en la oficina del Cuartel General en Tacubaya, en los primeros días de Junio, por el 9, se hizo oir un fuego de cañón, casi general, en la línea del enemigo, y de fusilería muy nutrido en los puntos fortificados que él tenía en La Piedad é inmediatos, lo mismo que en el Puente de Los Cuartos. Salí inmediatamente con mi Estado Mayor y escolta hacia el citado puente, y encontré, cerca de La Condesa, al Coronel D. Venancio Leyva, que, sobre la marcha, me dió parte de haber sido forzado ese puente de Los Cuartos y destrozado allí su batallón. Esto pasaba cerca del campamento que tenía el General Terán, con los batallones 1º, 2º y 3º de «Cazadores de Oaxaca,» que estaban á sus órdenes.

«Tomé inmediatamente el 1º y lo hice marchar á paso veloz hacia el repetido puente, que estaba ya casi en poder del enemigo, pero en el cual hacían todavía una suprema defensa, con una parte del batallón que Leyva suponía destrozado, el Teniente Coronel Jaramillo, del mismo batallón, por un lado, y por otro, el Mayor del propio Cuerpo, D. Manuel María de Zamacona, defensa que vigorizaron al ver que me aproximaba maniobrando ya sobre el enemigo.

«Al correr al lugar del combate, había dejado órdenes al General Terán para que siguiera mi marcha en columna, con los batallones 2º y 3º de Oaxaca, y á buen paso, para que no llegaran fatigados ellos al encuentro. Había mandado órdenes también al General D. Francisco Naranjo, que estaba acampado con su División de caballería en la Hacienda de los Morales, y al General Félix Díaz, que estaba con la suya en Coyoacán, para que concurieran con sus respectivas fuerzas adonde me dirigía. Pocos momentos después que arribé al puente, mandé hacer alto al General Terán, antes que se descubrieran sus dos batallones á la vista de la artillería enemiga, y al Coronel Loera, que por ausencia del General Naranjo conducía la División de caballería, hacia el mismo puente de Los Cuartos, le envié orden semejante para que suspendiera su avance entre La Condesa y Chapultepec. Cosa igual dispuse respecto del General D. Félix Díaz, que formó con su División en los llanos de Nalvarte.....

«Juzgué inútil que todas aquellas fuerzas recibieran el fuego de

la artillería contraria, cuando advertí que con el batallón que llevaba conmigo bastaba para hacer retroceder á los sitiados, y efectivamente, tras de una carga volvió el enemigo á sus posiciones.

«La artillería con que nuestra línea estaba dotada en el trayecto amagado, funcionó activamente sobre las Columnas de Márquez, que regresaban á la plaza con grandes dificultades, porque como para salir sólo habían tenido un puente sobre la zanja cuadrada, su retirada por ese puente les hizo perder mucho tiempo, y, por consiguiente, muchos hombres y caballos.

«El terreno que hay entre el puente de Los Cuartos y La Piedad quedó cubierto con numerosos muertos y heridos. Pretendí recoger á los segundos, pero al salir mis ambulancias con sus respectivas banderas á ejecutar mis órdenes, de las trincheras de la plaza dispararon sobre ellas y me hirieron y mataron algunos ambulantes, por cuyo motivo ya no insistí en aquella operación, puesto que se trataba de heridos del enemigo, que ni recogía ni me dejaba recoger.

«Los heridos permanecieron en el más completo abandono por varios días, hasta que murieron por haber quedado á la intemperie, y por falta de asistencia médica y auxilios oportunos.

«Cuando toda la guarnición de México se convenció, hasta la más completa evidencia, de que Querétaro había caído en poder de las fuerzas nacionales, y que Maximiliano y todo su ejército estaban prisioneros, la desmoralización cundió rápidamente en ella.

«La situación de los sitiados, por otra parte, se hacía cada día más difícil por la falta de víveres para sostener, no solamente á sus tropas, sino á la gran población de la capital.

«Mientras que las fuerzas de la plaza disminuían diariamente, las mías aumentaban de un modo considerable, pues todos los días recibía refuerzos importantes.

«En los últimos días del sitio llegué á contar con 28,000 hombres.

«Las fuerzas sitiadoras estaban colocadas en esos últimos días en esta forma: El General Corona, con la División de Occidente, en la Villa de Guadalupe; el General Riva Palacio, con la División del Sur, en Mexicaltzingo; el General Hinojosa, con la División del Norte, en el Peñón Viejo; el General Naranjo, con la caballería, en la hacienda de los Morales, y el General D. Félix Díaz, con la fuerza de caballería que había traído de Oaxaca, en la hacienda de Portales. El General Terán, con la primera Brigada organizada en Oaxaca por el General D. Manuel González, el batallón de «Fieles de Oaxaca,» el escuadrón Juárez y la escolta del Cuartel Gral., formaban la reserva en Tacubaya.

«La desmoralización en la plaza y la falta de municiones de boca se habían hecho tan sensibles, que llegaban á manifestárseme por medio de proposiciones de algunos jefes de ella, para defeccionar y facilitarme su ocupación, proposiciones que no quise aceptar, porque tenía la seguridad de ocuparla, sin compromisos ni transacciones, muy pocos días después.

«En mi marcha de Texcoco para la Villa de Guadalupe, se acercó á mí, procedente de México, la Sra. Doña Luciana Arrazola de Baz, esposa de D. Juan José Baz, que me acompañaba, y me manifestó que el General D. Nicolás Portilla, que á la sazón figuraba como Ministro de Guerra en México, la había comisionado para que me ofreciera la entrega de la Capital, mediante algunas concesiones á él, á los principales Jefes del Ejército Imperialista y á funcionarios de la Administración, aunque la primera impresión de aquel señor, agregó, era buscar una fusión entre los dos ejércitos, bajo la base de que, unidos, reconociéndose recíprocamente los empleos que tenían los jefes de cada uno, procedieran de acuerdo para establecer un nuevo orden de cosas, que no fuera ni el llamado Imperio de Maximiliano, ni el Gobierno Constitucional del Señor Juárez.

«Por supuesto que deseché aquellas extravagantes proposiciones, y ni siquiera las quise estudiar en su forma menos desfavorable, que era la rendición condicional de la plaza, y contesté que sólo admitiría la rendición á discreción.

«El General O'Horan me mandó decir con un hermano del Lic. D. José M. Aguirre de la Barrera, que después ocupó en mi línea el puesto de Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, que tenía empeño en hablar conmigo, y *que me convenía el asunto*.....

«Su enviado me trajo una pequeña linterna con una lente roja, y me dijo que mostrar la luz roja sería la señal para que saliera O'Horan á hablar conmigo. Fuí en la noche hasta muy cerca de la garita de Peralvillo, más acá del rancho de la Vaquita, y me coloqué en una zanja fangosa con cuatro muchachos de los tambores y cornetas, porque para estos casos son buenos los muchachos, pues no tienen miedo, y una vez en la zanja, saqué la linterna, pero al ver el enemigo la luz colorada, nos lanzó todos sus fuegos de artillería y fusilería, que no nos causaron ningún perjuicio, por estar metidos en la zanja, sin que O'Horan saliera á hablarme. Cuando calmó el fuego, despedí á los muchachos de uno en uno y volví á mi posición, no por la calzada que estaba enfilada por los fuegos del enemigo, sino atravesando los potreros.

«Al día siguiente me volvió á mandar O'Horan al Señor Aguirre de la Barrera, diciéndome que lo dispensara por lo que había pasado la noche anterior; que Márquez estaba en la trinchera en los momentos en que yo me acerqué é hice la señal convenida, y que cuando vieron la luz roja se alarmaron, pues comprendieron que no podía venir sino el enemigo. Me citó de nuevo, pero entonces yo no fuí sino hasta la Vaquita.

«Salió O'Horan en esa vez, me halló y me ofreció entregarme la plaza, lo mismo que á Márquez y á los demás jefes principales, sin más condiciones que extenderle un pasaporte para el extranjero.

«Le contesté que no podía hacer nada de eso, porque consideraba la plaza como mía, y que en cuanto á los demás jefes, yo cumpliría con mi deber. Me replicó O'Horan que, en efecto, la plaza sería mía; pero que los POLLOS GORDOS (fué su frase) podían escaparse, mientras que aceptando lo que me proponía, todos caerían.....

«Convencido de que yo no aceptaría sus proposiciones, me dijo:

—¿Tiene Ud. mucho empeño en fusilarme?

—No, Señor, le contesté; si Ud. cae en mis manos, lo único que haré será cumplir con mi deber.

—¿Si Ud. sabe dónde estoy escondido, me mandará aprehender?

—Si alguno viene á denunciarme dónde está Ud., tendré que mandarlo aprehender: no puedo ofrecer más ni menos.....

—Está bueno, me contestó; agregando al retirarse:

—Ojalá que pueda Ud. deberme algo.....

«Como dos ó tres días antes de la rendición de la plaza, pidió permiso para hablar conmigo el General Tabera, en representación de Márquez, con objeto de proponerme la rendición de la plaza, mediante condiciones. Contesté á Tabera que podía venir á hablarme; pero que no admitiría la rendición de la plaza condicionalmente, y como había muchas versiones vulgares, le participé también que no hablaría conmigo solo, sino en presencia de algunos Generales del Ejército.

«Vino, sin embargo, Tabera, le recibí en la Casa Colorada, en presencia del General Alatorre; le invité á almorzar con nosotros, y le repetí lo que antes le había mandado decir, esto es, que no podía obtener condición alguna para la entrega de la plaza.

«Al día siguiente de mi conversación con el General Tabera, desapareció Márquez de la plaza de México, y Tabera me mandó un recado con el Cónsul General de los Estados Unidos de América, Mr. Marcos Otterbourg, repitiendo su petición de garantías y ofrecién-

dome la plaza. Recibí personalmente, en la puerta de Chapultepec, á Mr. Otterbourg, y no sólo no quise informarme en detalle de las proposiciones que traía el encargo de hacerme, sino que no le permití bajar de su carruaje, y le advertí, que me ocupaba en esos momentos de dirigir el ataque sobre la ciudad, y que le daba sólo cinco minutos para regresar á ella; en la inteligencia de que, si pasado ese tiempo aún estaba su coche sobre la calzada, comenzaría mis fuegos sobre él. Esperé, sin embargo, que el coche de Mr. Otterbourg se perdiera de vista, más allá de la estatua de Carlos IV, para hacer la señal que ordenaba un fuego general de artillería sobre la plaza, y movimiento de todas las Columnas hacia las garitas que respectivamente tenían á su frente.

«Como una vez iniciado el fuego de cañón, los de la plaza ya no podían ver á las Columnas en movimiento, y éstas sí podían recibir mis órdenes, porque mi telégrafo de banderas estaba fuera del círculo invadido por el humo y el polvo, ordené á las Columnas, algunas maniobras de que no se apercibió el enemigo. Nuestros fuegos de cañón fueron contestados por la plaza; y como la artillería enemiga, lo mismo que la nuestra, disparaban proyectiles huecos, cuando el enemigo suspendió sus fuegos de cañón, creímos por algunos momentos que todavía contestaba á los nuestros.....

«El vigilante del Caballero Alto, avisó que en una de las torres de Catedral aparecía una bandera blanca. Mandé suspender el fuego, y entonces se vió que en todas las trincheras de la plaza se había puesto bandera semejante. Á la vez que cesó el cañoneo, salió un coche, también con bandera blanca, por la calzada de la Reforma, y llamada entonces del Emperador, en el cual llegaron á Chapultepec los Generales Peña, Díaz de la Vega, Palafox y otro cuyo nombre no recuerdo, que venían á poner la plaza á mi disposición, comisionados á este efecto por Tabera, puesto que desde el día anterior no se tenían noticias de Márquez.

«Cuando llegaron á Chapultepec los comisionados de la plaza sitiada, nombré al General Alatorre para que se entendiera con ellos, y le di instrucciones para que no aceptara más que una rendición absoluta. Los respectivos comisionados firmaron una capitulación incondicional, que fué ratificada el mismo día por mí y por el General de los vencidos.

«Una vez firmada la capitulación, previne al General Tabera, por conducto de los Generales que le representaban, que permaneciera con el mando hasta el día siguiente, en que pasaría yo, después del

toque de diana, á tomar posesión de la ciudad, y que todo continuara hasta esos momentos bajo su cuidado.

«Inserto en seguida el texto de la capitulación:

«El General de Brigada del Ejército Republicano, ciudadano D. Ignacio R. Alatorre, nombrado por el ciudadano General en Jefe del Ejército de operaciones, Porfirio Díaz, para ajustar la ocupación de la plaza de México, y los Sres. Generales del Ejército Imperial, D. Miguel Peña, D. Carlos Palafox y D. Manuel Díaz de la Vega, nombrados por el Sr. General D. Ramón Tabera, después de mostrarse sus respectivos poderes, y encontrándolos en forma, han convenido en los artículos siguientes:

«1º Cesan desde luego las hostilidades, hasta la ratificación del presente convenio.

«2º Las vidas, propiedades y libertad de los habitantes pacíficos de la plaza, quedan bajo la garantía y protección del ciudadano General Díaz.

«3º El Sr. General Tabera nombrará una comisión compuesta de tres personas, que pondrán la plaza á disposición del General Díaz, en la forma siguiente: un empleado de Hacienda para este ramo; un General para las fuerzas imperialistas, y un jefe de artillería para el material de guerra. El General podrá ser el jefe del Estado Mayor. Igual número de personas serán nombradas por parte del ciudadano General Díaz para hacer la recepción.

«4º Las fuerzas imperiales nacionales, al ser relevadas de las líneas que ocupan, se reconcentrarán en la Ciudadela, donde quedarán reunidas para su entrega. La contra-guerrilla Schenet, se acuartelará en San Pedro y San Pablo, y las otras fuerzas extranjeras en Palacio.

«Los señores Generales, jefes y oficiales, conservarán sus espadas y se presentarán en los locales que se designen, á la hora que acordarán los señores Generales en jefe. En dichos locales permanecerán hasta que el ciudadano General Díaz reciba instrucciones.

«Los artículos anteriores se ejecutarán á la hora que se fije, después de ratificado el presente convenio, del que se sacarán dos ejemplares.

«Chapultepec, Junio 20 de 1867.—I. R. Alatorre.—Miguel Peña.—Carlos Palafox.—M. D. de la Vega.—Ratifico el presente convenio: Porfirio Díaz.—Ratifico el presente convenio: Ramón Tabera.»

XXIII.

TRIUNFO DE LA REPÚBLICA.

ENTRADA DEL GRAL. DÍAZ Á MÉXICO.

ELOSO del buen nombre del Ejército Republicano, y deseando que al ocupar la plaza fuesen respetadas las personas y los intereses de sus habitantes, el General Díaz dictó enérgicas medidas para evitar los atropellos y desmanes que suelen ocurrir en las ciudades, á la entrada de fuerzas victoriosas.

«Reservé la ocupación de la plaza de México para el día siguiente de firmada la capitulación, con objeto de tomar algunas precauciones que evitaran el pillaje y el derroche de los elementos de guerra que aún quedaban al enemigo. Mandé, en consecuencia, que todos los defensores de la plaza permanecieran en sus puestos, hasta que personas autorizadas por mí pasaran á recibirlos; nombré un servicio de policía, compuesto de los tres batallones de «Cazadores de Oaxaca,» que merecían especial confianza, los cuales debían cubrir toda la plaza con pequeños destacamentos y puestos de vigilancia, que les marqué sobre el mismo plano de la ciudad, á efecto de que no pudiera haber una sola casa fuera de su vista; y dispuse que el batallón «Libres de Oaxaca,» lo mismo que los «Lanceros de Oaxaca» y el «Escuadrón Juárez,» se distribuyeran en patrullas que recorrieran todas las calles. Después de establecido semejante servicio, todas las tropas fueron verificando su entrada.

«Así se realizó, sin desorden ninguno ni derramamiento de sangre, la ocupación de México el día 21 de Junio de 1867, quedando en calidad de prisioneros todos los jefes y oficiales que la defendían.

«Entre las providencias que dicté para ocupar la ciudad, ordené que la línea de contravalación quedara establecida hasta nueva orden, con la prescripción de no dejar entrar ni salir á persona alguna que no llevara autorización escrita del Cuartel General.

«Los defensores de los distintos puntos fortificados no esperaron la llegada de mis fuerzas, según les había ordenado, y hubimos de recoger las armas, los materiales de artillería y las municiones; y sólo tenía yo prisionero, en las primeras horas de mi ocupación de la capital, al General Tabera, con pocos oficiales y tropas.

«Publiqué entonces una circular en que previne, bajo penas graves, á los Generales y jefes del ejército enemigo que se constituyeran prisioneros, presentándose á distintas prisiones que fijé á cada clase. Igual requerimiento hice á los que hubieran servido como Ministros, consejeros y jefes de oficina en la Administración superior del Imperio. Concedí para que se presentaran, el plazo de veinticuatro horas, que se pasó sin que se hubieran presentado sino muy pocos. Pasado este plazo, destaqué comisiones en persecución de los que se encontraran en el caso de la circular á que acabo de aludir, y fué aprehendido el General D. Santiago Vidaurri, que hasta los últimos momentos fué Ministro de Hacienda y jefe del Gabinete de Maximiliano, nombrado, además, uno de sus regentes para el caso de su muerte, y que sirviendo á la República, la había traicionado en los momentos más angustiosos de la guerra de intervención, mandando en Monterrey que atentaran sus fuerzas contra el Presidente Juárez, que se hallaba con sólo una escolta en aquella ciudad; y lo mandé pasar por las armas inmediatamente, sin más diligencia que la identificación de su persona, tanto porque había incurrido en las penas establecidas por las leyes vigentes y por mis circulares que acababa de expedir, cuanto por la parte principal que había tomado en la prolongación de la guerra, sosteniendo la causa imperialista, y para que su ejecución sirviera de ejemplo á los que no habían cumplido mis órdenes.

«Prorrogué entonces, por doce horas más, el plazo para que se presentaran los prisioneros, advirtiendo que durante esas doce horas la policía suspendería toda pesquisa.

«Esta medida, tras el escarmiento, fué eficaz, porque se presentaron en seguida todos los llamados, que sólo eran los jefes en el ejército y los de oficina en la administración. Únicamente Márquez y

O'Horan se ocultaron, mas el segundo fué capturado cuando el Presidente Juárez estaba ya en la ciudad de México.

«Después de tomada la capital, y por las exigencias amistosas del Barón de Schizmandia, que me había tratado con tantas consideraciones en mi prisión de Puebla en 1865, concedí á Khevenhüller que conservara sus armas y mando durante tres días, sin que ni él ni sus subordinados pudieran salir del recinto del Palacio Nacional y de sus oficinas anexas, donde estaban acuartelados.

«Algunos días después exigí la entrega de su armamento y caballos, y le facilité recursos y vehículos para llegar á Veracruz; esto es, lo agracié con lo mismo que le había ofrecido para el caso de que, en la época del sitio, se hubiese salido á presentárseme en Tacubaya.

«El Capitán Schenet, que mandaba una guerrilla francesa de cerca de 200 hombres, de soldados cumplidos, me había hecho proposiciones análogas á las de Khevenhüller, y le previne que permaneciera en su cuartel, que estaba en el convento de San Pedro y San Pablo, con sus armas, hasta nueva orden. Recogí después las armas, y despaché á Schenet á Veracruz con sus soldados, en las mismas condiciones que á Khevenhüller, quien le ofreció pasaje en la *Novara* para él y los suyos.» (Memorias).

Entretanto, la plaza de Querétaro, agotados sus recursos, careciendo de víveres y defendida por una insuficiente guarnición acobardada, estaba á punto de sucumbir ante el asedio de treinta mil republicanos.

El Archiduque, al comprender que ya era inútil sacrificar aquellos defensores, y creyendo tal vez que el alto rango de su estirpe de reyes, que su casa, la de Austria y su nombre, el de Hapsburgo, serían títulos bastantes para salvar su vida y la vida de los suyos, ordenó al Coronel D. Miguel López, jefe del importante puesto de la Cruz, entregar al enemigo la ciudad sitiada. El día 15 de Mayo, queda la plaza en poder de Escobedo, y Maximiliano es hecho prisionero.

La República, herida en lo más hondo de su Constitución fundamental, y sintiendo amagadas su independencia y su soberanía futuras, por la posible repetición del atentado, castiga en la cabeza consagrada del desgraciado usurpador, no al hombre ni al monarca, sino á *la monarquía y á los monarcas.*

Por haber atentado contra la independencia nacional, el orden público, la paz, las garantías individuales y el derecho de gentes, el Archiduque es sentenciado á muerte y fusilado el día 19 de Junio de 1867, en el cerro de Las Campanas.

¿La pena del talión, MUERTE POR MUERTE, estaba en esta vez justificada?

Si la Patria, en su angustia y su duelo, en días de ira, húmedo aún el maternal regazo con la caliente sangre de sus hijos, debió ser compasiva, en vez de justiciera.... si debió perdonar la ley de 3 de Octubre, cuando aún llevaba luto por sus héroes, sordina en sus clarines y fúnebre crespón en sus banderas....si era preciso que el escarmiento aquel fuese de muerte....si cometió un inútil regicidio....sólo podrá decirlo con justicia, *en el tiempo*, la Historia.....

El mismo día en que tomó posesión de la capital de la República, Porfirio Díaz envió á Juárez su renuncia del cargo de General en Jefe del Ejército de Oriente.

«Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Felizmente terminada la gloriosa guerra que la Nación ha sostenido contra la Intervención extranjera, en el dilatado período de cerca de 6 años, con la rendición de la Capital de la República al Ejército que tengo la honra de mandar, según comunico á Ud. en oficio separado de esta fecha, he llenado mi primer deber, poniéndola á disposición del Gobierno Supremo Constitucional de la Nación.

«Paso á cumplir con el segundo, y manifiesto, que no considerando ya necesarias las facultades omnímodas que me ha conferido, ni útil mi permanencia en el cargo de General en Jefe del Ejército y línea de Oriente, que sin merecimiento mío me encomendó, hago formal dimisión de dicho cargo, dando al C. Presidente y á su digno Ministerio, las más rendidas gracias por la confianza con que me han honrado, y suplicándoles se sirvan designarme la persona que deberá substituirme en el mando de este Ejército.

«Protesto á Ud. mi distinguido aprecio y alta consideración.—Independencia y Libertad.—Tacubaya, Junio 21 de 1867.—PORFIRIO DÍAZ.—C. Ministro de la Guerra.»

No habiendo el Gobierno dado curso á esta renuncia, el General Díaz insistió en que se le diera.

«Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Tan luego como el Ejército de la República ocupó esta plaza el 21 del pasado, tuve el honor de dirigir á Ud. una comunicación, exponiéndole la conveniencia de que cesaran las autorizaciones con que el C. Presidente se ha servido investirme, y aun de que se me exonerase del mando del Ejército, una vez que estaban logrados los fines con que el Supremo Gobierno tuvo á bien darme esas pruebas de confianza.

«Las atenciones del C. Presidente, y de Ud. mismo, en estos últi-

mos días, no les han permitido acaso contestar mi indicada comunicación; y entretanto, la llegada del Gobierno á la Capital, ha venido á quitar las facultades que he ejercido hasta hoy en la línea de Oriente.

«No podría, por otra parte, continuar usando de ellas sin menoscabar la unidad y energía del Poder Supremo, cuya consolidación es un deseo de todos los que hemos cooperado al triunfo de la República, y una necesidad para la era de reconstrucción que debe coronarlo.

«Insisto, pues, empeñosamente, en la manifestación y renuncia que contiene mi citada nota, y ruego á Ud., que al dar cuenta de la presente al Jefe de la Nación, se sirva presentarle de nuevo el homenaje de mi gratitud, por las distinciones con que se ha servido honrarme.

«Sírvase Ud. aceptar la protesta de mi distinguida consideración. México, Julio 13 de 1867.—Porfirio Díaz.—C. Ministro de la Guerra.»

El General Díaz conservó el mando de la plaza rendida, desde el 15 de Junio hasta el 21 de Julio, y organizó el programa para la recepción del Presidente, á quien salió á encontrar hasta un poco más allá de Tlalnepantla.

«Durante el sitio de México, logré pagar con puntualidad, no solamente los haberes de la fuerza que estaba á mis órdenes, sino hacer con regularidad los demás gastos públicos del territorio en donde ejercía mando, y hasta tener un sobrante considerable en mis arcas. Los ingresos de que disponía, fueron las contribuciones ordinarias de los Estados que estaban á mis órdenes, y algunas multas ó composiciones que hice con personas que residían en la Capital ó en los Estados, que tenían sus fincas ó propiedades fuera de ella y que se habían comprometido con Maximiliano, por lo cual habían incurrido en la pena de confiscación, como aconteció con el Sr. Lic. D. Pedro Escudero y Echanove.

«Conseguí, además, bajo mi crédito personal, cuando ocupé la Capital, dos préstamos importantes: uno de $50,000, que me facilitó el Sr. D. José de Teresa, y otro de $200,000, que me proporcionaron varios comerciantes extranjeros, principalmente ciudadanos de los Estados Unidos, por el intermedio del Cónsul general de ese país, Mr. Marcos Otterbourg, y cuyos préstamos fueron reembolsados antes de llegar el Presidente Juárez á la Capital. Á su Ministro de Hacienda, en su oportunidad, se entregó una existencia que resultaba en la caja del Cuerpo de Ejército de mi mando, de $87,232.19 cs.

«Esta existencia hubiera sido mucho mayor, si no hubiera yo hecho ciertos gastos, como el pago de los haberes de la escolta que acompañaba al Presidente, y de sueldos de los empleados de las diferentes Secretarías de Estado, que importarían $50,000, y una fuerte cantidad invertida en preparar el alojamiento del Presidente y hacerle una recepción conveniente. Invertí también una cantidad de importancia en vestuario para todo el Cuerpo de Ejército, para lo cual me aproveché de muchas piezas de paño pertenecientes á los franceses, que declaré contrabando de guerra.

«El programa de recepción:

«El día 15 de Julio, por la mañana, verificará su entrada el C. Presidente de la República por la garita de Belém y Paseo de Bucareli, deteniéndose en la tribuna erigida en la glorieta donde está la estatua ecuestre.

«Desde las 8 de la mañana, las autoridades civiles y militares nombradas, lo esperarán en el paseo de Bucareli.

«Salvas de artillería y repiques anunciarán su llegada.

«Grupos de niñas vestidas de blanco y coronadas de flores, presentarán al ilustre republicano una corona de oro.

«El C. Presidente continuará su marcha por la Acordada, Corpus Christi, calles de San Francisco y Plateros hasta Palacio, enarbolándose en este momento el Pabellón Nacional.

«El C. Presidente presenciará, desde el balcón principal, el desfile de la Columna de honor.

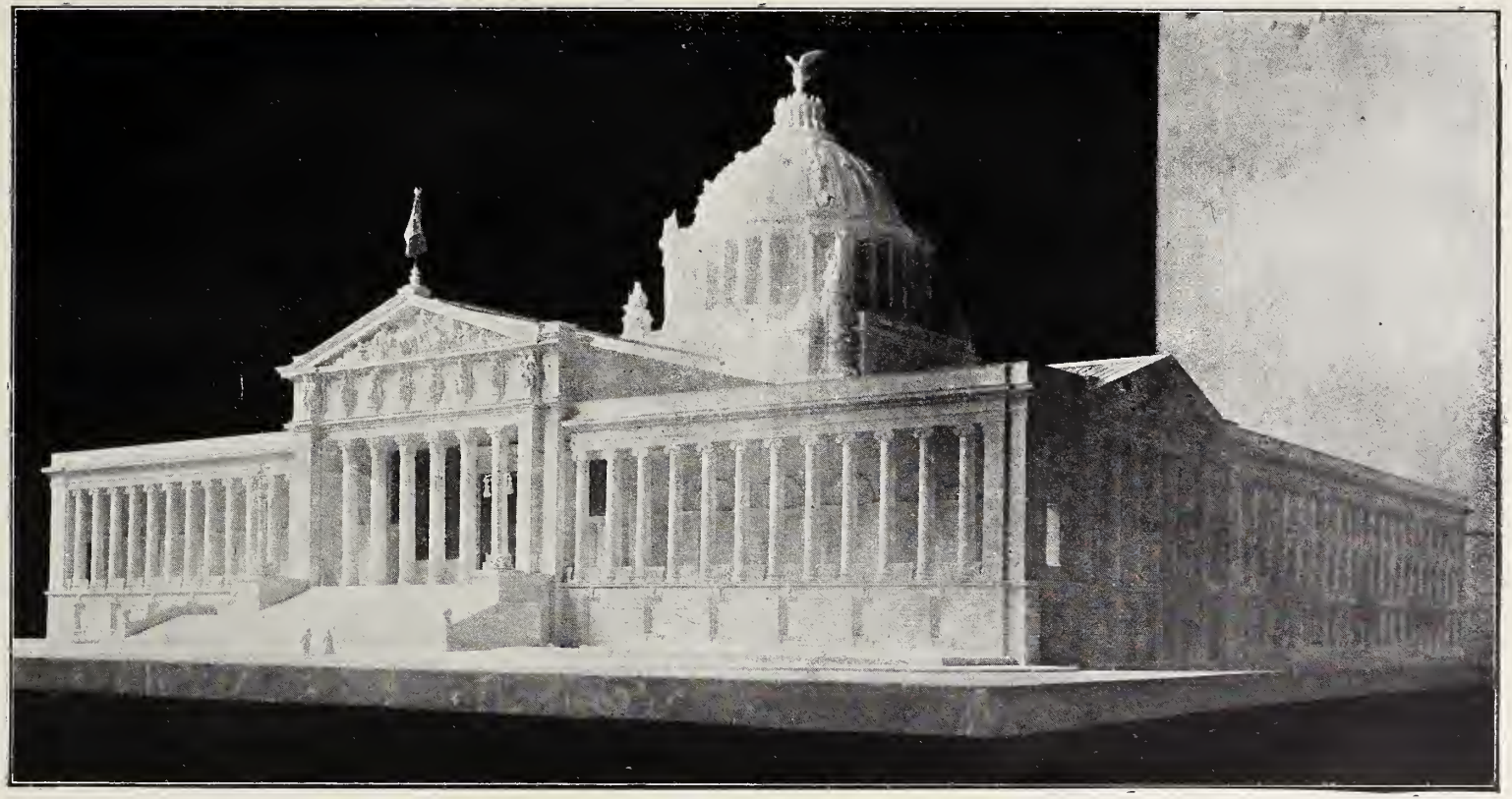
(En la Columna de honor desfilaron 20,000 hombres, perfectamente uniformados y armados, que formaban el Cuerpo de Ejército que el General en Jefe de la línea de Oriente presentó al Presidente que llegaba).

«El Presidente permaneció en Chapultepec mientras se preparaba de una manera conveniente su recepción y alojamiento en la capital.

«Esto me dió tiempo para preparar la construcción de una gran bandera para enarbolarla en el Palacio Nacional el día de la entrada solemne del Presidente, porque habiéndome dicho en una de sus cartas, durante la guerra, y cuando se consideraba difícil recobrar la Capital, que volveríamos á izar la bandera mexicana en el Palacio Nacional, recordando su expresión de entusiasmo, prohibí que se izara la bandera en ese edificio, hasta que personalmente lo hiciera el Sr. Juárez, como en efecto lo verificó el 15 de Julio de 1867, día de su entrada.» (Memorias).

Trece años antes de esa fecha, el 1º de Diciembre de 1854, un joven estudiante de Derecho en el Instituto de Oaxaca, después de dar su voto contra la dictadura de Santa-Anna, salía de la ciudad, huyendo á la montaña para salvar su vida, *mientras llegaba la hora de salvar á su Patria.....*

Trece años después, el día 15 de Julio de 1867, el joven estudiante oaxaqueño había triunfado en Jalatlaco, Miahuatlán, La Carbonera, Oaxaca, Puebla y México: era ya General de División; su nombre estaba ungido por la gloria; su historia pregonada por la fama, y su frente cubierta de laureles: se llamaba Porfirio, y era el mismo que en aquellos momentos ponía en manos de Juárez el victorioso pabellón tricolor de *la Patria salvada.*



Palacio del Poder Legislativo (en construcción).

XXIV.

EL GOBIERNO

DEL SR. LIC. D. BENITO JUÁREZ.

TRÁGICO ha sido el fin de los Caudillos y libertadores de la América latina.

Ingrato el pueblo, é inclemente el destino, fueron para ellos.

Miranda, el gran apóstol de la libertad, murió desnudo en obscuro calabozo.

Moreno, el predicador de la democracia, el sacerdote de la revolución Argentina, tuvo por tumba el fondo del Océano.

Hidalgo, el sacerdote–caudillo de la Independencia mexicana, murió martirizado, escarnecido, excomulgado.

Belgrano, el salvador de la revolución en Tucumana y Salta, murió en la obscuridad y en la miseria.

Carrera y su rival O'Higgins, el inmortal héroe chileno, murieron desterrados.

Montúfar y Villavicencio, los promotores de la revolución de Quito y Cartagena, estrangulados.

Lozano y Torres, los primeros presidentes de Nueva Granada, cayeron sacrificados por el terrorismo de la restauración colonial.

Piar, el verdadero autor de la insurrección de Colombia, fué fusilado por Bolívar, *á quien*, dice Bartolomé Mitré, *había enseñado el camino de la victoria.*

Bolívar y San Martín, murieron en el ostracismo.

Desterrado, también murió Rivadavia, el gran *genio civil* de Sud América, y Sucré, conquistador de Ayacucho, sucumbió asesinado en un camino solitario.

Para Juárez, el hado fué clemente. . . .

Juárez murió cuando debía morir, antes de que la ingratitud le asesinara; pero á su vez, fué ingrato á los heroicos sacrificios de aquel pundonoroso y leal soldado, que al poner en sus manos la reconquistada bandera de la Patria, puso en ellas también: su ejército, su mando, su espada, sus laureles y su gloria.

Ya desde el tiempo en que Porfirio Díaz sitiaba á Puebla, empezó á resentirse de la frialdad del Presidente; y á su parte oficial, comunicando el asalto y la toma de Puebla, recibió la siguiente lacónica respuesta del Ministro de la Guerra:

«El Sr. Presidente queda enterado de que ha ocupado Ud. á Puebla.»

Al parte oficial había el General Díaz acompañado una carta particular, en la que solicitaba *alguna distinción* para los soldados que habían tomado parte en el asalto: dicha carta quedó sin respuesta. . . .

Pero aun hay algo más: cuando el Caudillo perdonó á los prisioneros de Miahuatlán, La Carbonera, Oaxaca y Puebla, y en vez de fusilarlos despiadadamente los puso en libertad, Juárez le manifestó su desagrado.

En las «Memorias» de Porfirio Díaz hay párrafos que indican claramente el disgusto de D. Benito Juárez.

«El Presidente me había ordenado, en carta particular, fechada en San Luis Potosí, que redujera á prisión á Mr. Dano, Ministro del Imperio francés cerca de Maximiliano, y que pusiera á disposición del Gobierno el Archivo de la Legación. Contesté al Presidente, que no me parecía prudente ese procedimiento (ya que hasta hoy tenemos la malevolencia de Napoleón, le decía el General Díaz, no tengamos la de Francia por hollar su bandera), pero que no me permitía aconsejarle que no lo llevara á cabo, sino que simplemente le suplicaba que me eximiera de ejecutarlo, y que puesto que ya no había enemigo en el país, no tendría yo inconveniente en entregar el mando del ejército que estaba á mis órdenes, al jefe que me indicara, para que éste cumpliera sus órdenes.

«No recibiendo respuesta á mi carta, ni á un oficio en que resignaba el mando, le escribí otras varias cartas, suplicándole me diera sus órdenes para no perder la oportunidad de cumplirlas, porque el

Ministro francés me urgía mucho para que le diera una escolta que lo condujera á Veracruz.....

«Cuando recibí al Sr. Juárez, adelante de Tlalnepantla, pregunté al Sr. Lerdo por qué no se habían contestado mis cartas, y me dijo que, en su concepto, había yo tenido razón en no prestarme á cumplir esa orden, que pudo haber comprometido al Gobierno, y di así por terminado este incidente.....

«En los primeros días de Julio (1867) debía llegar á la Capital el Presidente Juárez, y con objeto de recibirlo hasta donde me era permitido separarme del centro de mi línea de operaciones, fuí más allá de Tlalnepantla. Momentos después de haber llegado á aquella ciudad, y cuando nos llamaba á almorzar el Lic. D. José M. Aguirre de la Barrera, que era el Jefe Político de ese Distrito, me llamó el Presidente, que á la sazón platicaba en voz baja con su Secretario de Estado, y delante de ellos me manifestó que hacía algunos días que estaba sin haberes la escolta que lo acompañaba, compuesta de un regimiento, dos batallones y media batería, y me preguntó si tendría yo fondos con que cubrir esa urgente necesidad. Contesté al Presidente que sí los tenía y que podía ordenar á sus respectivos pagadores, que al volver yo á la Capital vinieran conmigo para llevar el haber que esos cuerpos habían dejado de percibir, y, además, el que les correspondiera hasta el fin de la quincena corriente.

«Animado el Sr. Juárez por esa respuesta, me manifestó que tampoco el personal de las distintas Secretarías de Estado había recibido sueldo hacía muchos días, y me preguntó si podría ministrar algunos fondos con este objeto. Le contesté que tenía fondos suficientes para cubrir esos sueldos, y que entregaría la cantidad que me ordenara. Entonces me mandó dar 10,000 pesos con cargo á ese ramo, y ordenó á su habilitado viniera á la Capital para recibirlos....

«En una conversación que tuve con el Presidente Juárez, á poco de su llegada á la capital, le supliqué me mandara liquidar mis alcances, en concepto de que no deseaba yo el pago íntegro de ellos, sino solamente un abono de cinco ó seis mil pesos, y que el resto se me fuera pagando por la Aduana de Veracruz, con los derechos de importación que yo causara directamente, pues intentaba dedicarme al comercio y me parecía que esta manera de pago sería cómoda para el Gobierno.

«El Sr. Juárez me hizo observaciones muy obvias respecto á lo difícil que me sería dedicarme á otra carrera y á la imposibilidad de formar mi liquidación, por no saber qué cantidades se me habían pa-

gado por cuenta de mis haberes, durante todo el tiempo de la guerra, cuando no sólo eran irregulares los pagos, sino muy variable el personal de los comisarios y pagadores encargados de verificarlo.

«Comprendiendo que las observaciones del Sr. Juárez eran incontestables, en cuanto á hacer una liquidación exacta, le manifesté que podía formarse ésta tomando la base de que hubiera yo recibido una tercera parte del sueldo que me correspondía y se me liquidara por las dos terceras partes restantes, cuando en realidad estaba seguro de que yo no había recibido ni la cuarta parte.

«El Sr. Juárez aceptó la idea, y entiendo que una base semejante se adoptó para formar la liquidación de otros funcionarios y empleados que acompañaron al Gobierno hasta Paso del Norte, á quienes entonces se pagaron sus alcances en efectivo.....

«Hecha mi liquidación sobre esa base, me manifestó el Sr. Juárez, como prueba de la benevolencia con que siempre me había tratado, que tenía dadas sus órdenes para que se entregaran en numerario, y en un solo pago, los 21,000 pesos que yo alcanzaba. Contesté al Sr. Juárez que no tenía conocimiento de que tal cantidad se encontrara á mi disposición en la Tesorería; *pero que si ese pago entrañaba alguna condición*, tuviera presente que aún no lo había cobrado y era tiempo de retirar la orden de pago.

«No llegué á sacar ese dinero de la Tesorería; pero algunos días después lo sacó mi apoderado D. José de Teresa, por aviso que le dió directamente el Sr. Juárez, y lo conservó en su poder hasta que el Sr. Benítez dispuso de él, con mi autorización, para sostener un periódico en la capital. Cuando supe que no me quedaban más que 3,000 pesos, encargué al Sr. D. José de Teresa que me los remitiera; pero desgraciadamente se perdió ese depósito en un robo que sufrió su casa, y aun cuando el Sr. Teresa podía considerarse obligado á reportar la pérdida, me ofreció el 50 por ciento, que fué todo lo que recibí de los 21,000 pesos de mis alcances.» (Memorias).

Como se ve, un cambio muy notable se había verificado en el ánimo del Presidente Juárez, desde los últimos triunfos del General oaxaqueño.

«Me recibió con aire adusto,» dice Porfirio Díaz al referir su encuentro con el Presidente, cuando fué á recibirle á Tlalnepantla.

¿Era con aire adusto como debía ser recibido?

Sin duda un hondo abismo separaba ya entonces al zapoteca y al mixteca, al maestro y al discípulo, al jurista y al soldado.

Entre aquellos dos hombres se interponía ya una sombra, la som-

bra de la duda.... El de la toga encontraba muy grande al de la espada.... esto es humano.

Porfirio Díaz había empezado su tercera campaña con sólo 14 hombres mal armados; al entregar á Juárez la plaza conquistada, le entregaba 21,000 soldados, un ejército armado y el dinero suficiente, más de 300,000 pesos* para pagar á los ministros y á la tropa: era organizador y era hacendista, combatía y ahorraba, llevaba cuenta y devolvía lo que sobraba.... ¡Esto era demasiado!

Un hombre así podía ir muy lejos, y además.... *ya el ejército sobraba.*

Juárez se apresuró á retirar á los jefes triunfadores las facultades discrecionales de que se hallaban investidos durante la campaña, y á reducir el ejército, de más de 90,000, á sólo 20,000 hombres, acordando que al retirarse á sus hogares los soldados, se les diesen las gracias en nombre del Supremo Gobierno.

Con un decreto, creyó dejar resuelto el más difícil y espinoso problema que en su administración se presentaba.

No se harían esperar los resultados.

En un país como el México de aquella época, y con un pueblo como el nuestro en aquel tiempo, la contienda civil era inminente.

Refiriéndose á la difícil situación del Gobierno de Juárez, dice el Sr. D. Justo Sierra:

«Para lograr tener en la mano y hacer suyo al ejército, había un obstáculo casi insuperable: los Generales vencedores, los héroes de la guerra reciente. Todos ellos aspiraban á situaciones privilegiadas, á especies de autonomías militares de honor, de consideración y de poder, no sólo para ellos, sino para los grupos guerreros que se habían formado á su sombra. La masa armada, la que no era propiamente un elemento militar, vuelta á sus hogares ó á sus guaridas, había quedado licenciada ó dispersa, lista para las futuras revueltas ó disuelta en gavillas de bandoleros que mantenían, en toda la extensión del país, la alarma, la inquietud y la desconfianza; de lo que se ori-

---

* «A pesar de las alternativas de la campaña y de los frecuentes cambios en el personal de los empleados de la Comisaría, pude llevar una cuenta de todos los caudales que manejé, que comenzó el 1º de Octubre de 1865, con el dinero que capturé á Visoso en Tulancingo y terminó con la entrada del Gobierno federal á la ciudad de México, el día 15 de Julio de 1867.» (Memorias).

El General Díaz entregó $87,232.19 cs. que tenía en la caja del cuerpo de ejército de su mando, y más de $200,000 que existían en diversas oficinas de Hacienda, que funcionaban bajo su administración.

ginaba un estado nervioso que indicaba que la República no volvería á la salud sino en tiempos indefinidamente lejanos.

«La habilidad del Ministro de Juárez, consistió en desarmar á los elementos hostiles, cuando eran útiles, halagándolos, colmándolos de consideraciones y esperanzas; y en donde las primeras personalidades eran de un temple bastante fuerte para resistir á estos halagos, entonces las otras, los Generales de segunda fila, los Coroneles —y entre ellos había magníficos soldados,— eran solicitados, atraídos, afiliados, desligados de sus jefes: el gran prestigio de Juárez hacía lo demás.

«El jefe más conspicuo del ejército, el que gozaba lo mismo entre las Legiones del Norte que del Occidente ó del Centro, de gran simpatía é incontrastable ascendiente en el antiguo Ejército de Oriente, que se mantenía á sus órdenes personalmente adicto, y huraño, casi hostil, al Gobierno, que desconocía sus méritos y despreciaba sus servicios —hemos nombrado al General Porfirio Díaz,— era el peligro, la preòcupación y el obstáculo; aconsejado por un patriotismo extraviado, pero intensamente enérgico, era apto para provocar una revolución, pero incapaz de dirigir un pronunciamiento. Entretanto, el jefe de la 2ª División, desprendido y rígido ante el halago, se retiró tranquilo, descontento y fuerte.» *

A pesar de la *difusión* del Sr. Sierra, se puede comprender que la política del *hábil* Ministro de Juárez consistía en *dividir*, *atraer*, *halagar*, *prometer* y *engañar* á los generales que eran útiles, y, á falta de ellos, á los de segundo orden, y que en cambio, al jefe más conspicuo del ejército, por considerarlo como un obstáculo y un peligro, se le desconocían sus grandes méritos, despreciando sus servicios, y que este conspicuo jefe, aconsejado por un patriotismo extraviado, pero intensamente enérgico, era apto para provocar una revolución, y se retiró *tranquilo*, *descontento* y *fuerte*.

Pero á decir verdad, ni el Ministro de Juárez fué hábil, ni los medios ó intrigas, por él puestos en juego, eran los apropiados para llegar al fin que se buscaba: el aniquilamiento del militarismo; ni Porfirio Díaz representaba un obstáculo, ni su patriotismo era extraviado, ni el *peligroso* jefe se retiró tranquilo y descontento, sino decepcionado y profundamente entristecido por el presentimiento de los males que amenazaban á su patria, y el fundado temor de que los des-

---

* México. Su Evolución Social. J. Ballescá y Cía. Sucesores. Editor.—México.—1901.

aciertos de aquel Gobierno impopular nos hundiesen de nuevo en los horrores de la guerra civil.

Jamás Porfirio Díaz pensó en hacer una revolución; lo que tal vez pensó desde aquel tiempo, fué acaudillar la que el militarismo hiciera, para poder así encauzarla, engrandecerla, utilizarla en los grandiosos fines á que su recto patriotismo le impulsaba, y después deshacerla para siempre, como, por cierto, la deshizo.

Muy mal obró el Gobierno regateando los sueldos al que, habiendo podido enriquecerse, devolvía los caudales que estaban en su mano, y obró peor, despreciando su abnegación y sus servicios.

Soy un ferviente admirador de Juárez, modelo de patriotas, mas no de gobernantes.

El civismo del gran reformador puede servir de ejemplo al mundo entero: fué un honrado, un apóstol, un creyente; pudo salvar á un pueblo, y no supo gobernarlo.

El primer desacierto de su Ministro Lerdo, fué el prematuro é impolítico golpe con que intentó deshacerse del elemento militar predominante.

Quizás el erudito Ministro recordaba la pérfida conducta de aquel Amilcar Barca, sufeta de Cartago, al deshacerse de las huestes mercenarias que salvaron á la República africana.

Sólo que en esta vez no se trataba de huestes mercenarias, sino del grande, del glorioso y abnegado ejército republicano, que merecía, no la perfidia del general cartaginés, obligando, por hambre, á los soldados á devorar unos á otros, sino la gratitud de la República salvada.

El segundo y más grande desacierto del Ministro, fué aquella célebre convocatoria de 14 de Agosto, creando un ilegal plebiscito, que sancionara la institución del Senado, el VETO del Presidente y algunas otras reformas constitucionales, que el pueblo reprobó tácitamente, negándose á votarlas.

Nació así la escisión entre los partidarios de Juárez y los del Secretario de Estado, y con ella nacieron los partidos juarista y lerdista.

Tratóse luego de aplicar aquella ley que tan severamente castigaba á los cooperarios de la Intervención; vinieron las poco equitativas conmutaciones de la pena de muerte en la de prisión; de ésta en la de destierro, y la de confiscación en la de multa.

Entre tales desaciertos políticos y otros aún más grandes desaciertos económicos y administrativos; entre el amenazador descontento

del pueblo, los desastres del erario, las disensiones de los juaristas y lerdistas, la hostilidad del militarismo y los estragos de la miseria nacional; como una esperanza, como una promesa de redención y de progreso, nació el partido porfirista.

Hecha por el Congreso la declaración del resultado de las elecciones en favor de D. Benito Juárez para Presidente de la República y D. Sebastián Lerdo para Presidente de la Suprema Corte de Justicia, la indignación general llegó al último extremo: La revolución debía estallar en breve.

He aquí la situación de aquel Gobierno, concisamente descrita por uno de nuestros más imparciales historiadores modernos, el Sr. Lic. Luis Pérez Verdía:

«A principios de 1868 se sublevó en Yucatán D. Marcelino Villafaña, quien fué sometido por el General Alatorre; los Coroneles Martínez, Palacios, Toledo y Granados, se pronunciaron en Sinaloa y fueron reprimidos por el General Corona; y en Perote se rebeló D. Felipe Mendoza, que fué vencido y fusilado. El General Negrete, pronunciado también, se apoderó de Puebla, pero fué derrotado por el General Vélez. Al siguiente año, el espíritu revolucionario hizo una manifestación más importante: los Generales D. Francisco Aguirre y D. Pedro Martínez, se sublevaron en San Luis Potosí el día 15 de Diciembre de 1869, y el General D. Trinidad García de la Cadena en Zacatecas, después de apoderarse de una conducta de caudales, ocupando el General Toledo á Aguascalientes el 13 de Enero.

«El General Rocha, que venía en su persecución de Ciudad Victoria, atacó á los sublevados en San José, logrando derrotarlos el día 14 de Enero; pero reforzados, á los cuatro días lo destrozaron, á su vez, en El Tejón, obligándolo á retirarse á Tula, de donde volvió, auxiliado por Cortina y Corella, en su persecución.

«A su vez, Escobedo los amenazaba por el lado de Guanajuato, por lo cual aquellos, esquivando el combate y reuniendo un grueso de 8,000 hombres, cambiando de dirección, marcharon sobre Guadalajara; mas detenidos en el puente de Tololotlán, donde murió el valiente Coronel Granados, no se atrevieron á atacar aquella ciudad y siguieron su marcha para el Sur, perseguidos de cerca por las fuerzas del Gobierno, mandadas por el General D. Sóstenes Rocha, que logró alcanzarlos en «Lo de Ovejo,» el 24 de Febrero, derrotándolos completamente.

«San Luis fué ocupado por Escobedo, y los restos de «Lo de Ovejo» se retiraron á Michoacán, de donde pasaron á Zacatecas, y con

900 caballos atacaron la ciudad de Villanueva, en cuya plaza los venció el General Donato Guerra. Entretanto, García de la Cadena se apoderó de Zacatecas; pero Guerra lo persiguió sin descanso, lo hizo abandonar esa plaza y acabó con sus fuerzas en el mes de Mayo.

«En 2 de Junio de 1870, los pronunciados Toledo y Martínez, con los restos salvados de su desastre de Villanueva, se internaron en Tamaulipas, y unidos á otras gavillas, atacaron á Matamoros, siendo rechazados por el Coronel Palacios; después se apoderaron de la plaza de Mier y lograron aumentar sus tropas; mas el día 13 fueron completamente aniquilados por el General Treviño, en Charco Escondido.

«Casi al mismo tiempo, el 28 de Mayo, D. Fortino Vizcaíno, escapado del motín de La Concepción, en Sinaloa, sorprendió al puerto de Guaymas, desembarcando, á favor de la obscuridad de la noche, 120 hombres, que conducía en el vapor «Forward,» que llevaba bandera de San Salvador.

«Dueño del puerto, se apoderó de 5,000 rifles, de más de 80,000 pesos, libertó á los presos, arrestó á los empleados y á las veinticuatro horas se reembarcó; mas perseguido por el vapor «Mohicán,» á los pocos días fué batido frente á Teocápam, y el «Forward» incendiado.

«Ocupado el Sr. Juárez constantemente en mantener el orden público, poco pudo hacer en favor del desarrollo del país; así es que apenas en ese período se renovó á la compañía «La Sére» el privilegio de establecer un ferrocarril interoceánico en Tehuantepec; á D. Antonio Escandón, el del ferrocarril mexicano de Veracruz; se expidió una ley de instrucción pública y otras no menos interesantes. El 16 de Septiembre de 1869, se inauguró el ferrocarril entre México y Puebla, con gran solemnidad.

«Al terminarse el cuatrienio constitucional, el partido juarista inició la reelección de su candidato, mientras grupos políticos de mucha representación postulaban á los Sres. Lerdo y Díaz, declarándose en el 5º Congreso una terrible oposición al Gobierno, que supo, no obstante, dominarla, teniendo siempre una mayoría parlamentaria. El partido lerdista era el más vigoroso en la Cámara, y el porfirista, el más revolucionario.

«El 2 de Mayo de 1871 se pronunciaron en Tampico los Generales Calleja y Molina, con una fuerte guarnición; pero atacados durante veinte días, fueron al fin vencidos en un reñido asalto que dió el General D. Sóstenes Rocha, el 11 de Junio de 1871, quien por tan valerosa hazaña fué ascendido á General de División.

«Hiciéronse las elecciones, y antes de que se declarase el resulta-

do, estalló el 1º de Octubre un terrible pronunciamiento en la Ciudadela, por un batallón de policía, que dió muerte á su Coronel Larragoitia, apoderándose allí de muchísimos cañones y material de guerra, con el que armaron á la prisión, poniéndose al frente del movimiento, los Generales Negrete, Chavarría, Rivera y Toledo. Fué sofocado por el General Rocha, que dió un terrible asalto á aquel fuerte edificio, é hizo muchos fusilamientos, que justamente provocaron grande indignación y fueron objeto de graves mociones parlamentarias.

«Después se declaró Presidente Constitucional el Sr. D. Benito Juárez; mas bien pronto estalló de nuevo la insurrección: García de la Cadena, Treviño, Guerra y otros jefes desconocieron la validez de esa elección, contra la cual se declaró también el General D. Porfirio Díaz, proclamando el Plan de la Noria en 8 de Noviembre de 1871, en el que se proponía la suspensión del orden constitucional y la reunión de una Junta para reorganizar el país.

«Aquel plan fué impopular, y aunque para sostenerlo se reunieron ejércitos numerosos, se sublevaron militares de reconocido prestigio y obtuvieron algunas parciales victorias, como las de Avilés en Durango, Topo Chico en Coahuila, Matapulgas en Zacatecas, y la toma del Saltillo; el Gobierno Constitucional logró que Alatorre los venciese el 22 de Diciembre de 1871, al mando del General D. Luis Mier y Terán; Rocha, el 2 de Marzo de 1872, en La Bufa, frente á Zacatecas, en número de 9,000 hombres, mandados por Treviño, García de la Cadena y Martínez; Revueltas, en Monterrey; Eguialuz, en San Luis, entrando la Nación en un período de paz de que sentía gran necesidad, pues el comercio y la agricultura estaban paralizados, las industrias decadentes, y los recursos fiscales agotados, al grado que en un presupuesto de veinte millones había un déficit de cuatro ó cinco cada año.

«En aquella angustiosa situación, Juárez mostró su mismo carácter: intransigente con la revolución, á cada nuevo pronunciamiento oponía nuevas tropas, y sin cejar, sin desalentarse ni cansarse, logró sobreponerse y presentarse siempre fuerte y potente. En tal estado, sobrecogióle inesperadamente la muerte por una afección cardíaca, el 18 de Julio de 1872.»*

---

* «Compendio de la Historia de México,» por el Lic. Luis Pérez Verdía. Librería de la Vda. de Ch. Bouret. México. 1906.

*
* *

Tal era la situación de la República cuando Porfirio Díaz se resolvió á intervenir en la contienda, y publicó el *Plan de La Noria*, que forzosamente habría de ser impopular, porque el pueblo ya estaba acostumbrado á ver surgir y fracasar constantemente cuantos planes, proyectos y programas aparecían en el sangriento campo de la perpetua lucha en que vivíamos.

Porfirio Díaz, que desde el año de 1868 dejó el mando de la 2ª División que el Gobierno de Juárez le había conferido, se estableció en La Noria, una pequeña hacienda, con cuya donación había recompensado sus servicios el Congreso del Estado de Oaxaca, y allí vivía en modesta posición, dedicado al cultivo de la caña de azúcar.

Durante los primeros años de su permanencia en La Noria, resistió enérgicamente á las tentaciones de los insurrectos, que sin cesar le aclamaban como jefe, hasta que al fin, convencido de que su patria marchaba hacia la ruina, y sintiéndose capaz de encauzar aquel torrente de peligrosas fuerzas desbordadas y utilizarlo en una pacificación definitiva, resolvió acaudillar el movimiento revolucionario.

Aquel *Plan de La Noria* fué la obra del patriota, del joven entusiasta que soñaba en un ideal Gobierno democrático, para un pueblo viciado y revoltoso, criado en la rebelión perpetua contra el orden, sin respeto á la ley ni al gobernante, y avezado á la lucha sediciosa en una larga serie de asonadas, motines y combates.

En el *Plan de La Noria*, decía el caudillo:

«Durante la revolución de Ayutla, salí del colegio á tomar las armas por odio al despotismo: en la guerra de Reforma combatí por los principios, y en la lucha contra la invasión extranjera sostuve la independencia nacional, hasta restablecer el Gobierno en la capital de la República.»

«En el curso de mi vida política, he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á encargo ni á empleo de ningùna clase; pero he contraído también graves compromisos para con el país, por su libertad é independencia; para mis compañeros de armas, con cuya cooperación he dado cima á difíciles empresas, y para conmigo mismo, de no ser indiferente á los males públicos.»

«Al llamado del deber, mi vida es un tributo que jamás he nega-

do á la patria en peligro; mi pobre patrimonio, debido á la gratitud de mis conciudadanos, medianamente mejorado con mi trabajo personal, cuanto soy y cuanto valgo por mis escasas dotes, todo lo consagro desde este momento á la causa del pueblo.»

«Si el triunfo corona nuestros esfuerzos, volveré á la quietud del hogar doméstico, prefiriendo en todo caso la vida frugal y pacífica del obscuro labrador, á las ostentaciones del poder.»

«Si, por el contrario, nuestros adversarios son más felices, habré cumplido con mi último deber para con la República.»

«Combatiremos, pues, por la causa del pueblo, y el pueblo será el único dueño de su victoria: CONSTITUCIÓN DE 57 Y LIBERTAD ELECTORAL, será nuestra bandera; MENOS GOBIERNO Y MÁS LIBERTAD, nuestro programa.»

Este plan fué la obra de su tiempo, era el producto de las bellas ideas de libertad, proclamadas por la República francesa; era un plan ideal, muy adaptable á un pueblo como el suizo, por ejemplo, pero no á una nación latino-americana.

No era adaptable á nuestro modo de ser ni á nuestros hábitos, y llevado á la práctica hubiera fracasado ante el temible predominio de los caciques y la insaciable ambición de los soldados, por la falta absoluta de educación política de nuestro pueblo.

Así lo comprendió el gran estadista, que más tarde, al asumir la responsabilidad completa de su administración y de su mando, si no pudo *cumplir su programa*, supo cumplir con el deber que se había impuesto y crear una oportuna, extraordinaria forma de Gobierno, sin precedente en nuestra historia, sin igual en la América latina, y .....quizás sin igual en el mundo.

A la muerte de Juárez, se encargó interinamente del poder, el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, D. Sebastián Lerdo de Tejada, quien conservó el mismo gabinete de su antecesor y dió una ley de amnistía, que por sus muchas restricciones, no dejó satisfechos á los revolucionarios.

Pero, á pesar de todo, la paz quedó restablecida, se hicieron elecciones, resultó electo el Sr. Lerdo, y prestó la protesta el día 1º de Diciembre de 1872, RODEADO DE SINGULAR PRESTIGIO Y EN MEDIO DE LAS ESPERANZAS DE LA NACIÓN ENTERA.

Porfirio Díaz, abrigando también la esperanza de que el nuevo Gobierno pudiese ya marchar en paz por el camino de progreso, abandonó la lucha y volvió á sus labores agrícolas; pero como su hacienda de La Noria había sido destruida por las fuerzas del Gobierno, se es-

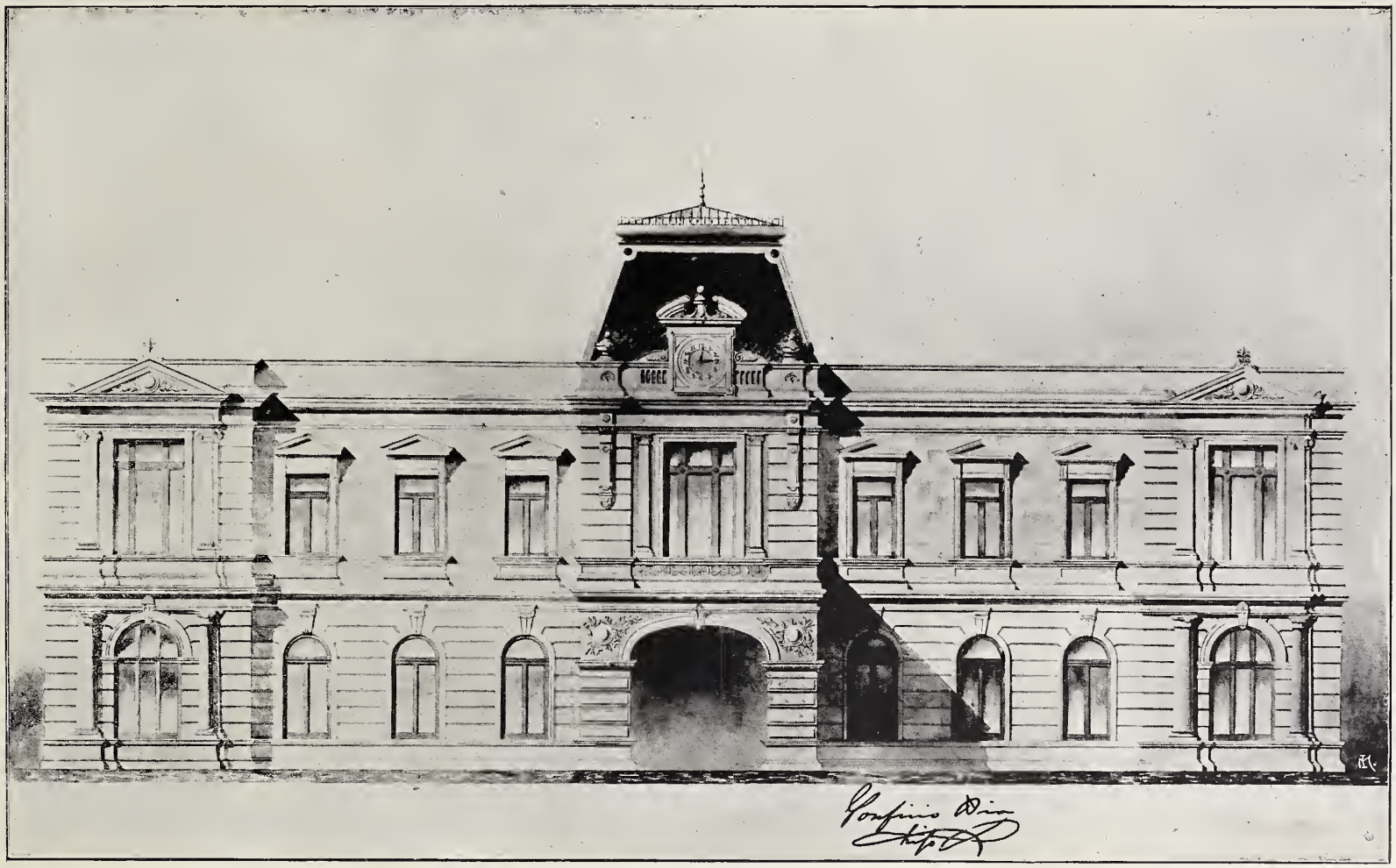
tableció esta vez en la Candelaria, rancho situado cerca de Tlacotálpam, en la costa veracruzana, sobre la margen del Papaloápam.

Allí permaneció hasta el año de 1874, dedicado al trabajo, y en los intervalos de sus faenas rurales, fabricaba sillas, mesas y canoas de madera, recordando, sin duda, que en su juventud había también trabajado como carpintero.

«El año de 1874, dice Quevedo y Zubieta, el General Porfirio Díaz ingresó á la Cámara como diputado por Veracruz. Reinaba en este puerto y en gran parte del Estado, una verdadera afección popular por el soldado que hacía muebles y barquillas en su humilde retiro de La Candelaria.

«D. Sebastián, aparentando favorecer esa elección, la combatió con vanas intrigas dirigidas á hacer pasar otro candidato. Viendo venir á la política activa á un temido rival, invocado de nuevo como jefe por la oposición, intentó alejarlo al extranjero. Le hizo ofrecer el puesto de Ministro de la República en Berlín. Porfirio contestó al portador de la oferta, algo muy semejante á ésto: *Diga Ud. á D. Sebastián, que no tengo méritos diplomáticos para tal puesto; que, por tanto, debo considerar su oferta como un favor; y favores sólo los acepto de mis amigos.* Con ésto, la situación respectiva de ambos quedó definida. Surgieron entre ellos relaciones de enemistad íntima.»

La cuestión electoral debía turbar en breve la tranquilidad pública, pues los lerdistas, los mismos que en tiempo de Juárez habían combatido ardientemente la reelección, decidieron reelegir á Lerdo en el próximo cuatrienio constitucional.



Fachada Central del Manicomio General (en construcción).

XXV.

EL GOBIERNO

DEL SR. LIC. SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA.

LEAMOS cómo ha sido juzgado aquel Gobierno por uno de los admiradores de Lerdo de Tejada:

«En medio de una paz, por todos hondamente anhelada, subió á la Presidencia interina el Presidente de la Suprema Corte Federal, y poco después este mismo ciudadano fué electo Presidente Constitucional de la República, sin competidor ni obstáculo. La renovación tranquila y normal del Gobierno, el desenlace definitivo del drama militar, y la confianza absoluta de todos en el talento superior del Sr. Lerdo de Tejada, fueron los factores principales de una situación bonancible por extremo, la primera que aparecía sin nubes desde los tiempos en que inauguraba su período constitucional el Presidente Victoria. Cerca de medio siglo hacía que no veía el país una situación semejante.

«La elección había sido unánime; el pueblo elector, no el analfabético, á quien los agentes de la autoridad arrastran á la elección primaria ó lo suplantan en ella, sino el grupo de los electores secundarios, que cualquiera que sea su origen, es muy considerable, sabe leer, tiene personalidad, suele estar en contacto con las pasiones ó necesidades locales y á veces con la política general; ese pueblo, en

donde residen más ó menos latentes los elementos genésicos de la democracia nacional, había estado en acuerdo perfecto con la opinión.....

«El nuevo Presidente se dió cuenta clara de su misión, y cuando inauguró su Gobierno con la obra que había sido uno de los grandes empeños de Juárez, la línea férrea entre México y Veracruz, todo el mundo creyó que la transformación económica había pasado del largo y laborioso proemio á su capítulo primero. Pocos meses después, estaban bien delineados los grandes propósitos del programa presidencial, á cual más patriótico: incorporar la Reforma á la Constitución, y crear en ésta mayores elementos de conservación y estabilidad; integrar el territorio nacional, disgregado de hecho por la existencia de cacicazgos que vivían substraídos á la ley; confiar la inmensa tarea de las vías de comunicación en el Interior de la República, sin la cual las consecuencias de apertura de la línea de Veracruz no podrían ser generales al capital europeo y nacional combinados. Todo ello era grave. La opinión liberal y reformista se puso entera y armada con sus razonamientos, sus exaltaciones y sus anhelos, como en los días de lucha épica, del lado del Presidente. La prensa clerical, guiada por algunos de sus más avezados veteranos, daba tono á la batalla con el acento irreverente y cruelmente sarcástico de su resistencia apasionada. Parecía la víspera de una nueva guerra de religión.

«Los resultados fueron previstos con inteligencia certera por el Presidente, y llevados á su fin con tranquila firmeza, para dar su carácter definitivo á la conquista legal, para marcar bien su significación: convertidos en fórmulas claras y precisas lo que se llamaba «los dogmas liberales;» la separación de la Iglesia y el Estado; la supresión de las comunidades religiosas, como asociaciones absolutamente ilegales; la prohibición de adquirir bienes raíces á todas las corporaciones, y las consecuencias de todo esto en el estado civil de las personas y en las manifestaciones externas del culto, formaron el cuerpo de derecho de la nueva sociedad nacional mexicana. La discusión de esas leyes, su promulgación, produjeron una sacudida temerosa en las conciencias.

«Siguiendo el programa del gran Presidente, que no descuidó medio legal de fortificar en los Estados la acción del poder central, prohijó con laudable empeño y obtuvo la reforma constitucional que daba en la representación nacional un papel de suprema importancia á la representación de las entidades federadas: la erección de un Senado, en que, más que un contrapeso á las tendencias absorbentes de

la Cámara popular, vieron los gubernamentales un medio de armar al poder para impedir que los conflictos interiores de los Estados pudieran convertirse en conflagraciones generales. Ya antes, la cruzada contra los cacicazgos de las sierras, que tenía que ser muy lenta en sus efectos, pero que era indispensable, y no sólo á la cohesión nacional, sino al lustre de nuestra dignidad, había comenzado con éxito brillantísimo en Jalisco y Tepic, con la exterminación del jefe Lozada, un feroz patriarca de tribus montañesas, organizadas en forma de gobierno primitivo.

«Todo parecía salir al Sr. Lerdo á medida de sus deseos, si el prurito de sostener gobernadores impopulares en los Estados, ó de imponerlos, haciendo alarde de la fuerza federal, no hubiese producido pronto una situación especialísima, en que llegó á encontrar forma la protesta vaga de un indefinible, pero profundo malestar público, y la antipatía violenta que inspiraba, en grupos cada vez más numerosos de la sociedad, no el hombre, sino el gobernante. De este sentimiento, que tenía en la prensa de oposición ecos popularísimos, llegó á ser como la encarnación genuina un semanario de caricaturas que se propuso ridiculizar implacablemente á los individuos del Gobierno, y lo logró, aliando el incomparable talento humorístico del General Riva Palacio, con el lápiz diabólicamente travieso de Villasana.

«Aquella hostilidad inmensa, pero difusa, no se cristalizó en cuerpos de resistencia invencible hasta que la Suprema Corte de Justicia habló. Recientemente se había hecho cargo de la dirección de aquel cuerpo, á un tiempo judicial y político, según la Constitución, el más conspicuo de los Ministros de Juárez, después del Sr. Lerdo. Repúblico de temperamento estoico, preconizador y observador escrupuloso de la religión del deber, poseedor de una vasta inteligencia, nutrida por pasmosa erudición filosófica y literaria, el Lic. Iglesias subió á la Presidencia de la Corte, que era al mismo tiempo la Vicepresidencia de la República, resuelto á facilitar la cada vez menos feliz labor administrativa del Presidente Lerdo, de quien era amigo excelente, hasta donde sus funciones se lo permitieran, hasta donde no lo atajara el infranqueable muro de granito de su conciencia.

«Y sucedió que los desmanes de los gobernadores de los Estados obligaron á la Corte á intervenir por medio de las formas constitucionales del recurso de amparo en la política local; y sucedió que en las peripecias de esas tremendas batallas jurídicas que excitaron por extremo la atención del país, la mayoría del Supremo Tribunal definió la famosa teoría de la competencia de origen, es decir, la de las fa-

cultades de la Corte autorizada por el texto del artículo 16 de la Ley fundamental, para investigar si los títulos de cualquiera autoridad, contra la que se interponía el recurso de amparo, eran legítimos, pues que sin esa legitimidad, la competencia era originariamente nula. Por esta teoría, que no es el caso de analizar, el papel de la Corte tomaba tal importancia, que podía decirse que se constituia en árbitro infalible (jurídicamente este vocablo equivale á inapelable) de la política del país. El Sr. Lerdo resistió sin suceso apreciable á este ensanche de facultades que destruia realmente el equilibrio de los Poderes; pero la Corte se mantuvo firme, guiada por su Presidente. Cuando por una mera cuestión de carácter local estalló en Oaxaca el movimiento de Tuxtepec, el país, en su inmensa mayoría, abrigaba esta opinión: *el Sr. Lerdo no puede continuar en el poder.*

«Por orgullo, por desdén á quienes se creían intérpretes de la opinión, por reacción contra un estado de ánimo que se había generalizado y que él creía absolutamente injusto, porque le negaba el derecho y la aptitud de gobernar á un pueblo á quien creía haber prestado innegables servicios, el Presidente admitió su candidatura para un nuevo período, y entonces, el grito de NO REELECCIÓN, lanzado al comenzar el año de 76 en el Estado de Oaxaca, repercutió en todos los ámbitos de la República: los amigos del Presidente, en secreto, sus enemigos, ostensiblemente, todos estaban de acuerdo en el *desiderátum* revolucionario.»*

Ciertamente, el Gobierno de Lerdo, no sólo había llegado á la impopularidad sino al completo desprestigio.

El solo amago de una posible reelección, hizo estallar la lucha en todas partes.

Dice el historiador Pérez Verdía:

«La cuestión electoral vino á turbar la tranquilidad, porque una vez acordada por los lerdistas la reelección, á pesar de que en tiempo de Juárez la habían combatido ardientemente, la opinión pública se manifestó adversa y se pronunció el General D. Fidencio Hernández, proclamando, en Enero de 1876, el plan de Tuxtepec, por el cual se desconocía al Gobierno.

«Los Generales Donato Guerra en Jalisco, Méndez y Carrillo en Puebla, Couttolenne en Veracruz, Treviño y Naranjo en Nuevo León, y otros menos importantes, secundaron luego aquel movimiento. Lerdo combatió la revolución, declarando muchas entidades federativas

---

* Lic. Justo Sierra.—México.—«Su Evolución Social.»

en estado de sitio, quitando así sus legítimas autoridades, y enviando un ejército, á las órdenes del General D. Ignacio Alatorre, contra los sublevados de Oaxaca; otro, á las del General D. Carlos Fuero, contra los de Nuevo León, y otro, á las del General D. José Ceballos, contra los de Jalisco.

«Alatorre triunfó en Yanhuitlán y San Juan de Epatlán; Fuero en Icamole, y Carbó en San Pedro; mas la opinión pública, adversa al Gobierno, mantenía por todas partes el espíritu revolucionario.

«El Sr. General D. Porfirio Díaz se puso al frente de su partido, reformó el plan de Tuxtepec en el campamento de Palo Blanco, el 21 de Marzo, proclamando como leyes supremas la Constitución y sus reformas, á excepción de la del Senado, y el principio de la no reelección, desconociendo al Presidente de la República y á todos los funcionarios empleados por él, convocando á elecciones y depositando, provisionalmente, el poder ejecutivo en el Presidente de la Corte, si aceptaba el plan, ó en el jefe de las armas, en caso contrario.

«En medio de una coflagración general, se hicieron por el Gobierno las elecciones, con inusitada violación del sufragio, saliendo en ellas favorecido, como era de esperarse, el mismo Sr. Lerdo, aunque sin mayoría absoluta.

«En el seno del mismo partido lerdista, se mostró un descontento profundo contra su caudillo, que se vió obligado á cambiar su Ministerio, llamando á sus principales amigos; pero era tarde, porque á la sombra de su indolencia había crecido por todas partes el descontento público.» *

La indignación del pueblo estaba revelando que Lerdo no era el gobernante que México necesitaba.

Los hechos han venido á demostrarlo, el país entero lo comprendió, lo sintió ya desde entonces, y Porfirio Díaz, al asumir ante la Historia toda la responsabilidad de una revolución que en beneficio de su pueblo acaudillaba, cumplió con el deber que le imponían su patriotismo, su pasado, su posición y su prestigio.

Al declarar el Congreso, por decreto de 26 de Octubre, que D. Sebastián Lerdo había sido reelecto, D. José María Iglesias, como Presidente de la Suprema Corte, declaró, á su vez, que el Presidente de la República rompía sus títulos legales con la promulgación de tal decreto, equivalente á un golpe de Estado, porque en realidad,

---

* Compendio de la Historia de México, por el Lic. Luis Pérez Verdía. 1906.

en vez de hacer elecciones, se había cometido un fraude electoral, y porque la declaración de la Cámara, lejos de legitimar tal fraude, significaba un escandaloso atentado contra las instituciones.

Sobre la Constitución, nada: sobre la Constitución, nadie, decía el Sr. Iglesias en una protesta, cuya publicación agravó la difícil situación del Sr. Lerdo de Tejada.

Iglesias, después de publicar el manifiesto en que se declaraba Presidente interino de la República por ministerio de la ley, abandonó la capital, y en Salamanca fué reconocido por el General Antillón, con cuyo apoyo empezó á organizar su Gobierno.

Mientras esto pasaba en el Estado de Guanajuato, el General Alatorre, al frente de 3,000 soldados, era completamente derrotado en Tecoac por el General Porfirio Díaz, el 16 de Noviembre de 1876.

Muy sangrienta fué la batalla de Tecoac, tomando parte en ella jefes distinguidos: entre los del Gobierno estaban los Generales Topete, Carbó, Villagrán y Yépez; el Coronel Verástegui, el Comandante de artillería Eugenio Rascón y el Comandante de Estado Mayor Don Cayetano Rodríguez.

Entre los del General Díaz, estaban los Generales D. Juan N. Méndez, D. José Couttolenne, D. Tiburcio Montiel y D. Vicente Riva Palacio.

El combate, sostenido con valentía por ambas partes, había durado ya más de siete horas, sin que el jefe gobiernista hubiera, como aseguran algunos historiadores, obtenido ventaja decisiva.

Pero á las 3 de la tarde, la oportuna llegada del General Manuel González con sus tropas, decidió la victoria en favor de los tuxtepecanos, y el General Alatorre, acompañado por algunos de sus jefes subalternos, huyó con dirección á Santa Ana Chiautémpam.

D. Sebastián Lerdo, impulsado por el pánico, abandonó la capital el 20 de Noviembre de aquel mismo año, y se embarcó en Acapulco, rumbo á los Estados Unidos, de donde no volvió más.

Obtenida la importante victoria de Tecoac, el General Díaz avanzó sobre Puebla, cuya guarnición se le entregó sin resistencia, y de allí, en marcha triunfal y aclamado á su paso por los pueblos, se dirigió á México y tomó posesión del Gobierno el día 26 de Noviembre de 1876.

El Sr. Iglesias, que había tratado de llegar á un convenio con Porfirio Díaz, sin conseguir que sus proposiciones fuesen aceptadas, estaba en Guanajuato.

El General Díaz marchó, dejando como Presidente interino al Sr.

Méndez, con 3,000 hombres sobre Iglesias, quien no contando con fuerzas suficientes que oponerle, y abandonado por casi todos los que días antes le habían reconocido, se retiró, después del insignificante combate de Unión de Adobes, á Guadalajara, y de allí á Manzanillo, en donde se embarcó para los Estados Unidos.

El General Díaz ocupó tranquilamente á Guadalajara el día 7 de Enero de 1877, y el día 11 de Febrero del mismo año volvió á encargarse del Poder ejecutivo con el carácter de Presidente provisional, mientras se hacían las elecciones.

El Gobierno de Lerdo había concluido.

De la interesante obra de D. José Román Leal, que con singular acierto ha juzgado muchos de los asuntos de México, tomamos lo siguiente:*

«Era Lerdo de grandes virtudes, de mucho talento, de extensa ilustración, de severa integridad, inmaculado patriota y con una palabra elocuente y dominadora. Sin ofender á nadie, sin entrar en paralelismos, excusando comparaciones odiosas, á nuestro humilde sentir, fué Lerdo el primer parlamentario de México. Dominaba la tribuna, mas con todas estas condiciones sólo se logra el éxito inmediato de una votación.

«Le faltaba aquella condición suprema que determina los grandes caracteres y era la sobresaliente de Juárez. Le faltaba la idea fija....

«Todo lo fiaba á la palabra; un discurso era su cañón de batir; no conocía otra arma. Para lo demás, tenía un expediente, buenas promesas y dejar correr el tiempo. El tiempo resuelve muchas cosas; pero es con el cansancio y aburrimiento de los hombres. Este es el peor y más funesto de los métodos políticos, porque hace el vacío entre amigos oficiales; los íntimos se dispersan, y en el día crítico no hay uno que dé por el hombre su voluntad, su sangre y su vida. Lerdo no pudo identificar con él, ni á sus propios Ministros.

«El otro error de D. Sebastián, fué el de no haber cultivado la ciencia económica, tal vez por falta de tiempo, acaso por prevenciones de jurisconsulto.

«Lerdo no pudo comprender la teoría de los gastos reproductivos, y partiendo de los errores que viciaban la opinión general del país, tuvo miedo al oro extranjero y más aún al americano.

---

* «Proceso de la Historia (momento supremo), Europa y América,» por D. José Román Leal. —México.— Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.—1890.

«Este error del hombre de Estado resolvió su caída.

«Habían llegado los tiempos de necesidad de explotar la riqueza, organizando la Administración, y no era posible estancar y movilizar la riqueza territorial sin capital circulante. El pueblo sentía la asfixia, y al llegar á su noticia los planes de Tuxtepec, se fué tras lo desconocido, buscando la huella de su esperanza perdida. El plan de Tuxtepec, que era la intuición de una necesidad sentida, no fué bien entendido por muchos del partido liberal, los cuales creyeron alcanzar el vellocino de oro al día siguiente de la victoria. Triunfó la idea en que palpitaba la necesidad, y allí empezó el compromiso de los hombres de Tuxtepec.

«Entonces se empeñó una campaña desconocida, librando rudas batallas en el campo de los intereses materiales. Lograda la paz, era una labor de progreso orgánico, erizada de dificultades, la que se emprendía.

«El plan de Tuxtepec no significaba un programa. Era un manifiesto; era, lo que no podía menos de ser, lo que son todos estos documentos, una capitulación de cargos, más bien que una exposición de doctrina. Era un trabajo de intuición.

«Era la expresión de una necesidad sentida, la necesidad de consolidar la obra de la libertad.

«Así vinieron los hombres de Tuxtepec. Bien pronto se apercibieron de que se encontraban en un campo de acción desconocido; no se presentaba ni podía presentarse cuestión política, pues ésta se había resuelto por sí misma con el triunfo de la Constitución de 1857; pero quedaba *un problema de administración.*

«El negocio se mostraba asaz peliagudo, porque no podía someterse á sablazos, y demandaba una labor de sacrificio y paciencia donde todo sobraba y faltaba todo. Sobraba el territorio en baldíos y fundos que los propietarios no podían explotar; sobraban el diezmo y los arbitrios insostenibles de feudales orígenes; sobraban intereses privados en protesta y aspiraciones imposibles de satisfacer; sobraban oposiciones sistemáticas y también impaciencias inverosímiles; sobraban hábitos de monopolio y holganza, de defraudación y de merodeo, como que la guerra en todas partes es un desorden puesto en actividad, que perturba las costumbres y solamente sostiene las virtudes del valor, del patriotismo y del sacrificio generoso de la sangre y de la vida.

«Pero la campaña administrativa solamente pueden hacerla los hombres con el pasivo valor cívico, con la tenacidad imperturbable,

con el estudio y la observación, con el heroísmo de los ensayos malogrados, con la enseñanza diaria de los errores de cálculos y con el sacrificio de su popularidad, mientras el público, siempre indocto, empieza á reconocer, por los beneficios que recibe, la inteligencia de los administradores; pero ésto viene tarde.

«Sobraba cuanto hemos dicho, mas en cambio, faltaban hombres de administración, y era preciso formarlos; faltaban rentas y era necesario crearlas; faltaban hábitos de disciplina fuera del campamento, y era indispensable hacerlos; faltaba capital circulante, y era imprescindible importarlo; faltaba trabajo y no se podía prescindir de estimularlo y promoverlo; faltaba confianza y había apremiante necesidad de inspirarla.

«Este último punto era el más difícil, pues si vino á la Administración lleno de prestigios el ilustre caudillo de Tuxtêpec, la temperatura del entusiasmo fué bajando al ver que el bien esperado no brotaba á raíz de la victoria.

«En la campaña de guerra se da la batalla: doscientos prisioneros, cinco banderas, diez y seis cañones, el enemigo en fuga, todo esto es brillante, ruidoso, se celebra. Viene la derrota y se siente y se acalora el espíritu público con el afán de la revancha. Ambas cosas todo el mundo las comprende. En las luchas económicas, los desastres repercuten en la cocina y las victorias sólo se ganan á plazo, sin música que las celebren, sin poetas que las canten, sin pueblo que de momento las comprenda.

«Tal era la situación y el compromiso de los hombres de Tuxtepec.»

Difícil, en verdad, era la situación y grande el compromiso contraído. Por fortuna, y para bien de nuestra Patria, Porfirio Díaz era el primero en comprenderlo.

He aquí las propias frases del General Porfirio Díaz, en Jefe del Ejército Nacional Constitucionalista, encargado del Poder Ejecutivo, al abrir sus sesiones, en 1º de Abril de 1877, el Congreso electo con arreglo á la Convocatoria de 23 de Diciembre de 1876:

«Ciudadanos Diputados: la breve reseña que acabáis de oir, no manifiesta por completo, aunque ella se extendiera más, cuál es el estado que guarda el país, si no os anunciara, como lo hago con grande satisfacción, que toda la República se encuentra en paz. Este hecho, de grande importancia siempre, tiene hoy una significación cuyo valor no se puede desconocer.

«Cansado el país de los abusos del Gobierno anterior, buscó en la

insurrección, suprema razón de los pueblos ultrajados, el remedio de sus males, y espera tranquilo gozar de los bienes que la revolución le ha prometido, bajo el amparo del Código Fundamental. Hoy que la época de la reconstrucción constitucional comienza, deber, y muy sagrado de todos los funcionarios públicos, es procurar realizar, á fuerza de probidad, de constancia y de patriotismo, esas esperanzas del pueblo. Restablecer por completo el imperio de la Constitución, afirmar la paz, proteger bajo su benéfico influjo todos los intereses legítimos, para desarrollar los grandes elementos de riqueza del país: he aquí la grandiosa y noble tarea que vuestra misión os impone, tarea cuya ejecución dejará satisfechas las aspiraciones de la revolución y llevará á México á la prosperidad á que sus destinos lo llaman.

«La República toda está pendiente de vuestros primeros actos; ella espera de vosotros que, inspirados íntimamente del sentimiento del bien público, abordaréis con fe y valor las difíciles cuestiones sometidas á vuestra resolución, y volváis al país á su quicio natural, del que lo sacó temporalmente una revolución reclamada por la moral y la justicia. Todas vuestras determinaciones, todos los esfuerzos que hiciereis para restablecer sólidamente el imperio de la Constitución, tranquilizar los ánimos é impulsar á la Nación en el camino de su progreso y engrandecimiento, encontrarán en el Ejecutivo la cooperación más eficaz y el aplauso más sincero.»

Ya en la circular de 16 de Febrero del mismo año, el Sr. Tagle, Ministro de Gobernación, había dicho lo siguiente:

«Tengo también orden del ciudadano General en Jefe, de consignar en esta vez otra declaración de no menor importancia. Persuadido de que los gobiernos exclusivistas no tienen las miras levantadas que se necesitan para reconstruir constitucional y establemente un país tan trabajado por las revoluciones como el nuestro, desea gobernar con el partido liberal nacional, sin distinción de círculos ni de banderías: desea tener á su lado á todos los mexicanos que sincera y lealmente acepten, acaten y respeten la Constitución y sus adiciones y reformas. Llama á su lado á todos los ciudadanos, y aceptará con gusto la cooperación de todas las inteligencias y aptitudes, en la difícil tarea de la reconstrucción constitucional. El ciudadano General en Jefe tiene la noble ambición de reorganizar el partido liberal, y cree que esta es la ocasión de dar el primer paso en ese camino, no manteniendo exclusiones sino para el crimen y para la resistencia á aceptar nuestras instituciones y á obedecer nuestras leyes.»

Tal era el gran programa del nuevo gobernante.

Los hechos han venido á demostrarnos que sabría realizarlo.

Verificadas las elecciones, el Congreso declaró solemnemente que el voto popular había favorecido en los comicios al Jefe del Ejército Nacional Constitucionalista, y el General Porfirio Díaz tomó posesión de la Presidencia constitucional de la República, el día 5 de Mayo de 1877.

En la segunda parte de esta obra,* procuraremos exponer, tan extensamente como sea posible, la prodigiosa labor del gobernante que ha logrado crear una nacionalidad, transfigurando un pueblo. Pero entretanto, juzgamos oportuno recordar que la primera promesa del «Plan de Tuxtepec,» la no reelección, fué debidamente cumplida por el General Díaz al terminar el primer período constitucional de su Gobierno.

---

* La segunda parte se titula: «El primer siglo de un pueblo,» y se publicará próximamente.

XXVI.

EL GOBIERNO

DEL SR. GRAL. D. MANUEL GONZÁLEZ.

EL 1º de Diciembre de 1880, día en que el General González tomó posesión de la Presidencia, el General Díaz pronunció, en el Salón de Embajadores, el siguiente discurso.

CIUDADANO PRESIDENTE:

«Desde que se promulgó la Constitución que nos rige hoy, es la primera vez que el cambio de la persona encargada del Poder Ejecutivo, se hace por elección conforme á las leyes. Por este acontecimiento, que se verifica después de veintitrés años, en que el pueblo, siempre patriota y generoso, ha hecho grandes y sangrientos sacrificios, debemos los mexicanos darnos los plácemes más cordiales.

«Creo, Ciudadano Presidente, que el cambio de personal, aun cuando fuera violento, no debería romper la marcha administrativa y política de la República; conviniendo, por el contrario, encadenar los trabajos iniciados, en cuanto fueran aceptables, para economizar ensayos, siempre costosos; pero es aún más clara esa conveniencia, cuando el cambio se hace en plena paz, conforme á la Ley Fundamental del Estado.

«Tócame, pues, manifestaros, aunque sólo sea indicando los puntos prominentes, el plan que me propuse al encargarme del poder que

tengo la satisfacción de entregaros, en cumplimiento de una prescripción soberana.

«He creído y creo, que la paz pública, fundada en la práctica severa de la Constitución, era mi punto objetivo, y como no hay paz duradera sin bienestar ó su esperanza inmediata y segura, dediqué todo mi cuidado á impulsar el movimiento mercantil, tanto en el interior como en el extranjero.

«Empiezan apenas á percibirse los frutos de este trabajo; pero estando bien adelantado su establecimiento, yo no dudo que sabréis continuarlo y mejorarlo, como el pueblo que os eligió, desde ahora se lo promete.

«En los informes periódicos, que en cumplimiento del artículo 63 de la Constitución he rendido al Congreso, y en una exposición que saldrá á luz dentro de pocos dias, encontraréis los trabajos conducentes al mencionado propósito, lo mismo que su desarrollo sucesivo, y sus detalles en los expedientes que obran en las respectivas Secretarías. Cumplo, sin embargo, mi promesa de indicaros los puntos más culminantes de mi Administración.

«El Gobierno ha subvencionado, en ambos mares, líneas de vapores bastantes á nuestro tráfico, imponiéndoles tarifas convenientes al comercio, y ha protegido al de buena fe, no menos que al Fisco, con una severa persecución al contrabando y á los empleados poco celosos, aumentando los resguardos y contra-resguardos, comprando lanchas de vapor para el servicio fiscal, y cobrando con indulgencia en los casos de comiso que no entrañan dolo.

«Hay de notable en el ramo de Fomento, sobre nuestra ya importante red telegráfica y sobre los muchos caminos de fierro que se construyen en los Estados, el Interoceánico del Istmo de Tehuantepec y las cuatro vías troncales que ligarán la Capital con la costa del Pacífico y con la frontera del Norte. Todos estos caminos se construyen con subvención del Gobierno, y por su cuenta exclusiva los de Tehuacán y valle de Texmelucan.

«Como resultado de la protección que el Gobierno ha podido dispensar al comercio, sus rentas han mejorado, permitiéndole satisfacer oportunamente sus gastos civiles y militares, subvenciones de líneas de vapores y ferrocarriles, y los abonos anuales al adeudo americano, incluso el que se vence en Febrero del año entrante, que ya está pagado.

«El ejército está equipado y educado convenientemente, uniformado su armamento del sistema Remington, dotado con buenas y su-

ficientes baterías, y la fábrica de éstas, de armamento portátil y de municiones, en mejor estado que el que hasta ahora habían tenido.

«Los Reglamentos, Tácticas y Ordenanza General del Ejército, así como el Colegio Militar y la Marina Nacional, han sido reformados, como lo exigen los adelantos del arte.

«Nuestras relaciones con las potencias amigas, son cordiales. Se han reanudado algunas que estaban interrumpidas, y no hay motivo para temer que se alteren las que hoy cultivamos.

«El estado actual de la paz y seguridad interior es también satisfactorio.

«Permitidme, Ciudadano Presidente, que al pasar á confundirme en la masa de mis conciudadanos, os exprese el deseo de que vuestro período gubernativo sea para la República una era de bienestar, prosperidad y progreso.»

Terminado el discurso que en contestación al anterior pronunció el General González, el Sr. General Díaz abandonó el Salón de Embajadores y se dirigió á pie á su casa de la calle de Santa Inés, acompañado por los Sres. Mariscal, Berriozábal, Pacheco y Toro, que habían sido sus ministros, y escoltado por el pueblo, que tributó en esta vez una merecida ovación al honrado ex-Presidente.

«El Señor General de División D. Bernardo Reyes, ha dicho en una de sus obras:

«El General González, hombre de gran valor y de reconocida energía, fué siempre apto para la guerra; pero en el gobierno de que se hizo cargo en Diciembre de 1880, no manifestó dotes administrativas.»

En efecto, la administración del Señor General D. Manuel González, que empezó bajo muy buenos auspicios, terminó en una completa bancarrota.

Como acontecimientos notables de esa época, pueden citarse el establecimiento del Banco Nacional de México; la emisión de la moneda de níquel, cuyo completo descrédito provocó asonadas populares; el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre México y el Reino Unido de la Gran Bretaña, y el proyecto de convenio con los tenedores de bonos de la deuda inglesa, que fracasó ante la decidida oposición de la Cámara de Diputados y la patriótica indignación de los estudiantes que se pusieron á la cabeza de un movimiento sedicioso de proporciones alarmantes.

Durante el período del General González, se reformó la Constitución de 1857, quitando al Presidente de la Suprema Corte, la facultad de substituir al Presidente de la República, que por la nueva ley

debería ser substituido, en sus faltas temporales ó absolutas, por el Presidente del Senado, y se expidieron algunos códigos que en la actualidad no están vigentes.

Al terminar este cuatrienio é inagurarse el nuevo período constitucional del General Díaz, la situación hacendaria era de todo punto insostenible.

Del informe presentado por el Señor D. Manuel Dublán, Secretario de Hacienda, tomamos lo siguiente:

«Parece conveniente dar principio á este informe, presentando á la consideración del Congreso, una noticia de las obligaciones que pesaban sobre las rentas federales el día 1º de Diciembre de 1884.

«Conforme á las constancias que obran en este Ministerio y en la Tesorería General, dichos gravámenes eran los siguientes:

«Las aduanas de Tampico y de Matamoros, tenían comprometido el 94,87 % de sus ingresos; las de Veracruz, Laredo, Mier y Camargo, el 87,87 %; las demás aduanas, el 87,37 %. De manera que algunas aduanas sólo tenían libre el 5,13 % de sus productos, y las menos gravadas apenas podían disponer del 12,36 % de los ingresos.

«Además, las oficinas recaudadoras del Distrito Federal, reportaban las siguientes obligaciones:

«La totalidad de los ingresos de la Dirección de Contribuciones, se entregaba al Banco Nacional, para el servicio de la primera serie del empréstito de treinta millones.

«La Administración General de Rentas del Distrito y la Lotería Nacional, entregaban al mismo Banco, por contrato de 10 de Octubre de 1884, la primera, $2,000 diarios, y la segunda, la totalidad de sus productos libres.

«Las casas de moneda de México, Durango, Guadalajara, Culiacán, Álamos, Hermosillo, Guanajuato, Zacatecas, Chihuahua y San Luis Potosí, estaban arrendadas á empresas particulares y reportaban un gravamen de $2.384,568.67, que en su mayor parte causaban réditos al 6% anual.

«Además, se habían recibido del Banco Hipotecario, en tres diferentes préstamos, ochocientos ochenta mil pesos, ministrados por dicho establecimiento, con hipoteca de los siguientes edificios y propiedades nacionales:

«Cuarteles de Peralvillo, de Inválidos (en Santa Teresa) y de San Ildefonso; Escuela de Artes y Oficios para hombres; de niñas, en la Encarnación, y de Bellas Artes; Aduana de Santo Domingo, Hospital de Terceros, Ferrocarril de San Martín, Observatorio Astronómi-

co, Hacienda de la Ascensión y de San Jacinto, y Escuela de Agricultura.

«Estos préstamos deben amortizarse en veinte años, con exhibiciones trimestrales de $24,200.

«Gravadas las rentas públicas en la proporción que acaba de especificarse; reducidos los ingresos en más de 6.000,000 de pesos, respecto de los que hubo en el año anterior, como se verá por el cuadro comparativo de productos que figura en el lugar correspondiente de esta Memoria, y teniendo que pagarse un presupuesto de más de 40.000,000 de pesos, y que afrontarse un déficit de más de 23.000,000, procedente de anteriores ejercicios, saltan á la vista y no hay para qué encarecer las dificultades de aquella situación.»

Durante este desastroso período, fué electo Gobernador de Oaxaca, el General Díaz, quien dando una prueba de estimación á su Estado natal, renunció la Secretaría de Fomento y fué á desempeñar su nuevo cargo, en el que sólo permaneció nueve meses, y una vez que hubo organizado la administración de aquella entidad federativa, pidió licencia, que le fué concedida, y con su carácter de General en cuartel, estableció su residencia en México.

XXVII.

EL GOBIERNO DEL SR. GRAL. PORFIRIO DÍAZ.

ECLARADO Presidente Constitucional para el período de 1884 á 1888, el General Díaz tomó por segunda vez posesión del Gobierno, con gran satisfacción del pueblo mexicano.

Desde entonces ha venido desempeñando, sin interrupción, durante veinticuatro años, el alto puesto de Presidente, con la unánime aprobación de los mexicanos y el general aplauso de los extranjeros.

No faltan, sin embargo, algunos descontentos, que sin desconocer la magnitud de la obra realizada, sostengan, con capciosos argumentos, la conveniencia ó la necesidad de que Porfirio Díaz abandone su puesto, para que así pueda saberse si el pueblo mexicano es en la actualidad capaz de conservar su paz y proseguir su progresiva marcha bajo la dirección de un nuevo gobernante.

Otros pretenden convencernos de que el omnímodo poder del actual Presidente, ha impedido, hasta ahora, la formación y elevación de hombres de gobierno, de estadistas que puedan substituirle.

Me parece oportuno reproducir aquí, algunos de los conceptos emitidos por uno de esos pocos escritores, que aun juzgando necesaria la permanencia del General Díaz al frente del Poder Ejecutivo, creen que se debe dar al pueblo mexicano, más, mucha más libertad de la que tiene, que por cierto le ha bastado para llegar al engrandecimiento ha que llegado:

«Desde entonces, cada vez que se acerca el término del período presidencial, corre un estremecimiento de un extremo á otro de la

República, y surge una duda sombría, no respecto al sucesor del General Díaz, sino á si éste se prestará á continuar en el poder, á pesar de los años y de la fatiga consiguiente que se vienen acumulando en él; y se invoca su patriotismo; se evoca cuanto puede influir sobre su espíritu; concurren en masa todas las clases sociales, identificadas en una aspiración común, y, en la forma de súplica y usando de un derecho sacratísimo, le imponen el deber de continuar en su puesto, para que dé término á su grandiosa obra, ó, al menos, la adelante lo más posible.

«El Sr. General Díaz ha dicho y repetido, que ya es tiempo de que él se retire; y la Nación le ha contestado que ese tiempo no llegará mientras él viva y marche por la senda que él mismo se ha trazado.

«Nos dice que debemos fijarnos en un sucesor; y después de medir la talla de nuestros contemporáneos, le respondemos que ninguno da la medida.

«Nos pregunta qué haremos el día en que llegue á desaparecer, pagando el fatal tributo á la muerte. Y le contestamos, que entonces pondremos en el lugar vacante á aquél que más se acerque á sus tamaños, obligados por la necesidad; pero que mientras no llegue ese caso extremo, tenemos el derecho y el deber de aprovechar lo mejor conocido, sin procurar ensayar con lo bueno por conocer.

«¿Qué es lo que inspira á nuestra sociedad respuestas tan juiciosas á preguntas y objeciones tan sensatas? El instinto de conservación, más arraigado hoy que nunca, porque por primera vez vemos que la vida nacional es buena; y á ese instinto supremo se une el de la utilidad, porque también por primera vez vemos que el trabajo nacional es bueno, remunerativo, que aumenta los goces de la vida pública y de la privada; que proporciona mayor instrucción; que constituye una verdadera fuerza creadora; que nos obliga á reflexionar sobre lo pasado, á ocuparnos en lo presente y á prever para lo porvenir, llevándonos hacia lo desconocido en una marcha triunfal....

«Esas dudas, cuando se acerca el término del período constitucional, y ese entusiasmo, cuando vemos consumada la reelección, no son fenómenos locales, sino que encuentran eco prolongado en el mundo entero, pues no hay nación que no tenga hoy fijas sus miradas en nuestra patria, tan humilde, tan desdichada, tan desconceptuada hasta hace pocos lustros, y hoy envidiada por algunos, citada como admirable modelo por muchos y respetada por todos.

«Tales simpatías, son hijas, en gran parte, de la admiración que profesan en el extranjero á nuestro ilustre gobernante, y se deben,

también, al pueblo mexicano, que ha sabido apreciarlo en vida, en todo su valor, y se ha identificado con él, convirtiéndolo en un símbolo de su fortuna....

«Es lo más justo que aquellas naciones que poseen intereses en México, ya porque aquí radican y trabajan súbditos de ellas, ya por los capitales que en industrias privadas ó en obras públicas, ó por cualquier otro título, han invertido en nuestro país; nada más justo, repetimos, que tengan el mayor interés en la paz y en la prosperidad de México, y en que al frente del Gobierno se encuentre un hombre que dé las más perfectas garantías de orden y progreso, de moralidad administrativa y de honradez en el cumplimiento de todos los compromisos contraídos.

«Y esa opinión universal es favorable, en extremo, al Sr. General Díaz, como lo revela la prensa extraña con sus elogios, los gobiernos con las distinciones tan honoríficas que le prodigan á porfía, así como á sus principales colaboradores....

«*Es indispensable que el Sr. General Díaz concluya su obra.*—No faltará quien pretenda que este argumento es falso, creyendo que por tal obra entendemos el apogeo definitivo de México, llevando al máximo su desarrollo. Nada más lejos de nuestro pensamiento, pues bien sabemos, por las lecciones de la Historia, que los pueblos no se desarrollan con tanta prontitud como los individuos, y que, además, poco dura lo que pronto alcanza su plenitud de vida.

«La obra es larga y lenta por su propia naturaleza, y lo único á que aspira el Sr. General Díaz, y tenemos derecho á esperar de él y de la actual generación, es que acaben de dar á la patria su manera de ser, eliminando todos los elementos nocivos, robusteciendo los principios, creando algunos que aumenten su vitalidad, para dejar firmes, sólidos é inamovibles, los cimientos en que ha de descansar el soberbio edificio, como hemos repetido tantas veces....

«Falta, por último, que la situación sea tan clara, que la administración esté tan perfeccionada, que el sistema sea tan completo y simplificado, que al dejar el Sr. General Díaz el poder, el juicio hereditario por testamento ó *ab intestato*, no ofrezca dificultades, no dé lugar á litigio, ni menos aún concluya en bancarrota, á fin de que el llamado á sucederle, pueda proseguir la obra sin tropiezos ni vacilaciones, y no se note solución de continuidad; en una palabra, que su sucesor encuentre resueltos todos los principales problemas políticos, económicos y sociales; que no tenga necesidad de crear, sino de fomentar; que no tenga luchas que emprender, sino victorias que ex-

plotar; para que, aunque carezca de las excepcionales dotes del actual Presidente, pueda administrar con idénticos brillantes resultados.

«Por eso creemos hoy necesaria la reelección, como la creen todas nuestras clases sociales, todos nuestros partidos políticos y todas las potencias que cultivan relaciones con México....

«El Sr. General Díaz nos ha demostrado, durante los largos años que lleva de estar en el poder, que ni lo pretendió por ambiciosa vanidad, ni lo ha ejercido en provecho propio, ni siquiera de un partido; sino que trajo una ambición legítima, la de un patriota, y que lo ha ejercido en provecho de lo que hay de más noble y de más grande para un patriota: la Patria.

«Y el pueblo que tuvo, por intuición, en el caudillo su mejor esperanza, ha llegado á tener por convicción íntima, fundada en la razón y la experiencia, la más ardiente fe en el gobernante....

«Además, había la esperanza de que entrase el General Díaz en una nueva evolución, ensanchando la libertad, dando una participación más directa al pueblo en la cosa pública, y que permitiese la revelación de nuevas personalidades políticas.

«Esa era nuestra esperanza; esa es nuestra esperanza todavía.» *

«Engañan á sabiendas, los escritores que aseguran que el Presidente Díaz no ha tolerado que en México se formen estadistas, ni ha permitido á los hombres de valer y de talento, desplegar sus energías y mostrar sus aptitudes políticas ó administrativas.

Desde el primer período de su ascenso al poder (y la Historia está ahí para probarlo), el Presidente Díaz ha hecho, exactamente, todo lo contrario.

Ha venido buscando, ha venido creando, ha venido formando ó procurando formar estadistas, *hombres de Gobierno.*

Á cuantos se han señalado, á cuantos se han distinguido, á cuantos han siquiera revelado algunas aptitudes, les ha favorecido, encomendándoles puestos de importancia: Gobiernos, Ministerios, y hasta la Presidencia misma, colocándoles así en las condiciones más propicias para exhibir sus cualidades.

Es un alto deber de virtud cívica el que ha cumplido el honrado gobernante al aceptar en su Administración, sin distinción de creencias, principios ni partidos, á cuantos ciudadanos han sido señalados por la opinión pública como capaces de gobernar un pueblo.

---

* Rafael de Zayas Enríquez.

No es culpa suya, si los hombres por él escogidos, de preferencia entre los que el pueblo ha señalado, no han sabido corresponder á la esperanza que en ellos se cifraba; y es injusto, es absurdo exigirle la forzosa, la imposible creación de grandes hombres y de grandes figuras que puedan substituirle.

Por lo demás, no es á Porfirio Díaz á quien le toca formar ni designar su sucesor, ya que hasta los oposicionistas sistemáticos han convenido en que: *el poder no es una propiedad que pueda ser incluida por el Presidente Díaz en una cláusula de su testamento.*

Llegada la ocasión, es al país entero, al pueblo mismo, á quien le toca designar y escoger su candidato.

Sólo unos cuantos descontentos son los que pretenden que el Presidente Díaz, ó abandone su puesto contra la voluntad de la Nación entera, ó dé completa libertad á otros tantos revoltosos, para que al amparo de los grandes, pero en la actualidad irrealizables ideales que proclaman, puedan sembrar de nuevo la discordia y agitar el país con prematuras conmociones.

Deben tener muy poco patriotismo los ingratos que pretenden privar á la Patria del mejor gobernante que ha tenido.

Porque, en resumen, lo que «dos» ó «tres» politicastros ambiciosos pretenden, y aconsejan al Presidente Díaz, es lo siguiente:

«Abandona tu pueblo y tu puesto, y abandónalo en el momento mismo en que más te necesite la Nación, y cuando estás ya á punto de coronar tu magna obra.

«Destruye el edificio que con tantos afanes has construido, derrumba ese soberbio monumento que á la Paz y al Progreso has erigido.

«Da libertad completa, no al pueblo mexicano, porque éste ya la tiene y vive trabajando, tranquilo, satisfecho, feliz, agradecido y confiando en que su fiel caudillo no habrá de abandonarle, mientras viva. Da libertad completa á todos esos intrigantes ambiciosos, que pretenden volver á colocar á tu país en las aciagas circunstancias en que se hallaba hace treinta años.....

«¿Y todo para qué?

«Pues en primer lugar, para que pases á la Historia con el glorioso nombre de abnegado, y se te pueda comparar con Washington; y después, para ver si es posible que entre las luchas, las revueltas y el desorden que tu separación provoque en el país entero, surja el improvisado hombre maravilloso que ha de substituirte.

«Y en el remoto caso de que surja, no le dejes la grande, la costo-

sa herencia de paz y de progreso que con tantos afanes has acumulado.

«Déjale un país desordenado, enardecido, en pleno torbellino de lucha electoral; aunque para ésto tengas tú mismo que formar partidos que subleven al pueblo y siembren la discordia, y le dividan en facciones y en banderías personalistas que se disputen el triunfo, y nos ayuden á nosotros los politicastros, á escalar algún puesto en el nuevo Gobierno: en el que venga, sea cual fuere, pues á decir verdad, un puesto es lo que más nos interesa.

«Si tal haces, si nos das ocasión de aprovecharnos, ya puedes, desde ahora, contar con nuestro aplauso.

«Mira que en el actual orden de cosas, nosotros no podríamos encumbrarnos. La paz que has conquistado, no es un generador de hombres de Gobierno.

«Para que éstos se formen y salten á la arena, es necesario que vuelvan los disturbios, y las luchas, y la anarquía, y el fratricidio.

«Así es como nosotros lo creemos; así es como pensamos.

«No vaciles en desquiciar tu obra, y por salvar tu nombre, sacrifica á tu Patria y vuelve á hundir al pueblo que te aclama, en los tristes horrores del pasado, en aquel hondo abismo de miseria, del que tan sólo á costa de tu sangre pudo arrancarle un día tu mano bienhechora.

«Deja que la Nación corra la suerte que el destino le tenga deparada, y piensa sólo en ti....

«¡Tu gloria antes que todo!

«Los malos mexicanos venimos á tentarte, como Luzbel tentó á Jesús en la montaña.

«No vaciles....

«Sobre la dicha de la Patria, puede pasar tu nombre hacia la Historia, ornado con este último, ilusorio laurel que te ofrecemos....»

¿Y esto es lo que pretenden, y esto es lo que aconsejan al que ha creado la nacionalidad mexicana?

Tal pretensión, ni es justa, ni patriótica, ni honrada.... representa un absurdo, envuelve una traición, y el gran patriota debe despreciarla.

Nosotros no podemos decir, con absoluta precisión, lo que hará el Presidente en el próximo período; pero estamos seguros de que hará algo tan grande, que logrará sobrepasar todo lo bueno que hasta ahora ha hecho.

Quien ha visto, ha estudiado y comprendido la gran obra política

de este hombre superior, á cuya penetración y á cuyas altas miras no escapan ni los mínimos detalles de lo presente, ni las trascendentales amenazas de lo futuro, puede vivir tranquilo, en la seguridad de que la marcha que Porfirio Díaz ha de seguir de hoy en adelante, ha de ser muy distinta de la que en los pasados tiempos ha seguido.

¿Que el pueblo necesita libertades superiores á las que ahora tiene? Pues las tendrá, no hay que dudarlo.

¿Que hacen falta partidos y libertad electoral completa y grandes luchas en la tribuna, en el parlamento y en la prensa, para educar, aguerrir y preparar á la generación que viene? Pues también los habrá....

Sólo que la transformación tendrá que ser muy lenta, prudente y mesurada para que no resulte intempestiva.

Grandiosa desde el prólogo viene siendo la obra de Porfirio, y los que hemos crecido á la sombra de esa obra de paz y de progreso, jamás descaminada, jamás interrumpida, tenemos fe completa en el epílogo.

Como nosotros opinan, de nuestra fe participan, y con imparcial sinceridad elogian á nuestro insigne Presidente, cuantos notables escritores europeos y americanos se han ocupado en estudiar nuestro Gobierno.

«He aquí, dice Bourgeois, la obra que merece ser puesta ante los ojos de todas las naciones, para servir de lección á las unas, de ejemplo á las otras, é inspirar á todas estimación y simpatía por un pueblo capaz de tal engrandecimiento. En verdad, cualquiera de los hombres de Estado, en Europa, estaría orgulloso de semejante resultado: nadie vacila en colocar á los que lo han logrado, sobre todo al Presidente Porfirio Díaz, entre los más hábiles políticos y los mejores administradores de nuestro tiempo.»*

George W. Crichfield, norteamericano, escritor distinguido, que en su obra «American Supremacy» trata muy duramente á las repúblicas latino-americanas, hablando del Sr. General Díaz ha dicho lo siguiente: «Entre los gobernantes producidos, tanto por los pueblos

---

* Léon Bourgeois. «Le Mexique au débout du XX siécle.» Par MM. Le Prince Roland de Bonaparte, Léon Bourgeois, Jules Claretie, D'Estournelles de Constant, A. de Foville, Hipolyte Gomot, O. Gréord, Albin Haller, Camile Krantz, Michel Lagrave, Luis de Launay, Paul Leroy-Beaulieu, E. Levasseur, le General Niox, Alfred Picard, Elisée Reclus. Paris. Librairie Delagrave. 15, rue Souflot.

del Norte, como por los del Sur de América, se destacan conspicuos dos nombres: Porfirio Díaz y Don Pedro II.

«Son, indudablemente, estos dos hombres los más grandes gobernantes que hasta ahora ha producido la América Latina, y todos los demás están muy lejos de ellos.

«Cosa extraña: los dos hombres son de muy diversas inclinaciones personales y de muy diferente carácter, y lo que más asombra es que dos individuos, caracterizados por tan distintas y casi antitéticas peculiaridades, hayan podido llegar, substancialmente, al mismo resultado, esto es, á la organización de dos, realmente, fuertes y eficientes gobiernos, con los elementos que existen en México y en el Brasil.»

"GENERAL PORFIRIO DÍAZ."

«Por sus proezas y su genio, este gran hombre ocupa el primer puesto á la cabeza de todos los gobernantes y estadistas que ha producido la América Latina.

«Mientras más vemos al General Díaz, mientras más estudiamos su labor en la vida, más admirable y grande le encontramos.

«Es una de las grandes figuras del mundo, y su fama le coloca á la altura de los más poderosos talentos constructivos de todas las naciones y todas las edades.

«En un capítulo anterior, hemos descrito la carrera y el carácter de Bolívar, un portentoso atolondrado, irresponsable, un medio loco, cruel y temerario: el más notable carácter de su tipo que el mundo ha producido; la encarnación de la energía, de la perseverancia, de la destrucción y de la auto-glorificación.

«En Porfirio encontramos la verdadera antítesis de aquel tipo: un tremendo carácter, consagrando sus vastas facultades intelectuales á construir, jamás á destruir. Un hombre, personalmente más valiente, y como General, más grande que Bolívar, sin tener el fanatismo, ni el salvajismo, ni la crueldad de aquel desalmado.— Díaz se distingue y está sobre Bolívar por su manifiesta buena fe y sus extraordinarias dotes constructivas y administrativas. De la desolación y la anarquía, Díaz ha hecho surgir un pueblo fuerte, una Nación que, si prosigue por el camino de la paz y de la equidad que Díaz, su verdadero padre, le ha trazado, puede contar con la leal amistad y con la ayuda moral y material del Gobierno de los Estados Unidos, en cualquiera emergencia.

«Comparadas con esta soberbia obra, las obras de los otros gobernantes de la América Latina, exceptuando la de Don Pedro II, resultan bien pequeñas é insignificantes.

«La potencia fundamental del carácter de Díaz, es la buena fe. Cuando él contrae un compromiso, lo contrae con la honrada intención de cumplir debidamente.

«Las pequeñeces no le preocupan. Su gran golpe de vista puede abarcar, con amplitud, las grandes manifestaciones de la civilización en su extenso conjunto. Ha consagrado todas sus energías y todas sus aptitudes de organizador, á transformar á México en una gran Nación, y lo ha logrado, haciéndose admirar de todo el mundo.

«Díaz es digno de que se le compare, no sólo con las grandes figuras de la América Latina, sino con los más grandes y capaces gobernantes de la Tierra. Su obra recuerda la de Bismarck, unificando el Imperio Alemán, y es parecida —excepto en la crueldad,— á la de Pedro el Grande, la encarnación del desarrollo y engrandecimiento nacional.

«Nuestra misma Nación no ha producido más que un hombre que haya mostrado tan variadas cualidades, así en la paz, como en las vicisitudes de la guerra: George Washington.

«Lincoln es una de las figuras inmortales del mundo; poseyó todas las cualidades del estadista y del patriota en un grado tan alto, que nadie le ha igualado; pero no tuvo el preeminente talento militar de Díaz.

«El General Grant fué un gran soldado, probablemente más grande que Hannibal, Welington ó Lee, y quizás igual, por su habilidad para combatir, á cualquiera de los grandes capitanes que han vivido; pero Grant era lamentablemente deficiente como estadista. Porfirio Díaz es á la vez un soldado y un estadista combinados —legislador, juez y ejecutivo,— es el conjunto de todas las virtudes y de todas las capacidades necesarias para formar la personalidad completa de un gobernante digno de figurar al lado de Washington, Lincoln, Bismarck y Federico el Grande. Porfirio Díaz no pertenece á México; pertenece al Mundo.» *

Halagador á nuestro noble patriotismo es el juicio de Chrichfield, quien como Roosevelt, Root y muchos otros ilustres norteamericanos, estima el Gobierno del Sr. General Díaz en todo lo que vale.

---

* American Supremacy.—By George W. Crichfield.—New York.—Brentano's.—1908.

Satisfechos con el honor que se hace á un compatriota, los mexicanos estamos orgullosos de contar entre nuestros conciudadanos, un hombre á quien los extranjeros más altivos no vacilan en comparar con sus más grandes é insignes gobernantes.

Generalmente se nos juzga tan mal, que por mi parte, siento profunda gratitud ante los homenajes tributados por hombres de otra raza y de otra sangre, á un hombre de mi raza y de mi sangre. . . . á un mexicano.

Porfirio Díaz, Pacificador de México.

XXVIII.

HOJA DE SERVICIOS

DEL SR. GRAL. DE DIVISIÓN D. PORFIRIO DÍAZ,

FORMADA CON DATOS TOMADOS DE DOCUMENTOS OFICIALES.

FECHA EN QUE OBTUVO LOS EMPLEOS Y TIEMPO QUE HA SERVIDO EN CADA UNO.						
Días.	MESES.	Años.	EMPLEOS Y GRADOS.	Años.	Meses.	Días.
24	Abril.	1856	Comandante de batallón «Guardia Nacional,» por el Gobierno del Estado de Oaxaca. (El interesado no hizo tomar razón de este nombramiento, porque prefirió el de Capitán, que obtuvo por elección popular).			
22	Dicbre.	1856	Capitán de infantería, ídem, ídem.....	3	2	13
22	Julio.	1858	Comandante de batallón, ídem, ídem...			
6	Julio.	1859	Teniente Coronel de infantería, ídem...	0	4	19
25	Novbre.	1859	Coronel de infantería, ídem, ídem.....	1	8	28
22	Agosto.	1860	Coronel de infantería permanente, por el Presidente Benito Juárez.....			
23	Agosto.	1861	Grado de General de Brigada, por el Presidente Benito Juárez.....	2	1	21
29	Mayo.	1863	General de Brigada efectivo, por el Presidente Benito Juárez.....			
14	Octubre.	1863	General de División del Ejército.....	45	11	1
			Abono de tiempo doble, conforme al decreto de 2 de Diciembre de 1878, y certificado expedido en 21 de Octubre de 1881.....	5	6	13
			Total del tiempo de servicios hasta el 15 de Septiembre de 1909.....	58	11	5

CUERPOS EN QUE HA SERVIDO Y CLASIFICACIÓN DE TIEMPO.	Años.	Meses.	Días.
En la guardia del partido de Ixtlán, en el 2º Batallón, siendo Subprefecto de dicho Partido, y en la misma milicia del Estado de Oaxaca, siendo Gobernador y Comandante militar de Tehuantepec, de 24 de Abril de 1856 á 1º de Julio de 1861	5	2	8
De Diputado al Congreso de la Unión, con el mando de una fuerza que residía en esta Capital, y marchó de ella para hacer la campaña del Estado de México, como Mayor de órdenes de la «Brigada Oaxaca,» y después con el mando de dicha Brigada, de 2 de Julio de 1861 á 17 de Mayo de 1863	1	10	16
De General en Jefe del Ejército de Oriente, de 18 de Mayo de 1863 á 9 de Febrero de 1865	1	8	22
Prisionero de Guerra por el Ejército francés, de 10 de Febrero de 1865 á 21 de Septiembre del mismo año	0	7	12
De General en Jefe del Ejército y Línea de Oriente, de 22 de Septiembre de 1865 á 21 de Junio de 1867	1	9	0
Con el mando de la 2ª División del Ejército, de 22 de Junio de 1867 á 25 de Mayo de 1868	0	11	4
En cuartel, de 26 de Mayo de 1868 á 14 de Septiembre de 1870	2	3	19
De Diputado al Congreso de la Unión, de 15 de Septiembre de 1870 á 7 de Noviembre de 1871	1	1	23
Defendiendo los planes de la Noria y de Tuxtepec, de 8 de Noviembre de 1871 á 30 de Noviembre de 1876	5	0	23
En diferentes comisiones del servicio, según consta del pormenor en la parte respectiva de esta hoja, de 1º de Diciembre de 1876 á la fecha	32	9	15
Abono de tiempo doble, conforme al decreto de 2 de Diciembre de 1878, y certificado expedido en 21 de Octubre de 1881	5	6	13
Total de servicios hasta el 15 de Septiembre de 1909, en que se cierra esta hoja	58	11	5

CAMPAÑAS,

ACCIONES DE GUERRA Y SERVICIOS MERITORIOS.

1857

En la acción de Ixcapa, el 13 de Agosto, sirviendo como Capitán á las órdenes del Teniente Coronel Manuel Velasco, contra el Coronel José María Salado, y en la cual salió herido el capitán Díaz, y derrotado y muerto el Coronel Salado.

En el sitio de Oaxaca, de 26 de Diciembre de 1857 á 16 de Enero de 1858, distinguiéndose en el ataque de dos manzanas de dicha plaza el día 8 de Enero.

1858

El 16 de Enero, sirviendo á las órdenes del Coronel Ignacio Mejía, en el asalto á la plaza de Oaxaca, en el que fué derrotado el cabecilla Cobos que la defendía.

En la toma de la Plaza de Jalapa (Estado de Oaxaca), que defendía el mismo cabecilla, el 25 de Febrero, mandando en jefe el Coronel Ignacio Mejía.

En la acción de Las Jícaras, mandando en Jefe, contra José Conchado, cabecilla que murió en el combate.

1859

En la acción de la Mixtequilla, mandando en jefe, contra el Teniente Coronel Espinosa, quien murió en el combate, el 17 de Junio.

En la acción de Tehuantepec, mandando en jefe, contra Alarcón, Manzano y Trujeque, el 25 de Noviembre.

1860

En la acción de Mitla, mandando en jefe, contra el cabecilla Marcelino Cobos, el 21 de Enero.

En la acción del Fortín de la Soledad, mandando en jefe, contra el mismo cabecilla, el 2 de Febrero.

En la acción del Marquesado, mandando en jefe, contra Casimiro Acebal, el día 9 de Marzo.

En la batalla de Ixtepeji, mandando en jefe, contra Anastasio Trejo, el 15 de Mayo.

En la toma de la Plaza de Oaxaca, el 5 de Agosto, á las órdenes del General Salinas, en la cual salió herido el interesado, y por su buen comportamiento fué veteranizado en su empleo de Coronel.

1861

En la acción de Jalatlaco, contra el ex-General Márquez, y á las órdenes del General Jesús González Ortega, el 13 de Agosto, en la que por su buen comportamiento obtuvo el grado de General de Brigada.

En la batalla de Pachuca, á las órdenes del General S. Tapia, el 29 de Octubre, obteniendo especial mención y la nota de: sobresalió.

1862

En la acción de las Cumbres de Acultzingo, á las órdenes del General Ignacio Zaragoza, contra el Ejército francés al mando de Laurencez, el 28 de Abril.

En la batalla del 5 de Mayo, contra el ejército francés, estando el interesado á las órdenes del mismo General Zaragoza.

1863

En el sitio de la plaza de Puebla, de Marzo á Mayo, á las órdenes del General Jesús González Ortega, contra el Ejército francés al mando del General Forey.

En las acciones de Taxco, los días 26, 27 y 28 de Octubre, contra la Intervención, mandando en jefe.

1864 y 1865

En la acción de San Antonio Nanahuatipán, mandando en jefe, contra el General Courtois D'Hurbal, el 19 de Agosto de 1864.

En el sitio de la plaza de Oaxaca, mandando en jefe, contra el Mariscal Bazaine, de Diciembre de 1864 á 9 de Febrero de 1865.

En la acción de Tehuitzingo, mandando en jefe, contra imperialistas, el 22 de Septiembre.

En la acción de Piaxtla, mandando en jefe, contra Carpintero, el 23 de Septiembre.

En la acción de Tulcingo, mandando en jefe, contra Visoso, el 1º de Octubre.

En la acción de Comitlipa, mandando en jefe, contra Visoso, el 4 de Diciembre.

1866

En la acción de Tlaxiaco, mandando en jefe, contra Trujeque, el 6 de Enero.

En la acción de Lo de Soto, mandando en jefe, contra el General D. Juan Ortega, el 25 de Febrero.

En la acción de Pinotepa y Jamiltepec, mandando en jefe, contra Ortega, el 28 de Marzo.

En el combate de Putla, mandando en jefe, contra Trujeque, el 14 de Abril.

En la acción de Huajuápam, mandando en jefe, contra Trujeque y fuerzas austriacas, el 5 de Septiembre.

En la acción de Nochistlán, mandando en jefe, contra el Conde de Gants, que murió en el combate, el 23 de Septiembre.

En la batalla de Miahuatlán, mandando en jefe, contra Carlos Oronoz y E. Testard, el 3 de Octubre.

En la batalla de La Carbonera, mandando en jefe, contra el Coronel austriaco Hotse, á cuyas órdenes iban Flon, Trujeque y Hermenegildo Carrillo, el 18 de Octubre.

En la toma de Oaxaca, mandando en jefe, contra el ex-General C Oronoz, que defendía la plaza, el 31 de Octubre.

En la acción de la Chitova, mandando en jefe, contra Remigio Toledo, el 19 de Diciembre.

1867

En el asalto y toma de la ciudad de Puebla, mandando en jefe, contra el ex-General M. Noriega, que defendía la plaza, el 2 de Abril.

En la batalla de San Diego Notario, mandando en jefe, contra el ex-General L. Márquez, el 6 de Abril.

En la acción de San Gregorio, mandando en jefe, contra Márquez, á quien iba persiguiendo, el 8 de Abril.

En la batalla de San Lorenzo, mandando en jefe, contra el ex-General Márquez y los coroneles Khevenhüller, Wickenburg y Kodolich, el 10 de Abril.

En el sitio y toma de la ciudad de México, mandando en jefe, contra el mismo ex-General Márquez, del 12 de Abril al 21 de Junio que se rindió la plaza.

1870

En la acción de Huajuápam, mandando en jefe, contra el General I. Alatorre.

1876

En la toma de la plaza de Matamoros, mandando en jefe, contra el General La Barra, el 2 de Abril.

En la acción de Icamole, mandando en jefe, contra el General C. Fuero, el 20 de Mayo.

En la batalla de Tecoac, mandando en jefe, contra el General I. Alatorre, el 16 de Noviembre.

COMISIONES QUE HA DESEMPEÑADO

Y SERVICIOS MERITORIOS QUE HA CONTRAIDO.

En el año de 1856, fué nombrado Subprefecto del partido de Ixtlán.

En Marzo de 1858, fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de Tehuantepec.

En Octubre de 1858, en virtud de la nueva organización, fué nombrado Jefe Político del Distrito de Tehuantepec.

En 1861, fué electo Diputado al Congreso de la Unión.

En 2 de Julio del mismo año, se encargó del mando de una fuerza para hacer la campaña del Estado de México, á las órdenes del General González Ortega.

En el año de 1873, fué electo Diputado al Congreso de la Unión.

En el año de 1884, fué nombrado Presidente de la Comisión Mexicana para la Exposición de Nueva Orleans.

	Años.	Meses.	Días.
Fué Presidente de la República, de 1º de Diciembre de 1876 á 30 de Noviembre de 1880	4	0	0
Fué Secretario de Fomento, de 1º de Diciembre de 1880 á 30 de Noviembre de 1881	1	0	0
Fué Gobernador Constitucional del Estado de Oaxaca, y Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, de 1º de Diciembre de 1881 á 30 de Noviembre de 1884	3	0	0
Es Presidente de la República, de 1º de Diciembre de 1884 al 15 de Septiembre de 1909, fecha en que se cierra esta hoja.	24	9	15
Total	32	9	15

PREMIOS QUE HA OBTENIDO POR ACCIONES MILITARES.

Obtuvo el empleo de Capitán de Guardia Nacional, por elección popular, confirmado por el despacho extendido por el Gobierno del Estado de Oaxaca, en 22 de Diciembre de 1856.

Obtuvo el empleo de Comandante de Guardia Nacional, por el triunfo sobre el jefe reaccionario Conchado, á quien derrotó en el rancho de Las Jícaras, el día 13 de Abril de 1858.

Obtuvo el empleo de Teniente Coronel, en 6 de Julio de 1859, por la acción de La Mixtequilla, que tuvo lugar el 17 de Junio del mismo año.

Obtuvo el empleo de Coronel de Guardia Nacional, por la toma de Tehuantepec, ocupado por una Columna al mando de los jefes reaccionarios, Alarcón, Manzano y Trujeque, el 25 de Noviembre de 1859.

Obtuvo el empleo de Coronel del Ejército Permanente, por la toma de Oaxaca y la derrota de Cobos, en Agosto de 1860.

Obtuvo el grado de General de Brigada, por la acción de Jalatlaco, el 13 de Agosto de 1861.

Obtuvo el empleo de General de Brigada efectivo, por su brillante comportamiento en la campaña contra el Ejército francés, muy particularmente el día 5 de Mayo de 1862, y en el asedio de la plaza de Puebla en 1863: el despacho respectivo fué expedido por el General González Ortega, en virtud de facultades especiales y ratificado por el Supremo Gobierno.

Obtuvo el empleo de General de División, el 14 de Octubre de 1863, por las operaciones contra el invasor francés, y según consta en el despacho respectivo, por los muy especiales servicios prestados en los Cuerpos del Ejército de Oriente.

CONDECORACIONES DE LA FEDERACION.

Condecoración especial por el asalto de la Plaza de Puebla, el 2 de Abril de 1867.

Barra distintivo, por la Guerra de Reforma.

Medalla de honor, por la Batalla de Pachuca.

Medalla de honor, por la Batalla de las Cumbres de Acultzingo.

Medalla de honor, por la Batalla del 5 de Mayo de 1862.

Cruz, por el Sitio de Puebla en 1863.

Cruz de primera clase, por haber combatido á la Intervención Francesa.

Cruz de Constancia de tercera clase.

Cruz y Placa de Constancia de segunda clase.

Cruz y Placa de Constancia de primera clase.

Gran Cordón del Mérito Militar.

CONDECORACIONES DE LOS ESTADOS.

Condecoración concedida por la Legislatura del Estado de Guerrero, por haber combatido á la Intervención y al Imperio.

Medalla de honor, concedida por la Legislatura del Estado de Chihuahua, al declararlo Benemérito del mismo.

Condecoración honorífica, concedida por la Legislatura del Estado de Oaxaca, por las acciones de Miahuatlán y La Carbonera, y asedio y toma de aquella Plaza.

Condecoración honorífica, concedida por la Legislatura del Estado de Puebla, por haber combatido la Intervención Francesa.

Condecoración honorífica, concedida por la Legislatura del Estado de Puebla, por el asalto y toma de dicha Plaza, el 2 de Abril de 1867.

CONDECORACIONES EXTRANJERAS.

1886.—Agosto 26.—Caballero Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III. (España).

1886.—Novbre. 20.—Caballero Gran Cruz de la Orden de la Espada. (Suecia y Noruega).

1887.—Abril 25.—Gran Cruz de la Torre y la Espada, del Valor, Lealtad y Mérito. (Portugal).

1887.—Mayo 2.—Primera Clase de la Orden del Libertador. (Venezuela).

1888.—Abril 26.—Gran Cordón de la Legión de Honor. (Francia).

1892.—Abril 12.—Gran Cordón del Crisantemo. (Japón).

1893.—Abril 24.—Gran Cruz de la Orden de San Mauricio y San Lázaro. (Italia).

1895.—Octubre 25.—Gran Cruz de la Orden del Mérito Militar. (España).

1896.—Octubre 7.—Gran Cordón de la Orden de Leopoldo. (Bélgica).

1896.—Octubre 26.—Gran Cruz de la Orden del Águila Roja. (Prusia).

1901.—Setbre. 30.—Gran Cruz de la Orden Real (Húngara) de San Esteban. (Austria-Hungría).

1902.—Dicbre. 11.—Condecoración de primera clase con el Gran Cordón de la Orden del León y del Sol. (Persia).

1905.—Abril 22.—Condecoración del primer grado de la primera clase de la Orden Imperial del Doble Dragón. (China).

1905.—Junio 29.—Condecoración de la Gran Cruz de la Honorabilísima Orden del Baño. (Gran Bretaña).

1908.—Abril 21.—Gran Cruz del León Nerlandés, conferida por la Reina de los Países Bajos.

1909.—Abril 16.—Condecoración de la Orden de Alejandro Newski. (Rusia).

DOCUMENTOS OFICIALES

RELATIVOS

A LA HOJA DE SERVICIOS DEL SR. GENERAL DE DIVISION

DON PORFIRIO DIAZ.

I. El escudo de armas de la Nación.—Años de mil ochocientos cincuenta y seis y cincuenta y siete.—Sello cuarto.—Vale cuatro pesos.—Benito Juárez, Gobernador y Comandante General del Estado de Oaxaca. Atendiendo á la aptitud, mérito y demás circunstancias que concurren en D. Porfirio Díaz, y en uso de las facultades extraordinarias de que me hallo investido, he tenido á bien conferirle el empleo de Comandante de Batallón de la Guardia Nacional activa del Partido de Ixtlán, con el sueldo de setenta y cinco pesos mensuales que le señala la ley de 29 de Octubre de 1852, declarada vigente por la de 24 de Noviembre de 1855.

Por tanto, mando sea reconocido como tal Comandante de Batallón de la Guardia Nacional del Partido de Ixtlán; se le extienda el presente Despacho, del que se tomará razón en las oficinas respectivas para el abono del sueldo que le corresponde, y se le guarden las consideraciones que merece y deben ser guardadas. Dado en el Palacio del Gobierno del Estado, á veinticuatro de Abril de mil ochocientos cincuenta y seis.—*Benito Juárez.*—Firmado.—*Justo Benítez.*—Firmado.—Despacho de Comandante de Batallón de Guardia Nacional del Partido de Ixtlán, expedido en uso de facultades extraordinarias, en favor de D. Porfirio Díaz, con el sueldo de setenta y cinco pesos mensuales que la ley le señala.

*
* *

II. El escudo de armas de la Nación.—Años de mil ochocientos cincuenta y seis y cincuenta y siete.—Sello cuarto.—Cuatro pesos.—

Benito Juárez, Gobernador y Comandante General del Estado de Oaxaca.

Usando de las amplias facultades de que me hallo investido, y atendiendo á la aptitud de D. Porfirio Díaz, he tenido á bien conferirle el empleo de Capitán en la Compañía de Infantería, Guardia Nacional del Partido de Ixtlán, con el sueldo de sesenta pesos mensuales que le señala la ley de 29 de Octubre de 1852 y que percibirá cuando sea llamado al servicio.

Por tanto, mando sea reconocido como tal Capitán provisional en la Compañía de Guardia Nacional del Partido de Ixtlán; se tome razón de este Despacho en las oficinas respectivas para el abono del sueldo que le corresponde, y se le guarden las consideraciones que merece por su empleo. Dado en el Palacio de Gobierno del Estado de Oaxaca, á veintidós de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y seis. —*Benito Juárez.* (Firmado).—*M. Dublán*, Srio. (Firmado).

Despacho de Capitán en la Compañía de Infantería, Guardia Nacional del Partido de Ixtlán, expedido en uso de facultades extraordinarias, en favor de D. Porfirio Díaz, con el sueldo de sesenta pesos mensuales, que le señala la ley de 29 de Octubre de 1852.

*
* *

III. El escudo de armas de la Nación.—Primera clase.—Sello tercero.—Ocho pesos.—Años de mil ochocientos cincuenta y ocho y cincuenta y nueve.

José María Díaz Ordaz, Gobernador interino del Estado de Oaxaca.

Atendiendo á las circunstancias que concurren en el C. Porfirio Díaz, he tenido á bien nombrarlo Jefe Político del Distrito de Tehuantepec, con el sueldo de mil quinientos pesos anuales, más quinientos pesos para gastos de escritorio, conforme á la ley de 7 de Enero de 1852, y los emolumentos de la Recaudación de Capitación.

Por tanto, mando que el referido C. Porfirio Díaz sea reconocido como tal Jefe Político de Tehuantepec y se le extienda el presente Despacho, que será requisitado con arreglo á las leyes. Dado en el Palacio de Gobierno del Estado de Oaxaca, á siete de Abril de mil ochocientos cincuenta y ocho.—*J. M. Díaz Ordaz.* (Firmado).—*M. Dublán*, Srio. (Firmado).

Despacho de Jefe Político del Distrito de Tehuantepec, expedido en favor del C. Porfirio Díaz, con el sueldo de mil quinientos pesos que le señala la ley, más quinientos para los gastos de escritorio.

*
* *

IV. Escudo de armas de la Nación.—Primera clase.—Sello cuarto.—Cuatro pesos.—Años de mil ochocientos cincuenta y ocho y cincuenta y nueve.

José M. Díaz Ordaz, Gobernador del Estado de Oaxaca.

En atención á las circunstancias que concurren en el Capitán del 2º Batallón, D. Porfirio Díaz, he tenido á bien nombrarlo Comandante de Batallón del mismo Cuerpo, con el haber de setenta y cinco pesos mensuales que le señala el artículo 2º del decreto de 29 de Octubre de 1852.

Por tanto, las autoridades del Estado le guardarán y le harán guardar las consideraciones y preeminencias que por el empleo le corresponden. Requisítese este Despacho en las oficinas que previenen las leyes. Dado en el Palacio de Gobierno de Oaxaca, á veintidós de Julio de mil ochocientos cincuenta y ocho.—*J. M. Díaz Ordaz.* (Firmado).—*M. Dublán*, Srio. (Firmado).

El Gobierno del Estado confiere el empleo de Comandante de Batallón del 2º Cuerpo G. N. del Estado, con el haber de setenta y cinco pesos mensuales que señala el artículo 2º del decreto de 29 de Octubre de 1852, en favor del C. Porfirio Díaz.

*
* *

V. Un sello que dice: Segunda clase.—Sello 4.—Un real.—Para el bienio de mil ochocientos cincuenta y ocho y cincuenta y nueve.

Primera clase.—Sello tercero.—Ocho pesos.—Años de mil ochocientos cincuenta y ocho y cincuenta y nueve.

Miguel Castro, Gobernador interino del Estado de Oaxaca.

En atención á las circunstancias que concurren en el Comandante de Batallón, C. Porfirio Díaz, he tenido á bien nombrarlo Teniente Coronel de la Guardia Nacional del Estado, con el haber de cien pesos mensuales que le señala el artículo 2º del decreto de 29 de Octubre de 1852.

Por tanto, las autoridades del Estado le guardarán y le harán guardar las consideraciones y preeminencias que por el empleo le corresponden. Requisítese este Despacho en las oficinas que previenen

las leyes. Dado en el Palacio de Gobierno del Estado de Oaxaca, á seis de Julio de mil ochocientos cincuenta y nueve.—*Miguel Castro.* (Firmado).—*M. Dublán*, Srio. (Firmado).

Al margen: Papel de primera clase.—Pagó su valor de ocho pesos.—Admón. de la Renta de Papel sellado de Oaxaca.—Un sello blanco.—El Gobernador del Estado confiere el empleo de Teniente Coronel al Comandante de Batallón, C. Porfirio Díaz, con el haber de cien pesos mensuales, que señala el artículo 2º del decreto de 29 de Octubre de 1852.

***

VI. El escudo de armas de la Nación.

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

En virtud de la ley de 21 del actual, expido al ciudadano Porfirio Díaz, General-Coronel de Infantería, este diploma, que acredita su concurrencia y cooperación personal á la batalla verificada el día 5 del mismo mes, delante de la ciudad de Puebla, donde las armas nacionales, al mando del ciudadano General Ignacio Zaragoza, en jefe del ejército de Oriente, triunfaron del francés invasor, cumpliendo el santo deber de defender á la patria.

Por tanto, el enunciado ciudadano, como acreedor á las concesiones que expresa la ley citada, guardará este documento, en testimonio de ello y de la gratitud con que la República acoge el servicio que le ha prestado.

Dado en el Palacio del Gobierno Nacional, en México, á 30 de Mayo de 1862.—*Benito Juárez.* (Firmado).—El Ministro de la Guerra, *Miguel Blanco.* (Firmado).

***

VII. El escudo de armas de la Nación.—Primera clase.—Sello primero.—20 pesos.

Años de mil ochocientos sesenta y dos y sesenta y tres.

El C. Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

En atención al mérito y servicios del Ciudadano Porfirio Díaz, le

confiero el empleo de General de Brigada, en revalidación del de esta clase que le expidió el General en Jefe del Ejército de Oriente, por su brillante comportamiento en la campaña contra el ejército francés, y muy particularmente el 5 de Mayo de 1862, y en el asedio de la plaza de Puebla.—En cuya virtud, la autoridad militar á quien tocare, dispondrá que sea reconocido y se ponga en posesión de este empleo, haciendo que se le guarden las consideraciones que le corresponden con arreglo á las leyes, y que sus subalternos obedezcan las órdenes que en asuntos del servicio les diere, por escrito ó de palabra. El Jefe de Hacienda respectivo dará asimismo las suyas, para que, tomada razón de este Despacho en las oficinas en que está prevenido, se le forme el asiento del sueldo de trescientos setenta y cinco pesos, asignado á dicho empleo por decreto de 16 de Agosto de 1861, que gozará previo el cúmplase del General en Jefe á quien corresponda.

Dado en el Palacio del Gobierno Nacional en México, á veintinueve de Mayo de mil ochocientos sesenta y tres, cuadragésimo tercero de la Independencia y cuadragésimo segundo de la Libertad.—*Benito Juárez.* (Firmado).—*Felipe B. Berriozábal.* (Firmado).

El C. Presidente confiere el empleo de General de Brigada efectivo, al graduado C. Porfirio Díaz.

***

VIII. Escudo de Armas de la Nación.—Primera clase.—Sello primero.—20 pesos.

Para los años de mil ochocientos sesenta y dos y sesenta y tres.

El C. Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

En atención al mérito y servicios del C. Porfirio Díaz, General de Brigada, y por los muy especiales que tiene prestados en los Cuerpos de ejército de Oriente y operaciones contra el invasor francés, le confiero el empleo de General de División.

En cuya virtud, la autoridad militar á quien tocare, dispondrá que sea reconocido y se ponga en posesión de este empleo, haciendo que se le guarden las consideraciones que le corresponden con arreglo á las leyes, y que sus subalternos obedezcan las órdenes que en asuntos del servicio les diere, por escrito ó de palabra. El Jefe de Hacienda respectivo dará asimismo las suyas, para que, tomada razón de este Despacho en las oficinas en que está prevenido, se le for-

me el asiento del sueldo de quinientos pesos, diez centavos al mes, asignado á dicho empleo por decreto de 16 de Agosto de 1861, y aclaración hecha en 2 de Octubre del mismo año, que gozará desde el día en que tome posesión de este empleo, conforme á lo dispuesto en circular de 24 de Agosto de 1842, y previo el cúmplase del General en Jefe á quien corresponda.

Dado en el Palacio del Gobierno Nacional en Potosí, á catorce de Octubre de mil ochocientos sesenta y tres, cuadragésimo tercero de la Independencia y cuadragésimo segundo de la Libertad.—*Benito Juárez.* (Firmado).—*I. Comonfort.* (Firmado).

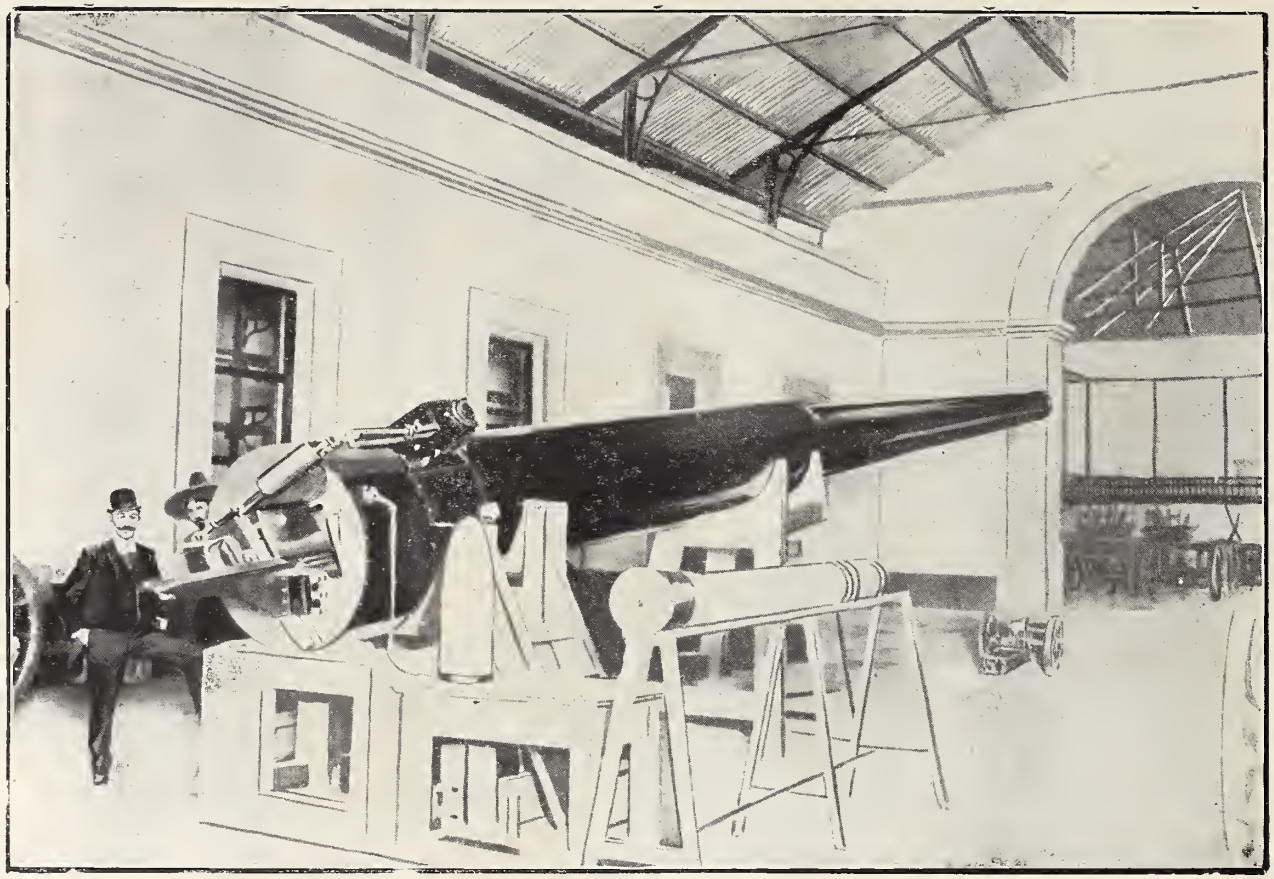
El C. Presidente confiere el empleo de General de División del Ejército de la República, al General de Brigada C. Porfirio Díaz.

*
* *

IX. Un sello que dice: República Mexicana.—Ministerio de Guerra y Marina.

El Secretario de Guerra y Marina, certifica: que el C. General de División Porfirio Díaz se encuentra comprendido en la fracción 1ª y 5ª del artículo 2º de la Ley de 2 de Diciembre del año de 1878, y es acreedor á que se le abonen cinco años, seis meses, tres días de tiempo doble de servicios que le corresponden, por los que prestó á la República contra la Intervención y el llamado Imperio, en la clase de General de Brigada y de División.

Para constancia y conforme al artículo 3º del Reglamento de dicha ley, se expide el presente en México, á quince de Julio del año de mil ochocientos setenta y nueve.—*Manuel González.* (Firmado).



Cañón de 240 milímetros, sistema "Saint Chaumond-Mondragón," para armar el puerto de Salina Cruz.

XXIX.

EL INFORME PRESIDENCIAL.

PODER EJECUTIVO.

Informe leído por el C. Presidente de la República, al abrirse el segundo período de sesiones del XXIV Congreso de la Unión, el 1.º de Abril de 1909.

Señores Diputados:

Señores Senadores:

EN esta sesión inaugural de vuestros importantes trabajos, cábeme la satisfacción de presentarme, como lo previene la Constitución, para daros cuenta del estado que guardan los múltiples intereses nacionales confiados á la administración del Ejecutivo.

Desde luego, y con verdadera pena, tengo que aludir al desgraciado incendio que ha destruido el edificio en que celebraba sus importantes reuniones la Cámara de Diputados, y que hizo desaparecer el precioso archivo que contenía la historia del Poder Legislativo Mexicano. La Nación entera lamenta esa pérdida irreparable, y el Ejecutivo se esfuerza ya en procurar, á la brevedad posible, y mientras llega á concluirse el Palacio que debe servir á ese objeto, un local á propósito para las labores de la Cámara popular.

SECRETARÍA DE RELACIONES.

Nuestras relaciones internacionales no han cambiado, siendo no solamente pacíficas, sino verdaderamente amistosas con todos los pueblos con quienes las cultivamos.

Con motivo de la renuncia que hizo el Sr. D. Enrique C. Creel del cargo de Embajador de la República cerca del Gobierno de Washington, se ha nombrado para substituirlo, al Ministro que tenía nuestra representación diplomática en Bélgica y en los Países Bajos; nombramiento que mereció la aprobación del Senado.

En la República de Cuba se ha inaugurado el nuevo gobierno nacional, y es de esperar que bajo sus auspicios prospere y se conserve en paz aquella nación, que inspira á México especiales simpatías. El Ministro que nos representaba antes de la intervención americana, ha vuelto á su puesto en aquella isla.

Debido á circunstancias imprevistas, parece que la paz en Centro-América, desgraciadamente amenaza alterarse; y como el Gobierno de los Estados Unidos de América, consultó si México estaría dispuesto á secundarlo en los medios que hayan de adoptarse para que las convenciones firmadas en Washington tengan una fiel observancia, el Ejecutivo respondió á aquel Gobierno que secundaría su acción en la medida de sus posibilidades, por la obligación que para ello le impone el compromiso moral contraído conjuntamente con los Estados Unidos desde la época de aquellas convenciones, de que lo allí pactado voluntariamente entre las cinco repúblicas centro-americanas, sería fielmente cumplido.

Con la República de Honduras tuvimos un incidente desagradable, en virtud de que nuestro Cónsul en Amapala fué injuriado por un individuo del ejército de línea. Por fortuna, recibimos amplia y completa satisfacción, que á la vez que evitó consecuencias trascendentales, estrechó más, si cabe, los lazos de amistad entre México y Honduras.

El próximo mes de Mayo se reunirá en Río de Janeiro un Congreso de juristas que ha de redactar los proyectos de dos Códigos, uno de Derecho Internacional Público, y otro de Derecho Internacional Privado, para las relaciones de los pueblos de América entre sí. Se ha nombrado para ese Congreso un Delegado Mexicano, que ya partió para su destino. Es de desear que se llegue á algún acuerdo, á fin

de realizar el ideal de todos los pueblos cultos, de normar sus relaciones conforme á principios libremente convenidos entre ellos.

Próximamente deberán ser canjeados, á fin de proceder á su promulgación, el Convenio que se ajustó con el Gobierno francés para regularizar la situación de los ciudadanos mexicanos que contraigan matrimonio en Francia y los franceses que lo verifiquen en México; y el Convenio celebrado por los representantes de México y de los Países Bajos, que modifica algunas palabras del texto holandés del tratado de extradición concluido entre ambas naciones.

En el mes de Diciembre último se autorizó al Ministro de México en Francia para que, de acuerdo con las instrucciones que se le dieron, hiciera al Gobierno francés la notificación correspondiente, á fin de que se considerara al Gobierno Mexicano adherido á los cuatro principios de Derecho Marítimo, consignados en la declaración escrita en París el 16 de Abril de 1856.

Un convenio entre México y Gran Bretaña.—Informado el representante de Inglaterra, de que el Senado de la República aprobó, con fecha 14 de Diciembre último, el Convenio entre México y la Gran Bretaña, que modifica el párrafo segundo del artículo primero del texto inglés de la Convención suplementaria sobre bultos postales del 25 de Febrero de 1897, previo el aviso de que fué aprobado por el Gobierno inglés, se procedió al canje el día 13 del pasado, y se promulgará oportunamente.

Con el objeto de uniformar el despacho de las oficinas consulares de la República, se comisionó al Jefe de la Sección respectiva de la Secretaría de Relaciones, para que visitara los consulados más importantes en América y Europa, recomendándole estudiara la manera de alcanzar el resultado propuesto. Dicho empleado está cumpliendo esa comisión.

Se han suprimido algunos consulados, por no ser necesarios al servicio público.

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN.

Se han verificado elecciones ordinarias de poderes locales en los Estados de Guerrero, Hidalgo, México y Tlaxcala, y extraordinarias de Gobernador en el de Morelos.

La tranquilidad pública se ha conservado en todo el país. Los indios yaquis, que en Sonora cometían depredaciones, han entrado en

un período de calma, y desde Septiembre último no cometen ninguno de sus actos de salvajismo. Este plausible resultado se ha obtenido gracias á pacientes y bien encaminados esfuerzos de las autoridades política y militar, quienes lograron que los principales cabecillas y la mayor parte de los rebeldes se sometieran al Gobierno, entregando sus armas y ofreciendo mantenerse en paz. Algunos de los indios que no se rindieron con sus demás compañeros, han estado saliendo posteriormente de sus madrigueras en la sierra, y presentándose á las autoridades.

El reglamento de inspección de inmigrantes.—Se expidió el reglamento del servicio de inspección de inmigrantes, y se han dictado en el orden administrativo, las medidas necesarias para el cumplimiento de la Ley de Inmigración, que comenzó á regir el 1º de Marzo. Desde Julio último se reorganizó la recolección de datos relativos á la entrada de pasajeros, y sus resultados se están publicando en boletines mensuales. Las noticias de Julio á Diciembre pueden resumirse, diciendo que entraron veinticuatro mil quinientas personas, de las cuales cerca de trece mil seiscientas lo hicieron por la frontera Norte, siete mil setecientas por los puertos del Golfo y Mar de las Antillas, mil doscientas por las del Pacífico, y cincuenta por la frontera Sur. Algo más de once mil fueron norteamericanos, y cerca de tres mil setecientos, mexicanos que regresaron al país. Estos datos no tienen otro carácter que el de ensayo para trabajos más serios, y su recolección ha sido un medio para preparar la inspección de los inmigrantes.

La reaparición de la fiebre amarilla en las costas del Golfo, ha determinado, de Agosto á mediados de Febrero, en Veracruz, en Mérida y sus alrededores, en Laguna del Carmen y en Campeche, ciento veinticinco casos y cincuenta defunciones. Los servicios sanitarios para combatir esa enfermedad se han sostenido con todo empeño y energía, y ya se ha notado un decrecimiento tan considerable, que acaso pudiera estimarse como indicio de próxima extinción de la epidemia. Los últimos casos ocurridos, fueron: uno en Veracruz, el 11 de Febrero, y otros en San Bernardo, cerca de Mérida, el 15 del próximo pasado.

A causa de haberse propagado la viruela con carácter epidémico en algunas poblaciones fronterizas de Guatemala y de Honduras Británica, se han dictado las providencias de profilaxis, autorizadas por el Código Sanitario, á fin de preservar del contagio á las poblaciones mexicanas.

Lo que se ha hecho en las Casas de Corrección.—En la Casa de Corrección para varones, en Tlalpan, se han ejecutado obras de cierta importancia, que forman parte del plan general para completar el edificio. Se terminó en Coyoacán la ampliación de la Casa de Corrección para mujeres. En virtud de dichas obras, todos los menores presos, sea preventivamente ó por condena, se encuentran ya en los respectivos establecimientos, y han dejado de estar confinados en las demás cárceles del Distrito.

En Xochimilco se terminó la construcción de una cárcel importante, por haber allí Juzgado de Primera Instancia, á cuya disposición se encuentra un número no escaso de procesados.

Para la mejora de la parte Sur de la capital, se ha proseguido la apertura y regularización de la Avenida Netzahualcóyotl, antes Avenida 22, y á ese efecto, se han adquirido quince fincas, con un costo de algo más de setenta y siete mil pesos.

En las obras del saneamiento se han construido dos mil metros de colectores y más de ocho mil atarjeas, para cuyo lavado se ha puesto más de un kilómetro de tubo de hierro de setenta y cinco centímetros.

Se han construido pavimentos de asfalto de cuarenta y nueve calles, con una superficie de más de ochenta y tres mil metros cuadrados, y banquetas de cemento en veinte calles, con una superficie de más de once mil metros cuadrados.

En los lugares menos céntricos de la ciudad, se han construido treinta y tres mil metros de empedrado común.

Se han terminado los jardines de las plazas de la Ciudadela, Santa Catarina, San Sebastián, San Lucas y el del crucero de las avenidas Chapultepec y Guaymas. Actualmente cuenta la ciudad con cuarenta y cuatro jardines públicos, que en conjunto miden más de doscientos cincuenta mil metros cuadrados.

Los hornos crematorios en Dolores.—En el cementerio de Dolores, se ha concluido la instalación de dos hornos crematorios, con capacidad para incinerar treinta cadáveres por jornadas de diez horas. Esta mejora se estima muy ventajosa para la higiene, además de simplificar la administración de los cementerios.

En la Calzada de la Reforma se han cubierto ya con asfaltóleo los dos primeros tramos y sus correspondientes glorietas, cuya superficie es de cerca de treinta y dos mil quinientos metros cuadrados. Para la Calzada de Tlalpan se ha adoptado, por primera vez, el riego con petróleo, medio de conservación que en varios países se considera de grande eficacia.

Se han abierto al servicio público, un nuevo mercado importante en Tacuba, y otro pequeño en San Pedro de los Pinos, Municipalidad de Tacubaya.

En Santa Cruz de Bravo, Quintana Roo, donde hace algún tiempo se tuvo la fortuna de descubrir un gran «cenote,» ha quedado terminada la planta para el abasto y distribución de agua potable, mejora que se estima de la mayor importancia, pues la falta de agua de buena calidad hacía en extremo insalubre la población.

En el Territorio de Tepic se han inaugurado siete nuevas líneas telefónicas, con las que se forma ya un total de treinta y cinco, además de tres urbanas en la capital.

SECRETARÍA DE JUSTICIA.

En 29 de Septiembre del año próximo pasado, se promulgó el decreto que declaró la elección de cinco ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y en tal virtud, dichos funcionarios prestaron la protesta legal y comenzaron á desempeñar su encargo; quedando así integrado dicho tribunal.

Según lo anuncié en mi anterior informe, el Ejecutivo expidió, de conformidad con la autorización del Congreso, las leyes orgánicas del Poder Judicial de la Federación y la del Ministerio Público, el Código Federal de Procedimientos Penales y las reformas que al de Procedimientos Civiles del mismo fuero exigía la experiencia. Quedan así satisfechas las necesidades más apremiantes que ha tenido en ese fuero la administración de justicia. El Ejecutivo dará cuenta en su oportunidad, como es de su deber, del uso que hizo de la autorización que le confirió el Congreso.

El Ejecutivo de la Unión, en virtud de la facultad que le otorgó el artículo ciento noventa y ocho de la Ley Orgánica Judicial, del 9 de Septiembre de 1903, y en vista de los intereses sociales de grande importancia que han nacido y se están desenvolviendo cada vez más en la Sección de Mexicali, Partido Norte de la Baja California, expidió el decreto del 19 de Agosto de 1908, creando en dicho lugar un juzgado mixto de Primera Instancia, encargado á la vez del Registro Público de la Propiedad y del ejercicio del notariado. Dicho juzgado está funcionando con regularidad desde el día 20 de Diciembre del año próximo anterior.

Instalación del sexto juzgado correccional.—La ley del 9 de Septiembre de 1903, que acabo de citar, al determinar que fuesen ocho los juzgados correccionales en el partido judicial de México, lo hizo, entre otros fines, con el de que se estableciera uno de estos juzgados en cada una de las Demarcaciones de Policía en que está dividida la ciudad. No siendo posible realizar, desde luego, tal fin, porque para ello era indispensable que hubiese un edificio especial en cada una de las comisarías, se tuvo el propósito de ir llevando á término, poco á poco, las miras de dicha ley á este respecto. En consecuencia, concluido el primer edificio, nuevamente construido, de acuerdo con este plan, en la sexta Inspección de Policía de la ciudad de México, se transladó allí el correspondiente juzgado correccional, dándosele la jurisdicción territorial que le corresponde, según la cual han quedado sometidos á su conocimiento todos los asuntos de su competencia que se susciten dentro de los límites de dicha Demarcación, lo que está produciendo un resultado favorable para la más pronta y expedita administración de justicia.

También anuncié en mi anterior informe, que estaba formándose un trabajo de estadística criminal, no sólo del Distrito, como se había hecho antes, sino también de los Territorios Federales y del fuero federal en toda la República. Quedó ya terminado y publicado este trabajo en lo que se refiere al año de 1907, y muy en breve se entregarán á la prensa las estadísticas correspondientes al año de 1908. Este servicio, que tiene tanto interés, se encuentra bien arreglado, y es de esperarse que en cada año se pueda desarrollar de una manera más detallada y extensa su respectiva información.

El estado de la administración de justicia.—De estos datos se infiere que el estado que guarda en la actualidad la administración de justicia, va mejorando notablemente, pues está desapareciendo el rezago de negocios judiciales que antes tenían los tribunales, y el despacho se hace ahora en términos que deben satisfacer á los que se interesan porque sea pronta y expedita esa administración.

Por conducto de la Secretaría de Justicia, se han publicado algunas circulares dirigidas á perfeccionar el régimen económico de los juzgados y de la institución del notariado.

El importe de las operaciones de que tomó conocimiento el Registro Público de la Propiedad, ascendió, en el segundo semestre de 1908, á la suma de doscientos setenta y siete millones, trescientos trece mil novecientos setenta y nueve pesos, que, comparado con igual semestre de 1907, cuyo monto fué de doscientos seis millones, sesenta

y seis mil pesos, no obstante la crisis económica por la que han atravesado diversos países del mundo, arroja un excedente en favor de 1908, de más de setenta y un millones de pesos.

El importe total de las operaciones practicadas en el Registro Público, adscripto á los Juzgados de Primera Instancia de Atzcapotzalco, Tacubaya, Tlalpan y Xochimilco, durante todo el año anterior, fué de treinta y cuatro millones, cuarenta y cuatro mil quinientos cinco pesos.

SECRETARÍA DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

De acuerdo con lo que previene la ley de educación que en este año ha empezado á regir, dependen directamente de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, los asuntos de educación primaria de los Territorios Federales y los jardines de niños, antes al cuidado de la Dirección General de Instrucción Primaria.

Está ya utilizándose el edificio destinado á la escuela primaria superior «Manuel López Cotilla,» recientemente construido en Mixcoac; están concluidas también las obras de adaptación del edificio adquirido en Tacubaya para la escuela primaria superior «Guillermo Prieto,» y así se encuentran en servicio siete grandes escuelas primarias superiores de propiedad nacional. Además, se han construido y están utilizándose otros diez y siete edificios para escuelas rurales.

Se han abierto hoy las clases de la primera escuela primaria superior industrial para niños, establecida en México, en el edificio de la escuela primaria superior «Pablo Moreno,» donde los alumnos recibirán simultáneamente el complemento de su educación elemental y las enseñanzas que puedan servirles para dedicarse á la industria.

El examen médico individual de los alumnos.—Ha empezado á practicarse el examen médico individual de los alumnos de las escuelas primarias; y en los últimos meses del año próximo pasado, se había logrado examinar á seis mil cuatrocientos un niños para prescribirles las adaptaciones apropiadas de su educación física. A la mayoría de esos exámenes asistieron, con satisfactorio beneplácito, los padres de los alumnos.

En uso de la autorización que el Ejecutivo tiene para revisar las leyes vigentes en materia de enseñanza, se ha expedido el nuevo plan de estudios que rige las escuelas normales. De acuerdo con él se ha suprimido la Dirección General de la Enseñanza Normal.

Para que las escuelas anexas á ambas normales, puedan llegar á ser escuelas modelo, se ha reducido el número de sus grupos; y con el fin de que esto no restrinja el de alumnos que reciben educación impartida por las escuelas nacionales, se han formado, con los grupos suprimidos, otras dos escuelas primarias superiores, bajo la dependencia de la Dirección General de educación primaria.

Acaban de terminar los cursos de trabajos manuales y de gimnasia, establecidos en las escuelas normales para perfeccionar los conocimientos de los maestros, y empiezan ya á difundir esas enseñanzas en los Estados los profesores que vinieron á seguir dichos cursos por encargo de sus gobiernos.

Reconocimientos y exámenes en las escuelas profesionales.—Para normar los reconocimientos y los exámenes en las Escuelas Nacionales Preparatoria, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingenieros, de Comercio y Normales, se expidieron, á fines del año último, seis reglamentos, que concuerdan en los puntos más importantes, pero se distinguen por las peculiaridades de cada una de dichas escuelas. Se ha procurado favorecer por su medio, no solamente el aprovechamiento de los alumnos, sino la formación de hábitos regulares de trabajo.

Ha sido forzoso trasladar el Conservatorio Nacional de Música á edificios de propiedad privada, y proceder á la demolición de parte considerable de la ruinosa propiedad nacional que le estaba destinada: al hacer esta demolición, se ha cuidado de salvar los restos del edificio derruido, que por su importancia artística y por haber sido asiento de la antigua Universidad, deben formar parte del que se reconstruya.

Se ha instalado en el nuevo edificio de la calle de Necatitlán, la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Mujeres. Se han puesto techos á ocho departamentos de las naves laterales de la Biblioteca Nacional, para arreglar en el segundo piso de la misma, departamentos nuevos, y en ellos se ha instalado una estantería metálica con capacidad para más de setenta mil volúmenes. En la misma biblioteca se ha procedido también á hacer la renovación casi completa de los pisos y del mobiliario, que por su excesiva antigüedad, eran un peligro cierto de destrucción de los libros, y se está sustituyendo también, por una estantería metálica, la de la Biblioteca del Museo Nacional.

Excursiones científicas dignas de mención.—Entre las excursiones científicas, más dignas de mención, efectuadas en los últimos

meses, merecen señalarse la que hizo el Instituto Patológico para proseguir las investigaciones que tiene emprendidas en el Sur de la República, en cuanto al mal del pinto, y la exploración arqueológica de las ruinas del Sureste del Estado de Chiapas. El fruto de esta expedición ha consistido en transladar al Museo Nacional, desde los famosos templos de las cercanías del Usumacinta, la lápida que completa los tableros de la Cruz del Palenque.

El desarrollo del departamento de Arqueología del Museo, hizo forzosa la división de éste en dos: uno de Arqueología, Historia y Etnología, y otro de Historia Natural; este último cuenta ya con local arrendado en excelentes condiciones en el vasto edificio que se había construido para la Exposición Permanente.

La República ha sido oficialmente invitada para concurrir al Congreso Histórico Internacional de Música, que tendrá efecto en Viena á fines de Mayo de este año; al de Medicina, que se reunirá en Budapest, en Agosto próximo; al segundo Congreso Científico Internacional, citado para Noruega, asimismo, en Agosto, á fin de estudiar los medios de combatir la lepra, y al Congreso Médico Latino-americano, convocado en Río de Janeiro, igualmente para Agosto. Aceptadas esas honrosas invitaciones, se ha nombrado ya á la mayor parte de sus delegados.

México estuvo, además, debidamente representado en el Congreso Internacional de Educación Popular, reunido en París en Octubre último; en el primer Congreso Internacional de Educación Moral y Social, efectuado en Londres en Septiembre próximo pasado, en el que tuvo por objeto el estudio de la tuberculosis, también en Septiembre, en Washington, y en el primer Congreso Científico Pan-Americano, que se reunió en la capital de la República Chilena, el último mes de Diciembre.

SECRETARIA DE FOMENTO.

En el período transcurrido del 1º de Julio al 31 de Diciembre de 1908, la Secretaría de Fomento expidió dos mil veinte títulos de tierras, á fin de reducir á propiedad particular una superficie de trescientas treinta y un mil novecientas cincuenta y ocho hectáreas de terreno de la Nación, con un producto para el Erario federal de trescientos treinta y un mil seiscientos cuarenta y cinco pesos.

Las comisiones encargadas de explorar y medir el territorio de la República, tuvieron que dedicarse, principalmente, á trabajos de gabinete, en el período que comprende este informe, porque la estación de lluvias dificulta las operaciones de campo. Por esas causas la Comisión Geográfico–Exploradora, determinó únicamente: la posición astronómica de veinte poblaciones de los Estados de Chihuahua y Oaxaca y la altura sobre el nivel del mar de doscientos siete lugares poblados de los mismos; ligó entre sí, varios puntos por medio de una red de mil doscientos once kilómetros de levantamientos taquimétricos, que ofrecen mayor exactitud que los ejecutados anteriormente. La publicación de las cartas murales de los Estados, aumentó: con un sobretiro de la de Tamaulipas, con la impresión de la de Tlaxcala; y quedaron listas las cuatro hojas de la de Puebla. De la Carta General de la República á la cienmilésima, se publicaron cinco hojas y se grabaron otras catorce; continuando activamente sus trabajos de campo en los Estados de Sonora, Chihuahua, Morelos, Oaxaca y Yucatán.

Mejoras en los terrenos de regadío.—Con el objeto de mejorar los terrenos susceptibles de regadío, la misma Comisión Geográfico–Exploradora hizo el levantamiento de la laguna de Santiaguillo en el Valle de Guatimapé, cuyas aguas pueden derivarse á la importante región del Nazas, y practicó estudios de los ríos de Tunal, Conchos y otros, para usar sus aguas en el fomento de la agricultura.

La Comisión Geodésica midió nueve kilómetros más de la base de Tamaulipas, llegando hasta el número treinta y seis, y faltando únicamente cuatro para lograr el propósito de medir, con la mayor precisión de los métodos modernos, una línea de cuarenta kilómetros.

En la nivelación de precisión, se hicieron doscientos cuarenta y cuatro kilómetros del primer gran polígono, sobre el cual se están ejecutando, además, con péndulos especiales, y por primera vez en nuestro país, siguiendo el plan propuesto por la Asociación Geodésica Internacional, los interesantes estudios sobre la gravedad, que fueron terminados con buen éxito en Tacubaya, Puebla, Atlixto é Izúcar de Matamoros.

Bajo la dirección del Observatorio Meteorológico Central, y con ayuda eficaz de los Gobiernos de los Estados, quedaron establecidas las Secciones de Michoacán y Sinaloa, habiéndose concluido por la Federación, el nuevo Observatorio de Mazatlán, en el Cerro del Vigía, con dotación competente de aparatos modernos.

La Exposición de Boston.—Muy satisfactorio fué el éxito que ob-

tuvieron nuestros expositores en la Exposición Internacional de Boston, que se verificó en Octubre del año pasado, puesto que la mayor parte alcanzaron honrosas recompensas, que ya les fueron entregadas; habiendo cedido varios de ellos sus contingentes para enriquecer las colecciones del Museo Tecnológico de México, que cada día despierta mayor interés y continúa ensanchando sus relaciones con instituciones similares del extranjero.

En el primer semestre del corriente año fiscal, se expidieron dos mil ciento cincuenta títulos de fundos mineros, amparando una superficie de treinta y nueve mil novecientas ochenta y siete hectáreas, que, comparados con los del período correspondiente al año anterior, indican una diminución de veintiocho por ciento en la titulación de nuevas minas, á causa de la crisis financiera y de los bajos precios con que se cotizan los metales en el mercado. Por fortuna, gracias al empleo del petróleo como combustible en la exploración de minas de Cananea, el abaratamiento del costo de producción del cobre fué tal, que se hicieron costeables los metales de bajas leyes, que antes no pagaban sus gastos y ahora han permitido mayor desarrollo y prosperidad en aquella importante región. Viendo confirmadas con este ejemplo las previsiones que indujeron al Gobierno á conceder franquicias para la introducción, libre de derechos, del petróleo crudo, para el fomento de nuestras industrias, se han hecho concesiones análogas á la «Compañía Minera del Banco de Oro,» en el Distrito de Magdalena, Sonora, que, unidas á los adelantos metalúrgicos modernos, podrán contrarrestar las malas condiciones del mercado, haciendo posible la formación de nuevos centros mineros y favoreciendo el desarrollo de los antiguos.

Memoria del Instituto Geológico.—El Instituto Geológico terminó la Memoria relativa á las regiones petrolíferas de la República, y practicó un estudio especial del pozo de Dos Bocas, que se incendió en el Cantón de Ozuluama, en el Estado de Veracruz. Publicó un voluminoso Boletín sobre la Bibliografía Geológica y Minera de México, que comprende todo lo publicado en esos ramos hasta el año de 1904.

Los resultados del primer año de Estudios en la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, fueron muy satisfactorios, lo mismo que los de la Estación Agrícola Central.

Los trabajos de propaganda agrícola, llevados á cabo por el personal de ambas y por los empleados de las Estaciones de Río Verde y de Ciudad Juárez, se hicieron con toda actividad, habiendo distri-

buido treinta y nueve publicaciones con ciento cuarenta y un mil ejemplares sobre asuntos prácticos del ramo.

Quedaron fundadas, en el período á que se refiere este informe, dos nuevas Estaciones Agrícolas Experimentales, una en Oaxaca y otra en Tabasco, con la importante cooperación de sus ilustrados Gobiernos, y con el contingente pecuniario de la Cámara Agrícola de San Juan Bautista.

El nuevo régimen en la Escuela de Agricultura.—Con satisfacción hago constar que el nuevo régimen de la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, ha merecido la aceptación del público, principalmente entre los agricultores, como lo comprueba el hecho de haberse abierto el segundo año escolar con una inscripción de cuatrocientos sesenta alumnos, la mayor parte internos, habiendo tenido que desechar muchas peticiones de lugares de gracia, por haberse cubierto en los primeros quince días de Enero todas las plazas disponibles, con jóvenes de diversas partes de la República.

También me complazco en consignar aquí la importancia que tuvieron para orientar en el mejor sentido nuestras energías: la inauguración del Instituto Agronómico Internacional de Roma, y la verificación del Congreso de Washington, para la conservación de los Recursos Naturales de Norte América. En ambas reuniones se trataron asuntos importantes para México, y se palpó el interés creciente que despierta nuestra patria entre las naciones más avanzadas.

Las aguas de jurisdicción federal continúan despertando cada día mayor interés, avivado, en el período á que me refiero, con los cuantiosos recursos puestos á la disposición de nuestros agricultores por la importante institución de la Caja de Préstamos y por las sumas asignadas, de las reservas del Tesoro, para el fomento de las obras de riego en los terrenos susceptibles de esta mejora.

Con esos nuevos elementos se hizo posible la ejecución de contratos como los de las Compañías del Río de San Diego, de la Sauteña y de Chapala, así como otros subsidios para acelerar el progreso de nuestra agricultura, que esperamos llegará á ser la base de nuestra riqueza.

142 solicitudes para aprovechamiento de aguas.—En el primer semestre del año fiscal presente, se recibieron ciento cuarenta y dos solicitudes para aprovechar de diversas maneras las aguas federales; celebramos diez contratos sobre las mismas, y expedimos veintiséis títulos de concesiones nuevas ó de confirmaciones de derechos preexistentes.

Del 1º de Julio al 31 de Diciembre de 1908, se concedieron quinientas cuarenta y nueve patentes por invención, veintiséis por modelos industriales y una por dibujos, registrándose también quinientas veintidós marcas de fábrica y sesenta y tres avisos y nombres comerciales.

La Dirección General de Estadística dedicó atención especial á los trabajos del censo de 1910, distribuyendo en toda la República las instrucciones respectivas y los modelos de los documentos necesarios. El interés que tiene el Gobierno Federal en esta operación, ha sido secundado por el de los Estados, á tal grado, que me es grato anunciaros haber quedado instaladas ya Juntas especiales que se ocuparán en el próximo recuento de los habitantes de México, en Jalisco, Aguascalientes, Chiapas, San Luis Potosí, Sonora, Tamaulipas, Coahuila, Oaxaca, Chihuahua, Colima y Territorio de la Baja California.

SECRETARÍA DE COMUNICACIONES.

Las escolleras de Coatzacoalcos alcanzaron las longitudes totales proyectadas, y el canal quedó arreglado á una profundidad de nueve metros. El dique seco y los puentes levadizos de Salina Cruz, fueron construidos y se pusieron en servicio. Quedó terminado el revestimiento del Morro de Rompeolas en Manzanillo, y se dragaron doce mil metros cúbicos en la bahía.

En Tampico se instaló la tubería de barro de las atarjeas en veinte calles, estableciendo seiscientas conexiones entre las mismas y los albañales de las casas. Ha quedado instalada la tubería de hierro de distribución para el agua. Las obras de saneamiento y abastecimiento de aguas de Puerto México, han sido terminadas; y concluidas y entregadas al Ayuntamiento de Mazatlán, las de saneamiento de la ciudad.

Se han terminado las dos primeras secciones de defensas de las orillas del Río Bravo, río arriba de Ciudad Juárez, así como el revestimiento de enfajinados que protege la ribera derecha del río en la curva al Noroeste de Matamoros.

Las obras de canalización entre Túxpam y Tampico, han llegado á tres kilómetros del pueblo de Tamiahua.

Terminároнse los trabajos de descenso de la presa del Túnel de Tequixquiac.

La baliza luminosa permanente de la escollera Norte del Río Pá-

nuco, el fanal provisional de Xicalango y los fanales de Topolobampo y Agiabampo, se pusieron en servicio. Se terminaron la casa y la torre del fanal de Túxpam y la instalación de un fanal sobre una cabaña de palastro, en Champotón.

El futuro Palacio Legislativo.—La consolidación del suelo en que se erigirá el Palacio Legislativo, hecha con pilotes de arena y de concreto, ha sido concluida, y se ha dado principio á la compresión del terreno con aplanadoras.

Ha quedado terminado, en esta ciudad, el edificio para las cocheras y caballerizas del servicio postal, y en Torreón, otro edificio destinado á Oficina de Correos.

Los adelantos en las obras del Teatro Nacional y edificio para la Secretaría de Comunicaciones, han sido de importancia.

Ha habido aumento en la construcción de nuevas vías.—Los ferrocarriles de jurisdicción federal han tenido, durante el semestre próximo pasado, un aumento de doscientos sesenta y tres kilómetros en la construcción de nuevas vías. El principal contingente de dicho aumento lo proporcionaron los Ferrocarriles de Álamos á Guadalajara y el de Nogales al Ferrocarril de Naco á Cananea. El primero terminó la línea desde Navojoa hasta Mazatlán y el tramo de Orendain á Tequila, y el segundo en toda su extensión de Nogales á del Río. La extensión de vías férreas alcanza á la cifra de diez y nueve mil setenta y dos kilómetros, que unida á la de los ferrocarriles construidos en los Estados, cuatro mil ochocientos kilómetros, da un total de veintitrés mil novecientos doce kilómetros. En Rincón Antonio, perteneciente al F. C. Nacional de Tehuantepec, se terminaron las dos últimas casas para mecánicos y la instalación de una grúa, fraguas y máquinas para tornillos, en el taller de herrería, así como el cobertizo para coches. En el Juile, se terminó la nueva casa de sección, y dos para maquinistas y conductores en Puerto México.

En el camino de Ciudad Victoria á Soto la Marina, se ha tenido, en el período de Septiembre á la fecha, un avance de quince kilómetros, llegando los trabajos hasta el kilómetro cuarenta, á partir de Ciudad Victoria. En el de Iguala á Chilpancingo, los trabajos consistieron en la construcción de cincuenta y dos kilómetros de terracería, en la sección de Iguala al Mexcala.

El importante movimiento en el ramo de Correos.—El movimiento del ramo de Correos, durante el primer semestre del año fiscal en curso, fué el siguiente: se establecieron diez y seis administraciones locales y ocho oficinas ambulantes, siendo dos mil novecien-

tos cuarenta y seis el número de oficinas postales existentes. El movimiento de toda clase de piezas postales, ascendió á la cantidad de ochenta y nueve millones de envíos. La expedición de giros postales tuvo un aumento de uno y medio por ciento, ó sea un resultado de cerca de veinticuatro millones, novecientos mil pesos. El cambio de giros postales con los países que tienen celebradas convenciones con la República, fué de dos millones, doscientos ochenta y un mil pesos. A los editores de publicaciones periódicas, se les pagaron libramientos por valor de doscientos treinta y mil. En el semestre de referencia, los productos generales del ramo, llegaron á la cantidad de dos millones, ciento veinticinco mil pesos.

En el mes de Noviembre último, el Congreso de la Unión decretó el establecimiento de los avisos de pago para los giros postales, tanto en el servicio interior como en el internacional, quedando inaugurados, el servicio interior el primero de Febrero, y el internacional, con Canadá, Alemania, Francia, Gran Bretaña y la República de El Salvador, el primero de Marzo. Para este servicio se estableció el cambio directo de correspondencias, entre las oficinas de Manzanillo y Acapulco y la de Victoria, Canadá, y entre las oficinas de Frontera y Nueva York y Galveston. Se instituyó el cambio de giros postales entre México y Turquía, por conducto del servicio alemán. Se modificó el porte de bultos postales con destino á Alemania y á los países y colonias, para los cuales sirve de intermediario el mismo servicio alemán.

El Ramo de Telégrafos.—Refiriéndome al ramo de Telégrafos, haré notar que, en el primer semestre del presente ejercicio fiscal, se tendieron tres mil doscientos sesenta y seis kilómetros de hilos telegráficos; siendo el aumento de la Red Federal, sólo de dos mil seiscientos setenta y un kilómetros, por las supresiones y rectificaciones llevadas á cabo. Además, se repusieron, al hacerse la rectificación de algunos trazos en una extensión de quinientos kilómetros, los conductores que se encontraban en mal estado. Los hilos entre esta capital y Lechería, quedaron instalados sobre postes tubulares de acero, de nueve metros de altura; y el cable de tres conductores, de San José del Carmen á Minatitlán, tendido en el Río de Coatzacoalcos, fué repuesto, colocando uno de mejor calidad, de seis conductores. En el propio período á que me refiero, se abrieron al servicio tres nuevas oficinas telegráficas y cuatro telefónicas, clausurándose dos telegráficas por innecesarias. El día 13 de Septiembre último quedó en comunicación el Partido Sur de la Baja California con el resto de la

República, por medio de las nuevas estaciones radio-telegráficas federales, establecidas en Cerritos, del Estado de Sinaloa, y San José del Cabo, perteneciente á aquel Territorio. La correspondencia del público, á que se dió curso en el servicio interior durante el período semestral ya referido, fué inferior en un seis y medio por ciento á la del semestre correspondiente del año anterior. En cambio, la internacional excedió en algo más de dos por ciento; la que se transmite con derecho á descuento en más del diez, y la oficial en más del once. Los productos de este ramo disminuyeron ocho por ciento.

SECRETARÍA DE HACIENDA.

El malestar económico que se ha hecho sentir desde hace tiempo, presenta síntomas inequívocos de su próxima desaparición. Si en algunas industrias, como la minera, no se nota aún gran mejoría, es indudable que la situación del país es hoy más satisfactoria que la del año pasado. Los capitales disponibles abundan para las operaciones sanas y prudentes, y, como es natural, el rédito del dinero ha seguido bajando; la cartera de los bancos está ya completamente depurada; muchos establecimientos fabriles comienzan de nuevo á aumentar su producción; los ingresos de los principales ferrocarriles acusan también mayor actividad, y en todas partes ha vuelto á avivarse la iniciativa privada.

No ha disminuido el movimiento de exportaciones.—En el movimiento de las exportaciones se ha observado, durante el primer semestre del presente año fiscal, que, separando los metales, especialmente la plata, el conjunto de las exportaciones no ha disminuido en valor, y que de la baja de los metales exportados, más de la mitad se debe á que en 1908-1909 no han salido del país pesos fuertes. Como se ve, el cuadro es, después de todo, tranquilizador, tanto más, cuanto que no ha habido necesidad de enviar moneda al extranjero, y que, no obstante la baja de precios que han sufrido nuestros principales artículos, el aumento de las cantidades exportadas ha compensado, en buena parte, la depreciación de su valor.

Las importaciones en decrecimiento.—Por lo que toca á las importaciones, su fuerte decrecimiento, consecuencia del estado de crisis heredado del año fiscal último, producirá el resultado benéfico de inclinar de nuestro lado la balanza del comercio exterior, contribuyendo así, poderosamente, á que se restablezca, cuanto antes, el per-

turbado equilibrio económico. Desgraciadamente, esta diminución de las importaciones trae consigo una baja proporcional en los productos de las aduanas, baja que será de consideración, si en lo que falta del ejercicio fiscal corriente no mejoran los ingresos. Esta deficiencia, unida á la que presenta también, aunque de importancia mucho menor, la Renta del Timbre, amenaza romper la nivelación de los ingresos y los egresos, que, como es bien sabido, se calcularon para este año sobre la base de la supresión ó reducción de algunos impuestos y de un aumento de sueldos á la mayor parte de los empleados públicos.

En el ramo de Aduanas se decretaron, el primero de Febrero de 1909, las reformas y adiciones al Vocabulario de la Tarifa y á las notas explicativas de esta última; se expidió con fecha 3 del mismo mes, el reglamento para el tránsito internacional de mercancías entre Naco y Nogales; y, por último, se redujo, por el decreto de 26 de Noviembre de 1908, el derecho de importación que causa el trigo, medida que se vió obligado á dictar el Ejecutivo, en vista de la pérdida, casi completa, de la última cosecha de este cereal.

Éxito de la Caja de Préstamos.—Os agradará saber, seguramente, que la Caja de Préstamos para Obras de Riego y Fomento de la Agricultura, de cuya organización y primeros pasos os ha dado cuenta la Secretaría de Hacienda en informe especial, ha tenido un éxito notable, desde los puntos de vista del crédito de que disfruta en el extranjero, y de los servicios que ha podido prestar en la República —dentro de los fines de la institución,— en el cortísimo tiempo que lleva de haber comenzado sus operaciones. Su capital propio de diez millones de pesos, y una buena parte de los cincuenta millones que, por medio de un empréstito, logró proporcionarse en buenas condiciones, están ya colocados en propiedades agrícolas, con seguridades de primer orden para el establecimiento, y en condiciones de rédito y de pago ventajoso para los deudores.

Dos bancos de emisión, el de Campeche y el de Michoacán, solicitaron de la Secretaría de Hacienda la autorización para transformarse en bancos refaccionarios, lo que les fué concedido, mediando condiciones que aseguran el reembolso de los billetes en circulación. El Ejecutivo ha creído conveniente facilitar las transformaciones de esta clase, porque ellas dan á las instituciones de crédito, libertad mayor para atender á las diversas necesidades de la industria y de la agricultura.

La fusión de las Líneas Férreas es ya un hecho.—La fusión

de las líneas férreas que hoy pertenecen á la Compañía de los Ferrocarriles Nacionales, es ya un hecho, no sólo en el orden jurídico y en el financiero, sino en el terreno administrativo. La nueva Compañía ha entrado en posesión de todos sus derechos y propiedades, y me es satisfactorio informaros que, no obstante que sólo han transcurrido pocos meses desde dicho suceso; que apenas comienza la obra de reorganización, y que, por virtud de la paralización temporal de muchas fuentes de riqueza del país, los productos brutos de las líneas han sufrido un serio menoscabo, la Compañía de los Ferrocarriles Nacionales cubrirá con sus propios elementos, en este primer año de su existencia, todas sus cargas fijas, y distribuirá, además, un dividendo en favor de sus acciones preferentes.

SECRETARÍA DE GUERRA.

En el Colegio Militar, de mil setecientos veintisiete exámenes que se verificaron, solamente treinta y cinco tuvieron mal éxito, lo que da una pérdida de sólo dos por ciento. En el año anterior se concedieron por primera vez las dos condecoraciones del Mérito Facultativo, las cuales, para ser otorgadas, requieren que los interesados obtengan en todos los años de estudios el primero ó segundo premio.

Del mencionado establecimiento salieron al Ejército quince oficiales facultativos de Estado Mayor, Ingenieros y Artillería, y veintitrés técnicos de diferentes armas.

La Escuela Militar de Aspirantes continúa alcanzando notables adelantos.

Los resultados del último semestre (Julio á Diciembre de 1908), han sido más halagüeños que los anteriores; salieron al Ejército, como Subtenientes, diez y siete aspirantes y dos sargentos de infantería; cinco aspirantes de caballería y un sargento de artillería, y, además, terminaron sus estudios seis oficiales de infantería y nueve de caballería.

Para obtener mayor rendimiento en la Escuela, desde el 1º de Enero anterior se aumentaron cincuenta plazas, y en vista del gran número de solicitantes, se hizo necesaria la admisión de treinta individuos más, en calidad de alumnos supernumerarios.

Buen éxito de la Escuela Magistral de Esgrima.—En Noviembre del año anterior, se verificaron los primeros exámenes en la Escuela Magistral de Esgrima y Gimnasia, con buen éxito. Como en dicho

plantel los estudios durarán tres años, en un plazo relativamente corto, México contará con un buen número de profesores de esgrima, gimnasia y tiro de pistola.

Las escuelas de tropa siguen progresando rápidamente, y me es sumamente grato hacer notar que el treinta por ciento de aprovechamiento que se obtenía anteriormente, ha subido hasta más de un setenta en el año anterior.

En Noviembre llegaron á esta capital cinco de los oficiales mexicanos que estaban en las Escuelas Militares de los Estados Unidos, quedando en aquel país uno, á invitación especial de aquel Gobierno.

Han quedado terminados los edificios destinados á la Fábrica de Pólvora sin humo, instalándose en ellos la maquinaria contratada.

Este establecimiento se inaugurará próximamente, y contará con su laboratorio para análisis de pólvora sin humo; teniéndose la certeza de que, en poco tiempo, las materias primas y elementos que se necesiten, se adquirirán de nuestra industria nacional.

Se prosigue con actividad por los contratistas, la construcción de dos cañones de costa de doscientos cuarenta milímetros, que se destinan al Puerto de Salina Cruz, y la de los armones y carros de municiones necesarios para la dotación del material de ochenta milímetros, tipo poderoso, sistema Mondragón, así como la transformación en cañones de tiro rápido, de las piezas de setenta milímetros de montaña y morteros de noventa milímetros, del propio sistema.

En la Maestranza Nacional se lleva á cabo la construcción de ciento noventa y dos carros reversibles con armón, para materiales de noventa y setenta y cinco milímetros, sistema Mondragón y Schneider Canet.

Inauguración de la Fábrica de Cartuchos.—Ha quedado inaugurada la Fábrica Nacional de Cartuchos y comenzado la fabricación; se ha instalado en la Fundición Nacional, la maquinaria para la laminación de metales, por lo que próximamente se podrá empezar á trabajar en este nuevo taller.

La Escuela de tiro ha sido reorganizada, formándose un nuevo reglamento del plantel; y siendo los materiales de artillería sumamente precisos y de complicado manejo, se tiene especial cuidado en el aprendizaje de la oficialidad y tropa, y haciendo que los conozcan teórica y prácticamente por medio de constantes maniobras y ejercicios de tiro.

El Batallón de Zapadores prestó muy importantes servicios en la

extinción del incendio de los pozos de petróleo de San Diego de la Mar, Veracruz, haciéndose merecedor de grandes elogios y recompensas.

El cañonero «General Guerrero,» construido en Inglaterra, salió para nuestras costas del Pacífico, haciendo el viaje en torno de la América del Sur, y pasando el Estrecho de Magallanes.

En su larga travesía, ha tocado los principales puertos de esa región, recibiendo en todos ellos vivas demostraciones de amistad y simpatía para el Gobierno y pueblo mexicanos.

Se ha recibido ya la nueva dotación de cañones para la Corbeta-escuela «Zaragoza,» procediéndose al montaje.

Por decreto de 19 de Febrero anterior, se reformaron algunas disposiciones de Leyes de Organización y Competencia de los Tribunales Militares y Procesal Militar. Su tendencia consiste, principalmente, en abreviar los procedimientos contra los delitos cuyo término medio de la pena no exceda de arresto mayor; en que los excluyentes se tomen en consideración tan luego como aparezcan comprobados, y, finalmente, se fija el procedimiento de responsabilidad, y se prohibe el libre ejercicio de la profesión á los jueces militares.

Los talleres de la Secretaría de Guerra han recibido considerable refuerzo de maquinaria, pudiéndose hacer en ellos toda clase de trabajos de litografía, imprenta, fotograbado, etc.

Señores Diputados:

Señores Senadores:

La reseña que acabáis de escuchar, puede demostraros que el Ejecutivo de la República no ha omitido ningún medio á su alcance, para lograr que la Administración, en todos sus ramos, no se aparte de la marcha progresiva que de algunos años acá se observa en el país. Sigo creyendo, según en ocasiones anteriores os lo he manifestado, que ese progreso real es la lógica resultante de la paz y el orden, que dichosamente se acentúan más cada día; y á ese respecto no huelga el declarar, que ni nuestra crisis económica, que se espera ver conjurada en breve, ha estorbado nuestro adelantamiento.

De ahí que el Ejecutivo espere fundadamente, constándole, cual le consta, la patriótica ayuda que siempre ha encontrado en el buen

sentido del pueblo y en el trabajo inteligente de sus legisladores, que la situación halagüeña de México no ha de estacionarse, sino antes bien, ha de conducirlo á un futuro de engrandecimiento, que todos anhelamos y que venimos todos persiguiendo.

PORFIRIO DÍAZ.

*
* *

¡He ahí al gobernante revelado por su obra!

XXX.

REELECCIÓN DEL SR. GRAL. DÍAZ.

Discurso pronunciado el día 2 de Abril de 1909, ante el Sr. Gral. Díaz, por el Sr. Gral. D. Pedro Rincón Gallardo, Presidente de la Convención Nacional Reeleccionista.

Señor Presidente:

LA CONVENCIÓN NACIONAL de Clubs Reeleccionistas de la República, os ha aclamado hoy, unánime y entusiastamente, su candidato para el próximo sexenio constitucional.

«Seiscientos cuarenta y tres ciudadanos, en su mayor número venidos de sus propios Estados, han constituido esta Convención, representando más de mil clubs, esparcidos en todo el territorio de la Nación. Por tanto, podemos afirmar, con la autoridad incontestable de los hechos, que la Convención Reeleccionista condensa las aspiraciones é intereses de una magna porción del pueblo mexicano.

«No es, pues, la Convención, que aquí me acompaña en cuerpo, quien os presenta la candidatura presidencial para un nuevo término, ¡no! es la voz cariñosa y leal de millones de nuestros conciudadanos la que os aclama y pide que continuéis al frente de los destinos de la Patria.

«Nadie puede negar que tenéis derecho al descanso, á las dulzuras de la vida privada, en el tierno regazo de la familia; vuestra larga y gloriosa vida, llena de luchas, de sacrificios y servicios patrióticos, justifica ese derecho. Pero también vuestros deberes históricos son ingentes, y no podéis desoir su voz imperiosa, como que es la voz

de la propia conciencia; y si á este dictado íntimo se une la voluntad clamorosa del pueblo, el sentimiento del deber patriótico se transforma entonces en el apremio de una verdadera necesidad nacional. Y así es en efecto. Para el mantenimiento del orden, generador de todas las libertades y bienes sociales, dentro del funcionamiento normal de las instituciones, sin la personal influencia del gobernante de mañana, la Convención Reeleccionista estima que vuestra presencia en el Gobierno es todavía necesaria.

«Por fortuna, vuestras fuerzas vitales están enteras, vuestra influencia política en todo el país fresca aún, vuestra autoridad personal incólume.

«Estas felicísimas circunstancias os permitirán ser en lo porvenir lo que habéis sido hasta aquí: el centro de atracción de todas las fuerzas vivas del país, de todos sus elementos progresistas, de todas sus aspiraciones nobles y legítimas. Con esto, podréis utilizar en el servicio público todas las energías viriles y patrióticas que la compleja labor del Gobierno de un país joven requiere, para no detenerse en la marcha progresiva á que vos lo habéis lanzado y conducido con tanta habilidad como firmeza.

«Señor Presidente: con el supremo anhelo del bien patrio, la Convención Reeleccionista os presenta la candidatura á la presidencia de la República en el nuevo sexenio constitucional.»

***

Juntos con los delegados de la Convención Nacional, se presentaron los miembros del «Círculo Nacional Porfirista,» cuyo Presidente, el señor Landero y Cos, pronunció el siguiente discurso:

«Señor Presidente:

«El Círculo Nacional Porfirista, que, aunque declarado Partido Nacionalista por la Convención de 1903, conserva su primitiva y simpática denominación, ha convocado á sus delegados á la segunda Convención Nacional Porfirista, y ella ha acordado presentaros el acta de 18 de Marzo, firmada por todos los delegados, á que acabo de dar lectura.

«Al entregar el acta, debemos expresaros los sentimientos y los deseos de la Convención, que son la genuina expresión de los senti-

mientos y los deseos del pueblo mexicano, al que representa en sus diversas clases sociales.

«El pueblo mexicano siente una inmensa gratitud hacia vos, que le habéis dado paz, trabajo y bienestar; y en su anhelo de no perder tan preciados dones, desea conservar en el poder al hombre á quien los debe.

«Por esa causa os suplico, por conducto de la Convención, que aceptéis vuestra postulación para Presidente de la República en el próximo período constitucional.

«Bien comprendemos todos los mexicanos la magnitud del sacrificio que pretendemos imponeros: bien comprendemos que vuestras arduas labores militares y gubernativas de tantos años, os dan pleno derecho al retiro y al reposo; pero conociendo vuestro acendrado civismo, nos atrevemos á rogaros que sigáis consagrándonos vuestros últimos años y sacrificando vuestro reposo en aras de la Patria.

«Al saludaros y felicitaros en este día de gloriosos recuerdos en vuestra carrera militar, nos complacemos en esperar que, accediendo á los deseos unánimes del pueblo mexicano, haréis que sea también este día de gloriosos recuerdos en vuestra carrera política.»

CONTESTACIÓN DEL PRIMER MAGISTRADO.

«Señores Representantes de la Convención Nacional:
«Señores Representantes del Partido Nacional Porfirista:

«Al ofreceros mi cordial bienvenida, os doy gracias por el honor que me prodiga esta espléndida y solemne manifestación con que vuestra benevolencia me proclama idóneo para ejercer el Supremo Poder Ejecutivo de la República, en un nuevo período constitucional.

«Designado más de una vez por el voto de nuestros compatriotas para encargo tan honroso, he podido cumplir los deberes que impone, compensando con patriótica eficacia las deficiencias de mis modestas aptitudes. Pero percibo que voy aproximándome á una edad en que la decadencia se impone, y como gasté mis mejores años en trabajos consumidores de energía, temo que en el transcurso de otro

sexenio, un creciente cansancio pueda impedirme cumplir mis deberes, según mi costumbre, y según las exigencias también crecientes del desenvolvimiento nacional. Sin embargo, como todo lo que yo pueda ó valga, pertenece á mi Patria y tiene por objeto su servicio, hecha esta observación que el deber me aconseja, no me considero autorizado para rehusar su soberano mandato, si me lo impusiera.»

*
* *

¡He aquí al Patriota probado por sus hechos!

Aceptad, Señor Presidente, sin temer al cansancio.

Vuestra indomable voluntad sabrá triunfar de la fatiga, ó sucumbir en el empeño, y. . . . morir en plena lucha es morir en plena gloria.

Creo con Ibsen, ese coloso del pensamiento, *que es necesario querer, querer lo imposible . . . . querer hasta la muerte . . . .* ¡QUERER ES VIVIR!

Vos, el coloso del carácter, el arrogante gladiador de la voluntad, sois digno de llevar en vuestro escudo el atrevido lema del poeta escandinavo: ¡QUERER ES VIVIR!

La vida es la suprema fuerza de la materia.

La voluntad es la suprema fuerza del espíritu.

QUERER ES VIVIR, y . . . . vivir es triunfar.

¡Aceptad y vivid!

Señor General Porfirio Díaz.

XXXI.

CONCLUSIÓN.

NI suelo propio, ni la misma cuna, ni la unidad de origen y de raza, de aspiraciones é ideales; ni siquiera los lazos de la herencia, de la materna lengua ó de la Historia: nada de lo que constituye una Nación, tenían los mexicanos al terminar la ;ada primera del siglo XIX.

Nada teníamos....

Porque el suelo era un suelo conquistado; la raza un cruzamiento de las triunfantes castas invasoras con la indígena raza subyugada, y la unidad de aspiraciones é ideales, jamás pudo existir entre el vencido esclavo que trabaja y el amo vencedor que le fustiga....

Porque la tradición era distinta, la historia diversa, y la lengua era exótica é impuesta....

Y porque, en fin, la desgraciada grey, nacida en el suelo que hoy es mexicano, teniendo por pastores algunos frailes buenos, y por amos algunos reyes malos, ni podía constituir un Estado, ni llamarse nación, sino colonia: Era una satrapía regida por dinastas españoles, y se llamaba Nueva España.

Hubo, es verdad, una rudimental civilización, la que alcanzaron las estrenuas razas nahuatlacas, nacidas de la unión de Ixtac Mizcohuatl, *blanca culebra nebulosa*, con su primera mujer Ilancuitl; razas originarias del país de Aztlán, *tierra de garzas*, y Teoculhuacán, *tierra de los que tienen dioses por abuelos:* civilización traída por los aztecas, batalladores peregrinos que lograron edificar Tenochtitlán en el sitio elegido por sus dioses, y fundar una gran monarquía, la me-

xicana, que llegó á un alto grado de preponderancia y relativa cultura.

Pero, un aciago día, vino la *horda extranjera*, la esperada, la temida, la ya profetizada por los divinos abuelos de la teogonía nahuatlaca, y arrasó la ciudad edificada en el sitio escogido por el águila devoradora de serpientes, mensajera de Huitzilopochtli.

Y arrasó no sólo la ciudad imperial, sino también la civilización de aquel pueblo de guerreros Tlaecales, *hombres de gran corazón*, conquistadores de la tierra, y de reyes Ilhuicaminas, *flechadores del cielo*....

Tenía que suceder.... estaba decretado por los hados.

En cuanto á la civilización traída por los invasores, era la deficiente civilización medioeval española, fundada en una de las más antiguas religiones asiáticas, la religión hebrea, con más numerosos ídolos, más absurdos dogmas y teogonías más complicadas que la teogonía nahuatlaca.

Los dioses del conquistador eran más crueles que Huitzilopchtli.

El dios azteca se conformaba con sangre; Jehová necesitaba sangre y fuego.

Los sacerdotes nahuatlacas arrancaban el corazón á sus víctimas; los sacerdotes iberos las quemaban vivas.

La horda conquistadora, formada por temibles bandidos religiosos, alucinados, psicasténicos, poseídos del valor despiadado y el sombrío fanatismo de su tiempo y de su raza, no era la llamada á civilizar las tribus conquistadas: la esclavitud no civiliza.

Para que aquella grey de míseros esclavos llegase á convertirse en pueblo, á formar un Estado y á constituir una Nación, era preciso que primero pudiese deshacerse de sus feroces opresores, conquistando su libertad é independencia.

Y sí las conquistó, pero después le fué preciso pasar por un tristísimo período de anarquía y de terrorismo; por una larga serie de sangrientas luchas, tremendas convulsiones y horribles cataclismos.

Aquel heroico pueblo nacía pobre de virtudes y rico de pasiones, valor y fanatismo.

Crecía con dolorosas heridas en el cuerpo y profundos rencores en el alma.

Como funesta herencia, le quedaban vicios, miseria y hábitos perversos....

Llevaba acumulados en su sangre, los malos caracteres de dos castas y los estigmas de dos razas.

Pero también llevaba algunos nobles rasgos, transmitidos por el atavismo, exacerbados por el cruzamiento y perpetuados por la influencia del medio, aunque un tanto degradados por la falta de educación y de cultura.

La Patria independiente, tuvo que soportar diversas formas de Gobierno: Regencias, Centralismo, Imperios, Dictaduras é Intervenciones extranjeras; guerras, traiciones, hambre y despotismo; todas las violaciones de los fuertes y todos los ultrajes de los malos; todos los horrores de la miseria y todos los dolores del infortunio.

Sus hondos males parecían sin remedio; sus revoluciones, sin tregua, y sus desgracias, sin término.

El militarismo amenazaba con hundirla para siempre en la angustiosa situación en que hasta hoy están hundidas muchas de las Repúblicas hermanas de la América Latina.

Fué la obra de un hombre, la que pudo salvarla de la ruina; y fué la excepcional, nueva, oportuna forma de Gobierno creada por ese hombre, la que ha determinado su regeneración, su paz y su progreso.

*
* *

George W. Crichfield, el notable escritor norteamericano á quien ya hemos citado, clasifica los gobernantes y los gobiernos de las naciones latino-americanas, en la siguiente forma:

Muy buenos Gobernantes.

De México, Porfirio Díaz.
Del Brasil, Don Pedro II.

Buenos Gobernantes.—Los del mejor tipo.

De la Argentina, Dr. Domingo Faustino Sarmiento, General Don Bartolomé Mitré y General Don Julio A. Roca.

Del Perú, Don Ramón Castilla.

De Chile, Don José Joaquín Pérez y Don Federico Errázuriz.

De Venezuela, Dr. Rojas Paul.

Del Brasil, Don Prudente Moraes Barros.

De Colombia, General Santander, Bolívar y General Don Rafael Reyes.

Del Ecuador, Antonio Flores y (tal vez) O'Higgins.

Malos Gobernantes.—Típicos dictadores latino-americanos.

De Venezuela, Antonio Guzmán Blanco.
De México, Santa-Anna.
De Colombia, Rafael Núñez.
De Guatemala, Rufino Barrios.
De Chile, José Manuel Balmaceda.

Muy malos Gobernantes.—Típicos dictadores latino-americanos.

Del Paraguay, Dr. José Rodríguez Gaspar Francia.
De Venezuela, Cipriano Castro, Crespo, Falcón, Monagas, padre é hijo, Páez, y *casi todos.*
De Santo Domingo, General Heureaux.
De Haití, Hypolite, y *todos.*
De la Argentina, Juan Manuel Rosas y Juan Facundo Quiroga.

Los peores Gobernantes.—Típicos dictadores latino-americanos.

Del Paraguay, Francisco Solano López.

Clasificación de los países latino-americanos.

Primer grupo.—Pueblos que progresan: en primer lugar, México, bajo un excepcional sistema de Gobierno, diferente de todos los sistemas de gobierno de Sud-América, y quizás de todos los sistemas de gobierno del mundo, por los peculiares caracteres que le dan una organización tan compacta.

En segundo lugar, Perú, Argentina y Chile, que no son Repúblicas más que de nombre, y que son, en realidad, oligarquías formadas por hombres que comercian en política.

Segundo grupo.—Pueblos que no progresan, pero que pueden aspirar á un progreso relativo en lo futuro, y están regidos por dictaduras del tipo menos malo: Costa Rica, Brasil, Uruguay y Paraguay.

Tercer grupo.—Pueblos sin esperanza de redención ni de progreso, gobernados por la peor clase de dictaduras, y casi hundidos en la

barbarie: Santo Domingo, Haití, Nicaragua, Salvador, Guatemala, Honduras, Colombia, Venezuela, Ecuador y Bolivia.

Tal es, en resumen, la injustificada clasificación de Crichfield, inspirada en un concepto erróneo, cruel y exagerado.

Sólo hace Crichfield una honrosa excepción de nuestro actual gobernante y nuestra forma de gobierno, que describe en los términos siguientes:

«La prosperidad material de México, durante los últimos veinticinco años, el radical adelanto que ha obtenido en el camino de la civilización, es una de las maravillas del mundo. Esto no quiere decir que México pueda compararse, por su sistema político y social, con los países verdaderamente ilustrados, ni que, en toda la extensión de la palabra, pueda llamarse República; pero el gigantesco paso que en tan breve tiempo ha dado para salir de su antigua condición de anarquía, revolución y vandalismo, le da derecho á ser considerada como única entre todas las naciones.

«El progreso real de México empezó con el advenimiento de Porfirio Díaz al Poder Ejecutivo: él se abrió paso hasta el poder en la misma forma en que los anteriores Presidentes, y al empezar su gobierno se encontró rodeado por los antiguos elementos de ilegalidad y destrucción, que tanto abundan en los países latino–americanos.

«Pero Díaz no siguió el camino trillado por otros dictadores. Hombre de vasta inteligencia, de gran fuerza de voluntad, una de las tremendas personalidades del mundo, empuñó con mano firme las riendas del poder, y desde entonces, hasta esta fecha, *él ha sido el Gobierno de México.*

«No es un simple jefe del poder Ejecutivo: su gran personalidad, su incomparable poder de organización, su tremendo carácter, su valor indomable y la inteligente amplitud de sus dotes de estadista, le han permitido el dominio y dirección de cada uno de los nervios y cada una de las arterias de México.

«A sus otras grandes cualidades ha unido la honradez, la noble ambición, el amor á la justicia y el amor á su pueblo, é indudablemente merece ser considerado como una de las grandes figuras del mundo. Tanto por su carácter personal, como por las cualidades que han asegurado su conspicua fama de Jefe Ejecutivo, Porfirio Díaz es acreedor á la admiración, el amor y la veneración de la Humanidad....

«Fué suficientemente sabio para comprender desde el principio de su administración, que la verdadera grandeza de su patria está

basada en la dirección del progreso material; se ha esforzado, no sólo en atraer á su país el capital extranjero, sino en garantizarlo debidamente, cuando lo ha conseguido.... Las estadísticas publicadas por el Sr. Barlow, Cónsul General de los Estados Unidos, muestran que actualmente hay más de quinientos millones de dólares de capital americano, ventajosamente invertidos en México.

«Los americanos son, generalmente, bien tratados por el Gobierno mexicano, y aunque en México hay muchas cosas que no están á la altura en que se encuentran en nuestro país (algunas supervivientes leyes y costumbres medioevales que censuraré debidamente), en general, el progreso de México ha sido tan asombroso, y el gobierno tan admirablemente adaptado al pueblo mexicano, que casi no se escuchan de boca de los extranjeros, más que elogios y sinceros votos porque el gran gobernante disfrute largos años de fuerza y de salud....

«México tiene una Constitución *muy semejante* á la de los Estados Unidos.» *

* * *

Al asegurar que en México existen leyes y costumbres medioevales, olvidó Crichfield la ley Lynch y la cremación de *negros vivos*, en cuya *medioeval ceremonia* toman parte, con gran entusiasmo, hasta las mujeres y los niños yanquis.

¿Ignora el ilustre escritor que aquellos *negros*, sus hermanos en la humanidad, ocupan en la escala zoológica igual rango que los *blancos*, por pertenecer al mismo género que ellos, HOMO SAPIENS, y al mismo orden, PRIMATES?

¿Es sólo nuestra raza latino-americana, la que ha heredado la barbarie y crueldad de sus antepasados?

¿No han heredado los anglo-americanos esas *costumbres crematorias* de la vieja *raza modelo* anglo-sajona, que encendió la *hoguera medioeval* en que murió la sublime alucinada Juana de Arco?

¿Por qué tanta severidad para la joven raza latino-americana?

Creo en la posible, aunque lejana redención de nuestra raza....

Creo, además, que el pueblo mexicano está llamado á ser, acá en América, lo que el valiente pueblo japonés ha sido allá en el Asia: un precursor de inesperados hombres é inesperadas civilizaciones....

---

* «American Supremacy.»—By George W. Crichfield.—New York.—Brentano's. 1908.

Y creo también, que la obra y el ejemplo de Porfirio Díaz inician un período de regeneración y de unificación liberadoras, una era de promesas de ventura para esta noble raza, cuya gloriosa transfiguración presienten ya, mi alma de Latino y mi corazón de Mexicano.

. . . . . .

En vano han pretendido sabios escritores clasificar el Gobierno del General Díaz entre alguno de los sistemas de gobierno conocidos.

Por mi parte, sólo encuentro lugar para esa forma de gobierno en un nuevo sistema filosófico, nacido allí en la misma patria del escritor que tan despiadadamente ha censurado los defectos de los pueblos latino-americanos, olvidando, sin duda, los no menos censurables defectos de su propio pueblo.

Hace ya algunos años, que el espíritu culto y eminentemente práctico de los anglo-americanos, viene oponiendo á la filosofía racionalista, germánica y latina, una filosofía completamente nueva: El Pragmatismo.

Dice el Dr. Renon:

«El vocablo pragmatismo viene del griego, y significa hecho, acto, acción; es la filosofía de los hechos, de la vida práctica, la filosofía de los resultados, de la experiencia y de la acción.»

Pues bien, lo que Porfirio Díaz ha hecho, es aplicar el pragmatismo á su política y á su sistema de Gobierno, utilizando cuanto de prácticamente utilizable existe en nuestro pueblo, nuestro modo de ser y nuestras leyes; eliminado lentamente, prudentemente, pero enérgicamente, cuanto de utópico, de exagerado y de quimérico existe en las doctrinas y sistemas ideales, creados por algunos soñadores que han predicado mucho en sus escritos y han declamado mucho en la tribuna, pero que nunca han gobernado un pueblo.

Si en las ciencias humanas, la pesquisa tenaz de la verdad absoluta, conduce siempre al caos; en política y en Gobierno, la persecución de la perfección absoluta, conduciría simplemente al fracaso.

Hay una gran distancia entre el filósofo racionalista, que va en pos de las verdades y perfecciones absolutas, y el filósofo pragmático, que sólo va tras de los hechos y los resultados.

Porfirio Díaz no ha pretendido gobernar idealmente, pero sí ha conseguido gobernar prácticamente.

Demócrata en la forma, pragmático en el fondo, es y ha sido el sistema político adoptado por ese hombre sagaz y prudentísimo, que desde sus primeros pasos administrativos, viene ya despertando el creciente interés de cuantos sabios y estadistas se han ocupado en es-

tudiar su obra, y han acabado al fin por admirarla, y por decir como Teodoro Roosevelt: PORFIRIO DÍAZ HA HECHO POR EL PUEBLO MEXICANO, CUANTO SE PUEDE HACER, HUMANAMENTE, POR UN PUEBLO.

*
* *

Facilitar las transacciones mercantiles, proteger los intereses de las naciones amigas, sin perjudicar los suyos propios, abrir las puertas de su territorio á una inmigración que lo mejore, y su comercio á un mercado que satisfaga las necesidades de su consumo.

Garantizar la inversión de capitales extranjeros, con la paz y firmeza de sus instituciones, el prestigio de su honradez y el apoyo de su justicia; tal es el importante papel que corresponde á un Gobierno que se interesa por el adelanto de su pueblo, y tal es, sin duda alguna, el honroso papel desempeñado por el pacífico Gobierno de Porfirio Díaz, en la brillante evolución de la nacionalidad mexicana.

Nuestro país, tras relativamente corto período de paz y de trabajo, debidos al esfuerzo de un patriota enérgico y honrado, engrandece su ejército, multiplica sus recursos, enriquece su hacienda, cría y afirma su crédito, impulsa su comercio, estableciendo un ilustrado Cuerpo Consular, y ensancha el círculo de sus relaciones internacionales, creando un brillante Cuerpo Diplomático, que le honra y le enaltece.

Porfirio Díaz demuele en treinta años, cuanto de malo y carcomido había en el PAÍS DE LAS REVOLUCIONES, y sobre las ruinas del turbulento México *del pasado*, edifica los sólidos cimientos del pacífico y progresista México *del porvenir*.

La obra de un solo hombre, resultó superior á la obra de tres siglos. . . .

Mas como ya hemos dicho, no faltan descontentos, no faltan ambiciosos *fracasados*, que vengan á decir:

«Nosotros no negamos el adelanto del país, ni la firmeza de su paz, ni la seguridad del alto crédito de que actualmente goza; pero abrigamos el fundado temor de que á la muerte del actual Presidente, sobrevenga, si no una revolución armada, porque esto es ya casi imposible, sí una difícil situación, disturbios y conflictos que nos hagan retroceder, menoscabando la confianza del comercio extranjero, y el prestigio que ya hemos adquirido.

«Y por eso queremos que se haga una prueba, un ensayo, á fin

de convencernos de que el pueblo puede marchar tranquilo y sin tropiezos, bajo la dirección política de otro hombre.

«Y proponemos que el General Porfirio Díaz abandone temporalmente su puesto, encomendando el Gobierno á un hombre de toda su confianza y de reconocidas aptitudes, capaz de continuar su obra económica, política y moral, sin apartarse del camino trazado.

«Ya era tiempo de que Porfirio Díaz hubiese creado, formado y educado un sucesor. El no haberlo hecho, constituye su grande, y tal vez su único pecado.»

Los que así raciocinan, no comprenden la enormidad del disparate que proponen.

Porque encontrar un hombre que pueda proseguir la obra del Presidente Díaz, sin apartarse del camino trazado, es imposible.

En el Gobierno, como en el Océano, las rutas atrevidas y sembradas de escollos, sólo pueden seguirlas los pilotos expertos y adiestrados.

En Historia se repiten alguna vez los hechos, pero jamás se repiten los hombres.

Yo no dudo que pueda encontrarse un estadista capaz, por su talento y aptitudes, de proseguir la obra de Porfirio, pero no por el mismo camino, ni por los mismos medios, ni en la misma forma.

El que venga, se encontrará en un medio muy diverso y en tiempos muy distintos.

Porque ya el pueblo es otro, y otros son su espíritu, su aspiración y sus ideales.

En el actual momento histórico, la psicología de las masas está ya muy distante de lo que antes era.

Las condiciones sociológicas de la nación y sus tendencias y sus necesidades han cambiado por completo, en virtud de la ley evolutiva.

El crédito adquirido, las deudas contraídas, los convenios pactados, la riqueza creada, la población crecida é ilustrada, los hábitos de orden y de paz bien arraigados, y el vigoroso impulso hacia el progreso ya iniciado: todo esto hará que la política seguida en lo futuro, tenga que ser completamente nueva y muy distinta de la seguida en lo pasado.

Inútil es buscar un hombre capaz de someter al pueblo mexicano.

Ni *someterse* es adaptarse, ni se puede imponer Gobierno alguno más que á los pueblos débiles ó pobres, á los países que revolucionan; pero jamás á una nación que evoluciona.

Nadie podrá seguir estrictamente el camino trazado por Porfirio.

Para poder hacer lo que él ha hecho, para seguir haciendo lo que él hace, debería poseer el que viniese, todo el caudal de gloria y de prestigio, de admiración y de confianza, de gratitud y de respeto, con que el pueblo ha premiado á su caudillo. . . . Tener detrás de sí todo un pasado de abnegación, de patriotismo y de trabajo. . . . medio siglo de luchas. . . . medio siglo de triunfos. . . . medio siglo de historia: lo que sólo se obtiene por conquista, lo que nunca se adquiere por herencia y . . . . ni puede comprarse, ni, mucho menos, puede improvisarse.

Es una de las grandes excepciones de la Historia, la que Porfirio Díaz ha realizado al conseguir que el pueblo se adapte á su Gobierno.

En lo futuro, será el Gobierno el que se adapte al pueblo.

El presidente que le substituya, militar ó civil, débil ó fuerte, tendrá que *someterse*, ó puede estar seguro de estrellarse.

*
* *

Juzgo altamente injusto decir á un gobernante:

«Durante más de treinta años has regido los destinos de tu país con éxito completo.

«Te debemos la paz, la unión y el bienestar moral y material.

«Nuestra actual situación es obra tuya, pero no nos parece bastante lo que has hecho, queremos que hagas más.

«Verdad es que en previsión de lo que pueda acontecer cuando tú faltes, has creado un puesto que era indispensable para asegurar tu sucesión pacífica y legal.

«Con tal objeto has creado la Vicepresidencia; pero, además, debiste crear el Vicepresidente.

«No sólo el puesto, sino el puesto y el hombre.

«Después de la función, has debido formar el funcionario, y desde ahora te hacemos responsable de lo que sobrevenga cuando tú no gobiernes ó no existas, y desde ahora te exigimos que antes de abandonar el cargo, á cuyo fiel desempeño has consagrado tu existencia entera, nos garantices la conducta, el resultado y hasta el éxito completo del que te substituya.

«Es decir, te exigimos lo que jamás nación alguna exigió ni á sus emperadores, ni á sus reyes, cuya sucesión es forzosamente hereditaria, recayendo en sus hijos engendrados y educados por ellos.

«Te pedimos algo que está muy por encima del humano poder: *un imposible en el orden político y en el orden social.*»

Esto es absurdo, como es también absurdo é inicuamente injusto pretender que el gran hombre, después de haber sacrificado tantos años á la causa del pueblo y al engrandecimiento de su patria, se resuelva á exponer al país á un descalabro, rehusando, á todo trance, un puesto á que de nuevo, y por aclamación unánime, le llaman la voluntad del pueblo y la sensata voz de cuantos hombres honrados y trabajadores, nacionales y extranjeros, prosperan en el suelo mexicano, al amparo de su Gobierno y de su nombre.

Y ésto, no más que por dar gusto á *dos* ó *tres* ambiciosos, que si buscan un cambio, es porque abrigan la esperanza de aprovecharlo en favor de sus personalísimas aspiraciones y de sus particulares intereses....

¡No, y mil veces no!

Porfirio Díaz no debe dar oído á la insensata voz de unos cuantos intrigantes.

Su deber está allí, donde se encuentra, y donde el pueblo mexicano quiere verle por muchos años más.

* * *

Hemos ya dicho, cuántos y cuán justificados fueron los motivos que decidieron al caudillo á rebelarse contra la reelección de aquellos descarriados gobernantes, haciendo conocer su gran programa, ideal é irrealizable, en el ya tantas veces comentado manifiesto, que se llamó Plan de la Noria, y que después en Tuxtepec varió sólo de forma.

Hemos también expuesto los motivos que más tarde habrían forzosamente de impedir la completa y estricta realización de aquel programa, que trazado *en el tiempo y el medio en que vivíamos*, tendría que irse cambiando y adaptando al *muy distinto tiempo y al muy diverso medio en que vivimos.*

Para concluir, he aquí, en resumen, la verdad de los hechos:

Existió en aquel tiempo un Gobierno arbitrario, impopular é inepto, á cuyos increíbles desaciertos debió el país su lastimosa decadencia, su alarmante miseria, la división y la discordia entre sus hijos, la más justificada desconfianza entre propios y extraños, muchos disturbios en el interior y el consiguiente descrédito en el extranjero.

Para impedir que tal Gobierno, al perpetuarse indefinidamente,

concluyera hasta con los escasos restos del prestigio nacional, y nos volviese á hundir en las desgracias del pasado, haciéndonos perder los sacrificios consumados y malograr los bienes adquiridos; un hombre, ya deseado por el pueblo y conocido como patriota enérgico y honrado, resolvió acaudillar un movimiento serio y decisivo en favor de la honra y la vida de su patria.

Para llegar al alto y noble fin propuesto, á la unión y á la paz con que él había soñado, ese hombre tuvo que realizar una obra de gigantes, una de aquellas colosales obras que sólo abarca el genio, y cuya realización tan sólo es dada á uno que otro elegido del Destino.

Aprovechar los más heterogéneos elementos, utilizar las más desordenadas y peligrosas energías dispersas; encauzar los aislados esfuerzos de los buenos; refrenar los violentos impulsos de los malos; servirse de los unos y los otros, y, apoyado en tan falsas y tan contrarias fuerzas, proclamar el ENTONCES OPORTUNO é indiscutiblemente necesario y salvador principio de la NO REELECCIÓN, como único remedio á tantos males.

Y ésto, á pesar de todos los peligros de la empresa, y afrontando el poder de un Gobierno constituido, las envidias, el odio y los rencores de tantos descontentos; luchando con la falta de recursos y arriesgando la vida á cada paso, desde el momento mismo en que empuñó las armas en favor de la causa proclamada.

No hizo revolución, pues la revolución ya estaba hecha.

La acaudilló, la engrandeció, la ennobleció, la utilizó para sus altos y grandiosos fines, y luego la deshizo para siempre.

Y así como deshizo la revolución, obra de la necesidad y del tiempo y del pueblo, así también deshizo la reelección, obra de un obstinado gobernante; sin que sea culpa suya, que LA NECESIDAD, EL TIEMPO Y LA NACIÓN, la hayan REHECHO.

Un éxito completo coronó los esfuerzos del gran hombre, que al ocupar por vez primera el alto puesto á que sus hechos y el sufragio del pueblo le llamaban, empezó su grandioso, lento y firme trabajo de regeneración y de adelanto, su asombrosa labor económica, política y moral, que en unos cuantos lustros había de conducirnos á la altura en que estamos.

Pero llegó un momento en que, juzgando al país pacificado y capaz de marchar sin su ayuda por el sendero que le había trazado, entregó voluntaria y dignamente su alto puesto al sucesor que el pueblo había elegido.

Y lo entregó sin resistencia alguna, cuando estaba en su mano conservarlo, demostrando con este proceder justo y honrado, que era y que sería en lo sucesivo, el más ferviente y adicto partidario de la NO REELECCIÓN, y dando así un altísimo ejemplo de civismo.

Sólo que en esa vez las esperanzas del prudente y sagaz estadista quedaron defraudadas. La administración del sucesor concluyó en un fracaso tan completo, que la nación, horrorizada ante la magnitud de aquel desastre, volvió á llamar al digno gobernante y á entregarle de nuevo y por entero su poder, su confianza y su Destino.

Vuelto al supremo mando el partidario de la NO REELECCIÓN, y ante el solo prestigio de su nombre, el país recobró la fe y la calma; volvió á emprender su marcha laboriosa, fecunda y progresiva, y á recobrar el crédito y el rango que hasta la fecha ha conservado.

Desde entonces el pueblo mexicano, ni ha querido hacer nuevos ensayos, ni quiere cambiar de Gobernante, y sólo anhela que la vida y las fuerzas de ese hombre, á quien ya tanto debe y del que tanto espera, resistan el estrago del tiempo y del trabajo para que pueda proseguir su obra. . . .

Tal es la situación de este país, pasado un siglo de la gloriosa fecha en que nació á la libertad y tuvo independencia y propia vida.

El hombre que ha regido sus destinos, el que ha logrado redimirle de sus grandes pecados fratricidas, y después ha sabido engrandecerle y elevarle hasta el honroso puesto que hoy ocupa entre los cultos pueblos de su tiempo, ese hombre aún está allí. . . . de pie. . . . sobre el soberbio pedestal de su obra de treinta años, y firme como el roble soberano que resiste el empuje de los siglos, aún tiene fe y aliento y resistencia para seguir luchando, como Ayax, sin rendirse á los hombres ni á los hados. . . .

Y en tanto que las fuerzas no le falten, Porfirio Díaz está obligado á seguir trabajando sin descanso y á morir en su puesto, por el bien de su patria, por amor á su pueblo, en favor de su obra y en honor de su historia.

FIN

ÍNDICE DE CAPÍTULOS.

		PÁGS.
	Introducción	7
I.	Estudiante	29
II.	Carácter de Porfirio Díaz	45
III.	Fugitivo.—El primer Combate.—Capitán	57
IV.	Comandante.—El segundo combate y la primera herida	65
V.	Tehuantepec.—Acción de Las Jícaras	77
VI.	Teniente Coronel.—Salvación del armamento republicano	89
VII.	Coronel.—Deserción de los juchitecos	99
VI.	Coronel del Ejército Permanente	113
VIII.	Grado de General de Brigada.—Batalla de Jalatlaco	123
IX.	Batalla del 5 de Mayo en Puebla	149
X.	General de Brigada.—Defensa de Puebla	163
XI.	General de División.—Asalto y toma de la plaza de Taxco	181
XII.	La tentación	195
XIII.	Defensa de Oaxaca.—Prisionero de Guerra	205
XIV.	Segunda evasión	215
XV.	Su tercera campaña contra la Intervención	223
XVI.	Nochistlán.—Muerte del Conde Gants	231
XVII.	Miahuatlán	245
XVIII.	La Carbonera	251
XIX.	Más tentaciones.—Bournof y Bazaine	261
XX.	Sitio de Puebla.—El 2 de Abril	273
XXI.	En persecución de Márquez.—San Lorenzo	291
XXII.	Sitio de México	297
XXIII.	Triunfo de la República.—Entrada del Gral. Díaz á México	309
XXIV.	El Gobierno del Sr. Lic. Benito Juárez	317
XXV.	El Gobierno del Sr. Lic. Sebastián Lerdo de Tejada	331
XXVI.	El Gobierno del Sr. Gral. Manuel González	343
XXVII.	El Gobierno del Sr. Gral. Porfirio Díaz	349
XXVIII.	Hoja de servicios del Sr. Gral. de División D. Porfirio Díaz	359
XXIX.	El Informe Presidencial	377
XXX.	Reelección del Sr. Gral. Díaz	399
XXXI.	Conclusión	403

ÍNDICE DE GRABADOS.

		PAGS.
1.	Retrato del Sr. Gral. Díaz.	
2.	Monumento á la Independencia	26
3.	Esquema genealógico	30
4.	Ministerio de Comunicaciones	44
5.	Instituto Geológico	56
6.	Teatro Nacional	64
7.	Acción de Las Jícaras	76
8.	Hospicio de niños	88
9.	Plano de la campaña de Tehuantepec	98
10.	Escuela Normal	122
11.	Batalla del 5 de Mayo	148
12.	Retrato del Sr. Gral. Díaz	162
13.	Taxco	180
14.	Marcha estratégica de Querétaro á Oaxaca	194
15.	Evasión del Sr. Gral. Díaz	214
16.	Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes	230
17.	Batalla de Miahuatlán	244
18.	Cañón de costa de 240 milímetros	260
19.	Entrada del Gral. Díaz á Puebla el 2 de Abril	272
20.	Palacio Legislativo	316
21.	Manicomio General	330
22.	Porfirio Díaz, Pacificador de México	358
23.	Cañón de 240 milímetros	376
24.	Sr Gral. Porfirio Díaz	402

LAS RAZAS INDÍGENAS DE SONORA

Y

LA GUERRA DEL YAQUI,

POR

EL DOCTOR FORTUNATO HERNÁNDEZ,

DE LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA,
MIEMBRO TITULAR DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA DE PARÍS Y HONORARIO
DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA,
DE LA SOCIEDAD
FILOLÓGICA DE FRANCIA, DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA DE PARÍS, ETC.

Un hermoso volumen in-folio, conteniendo interesantes datos antropológicos é históricos, recogidos por el autor en su viaje de exploración al lejano territorio Kunkaak, en el Golfo de Cortés; un extenso vocabulario de la lengua Kunkaak ó Seri, antes desconocida para el mundo; y la completa historia de las legendarias guerras de los yaquis.

LUJOSA EDICION:

Precio del ejemplar, encuadernado, con pasta y cantos dorados . . . . $ 10.00

DEL MISMO AUTOR:

La Materia, la Inteligencia y la Vida: precio del ejemplar á la rústica $0 75
Desequilibrio (segunda edición), 1 tomo á la rústica. ,, 1 00
En plena lucha (segunda edición, en prensa), 1 tomo. ,, 1 00
Transfiguración (segunda edición, en prensa) 1 tomo. ,, 1 00
Próxima á publicarse: **HAMBRE Y GLORIA** . . . . . ,, 1 00

GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00021 9291